



TERCER SEMINARIO INTERNACIONAL

Bogotá, noviembre 19-21

Sujetos políticos y alternativas en el actual orden capitalista

**UNIVERSIDAD NACIONAL
DE COLOMBIA**

OBSERVATORIO POLÍTICO
Departamento de Ciencia Política
de la Facultad de Derecho,
Ciencias Políticas y Sociales

SUMARIO

La declinación-transformación de los estados nacionales

Víctor Manuel Moncayo Cruz

Presentación

Jairo Estrada Álvarez

Tendencias y configuraciones del actual orden capitalista

Héctor-León Moncayo

José Eduardo Rodríguez Martínez

Dietmar Wittich

Beatriz Stolorowicz

Francesco Forgione

Isabel Monal

Jaime Caycedo Turriago

La cuestión de la emancipación.

Democracia y socialismo hoy

Álvaro Vázquez del Real

Ricardo Sánchez

Alejo Vargas Velásquez

Iván Ortiz Palacios

Luis Humberto Hernández

Fabián Acosta

Jairo Estrada Álvarez

Fermín González

Miguel Ángel Herrera Zgaib

Pablo Guadarrama González

Actualidad y vigencia del análisis marxista

Jorge Gantiva Silva

Sergio de Zubiría Samper

Rubén Jaramillo Vélez

Edgar Novoa

Libardo Sarmiento Anzola

**La declinación-
transformación de
los estados
nacionales**

Víctor Manuel Moncayo C.*

* Rector General de la Universidad Nacional de Colombia

Hace dos años iniciamos, aquí en esta Universidad libérrima, el ejercicio que muchos otros siguen en otros espacios de hacer vivir, no la simple figura cimerá de aquel viejo judío que iluminó el siglo XIX con su crítica al capitalismo, sino su obra y su perspectiva para rediseñar la conceptualización que hoy exige el mismo sistema transformado y redefinido. En esta dirección, recientemente hemos escuchado la voz de quienes nos dicen que el capitalismo reestructurado ha materializado ante nuestros ojos el Imperio, como una irresistible e irreversible característica del proceso de globalización.

Aun cuando existen numerosos antecedentes de la concepción del nuevo orden global y de la consiguiente declinación de los estados nacionales, es indiscutible que el más importante aporte a la conceptualización de la época presente de globalización es el efectuado por Negri y Hardt*, cuyas tesis centrales pueden resumirse así:

- La soberanía de los Estados nacionales, aunque aún es efectiva, ha declinado progresivamente.
- El Estado-nación posee cada vez menos poder para regular los flujos e imponer su autoridad, dada la creciente movilidad de los factores de la producción más allá de los límites nacionales.
- Los mismos Estados-nación de los países centrales y desarrollados ya no son soberanos en su interior ni en el exterior.
- La soberanía ha adquirido una nueva forma global con la participación de un conjunto de organismos nacionales y supranacionales, bajo una misma lógica de mando. Esa forma nueva y global de soberanía constituye el Imperio.
- El imperio difiere en esencia del Imperialismo. Este se edificaba sobre la prolongación o extensión de la soberanía de ciertos estados nacionales. El imperio se diferencia por que no tiene como centro un estado nacional determinado, aunque algunos tengan o puedan tener un lugar privilegiado en la estructura de la soberanía imperial.
- Ha desaparecido en la práctica la división de los tres mundos.
- La creación de riqueza en la economía global tiende cada vez más hacia la producción biopolítica, es decir hacia la producción de la misma vida social que incluye lo económico, lo político y lo cultural. Es el biopoder, es decir el dominio sobre los registros del orden social (territorio, población, interacciones y naturaleza humana).
- En esa esfera biopolítica, la vida está hecha de trabajar para la producción y la producción está hecha de trabajar para la vida.
- Los Estados-nación se convierten en meros instrumentos para marcar los flujos de mercancías, dinero y poblaciones que las grandes corporaciones transnacionales ponen en movimiento.

- Las tradicionales prerrogativas inherentes al concepto de soberanía, se renuevan y reeditan en la soberanía imperial, pero bajo una forma completamente diferente. Se despliega la fuerza, la justicia, la capacidad impositiva, etc., pero actúan de manera virtual y en los márgenes de las fronteras ya flexibles de los Estados-nacionales. Pero, esa virtualidad y esa discontinuidad no minimizan la efectividad de su fuerza.

- El imperio no tiene una formalización jurídica a la manera tradicional. No hay contratos, tratados, ni mecanismos federativos, sino una racionalidad oculta en las tecnologías biopolíticas.

En ese contexto, se ha redefinido la forma estado que ha tenido que abandonar los rasgos que la caracterizaron en la época superada y que prevaleció durante casi todo el siglo XX. En concreto, el Estado-nacional ha dejado de ser planificador e interventor, asumiendo una posición que ha sido calificada como neoliberal, pero que nada tiene que ver con un regreso a la forma estatal decimonónica, sino en estricto sentido a una reorientación fundamental de su quehacer.

Sin pretender hacer generalizaciones indebidas, pues varias veces hemos señalado que la situación asume rasgos propios en cada país, las tendencias principales se orientan en estas direcciones:

a) Pierden importancia los escenarios característicos de los Estados-nacionales, que fueron los centros de los procesos de internacionalización y centralización del capital, en beneficio de grandes y nuevos espacios en el mercado mundial, en los cuales se agudiza la competencia entre los agentes individuales y transnacionales, conformándose ejes y bloques, sustitutivos de las anteriores relaciones centro-periferia.

b) Su participación de otrora en la provisión de elementos constitutivos de salario indirecto, se ve reducida y progresivamente sustituida por otras modalidades, en las cuales reaparece la organización y la oferta privadas, como es muy notorio en servicios como los de salud y educación, el transporte, las comunicaciones, los servicios públicos, etc.

c) En la misma dirección, el gasto público o estatal, en especial el calificado como social, se caracteriza por orientaciones de reducción, reorientación y redefinición, ordenadas no sólo a abandonar el principio de contribución estatal a la demanda efectiva, sino a conjurar la crisis fiscal y a impedir la validación de los procesos inflacionarios.

d) Se fomentarán las políticas públicas que contribuyan de manera efectiva a la deslocalización de la actividad productiva, poniendo énfasis en favorecer la implantación de fases de procesos productivos controlados desde el exterior o en modalidades organizativas que disminuyan costos salariales, introduzcan flexibilidad y movilidad, permitan la precariedad del empleo, o que

sirvan de soportes para sistemas informatizados y a distancia.

e) Promoción de la transformación del espacio productivo mediante sistemas de organización político-administrativos que liberen al Estado de las responsabilidades en materia de salario indirecto, que comprometan a la ciudadanía en programas de naturaleza privada en asuntos sociales, y que signifiquen economías en el gasto público y acciones eficientes.

f) Abandono de la fijación colectiva y convencional de los valores salariales, en un ambiente de disminución o pérdida del papel que otrora desplegara el sindicalismo, y fomento de sistemas y formas de generación de modalidades de ingreso alternativas a las salariales.

g) La readecuación del papel del Estado exige una organización de los sistemas asociados a las finanzas públicas, para garantizar flexibilidad, eficiencia y transparencia.

h) La soberanía se ve descentralizada y el territorio parcialmente desnacionalizado, pues el Estado se reconstituye reconociendo otros ámbitos institucionales por fuera del Estado. La soberanía sigue siendo característica central del sistema, pero se desplaza en múltiples ámbitos institucionales por fuera del Estado.

En pocas palabras, asistimos al declinamiento progresivo de las soberanías nacionales, al reconocimiento de la incapacidad de los estados-nacionales para regular los llamados factores de la producción y su intensa movilidad y difusión, a la pérdida del control en el interior y en el exterior, sin necesidad de las figuras coloniales o imperialistas de otrora, sin la necesidad de un sólo y único centro nacional hegemónico, pero todo ello acompañado de una redefinición de su función en muchos órdenes, siempre en función de los intereses colectivos del capital y no del pueblo-nacional al que aún se continúa apelando, como lo podemos advertir en todos nuestros países.

Estamos, pues, ante un monstruo redefinido, cuya existencia a veces nos negamos a reconocer, acudiendo a la nostalgia del superado, con la creencia equivocada de que ya lo habíamos domesticado o aún podríamos hacerlo. Tenemos, pues, el reto de conocer bien la nueva realidad para encararla.

Este nuevo seminario con certeza aportará en esa dirección.

*En la época de realización del Seminario no conocíamos aún en lengua española la obra Imperio de Negri y Hardt que acababa de publicar Harvard University Press.

Presentación

Jairo Estrada Álvarez
COMPILADOR

Dando continuidad al esfuerzo sistemático emprendido por un grupo de profesores de la Universidad Nacional de Colombia, de otras universidades públicas y privadas, así como de investigadores sociales adscritos a diversas instituciones, se publica el segundo volumen de la serie *Marx vive*, cuyo primer resultado se presentó a la comunidad académica con el libro: *Siglo y medio del Manifiesto Comunista: Superación, vigencia o reactualización?*, en el cual se compilaron las memorias del *Primer seminario internacional Marx vive*, realizado del 26 al 28 de agosto de 1998.

En esta ocasión se ponen a consideración la mayor parte de los trabajos elaborados con ocasión del *Segundo seminario internacional Marx vive*, llevado a cabo entre el 8 y el 10 de noviembre de 2000 y cuya temática giró en torno a las preguntas: *¿Qué capitalismo?*, *¿Cuál alternativa?* El texto es, en buena medida, expresión de las preocupaciones del momento, sin ser desde luego una obra de examen de coyuntura. En él se encuentra plasmada la reivindicación de la actualidad del análisis marxista para la crítica de la sociedad capitalista y para el examen de la resistencia y la construcción de proyectos alternativos, desde las diversas perspectivas y corrientes de interpretación actuales.

El libro está estructurado en tres secciones: la primera sección, *Tendencias y configuraciones del actual orden capitalista*, aborda el estudio de las transformaciones capitalistas en la actual fase de acumulación. El referente inicial del análisis se encuentra tanto en el examen de la crisis del consenso keynesiano y del Estado de bienestar, como en las tendencias, entre tanto, claramente demarcadas y consolidadas hacia su superación. Especial atención merecen las transformaciones de la forma Estado y la pregunta por los rasgos esenciales del proceso de constitución política del nuevo orden mundial que, como es sabido, con motivo de la reciente publicación del libro *Imperio*, de Toni Negri y Michael Hardt, ha generado una rica discusión a nivel internacional. En esta sección se analizan algunas configuraciones específicas del orden capitalista, principalmente en tres direcciones. Primero, en relación con las tendencias de organización del régimen político. Aquí la noción de democracia gobernable es sometida a un examen juicioso y señalada como un instrumento conservador. Segundo, en cuanto conformación de estructuras mafiosas, las cuales, a la luz de la experiencia italiana, son presentadas como inherentes a las tendencias de la nueva organización capitalista. Tercero, en cuanto tendencia a la militarización supranacional, en la medida en que esas formas del ejercicio de la violencia –por ejemplo, a través de la intervención directa–, se constituyen en fundamentales para consolidar los proyectos políticos de dominación y control social del capitalismo central.

La segunda sección, *La cuestión de la emancipación. Democracia y socialismo hoy*, comprende una serie de trabajos cuyo eje analítico gira en torno a los debates sobre la resistencia y la construcción de alternativas. La mayoría de los textos de esta sección se ocupan del examen del caso colombiano, considerando tanto la experiencia de los proyectos políticos de la insurgencia armada como los nuevos proyectos en curso, en particular el Frente Social y Político, y también el genocidio de la Unión Patriótica. La noción de resistencia y alternativa incorpora en el análisis las tendencias del conjunto del movimiento social y político y las variadas formas de construcción de proyectos políticos, incluso en las dimensiones regionales y locales. En este aspecto, algunos de los trabajos abordan la cuestión sobre las configuraciones específicas del sujeto hoy, y arriesgan la formulación de elementos para la construcción de alternativas en las complejas condiciones de la sociedad colombiana. La sección da cuenta de la preocupación —evidente al momento de la realización del seminario—, pero con plena vigencia actualmente, respecto de las características y las posibilidades de proyectos alternativos en un contexto de guerra interna. Esta parte del libro se cierra con un interesante examen de la experiencia de construcción del socialismo en Cuba.

En la tercera sección, *Vigencia y actualidad del análisis marxista*, se presenta un conjunto de trabajos que, desde diversas perspectivas y entendimientos, abordan contribuciones de la obra de Marx, bien sea para la comprensión de problemas actuales de filosofía y de cultura política, para demostrar la vigencia de categorías de análisis de la economía política, o para establecer diálogos con campos transdisciplinarios de estudio, como en el caso de la geografía política, e incluso para valorar los aportes de Engels a una teoría del conocimiento. Como se podrá apreciar, esta sección no posee en rigor una unidad temática; su estructura responde más a la intención de mostrar aspectos de la riqueza del análisis marxista.

Tras este libro se ha puesto en marcha una verdadera empresa, que se inicia con las contribuciones de los autores, continúa con el trabajo de organización y estructuración temática de las ponencias, prosigue con la paciente labor de revisión de pruebas, en la cual merece el mayor reconocimiento mi asistente Carolina Jiménez, y culmina con todo el proceso de preparación editorial a cargo del equipo de Unibiblos, magníficamente liderado por Luis Eduardo Vázquez, con la valiosa asistencia de Dora Perilla, a quienes también van mis sentidos agradecimientos, en nombre del colectivo de autores.

El resultado de esta empresa es el texto que hoy ponemos en sus manos. De nuestra parte, esperamos que su lectura responda sustancialmente al propósito de examinar críticamente los problemas y perspectivas de nuestra sociedad.

EL FIN DEL ESTADO Y EL PORVENIR DEL CAPITALISMO

Reflexiones desde una lectura de Marx

Héctor-León Moncayo S.

La globalización, o mejor el actual oleaje de globalización, contrario a lo que habitualmente se piensa, antes que un hecho económico es más que todo un hecho político. La preeminencia del dogma del libre comercio mundial o más exactamente su imposición práctica, especialmente en los países periféricos, es el resultado de una serie de decisiones (¿suicidas?) de Estado que, al “abrir” las economías nacionales, no han hecho otra cosa que renunciar a porciones significativas de soberanía a favor de las leyes “impersonales” del mercado¹. O mejor, según se ha venido insistiendo en múltiples foros académicos y políticos, en favor de las grandes corporaciones multinacionales y de los estados hegemónicos (“hegemones”). El fortalecimiento, o la aparición, de instituciones supranacionales como las tradicionales de Bretton Woods o la Organización Mundial del Comercio (OMC), y la recientemente creada Corte Penal Internacional, refuerzan la imagen de que el antiguo orden mundial basado en estados nacionales, ha llegado a su final.

Tales decisiones forman parte de un programa político más general, denominado, para simplificar, neoliberalismo, que en el interior de los países viene concediendo también preeminencia al mercado. Así, podría decirse que si el primer proceso conduce a un debilitamiento de la soberanía “externa”, el segundo afecta la “interna”, sobre todo cuando se tiene en cuenta que a veces coincide con políticas de descentralización y en general de privatización de funciones públicas. No obstante, podría argumentarse en este último caso que otorgar primacía al mercado no está en contradicción con la naturaleza del Estado (¿gendarme?), en cuanto es un simple reordenamiento jurídico que, aún reduciendo o modificando por decisión propia la capacidad de intervención del aparato estatal, mantendría, de todas maneras, el marco constitucional. No sucede así, en cambio, en el plano internacional. Probablemente se podría invocar la existencia de una superestructura jurídica mundial pero, a esta altura, ya no es evidente que los estados hayan jugado un papel definitivo en su construcción. En el caso de la preeminencia otorgada al mercado mundial no puede, pues, procederse por analogía².

¹ La pregunta acerca de quién toma las decisiones no es ociosa. ¿Los gobiernos, respaldados o no por el Congreso, las élites, la sociedad civil? Se refiere a los procesos de legitimación y como tal remite a la misma cuestión del papel real de los estados.

² El hecho de que se le asigne a esta dimensión política el carácter de rasgo definitorio de la actual fase de globalización no niega y más bien confirma que se trata de un proceso histórico que algunos señalan como erosión de los estados, debida precisamente a la intensificación de

El fin de los estados, aunque no se trate de todos, no es, sin embargo, una conclusión fácil de aceptar. No tanto desde el punto de vista práctico, como del teórico. Es posible reconocer que el espacio de las principales decisiones políticas ya no es el de las “naciones” y que hoy como nunca se ha materializado un poder que es de suyo global, o mundial. E incluso, que el ejercicio de dicho poder, pura y simple dominación del gran capital, ya no precisa de intermediaciones jurídico-políticas, ni siquiera en la forma de colonialismo. No obstante, las relaciones de mercado que regulan el intercambio y la circulación de mercancías y sobre todo la movilidad del capital, aún prescindiendo de las dificultades que propone, por ejemplo, la diferencia de monedas (atributo de la soberanía estatal), permiten la exacción, traslado y apropiación del valor generado en cualquier parte del planeta, pero no bastan ni para arbitrar la pugna entre las fracciones del capital ni mucho menos para construir verdaderas relaciones sociales de poder. La dimensión política, en el sentido de la relación de dominación legítima –para recurrir al lenguaje weberiano– sigue siendo indispensable.

Obviamente, desde otras perspectivas teóricas que no reivindican la centralidad del capital en la sociedad moderna y se ubican en una lógica de comportamientos e interacciones entre actores, el problema no adquiriría tal magnitud. En efecto, desde antes del auge de la noción de globalización, en los años setenta, ya algunas corrientes de la teoría de las relaciones internacionales cuestionaban el papel exclusivo del Estado, identificándose como transnacionalistas, transgubernamentales o globalistas³. Habría muchos otros actores, partidos, gremios, empresas multinacionales, organizaciones de la sociedad civil (ONG), las propias burocracias en los distintos niveles de los estados, e incluso las instituciones internacionales. Los resultados, así en el ámbito nacional como en el internacional, dependerían de un juego cooperativo (interdependencia, negociaciones) que eventualmente suscita el conflicto.

Sobra decir que estos enfoques son hoy predominantes en los análisis de la politología. En este ensayo no vamos a detenernos en estos aportes, aunque en su nivel, proporcionan

las relaciones transnacionales. Lo que se pone en duda por muchas razones es la tríada, que se concebía de manera naturalista, “nación (ethnos)-territorio-aparato de Estado”. Habría que tenerse en cuenta el fenómeno de las migraciones con sus impactos sobre las “ciudadanías” de los países y la redefinición de las nacionalidades en un sentido no territorial. Véase A. Appadurai, “Soberanía sin territorialidad”, en revista *Nueva Sociedad*, No. 163, Caracas, Sep.-Oct. 1999.

³ Puede mencionarse, por ejemplo, en el enfoque de la interdependencia compleja, el texto de R. Keohane y J. Nye, *Power and Interdependence. World Politics in Transition*, Boston, Little Brown, 1977.

perspectivas interesantes. En realidad es mayor su voluntad normativa (formulación de recomendaciones) que su capacidad interpretativa o explicativa. El punto de discrepancia tiene que ver con la noción de poder. Para la mayoría de ellos éste se reduce a una suma de recursos a disposición de cada uno de los “actores”. Entran en juego en el mismo nivel que otros factores que determinan la dinámica de la política global y abren o restringen los espacios de oportunidad política. El sentido de la “democracia” a nivel internacional es el mismo que se predica en el espacio nacional: la tramitación pacífica de conflictos entre intereses y actores o, mejor, su transformación en cooperación⁴. No es una feliz analogía. La naturaleza del Estado consiste, precisamente, en que, separado de la sociedad civil, concentra y monopoliza el poder político. Si esta pretensión es ya fallida a escala nacional e inexistente a escala mundial, estamos frente a un problema histórico que no podemos resolver constatando simplemente la “multiplicidad de poderes” en uno y otro caso, y menos si involucramos el espacio del mercado.

Es por eso que aquí volveremos sobre el problema fundamental planteado inicialmente. Se trata de esclarecer sus términos teóricos. El punto de partida es Marx.

El lugar del Estado en el pensamiento de Marx

En Marx hay dos aproximaciones a la teoría del Estado: una, desde la teoría “pura”, desde el análisis del modo de producción capitalista. Otra, desde una perspectiva histórica, desde la complejidad de la lucha de clases. En la primera el Estado aparece como un componente esencial. Sugestivo es en este sentido el plan de su obra liminar. Dice en una carta a Engels:

Lo que sigue es una síntesis muy breve de la primera parte. Me propongo reunir este material en seis libros: 1) Del capital; 2) De la propiedad territorial; 3) El trabajo asalariado; 4) El Estado; 5) El comercio internacional; 6) El mercado mundial⁵.

Seguramente introdujo modificaciones en este plan que no pudo llevar a cabo, y ya se sabe la participación de Engels en la edición del segundo y tercer tomos de *El capital*, pero no deja de ser sugestivo que introdujera, como asunto específico, el tema del Estado, incluso como presupuesto del comercio internacional y del mercado mundial. A primera vista daría lugar a pensar en un enfoque convencional de la economía política. No obstante, Adam Smith, por ejemplo, introduce el comercio internacional en el Libro sobre los sistemas de economía política, antes de tratar del Estado, tema que se reduce a considerar los ingresos del soberano

⁴ Véase, por ejemplo, la propuesta de gobernabilidad global que elabora el politólogo alemán Dirk Messner en “La transformación del Estado y la política en el proceso de globalización”, en revista *Nueva Sociedad*, ed. cit.

⁵ Carta de Marx a Engels, abril de 1858.

o de la república. Obviamente, para éste, el punto de partida son las “naciones” y aunque reivindica las virtudes del mercado –en debate frontal, como se sabe, contra las doctrinas del mercantilismo–, el Estado como tal, es algo dado y no merece justificación alguna. En cambio, para Marx, quien por cierto señala que para los mercantilistas la riqueza de la nación es la “riqueza para el Estado”, el mercado mundial es, si no un supuesto analítico, por lo menos una fuerza que determina todo el proceso de despliegue de la dominación del capital, como lo sabemos desde el *Manifiesto Comunista*. Así, el Estado aparecería como una realidad histórica que se interpone en el avance de este proceso. Precisamente por ello, sería necesario considerarlo previamente.

En los famosos “borradores” (*Grundrisse*) detalla aún más esta lógica expositiva, aclarando que los tres primeros libros llevarían a una determinación de las tres clases fundamentales: “Luego, el Estado (Estado y sociedad burguesa-los impuestos o la existencia de las clases improductivas-la deuda pública-la población-el Estado volcado al exterior: colonias. Comercio exterior. El curso cambiario. El dinero como moneda internacional. Por último, el mercado mundial. Dominio de la sociedad burguesa sobre el Estado. La crisis. Disolución del modo de producción y de la forma de sociedad fundados en el valor de cambio. El trabajo individual puesto realmente como social y viceversa)”⁶..

En este orden de ideas es evidente que se refiere al Estado en su forma nacional-territorial y que se trata de una realidad histórica necesaria. Por ello diferencia entre comercio internacional (división internacional del trabajo) y mercado mundial (que supone dinero mundial). Y no sería exagerado observar maliciosamente que la propia consideración del mercado mundial –más allá de los estados– lleva a la de la crisis. No hay que olvidar que medio siglo después se libraría un gran debate en torno a la naturaleza de la expansión planetaria del capitalismo, el cual daría lugar a las teorías del imperialismo. ¿Necesita el capital de un entorno no capitalista? ¿La incorporación de este último (internalización) llevaría, como lo había previsto Marx, a su conversión en capitalista? ¿Qué implicaciones tendría para la continuidad de la acumulación?

Al “plan de la obra” que se está comentando se alude en varios documentos. Por ejemplo, en la *Introducción general a la crítica de la economía política*, que figura como primera parte de estos borradores, donde hace, respecto del Estado, una significativa precisión: “...las tres grandes clases sociales. Cambio entre ellas. Circulación. Crédito (privado). 3) Síntesis de la sociedad burguesa bajo la forma del Estado. Considerada en relación consigo misma. Las clases

improductivas... etc.”⁷. En este contexto, no cabe duda de que la “síntesis de la sociedad burguesa” debe interpretarse en su forma nacional y necesariamente como Estado. Seguramente –y esta es una razón adicional– le interesaba diferenciarla claramente de la noción de “comunidad”. Esta suposición, cuyas implicaciones todavía están por verse, no debe sorprender. Ya algunos autores han señalado que, en el campo de la sociología, también se supone, muchas veces de manera inconsciente, que la “sociedad” objeto de estudio es aquella circunscrita por el Estado⁸. Sin embargo, puede dejarse de lado provisionalmente esta constatación e indagar un poco más en la definición del Estado como si fuese en el campo de la “teoría pura”.

El análisis de la forma Estado en el capitalismo

El análisis del Estado, hasta donde conocemos, se levanta sobre la tradición de los teóricos de los siglos XVIII y XIX, especialmente Hegel, que lo construyeron sobre el artificio puramente abstracto de la “sociedad” o la “comunidad”, con alusiones –importantes, pero tal vez no esenciales– a la “nación”. Para Marx, el Estado moderno sólo podía nacer de las relaciones sociales capitalistas. Se explica por ellas. Pero, como se dijo antes: ¿las relaciones sociales capitalistas deben expresarse necesariamente en el Estado moderno? La pregunta es tanto más inquietante cuanto que el Estado moderno es nacional territorial.

El argumento es bien conocido. Se desarrolla, sin duda, por contraste con el antiguo régimen feudal europeo. El Estado moderno sólo puede surgir allí donde han desaparecido las relaciones personales de dependencia y donde, por lo tanto, las relaciones políticas asumen un carácter específico, diferente y separado de las relaciones puramente económicas que se presentan como intercambios entre sujetos individuales, libres e iguales. Aparece como un proceso de gradual monopolización del poder y por tanto exclusión (no la simple subordinación) de cualquier otro, llámese nobleza, clero, gremios o burgos. Es la construcción de la soberanía “interna” que significativamente sucede a la definición de la soberanía “externa”, primer paso en el establecimiento de un espacio territorial.

La fórmula que sintetiza esta presentación, es, en Marx como en la tradición filosófica precedente, la separación entre la sociedad civil y el Estado. Pero, como lo señaló muchas

⁶ Karl Marx, *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (borrador) 1857-1858*, México, Siglo XXI Editores, 1971.

⁷ *Ibid.*

⁸ Anthony Giddens, *The Consequences of Modernity*, Cambridge, U.K., Policy Press, 1990.

veces, y en eso consiste su aporte, se trata precisamente de analizar la primera. Tal como lo dice en la *Introducción general*:

El contrato social de Rousseau que pone en relación y conexión a través del contrato a sujetos por naturaleza independientes, tampoco reposa sobre semejante naturalismo (las robinsonadas). En realidad se trata más bien de una anticipación de la sociedad civil que se preparaba desde el siglo XVI y que en el siglo XVIII marchaba a pasos de gigante hacia su madurez. En esta sociedad de libre competencia cada individuo aparece como desprendido de los lazos naturales, etc., que en las épocas históricas precedentes hacen de él una parte integrante de un conglomerado humano determinado y circunscrito.

Así, el artificio conceptual, que aparece en Hobbes y en cierto modo en Rousseau, en Locke y hasta en Kant, en Marx es un producto histórico. Pero no le interesa solamente establecer la determinación (de la “superestructura” por la “base”), como creen muchos comentaristas, sino el mecanismo que la hace posible, la unidad que existe detrás de la separación y la eficacia específica de ésta en la reproducción de la sociedad burguesa en su conjunto. La lectura de Hegel le ayuda a la reflexión. Como se sabe a ello dedicó buena parte de sus estudios y trabajos de juventud, especialmente la *Crítica de la filosofía del Estado de Hegel*; de juventud, es cierto, pero, como se señalará más adelante, la problemática no desaparecerá durante la madurez.

En los manuscritos que componen la obra mencionada, desarrolla una crítica acerba al que considera el extremo idealismo de Hegel. “El verdadero interés lo constituye la lógica y no la filosofía del derecho... El momento filosófico no es la lógica del objeto, es el objeto de la lógica. La lógica no sirve para probar el Estado, sino que, por el contrario, el Estado sirve para probar la lógica”⁹. La crítica avanza hasta señalar las ambigüedades y contradicciones del filósofo, aun dentro de su propia definición del Estado, la cual acepta, en los términos de la separación entre el Estado y la sociedad civil (la familia, la propiedad privada) y por tanto entre las esferas de lo universal (lo general) y de lo particular. Aquí uno de los problemas fundamentales, como en Rousseau, será el de la formación o expresión (¿representación?) de la voluntad general, que Hegel intenta resolver problemáticamente con la tridivisión: “poder legislativo”, “poder gubernativo (o ejecutivo)”, y “poder soberano”.. Es en esta intersección entre sociedad civil y Estado en donde Hegel parece enredarse, introduciendo a veces las clases sociales como

⁹ Karl Marx, *Crítica de la filosofía del Estado de Hegel*, México, Grijalbo, 1968, p. 26.

mediadoras o colocando una de ellas, los propietarios de la tierra, como portadores (¿éticos?) del interés general, con lo cual se convierte en blanco fácil de los ataques de Marx.

La crítica tiene consistencia precisamente porque el punto de partida es en ambos el mismo. Las relaciones de poder político ya no son relaciones de producción. En el medioevo las clases de la sociedad civil y las clases desde el punto de vista político eran idénticas, puesto que la sociedad civil era la sociedad política. Ello sucedía incluso en las monarquías absolutas. Por eso Marx concluye:

La Revolución Francesa fue la que terminó la transformación de las clases políticas (estamentos) en clases sociales o, en otros términos, hizo de las diferencias de clases de la sociedad civil, simples diferencias sociales, diferencias de la vida privada sin importancia en la vida política¹⁰.

Es por eso que no acepta la solución sugerida por Hegel y lo llama a ser consecuente con su presupuesto atomístico que, por lo demás, no está lejos del paradigma de mercado introducido por la economía política, el cual sería la alternativa, aún para Marx, a la terrible “guerra de todos contra todos”: “Por lo tanto el ciudadano del Estado y el ciudadano simplemente miembro de la sociedad civil están también separados. (...) Para comportarse pues como ciudadano real del Estado, adquirir significación y actividad políticas, está obligado a salir de su actividad cívica, a hacer abstracción de ella, a retirarse de toda organización en su individualidad; pues la única existencia que cuenta para su cualidad de ciudadano del Estado, es su individualidad pura y simple, pues la existencia del Estado en tanto que es gobierno se lleva a cabo sin él, y su existencia en la sociedad civil se lleva a cabo sin el Estado”¹¹. En fin, los diferentes miembros del pueblo son iguales en el cielo de la política y desiguales en la existencia terrestre de la sociedad. Sólo así puede operarse el milagro de la abstracción en el Estado.

De la perspectiva histórica a la realidad de la política

El aspecto que cabe ahora resaltar de todo lo anterior consiste en que para Marx no se trata de un velo ideológico. Es un aspecto esencial en el funcionamiento del capitalismo y por ello toma el Estado como la síntesis de la sociedad burguesa. Incluso, en la misma crítica a Hegel, destaca la aparente paradoja de que apareciendo determinado el Estado por la sociedad civil (de la cual es su abstracción), a la vez ésta aparece determinada por el Estado que al “separarla” le asigna sus principios y modalidades de existencia “privada”. En el lenguaje de hoy

¹⁰ *Ibid.*, p. 100.

¹¹ *Ibid.*, p. 96.

diríamos que alude al campo de lo jurídico en lo que sería el surgimiento simultáneo del derecho público y el derecho privado.

En este orden de ideas, el que por mucho tiempo se denominó “carácter de clase del Estado” se explicaría, en principio, como un “efecto estructural”. Sin embargo, como se dijo antes, aparte de la “teoría pura”, Marx realiza igualmente una aproximación desde una perspectiva histórica, desde la complejidad de la lucha de clases que no contradice para nada la anterior y más bien la desarrolla. En principio, el argumento era puramente empírico: “A esta propiedad privada moderna corresponde el Estado moderno, el cual adquirido gradualmente por los dueños de la propiedad por medio de las contribuciones, ha caído enteramente bajo su dominio a través de la deuda nacional”¹².

Aquí debe tenerse en cuenta, de todas maneras, que, desde un punto de vista histórico concreto, la formación del Estado moderno sólo puede examinarse en relación con las formas anteriores del poder en los avatares de la disolución del régimen feudal (allí habla de Alemania antes de 1848). Marx no ignora los antecedentes, hoy ampliamente reconocidos, de la paz de Westfalia, ni la importancia de las monarquías absolutas, o la disolución de los grandes imperios en el siglo XIX. En este proceso de transición, la propiedad territorial y el capital se disputan un lugar en la conformación del Estado que adquirirá en cada caso una forma distinta. Y ya conformado seguirá siendo el espacio de pugnas entre diferentes fracciones de las clases dominantes, como lo demostraría en sus textos posteriores sobre *La lucha de clases en Francia* y *El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*.

Pero aún en este libro –*La ideología alemana*– que es anterior al desarrollo pleno de su teoría, nos ofrece también una indicación fundamental:

Los capitalistas forman una clase sólo en la medida en que son obligados a sostener una lucha común contra otra clase. Pues, por lo demás, ellos mismos se enfrentan unos con otros, en el plano de la competencia, en pos de ganancias en el mercado¹³.

Lo primero que salta a la vista es que, según esta apreciación, el capital, dado que existe empíricamente en la forma de capitales individuales, no podría constituirse, desde su realidad “civil”, en un proyecto consistente de dominación

¹² Karl Marx y Friedrich Engels, *La ideología alemana*, Montevideo, Ediciones Pueblos Unidos, 1959.

¹³ *Ibid.*

sobre la sociedad, simplemente porque se encuentra aherrojado por la inmediatez de la competencia. Sin embargo, lo necesita para asegurar la estabilidad social y la continuidad de la acumulación. Son otras clases, principalmente el proletariado, quienes se encargan de recordárselo. De ahí que resulte esencial el referente del Estado en donde sus intereses particulares asumen la forma de interés general, en lo cual reside el secreto de la política moderna por la vía indirecta de la representación.

Seguramente Marx nunca abandonó el contenido más profundo de lo establecido por Hegel. Tiempo después, en su obra fundamental, diría:

Estas leyes fabriles vienen a poner un freno a la avaricia del capital, a su codicia de explotar sin medida la fuerza de trabajo, limitando coactivamente la jornada de trabajo por imperio del Estado, por imperio de un Estado gobernado por capitalistas y terratenientes. Prescindiendo del movimiento obrero, cada día más fuerte y amenazador, esta traba puesta al trabajo fabril fue dictada por la misma necesidad que trajo el guano a las tierras inglesas. La misma codicia ciega que en ese caso agotó la sustancia de la tierra, atentó en el otro contra las raíces de la fuerza vital de la nación¹⁴.

El interés de largo plazo del capital asume entonces la forma de interés general de la sociedad. O, expresado a la inversa: sólo el Estado en cuanto representante del interés general (¿público?) es capaz de materializar su interés de largo plazo. Desde luego, como resultado de una presión desde abajo.

Por eso al capitalista se le da un ardite la salud y la duración de la vida del obrero, a menos que la sociedad lo obligue a tomarla en consideración... la implantación de una jornada normal de trabajo es el fruto de una lucha multisecular entre capitalistas y obreros¹⁵.

Curiosamente, en Marx, esta dialéctica resulta implacable. Permite la confrontación pero a la vez conserva la unidad. En este terreno común, los obreros, sometidos ellos mismos a la competencia, hacen lo mismo y toman como referente al Estado. Se convierten así en clase. Parece como si Marx hubiera retomado la solución propuesta por Hegel. La atomización es

¹⁴ Karl Marx, *El capital*, tomo I, México, Fondo de Cultura Económica, p. 184.

¹⁵ *Ibid.*, p. 212.

superada mediante la conversión de las clases de la sociedad civil en una nueva forma de clases políticas que ejercerían la representación y la mediación frente al Estado.

Para defenderse contra la serpiente de sus tormentos, los obreros no tienen más remedio que apretar el cerco y arrancar, como clase, una ley del Estado, un obstáculo social insuperable que les impida a ellos mismos venderse y vender a su descendencia como carne de muerte y esclavitud mediante un contrato libre con el capital. Y así donde antes se alzaba el pomposo catálogo de los derechos inalienables del hombre aparece ahora la modesta Magna Charta de la jornada legal de trabajo, que establece por fin claramente en donde termina el tiempo vendido por el obrero y dónde empieza aquel de que él puede disponer¹⁶.

Esta conclusión ha sido cuestionada desde puntos de vista anarquistas. ¿Una creencia ingenua –o perversa– en el Estado? ¿O una manera de redefinir el interés general hegeliano a partir de la lucha de clases y ya no de la razón? Sin duda se trata de lo segundo. La diferencia consiste en lo siguiente: también para los anarquistas el punto de partida es el divorcio entre la sociedad civil y el Estado. Sin embargo, mientras que para éstos se trata, generalmente, de absolutizar la primera, para Marx sigue vigente el problema de la formación del interés general que sólo se resuelve con la superación de dicho divorcio y no con la simple supresión de uno de sus términos. Significa una ruptura. Ya no como en el caso de las leyes sobre la jornada de trabajo. Es precisa una revolución¹⁷.

Por eso dice en la *Crítica del Programa de Gotha*, tal vez el último documento representativo de su pensamiento fundamental:

El objetivo del movimiento obrero no debe consistir en liberar el Estado de la sociedad, sino, al contrario, convertir el Estado, de un órgano que está por encima de la sociedad en un órgano completamente subordinado a ella¹⁸.

Como se sabe, es en este texto donde Marx concluye que el Estado burgués debe ser destruido para dar paso no tanto a otro tipo de Estado como a otro tipo de organización de la sociedad. El texto puede ser leído como una convergencia con los anarquistas aunque la solución es

¹⁶ *Ibid.*, p. 241.

¹⁷ Para algunas tendencias anarquistas, por cierto, la revaloración de la sociedad civil, entendida como promoción y asociación de pequeños productores y propietarios o de formas cooperativas, sería un proceso gradual. Hoy en día el punto merece una consideración más detenida, pero no deja de ser delicado. Obsérvese que algunas vertientes radicales del neoliberalismo se llaman a sí mismas anarquistas.

diferente. Pero lo más importante es que se enfrenta a los socialismos (o capitalismo) de Estado por entonces en boga. Y en esa medida anticipa un rechazo categórico al estalinismo que terminó por hacer del “socialismo” un proyecto de absorción de la sociedad civil en el Estado, como en todos los totalitarismos.

El Imperio como alternativa al declive de los estados nacionales

En síntesis, puede concluirse que, para Marx, la forma Estado es esencial en la reproducción de la sociedad capitalista. Queda, sin embargo, la inquietud que originó estas notas: ¿Necesariamente un Estado nacional territorial? Como se dijo antes, él no ignoraba el proceso histórico real y concreto que había dado lugar a los estados modernos, precisamente en contra de las ideologías que naturalizaban el concepto de Estado-Nación como un hecho simplemente cultural, ocultando la realidad de las violentas imposiciones y sojuzgamientos de pueblos (etnias) en la propia Europa. Y así mismo supo valorar los nacionalismos que resultaron justamente de ese proceso. Frente al caso de Irlanda, por ejemplo, no dudó en afirmar que mientras el obrero inglés no abandonara su pretensión de dominio sobre sus hermanos de clase, no sería capaz de emanciparse a sí mismo. Pero tomó todos los nacionalismos, de uno y otro signo, como fuerzas objetivas en capacidad de impulsar la consolidación o, eventualmente, la formación de estados. Sin duda reconocía que la posibilidad de materializar esa necesaria “síntesis de la sociedad burguesa” residía en alguna fuerza de cohesión. Pero sabía igualmente que la propia realidad del Estado, o del soberano, podía definir la “nacionalidad” —el pueblo—, como tuvo oportunidad de comentarlo a propósito de la definición de soberanía popular por exclusión que hacía Hegel¹⁹. Los estados nacionales eran, pues, ante todo, un hecho.

No obstante, independientemente de los orígenes de los estados, es claro que ellos se constituyen en la única forma de estructurar la relación de poder en el capitalismo, como ha quedado establecido. En ese sentido, Marx apreció las diversas formas de colonialismos como proyecciones de Estado hacia espacios no capitalistas. Dado que consideraba que el efecto de esta dominación no podía más que inducir el capitalismo, no se le hacía extraño el surgimiento de nuevos estados a través de luchas o acuerdos de independencia. Pero seguramente consideró, a mismo nivel, la formación y expansión del mercado mundial como una tendencia contradictoria. Tendencia que, en la medida en que erosionara los estados nacionales, serviría de base para la emancipación del proletariado. Es el sustento de la famosa consigna: “Proletarios de todos los países uníos”. No son ellos quienes idealmente se lo proponen sino el

¹⁸ Karl Marx, “Crítica del Programa de Gotha”, en Marx y Engels, *Obras escogidas*, tomo II, Moscú, Ediciones en Lenguas Extranjeras, 1971.

¹⁹ Karl Marx, *Crítica de la filosofía del Estado de Hegel*, ed. cit., p. 51.

propio capitalismo el que los obliga a hacerlo. De ahí la insistencia, no exenta de ironía, sobre la marcha implacable del mercado mundial, en el *Manifiesto Comunista*, en lo que algunos han creído ver la primera apología de la globalización.

El proceso, como sabemos, ha dado, no obstante, algunas vueltas. Después del imperialismo, entre los siglos XIX y XX, y de dos guerras mundiales, la “descolonización” subsiguiente multiplicó de manera sorprendente (y ficticia) los “estados nacionales”. Pero la expansión del mercado mundial siguió su marcha. Hoy tenemos dudas fundadas de si muchos de esos estados en realidad sirvieron de formas de cohesión o de simples mediadores de la dominación del capital global (neocolonialismo). En todo caso, como se señaló al principio, la tendencia actual a la erosión es evidente. Dado que el colonialismo parece ya superado, la pregunta es si estamos en presencia de nuevas formas Estado que, en una escala superior, corresponderían a la necesaria “síntesis de la sociedad burguesa” contemplada en el pensamiento marxista. Podría decirse que existen diversos proyectos de integración, entre los cuales el mejor ejemplo es la Unión Europea, que apuntarían a conformar esos nuevos estados. Sin embargo, es claro que los capitales trascienden ya dichas fronteras integradas, en una intensificación y densificación de las relaciones económicas, de naturaleza planetaria. Por lo demás, la hegemonía de los Estados Unidos es incontestable, al menos desde el punto de vista de su capacidad de coerción. No hay muchas respuestas.

En el reciente libro de Michael Hardt, que lleva la coautoría de Toni Negri, se introduce para este efecto el concepto de “Imperio”. La propuesta es tremendamente sugestiva. Sin embargo, la formulación es bastante débil y la sustentación, en lo que se refiere a la historia y el papel de los Estados Unidos, es poco menos que lamentable²⁰. Se puede rescatar la hipótesis según la cual, desde su nacimiento, el Estado de los Estados Unidos habría tenido una vocación de Imperio. Esto lo coloca en una posición privilegiada para asumir la reorganización del mundo, aunque curiosamente, para los autores, este no es el punto de partida. Efectivamente, estamos en presencia de una redefinición del espacio del capital y de la territorialidad y con ellos de la noción de soberanía. El imperio se caracteriza, entonces, porque no tiene límites. Pero tampoco tiene centro territorial. La insistencia en este último punto hace esfumar tanto el papel de los Estados Unidos, paradójicamente, como el sentido de cualquier reorganización política, lo cual los lleva a una formulación similar a la habitual de la politología, la cual se mencionó al principio de este ensayo.

En efecto, en este libro, de la mano de los enfoques “posmodernos”, se pone el énfasis en el descentramiento. “(El Imperio) es un aparato de mando descentrado y desterritorializado que incorpora progresivamente a todo el reino global dentro de sus fronteras abiertas y expansivas. El Imperio maneja identidades híbridas, jerarquías flexibles e intercambios plurales por medio de redes moduladoras de comando”. No gratuitamente se retoman las teorías de sistemas autorregulados (autopoiéticos). Pero cuando desciende a su formulación histórica, el esquema se reduce a un inventario de entidades u organismos de diferente tipo y naturaleza (incluyendo estados nacionales) que los autores organizan, para escapar del “aparente caos”, en una pirámide de tres escalones que a su vez contienen múltiples niveles.

En la cúspide están los Estados Unidos, los otros estados principales y ciertas asociaciones que cumplen funciones económicas o culturales claves en una función de unificación. En el segundo, las Corporaciones multinacionales, que no unifican sino que funcionan en red, hacia la articulación. Y los demás estados nacionales. En el tercer escalón, el más amplio, la base, están los grupos que representan intereses populares. La novedad aquí es que ya los estados nacionales no son los únicos que representan al pueblo sino también otro tipo de organizaciones, donde no falta la mención a las ONG. No podía ser más convencional. El principio de organización o de estructuración (no se trata en este caso del poder) no proviene de la propia lógica del entramado sino de la voluntad clasificatoria más o menos plausible de los autores.

El problema sigue sin resolverse. En realidad no basta con señalar que en la actualidad la política ya ha perdido su autonomía, como signo precisamente del declive de los estados, si es que se recurre al argumento simple de que hoy los consensos se tramitan en espacios diferentes (¿de la sociedad civil?), constatación que ya han hecho muchos autores desde otras vertientes ideológicas. Tampoco basta con advertir, de la mano de Foucault, la naturaleza biopolítica del nuevo paradigma de poder (se regula la vida social desde su interior), que en este caso va más allá de la sociedad disciplinaria hacia la sociedad de control a través de la tecnología. Se produce directamente la subjetividad, de ahí la importancia de los medios de comunicación. Pero afirmar que ahora el poder no está separado sino instalado en las propias relaciones de producción, antes que una refutación del supuesto paradigma de Marx (y ya se aclaró su contenido) no es otra cosa que buscar la forma de eludir el problema.

²⁰ Toni Negri y Michael Hardt, *Imperio*, Bogotá, Ediciones “Desde Abajo”, 2001. Véase especialmente el capítulo 2.5 “Poder en cadena: la soberanía de U.S. y el nuevo imperio”.

Sería indispensable definir en qué forma se estructura globalmente este poder, que aparentemente puede prescindir de la forma Estado, y la relación que tendría esta estructuración con el entramado antes descrito. Superando, eso sí, las dificultades que le crea al capital su empírica multiplicidad en el mercado, puesto que la tensión entre lo general y lo particular, entre lo inmediato y lo de largo plazo no ha desaparecido. Por el contrario; precisamente por eso se está hablando del actual malestar de la política (o de su ausencia). En fin, sería bueno establecer si esta redefinición es una alternativa societal o un signo de la crisis.

Y lo que es más importante: ¿Cómo se explica teóricamente la posibilidad de su contestación (contraimperio)? La verdad es que esta imagen totalitaria y omnipotente de la máquina imperial (biopolítica) no arroja muchas pistas sobre ello, a pesar de la emocionada reivindicación que se hace en el libro de los movimientos de resistencia. ¿Hay también aquí una redefinición de la política? ¿Cómo retomar las elaboraciones de Negri en torno a la noción de multitud? En realidad, la sugerencia de que la multitud está presente en el escalón bajo de la pirámide, empobrece el concepto al tratar de instrumentalizarlo y volverlo empírico. Mucho más fecundo sería redefinir la consigna de “proletarios de todos los países”.

La referencia a este libro, demasiado extensa para este ensayo aunque insuficiente como crítica, no tiene otro objetivo que poner en evidencia la magnitud del problema teórico, dada la significación de los autores en este diálogo con el pensamiento de Marx. Y llamar la atención sobre la noción de Imperio, que sin duda es fecunda. Otros procesos, no mencionados allí, como los de integración (ALCA), la consolidación de organismos como la OMC y el debate actual sobre la nueva arquitectura financiera mundial, pueden arrojar luces. Probablemente habrá que profundizar en el campo de lo jurídico. Pero no es claro que la alternativa del Imperio, cualquiera sea su naturaleza, constituya una solución medianamente perdurable. El mercado mundial, como lo vislumbrara Marx, ha hecho su tarea. Si hay un fin del Estado este será simultáneamente el fin de la sociedad capitalista.

2

2 Los límites del Estado de Bienestar

José Eduardo Rodríguez Martínez*

* Profesor del Departamento de Ciencia Política, Facultad de Derecho,
Ciencias Políticas y Sociales, Universidad Nacional de Colombia.

Es un lugar común señalar que el Estado de Bienestar colapsó desde comienzos de la década de los ochenta. Desde entonces se ha venido gestando un proceso de reestructuración en todas aquellas naciones en donde se replanteó el régimen de acumulación capitalista. Este período de transición que lleva ya algo más de 20 años se viene denominando como Posfordismo, para indicar un cambio profundo en el conjunto de las relaciones sociales de producción, y que está dando origen a una nueva fase de reorganización de la sociedad capitalista que compromete la relación Estado-Sociedad.

Pese a entenderse que la vigencia del Estado Benefactor –propio de la organización fordista del trabajo– llegó a sus límites, la reflexión sobre las causas que han dado lugar a su desmonte y origen a un nuevo tipo de organización social capitalista constituyen hoy en día un debate de suma importancia, no sólo porque permite entender los determinantes generales que motivaron su derrumbe sino, de igual manera, porque la nueva organización social y el nuevo Estado que le corresponden no es posible entenderlos plenamente en la medida en que éstos se edifican sobre la ruinas de aquéllos.

En principio, podemos suponer que la respuesta de la sociedad contemporánea frente al declive del Estado de Bienestar se construye tratando de superar los déficit y dilemas presentados por la fase anterior. En este sentido, nace la urgencia de comprender los dilemas por los que transita la sociedad posfordista para superar las contradicciones que el Estado de Bienestar no logró superar, o los conflictos sociales que se desarrollaron en su seno y que no encontraron formas de resolución dentro de la organización fordista del trabajo.

Dentro de la discusión académica son muchos los determinantes señalados que han incidido en el debilitamiento del Estado de Bienestar y en su tránsito hacia una nueva forma de Estado y de organización social. Algunos analistas ponen de relieve la crisis de los modelos económicos y los regímenes de acumulación que les son consustanciales, como también insisten en determinantes de naturaleza social y en los modos de regulación que permitieron construir la relación salarial que hoy se redefine. De la misma manera, se insiste en determinantes de naturaleza cultural y actitudinal que privilegian aspectos ligados con los procesos de urbanización agenciados que el fordismo y que se materializaron en la individualización y en la pérdida de mecanismos comunicativos generadores de anomia colectiva, y en la profundización de los procesos de despersonalización y desestructuración de las relaciones secundarias. En este mismo sentido se pretende entender el derrumbe del Estado de Bienestar por la desnaturalización de las formas sociales propias del capitalismo, como podrían ser los procesos de desmercantilización que ha gene-

rado la sociedad fordista y por los excesos de politización de la organización clasista del trabajo que fomentó el industrialismo y que condujo a la rigidez y monopolización de las relaciones económicas, sociales y políticas, produciendo de paso la pérdida de eficiencia de los principios de libertad e igualdad que han gobernado e inspirado al capitalismo desde sus inicios.

El presente trabajo quiere explorar una caracterización de los determinantes que, a mi juicio, han incidido en el derrumbe del Estado de Bienestar, con especial énfasis en las sociedades del capitalismo periférico, para poder entender los desafíos a los que se ve enfrentada la reestructuración capitalista en curso que se expresa bajo la forma del capitalismo posfordista, o era del capitalismo globalizado.

La teoría crítica del Estado moderno

La teoría crítica y la naturaleza del Estado de Bienestar

Con la crisis del Estado de Bienestar el movimiento social parece haber olvidado las luchas que se generaron contra él en su momento. Durante mucho tiempo, aun en los países en donde su implementación fue tardía, el montaje del Estado de Bienestar fue traumático y generó un proceso de profundas resistencias. A diferencia del denominado Estado Liberal, el Estado de Bienestar penetró la vida económica, social y cultural del capitalismo organizado de suerte que estructuró la vida de la organización social como parte de su sistema de funcionamiento. La rigidez de su organización sistémica produjo resistencias de diversa índole en todo el tejido social, hasta el punto de que se llegó a cuestionar la existencia misma del Estado capitalista por considerarse parte constitutiva de las relaciones sociales de producción, necesarias para el doble propósito de la acumulación y la legitimación del régimen político.

En este momento en que las bases materiales del Estado de Bienestar se han removido y que la tendencia histórica señala su desmonte —gracias a la reestructuración posfordista del trabajo—, el movimiento social no logra construir una propuesta de regulación societal que insista en su crítica al Estado capitalista y a las formas de organización del poder social que éste agencia. Por el contrario, frente a las señales de construcción de nuevas formas de control y dominación social, la imagen del Estado de Bienestar parece venir a la memoria del movimiento social de forma remozada para proponerlo como “alternativa” a la visión neoliberal del Estado.

Las formas de poder social construidas por los movimientos sociales y que en parte han contribuido al deterioro y crisis del Estado de Bienestar parece que vienen siendo abandonadas lentamente y sustituidas por el imagi-

nario colectivo del Estado moribundo. Por eso se hace necesario mirar nuevamente hacia nuestro pasado reciente para revivir la percepción social acerca de la naturaleza, carácter y significado social y político del Estado de Bienestar, y para penetrar en las causas de su crisis y envejecimiento. De igual manera, es posible percibir que el nuevo Estado posfordista se edifica como respuesta a los dilemas y fisuras que su homónimo precedente mostró y no logró regular o controlar.

La reflexión crítica sobre el carácter y significado del Estado moderno tiene ya sus años. Podríamos decir que desde comienzos de los años setenta la denominada teoría crítica de la sociedad comenzó a construir un cuerpo teórico alrededor de la significación del Estado en la sociedad contemporánea. En principio, podemos apreciar que los análisis más destacados quisieron dar cuenta de la historicidad del Estado. Es decir, que hasta entonces las teorías clásicas sobre el Estado lo trataban como un organismo presente en todas las instituciones humanas. En ese sentido, el Estado se sobreponía a los diferentes períodos de la organización social ocultando las diferencias específicas que pueden encontrarse entre un Estado y otro. Es así, que el Estado griego era equiparado al Estado que surgió en la Edad Media y, de la misma manera, al Estado que emergió desde el siglo XVIII con la Revolución Francesa.

En la actualidad es común apreciar cómo se equipara al Estado griego antiguo con el Estado moderno sin advertir que se trata de instituciones para sociedades totalmente diferentes. En la Grecia o la Roma clásicas el Estado era la institución privilegiada de la democracia. Sin embargo, la democracia del mundo antiguo se basaba sobre un criterio bastante restringido de la ciudadanía. Recuérdese que el ciudadano de la antigüedad no corresponde al concepto moderno de ciudadanía. La base fundamental de la ciudadanía del mundo antiguo era la institución de la esclavitud. El ciudadano pertenece al Estado de la misma manera que el esclavo pertenece al ciudadano. La organización social de la producción se estructura a partir del no reconocimiento de la ciudadanía a una parte importante de la sociedad. El concepto moderno de ciudadanía hace referencia a una característica y a una potestad perteneciente a todos los hombres de una nación.

Para la teoría crítica no es legítimo hablar del Estado como entidad suprahistórica en la medida en que cada una de las organizaciones sociales por las que ha transitado la producción humana son formaciones sociales esencialmente distintas. No es posible pensar que el capitalismo es un modo de producción idéntico a los que lo precedieron, ni que el mundo antiguo, basado en la esclavitud como motor de la producción, pueda ser equiparado a la sociedad de hombres libres e iguales ante el mercado, como lo pregonizan los apologistas del capitalismo.

El Estado capitalista, entonces, es considerado como un producto histórico propio de la sociedad moderna. Podríamos decir entonces que su fecha de nacimiento es el siglo XVIII, época en la que junto con la Revolución Francesa se dio inicio al capitalismo en el mundo con la Revolución Industrial.

Esta discusión nace sin duda de las reflexiones que en su momento generó Marx, quien desde el principio estuvo interesado en construir una teoría del desarrollo social muy similar a la que promovieron los filósofos de la Ilustración y economistas clásicos, como Adam Smith y David Ricardo. Si en su momento esta reflexión tuvo como principal objetivo resaltar las características esenciales que comenzaban a florecer con el nacimiento de la sociedad capitalista, y a advertirse por el envejecimiento y muerte de otras características de la sociedad antigua, en nuestros días la teoría crítica retomó este mismo debate con fines teórico-políticos. En cierto sentido, la discusión sobre la historicidad del Estado tiene importancia en cuanto resalta el carácter perecedero de algunas instituciones. Si el Estado moderno es producto de la evolución social y es propio de la sociedad capitalista, resulta evidente entonces que una vez el capitalismo entre en su fase de envejecimiento y se dé inicio a una nueva forma de organización social, así mismo el Estado comienza a experimentar sus límites y a entrar en un período que señala su propio derrumbe, o su tránsito hacia formas renovadas de expresión social y política.

Otro de los enfoques que ha querido investigar la teoría crítica del Estado se refiere al aspecto de si el Estado representa los intereses de la colectividad o si, por el contrario, es una institución al servicio de intereses particulares y egoístas. La idea más difundida de los teóricos de la democracia representativa es la de que el Estado debe velar por el interés colectivo de una comunidad. El Estado representa la orientación de sentido que una sociedad construye y pretende desarrollar el nivel de conciencia moral de toda una sociedad. Sin embargo, dentro de una sociedad existen intereses encontrados, algunas veces antagónicos, que son de difícil reconciliación. La pregunta que surge entonces de esta situación es: ¿cómo es posible construir consensos globales en una sociedad formada por intereses diversos?

Los debates más significativos de la teoría crítica sobre el Estado

En un primer momento, podemos señalar que la crítica del Estado de Bienestar comenzó a perfilarse a finales de los años 60 con los trabajos de académicos de diversas latitudes.

Ralph Miliband es uno de los teóricos del Estado para quienes éste representa una relación instrumental. Es decir, el Estado es un aparato que puede ser usado de conformidad con los intereses de las clases sociales que se vuelven hegemónicas en un período determinado. Así, el Estado es una insti-

tución neutra en la medida en que actúa de conformidad con los grupos sociales que detentan el poder; que puede favorecer o no a ciertos grupos de la sociedad. Para Miliband la naturaleza de clase del Estado es definida de conformidad con la naturaleza de clase de los grupos sociales que detentan el poder. En el capitalismo existe una tendencia irreversible a que los grupos sociales que representan al capital se encuentran sobrerrepresentados en el aparato estatal. En esa medida existe una relación muy estrecha entre los grupos sociales que lideran las grandes industrias y los representantes políticos que manejan el Estado. Según él, es posible que el Estado cambie de naturaleza, es decir, que se transforme en un Estado al servicio de los trabajadores, cuando a partir de una transformación radical de la sociedad, los grupos dirigentes representen a la clase trabajadora en un momento determinado.

En el trabajo de Ralph Miliband sobre el Estado capitalista todavía no se hace un análisis histórico de la naturaleza del Estado moderno, sino que se reflexiona desde su forma general para resaltar el carácter estrictamente capitalista del Estado debido a que éste representa los intereses de las clases y sectores dominantes. En este sentido, esta aproximación a una conceptualización del Estado es de naturaleza instrumental, muy próxima a la concepción leninista del aparato estatal y su funcionamiento.

Como reacción a la interpretación instrumentalista del Estado se produjo el trabajo de Nicos Poulantzas, para quien si bien es cierto que el Estado moderno debe tener alguna independencia de la economía, también es posible afirmar que esa autonomía es relativa en el sentido de que la instancia política no puede ser entendida necesariamente como un reflejo de la base económica.

¿Qué significa esta autonomía relativa? Básicamente que el Estado actúa con algún grado de independencia de la economía. El Estado no puede ser manejado única y exclusivamente por los grupos sociales que construyen su hegemonía alrededor suyo. Las funciones estatales están encaminadas a regular el conjunto de relaciones sociales que permiten al capital obrar como un todo. De esta manera, el Estado debe guardar cierta distancia frente a los intereses de los grupos sociales que se encuentran dirigiéndolo. Esto significa que el Estado no puede ser indiferente a las funciones que la economía le otorga, en especial el proceso de valorización del capital. Así, la economía le impone al Estado unas funciones sociales que en muchos casos sobrepasan los intereses comunes que puedan tener ciertos grupos particulares de capitalistas. El Estado no es una institucionalidad totalmente independiente de la economía. Las leyes del mercado y la obtención de las ganancias del sector privado le imponen su propia dinámica, sin que pueda sustraerse de esos determinantes.

Siendo así, con la elaboración de la autonomía relativa del Estado Poulantzas insiste en la imposibilidad de mantener una concepción estricta-

mente instrumental del Estado (ya que obedece a los intereses de las clases dominantes), pues la esfera jurídico-política debe velar también por la construcción, ordenamiento y mantenimiento del capital general, independiente de los intereses de su existencia como capital fraccionado.

Dentro de una perspectiva más o menos similar a la anterior se encuentran los trabajos de autores como Altvater e Ian Gough, para quienes el Estado moderno es un aspecto básico para el mantenimiento y desarrollo de la esfera económica. Estos autores insisten en la participación de la esfera política en el proceso de acumulación ampliada del capital mediante las inversiones en ciertos sectores estratégicos de la producción. Así, pueden señalar cómo la existencia del gasto militar y la carrera armamentista son esenciales para impulsar los procesos de valorización capitalista. A pesar de que en estos trabajos ya se observa un intento por salir de la encrucijada de la visión instrumentalista del Estado y de la autonomía relativa sugerida por Poulantzas, en la medida en que perciben al Estado como una esfera de importancia para la valorización capitalista en escala ampliada —independientemente de los intereses del capital fraccionado—, todavía no se renuncia plenamente a la esquizofrénica figura de la base económica y la supraestructura jurídico-política e ideológica.

A finales de los años setenta y comienzos de los ochenta, especialmente en América Latina, se actualiza y renueva el trabajo y las ideas de Antonio Gramsci sobre el papel de la hegemonía y el carácter del Estado moderno. Por la brecha existente en la periferia capitalista entre modernidad, modernización y modernismo, de un lado, y entre atraso o subdesarrollo, premodernidad y cultura tradicional, de otro, surge la necesidad de conceptualizar sobre el Estado periférico como es el caso del trabajo de Tilman Evers. En él se establece que en la periferia la institucionalidad capitalista es moderna y obedece a la estructura paradigmática del Estado y las instituciones del capitalismo central. Sin embargo, la "sociedad civil" se encuentra atrasada y no está estructurada sobre los pilares de las relaciones modernas donde prima el sujeto de derecho, el mercado y el Estado. La dualidad entre una supraestructura moderna y una sociedad civil premoderna determina las funciones del Estado en el sentido de desarrollar y acelerar el proceso de modernización para que a su vez se impulse la mercantilización de las relaciones sociales y se logre entrar en la modernidad, rompiendo la dualidad entre atraso y desarrollo y logrando que el Estado se imponga como forma general del poder social. No obstante esta situación, dentro de este proceso es posible —como de hecho se ha dado en América Latina— que la sociedad civil pueda construir formas de poder hegemónico que impulsen una nueva sensibilidad colectiva de la sociedad civil y transformen la naturaleza autoritaria del Estado moderno hacia la formación

de un Estado nacional popular. Aunque esta perspectiva de inspiración gramsciana puede adolecer de cierta naturaleza instrumentalista y leninista es posible también entenderla como la posibilidad de construir, mediante la formación de la hegemonía de la sociedad civil, un Estado democrático que exprese el espíritu de la sociedad civil. Estado y sociedad civil se disolverían de esta manera en una misma estructura.

Posteriormente, dentro de la teoría crítica se fue desarrollando la denominada escuela derivacionista que tuvo sus principales exponentes en Alemania e Inglaterra. Los trabajos de Sol Picciotto y John Holloway han querido derivar la forma Estado de algunas categorías como la mercancía y el dinero. Para ellos el Estado es una relación social de producción, es decir, que el Estado participa dentro del capitalismo como una forma social sin la cual éste no podría existir.

En un intento por renunciar a la sin salida que presenta la metáfora base-supraestructura, los autores de la denominada escuela de la derivación o de la lógica del capital (Holloway, Picciotto, Bob Jessop, Juan Pablo Pérez Sainz, etc.) pretenden hacer una lectura diferente de la naturaleza del Estado moderno. Para ellos es necesario renunciar a la separación entre instancias sociales pues ellas no hacen sino reflejar la separación entre el trabajador y sus herramientas, necesaria para la constitución de la mercancía y el intercambio. Reclaman la necesidad de revivir el concepto marxiano de Forma Social para entender que los aparatos del Estado solamente reflejan el proceso de cosificación de las relaciones sociales. El Estado moderno es una relación social de producción consubstancial a la configuración de las relaciones entre capital y trabajo. En este sentido, ya no es necesario insistir en la autonomía de lo político frente a lo económico, aunque esta autonomía sea relativa pues el capital no es ni economía ni política sino una relación de producción que compromete lo jurídico-político, lo ideológico y lo económico. De esta manera, el Estado no es una supraestructura ahistórica sino que, por el contrario, se sumerge en el seno de las relaciones sociales que históricamente se han configurado. De allí que se requiera resaltar que el Estado moderno es una forma social capitalista que debe desaparecer en el momento en que el capital se desvanezca, al igual que floreció y se constituyó al mismo tiempo que este último emergió.

Ahora bien, el Estado es una condición necesaria para que en la sociedad contemporánea se pueda dar el trabajo asalariado, o lo que es lo mismo la mercantilización de la fuerza laboral. La separación entre Estado y sociedad civil no es una distinción puramente formal sino histórica. La sociedad civil existe separada del Estado precisamente porque esta separación-distinción expresa el grado de mercantilización de la política.

Al afirmar que el Estado es una relación social de producción estamos advirtiendo sobre la falsa separación existente entre economía y Estado. De esta forma, podemos decir que el Estado es constitutivo de las relaciones sociales de producción. El Estado siempre ha intervenido en la economía, pues hace parte de ella. Por eso no es posible hablar de instancias autónomas e independientes sino de que ambas constituyen una misma relación social en la que no puede existir la una sin la otra. La crisis del Estado conlleva inevitablemente a la crisis del capitalismo en su conjunto en la medida en que son componentes inseparables de la misma relación social de producción. Siendo así, el Estado no puede ser manejado —como lo proclamaba la escuela instrumentalista— en la medida en que éste se encuentra determinado por las leyes inherentes al proceso de valorización capitalista.

Desde una perspectiva no estructuralista pero que llega a conclusiones similares encontramos los trabajos de Michel Foucault, con su insistencia en el análisis de lo que denominó la microfísica del poder. Este autor no analiza el Estado y sus instituciones desde un aspecto macro o estructural sino desde la red de relaciones que se constituyen en su interior para develar que instituciones como la familia, la sexualidad, la escuela, la fábrica, el panóptico, el asilo y los psiquiátricos, etc., son básicamente instrumentos de control social y de mantenimiento de la dominación política. Las relaciones sociales son relaciones básicas de poder que permiten, mediante la estructuración de las formaciones discursivas, construir relaciones desiguales de dominación y control. En este sentido, el Estado moderno es una relación de dominación que garantiza el control social de la población objeto de su conocimiento, mediante el ejercicio de los regímenes disciplinarios.

Finalmente, encontramos la denominada escuela regulacionista del Estado, de origen básicamente francés, entre cuyos teóricos más sobresalientes podemos citar a Aglietta, Boyer, Coriat y Lipietz. Ellos parten de una crítica a la escuela derivacionista en el sentido de considerar que el Estado como forma social no es suficiente para entender las diversas transformaciones que ha sufrido a lo largo de la historia. Si bien consideran que concebir al Estado como una forma social es un avance importante insisten en que es necesario realizar exámenes de naturaleza histórica para poder comprender mejor cuáles han sido las diferencias específicas y los diversos grados de intervención del Estado en las diferentes fases por las que ha transitado el capitalismo.

Estos trabajos, reunidos bajo el título de Escuela de la regulación o regulacionista, retoman en parte los aportes desarrollados por los derivacionistas pero se destacan por insistir en la necesidad de historizar la relación social capitalista. En principio podemos decir que el capital es una relación social que ha venido evolucionando, en la que se pueden identificar

fases o períodos históricos más o menos determinados configurados por las transformaciones tecnológicas que contribuyen a la redefinición de los procesos de trabajo que rigen las relaciones de producción capitalista. De forma sintética podemos señalar que los regulacionistas se resisten a hablar del Estado moderno en su forma general, pues la evolución histórica sugiere que lo que se ha presentado concretamente son formas específicas o configuraciones del Estado, correspondientes a las distintas fases por las que han transitado las relaciones sociales de producción. Así las cosas, sus análisis recientes se centran en el estudio del denominado Estado fordista para indicar el período del Estado de Bienestar y las luchas que se han generado dentro de éste. Daría la impresión de que los regulacionistas participan de la distinción entre Estado y economía al proponer que el estudio debe centrarse en las formas o modalidades de la regulación que ésta ejerce sobre aquél. Sin embargo, es lícito pensar que estos trabajos no renuncian a la consideración del Estado como forma social, sino que concretan y precisan más el análisis al insistir en que las configuraciones de Estado inciden notoriamente en las formas de regulación o modalidades de control social, que a su vez dependen de las transformaciones de los procesos de trabajo sobre los que se construyen las referidas "instancias" sociales. Podríamos decir entonces que los procesos de trabajo no son exclusivos de las instituciones económicas sino que, por el contrario, organizan y estructuran la arquitectura de todas las instituciones sociales. Los procesos de trabajo pertenecen también a las instituciones del Estado en su tarea de cumplir con las funciones que específicamente le demanda la acumulación de capital.

Se comparte la idea de que el Estado es un capital colectivo ideal pero que su estructuración está atravesada por la tecnología que en cada época utiliza la sociedad para la producción de los bienes y servicios. La virtud de esta escuela reside en haber precisado el esfuerzo crítico para develar las estructuras de dominación y control social del Estado fordista y en sugerir que la crisis por la que éste transita es o debe ser distinta a la de otras configuraciones del Estado, en la medida en que las técnicas y tecnologías sociales que se han aplicado en diferentes momentos de la relación social capitalista han cambiado o se han actualizado.

Los entendimientos más comunes sobre la crisis del Estado de Bienestar

No existe una comprensión general de las causas que motivaron el derumbe del Estado de Bienestar. La prevalencia de la metáfora base-supraestructura parece predominar aún en los enfoques críticos del Estado y

se ramifican según el acento que cada aproximación le da a los distintos factores que componen la totalidad social. Quizás los argumentos más fuertes son de naturaleza económica o versiones economicistas que insisten en mantener viva la concepción clásica y mejor divulgada sobre la teoría del reflejo. Es decir, aquellos enfoques que atribuyen a la determinación de la base económica los aciertos o desaciertos de las instancias supraestructurales. En este sentido, se recalca que los movimientos del mundo de la economía —caracterizado por los desequilibrios cíclicos— transforman la aparente calma existente en las esferas estructurales del mundo de la voluntad, la razón y el conocimiento. A pesar de ello, y aún aceptando la visión tradicional de la articulación de las instancias económicas, en donde una de ellas determina al conjunto, existen un sinnúmero de interpretaciones sobre las causas de la crisis pues no todas coinciden en señalar los momentos y variables principales que presentan en cada fase de la acumulación capitalista episodios de ruptura y fisuras que la interrumpen, o ponen en tela de juicio el funcionamiento del subsistema económico.

Si bien la visión economicista de la crisis no ha sido plenamente satisfactoria, existen contribuciones que quieren desplazar el eje de gravedad de las interpretaciones hacia otros lugares menos manidos, pero no por ello necesariamente más innovadores, como son los entendimientos que enfocan el problema de la crisis del Estado de Bienestar en la instancia (o subsistema) política, en la medida en que entienden que la economía no puede funcionar independientemente de la toma de decisiones y de la voluntad social que propone los derroteros a seguir, entre muchas opciones, para construir la política económica. Es decir, la economía no se moviliza por la fuerza de un motor originario, aunque se insista en las figuras de la “mano invisible” y de la “conciencia del mercado”, sino que ella obedece a las concepciones del mundo, a la producción y circulación de las relaciones de poder y a la capacidad política y tecnológica de proponer e imponer proyectos sociales universales que benefician más o menos al conjunto de la población. Siendo así, se puede afirmar que la instancia política tiene autonomía relativa (para emplear la terminología de Poulantzas) para incidir y transformar el entorno económico. La política se convierte de esta manera en la determinación formal del Estado de Bienestar. Esta aproximación determina, entonces, que la búsqueda del equilibrio y la paz perdidos está más en las manos y en las posibilidades de una modificación del subsistema político.

Desde una perspectiva menos tradicional se desarrollan las caracterizaciones de naturaleza más global que pretenden indicar que la crisis del Estado de Bienestar obedece menos a los estrangulamientos del subsistema económico y las secuelas que acarrea en los otros subsistemas, y más a un trata-

miento holístico del problema como son las crisis sociales o societales. En verdad que estas aproximaciones aunque quieren resolver el problema de la articulación de las instancias o subsistemas mediante un entendimiento más general, todavía no alcanzan a presentar cómo se disuelve el problema de la existencia de los subsistemas en un todo poco diferenciado. La crisis social no se ubica en la comprensión de lo que comúnmente se denomina "lo social", para resaltar los aspectos ligados a la reproducción de la fuerza de trabajo, sino que pretenden analizar el conjunto de las relaciones sociales como categoría universal y totalizante que incorpora aspectos vinculados al conjunto de las formaciones sociales.

Durante los últimos tiempos han venido proliferando con fuerza los denominados estudios culturales que pretenden, desde ciencias como la antropología y la comunicación, explicar la formación de estructuras como la de la identidad y la relativización del paradigma de la modernidad, para mostrar la necesaria presencia de órdenes culturales diversos que no se encuentran atados a la lógica del mercado, la productividad, la ganancia, la ética del trabajo, etc. Los modelos del trabajador colectivo, contruidos y conformados en cada fase del capitalismo, no son suficientes para entender la lógica de las organizaciones sociales. Los movimientos sociales contemporáneos pueden ser vistos como principios de un proceso de desintegración social global, pero también pueden albergar en su seno gérmenes de nuevas identidades colectivas y de formas paradigmáticas que le den un sentido diferente a la producción y acumulación de riqueza. La sociología jurídica ha contribuido también a esta perspectiva al señalar la existencia de órdenes jurídicos diversos, que comúnmente vienen siendo bautizados con el nombre de Pluralismo Jurídico. La cultura como construcción de "imaginarios colectivos" se presenta en este enfoque como una nueva forma de explicar la identidad social que busca la superación de la crisis sistémica, como lo han intentado plasmar los enfoques sociales o societales arriba enunciados.

En ese sentido, quisiéramos presentar en seguida un panorama sucinto de los entendimientos más relevantes, que ateniéndose a los enfoques ya sugeridos, pretenden dar una respuesta interpretativa a la crisis del Estado de Bienestar. Cabe señalar que dependiendo de la tentativa conceptual que se adopte nace la urgencia, tanto para los movimientos pertenecientes a la esfera de la regulación como para los que se ubican en la esfera de la emancipación, la urgencia, decimos, de proponer estrategias y políticas para la superación de la crisis provocada por el derrumbe del Estado de Bienestar. Éstas van desde el aceleramiento de su senilidad, como parece proponerlo la crítica neoliberal, pasando por la readaptación y adecuación del Estado a las nuevas condiciones del capitalismo globalizado, próximo a las tesis neo-socialdemó-

cratas, hasta los que insisten en que están dadas las condiciones para la superación de la organización social, más allá de la fracasada utopía del socialismo realmente existente.

Los determinantes de naturaleza económica

Un grupo importante de autores ha privilegiado el análisis económico para entender los factores que producen la crisis del Estado de Bienestar. No obstante, existen múltiples interpretaciones sobre las razones de su colapso. En esta sección tratamos de hacer una clasificación general sobre las percepciones más sobresalientes que pretenden dar una explicación de su crisis. A continuación hacemos una breve descripción de las distintas corrientes, a saber:

La crisis fiscal del Estado. De manera temprana James O'Connor, autor norteamericano, señaló que la política económica del Estado de Bienestar tendría sus límites en lo que señaló como la crisis fiscal del Estado. Recordemos que la política keynesiana predicaba que para evitar los ciclos recurrentes de depresión era necesario la intervención del Estado a través del gasto público. Esta situación estimularía la demanda efectiva y reactivaría la producción permitiendo que el ciclo económico recuperara su curva ascendente, evitando el estancamiento del mercado de trabajo y estabilizando las tasas de interés. Sin embargo, para O'Connor las demandas sociales tienden a ser cada día mayores ocasionando presiones sobre el gasto público que poco a poco se hace insuficiente para satisfacer las necesidades de la reproducción ampliada del capital. En este escenario el Estado debe acudir a una política impositiva cada vez más onerosa pero de alguna forma recesiva, que desestimula la inversión y reduce el margen de utilidades de las empresas. De suerte que una vía puede ser el endeudamiento y otra la emisión de numerario, pero ambas son paliativos para la delicada situación de las finanzas públicas y las necesidades de la economía en su conjunto. Esto finalmente conlleva a un déficit fiscal que retarda o entorpece la actividad pública y puede contrarrestar la estrategia anticíclica del Estado de Bienestar. En este sentido, O'Connor visualiza que un límite a la acumulación ampliada del capital –vía la intervención pública– se concentra en lo que denominó la crisis fiscal del Estado, señalando el fracaso de la intervención estratégica del keynesianismo en de la economía.

La crisis de acumulación: Esta postura la adoptan autores que desde una visión económica marxista insisten en que el proceso de acumulación de capital no tiene la tendencia de un ciclo ascendente, como aspira la economía ortodoxa, sino que existen numerosas razones para pensar en un proceso que por el contrario indica una tendencia a la desacumulación. Dentro del mar-

xismo esta discusión fue muy aguda especialmente en la interpretación del desarrollo capitalista en la época de la Revolución Bolchevique y en la crisis de 1929. Un resumen significativo de este debate lo encontramos en la obra de Roman Roldosky. La crisis del 29 fue caracterizada como de subconsumo o sobreproducción, o de realización de las mercancías. Si la crisis es asumida como crisis de realización, la estrategia sugerida inicialmente sería la necesidad del capital de ampliar los mercados (idea que sustenta la tesis del imperialismo) o de ampliar la frontera capitalista hacia sectores no modernos o de economía campesina para ampliar el consumo de los productos de la industria moderna. Otra posibilidad y que en parte es asumida por autores de corte keynesiano-marxista es la de que se impone la necesidad de ampliar el fondo general de salarios hasta cierto límite, con la perspectiva de que el aumento de la propensión al consumo logre resolver el problema de la realización de las mercancías. Por último, una estrategia adoptada frente a esta situación fue la de aumentar los stock de mercancías pretendiendo que en un momento de ciclo creciente éstas podrían encontrar salida en el mercado. A pesar de ello otros autores han insistido en que la verdadera esencia de la crisis no se encuentra en la fenomenología del mercado sino en las profundidades de la producción.

Si bien las tesis anteriores pueden darse como problemas en el manejo de la política económica, la verdadera situación de la crisis se presenta por la dinámica inherente al desarrollo capitalista que, animado por la competencia y la obtención de mayores márgenes de ganancia, se ve obligado a elevar la composición orgánica del capital. El desarrollo tecnológico es una de las vías para conseguir este propósito. Sin embargo, esta posibilidad se ve frustrada en la medida en que su efecto inmediato es la tendencia decreciente de la tasa de beneficio o baja tendencial de la tasa de ganancia. El desarrollo capitalista está inexorablemente condenado a producir cada vez más mercancías pero con menos valor, pues la fuerza laboral es cada vez más productiva pero su participación en el producto social es cada vez menor. La masa de plusvalor tiende a reducirse. Luego, la crisis del Estado de Bienestar (y del capital) se reduce a una crisis de acumulación provocada por el descenso de la tasa de ganancia.

La teoría de las ondas largas: El trabajo del académico Ernest Mandel constituye un intento por dar respuesta a la crisis capitalista que involucra al Estado. Si bien es cierto que Mandel retoma la interpretación marxiana de la baja tendencial de la tasa de ganancia pretende, no obstante, mediante un análisis de las series históricas de la acumulación a escala mundial, determinar que el desarrollo de la producción material se organiza mediante un pro-

ceso de ondas largas, de naturaleza expansiva y recesiva, de una duración de 30 a 40 años, animadas por la dinámica de la tasa de ganancia. Los procesos de transformación de la relación Estado y economía coinciden con la aparición y declive de estas ondas largas. Podría decirse que cada onda larga inaugura una configuración específica del modelo económico en donde el Estado se transforma para adecuarse a la nueva estrategia de desarrollo que la onda larga impone. A finales del siglo XX la crisis mundial coincidía con el agotamiento de la onda larga expansiva que comenzó en la posguerra y muestra su decaimiento a comienzos de la década de los ochenta, propiciada por la segunda crisis petrolera y energética. En este sentido, la crisis contemporánea del capitalismo mundial se caracteriza por estar transitando por un período de onda depresiva que sólo puede contrarrestarse por los síntomas de reactivación manifiestos, propios del comienzo de una nueva fase de acumulación propiciada por la onda larga expansiva.

La teoría de las ondas largas de Mandel coincide en parte con los entendimientos y periodizaciones de autores marxistas que entienden el desarrollo capitalista como un proceso determinado por fases de acumulación, que imponen formas de regulación y configuraciones de Estado específicas para cada período. Los regulacionistas podrían ser una expresión de este entendimiento. Así las cosas, el período actual se caracterizaría por un estado de transición de una fase a otra que puede ser bautizado como un proceso de reestructuración capitalista, en donde se asiste a un desprendimiento de las relaciones sociales de producción y la creación y constitución de relaciones sociales nuevas, propias o constitutivas del nuevo período o fase capitalista.

Las deseconomías de escala: Estas aproximaciones provienen de análisis cercanos a la economía urbana y a la sociología del trabajo, quienes han estudiado las características propias de la tecnología fordista y que se han concretado en paquetes tecnológicos de tamaño importante basados en las líneas de montaje y la producción en serie, inherentes a los aportes tayloristas y fordistas de la organización técnica y administrativa del trabajo. De la misma forma, en el plano espacial se ha venido sugiriendo la importancia del medio construido por su capacidad de concentrar y aglomerar actividades productivas que permiten la obtención de rentas adicionales en la forma de economías externas (efecto aglomeración) y economías internas o de escala (efecto concentración y centralización de capital asociadas al tamaño de la firma). Con relación a estas últimas podemos señalar que vienen ocurriendo diversas situaciones que pueden considerarse como negativas, en el sentido en que descaracterizan el nivel de productividad y de ahorro de la firma fordista. De un lado, podemos señalar la rigidez de los procesos de trabajo que

no permiten adecuarse a los requerimientos de la demanda, a los cambios tecnológicos y a las exigencias de la administración. La excesiva especialización técnica del trabajo y el saber operario se presentan como resistencias a las transformaciones que se quieren implementar desde la administración. La rigidez coyuntural del mercado obliga a grandes inventarios y la administración global de la firma se vuelve muy costosa, apareciendo como una contratendencia a los efectos inicialmente ahorradores de la firma fordista. A un cierto nivel de productividad y de tamaño de la firma el sentido de las economías de escala se revierten mostrando su rostro negativo en la forma de deseconomías internas o de escala, que obligan a un replanteamiento de la administración empresarial para recuperar la productividad del operario fordista, que llegó a controlar el tiempo de producción de su actividad y a resistirse a cualquier disminución del mismo; a replantear la centralidad y verticalidad del plan de producción hacia los equipos de trabajo y formas más horizontales de administración y, finalmente, a resolver e incorporar al colectivo de trabajadores en el problema de los cambios y fluctuaciones de la producción que transforman los ritmos de producción y la experiencia operaria en relación con su conocimiento técnico.

De otro lado, las situaciones de anormalidad del mercado como pueden ser los paros o huelgas o las constantes ausencias laborales causadas por enfermedades u otras circunstancias, se traducen dentro de la estructura empresarial como porosidades que experimenta el proceso de trabajo y que son asumidas por el capital. Se puede afirmar que el despliegue de capital fijo en estas magnitudes implica costos muy onerosos para la administración e interrupciones y discontinuidades del proceso laboral, que dada su rigidez se traducen en porosidades significativas de los flujos permanentes tal y como la tecnología empresarial debe funcionar. Desde el punto de vista del efecto de aglomeración se puede apreciar que la denominada crisis urbana compromete directamente a la fábrica fordista. La indisciplina en la ocupación del espacio urbano, la generación de nuevas rentas del suelo urbano que aparecen con el desarrollo de la ciudad, la dificultad por encontrar un equilibrio entre la especialización funcional del espacio, que se traduce en un aumento de los tiempos de desplazamiento de las mercancías y en un aumento en los costos del transporte urbano, provocan lo que la literatura ha denominado las deseconomías de la aglomeración. La macrocefalia urbana se traduce en pérdida de la productividad de la ciudad, animada por la indisciplina ciudadana y la informalidad que transforman los usos de los espacios urbanos (el espacio público, por ejemplo) en generadores de ilegalismos que “desvían” la atención de la administración pública hacia asuntos de normalidad ciudadana, atentando contra la productividad global de las ciudades y provocando nuevos

modelos espaciales de ocupación y organización del espacio y el medio construido.

El monopolio como desnaturalización del mercado: Esta tentativa de explicación de la crisis del Estado Benefactor ha sido sugerida por Milton Friedman, Premio Nobel de economía y señalado como padre del neoliberalismo. Para él, un fenómeno extendido desde la posguerra ha sido la desnaturalización de los mercados debido a la estructura monopólica que han venido asumiendo, de un lado, y a la excesiva intervención estatal que ha desvirtuado la separación entre economía privada y política. El mercado como agente regulador de los precios y como distribuidor y asignador de la riqueza socialmente producida ha perdido completamente su función de organizador de la sociedad. La estructura monopólica de la sociedad ha conllevado a la fijación de precios "políticos" en todos los ámbitos de actividad. Esta monopolización se expresa no sólo en la actividad económica de las empresas sino que también se viene reflejando en el mercado laboral, mediante la injerencia e importancia que han cobrado los sindicatos y con la excesiva presencia del Estado regulador, que fija precios e interviene en la economía con características no racionales sino atado o limitado por los acuerdos entre los distintos monopolios.

Esta situación tiene efectos en los pilares de la economía de mercado como son la libertad e igualdad de los agentes, pues los monopolios colocan barreras al ingreso de éstos, de conformidad con las cuotas que logran establecer al acceso al mercado, y resquebrajan el principio de libertad y la iniciativa privada. De la misma forma, la monopolización no logra desarrollar el principio de igualdad en la medida en que no todas las personas tienen igualdad de condiciones para entrar y competir en el mercado, sino que depende de factores asociativos, políticos y de diversa índole, para encontrar un lugar determinado dentro de los mercados posibles.

La economía y la política han confundido sus objetos, funciones y propósitos dando como resultado una crisis en la economía y la política. Por tanto, es necesario volver a construir los pilares que dan vida y estructura al mercado para restablecer los linderos y la amplitud de la competencia, y se vuelva a restablecer el equilibrio perdido que no permite aflorar los principios de la libertad e igualdad que son propios de la democracia de Occidente.

Los determinantes de naturaleza social

Dentro de esta perspectiva el autor que con más agudeza ha abordado la crisis del Estado Benefactor ha sido Claus Offe. Su aproximación teórica se realiza desde una mirada funcional sistémica que pretende entender la crisis

social como una disfuncionalidad del mecanismo global, provocada por fallas en uno o varios de los subsistemas que componen la estructura sistémica de la sociedad. De forma general, podríamos decir que Offe analiza el funcionamiento del Estado Benefactor y su papel en los esquemas de reproducción de la fuerza de trabajo mediante la aplicación o constitución del salario indirecto o gasto público dirigido a cumplir esta función. Revisando el comportamiento del mercado laboral y, particularmente, las políticas de educación, salud y bienestar llega a la conclusión de que el fenómeno generado por esta estrategia es la de producir la desmercantilización de las formas sociales.

Para Offe, una de las contribuciones del pensamiento de Marx fue —a través del análisis de la mercancía— haber descifrado su acertijo para concluir que las mercancías no son formas materiales sino relaciones sociales objetivadas. El dinero, la mercancía, el derecho, etc., no expresan cualidades de las cosas sino funciones sociales impuestas por la naturaleza específica de las relaciones sociales. Desde esta perspectiva, el trabajo asalariado o la mercantilización de la fuerza laboral expresa la naturaleza social del trabajo cooperado dentro de la sociedad moderna. La forma salario y el asalaramiento son condiciones indispensables para que el trabajo se incorpore reiteradamente al proceso productivo y al mercado en su forma de mercancía. Para administrar la crisis del subsistema económico, la gestión del Estado Benefactor trae como correlato la tendencia de los sujetos o movimientos sociales a resistirse al proceso de mercantilización de su fuerza laboral. Aun cuando sean beneficiarios de la política social del Estado Benefactor los sujetos sociales usan la política asistencial con una pretensión diferente a la de reincorporarse al mercado de trabajo.

La perspectiva de Offe señala una desnaturalización de las formas sociales, que provocan disfuncionalidades en los mecanismos de integración social por el proceso de desmercantilización de la fuerza laboral. Esta situación es contradictoria pues si bien el objetivo del Estado Benefactor es el de permitir la acumulación ampliada del capital mediante la regulación del subsistema económico, este esfuerzo suscita una contratendencia expresada en el subsistema social, con el proceso de desintegración sistémica producido por la desnaturalización de las formas sociales.

Los determinantes de naturaleza política

La crisis de legitimidad del Estado. Es posible que el trabajo más estimulante y sobresaliente sobre este tópico sea el presentado por Jürgen Habermas en su intento por develar la naturaleza de la crisis del capitalismo tardío. La tesis central de su argumentación se refiere a los procesos de deslegitimación del capitalismo provocados por el advenimiento de la ciencia y la técnica sin mediaciones argumentativas.

En primer lugar, se puede señalar la trascendental distinción que establece Habermas entre la acción instrumental y la acción comunicativa. La primera se refiere a la racionalidad propia de las ciencias naturales y la segunda a la racionalidad inherente a la formación del conocimiento en las ciencias sociales. La acción instrumental establece su racionalidad a partir de principios que están por fuera de la argumentación. En su relación con la naturaleza, la sociedad no tiene otra posibilidad que la de adecuarse a la legalidad inherente a la naturaleza primaria, que se presenta como técnica y tecnología. La acción comunicativa, por el contrario, se forma en el proceso reflexivo y argumentativo propio de las ciencias sociales. Allí se establecen los denominados acuerdos fundados que no expresan sino el proceso de formación de la subjetividad mediado por el reconocimiento del otro y de nuestros propios intereses a través de la reflexión discursiva. Este procedimiento es el que logra establecer no sólo la producción de la verdad intersubjetivamente aceptada sino, de la misma manera, producir efectos legitimadores de interiorización de las normas socialmente establecidas y validadas.

En segundo lugar, Habermas observa dos procesos simultáneos que se vienen generando en las sociedades del capitalismo desarrollado, a saber: de un lado, la penetración y ampliación de la esfera de la acción instrumental dentro de los procesos de trabajo que gobiernan la provisión de las distintas instancias sociales. El desarrollo científico-técnico que ha penetrado no sólo la producción material sino la organización tecnocrática de la sociedad ha desplazado los procesos legitimadores propios de la acción comunicativa por los inherentes a la racionalidad instrumental. La técnica viene desplazando a la política y a la construcción de los consensos sociales intersubjetivamente mediados. De otro lado, este mismo proceso de cambio de eje gravitacional de formación de la verdad socialmente construida viene impactando la denominada esfera del mundo de la vida, que no expresa otra situación que la ampliación de la frontera tecnocrática al campo de las relaciones reproductivas, ahora asumidas técnica y tecnológicamente por la industria del consumo. Como resultado de esta doble actividad la sociedad pierde cada vez más su capacidad de generar acuerdos fundados intersubjetivamente para dar paso a la racionalidad instrumental, que es ineficiente para regular la esfera de las relaciones sociales. De allí que la tecnocracia inaugure un nuevo tipo de autoritarismo basado en la racionalidad científico-técnica. Este proceso solamente sugiere una pérdida constante de los procesos legitimadores del capitalismo y constituye de ahora en adelante los pilares o principios rectores de sus crisis recurrentes.

La crisis de representación. Dentro de esta conceptualización podemos diferenciar dos posiciones que aunque teóricamente se pueden discriminar, en

la práctica social logran una síntesis en términos de política pública. La primera sugiere una crisis del Estado de Bienestar debido al exceso de centralización que éste generó, y que propició la concentración de los conflictos sociales en cabeza del poder central. Frente a esta dificultad la salida del Estado de Bienestar fue la de propiciar los procesos de descentralización del Estado con la finalidad de atomizar las luchas sociales y hacerlas más controladas y manejables. De esta suerte se trasladó a las localidades y regiones la administración de las tensiones sociales, y en la medida en que éstas lograban una solución parcial (local o regional) podían beneficiarse del Estado local con políticas encaminadas a la transferencia de recursos públicos del nivel central o a dirigir recursos de inversión productiva que permitieran integrar los movimientos sociales al proceso de desarrollo local o regional. Con el proceso de descentralización política y administrativa, los movimientos sociales perdieron su eficiencia práctica en el sistema de representación central, la cual se fue desplazando hacia los niveles más micro del poder local, lo que permitió dirigir sus esfuerzos hacia la política local, haciendo que los asuntos nacionales o globales fueran gerenciados o administrados por instancias más genéricas e invisibles de poder, en donde ellos tienen poca presencia.

La segunda posición es la que resalta la transformación del sujeto social corporativo y clasista en su intento por participar en la administración de la regulación social. Se puede decir que la aparición de los nuevos movimientos sociales, muchos de ellos de naturaleza urbana, detonaron el desplome del proyecto societal del movimiento obrero organizado al presentar una doble fisura: de un lado, por su denuncia de las formas de regulación de la reproducción social y su extrapolación del eje gravitacional del conflicto social (la fábrica y las instituciones públicas), desplazándolo hacia áreas tenidas anteriormente como distantes del conflicto entre el capital y el trabajo. Estos movimientos sociales denunciaron el papel del salario indirecto y de la participación del Estado en la esfera de la reproducción social como una forma de constitución de la relación salarial del obrero colectivo, que atraviesa formas de subordinación tan significativas como las que ocurren en el mundo del "trabajo"; de otro lado, el fraccionamiento de la utopía obrera se profundizó con el horizonte disperso que ofrecían los nuevos movimientos sociales que no permitieron seguir manteniendo el imaginario social de la sociedad-fábrica. Estas dos circunstancias precipitaron formas de construcción del poder social hacia instancias no tradicionales de participación en política. Por ejemplo, su participación en los canales regulares de la democracia representativa, a través del sistema político de partidos y de la dirección social desde el aparato de Estado, fue desnaturalizada por el nuevo movimiento social. Asistimos así a un proceso de "despolitización" de la política y de "repolitización" de lo social

para señalar una tendencia que puede ser caracterizada con el adjetivo de política de la vida cotidiana. Nace entonces la posibilidad de una nueva subjetividad basada en un nuevo sujeto social que lentamente se ha venido expresando en las luchas por la construcción de una ciudadanía de carácter global y extraterritorial.

Crisis de burocratización e hinchazón del Estado. La estrategia keynesiana de intervención estatal previó el papel del Estado de Bienestar como un mecanismo idóneo para contrarrestar las crisis recurrentes de la economía de mercado. Los fondos públicos no sólo podían cumplir un papel importante en la reactivación económica y en la regulación de los mercados de trabajo, de dinero y de inversión productiva sino que, de igual manera, podían representar una estrategia necesaria para contrarrestar la crisis de realización de las mercancías y de abaratar los costos de reproducción del trabajo para ampliar el ahorro, reducir los costos fijos y variables y potenciar el modelo de valorización capitalista.

En este sentido, la intervención estatal fue diseñada como un mecanismo para obtener una mayor eficiencia en los rendimientos del capital global. La idea central era la de construir una economía pública que trabajando bajo los mismos patrones de eficiencia del capital privado lograra funcionar a través de los precios de costos y no de mercado, es decir, imponiendo unos costos a la provisión de los servicios que ofrecía, por debajo de los precios de la economía privada. Esta situación era posible en la medida en que el sector público no reclamara una alícuota de la ganancia socialmente producida, pues mediante su renuncia a la valorización ampliada contribuía al capital en su conjunto, al reducir los costos de producción. La eficiencia que se le reclamaba al Estado de Bienestar era la de producir y proveer los bienes públicos bajo los mismos criterios de productividad del sector privado, pero sin reclamar ganancia alguna. Estos criterios eran los que se requerían para mantener un sistema de equilibrio entre la economía pública y la privada. El tamaño del Estado de Bienestar, por lo tanto, dependía del balance impuesto entre la producción de bienes públicos y privados, de suerte que la economía pública quedara supeditada al sector privado. De esta suerte, el tamaño y dinamismo del sector privado imponía los límites dentro de los que se podía mover la economía pública.

Con las demandas sociales y la tendencia a la tecnificación de los procesos de trabajo, la producción se vio obligada a reducir el fondo general de salarios. Sin embargo, los compromisos sociales del Estado de Bienestar frente a la población activa tanto como a la excedentaria –para cumplir su doble papel en la valorización y legitimación que el régimen de acumulación deman-

da-, parecen trastornar los puntos de equilibrio entre la economía pública y la privada.

[41]

Adicionalmente, la renovación tecnológica no parece haberse dado al mismo ritmo en los dos sectores sino de manera menos que proporcional en el sector público, desnaturalizando en principio la ecuación técnica de los dos sectores que reclama el régimen de acumulación. La burocratización como expresión de los niveles de eficiencia reclamados dentro del proceso de trabajo del sector público fueron señalados como los causantes del atraso del mismo. De la misma manera el crecimiento del Estado de Bienestar se mantuvo atado a los derechos y garantías consagrados en el derecho laboral y en los pactos constitucionales que perfilaban al acuerdo entre capital-trabajo, rompiendo con la función inicial del Estado de Bienestar, que debía actuar como variable dependiente del crecimiento o contracción de la producción privada.

Así las cosas, el Estado de Bienestar comenzó a ser duramente criticado como ineficiente e ineficaz por las tendencias "renovadoras" y eficientistas que comenzaron a criticar la burocracia como un sector improductivo, y a pregonar un cambio en el tamaño del Estado de Bienestar por un Estado mínimo. Los aspectos positivos que en principio el keynesianismo le confirió a la intervención del Estado fueron totalmente desechados (como la productividad del gasto público, etc.) y mandados a guardar en el cuarto de san Alejo.

La crisis del Estado patrimonialista y el desborde del fenómeno de la corrupción. Esta aproximación tiene más relación con la práctica administrativa del Estado que con su función socialmente asignada. De manera general, el significado que se le otorga al Estado es el de ser un botín de las clases dominantes que se alimentan de los recursos públicos para satisfacer necesidades privadas. El concepto de Estado patrimonialista pretende describir un aparato administrativo de expoliación de la sociedad civil, que se alimenta de los tributos de la ciudadanía para mantener la burocracia y el sistema político de partidos.

En los países de la periferia la burocracia asume el Estado como una empresa privada y sólo subsidiariamente como una función pública. Esta situación ha devenido en una crisis del sistema político de partidos, y generado un sentimiento colectivo de desprestigio por la actividad pública. La relación Estado-sociedad civil es percibida como una relación jerárquica y autoritaria que no le ha permitido entender a la sociedad civil los fines del Estado. Lo que ha logrado esta condición autoritaria es la respuesta negativa de la ciudadanía hacia lo público.

Desde esta perspectiva se puede advertir que la crisis del Estado Benefactor no está asociada, como en otras aproximaciones, con su papel y signi-

ficación social dentro de la economía y la sociedad, sino que, por el contrario, éste no ha tenido vigencia en la periferia, no ha existido y sus funciones no han sido convalidadas por la desnaturalización de la burocracia, que no ha permitido el despliegue de la función social de los aparatos del Estado.

Adicionalmente a esta circunstancia, el desarrollo y fortalecimiento de la economía criminal ha profundizado la crisis del Estado, en la medida en que viene impulsando el impacto negativo del fenómeno de la corrupción. El Estado y el derecho con su formalismo aparecen como una traba o un impuesto adicional que hay que transar para poder “legalizar” las diversas actividades de la economía criminal. La pérdida de valores de la burocracia ha contribuido al desmoronamiento de la ética en la misma sociedad civil, integrando una relación de mutua corruptela que no permite la construcción de un orden social. La crisis del Estado es tomada como crisis de valores en donde se desnaturaliza la función pública, el papel del derecho, y se impone la impunidad de la justicia y la prevalencia de la ley del más fuerte.

Los determinantes de naturaleza cultural

Dentro de esta perspectiva podemos agrupar dos tipos de aproximaciones que intentan dar una explicación a la crisis del Estado, que podemos presentar de la manera siguiente:

La pérdida de la ética del trabajo. La dinámica del Estado de Bienestar generó un doble proceso en los comportamientos de los sujetos sociales: de un lado, contribuyó mediante la organización industrial del consumo a generar una cultura consumista que estaba en correspondencia con la producción en serie para lograr un equilibrio entre producción y consumo. En este sentido, el consumismo dirigido desde el Estado transformó, en parte, el eje gravitacional del comportamiento social en la medida en que relajó las disciplinas y costumbres de la población frente al trabajo, relativizando la perspectiva productivista por la consumista, lo que ha generado la dinámica de la sociedad del ocio. El ámbito de realización del sujeto parece desplazarse así de la producción al consumo. En la esfera del consumo parecen constituirse los nuevos derechos ciudadanos abandonando a su turno el espacio de la producción como lugar de ejercicio de la democracia.

De otro lado, mediante la participación del Estado –a través del gasto social (por ejemplo, el seguro al paro)– se promovió una conducta paternalista del Estado que devino en la generación de conductas igualmente antiproductivas, que privilegiaron comportamientos hedonistas que dan mayor espacio al egoísmo e individualización frente a tendencias más solidarias y comunitaristas de organización de las relaciones sociales. Estas dos

situaciones en su conjunto vienen desmoronando la ética del trabajo que permitió dirigir las fuerzas sociales hacia modelos de organización empresarial basados en el esfuerzo del trabajo, tal como lo ilustró Max Weber en *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*. Este desmoronamiento de la ética del trabajo viene produciendo una desnaturalización del valor del trabajo frente a valorizaciones subjetivas de los productos, más próximas a las teorías de la utilidad marginal y a la subjetiva del valor. Esta pérdida de la ética del trabajo es simultáneamente una pérdida de los valores de la sociedad, en el sentido en que ya no es el esfuerzo individual y colectivo de la sociedad la sustancia de la riqueza sino la obtención de ésta por medios distintos al trabajo productivo la que logra transformar la escala de valores y permitir la aparición de actividades ilícitas, como las presentadas más arriba, que todas ellas devienen en la crisis del Estado Benefactor.

La desestructuración del sujeto colectivo y la aparición de la multiculturalidad. La sociedad fordista o del industrialismo tuvo como tarea principal la organización de las clases sociales como elementos estructurantes de la relación capital-trabajo. El derecho laboral organizó la aparición del sujeto obrero necesario para la negociación colectiva. El Estado, por su parte, constituyó un interlocutor básico dentro de este proceso en donde confluían tanto los intereses de las clases dirigentes como los de las clases subalternas. El sujeto clase no sólo constituyó parte del escenario político requerido para esa fase sino que, de igual manera, fue decisivo para la regulación de las relaciones entre Estado-sociedad civil, necesarias para la formalización y convalidación de la nueva forma de vida. El sujeto clase se transformó de esta manera en un bien colectivo para la administración y control de las relaciones sociales. La producción de la subjetividad constituyó un gran esfuerzo de la racionalidad científico-técnica, que estructuró un discurso sobre la existencia tanto natural como social del sujeto. La discursividad sobre el sujeto permitió la construcción de la verdad sobre el mismo, que permitió diseñar a su turno políticas de control social que asumieron las instituciones, públicas y privadas, para su constitución. No sólo se trató de normalizar las conductas en términos de los imaginarios o utopías sociales sino, de la misma manera, sobre aspectos relacionados con su psicología, sexualidad, salud, productividad, placer, etc. El sujeto clase se construyó con el propósito de hacer eficiente al obrero masa como obrero productivo y consumidor compulsivo, en términos de la ecuación fordista.

Esta construcción del sujeto-clase parece asistir a su colapso con la aparición de la multiculturalidad que desdibuja el imaginario social propicio para su eficiencia. Los desórdenes en el consumo y la presencia cada vez más do-

minante de lo que García Canclini ha etiquetado como el ciudadano-consumidor, parece romper con el sujeto-clase del industrialismo o por lo menos con su eficiencia. Asistimos a una descentración de los imaginarios de los movimientos sociales no sólo en términos de eficiencia y productividad sino también en términos de sus horizontes utópicos o potenciales creativos. Esta multiculturalidad resquebraja la estrategia dominante de la sociedad de reproducción, para usar los términos de Touraine. La visión teleológica del sujeto-clase, tan funcional a la sociedad fordista, se desmorona e impone el replanteamiento del Estado como institución privilegiada del control social. La descentración del sujeto-clase coincide con la descentralización del Estado, su atomización y recomposición.

Hacia un nuevo entendimiento de la crisis del Estado de Bienestar

La crisis paradigmática de la tecno-estructura

Los análisis más significativos sobre la crisis del Estado de Bienestar tienen en común el señalar uno o más aspectos de las relaciones sociales de producción. Desde distintas perspectivas sugieren cómo los desfases en las diversas áreas en que se materializan las relaciones sociales inciden rotundamente en la desestructuración global de las mismas, generando una disfuncionalidad que se manifiesta en la suspensión o el paro de las relaciones capitalistas de producción. En principio, nos parece que los diversos intentos por entender el colapso del Estado de Bienestar son conscientes de las limitaciones que producen los análisis “fraccionados”, pues lo que se advierte es que son todos los niveles o instancias sociales los que están comprometidos —de diversas formas y acentos— en la producción de la crisis social, lo que ha obligado a un arduo proceso de reestructuración de las relaciones sociales de producción.

Es probable que una lectura que dé cuenta de la totalidad social no sea pertinente en la medida en que el mundo fenoménico de la economía, la política y la ideología son realidades que se comportan como mundos parcialmente autónomos. No obstante, quisiéramos proponer una interpretación diferente a las explicaciones más difundidas, valiéndonos del concepto de *crisis paradigmática*. Es sabido que este concepto fue propuesto inicialmente por Thomas Khun para explicar la evolución del pensamiento científico. La construcción de un paradigma implica la elaboración de un conjunto de *principios básicos* que interrelacionados permiten construir la idea de un campo conceptual que proporciona, durante un período determinado, la elaboración de

hipótesis, reglas, metodologías y procedimientos capaces de poner en funcionamiento un orden social y técnico mediante la determinación del conjunto de causas y efectos que lo hacen posible. El paradigma expresa el acuerdo inicial entre la comunidad científica o puede significar igualmente una concepción del mundo, compartida o impuesta por una comunidad mediante la puesta en marcha de un proyecto tecno-social que albergue al mayor número de personas, e impulsado por los poderes sociales de que se dispone. El paradigma en estos términos expresa un equilibrio parcialmente controlado y susceptible de ser transformado en técnicas y tecnologías.

La crisis paradigmática aparece cuando se pierde el campo de equilibrio, abriendo posibilidades a nuevas relaciones o configuraciones entre los principios básicos, resquebrajando la aparente unidad construida y debilitando las relaciones de causalidad estructuradas. La crisis paradigmática es desorden del sistema tecno-social históricamente construido. La excesiva división del trabajo y los alcances logrados por los avances de la especialización del mismo parecen producir campos autónomos que logran apartarse de los principios básicos sobre los que se han fundado. De la misma manera, los excesos de especialización logran producir mediante sus adelantos nuevas causalidades de las ya existentes, volviendo el campo de especialización multicausal y debilitando el poder "explicativo" que poseían inicialmente. La multicausalidad significa un avance en la determinación de las causas de los fenómenos pero a la vez un resquebrajamiento de los parámetros iniciales sobre los cuales se diagnostica y generan terapias o correctivos que debilitan enormemente el potencial cognitivo de la naturaleza. Así, los avances del conocimiento o de los saberes producen en primer lugar una crisis en los principios básicos que estructuraban el campo inicialmente unificado y, en segundo lugar, una crisis relativa al potencial explicativo del campo especializado que entra en estado de indefinición. Esta doble situación produce la quiebra del paradigma y la necesidad de organizar un nuevo campo unificado, ya sea sobre los avances del paradigma anterior o sobre los desarrollos o aprendizajes de los conocimientos adquiridos en alguno de los campos específicos. La crisis paradigmática expresa el tránsito de un campo unificado a otro.

Podemos decir que cada fase capitalista constituye en cierta forma un paradigma tecno-social. La tecnología fordista propia del Estado de Bienestar es una fuerza productiva que no sólo penetró el proceso de trabajo fabril sino que se introdujo en la producción de todas las instancias de la vida social. En ese sentido, podemos decir que el fordismo expresa el mecanismo aplicado a la producción material (sector primario, secundario y de servicios), a la producción de la actividad del Estado y, por supuesto, a la producción del conocimiento social o producción de la ideología. En otras palabras, la tecnología

fordista no sólo fue la encargada de la organización de la vida social sino que ella misma inaugura una visión del mundo material y espiritual de la sociedad. El fordismo como campo unificado expresa lo que últimamente se ha dado en llamar como pensamiento único, alterando el sistema de representaciones "paralelas" a él, en el sentido de no reconocerlas o de sepultarlas. Un ejemplo del despliegue autoritario del fordismo es la producción campesina con su incapacidad para sobrevivir con su saber, tecnologías y concepciones del mundo al lado de la visión científica de la modernidad. El paradigma fordista es socialmente responsable de la creación de lo que aquí denominamos la tecno-estructura, que organiza todas las funciones sociales bajo los mismos principios básicos. Las formas sociales se diluyen en sus funciones apareciendo como mecanismos estrictamente técnicos de la tecno-estructura. Por ejemplo, el Estado y el derecho aparecen como funciones estrictamente técnicas del funcionamiento del proceso productivo, que se ha extendido a la sociedad-fábrica con toda su racionalidad neutra y objetiva, y en donde la diferenciación entre norma técnica y norma jurídica tiende a diluirse.

La tecno-estructura constituye un dispositivo de control global guiado por la eficiencia del trabajo, o mejor por las funciones sociales, ya que el trabajo no es ahora lo productivo en términos físicos sino que lo es cualquier actividad desempeñada por el hombre bajo la organización que impongan los requerimientos que demanda la tecno-estructura. La economía social (eficiencia y productividad) se impone como parámetro de toda actividad humana. Hasta el ocio debe ser productivo en el sentido en que debe generar en el menor tiempo posible los efectos para los que socialmente ha sido construido. La tecno-estructura es una economía de la eficiencia que pretende que la relación entre producción y consumo se adecúe tendencialmente para obtener el equilibrio del bienestar. Como economía del control la tecno-estructura exige un control eficiente sobre el cuerpo social del trabajo. Pero a su vez exige eficiencia del control.

El autoritarismo creciente de la tecno-estructura no logró desarrollar por mucho tiempo los principios legitimadores idóneos para la integración sistémica. No sólo mostró una profunda crisis ecológica sino que, y quizás con mayor preocupación, logró exacerbar la resistencia social frente a su visión altamente centralizada, no justificada discursivamente y generadora de ansiedad y pérdida de sentido individual y colectivo. Los dispositivos disciplinarios de la tecno-estructura —de naturaleza militar—, sólo encontraron en el consumismo un estado precario de normalidad al que rápidamente desorganizaron cuando introdujeron la esfera del consumo en la producción capitalista. Pronto se harían presentes los espacios de producción que se rebelaban contra el cronómetro, renuentes no sólo a la productividad sino proclives a

incorporar de manera creciente variables adicionales de fenómenos en donde la "cultura", la tolerancia o el azar juegan un papel importante que subvierte la lógica positivista de la tecno-estructura.

La normalidad social, entonces, es cuestionada y confrontada mediante el despliegue inusitado de la *indisciplina social* en todos los órdenes de la vida, indisciplina que se manifiesta como una especie de conducta suicida del sujeto o como una subjetividad en conflicto. Esta situación permite suponer que los dispositivos disciplinarios de la tecno-estructura entran en crisis, o por lo menos advierten que la eficiencia y la productividad pierden su instancia legitimadora al ser sorprendidos por el desorden y la protesta social. Frente a la carrera demencial que impone el cronómetro a la personalidad hedonista surgen nuevos mecanismos integradores de naturaleza "alternativa", basados en la construcción de la intersubjetividad mediante mecanismos próximos al reconocimiento del otro, tanto en la igualdad como en la diferencia. En este sentido, podemos sintetizar diciendo que la respuesta al fordismo inaugurado por el Estado de Bienestar se manifiesta de dos maneras: de un lado, en la exacerbación de los conflictos sociales que despojan al capitalismo de sus principios legitimadores, creando un estado de "anormalidad" sistémica; y de otro, generando nuevas estructuras para la construcción de la subjetividad, generalmente de naturaleza comunitaria, que no admiten la presencia metodológica de la tecno-estructura.

De conformidad con esta aseveración podemos decir que la crisis del Estado de Bienestar se encuentra asociada con las transformaciones inherentes a la construcción de una nueva subjetividad, fenómeno que generó un proceso de democratización frente al autoritarismo presente en el capitalismo fordista. Decimos democratización para señalar la búsqueda de nuevas estructuras de poder social, antagónicas o excluyentes a las propuestas por la tecno-estructura, y que han terminado por provocar una *crisis paradigmática del modelo asociado con la organización social del Estado de Bienestar*. Por su carácter altamente jerarquizado, excluyente y sin principios legitimadores, el paradigma social del Estado de Bienestar encuentra serias dificultades para promover la incorporación de los cambios ocurridos y transformarse. Su única salida consiste en su propio colapso y en caminar hacia la elaboración de una nueva estructura paradigmática, que parece estar preñada por la dinámica de los nuevos movimientos sociales.

Los síntomas más visibles de la crisis del Estado de Bienestar

Es posible que los elementos perturbadores de la normalidad del Estado de Bienestar sean mucho más extensos y que las relaciones de causalidad que ellos constituyen sean más complejas y no siempre mecánicas. No obs-

tante, quisiéramos sugerir a continuación algunas características que conforman el cuadro clínico del Estado de Bienestar, que aseguran la imposibilidad de revivirlo socialmente, por lo menos en los términos de su plena vigencia, como lo hemos mencionado arriba. De manera descriptiva proponemos el siguiente cuadro clínico del Estado de Bienestar:

Predominio del capital financiero y especulativo. Esta circunstancia no es nueva aunque en la actualidad se puede apreciar la existencia de un gran excedente de capital-dinero muy por encima de las necesidades y requerimientos de la acumulación capitalista. Esta situación supone un escenario en el que se necesitaría una ampliación de la frontera capitalista, por ejemplo, por la vía de extender las relaciones sociales de producción hacia áreas todavía no incorporadas al mercado, o mediante la colonización de los mercados de la periferia. Sin embargo, con la situación actual del desarrollo científico-técnico las posibilidades de ampliación encuentran límites insoslayables en el proceso de crecimiento menos que proporcional del fondo general de salarios con relación a los márgenes de productividad del trabajo.

En este contexto, el capital dinero excedentario no encuentra muchas posibilidades para introducirse en el circuito de la producción y se ve compelido a funcionar como mero capital especulativo, desequilibrando al capital productivo (en algunos casos produciendo hiperinflación), al capital rentístico (desvalorizando las rentas del suelo) y al mercado propiamente numerario (generando turbulencias permanentes en las tasas de interés), que interfieren en la capacidad del sistema productivo para encontrar puntos de equilibrio a mediano y largo plazo e impulsar un proceso de acumulación relativamente estable que inicie una onda larga expansiva. La función reguladora del Estado se ve limitada o imposibilitada para participar en este contexto. La acumulación se ve inserta de este modo en un hondo proceso de incertidumbre, debilitando las estrategias de planeación, de industrialización y privilegiando la ganancia de corto plazo con alto riesgo financiero. Expresiones de esta situación son los llamados capitales "golondrina" y la inestabilidad del mercado bursátil. El poder del capital financiero internacional reduce al máximo la capacidad de maniobra del Estado y reduce su pretendida soberanía en el gerenciamiento de la crisis.

La relatividad de la vigencia de la ley del valor. El desarrollo científico-técnico abre cada vez más la brecha entre valor de uso y valor de cambio. El trabajo como substancia del valor tiende a ser cada vez más marginal dentro de la producción, situación que genera una tendencia progresiva a dejar de servir de medida del valor de las mercancías. Así mismo, la ley del valor-tra-

bajo se debilita. Los precios de las mercancías parecen tender a ser fijados ya no por criterios "objetivos" (el tiempo de trabajo socialmente necesario) sino por criterios de naturaleza política.

En otras palabras, la relación valor-precio de las mercancías deja de estar mediada por la cantidad de ganancia socialmente producida, y el mercado deja de cumplir su pretendido papel de asignador de la riqueza y los recursos, para depender de los precios políticos (no encontramos otro término para significar esta situación) fijados por el capital monopolista, que tiende a recompensar ahora no tanto la productividad real sino la adhesión de la ciudadanía a un proyecto específico, o simplemente al mantenimiento de la normalidad sistémica.

La desnaturalización del Estado-Nación. Con el predominio del capital financiero internacional el Estado-Nación ve resquebrajada su soberanía en la medida en que se vuelve incapaz de controlar el proceso de acumulación dentro de sus fronteras. La globalización es un fenómeno general que busca a través de la manipulación del capital-dinero interferir en la valorización capitalista de los espacios nacionales. Este fenómeno se profundiza con la tendencia a la libre movilidad de los capitales en todas las regiones del planeta, que descaracteriza la moneda fiduciaria de curso forzoso y la posibilidad de intentar y proseguir el proceso de consolidación de una industria nacional y del crecimiento endógeno.

De la misma manera, el proyecto del Estado-Nación dejó de ser un espacio de construcción de identidades nacionales (en América Latina el proyecto del Estado-Nación fue generalmente de naturaleza autoritaria e incompleta, entre otras cosas porque el proyecto industrializador fue relativamente efímero) que no sólo tuvo resistencias internas en las regiones sino que adicionalmente los movimientos sociales han venido adquiriendo identidades espaciales por fuera de los límites político-administrativos tradicionales. La globalización contemporánea también está asociada con la dinámica de los movimientos sociales que han construido solidaridades internacionales y que están vaciando lentamente el concepto de nacionalidad en los términos del Estado-Nación. El sentido de pertenencia ya no se fija al territorio. La globalización implica un resquebrajamiento del Estado-Nación en un doble sentido: de un lado, por la internalización del derecho como efecto de la nueva economía y, de otro, por la construcción de nuevas identidades que trascienden las antiguas fronteras y redefinen los principios primarios sobre los que se asentaba la producción de la identidad tanto individual como colectiva. La espacialidad capitalista puede entenderse como un dispositivo de organización del poder y la autoridad.

En este sentido, el espacio puede percibirse como la arquitectura o la cartografía del control social que crea identidades con los proyectos hegemónicos, pero que a la vez produce resistencias emancipatorias frente a las formas específicas de dominación. Así las cosas, podríamos decir que la espacialidad es un campo de disputa entre hegemonías y contrahegemonías. En el estado actual de la globalización y con la desestructuración del Estado-Nación el espacio tiene un nuevo potencial: llegar a construir identidades en redes de carácter menos duradero, de afirmación de derechos ciudadanos, y más resistente a la construcción de contratos sociales a término indefinido, en un intento por no reproducir las relaciones de subordinación o de administración del poder social. La identidad-red es más permeable a las acciones por objetivos o campañas a corto plazo, concretas, flexibles y que se disuelven con el cumplimiento de sus metas. La identidad-red no es un proyecto social ni una visión teleológica. Es más un instante que se diluye en la medida en que se materializa. La dinámica de la identidad-red transforma la arquitectura del poder social como esfera de la regulación y lo obliga a ser más invisible, flexible y azaroso. Las tendencias a la formalización de las relaciones sociales, tal como las concebía Weber, encuentran sus límites. La desregulación parece ser la nueva anatomía del poder y del control social.

La desorganización del mercado laboral como estrategia de la globalización. Una de las tareas del Estado de Bienestar fue la organización del mercado laboral en un intento de regular y construir el sujeto-clase. Pero, como dijimos más arriba, esta estrategia tuvo el inconveniente de centralizar la protesta obrera y darle un carácter monopólico al mercado laboral. Las conquistas obreras hicieron que la determinación de los precios de la fuerza laboral se volviera rígida y no permitieron la adecuación flexible de la mano de obra a los requerimientos del proceso de trabajo, especialmente en los momentos en que se necesitaba replantear la obsoleta división técnica y social de la producción, gracias a los logros de la revolución científico-técnica. Mediante la flexibilización del derecho laboral se pretende destruir al sujeto-clase con las potencialidades que ofrece la producción de un nuevo obrero colectivo, escindido y diseminado. Nace la idea del propietario independiente bajo la figura del microempresario, gracias a las posibilidades que permite la revolución tecnológica y la reconversión industrial. El mercado laboral intenta nuevamente regularse por la competencia en un contexto en donde la población excedentaria crece significativamente, permitiendo la depresión de los salarios y la disminución de su capacidad de negociación colectiva, debido al desvanecimiento del sindicalismo de otrora.

Crisis en la organización empresarial. Esta situación se manifiesta en el proceso de desinstitucionalización de las empresas públicas y privadas a través de la formación y constitución de nuevas empresas (así pertenezcan a la misma firma) que asumen algunos procesos o etapas del proceso de producción; la privatización de algunas áreas de las empresas públicas (por ejemplo, el *outsourcing*); la proliferación de las denominadas nóminas paralelas; la introducción de reformas laborales que cambian los términos de la negociación colectiva anterior respecto de asuntos como la salud, las pensiones, los aportes parafiscales, etc. En otro sentido, podemos señalar que el proceso de desinstitucionalización empresarial aparece como un síntoma de la crisis, pero al mismo tiempo como un escenario fértil para que se abran paso las nuevas tesis de la economía neoinstitucional y los procesos de reconversión industrial.

BIBLIOGRAFÍA

- Alesina, Alberto, *Reformas institucionales en Colombia*, Bogotá, Fedesarrollo-Libros de Cambio, Alfaomega, 2001.
- Althusser, Louis, *Ideología y aparatos ideológicos del Estado: Notas para una investigación*, Medellín, Oveja Negra, 1971.
- Boyer, Robert, *La teoría de la regulación: Un análisis crítico*, Valencia, Ediciones Alfonso el Magnánimo, 1992.
- Buci-Glucksmann, Christine, *Gramsci y el Estado: Hacia una teoría materialista de la filosofía*, México, Siglo XXI Editores, 1978.
- Bocara, Paul, *Capitalismo monopolista de Estado*, México, Grijalbo, 1970.
- Cerroni, Humberto et al., *Marx, el derecho y el Estado*, Barcelona, Oikos-Tau, 1969.
- Coriat, Benjamín, *El taller y el cronómetro: Ensayo sobre el taylorismo, el fordismo y la producción en masa*, Bogotá, Siglo XXI Editores, 1991.
- De Brunhoff, Suzanne, *Estado y capital*, Madrid, Villolar, 1978.
- Evers, Tilman, *El Estado en la periferia capitalista*, México, Siglo XXI Editores, 1979.
- Evers, Tilman et al., "Movimientos barriales y Estado: Luchas en la esfera de la reproducción en América Latina", en *Teoría y Sociedad*, N° 11, Bogotá, Cinep, 1983.
- Friedman, Milton, *Capitalismo y libertad*, México, Siglo XXI Editores, 1985.
- , *La libertad de elegir*, México, Grijalbo, 1980.
- Garretón, Manuel Antonio, *Reforma del Estado o cambio en la matriz sociopolítica*, Santiago de Chile, Flacso, 1992.
- Gramsci, Antonio, *Notas sobre Maquiavelo, sobre política y sobre el Estado moderno*, Buenos Aires, Ed. Nueva Visión, 1972.
- , *La política y el Estado moderno*, Barcelona, Península, 1971.

- [52] Habermas, Jürgen, *Teoría de la acción comunicativa*, Madrid, Taurus, 1999.
- Jessop, Bob, *Crisis del Estado de Bienestar: Hacia una nueva teoría del Estado y sus consecuencias sociales*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 1999.
- , "La crítica marxista del Estado capitalista: Del Estado instrumento a la forma Estado", en *Teoría y Sociedad*, N° 2, Bogotá, Cinep, 1980.
- Lechner, Norbert, *Estado y política en América Latina*, Santiago de Chile, Flacso, 1980.
- Lipietz, Alain, *Espejismos y milagros. Problemas de la industrialización en el Tercer Mundo*, Bogotá, Tercer Mundo Editores, 1992.
- Mandel, Ernest, *Las ondas largas del desarrollo capitalista*, Madrid, Siglo XXI Editores, 1986.
- Miliband, Ralph, *El Estado en la sociedad capitalista*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 1971.
- Moncayo, Víctor Manuel et al., *Estado y economía: Crisis permanente del Estado capitalista*, Bogotá, Sociedades de Ediciones Internacionales, 1980.
- O'Connor, James, *La crisis fiscal del Estado*, Barcelona, Península, 1994.
- Offe, Claus, *Contradicciones en el Estado de Bienestar*, Madrid, Alianza Universidad, 1990.
- Pérez Sainz, Juan Pablo, "El Estado del capitalismo periférico", en *Teoría y Sociedad*, N° 6, Bogotá, Cinep, 1982.
- Poulantzas, Nicos, *Poder político y clases sociales en el Estado capitalista*, México, Siglo XXI Editores, 1973.
- , *La crisis del Estado*, Barcelona, Fontanella, 1977.
- , *Estado, poder y socialismo*, Madrid, Siglo XXI Editores, 1979.
- Slater, David, *New Social Movement and the State in Latin America*, Netherlands, Cedla, 1985.
- Touraine, Alain, *¿Podremos vivir juntos?*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1998.

3

3 Evolución de clases y análisis de clases en el capitalismo central

Dietmar Wittich*

* Director del Instituto de Análisis de Datos Sociales de Berlín. Consultor de la Fundación Rosa Luxemburgo de la República Federal de Alemania.

Quien se ocupe de los problemas de la evolución de clases y del análisis de clases, no puede soslayar el texto clásico sobre este tema, el *Manifiesto Comunista*. La pregunta acerca de las posibles estructuras de la solidaridad, emancipación social y humana es el tema que atraviesa el *Manifiesto Comunista* como un hilo conductor, de principio a fin; para desembocar en la visión maravillosa de una "asociación, en la que el libre desenvolvimiento de cada uno será la condición del libre desenvolvimiento de todos"¹. La historia de la influencia por más de 150 años del *Manifiesto Comunista* se fundamenta esencialmente en que la cuestión no se plantea en un sentido humano general, sino que se concreta en un sentido social, es decir, como un problema de clase. Un lugar central del análisis de Marx y Engels lo ocupa la comprobación de que un tipo histórico específico de desigualdad social (una injusticia social masiva, individualizante, discriminante), se encuentra articulado con las relaciones sociales existentes: las relaciones capitalistas de producción; y que esta desigualdad social –en tanto injusticia social– sólo puede ser superada, si las relaciones capitalistas de producción son superadas en su totalidad. Ése fue un diagnóstico válido a mediados del siglo XIX, que sigue vigente a principios del siglo XXI. Los nuevos procesos de diferenciación social se han encargado de que esta afirmación pueda hacerse de manera casi obvia. Y arriesgo el pronóstico de que la cuestión sobre las clases sociales, será uno de los temas claves de los próximos decenios.

Afirmar esto en la actualidad no constituye ninguna novedad. Pero en el caso particular de Alemania, no siempre fue así. Aún, hasta hace pocos años, se consideraba indiscutible que la cuestión de las clases como tal estaba resuelta en los países del capitalismo central, anulada y/o apabullada por la evolución del bienestar, por la nueva desigualdad social, por la nueva diferenciación social, por la individualización, etc. Ulrich Beck mostró el cuadro paradójico de una "sociedad de clases sin clases"². Esto se tornó en convicción dominante y como consecuencia de ello, la palabra "clase" no volvió a aparecer más en los programas políticos de los partidos de izquierda. Beck también formuló la tesis del "efecto ascensor": la sociedad de clases en su conjunto habría sido llevada un piso más arriba³. Pero ¿qué ocurre ahora? ¿Lleva el ascensor a un piso más abajo? La realidad muestra que el cuadro ya no cuadra. Para una parte (grande, probablemente creciente) el ascensor se dirige hacia abajo, pero para otra, no.

¹ Karl Marx y Friedrich Engels, "Manifiesto del Partido Comunista", en *Obras escogidas*, Moscú, Edit. Progreso, tomo I, p. 130.

² Ulrich Beck, *Risikogesellschaft. Auf dem Weg in eine andere Moderne*, Frankfurt a.M., 1986, p. 121.

³ *Ibid*, p. 422.

El hecho de que un aspecto esencial de las afirmaciones y visiones del *Manifiesto* mantenga su vigencia, tiene también su anverso. Pues, y precisamente en razón de la evolución de las clases sociales, no todo ha ocurrido como estaba previsto en él. Cuatro aspectos pueden considerarse en ese sentido:

1. "Los intereses y las condiciones de existencia de los proletarios se igualan cada vez más a medida que la máquina va borrando las diferencias en el trabajo y reduce el salario, casi en todas partes, a un nivel igualmente bajo"⁴. Esta suposición, de que el desarrollo conduciría hacia una clase obrera grande, unida, en sí misma homogénea, no se demostró. Ya hacia el final del siglo antepasado, se hizo evidente que dentro de los trabajadores asalariados se habían generado significativas diferenciaciones, que contribuyeron a que se obstruyera crecientemente la homogenización de los intereses.

2. Ello está asociado a que en el capitalismo central, el pronóstico sobre el avance de la pauperización no se cumplió. El desarrollo ocurrió de otra manera. La globalización de las relaciones capitalistas condujo a una expansión de los hogares proletarios y semiproletarios en el mundo entero. La pauperización fue exportada en gran medida hacia el Tercer Mundo. En el capitalismo central, la masa de los trabajadores asalariados tiene mucho más que perder que sus cadenas.

3. "...De todas las clases que hoy se enfrentan con la burguesía, sólo el proletariado es una clase verdaderamente revolucionaria"⁵. Tampoco esta suposición acerca de la formación creciente de la clase obrera como clase "para sí", como sujeto revolucionario, se cumplió así.

4. Finalmente, la relativización, el descuido de la cuestión femenina formulada en la aseveración de que las diferencias de género dejarían de tener significado social para la clase obrera⁶, demostró ser fatal. El hecho de que en los experimentos socialistas del siglo XX no se haya producido una ruptura decidida con las relaciones patriarcales, sino que incluso tales experimentos devinieran de manera creciente en gerontocracias patriarcales, contribuyó en no poca medida a la derrota histórica del socialismo a finales del siglo pasado.

Actualmente nos enfrentamos a la cuestión sobre qué puede y qué no puede aportar el análisis de clases. La existencia de relaciones de clases significa inicialmente que las desigualdades sociales se configuran en relación con y como expresión de relaciones socioeconómicas, es decir, de las diferencias en la disposición sobre los recursos valorizables en los procesos sociales de reproducción. De una parte, se debe seguir pensando en las relaciones de propiedad (propiedad sobre los medios de producción, desigualdad social en relación con la contradicción capital-trabajo), pero la relación capitalista tiene la característica de subordinarse a otras esferas de la sociedad. Su predominio

no ha dejado "subsistir otro vínculo entre los hombres que el frío interés, el cruel 'pago al contado'"⁷. Por esa razón, de otra parte, también otros recursos son valorizables "en la forma de capital" y generan de igual manera diferencias sociales determinadas económicamente: poder político, disposición sobre competencias de administración, poder sobre la información, calificación alta y desarrollada, entre otros. La estructura de clases es una dimensión de las estructuras sociales, en particular aquella que es expresión y forma de manifestación social de las diferencias socioeconómicas. En consecuencia, las clases son grandes grupos humanos que se conforman y reproducen como resultado de diferenciaciones socioeconómicas, y se caracterizan por diferencias notables en sus condiciones sociales y en sus oportunidades de vida.

Tanto como antes, en la realidad actual no puede ignorarse que los conflictos sociales representan en el contexto de las relaciones socioeconómicas una dimensión esencial en la constelación de conflictos de la sociedad. Esto significa que el análisis de las clases y la teoría de las clases no se pueden dejar de lado, sino que, por el contrario, y en vista de las nuevas tendencias y relaciones deben ser puestas de nuevo a prueba de manera crítica.

Los análisis estructurales sobre los cambios producidos en los últimos años arrojan, por lo general, resultados contradictorios. Ciertamente no es posible explicar la totalidad de las rupturas y transformaciones estructurales con los parámetros del análisis de clase (lo que en vista de la complejidad de las estructuras sociales de las modernas sociedades capitalistas, tampoco era de esperarse), pero los procesos en su conjunto presentan como tendencia dominante claros rasgos de las clases sociales. Ello se manifiesta en las diferenciaciones y en las estratificaciones de las condiciones de vida, en relación con el (o con la falta de) trabajo asalariado, la formación de situaciones de clase, el fortalecimiento de la estructuración de clases en los procesos de movilidad, el reforzamiento de segmentos marginados en la estructura de clases, la revolución de la formación y la capacitación profesional; pero también en las ofensivas conservadoras en pro de la redistribución en detrimento de los desfavorecidos y a favor del gran capital. Allí se observa que la diferenciación, individualización y configuración de clases no se excluyen.

En el caso particular de Alemania Oriental, nos encontramos con el paralelismo de varios procesos que se desenvuelven simultáneamente: una desindustrialización asociada a una desproletarización parcial, una desa-

⁴ Marx y Engels, *op. cit.*, p. 118.

⁵ Marx y Engels, *ibid.*, p. 120.

⁶ Marx y Engels, *ibid.*, p. 127.

⁷ Marx y Engels, *ibid.*, p. 113.

grarización, una reducción de los sectores de ciencia e investigación, unida a una desintelectualización tendencial del trabajo social. Frente a ello se observa claramente una burocratización relativa, que se experimenta cotidianamente como burocratización absoluta. Estos paralelismos comprenden en sí mismos tendencias contradictorias. Por una parte, tenemos el perfilamiento de grupos sociales a lo largo del eje propiedad, sobre todo la ampliación de grupos de empresarios, de ejecutivos y de profesionales independientes, de un lado, y del otro, la existencia estable de fuerza de trabajo no requerida. De este hecho se desprenden diferenciaciones en las condiciones sociales y en las posibilidades de vida. No sólo se determina la asignación o la consecución de un puesto mediante factores económico-sociales, sino también la negación de un lugar o la ausencia de tal opción.

En su conjunto, la estructura social de Alemania, como también la de otros países del capitalismo central, se ha vuelto más compleja en las últimas décadas. En la superficie aparece una diversidad casi inabarcable de diferenciaciones sociales. Al mismo tiempo, la presión social de la sociedad crece. El mayor problema se aprecia en la más amplia distribución de perjuicios, recortes y riesgos sociales. Con excepción de los pequeños grupos verdaderamente ricos, casi todos los demás se ven afectados. Para un número creciente de personas, las condiciones sociales propias son contradictorias: se puede ser desempleado y propietario de vivienda y arrendador, se puede tener un empleo bien remunerado y sufrir de una enfermedad crónica, se puede tener una alta cualificación y un bajo nivel de ingresos, se puede tener un trabajo parcial bien remunerado sin saber, al mismo tiempo, qué deparará el futuro próximo. Esta incertidumbre en las condiciones sociales de existencia se convierte, en la República Federal de Alemania, cada vez más en la regla. Al mismo tiempo, la distribución de los problemas sociales y de las disparidades, se manifiesta de tal manera que los diferentes grupos sociales se ven afectados, cada uno de manera específica. Esto lleva a dichos grupos a adoptar estrategias particulares (la mayoría de las veces de defensa y acomodamiento) y tiene, al mismo tiempo, un efecto de distanciamiento frente a los demás grupos. La sociedad aparece simultáneamente dividida en una variedad de segmentos que existen uno al lado del otro. La segmentación es la causa de que las similitudes casi no se puedan reconocer. Con ello se fortalece la complejidad y la inabarcabilidad de la estructura de desigualdades de la sociedad. De esta forma, la República Federal de Alemania es al mismo tiempo una sociedad rica y pobre. De 1991 a 1996, el PIB creció en un 22 %, alcanzando un volumen de 3.5 billones de marcos. Más rápido aún creció, en un 24 %, el presupuesto del Estado (cerca de 1.8 billones de marcos). Pero esencialmente más rápido crecieron los riesgos sociales y la pobreza: en el mismo período, el número de

desempleados creció en un 60% y el de beneficiarios de la ayuda social, incluso en un 90%. Los dos grupos juntos constituyen cerca del 10% de la población, en su mayoría mujeres, niños y jóvenes.

La República Federal de Alemania es una sociedad profundamente injusta, en términos sociales. Los impuestos sobre el salario y los relacionados con el consumo, constituyen más de las tres cuartas partes del recaudo fiscal. El capital se ha desentendido ampliamente de la financiación del Estado.

La moral del bienestar y los gestos de solidaridad con los desfavorecidos socialmente, en un capitalismo constituido como Estado social de derecho, se ha vuelto cada vez más falaz. Ha degenerado en una solidaridad de los "no desposeídos" entre sí mismos. No se combate la pobreza y el desempleo, sino a los pobres y a los desempleados.

Sin embargo, este resultado no reporta consecuencias políticas sociales dignas de mención: la reproducción de la sociedad de clases que se puede constatar no está ligada a un resurgimiento comprobable del "accionar de clase". Un análisis actualizado de clases no aporta tampoco una explicación del comportamiento de los actores sociales colectivos, y más bien puede demostrar lo contrario. Puede demostrar y aclarar por qué las múltiples diferenciaciones, las formaciones políticas, etc., forman barreras y barricadas en las estructuras sociales en contra de las tendencias unificadoras y homogeneizantes y dificultan la solidaridad. La situación actual se parece estructuralmente con aquella que describió Marx en el *Dieciocho Brumario*, refiriéndose a los campesinos parcelarios franceses, como que "las papas de un bulto forman un bulto de papas"⁸. Así, los miembros de los diferentes grupos de asalariados están bajo sus correspondientes formas de cohesión, con sus peculiares condiciones de propiedad y estilos de vida, con sus problemas y angustias sociales, ampliamente atomizados y literalmente aherrojados. En el capitalismo central ellos forman mayoritariamente una "clase para otros".

No obstante, el accionar de clase se hace evidente bajo otro aspecto. Bajo las denominaciones: posicionamiento, capacidad competitiva, flexibilización, globalización, etc., se pone en marcha un proyecto de reestructuración neoliberal forzado. La dominación del capital (particularmente del capital financiero internacional) se fortalece aún más en el marco de las relaciones socioeconómicas vigentes.

Si bien la diferenciación de las relaciones de clase se ha comprendido de manera correcta, el accionar de los actores colectivos no se ha entendido de forma satisfactoria; el porqué de estas limitaciones debería buscarse en la

⁸ Karl Marx, "Der achtzehnte Brumaire des Louis Bonaparte", en *Marx Engels Werke*, tomo 8, p. 198.

teoría, y más exactamente en su estructura, en su fundamentación, en la teoría de las clases como metodología.

La estructura metodológica de la teoría de clases se manifiesta en su conceptualización. Vista de cerca, se pueden diferenciar dos clases de conceptos: primero, conceptos que caracterizan la estructuración de la sociedad; y, segundo, conceptos que describen procesos de la estructura *social*, de la interrelación entre sociedad y estructura. A partir de ello se podrían generar dos niveles estructurales en el marco de la teoría de clases: un nivel morfológico (referido a la configuración del panorama de clases) y un nivel genético dinámico (relativo a los procesos de la estructuración de las clases), que bien pudieran ser diferenciados exactamente, pero que hasta ahora no lo han sido.

El nivel morfológico de la teoría de las clases describe el reticulado, la división de la sociedad, los grupos que se han formado. Los conceptos correspondientes son: diferencias sociales, desigualdad social, grupos, capas, clases, fracciones, entre otros.

El nivel genético dinámico de la teoría de las clases se refleja en conceptos como conflicto social, intereses sociales, contradicciones sociales, diferenciación social, cierre, segmentación, polarización, marginalización, movilidad, etc.; esto es, aquéllos que denominan procesos en los que surgen, se conforman y actúan grupos.

Hasta ahora se ha enfatizado fundamentalmente en el nivel morfológico de la teoría de las clases, como punto de partida, por ejemplo, para explicar la división en grupos, y se ha cuestionado en qué momento la clase, los grupos y demás generan finalmente una conciencia común (correcta) y actúan. Para decirlo con Bordieu, se formaron clases a partir de constructos⁹ y luego se esperó e, inclusive, se conceptuó, que se comportaran como verdaderas clases sociales.

De Bourdieu proviene también el impulso definitivo, el concepto del espacio social¹⁰. Sin embargo, no es la estructura de los actores lo que conforma ese espacio social, sino que éste se conforma a partir de un gigantesco campo de tensiones de diversos conflictos y constelaciones sociales. Tales conflictos y constelaciones sociales no se superponen (trabajo asalariado-capital, hombre-medio ambiente, mujeres-hombres, generaciones, etc.). Los actores sociales reales se comportan (o no se comportan) en relación con esos diferentes conflictos sociales y sus polos contradictorios correspondientes. Ellos contribuyen de forma diferenciada al desarrollo y solución o no de esos conflictos. La clasificación en grupos de estadística social aparece como lo que es real, dice algo sobre la probabilidad del comportamiento. Pero no es la subordinación a la estadística lo definitivo, sino el comportamiento social real. Esto no tiene que ser independiente de la propia impresión producida por los con-

flictos, en cada caso, pero tampoco guarda relación directa con ella. Esto es válido también y en mayor medida para la dimensión socioeconómica. El conflicto de las clases sigue constituyendo, como antes, una dimensión básica en el espacio social de los conflictos, pero no sobre o simplemente al lado de otros, sino en relaciones concretas con ellos. Injusticias sociales fundamentales y diferencias profundas tanto en las oportunidades de vida como en las posibilidades de ser activo socialmente, de poderse solidarizar, etc., están asociadas a lo anterior. Las transformaciones en una de las líneas de conflicto no pasan sin influir en otras y, viceversa, cambios e inclusive soluciones de un conflicto son prácticamente imposibles sin atender la interrelación con otros.

Veo aquí también un acceso posible a la relación de las clases y de la cuestión de géneros. En el espacio de los conflictos sociales puede diferenciarse entre las estructuras de dominación y poder y los principios que las animan. De los principios de dominación hacen parte, entre otros, el centralismo (los de arriba siempre tienen la última palabra), la conversión de la dominación en violencia y así mismo en principio del patriarcado. Las estructuras de dominación pueden variar históricamente. Los principios de dominación tienen una impresionante continuidad y fuerza de permanencia. No es suficiente con resolver el conflicto de las estructuras, el conflicto de los principios de dominación también pertenece al orden del día. De otra manera, no variaría nada esencialmente.

Teniendo en cuenta el telón de fondo del desarrollo general y con el instrumental metodológico expuesto, se analizarán en seguida algunos aspectos de las tendencias socioeconómicas y tecnológicas más recientes, en los países del capitalismo central, en relación con sus efectos para la formación de clases.

A finales del siglo XX aparecieron en el capitalismo central las palabras mágicas "globalización", "posicionamiento", "fusión" y "cotización en la bolsa". El discurso en boga supone la autonomía de la economía y defiende una relación de dependencia de lo social con respecto a lo económico. Sin embargo, no se trata de toda la economía como tal, de la totalidad de las relaciones económicas, sino de las grandes sociedades de capital que dominan la reproducción, la distribución y el mundo de las finanzas. Se trata de un caso típico de "sombra material"¹¹, pero lo asombroso de esto es que todavía tenga credibilidad.

En realidad, se presenta una ola de fusiones y absorciones, de procesos reforzados de concentración y centralización en los grandes grupos de em-

⁹ Pierre Bordieu, *Die feinen Unterschiede*, Frankfurt a. M., 1982, p. 176.

¹⁰ *Ibid.*, p. 182.

¹¹ Karl Marx, *El capital*, tomo I, México, Fondo de Cultura Económica, 1995, p. 39.

presarios, que en su conjunto conduce a un fortalecimiento del capital financiero internacional. Se orientan por estrategias para el incremento de la eficiencia y causan transformaciones estructurales en el mundo del trabajo social. Sobre todo están unidos a la eliminación a gran escala de puestos de trabajo: "Mediante la creciente presión sobre los mercados de capital y de bienes, el valor de las acciones se convierte en el criterio definitivo para la reorganización de las redes de empresarios"¹². La reestructuración del empresariado se realiza por lo menos en dos procesos.

Por un lado, se utilizan las posibilidades tecnológicas disponibles para reducir las jerarquías de ejecutivos, con lo cual se ahorran niveles completos de dirección, y se "libera" al personal correspondiente. Con ello se desplazan, sin embargo, responsabilidades hacia los niveles jerárquicos medios y bajos, esto es, que en las empresas se produce internamente una redistribución de competencias (subalternas), proceso en el cual se dan ganadores y perdedores (aquéllos que lo pierden todo y aquéllos que pierden posiciones).

Por otra parte, los procesos de centralización generan un "adelgazamiento" de las empresas, una reducción de la estructura en las áreas en donde se espera que correspondan con las metas del incremento de los valores accionarios, de la manera más efectiva. En este contexto se eliminan sectores empresariales completos y un gran número de servicios productivos, o se planea su eliminación. Esto produce directamente una inmensa presión sobre los resultados, que eleva por lo tanto las ganancias parciales sobre la competencia, o las combina con riesgos sociales crecientes.

Esos procesos comportan, naturalmente, consecuencias para el espacio de los conflictos sociales en el capitalismo central. En parte, líneas de conflicto existentes se fortalecen o se transforman, en parte aparecen otras nuevas. Los ganadores indiscutibles de las posiciones de poder, son el capital financiero (internacionalizado) y los otros grandes grupos de capital imbricados con él. Los procesos de concentración y las posibilidades de flexibilización crecientes de los grandes grupos de capital significan, en parte, y de manera directa, un peligro para las capas medias tradicionales presentes en el comercio minorista, la gastronomía y otros servicios cercanos al consumidor. Así, los centros comerciales asolan el centro de las ciudades, las cadenas de comida rápida desalojan a los meseros. Donde antes había un tienda de comestibles, ahora se encuentra una videoteca. Esto trae, a su vez, efectos sobre la estructura del empleo. Junto con los riesgos crecientes de los empleados y directivos calificados en las grandes empresas, aquello significa una situación cualitativamente nueva en la distribución de las posibilidades de vida, en las sociedades capitalistas modernas. Sobre todo para los grupos de las capas medias sobre los cuales descansaba la estabilidad social y política de esos países, en la última mitad

del siglo, que se reducen y debilitan, y caen cada vez más en una situación de peligro social.

Los múltiples y complejos procesos de reproducción en el capitalismo contemporáneo afincan sus bases en los avances revolucionarios de las fuerzas productivas. Este proceso se da cotidianamente en las telecomunicaciones, en los negocios bursátiles, en la logística de la economía de suministros, llegando hasta el negocio de la Internet. A este respecto, son las tecnologías de la información y de la comunicación las que hacen posible al capitalismo en su forma actual. Los conceptos identificadores son ahora: globalización, capitalismo *Share-Holder*, flexibilización. Estas tecnologías son omnipresentes en la sociedad, tienen consecuencias en los ámbitos productivos y no productivos, y facilitan efectividad y redes funcionales, además de que posibilitan un nivel históricamente cualitativo de la socialización. Socialización que no se puede reducir al marco de la información; ella se da, como siempre, en las relaciones entre los seres humanos. Pero precisamente en los sectores relevantes para la creación de valor, son indispensables las tecnologías de la información y las comunicaciones; a la intermediación universal de valores de cambio y dinero se ha sumado la intermediación de la comunicación electrónica. Las sociedades en el capitalismo central se encuentran en la transición del capitalismo como sociedad industrial al capitalismo como sociedad de la información.

Las tecnologías de la información y de la comunicación son fuerzas productivas, medios de producción, medios de trabajo, bienes de consumo y técnica cultural, simultáneamente. Esta sola característica genera una nueva desigualdad social, en tanto que divide a la sociedad entre aquéllos que disponen de esta nueva técnica cultural y la dominan, y aquéllos que están excluidos.

La realidad es contundente, las nuevas tecnologías de la informática y de las comunicaciones están presentes en todos los campos de la producción, la distribución, la circulación y los servicios: en plantas atómicas, comandos militares, administraciones estatales, en los bancos, en los medios, en las ciencias, en las redacciones y en las editoriales, en la industria del esparcimiento, en las artes, etc. Ese tipo de trabajo es en su esencia altamente socializado y expresa, en parte, la visión de Marx, de que: "...la creación de la riqueza real... depende del estado general de la ciencia y del progreso de la tecnología..."¹³. Ese personal, como tal, no es nuevo. Nuevo es a) la masificación, b) su amplia distribución prácticamente en todos los sectores de la sociedad, y c) las

¹² Joachim Bischoff, "Konzentrationsprozesse im Übergang zum 21. Jahrhundert", en *Zeitschrift Marxistischer Erneuerung*, N° 39/1999, p. 53.

¹³ Karl Marx, *Grundrisse der Kritik der Politischen Ökonomie*, Berlín, 1953, p. 592.

64] transformaciones inherentes de otros campos de trabajo, anteriormente estructurados de forma diferente.

Esta fuerza de trabajo y su competencia específica son irrenunciables para el capitalismo moderno en su actual fase. Así como el capitalismo, en tanto sociedad industrial, requirió trabajadores fabriles, el capitalismo, como sociedad informática, requiere trabajadores de la información. Comparado con la realidad, el concepto "trabajadores de la información" ha sido hasta ahora más una metáfora que un instrumento conceptual de análisis.

En la realidad contemporánea, se encuentran los portadores sociales de este nuevo tipo de trabajo socioeconómico en muy diversas situaciones. Ellos son, en parte, independientes (a menudo sólo en apariencia), y en parte, se trata de empleados de ventanilla de las empresas, de las administraciones, de los medios, de la ciencia y de los sectores culturales; a ellos pertenecen también los ingenieros y operarios que trabajan en el desarrollo y producción de hardware y software, en la producción computarizada, en las estaciones de regulación y medición, en la generación y distribución de energía, en las centrales técnicas de las empresas de comunicación, etc.

Su competencia técnica les posibilita a los trabajadores de las tecnologías informáticas disfrutar a menudo las condiciones sociales de capas medias. En la medida en que puedan ser económicamente activos, pertenecen a los sectores pudientes de la población. Ellos son, sin embargo, distintos a las capas medias tradicionales, signados por riesgos sociales relativamente altos, pues en caso de fracaso están amenazadas por un descenso social rápido.

¿Cuáles son las características de este grupo?

1. Su recurso, que ellos valorizan y que les posibilita ocupar posiciones destacadas en las capas medias, es el dominio de las nuevas, de las modernas técnicas culturales.

2. Eric O. Wright caracterizó a las capas medias como "posiciones contradictorias en el marco de relaciones de clases"¹⁴. Esto es válido en mayor medida para los trabajadores de la información. Ellos existen como independientes –independientes en apariencia–, trabajadores por cuenta propia, como empleados y como *white-colour workers*. Una gran parte vive en condiciones de bienestar, una pequeña en la línea de pobreza, o como marginales en nichos escogidos por ellos mismos, etc.

3. Son autónomos en su trabajo y al mismo tiempo dependientes y alienados en alto grado. En su mayoría soportan altos riesgos sociales, como no conocieron antes las capas medias tradicionales.

4. Los trabajadores de la información, en razón de la calidad de sus me-

dios de trabajo, están altamente socializados (tecnologías de la información y la comunicación como trabajo maduro, complejo, científico). Al mismo tiempo, están en alto grado individualizados. La individualización es una característica configuradora de este grupo, lo que es una contradicción en sí misma. Ellos definen su estilo de vida independientemente y determinan en buena medida lo que constituye moda en esta sociedad. Esto es, que su individualización se realiza siendo muy eficaces socialmente.

Las características comunes a su posición en los procesos de reproducción y en el dominio de las nuevas técnicas culturales, convierten a los trabajadores de la información en un grupo social, o también en una posible fracción de clase dentro del mundo general del trabajo social; por tanto, su génesis puede ser interpretada como un proceso en la formación de clases. El hecho de que la información combine factores socio-económicos y culturales, determina la especificidad del trabajador de la información. Tal vez aparezca aquí una nueva cualidad, a partir de la cual se pueda inferir la naturaleza de las nuevas constelaciones sociales que pueden surgir en el siglo XXI.

En el capitalismo contemporáneo, entendido como sociedad de la información, este grupo está ubicado en una posición estratégica en el conflicto entre el capital y el trabajo. Como resultado de conflictos internos, agudos y latentes, este grupo en sí mismo está desgarrado y dividido. Como fracción de clase, este grupo hasta ahora no está organizado ni presente de manera reconocible en las formas tradicionales de organización del movimiento obrero.

La globalización capitalista significa un crecimiento continuo de la injusticia social. Esto se nota en la experiencia cotidiana. En el negocio internacional del petróleo, por ejemplo, parece que los precios crecieran inevitablemente. Las compañías transnacionales de aceite mineral aprovechan esta situación para subir más rápido los precios de los combustibles, sin los cuales el automóvil nuevo se convertiría de inmediato en chatarra. De continuar ese desarrollo, tener un auto podría convertirse en un privilegio exclusivo de los adinerados, como sucedió a comienzos del siglo que acaba de terminar.

Capitalismo globalizado significa no sólo que los ingresos del trabajo social sean retirados de los circuitos económicos reales de las economías nacionales y que desaparezcan en las esferas virtuales de los mercados internacionales de finanzas, sino también que desde ese mundo fantasmal del dinero que se valoriza a sí mismo se ejerce una presión violenta sobre la economía

¹⁴ Eric O. Wright, "Was bedeutet neo und was heisst marxistisch in der neomarxistischen Klassenanalyse?", en Herrmann Strasser, John Goldthorp, eds., *Die Analyse sozialer Ungleichheit. Kontinuität, Wandel, Erneuerung*, Opladen, 1985, p. 245.

real para lograr un aumento de las ganancias, que, en última instancia, produce la eliminación permanente de puestos de trabajo. Las consecuencias son inversiones decrecientes, lo cual, junto con un aumento simultáneo de la productividad, acelera adicionalmente la reducción del trabajo asalariado, y presupuestos estatales deficitarios que obligan a reducciones de los servicios para la sociedad. En una especie de táctica diversificada, los impuestos y contribuciones para los ingresos normales y la gente del común se elevan de manera permanente. Cada vez más trabajo socialmente necesario se queda sin realizar en los ricos centros del poder capitalista.

En los centros del capitalismo, que hasta hace poco eran etiquetados por sus apologistas como "sociedades del bienestar", crece el reclamo a favor de una mayor justicia social. "La burguesía no puede existir sin revolucionar de manera permanente los instrumentos de producción, esto es, las relaciones de producción y, con ellas, todas las relaciones sociales"¹⁵. Esto lo escribieron hace más de ciento cincuenta años Marx y Engels en el *Manifiesto Comunista*. La forma como la burguesía contemporánea adelanta esa revolución ha adquirido formas tan perversas, que la necesidad de transformación de la sociedad se hace cada vez más urgente.

Un progreso social verdadero que señale alternativas frente al capitalismo contemporáneo, con su compleja socialización y sus tecnologías altamente desarrolladas, sólo puede lograrse si en la resolución de los conflictos sociales fundamentales sus actores pueden interactuar a niveles de socialización y de tecnología comparables. El éxito en la lucha por estructuras y principios de dominación y de hegemonía alternativos –necesarios para la transformación democrática de la sociedad–, sólo presenta opciones favorables si los grupos de soporte de las modernas tecnologías, es decir, los trabajadores de la información, se constituyen realmente en una fracción de clase y se vinculan activamente como tales en las confrontaciones en el espacio social de los conflictos.

¹⁵ Marx y Engels, *Manifiesto del Partido Comunista*.

4

4 Democracia

gobernable:

instrumentalismo

conservador

Beatriz Stolowicz*

* Profesora-investigadora Departamento de Política y Cultura, Área Problemas de América Latina de la Universidad Autónoma Metropolitana Unidad Xochimilco, México.

No hay tema de reflexión más permanente que el de la democracia, porque su desarrollo es un proceso histórico siempre inacabado. Pero en América Latina, donde desde los años mil novecientos noventa por primera vez todos los países tienen regímenes democrático-liberales, el tema padece de síntomas paradójicos: cuanto más se consolida la democracia peor vive la gente, y cuanto más se reflexiona sobre el asunto menos se aclara por qué. Los análisis no pasan de las descripciones sin explicaciones, pues los parámetros conceptuales que se presumen como adecuados no concuerdan con la realidad. Para quienes comulgan de manera complaciente con esta realidad, el problema ni siquiera existe como tal porque niegan en la democracia atributos de desarrollo social. Entre quienes sí creen en esos atributos, muchas de sus críticas a "esta" democracia no superan siquiera el plano ético, la denuncia, y las alternativas que proponen, en la práctica no lo son, pues se quedan en la dimensión cuantitativa de "más o menos de lo mismo".

La democracia como problema no es una novedad, pues es inherente a la contradicción entre capitalismo y democracia, entre desigualdad social e igualdad política, que ha marcado la historia no sólo del debate sobre la democracia sino su propia realización. Pero hoy plantea a los latinoamericanos desafíos analíticos y políticos inéditos, cuando esa contradicción adquiere rasgos antitéticos pues la noción de mayorías es asimismo la de exclusión. Nunca ha tenido mayor vigencia la identificación del desarrollo de la democracia con la superación del capitalismo, pero, a la vez, nunca ha tenido tanta urgencia construir caminos de avance democrático en este capitalismo salvaje, porque competen a la sobrevivencia misma de la gente.

Lo que no constituiría nada extraordinario para una visión dialéctica de la realidad, se ha convertido hoy en el nudo gordiano para quienes se proponen transformarla. Porque el tema de la democracia es una de las zonas oscuras del pensamiento social y político latinoamericano, en el que se constata el carácter dominante de las ideas de quienes dominan en la sociedad, lo que habla, obviamente, de las insuficiencias del pensamiento crítico en nuestra región. Razón de más para empezar por ahí la reflexión, para desentrañar cómo ha terminado por imponerse la concepción más conservadora de la democracia liberal como la noción general de democracia, que ha permitido dar legitimidad política y aceptación ideológica al orden social más antidemocrático que haya existido en la época moderna en nuestra región. Tarea nada sencilla de desarrollar en pocas páginas, cuando a la vez tenemos que analizar la crisis creciente de esa democracia, sin que haya una crisis equivalente de las ideas dominantes.

Desde hace algunos años, escuchamos en América Latina la afirmación –incluso en sectores izquierdistas– de que la izquierda de nuestro continente nunca ha sido consecuentemente democrática porque bajo la influencia del marxismo ha tenido una visión instrumentalista de la democracia; y que sería recién ahora, con su renovación ideológica (el abandono del marxismo), que habría conquistado esa virtud al ver la democracia como un fin en sí mismo. Esta afirmación es refutable por múltiples razones.

Si algo ha caracterizado al marxismo desde sus orígenes, es la identificación de la *democracia* con la *emancipación humana*, como un *fin* en perpetuo discurrir que para realizarse requiere, como condición y como desarrollo, la igualdad social. Por ello el socialismo se constituye en la utopía democrática más radical, que busca la construcción de “una asociación en que el libre desenvolvimiento de cada uno será la condición del libre desenvolvimiento de todos”, en palabras del *Manifiesto*.

Pero en la perspectiva emancipadora (democracia como fin) la democracia, en tanto que un tipo de relaciones políticas, también es un medio con el cual transitar ese camino y no habría por qué atribuirle un sentido peyorativo a la noción de instrumento político. El emotivo reconocimiento de Marx a la Comuna de París como un bello intento popular de construcción democrática dentro del capitalismo, atestigua esta visión dialéctica de emancipación-instrumento político o fin-medio, y que con una enorme riqueza, aún bastante incomprendida, elaboraría Gramsci años después.

La democratización de una sociedad se mide por la capacidad que tienen las mayorías para decidir con autonomía sobre su presente y su futuro. La conquista de esa capacidad de decisión, que requiere de y produce mayor igualdad social, hace necesario –entre otros cambios– transformar las condiciones y espacios formales y no formales de institucionalización del poder con los que se reproduce la subalternidad. Pero la acción en ese nivel específico de la política, para ser realmente democratizadora, no es cualquier lucha política sino la que reintegra economía y política, la que reduce la escisión entre el “productor” y el “ciudadano”, la que reduce su desigualdad.

Una *participación con verdadera capacidad de decisión y mayor igualdad*, son los dos elementos de carácter vinculante entre la democracia como fin y como medio. En ambos está implícito un problema ético, el de los valores y las prácticas democráticas, pero en ambos también se plantea el problema del poder, el de las relaciones de poder. Quienes cuestionan déficit en el primer aspecto en la izquierda (que los hay) pero eluden el segundo, tampoco están pensando en construir democracia.

El supuesto "instrumentalismo" de la izquierda latinoamericana no logra sostenerse ni por su experiencia histórica ni por sus concepciones teóricas.

Se debe empezar por decir que no obstante la gran heterogeneidad en visiones ideológicas, experiencias organizativas, influencia política y modos de acción, la izquierda latinoamericana ha sido siempre una fuerza esencialmente democrática. En un continente en donde el desarrollo capitalista alcanzado por algunos países representó mejoras en las condiciones de vida sólo para algunos sectores sociales urbanos modernizados y mantuvo en la marginación a millones de campesinos e indígenas, el contenido anticapitalista y antiimperialista de la lucha de la izquierda tuvo un profundo carácter democrático.

En términos de su experiencia histórica, difícilmente se podría caracterizar a la izquierda como "instrumentalista" respecto a la democracia liberal, cuando ésta ha sido excepcional como modalidad real de la política de la región. Fuera de algunos países como Chile, Uruguay y Costa Rica, antes de la década de los setenta la política latinoamericana había transitado por regímenes autoritarios —algunos de ellos de tipo corporativo— o por estructuras de poder oligárquico modernizado, en los que el discurso liberal era francamente conservador. Por el contrario, fueron los contextos no democrático-liberales los que abonaron en amplios sectores de la izquierda la negación de la democracia burguesa como instrumento, y aumentaron el peso de las prácticas políticas alternativas, desde las guerrillas (desde antes, pero más todavía después de la Revolución Cubana) hasta acciones políticas marginales y lógicas corporativas. Tal vez las únicas izquierdas que poseyeron una más clara experiencia de la acción política en el marco de la democracia liberal fueron la chilena y la uruguaya (con sus propias heterogeneidades internas), en las que la estrategia de constitución de sujetos sociales, con independencia de clase y objetivos políticos anticapitalistas, profundizaron el desarrollo más democrático de esos sistemas políticos: si hubo instrumentalismo, indudablemente éste tuvo el sentido de cambio que lo articulaba con la democracia como fin. En esas experiencias nacionales no fue el accionar de la izquierda el que debilitó la institucionalidad democrática; por el contrario, fueron los sectores dominantes que, ante la imposibilidad de seguir utilizando el régimen representativo para reforzar la dominación y los valores capitalistas, lo destruyeron.

Tomando en consideración su concepción teórica tampoco puede atribuirse un instrumentalismo democrático a la izquierda latinoamericana. Fuera de esas excepcionales experiencias políticas en el marco del sistema representativo, la izquierda latinoamericana no desarrolló una concepción autónoma de la democracia como medio. Y esto, más que una virtud es en realidad una enorme debilidad, que en parte explica las limitaciones que exhibe

hoy día la izquierda de toda la región, al tener que hacer política en el marco de la democracia liberal actual¹.

No hubo teorización de la democracia política como escenario específico de la lucha de clases, como *medio de cambio*, con la que se confrontara teórica y políticamente la visión dominante de la democracia como *medio de conservación*. Los marxistas latinoamericanos carecieron de una visión alternativa a la justificación teórica e ideológica y al modelo práctico que elaboró ampliamente la burguesía para construir equilibrios en sociedades de conflicto de clase, en parte porque desecharon la sociología política como campo de conocimiento científico mediante el simple expediente de considerar a la sociología como una ciencia burguesa, dejando la hegemonía del análisis político al estructural funcionalismo. Fueron excepcionales los dirigentes políticos y muy pocos los intelectuales de izquierda que conocieran y entendieran los desarrollos gramscianos en esta materia. Aunque la obra de Gramsci fue publicada en América Latina antes que en varios países europeos, esto ocurrió en la década de los sesenta (labor en la que fue pionera la revista cubana *Pensamiento Crítico*) y fue una literatura más bien marginal.

Salvo excepciones, la producción intelectual se concentró en los problemas del Estado con una visión economicista de la superestructura como "reflejo", sin desarrollos acerca del problema más vasto de la dominación y de las mediaciones. Fueron en general visiones reduccionistas del Estado en su carácter de aparato de clase, muy distantes de la perspectiva marxista del Estado como cristalización de las relaciones de fuerza existentes en la sociedad, perdiéndose la riqueza analítica marxiana de la *autonomía relativa del Estado*; o del *Estado ampliado* o *bloque histórico* gramsciano, que analiza el ejercicio de la dominación (*hegemonía*) atendiendo a los fenómenos institucionales e ideológicos no sólo como "reflejo", sino como escenarios de la lucha de clases que poseen una fuerza material en la organización de las relaciones de poder. En estos vacíos teóricos se apoya la escasa atención al problema de los intelectuales y más específicamente al papel de la universidad pública, en lo que con muy escasas excepciones² la izquierda latinoamericana tampoco elaboró una visión teórica y estratégica propia.

Por *propio* no aludo solamente a la independencia ideológica de clase, sino también a la especificidad latinoamericana como sustrato sociohistórico de la conceptualización de las categorías de análisis. La gran excepción es el aporte de los científicos sociales marxistas a la teoría de la dependencia, que poco o casi nada influyó en las concepciones partidistas³.

Sin embargo, la llamada renovación ideológica que exhiben con orgullo muchos sectores de la izquierda no ha producido una superación de esas carencias teóricas originadas en un marxismo dogmático y frecuentemente

vulgarizado por los partidos. Por el contrario, al negar el marxismo, estos sectores sucumben a las visiones hegemónicas del liberalismo, con una incapacidad profunda para distinguir entre el discurso universal-abstracto de la democracia liberal y su realización histórico-concreta como ejercicio de dominación capitalista. Cuando la izquierda latinoamericana descubre la democracia, en realidad lo que descubre es la *democracia gobernable*, la realización histórica más conservadora de la democracia liberal. En una desnaturalización teórica adicional, su creciente adscripción a las visiones del estructural funcionalismo y a las teorías liberales pluralistas inhabilita a la izquierda para entender los problemas de la dominación y del ejercicio del poder desde el marco institucional. Y cuando creen descubrir una visión más compleja del Estado, lo hacen bajo la dicotomía liberal que autonomiza la política de la economía, con el hecho paradójico adicional de que esto sucede precisamente cuando el Estado neoliberal latinoamericano exhibe la mayor regresión en términos de autonomía relativa respecto al poder de clase.

Esas carencias analíticas, que le impiden a la izquierda enfrentar teórica y prácticamente su nueva realidad —de una amplia presencia institucional y con la autonomía necesaria para convertirla en factor de cambio—, nada tienen que ver con la crisis del socialismo. Son problemas y carencias propias, de larga data, que en lugar de ser asumidas críticamente, han pretendido resolverse tirando al niño con el agua de la bañera. Es la tragedia convertida en farsa: la izquierda se “renueva” no por haber aprendido de la dolorosa experiencia para avanzar teóricamente, sino por haber sucumbido a la hegemonía prácticamente incontestada de la ideología del capitalismo más puro y duro.

¹ E incluso en las que hubo un mayor desarrollo de una concepción autónoma de la democracia como medio, hoy se observan desaprendizajes que hablan de regresiones que bien merecen análisis especiales sobre el peso de las derrotas políticas en sus conceptualizaciones actuales.

² Entre esas excepciones se destacan las elaboraciones teóricas sobre los intelectuales y la universidad de Rodney Arismendi, secretario general del Partido Comunista del Uruguay, y de Clodomiro Almeyra, secretario general del Partido Socialista de Chile, sin olvidar los aportes del peruano José Carlos Mariátegui varias décadas atrás.

³ También existe un importante aporte marxista a los estudios históricos nacionales de América Latina, pero muchos de ellos carecen de elaboraciones teóricas que replanteen la unidad de análisis del modo de producción en la perspectiva de las especificidades del capitalismo latinoamericano. Varias generaciones de izquierdistas no conocieron el libro pionero de Sergio Bagú: *Economía de la sociedad colonial. Ensayo de historia comparada de América Latina*, publicado por primera vez en 1946 y sólo reeditado en 1992 en México (por Grijalbo y el Consejo Nacional para la Cultura y las Artes),

La asimilación de democracia liberal a democracia en general ("sin adjetivos") que hoy predomina, se ha construido sobre la mitificación del liberalismo como la doctrina democrática por excelencia. Esa tergiversación de la historia obliga a las siguientes precisiones:

1) El liberalismo, en tanto proyecto político de la burguesía, no nació como una doctrina democrática; entre uno y otra hay un desfase temporal de más de siglo y medio. El Estado liberal (formación de gobierno por elección, parlamento y división de poderes) no nació como Estado democrático.

2) La democracia apareció como problema histórico cuando se hizo evidente la contradicción entre el discurso universalista del liberalismo y la desigualdad social real, desigualdad que la burguesía no atacó cuando asumió su propia emancipación política y que además reprodujo bajo nuevas condiciones al convertirse en clase dominante.

3) Cuando la burguesía liberal comenzó a encarar el problema de la democracia no lo hizo como un fin en sí mismo, sino como un instrumento político para regular la participación de los dominados que presionaban para decidir sobre los asuntos públicos. La máxima liberal de "un hombre, un voto" como realización de la emancipación política del individuo tenía como destinatario a los propietarios, y fue puesta en práctica con un modelo político en los hechos oligárquico —la democracia censitaria— referido a una *sociedad civil* excluyente (la soberanía popular no incluyó en el universo ciudadano a los no propietarios, las mujeres y los jóvenes). Las ampliaciones de este universo soberano, como sabemos, no han sido por iniciativa de la burguesía liberal sino conquistadas por los excluidos. Por el contrario, la burguesía liberal consagró la exclusión en un constitucionalismo conservador reificado con el desplazamiento de la soberanía al imperio de la ley, "justa por naturaleza". Sólo cuando el capitalismo monopolista requirió del Estado nacional, la burguesía fue proclive a considerar las demandas del sufragio universal⁴ para los varones, concretado hacia fines del siglo XIX, y para las mujeres muchas décadas después.

4) El liberalismo político progresista ha sido, desde el siglo XIX, un fenómeno eminentemente intelectual de los sectores medios. Como portadores convencidos de los principios libertarios e igualitarios de la Ilustración, éstos fueron sensibles a las condiciones de explotación y desigualdad capitalista que quedaron evidenciadas en los procesos de conciencia, organización y lucha independiente de la clase obrera. La influencia y el vínculo de estos intelectuales liberales progresistas sobre y con las prácticas políticas de la burguesía es desigual e inconstante⁵, y su coherencia o incoherencia intelectual han dependido de la radicalidad de su crítica al capitalismo como fuente de frustra-

ción de los principios ilustrados. Su afinidad intelectual y ética los acercó en muchas ocasiones a la izquierda.

5) La mayor o menor participación política de los explotados admitida por la burguesía ha dependido de las condiciones históricas de la acumulación capitalista (de expansión o contracción), con sus diferencias temporales y espaciales; y explica la mayor o menor contradicción entre el liberalismo económico y el liberalismo político. No está de más recordar que la burguesía no siempre apeló a los modelos políticos liberales para ejercer la dominación.

6) El grado de legitimidad de las formas de dominación política de la burguesía ha sido siempre expresión de la relación de fuerza entre las clases, originada en las contradicciones económico-sociales específicamente, pero también en la disputa por la socialización de las representaciones de cada clase sobre el conjunto de la sociedad (y/o lo que se espera que ésta sea), es decir, como disputa ideológica. El vigor histórico del liberalismo, más allá de los avatares de sus concreciones políticas, está, precisamente, en su función ideologizante de la realidad, consagrada en la disociación conceptual entre los fenómenos socioeconómicos y los políticos, así como en su ahistoricismo y empirismo microsocial. Pero este vigor histórico no es una función del desarrollo de la democracia.

7) Los mayores desarrollos democráticos en el capitalismo, con la concomitante ampliación de las libertades y derechos individuales postulados por el discurso liberal, han tenido lugar cuando el liberalismo ha estado en retirada como concepción burguesa de la organización económica y social, y ello ha ocurrido como producto de un cambio en la correlación de fuerzas entre el capital y el trabajo, favorable a este último.

¿A qué llamamos liberalismo? Distingamos entre el discurso progresista con que la burguesía se hizo al poder, y su naturaleza conservadora que busca perpetuar la dominación. Históricamente el discurso liberal mantuvo su eficacia ideológica porque logró convertir sus ficciones de carácter justificatorio en una teoría realista, que "describe" la sociedad capitalista como un mercado en el que los poseedores jurídicamente libres tejen lo social en intercambios racionales maximizadores del beneficio individual, hecho que los convierte en iguales. Es en el fetichismo de la representación liberal de la sociedad en donde se sustenta la fuerza ideológica del discurso burgués: cuya eficacia es

⁴ Véanse las interesantes y polémicas reflexiones de Immanuel Wallerstein en *Utopística, o las opciones históricas del siglo XXI*, México, Siglo XXI Editores, 1998.

⁵ Véase el sugerente libro de Crawford Brough Macpherson, *La democracia liberal y su época*, Madrid, Alianza, 1982.

[76] inversamente proporcional a la fuerza intelectual y política de la crítica marxista del capitalismo.

Si hoy asistimos a la más contundente victoria histórica del liberalismo —que en América Latina es la primera— no es sólo por la derrota infligida por la contrarrevolución del capital contra el trabajo, sino también porque, en sociedades desgarradas por la desigualdad social, la ficción ideológica liberal se ha socializado como sentido común y, lo que es peor aún, como ciencia social.

Los retrocesos actuales vienen a reforzar la confusión teórica que se fue gestando en América Latina respecto del liberalismo. Existen razones históricas por las cuales, cada vez que en nuestra región se piensa en el liberalismo, sólo se lo asocia con las manifestaciones ilustradas y libertarias del discurso, y no con el proyecto político conservador de la burguesía en el poder. Ello es así porque en América Latina el liberalismo ha sido fundamentalmente un fenómeno intelectual típico de las clases medias, anterior incluso a la constitución de la burguesía. Como proyecto político anti-oligárquico se constituyó en las alianzas de los sectores medios y populares que, si bien crearon las condiciones para la gestación de una burguesía moderna local, en términos generales no eliminaron la impronta oligárquica del capitalismo latinoamericano. El Estado capitalista moderno que se configuró en los esporádicos triunfos políticos contra la oligarquía, tampoco fue típicamente liberal. De ahí que el liberalismo político haya permanecido en el imaginario social como un movimiento progresista con metas inalcanzadas, es decir, por realizar.

Lo que viene a explicar en gran medida el desconcierto de buena parte del pensamiento crítico ante este liberalismo duro y puro, cuya sustancia conservadora aparece en sus análisis como adjetivo de una perversidad inexplicable. El activismo ético de los críticos del liberalismo contrasta con su parálisis política, originada entre otras cosas en su propia debilidad intelectual: la crítica a “este” liberalismo no es la crítica al liberalismo en tanto forma histórica del ejercicio de la dominación burguesa; se cuestiona a la “democracia realmente existente” pero no se hace la crítica histórica y política de la democracia liberal, que sigue apareciendo (sobre todo después de la crisis del llamado socialismo soviético) como la democracia a secas.

Gobernabilidad: dominación conservadora

El renacimiento liberal aparece como una necesidad dominante cuando la crisis del capitalismo, que estalla entre 1968 y 1973, hace incompatible la recuperación de las tasas de acumulación con la distribución del ingreso, con la que el capitalismo central se había expandido. Liberar al capital implicó liquidar la fuerza relativa del trabajo, una recomposición profunda del poder

Ser contemporáneo de la transformación de una época en otra tiene sus dificultades y sus ventajas. Las primeras consisten en que en las coyunturas no se ven con facilidad las tendencias de largo plazo. Pero hay ventajas porque se pueden percibir los cambios históricos como producto de acciones sociales concretas. Sin embargo, los análisis sobre las transformaciones vividas durante los últimos 25 años todavía oscilan entre las teorías conspirativas de lo micro y la metafísica de lo macro. El avance conservador no puede explicarse por conspiraciones particulares, pues emana de las dinámicas propias de la reproducción capitalista, como *necesidad* sistémica y no como políticas coyunturales que puedan cambiar sin modificar la naturaleza del capitalismo en su fase histórica actual. Pero tampoco puede desconocerse que la reproducción del capitalismo sólo aparece como un fenómeno *natural* después de que se fijan las relaciones sociales en correspondencia con esas *necesidades*. Y la gestación de las nuevas relaciones no tiene nada de natural, pues es el producto de prácticas dominantes concretas; así como su aceptación requiere de ofensivas ideológicas específicas hasta lograr que el nuevo *ser* social se convierta en el *deber ser*. Sólo entonces "la fuerza de los hechos" se convierte en una potencia que posibilita que la ideología dominante aparezca como realismo.

El triunfo liberal (o neoliberal) nada tiene de metafísico, porque la liberalización del capital es un hecho político, sin manos invisibles nacionales ni internacionales (la "globalización" es la ideologización del imperialismo convertida en realismo). Requirió del desmantelamiento gradual del Estado de Bienestar en los países centrales del capitalismo, y del terror de Estado en América Latina: a los trabajadores de los países dependientes las nuevas *necesidades* del capitalismo les representó y les representa expropiaciones crecientes por partida triple: mediante la sobreexplotación del trabajo, con la redistribución negativa del ingreso en tanto consumidores individuales; y como deudores nacionales⁶. Sólo con una gran violencia estatal se podían frenar las resistencias populares en un continente surcado por luchas anticapitalistas y antimperialistas en ascenso.

Las ideas conservadoras de este neoliberalismo fueron producidas varias décadas antes de que se convirtieran en ideología dominante, por los intelectuales orgánicos del capitalismo que tuvieron claridad en que el período

⁶ Fenómeno que planteó Ruy Mauro Marini en *Dialéctica de la dependencia* (1973), México, Ediciones Era, Serie Popular, 1974. Significativamente, en aquel momento parecía una argumentación extremista que no contemplaba matices sociales o contratendencias nacionales. Pero resultó premonitoria.

del Estado de Bienestar era "un momento anómalo"⁷ del capitalismo, un mal necesario coyunturalmente, pero que una nueva crisis cíclica introduciría factores extraeconómicos que dificultarían una salida eficaz y eficiente de la misma. Las ideas conservadoras de liberales como Schumpeter, Von Hayek, Von Mises, Friedman y otros tardaron varias décadas para imponerse (más en Europa⁸ que en Estados Unidos), hasta que dieron el sustento ideológico para la recomposición de la dominación.

En 1975 la Comisión Trilateral⁹ recogía sus recomendaciones como bandera política al plantear el problema de la ingobernabilidad de la democracia en el Estado de Bienestar. En realidad, lo que se hacía ingobernable en la nueva etapa capitalista era una sociedad organizada sobre la base del reconocimiento público de los intereses organizados de los trabajadores, con incidencia no sólo en la distribución del ingreso sino también en la producción y las condiciones de trabajo; con un Estado mediador de conflictos clasistas sin capacidad para imponer una concepción única del orden social, función de control debilitada cuando los intereses de capital y trabajo ya no convergían en torno a la expansión capitalista a cambio de beneficios sociales; una clase media educada acostumbrada a la movilidad social ascendente; y partidos que fincaban su competencia electoral en sus compromisos de satisfacción de demandas que "irresponsablemente" se filtraban en el parlamento.

Para hacer compatible la democracia con la gobernabilidad, es decir, para impedir que la democracia interfiera con los intereses capitalistas (ingobernabilidad), la Trilateral impulsó una transformación profunda de la sociedad para hacerla menos demandante, junto con un cambio en las relaciones políticas para reforzar el control sobre los conflictos que surgieran ante la negativa del sistema de convertir las demandas sociales en políticas públicas.

La identificación de la ingobernabilidad como crisis de autoridad (dominación) es coherente con la noción de *gobernabilidad* (*governability*), como la estabilidad política que se obtiene de la obediencia de los gobernados. Que no es lo mismo que *gobernación* o *gubernamentalidad* (*governance*), que se refiere a las técnicas, racionalidad y grados de gobierno. Dos órdenes de fenómenos vinculados pero que no son vinculantes. No es casual que en América Latina se los traduzca indistintamente como gobernabilidad, creando una confusión que diluye la connotación conservadora de la misma.

El problema de la gobernabilidad no es nuevo como tampoco lo es el de la dominación, sea ésta legítima o no. Las dictaduras latinoamericanas destruyeron la gobernabilidad que requería el neoliberalismo para imponerse en su momento. Cuando éstas dejaron de garantizar la estabilidad política, el problema de la gobernabilidad adoptó la forma de la democracia gobernable. Aunque el tema de la gobernabilidad tiene poca monta teórica por sí mismo,

más allá del problema del equilibrio, lo relevante son los procesos políticos e ideológicos que hacen posible que hoy se identifique gobernabilidad con democracia. Porque si la estabilidad de la dominación capitalista (gobernabilidad) se obtiene al impedir que la política intervenga sobre las cuestiones económicas, las que quedan reservadas sólo a la soberanía del capital, en países donde la desigualdad y la pobreza son la condición mayoritaria, la búsqueda de gobernabilidad es más que una estrategia dominante conservadora, es francamente reaccionaria. Que la democracia pueda jugar el papel de garante del *statu quo* y tenga legitimidad en sociedades como las latinoamericanas, implica no sólo la transformación de la concepción que se tiene sobre la democracia, sino un cambio fundamental en la sociedad para transformar a sus actores políticos en entes funcionales al sistema.

En nuestra región, las estrategias de gobernabilidad han tenido un éxito indudable que nada tiene de metafísico. Por ello, además de la necesidad de desenmascarar los actos de prestidigitación en que se ha convertido la teoría para presentar la democracia como gobernabilidad, el estudio de ésta cobra sentido en tanto se reconstruyan las estrategias desplegadas para producir la estabilidad política en sociedades escindidas y con una potencialidad conflictiva enorme, lo cual remite al estudio de las relaciones dominantes-dominados, siempre concretas. Por esta razón, ahora me detendré a analizar los cambios sociales originados por dichas transformaciones políticas.

Tras los logros obtenidos a sangre y fuego, el éxito de las estrategias de gobernabilidad en América Latina radica desde los años ochenta en un conjunto de transformaciones sociales que por sí mismas disminuyen los obstáculos para el funcionamiento libre e impune del capital, a la par de haberlas pre-

⁷ Eric Hobsbawm califica los "años dorados" de la expansión de la posguerra como un período anómalo en la historia del capitalismo: el modelo de producción en masa sobre la base del consumo en masa no sólo es el resultado económico de la "destrucción productiva" de la Segunda Guerra Mundial, sino de la competencia más moral que económica con la Unión Soviética que lleva a Occidente y en particular a los Estados Unidos a construir un modelo social atractivo para los sectores obreros sobre los que tienen gran influencia los partidos socialistas y comunistas; y también es anómalo por la apertura de la burguesía hegemónica y sus intelectuales hacia los problemas de la igualdad social. Véase su *Historia del siglo XX*, Barcelona, Crítica-Grijalbo, 1995.

⁸ Ver al respecto a Claus Offe, *Contradicciones en el Estado de Bienestar*, México, Alianza-Conaculta, 1990.

⁹ Informe de la Comisión Trilateral, "La gobernabilidad de la democracia", *Cuadernos Semestrales del Cide*, Nos. 2-3, México, 1977-1978.

sentado no sólo como un fenómeno inevitable sino también como necesario para la expansión de la democracia, y por lo mismo, deseable.

Esto ha sido posible socializando una representación de la sociedad como mercado, como agregado de individuos vinculados sólo por el intercambio de mercancías, que se realiza a precios fijados libremente por la oferta y la demanda. Como la libertad de la sociedad es la del mercado, la primera se garantiza con el retiro de la intervención estatal en la regulación de este último, lo que ocurre con la privatización de sus funciones económicas. Esta privatización produciría una dispersión del poder¹⁰, que se distribuiría horizontalmente entre la sumatoria de individuos que conforman la sociedad civil. Éstos, en sus múltiples relaciones individuales o microsociales son tomadores de decisiones, es decir, que ejercen el poder. Este es el fundamento de las *teorías pluralistas*, que afirman que la privatización económica es la esencia de la *modernización* que conduce a la libertad y a la democracia al crear múltiples poderes equivalentes (*poliarquía*¹¹), sin importar que entre esos tomadores de decisiones haya unos que deciden en todas partes y otros que no deciden nada, que son parias por doquier.

Además de llamar la atención sobre la falsedad del supuesto de que la privatización de las funciones estatales signifique una dispersión del poder en un mercado (sociedad civil) constituido por poderes tan disímiles como el trabajo y el capital, más aún en los grados de concentración y centralización actuales —que en lugar de socializar el poder lo concentra aún más—, hay que insistir en que esta representación de la “sociedad de mercado” no es sólo un artilugio ideológico liberal, sino que es un objetivo político a conseguir. La sociedad deseable para el neoliberalismo es la que ha dispersado las clases y grupos sociales objetivamente contrarios al capital, que los ha disuelto en relaciones de competencia individualista, ahora erigida en virtud libertaria. Las mínimas agregaciones sociales que un modelo de sociedad así puede contemplar son las de las interrelaciones primarias y, a lo sumo, los pequeños grupos de interés microgestores de bienes y servicios. Cada cierto tiempo, este poder ejercido “pluralmente” como sociedad civil se refiere al ámbito público como *sociedad política*, entendida como la sumatoria de ciudadanos aislados que eligen a sus gobernantes; con esa activación periódica del mercado político se completaría la democracia.

Al pasar del nivel de las representaciones al de la realidad, se constata cómo la transformación de las relaciones económicas son el punto de partida para la constitución de una sociedad gobernable, pues originan conductas individualistas y conservadoras en los conglomerados populares que reducen la emergencia de acciones colectivas y la capacidad de cuestionamientos reales al orden de desigualdad. La liberalización del mercado de trabajo (“flexi-

bilización laboral") que libra al capital de las limitaciones jurídicas conquistadas por las luchas sociales, hace crecer la competencia entre los trabajadores (incluso regionalmente), aumenta su disposición a la desvalorización de su fuerza de trabajo y su subordinación al capital para conservar la fuente de empleo; se individualiza la negociación salarial debilitando la influencia sindical. El desempleo arroja a vastos sectores hacia formas alternativas de sobrevivencia individualizada (común y mal llamadas "sector informal"), que desvalorizan la fuerza de trabajo familiar, sin espacios colectivos para su defensa y sin capacidad para ejercer presión sobre el Estado; con lo que se producen regresiones en sus experiencias y grados de conciencia clasista y una creciente marginalidad política. Los sectores medios se estratifican, con fracciones satélites del capitalismo especulativo muy conservadoras, y los expulsados de la actividad estatal, debido a su calificación poco flexible para la reinserción laboral, sufren profundos desajustes psicológicos, tendencias al ostracismo y al individualismo. La imposición de pautas de consumo suntuario (con el abaratamiento de muchos productos) induce a los sectores empobrecidos a consumirlos con un desplazamiento adicional de sus necesidades básicas (calidad alimenticia, salud, vivienda, educación, información), lo que aumenta su condición dependiente y marginal y fuerza las actividades económicas especulativas y parasitarias.

El desempleo y la pobreza incrementan las conductas delictivas de los pobres y con ello la percepción de la inseguridad, haciendo a la sociedad más proclive a formas de privatización de las acciones coercitivas y más permisiva con las prácticas autoritarias. Dentro de ciertos límites manejables, la anomia social facilita el control. Los factores y valores de expulsión se refuerzan sobre todo entre los jóvenes y entre trabajadores calificados desempleados (probablemente de mayor experiencia y conciencia previas), cuya emigración actúa como válvula de escape a las insatisfacciones sociales.

Aunque estas transformaciones sociales disminuyeron los niveles de conflictividad durante varios años, la polarización de la estratificación social no permite su contención absoluta. Las estrategias de gobernabilidad se orientan a aislar los conflictos tratándolos como particularidades (étnicas, religiosas, generacionales o de género, entre otras) y explotando su especificidad para

¹⁰ Véase Milton Friedman, "Capitalismo y libertad" (1962), en Harald Beyer, "Selección de escritos políticos y económicos de Milton Friedman", en *Estudios Públicos*, N° 60, Santiago de Chile, Centro de Estudios Públicos, 1995.

¹¹ Robert Dahl, *La poliarquía. Participación y oposición* (1971), México, Red Editorial Iberoamericana, 1993; y *La democracia y sus críticos* (1989), México, Paidós, 1992.

impedir que se articulen en una noción de lo popular. El tratamiento diferenciado va desde la cooptación y los programas focalizados hasta la represión abierta. Las agregaciones microsociales (comunitarias, barriales) son manipuladas para reforzar prácticas clientelistas sin mayor alcance en cuestionamientos de tipo sistémico, situación donde radica la funcionalidad de lo "local" para la gobernabilidad conservadora¹². Y en ese mismo plano de la *deseabilidad dispersiva* se encuentran las organizaciones no gubernamentales, unidades preferenciales de la poliarquía. Aunque muchas de las que así se denominan son en realidad movimientos sociales, la renuncia a identificarlos como tales habla de la influencia ideológica del liberalismo.

La sumisión, la resignación, el egoísmo y la pasividad no son sólo consecuencias de estas transformaciones sociales, sino también valores promovidos para reproducir esos cambios. El bienestar sustituido por la posesión (aunque sólo sea de la propia persona); los derechos sociales sustituidos por el consumo de servicios; el desarrollo humano transformado en competencia fagocitaria: "la búsqueda de la excelencia"; el temor ante el futuro incierto convertido en pragmatismo conservador. Estos son los valores de la llamada "posmodernidad", supuesto virtuosismo cultural que defienden y reproducen vastos sectores de intelectuales, ahora orgánicos de la dominación conservadora, sólo para lo cual tienen utilidad las universidades públicas aparte de operar institucionalmente como mecanismos de control social y político de sus propias comunidades. El valor de la desigualdad como el factor más dinámico del desarrollo social es la consagración del liberalismo como pensamiento de derecha.

La *sociedad de la inseguridad* sirve como bandera de la derecha para ganar elecciones y para revivir las teorías políticas del individualismo posesivo en clave hobbesiana¹³, y para hacer del Estado muy poco más que el guardián de la propiedad. La reforma neoliberal del Estado se legitima porque su "minimización" conduciría a la modernización social y política y a una mayor democracia. Que en realidad sólo sea mínimo en sus responsabilidades sociales y se maximice en su intervención a favor del capital, es una de las tantas desmitificaciones de los supuestos liberales que necesitan hacerse, incluso para rescatar a los espíritus honestamente democráticos que han sucumbido a ellos al considerarlos como "alternativa" a los autoritarismos corporativizados.

La democracia gobernable

Desde la lógica funcionalista, lo que en materia de gobernabilidad no alcanzan a producir los subsistemas económico, social y cultural en su conjunto, debe ser completado por el subsistema político, cuya función primordial es im-

pedir desequilibrios entre lo que se demanda del sistema (*inputs*) y lo que éste ofrece a través del Estado como políticas públicas (*outputs*). Esta concepción del sistema político tampoco es novedosa; lo es, en cambio, la exacerbación de los contenidos conservadores de la política en sociedades en las que el sistema, es decir, el capital, no está dispuesto a dar nada frente a la magnitud inédita de las necesidades insatisfechas. Además de que cambia de manera radical el carácter de la representación política, pues ésta no puede traducir intereses en demandas, carencia que le asigna a los partidos una función primordial de control político sobre el desborde conflictivo que produce la miseria en América Latina, a pesar de las transformaciones analizadas anteriormente.

El modelo de democracia representativa (liberal) que se ajusta al objetivo conservador de liberar a la economía de las intervenciones políticas, es uno de los tantos aportes de los intelectuales liberales conservadores en los años mil novecientos cuarenta. La democracia deja de ser el espacio de procesamiento legal y legítimo de los diversos intereses sociales —como hasta algunos liberales progresistas llegaron a entenderla—, para reducirse sólo a un método de formación de gobierno y de administración¹⁴ de las relaciones políticas.

Los ciudadanos sólo participan para elegir al reducido grupo de líderes que tomarán las decisiones por la ciudadanía, delegando en ellos la soberanía. La opinión de los ciudadanos sobre las decisiones tomadas por las élites podrá ser emitida como aval o rechazo al reelegirlas o cambiarlas en cada acto electoral, único momento en que los ciudadanos recuperan la soberanía.

Las élites políticas construyen los equilibrios mediante consensos mutuos, que es la única forma que puede adoptar la política democrática, consensos hacia los intereses dominantes y no confrontación de proyectos de sociedad distintos. Porque no hay alternancia de proyectos, los consensos presuponen acuerdos estructurales básicos, que incluyen naturalmente la convicción de que los asuntos económicos son privativos del mercado. Al existir esos consensos básicos, las diferencias sólo pueden ser de carácter procedimental y sólo en esa medida las diferencias son negociables, esto es concertables.

¹² Discuto la relación entre lo local y la gobernabilidad en: "La izquierda, el gobierno y la política. Algunas reflexiones", en Beatriz Stolowicz (coord.), *Gobiernos de izquierda en América Latina*, México, Universidad Autónoma Metropolitana Xochimilco-Plaza y Valdés Eds., 1999.

¹³ Véase Thomas Hobbes, *Leviatán o la materia, forma y poder de una república eclesiástica y civil* (1651), México, Fondo de Cultura Económica, 1987. Además, C.B. Macpherson, *La teoría política del individualismo posesivo* (1962), Barcelona, Fontanella, 1979.

¹⁴ Véase Friedrich von Hayek, *Camino de servidumbre* (1944), Madrid, Alianza, 1990.

En suma, los partidos se limitan a ser la instancia de reclutamiento de las élites. El reclutamiento se realiza a través del juego de la oferta y la demanda, con los atributos de libertad de todo mercado: oferentes en libre competencia y consumidores también libres igualados solamente en la posesión de la ciudadanía: el mercado político es perfectible con reformas electorales, sin que ello modifique la naturaleza de su funcionamiento. La política es *marketing* periódico y concertación fuera de los tiempos de la competencia, allí se acaba el asunto de la política.

Este modelo de democracia liberal sintetiza tres tipos de visiones conservadoras que fueron acuñándose desde finales del siglo XIX: a) el rechazo al principio de soberanía popular frente a los riesgos que ésta implica para la dominación del capital tras la consagración del sufragio universal¹⁵; b) las teorías sobre las élites, que a partir de la descripción de las prácticas políticas de los sistemas parlamentaristas¹⁶ las convierten en preceptos normativos debido a su eficacia en el control político; y c) el balance positivo que hacen los conservadores del impacto del parlamentarismo sobre los grandes partidos obreros (como el inglés y el alemán, desde finales del siglo XIX) como medio que los integra al sistema y desnaturaliza sus objetivos de cambio radical anticapitalista. Esta síntesis de visiones antiliberales se refuncionalizan en el liberalismo conservador de nuevo tipo, cuya formulación más clara la hace el economista Joseph Schumpeter¹⁷. Macpherson la denomina modelo de *democracia pluralista elitista de equilibrio*¹⁸, que se convertirá en el modelo de democracia liberal en general¹⁹.

Este es un modelo político para producir gobernabilidad, lo cual explica por qué desde la perspectiva conservadora se identifica gobernabilidad con democracia. Esta identificación también la hacen muchos de los críticos del neoliberalismo, no sólo en términos nominales sino también conceptuales: ven en cada conflicto un riesgo para la democracia, porque también a ella la ven como equilibrio. Las visiones hegemónicas actuales son una regresión, incluso, a perspectivas liberales como las de un Lipset²⁰, por ejemplo, quien reconocía la democracia política como la forma regulada de procesar el cambio social, es decir, cuya estabilidad no se mide por la ausencia de conflictos sino por su capacidad para procesarlos institucionalmente, lo que implica reconocer la legitimidad de la representación de los distintos intereses existentes en la sociedad. Naturalmente que estas visiones de un liberalismo más democrático son sustituidas por las de un liberalismo muy conservador. Pero hasta el mismo Schumpeter advertía que el "método democrático no funciona nunca del modo más favorable cuando las naciones están muy divididas por los problemas fundamentales de estructura social"²¹.

¿Por qué en América Latina se impuso este modelo de democracia, desde

los años ochenta, cuando la lucha contra las dictaduras y contra el autoritarismo civil ha tenido como protagonistas centrales a los movimientos populares y de izquierda? Hay una explicación en la naturaleza de la transición, que no supone la derrota de la derecha militar y civil, aunque la obliga a un *aggiornamiento* político al sustituir la represión abierta por la negociación para mantener la gobernabilidad: Con ese fin se acuñó –con el concurso de muchos intelectuales– la lógica de las *dos transiciones*: primero la transición política que daría la estabilidad necesaria para el crecimiento económico; y éste, por “derrame” permitiría iniciar, en un momento indefinido, la segunda transición hacia la “democracia social”.

Ciertamente, durante los primeros años hubo resistencias populares a la separación entre democracia y bienestar social, pero fueron paulatinamente eliminadas con las transformaciones descritas arriba; aunque también existió una gran predisposición para aceptar las nuevas reglas del juego político debido al trauma social sufrido con el terrorismo dictatorial. El chantaje permanente que constituye el espectro autoritario, institucionalizado con las amnistías y la impunidad de las fuerzas represivas, obligaron a la población a subordinar sus aspiraciones de igualdad a la conservación de la libertad. Y éste ha sido un método recurrente para neutralizar rechazos y conflictos.

Sin embargo, como la política es un fenómeno relacional, un aspecto central de la explicación del porqué de esta situación está en las prácticas y concepciones políticas de los partidos de izquierda. Como es comprensible, el sólo hecho de recuperar las libertades públicas y privadas fue un logro democrático trascendente, vital, que explica la subsunción inicial de toda consideración crítica acerca de las formas y contenidos de la democracia; en particular esto pesó mucho sobre las dirigencias de izquierda, que después de haber sido el objetivo primordial del terror de Estado, fueron muy sensibles al cambio de la situación y al tratamiento

¹⁵ Véase, por ejemplo, de Gaetano Mosca, *La clase política* (1896, 1923), México, Fondo de Cultura Económica, 1984.

¹⁶ Robert Michels, *Los partidos políticos. Un estudio sociológico de las tendencias oligárquicas de la democracia moderna* (1811, 1925), Buenos Aires, Amorrortu, 1996.

¹⁷ Joseph A. Schumpeter, *Capitalismo, socialismo y democracia* (1942), Buenos Aires, Ed. Folio, 1972.

¹⁸ *La democracia liberal y su época*, ed. cit.

¹⁹ Véase Giovanni Sartori, *Teoría de la democracia* (1988), México, Alianza, 1991.

²⁰ Seymour Martin Lipset, *El hombre político. Las bases sociales de la política* (1959), México, Rei, 1993.

²¹ J. Schumpeter, *op. cit.*, p. 378

como pares en el sistema político. Ello no justifica, empero, que dicho cambio lo procesaran con un sentido autorreferido que terminó, en muchos casos, en irresponsabilidad social y política: falta total de crítica sobre las reglas del juego que se les impusieron como condición para su incorporación al sistema político; confusión sobre el alcance de las conquistas institucionales que, siendo muchas veces para los grupos dirigentes, se percibieron e incluso se hicieron percibir como avances del pueblo. La izquierda nunca entendió que esas reglas del juego exigían la transformación de sus liderazgos (de amplio reconocimiento social) en conducta elitista, es decir, que entraran a formar parte de los pequeños grupos de líderes políticos que deciden por sí y entre sí a nombre de la sociedad.

La izquierda sucumbió a estas prácticas por sus propias debilidades conceptuales, entre otras, la de no comprender la diferencia que existe entre ser una izquierda que actúa en el parlamento y ser una izquierda parlamentarista, o dicho de otro modo, entre ser la izquierda *en* el sistema o la izquierda *del* sistema. Pero también porque sucumbió a la coerción chantajista de la derecha que sancionó como "bloqueos a la democracia" todo aquello que no implicara un consenso en torno a sus propios intereses, al tiempo que llevó a cabo cooptaciones elitistas vía privilegios, a las que fueron sensibles muchos políticos de izquierda.

La adopción de esas visiones y conductas políticas fue haciéndose cada vez más evidente conforme la izquierda comenzó a crecer electoralmente en la década de los noventa, una coyuntura histórica que no supo interpretar. El impacto social de la segunda generación de ajustes neoliberales, más profundos que los de las dictaduras en términos de empobrecimiento social y más permanentes por su institucionalización con la reforma del Estado, conmovieron a una población desarmada para emprender la defensa de sus intereses de clase frente al capital, y que buscó el cambio por la vía electoral, votando a la izquierda.

De esta forma, por primera vez la izquierda llegó a gobernar²² en numerosos municipios, incluidas varias capitales, con lo cual ingresó a un escenario inédito y muy contradictorio para los partidos, que quedaron disociados entre un parlamentarismo tradicional, y un accionar innovador comprometido con la gente y sus problemas como gobierno. Éstas fueron experiencias muy positivas en términos de democratización de las relaciones gobernantes-gobernados, en los contenidos sociales de la gestión administrativa y en los esfuerzos para promover la participación colectiva (al mismo tiempo que ésta era desalentada por los partidos). Con diferentes grados de avance y consolidación, estas actuaciones producen mejorías en la calidad de vida urbana y en los servicios sociales aunque, por sus esferas de competencia, los cambios producidos en el plano local no alcanzan a modificar los problemas socioeconómicos fundamentales de una población que sigue empobreciéndose. Aunque son procesos de avance

democratizador de indudable importancia por su potencialidad para la recomposición relacional y valórica del tejido social y de la fuerza política popular, están limitados por el desempeño político de los partidos, en una suerte de contradicción perversa: para profundizar los cambios iniciados como gobierno se necesita seguir ganando elecciones, y para lograrlo la izquierda sucumbe a las prácticas de la política como mercado. Lo que acarrera su desperfilamiento programático y una tendencia a sofocar las luchas populares para evitar que deriven en conflictos. El objetivo de ganar fuerza electoral bajo esas reglas del juego le reporta a la izquierda pérdidas de fuerza social y política real, lo que en ocasiones la lleva a perder lo conquistado como fuerza electoral o, en el mejor de los casos, le impone límites a su crecimiento.

La mimetización de la izquierda como partido sistémico, y la constatación de que una mayor presencia en los ámbitos institucionales (gobierno, parlamento) no conduce necesariamente a mejorar las condiciones de vida, provoca el desencanto de vastos sectores populares hacia la política institucionalizada, no como apatía sino como rechazo activo; lo que incluye juicios muy críticos a los partidos de izquierda con representación electoral.

Entre la frustración y las expectativas de cambio coyunturales, el sistema representativo tiene una credibilidad inconstante, pero con una franca tendencia hacia el declive. Son los signos críticos de la democracia gobernable.

La crisis de la democracia gobernable

Los primeros en advertir un escenario de crisis fueron los sectores dominantes a mediados de la década pasada. El primer síntoma de que el modelo político tenía problemas fue el rechazo a los partidos de derecha mediante la opción electoral por la izquierda. El abstencionismo electoral, que en América Latina casi nunca ha descendido en promedio del 50 por ciento y que es el producto funcional de las estrategias de gobernabilidad, sólo se reduce cuando la izquierda ha aparecido como opción, haciendo peligroso el juego de exclusión social con inclusión electoral.

²² Analizo estas experiencias en: "La izquierda, el gobierno y la política. Algunas reflexiones", en el citado libro *Gobiernos de izquierda en América Latina. El desafío del cambio*, en el que se tratan los casos de Chile, Uruguay, Brasil, El Salvador, Venezuela, México y Cuba. Las tendencias generales que se analizan contemplan las diferencias y matices de experiencias de cada país, la naturaleza de la fuerza política y electoral de cada uno, las historias nacionales y estatales, el desarrollo orgánico y político de cada partido, etc. Las especificidades no afectan las generalizaciones, lo que se dice de la fuerza de penetración de estos cambios en concepciones y conductas.

Para recomponer la imagen de sus gobiernos y partidos²³ la derecha trata de compensar el desprestigio de las "instituciones democráticas" con acciones puntuales contra la corrupción y el "crimen organizado" encarcelando a varios políticos y uno que otro oficial del ejército (el uso patrimonial del Estado que requiere el neoliberalismo es obviamente la causa, aunque es intocable); también se hacen algunas reformas al Poder Judicial para reforzar su imagen de independencia.

El desprestigio de la política y de las instituciones corre paralelo al de las políticas económicas. Aunque son más bien estas últimas las que concentran las críticas crecientes al neoliberalismo (hay más críticas al modelo económico que al modelo político), y que se expresan en los debates en la exigencia de que se presenten alternativas.

Para enfrentar el desprestigio del "modelo", la derecha exhibe una notable iniciativa para elaborar un discurso renovado con el que trata de apropiarse de las críticas al neoliberalismo, de modo de refuncionalizarlas en apoyo del capitalismo. Con ese fin crea nuevos "centros de opinión" (*think tanks*)²⁴ para vanguardizar las "alternativas" que aparecen cuestionando los excesos del mercado y su incapacidad para resolver las "externalidades" que produce, como la pobreza, a partir de lo cual convoca a una participación más activa del Estado en políticas focalizadas para combatirla. Para esas políticas, *lo local* y las ONG son espacios y herramientas privilegiadas²⁵. Los organismos financieros internacionales (Banco Mundial, BID, FMI y hasta la misma OCDE) dedican sus informes a convertir estas "inquietudes" en recomendaciones oficiales²⁶. Todo ello con el concurso permanente de la socialdemocracia europea: primero de la española, y luego de la inglesa que le dio forma de programa político con su Tercera Vía²⁷. Más recientemente, economistas y juristas conformaron la corriente del *neoinstitucionalismo*²⁸, que propone reformas a las instituciones formales e informales para garantizar el buen funcionamiento del mercado sin modificar las políticas macroeconómicas.

Otro signo de crisis sobre el que advierte la derecha, es lo que denomina "el crecimiento de la democracia antiliberal", o lo que algunos intelectuales han llamado las "democracias delegativas" en alusión a los nuevos caudillismos políticos que diluyen el papel del sistema de partidos; inadmisibles, pues, según los ideólogos de la gobernabilidad, las élites partidarias deben ser las únicas depositarias de la delegación de las decisiones. Como se sabe, las alharacas a propósito de la reelección de Alberto Fujimori en el Perú se esfumaron tan pronto como demostró que su fundamentalismo era neoliberal y pro-norteamericano, lo mismo que Carlos Menem en Argentina. En realidad, fueron el ascenso político y la elección de Hugo Chávez en Venezuela lo que desató las más furibundas diatribas de la derecha, pues no sólo se

desestructura el sistema tradicional de partidos, sino que se hace con un proyecto social y político anti-neoliberal. No es la institucionalidad representativa lo que realmente les preocupa, que en Venezuela se consagra en la nueva Constitución, sino que la representación política reintegre la dimensión económico-social.

En los años recientes ha habido un cambio cualitativo en la crisis de la democracia gobernable: el modelo político resulta cada vez más ineficaz como instrumento de control sobre la recomposición sostenida de las luchas populares que se observa actualmente en todos los países. Lo que comenzó como crisis de credibilidad, empieza a ser percibido como crisis de dominación. Un indicador de esto es el recurso cada vez más frecuente de la represión abierta como mecanismo de gobernabilidad.

Puede parecer extraño que sea justo ahora que la derecha perciba riesgos a su dominación mayores que cuando la izquierda empezó a conquistar gobiernos. Pero esto es comprensible a la luz de los efectos contradictorios que tuvieron los triunfos electorales de la izquierda. Obviamente, éstos significaron una pérdida política para la derecha al reducirle los espacios e instrumentos de patrimonialismo estatal, necesarios tanto para el mantenimiento de sus privilegios económicos como para la cohesión clientelar de sus apoyos. Por ello reacciona vehementemente con todo tipo de bloqueos financieros, políticos e institucionales, y arremete con estructuras corporativas mafiosas

²³ Que es diagnosticado, por ejemplo, en varias de las Cumbres Iberoamericanas de Presidentes y Jefes de Gobierno, como la de Viña del Mar (Chile) en 1996 y la de la Isla Margarita (Venezuela) en 1997.

²⁴ En 1996 se creó el *Círculo Montevideo* y aparecieron varios grupos de ex presidentes e intelectuales latinoamericanos trabajando en este sentido.

²⁵ Véase, por ejemplo, el informe de la Primera Conferencia Interamericana de Alcaldes "Caminos para el desarrollo de la gobernación municipal", convocada por el Banco Mundial, la OEA, el BID y la Agencia Internacional para el Desarrollo (Usaid), en noviembre de 1994.

²⁶ Sólo por citar uno de entre tantos, mencionemos el último de la OCDE, *Desarrollo más allá de la economía. Informe 2000. Progreso económico y social en América Latina*.

²⁷ Véase Anthony Giddens, *La Tercera Vía*, México, Oikos, 1997.

²⁸ Entre varios, véase, por ejemplo, de René Villarreal, "Hacia una economía institucional de mercado", y de Pieder Könz, "Estado de derecho para el desarrollo sostenible: reflexiones sobre la brecha institucional latinoamericana", publicados por el boletín electrónico del Instituto de Investigaciones sobre la Gobernabilidad del PNUD, julio 2000.

contra los gobiernos de izquierda, cuya resistencia y logros en estas parcelas estatales son una verdadera hazaña.

Sin embargo, el peligro que representa un avance de la izquierda disminuye si ésta funciona bajo las reglas de juego del sistema —como ha ocurrido en efecto— o si su gestión gubernamental se concreta a ser una administración honesta y eficiente. Porque esto no es condición suficiente para que esas cualidades se traduzcan en una mayor fuerza política, lo que depende de todo su accionar político. En este punto se equivoca el estructural funcionalismo cuando establece una correlación mecánica entre eficiencia y legitimidad. De hecho, en todos los países donde ha gobernado la izquierda, gestiones honestas y eficientes no fueron suficientes para generar la fuerza necesaria para enfrentar las políticas económicas y sociales más regresivas, y sus logros no siempre pudieron contrarrestar los rechazos políticos cosechados por el tradicionalismo de sus partidos; tampoco han garantizado fuerza electoral, que o se ha perdido o ha alcanzado techos a su crecimiento.

Para la derecha, lo más preocupante es que la integración de la izquierda al sistema no redunde en el control de los conflictos sociales. Muchas de las luchas populares emergen hoy al margen de la convocatoria política de los partidos de izquierda, e incluso en reacción contra ellos por sus prácticas políticas. Empieza a configurarse una izquierda no partidaria con bastante capacidad de convocatoria social que está por fuera de la influencia del liderazgo político de los partidos, aunque en esas luchas participan muchos de sus militantes de base.

Son un factor importante en el enfrentamiento a los intereses dominantes, aunque debe señalarse que la enorme energía social que se pone en movimiento en la región por esta vía todavía no logra condensarse en una fuerza política de magnitud equivalente, por los grados de dispersión que aún existen entre muchas de ellas y por la desarticulación de esas luchas con las de los partidos. No obstante estas deficiencias, la recomposición popular es un proceso innegable y ascendente. Son las luchas estudiantiles en defensa de la universidad pública como en México, Brasil, Argentina, El Salvador o Nicaragua; que se vinculan con las de pobladores y trabajadores contra la privatización de los recursos naturales como en Cochabamba (Bolivia), Costa Rica y El Salvador; o con las de los empleados públicos y otros sindicatos como en Brasil, Colombia, República Dominicana y Uruguay; de desempleados junto a pobladores como las de varias provincias argentinas; luchas de asalariados rurales y campesinos como en Brasil, Bolivia, Paraguay y Honduras; movimientos indígenas como en México, Ecuador y Chile; movimientos por la soberanía territorial como en Vieques (Puerto Rico) y Panamá. Son acciones que empiezan a vincularse continentalmente, como el movimiento que se está

gestando contra la agresión imperialista del *Plan Colombia* o como el Grito de los Excluidos; algunas tienen proyección internacional como las de los sindicatos de empresas transnacionales, o como las de los trabajadores de las maquiladoras nicaragüenses con la Federación Mundial de Sindicatos Textiles y, en una dimensión más amplia, con movimientos de los países centrales como los de Seattle, Washington, Davos y Praga contra los organismos financieros internacionales.

El nuevo escenario transforma las estrategias de gobernabilidad de la derecha. Las prácticas de control con legitimidad por medio de la democracia gobernable van siendo desplazadas por las de la represión directa, con el ejército y la policía en la calle. Pero también se reprime por medio de la institucionalidad, con un papel destacado del poder judicial, en lo que se ha denominado la *judicialización de la represión*. A los estudiantes en huelga se les reprime bajo cargos de *despojo de bienes públicos y peligrosidad social*, como ocurrió con el Consejo General de Huelga de la Unam en México, y se pretende hacerlo como *despojo* contra los estudiantes secundarios en Uruguay. Se les imputa el delito de *turbación de la posesión* a los desempleados de Mar del Plata (Argentina) que hacen un plantón en la Catedral y también de *despojo* al de las enfermeras en la plaza principal de la ciudad de Monterrey (México). A las huelgas sindicales se las derrota poniéndolas fuera de la ley, como a la de la Volkswagen en México, y también con el concurso judicial se ha buscado desarmar la lucha de los Sin Tierra en Brasil. Son *atentados al orden público* las manifestaciones callejeras, y *asonadas* los bloqueos de carreteras.

Que el Estado de derecho sea utilizado como arma de represión y para excluir del espacio público a los sectores populares, no debe llamar a sorpresa. Atribuir *a priori* al Estado de derecho una moralidad de justicia es caer en la lógica del derecho natural. Toda legalidad que se aplica como obligación civil es Estado de derecho, aunque sea profundamente autoritaria y socialmente injusta y, por lo tanto, como todas las prácticas institucionales, debe ser un objetivo de transformación democrática. Que ese proceso pase por exigir el cumplimiento de las libertades y derechos públicos e individuales que se han visto obligadas a reconocer las Constituciones liberales para universalizar una dominación particularista (lo cual ha ocurrido siempre que los desiguales han reclamado su situación), es parte de la dialéctica de la lucha política.

Perspectivas y desafíos

Lo primero que salta a la vista es cuán poco le duró el *aggiornamento* político a la derecha. Basta comparar los discursos de algunos de sus integrantes para ver cómo vuelven por sus fueros: los *enemigos* convertidos en *adversa-*

rios, de nuevo vuelven a ser *enemigos*. No son veleidades ni falta de "voluntad política", es su conciencia capitalista dominante la que se impone. La democracia liberal le sirve a la derecha si le da estabilidad política a los intereses capitalistas, lo que en América Latina quiere decir a la explotación y a las ganancias salvajes. Si no, es un instrumento desechable. Y ésta no es una constatación de última hora, es una historia tan antigua como el liberalismo y como la contradicción entre el capitalismo y la democracia.

Como lo ha sido siempre, la democracia es una conquista y una construcción popular. A la izquierda latinoamericana le ha faltado una visión madura y dialéctica para enfrentar la muy compleja relación entre *institucionalidad* y *cambio*. Si bien las instituciones de la democracia liberal le han permitido a la izquierda una acción política con resguardo legal —lo que abre un conjunto de posibilidades para su desarrollo—, también la han constreñido a una legalidad y a unas reglas del juego que obstaculizan el cambio, pero que quedan legitimadas por la misma participación de la izquierda en los ámbitos institucionales. Simultáneamente, en cuanto esas mismas instituciones hacen de las libertades individuales y públicas un derecho jurídico que debe preservarse, para hacerlo se debe confrontar a quienes para mantener los privilegios reconocidos legalmente, están dispuestos a negar dicha legalidad.

La disyuntiva no está entre resignarse a participar en las instituciones bajo sus reglas de juego y quedar integrado al sistema, o simplemente negar toda participación institucional. Se debe participar en las instituciones, porque si no existen las condiciones históricas para negarlas y construir otras con fines y propósitos realmente emancipatorios, es necesario tratar de transformarlas en su existencia actual; pero tomando en cuenta lo que decía Gramsci: "Si se admite que con cualquier actitud que se adopte se le hace siempre el juego a alguien, lo importante es buscar por todos los medios hacer bien el propio juego, esto es, de vencer netamente" ²⁹.

"Hacer bien el juego de uno" comienza por comprender que la política no se origina en las instituciones, sino que, por el contrario, ellas la expresan y la reproducen, son una resultante del juego de fuerzas. Del mismo modo que son una expresión de la fuerza política los valores que amalgaman las instituciones. Darle una direccionalidad democratizadora a la práctica institucional, reformarla en un sentido democrático, requiere fuerza. Y lo sustantivo de esta fuerza se genera fuera de las instituciones formales de la democracia representativa, aunque desde allí pueda reforzarse.

Es ésa construcción de la fuerza política necesaria para democratizar nuestros países, lo que da sustancia a la noción de democracia como medio. La transformación institucional es, al mismo tiempo, la transformación de las relaciones sociales y políticas que le dan origen. Dicho de otro modo, la lucha

por la democracia es una lucha de poder en todos los ámbitos donde éste se origina, se ejerce y reproduce: en la contradicción capital-trabajo; en las configuraciones, las prácticas y los fines de las instituciones del Estado, entre las que se incluyen las que por medios formales y no formales procesan las relaciones políticas como fenómeno público (sistema político); en los ámbitos de creación y socialización de ideas y valores que condicionan las conductas sociales, con sus instituciones formales y no formales, que van desde las educativas, la producción teórica y artística, los medios de difusión y las Iglesias, hasta las mismas prácticas económico-sociales que poseen una función ideológica fundamental. La lucha democrática en todos estos ámbitos e instituciones adopta formas específicas como lucha política, pero no están escindidas. No entenderlo así es un signo de subalternidad. En esa comprensión la derecha lleva mucha ventaja.

Es un hecho enormemente positivo que la izquierda haya conquistado mayores espacios para influir democráticamente desde las instituciones. La fuerza electoral de la izquierda, sin embargo, no es equivalente a su fuerza política, y éste es también su desafío para convertir los espacios institucionales en escenarios para el cambio; esto sólo es posible si se confronta a la derecha y se le disminuye su fuerza, lo mismo, incluso, que para defender a las instituciones representativas de sus reacciones liquidacionistas.

Cualquier avance realmente democrático hace previsible escenarios cada vez más conflictivos y respuestas más represivas. Si por evitar estas reacciones no se enfrenta a la derecha, la violencia de todos modos estallará como efecto de la desesperación de la gente ante la violencia cotidiana a que está sometida con su miseria. Lo único que puede disminuir la violencia antidemocrática de los sectores dominantes y preservar los espacios de libertad conquistados para avanzar hacia otros, es la fuerza con que cuente el pueblo. No es una disyuntiva entre pesimismo u optimismo, es el único realismo posible.

En América Latina, éstos son actualmente los términos de la disputa democrática, como fin y como instrumento de cambio opuesto al instrumentalismo conservador dominante: un proyecto de poder, de gestación de fuerzas sociales y políticas para construir igualdad social. Un proyecto democrático supone claridad analítica y construcciones sociales. Para lograrlo no se está empezando de cero y existe una enorme potencialidad al respecto, pero para que pueda ser transformada en realidad acusa demasiadas insuficiencias en ambos requisitos. Estos son los retos actuales de la izquierda, si quiere ser coherente con su papel histórico de fuerza emancipadora.

²⁹ Antonio Gramsci, "El partido político", en *Notas sobre Maquiavelo, sobre política y sobre el Estado moderno*, México, Juan Pablos Editores, 1975, p. 50.

TRADUCCION DEL IDIOMA ITALIANO AL ESPAÑOL

PONENCIA DE FRANCESCO FORGIONE EN EL SEMINARIO INTERNACIONAL "MARX VIVE - ¿CUAL CAPITALISMO? ¿CUAL ALTERNATIVA?"

UNIVERSIDAD NACIONAL DE COLOMBIA, DEL 8 AL 12 DE NOVIEMBRE

En esta etapa de grandes y estructurales transformaciones del capitalismo y ante el proceso de globalización de los mercados, es muy importante realizar una reflexión sobre la función que la mafia y las organizaciones criminales están asumiendo.

Es claro que cuando afrontamos este tema, en relación al narcotráfico, no afrontamos un problema judicial o de orden público, más bien un problema político, económico y social.

Basados también en nuestra experiencia italiana, cuando hablamos de organizaciones criminales hablamos, sobre todo, de capitales criminales, del profundo lazo entre economía ilegal y economía legal y del nivel de penetración de las actividades criminales en el tejido económico y social de los países de capitalismo avanzado.

La globalización de la economía y los procesos de financiación de los mercados conllevan una rápida transformación de las organizaciones criminales y de las actividades ilícitas.

Las políticas libre cambistas, con la caída de toda clase de vínculos y de control sobre los movimientos y sobre las formas de acumulación de los capitales, favorecen esta nueva frontera de la mafia.

Yo creo que, debido al carácter estructural que la presencia de las organizaciones criminales está asumiendo en Europa y en todas las sociedades de capitalismo avanzado y también por la relación entre estas economías criminales y los países del Tercer Mundo y de América Latina, es necesario afrontar este tema en toda su radicalidad social y no solo como problema de seguridad.

Según los datos suministrados por el Fondo Monetario Internacional, las organizaciones criminales registran cada año una facturación entre el 3,5 y el 5% del PIB mundial y las ganancias del tráfico de la droga representan el 8% del comercio global: más que el total del comercio mundial del hierro o del acero.

En Europa esta cifra se duplica, si se tiene en cuenta el conjunto de los países de la Unión Europea y de la ex URSS. Prácticamente es la suma de las facturaciones de las primeras cinco empresas europeas: Royal-Shell, Daimler-Benz, Siemens, Volkswagen, Eni. Si se considera que Europa consume más del

40% de la heroína y más del 30% de la cocaína producida en el mundo, se puede tener la dimensión real del problema, aún sin hablar de las otras actividades criminales.

En este contexto, por tanto, se observan dos problemas: la actualización del análisis de la realidad actual y la propuesta de una nueva frontera, supranacional, del derecho.

Desde este punto de vista el *caso italiano* puede ser útil para la comprensión del fenómeno. En Italia ya hablamos de **mafias**, en plural, para distinguir las cuatro principales organizaciones: “Cosa nostra” en Sicilia, la “Ndrangheta” en Calabria, la “Camorra” en Nápoles y la “Sacra corona unita” en Pulla, región fronteriza con Albania y los países de la ex Yugoslavia. Naturalmente que, por su historia y sus relaciones internacionales, Cosa nostra continúa teniendo un papel preponderante.

¿Cuál es la diferencia entre una organización criminal normal y una organización mafiosa? Ante todo el doble objetivo: asumir el control total de un territorio y sustituir la autoridad legal del Estado con la propia autoridad y la propia capacidad de mediación social. Esto ocurre con la penetración en la política y en las instituciones y, sobre todo, con el ejercicio (quitando por tanto la “teórica” exclusividad al Estado) de la violencia.

Cuando se habla de *control del territorio* se hace referencia al control de las actividades económicas, del comercio, de las obras públicas, de los bancos, del mercado del trabajo y, como consecuencia, de un fuerte acondicionamiento de la estructura económico-social.

En áreas enteras del Sur de Italia la autoridad de la mafia y su nivel de penetración es superior o por lo menos igual que el del Estado. Piénsese que en Italia 96 administraciones y consejos municipales fueron disueltos por el Estado por ser condicionados por la mafia.

Obviamente, el principal instrumento que la mafia tiene para imponer la fuerza y tutelar su organización es el vínculo de la *ley del silencio*. Esto hizo que el mundo de la mafia fuera impenetrable y desconocida su estructura, hasta que el Estado -con apropiada organización de recompensas- no estimuló el fenómeno de la colaboración de ex mafiosos con la justicia (llamados arrepentidos).

En Italia, según los datos del Ministro del Interior, la mafia dispondría de aproximadamente 30 mil “soldados” distribuidos en todo el territorio nacional, por tanto es comprensible su gran capacidad de construcción del consenso social.

Es interesante comprender la estructura de la organización de la *Cosa nostra* porque es la que mejor

representa su radicación y su capacidad de control del territorio.

El *corazón* de la organización está constituido por la familia. Cada familia mafiosa controla un barrio, por ejemplo de Palermo. Varios barrios constituyen un "*mandamento*" y todos los "*mandamentos*" representan la provincia.

Hasta el "golpe" impuesto por los corleoneses de Totó Riina, los representantes de las familias elegían al jefe del "*mandamento*" y los jefes del "*mandamento*" constituían la dirección efectiva de la organización, aquella que la prensa y los medios de información de todo el mundo definen la *cúpula* de la mafia.

Al final de este proceso la *cúpula* elegía a su jefe.

Este mecanismo, que se podría definir "democrático", fue interrumpido por una guerra mafiosa que entre principios de los ochenta y principios de los noventa produjo aproximadamente dos mil muertos, llevando al control total, "*manu militare*", a los corleoneses.

Es también de utilidad conocer la evolución de esta organización, sus relaciones de clase y sus nexos con el poder, para comprender cómo ahora la mafia y los capitales criminales no representan un factor de retraso y subdesarrollo, residuo de una sociedad arcaica, mas un factor orgánico de los procesos de modernización y acumulación del actual modelo de desarrollo capitalista de Italia y de Europa.

En un primer plano, después del desembarque de los americanos en Sicilia, al servicio de los cuales los capos mafiosos desarrollaron su actividad, la mafia ante todo estaba ligada al campo, funcional al bloqueo agrario y feudal que contrarrestaba el movimiento democrático de masa en la lucha por la reforma agraria y el final de las organizaciones feudales. Son los años -entre 1947 y 1955- en los cuales son asesinados centenares de sindicalistas y dirigentes socialistas y comunistas.

En los años sesenta, con el proceso de urbanización de las ciudades y de las áreas metropolitanas y la consiguiente desocupación de los campos, la mafia consolida el pacto con el poder político, transformándose, como decimos en Italia, en mafia del cemento y del control de la construcción.

En estos años los clanes acumulan riqueza y se preparan para el salto de calidad de los años setenta, cuando invierten en gran masa los capitales en la droga y en el narcotráfico.

La droga y la gran riqueza que produce amplía el consentimiento social: en el Sur no hay trabajo, pero la mafia da trabajo; al Sur llegan los dineros del Estado para la construcción de grandes obras públicas y la mafia organiza todas las actividades empresariales para la construcción y el manejo de estas obras.

Los flujos de dinero público que llega a Sicilia, a Calabria, a Nápoles (para la reconstrucción del terremoto de 1980) son la base del acuerdo entre mafia y política.

De esta manera la mafia garantiza el control social, la mediación de interés y el consenso electoral.

Baste pensar que fueron indagados y procesados por la magistratura un presidente del consejo, cuatro ministros, una decena de parlamentarios, un subjefe de los servicios secretos, muchos empresarios, acusados de pertenecer a la mafia.

Tal poder de acondicionamiento de la política y de las instituciones no habría sido posible sin la fuerza económica, empresarial y financiera de estas organizaciones.

En Italia la facturación de las organizaciones criminales en 1998 era de más de 150 mil millones de liras, la segunda empresa italiana después de la FIAT automóviles. De éstos, aproximadamente 70 mil proceden del tráfico de drogas, el resto de otras actividades: comercio de armas, ecomafias, manejo de desechos tóxicos, prostitución, contrabando, racket y usura. Es por este motivo que la mafia no puede ser solo un problema de orden público: cuando anualmente 150 mil millones de riqueza ilegal penetran la economía legal es claro que esta última al ser condicionada, ella misma se convierte en una economía con un fuerte porcentaje de presencia criminal.

Pensar que en las llamadas sociedades avanzadas, la simple represión pueda derrotar a la mafia es tan ilusorio como hipócrita.

Para manejar grandes masas de capital son necesarios expertos en economía, agentes de bolsa, gerentes de banco, directores y empresarios.

Para solicitar a un alcalde el cambio de un plano de urbanización, se necesitan ingenieros, urbanizadores, arquitectos. Para formar a estas personas y construir esta cultura de la empresa mafiosa, es necesaria la disponibilidad de sectores del mundo académico y universitario. Todo esto constituye un *sistema de poder político mafioso*: estas figuras profesionales y estos sujetos económicos constituyen lo que nosotros llamamos la *burguesía mafiosa*.

Nos es solo un concepto nuestro, así comienzan a definirla también jueces y magistrados comprometidos en la acción de represión del crimen organizado.

Es esta *burguesía mafiosa*, esta cabeza intelectual, que hoy está volviendo a colocar a la mafia en el mercado global afrontando los intereses del nuevo capitalismo.

Por otra parte, el artículo 416 bis de nuestro Código Penal, define una organización mafiosa como *“una organización que mediante la fuerza intimidadora de la violencia dirige su propia actividad al logro del máximo provecho”*. Prácticamente la exasperación de la naturaleza criminal del capitalismo.

Actualmente, si un mafioso quiere trasladar 10 mil millones de Palermo a Santo Domingo o a Luxemburgo o a Bogotá, lo puede hacer vía Internet sin control alguno.

Estos capitales producen nueva riqueza, aparentemente limpia, pero capaz de condicionar la economía tanto de los países de origen como la de aquellos de destino.

Desde este punto de vista la globalización de los mercados es también la globalización de los mercados criminales, más bien, los capitales criminales representan uno de los componentes orgánicos de esta fase del desarrollo del capitalismo.

Estos capitales crean un mercado paralelo y un modelo social integrado a escala mundial.

El narcotráfico es el adherente de este mercado y de este sistema, sea por su capacidad de producir riqueza, sea por la demanda de droga procedente de las sociedades avanzadas.

Son sociedades que producen enajenación, pérdida de valores, individualismo y búsqueda de *paraísos artificiales* mediante la droga, como escape de la crisis de identidad individual y colectiva.

Son sociedades que debido también al efecto de las políticas liberales, amplían las franjas de exclusión social, las zonas de pobreza y de marginación en las grandes metrópolis opulentas, empujando a miles de jóvenes sin perspectiva de vida y sin futuro hacia el túnel de la drogadicción.

Piénsese solamente en lo que es la cárcel en Italia: la población carcelaria está constituida en un 30% por drogados, de los cuales más del 40% están enfermos de Sida, el resto está representado en gran parte por ciudadanos emigrados. En resumidas cuentas, la cárcel es el espejo del sufrimiento social de las franjas más pobres de la población, más que un lugar de castigo y de reeducación de pequeños y grandes criminales. Por esto es útil afirmar una posición antiprohibicionista respecto a las drogas. Ante todo para romper el ciclo del narcotráfico y de los mercados criminales y además para sustraer a las organizaciones mafiosas el poder de condicionamiento social y colusión con la política y sectores de organismos del Estado. Además, está comprobado que la línea de la represión, que también es necesaria, por sí sola no produce ningún resultado, representa solamente la hipocresía de un sistema que reprime a los consumidores y tutela los grandes capitales que provienen del narcotráfico.

Nos es por casualidad que todas las políticas de los gobiernos europeos y las mismas directivas dadas por la ONU en esta materia no hayan dado algún resultado, más que aquél de poner al desnudo la “doble faz” impuesta por los Estados Unidos a las políticas contra la criminalidad: protección de gobiernos y estados criminales fieles a la Nato (Turquia y otros); tutela de los países que ya se han convertido en verdaderos paraísos fiscales, zonas francas para el tráfico y el lavado de los capitales mafiosos y brazo duro contra países o realidades políticas no homologadas para los intereses americanos.

El Plan Colombia y la fumigación son la prueba fehaciente de esta hipocresía y de esta lógica. Una lógica aún más inaceptable mientras que, en nombre del mercado global y de las políticas liberales, las mafias son legitimadas como sujetos económicos del nuevo modernismo.

Es por esto que nosotros en Italia ya no hablamos solamente de la peligrosidad social de los sujetos mafiosos sino de peligrosidad social de los patrimonios y de los capitales de la mafia.

Es justo ahí donde se debe golpear: los capitales, los patrimonios, la riqueza.

En Italia un mafioso en la cárcel continúa siendo un mafioso poderoso: puede dirigir sus negocios, disponer de la vida o de la muerte de otras personas.

Pero un mafioso al cual se le confiscan los capitales y las riquezas es un mafioso golpeado también simbólicamente en su función “social”.

En fin, la mafia es siempre una empresa capitalista, con un fuerte factor sumatorio: la fuerza intimidadora de la violencia. Pero su esencia es y será la de ser una empresa criminal finalizada a la acumulación de riqueza.

Es por esto que nos batimos – y sobre nuestra propuesta el parlamento aprobó una ley en propósito – para devolver las riquezas de los mafiosos a la colectividad, revertiéndola en actividades sociales. Por ejemplo: si un gran edificio de un capo mafioso es confiscado y asignado a una comunidad para la recuperación de jóvenes drogadictos, también simbólicamente se ha efectuado un nexo entre el producto de una actividad ilícita, - el tráfico de drogas – y su negación, hasta la recuperación de ese bien ilícito a destinar para la rehabilitación del daño social producido por esa actividad.

En conclusión, es necesario romper el círculo vicioso entre actividad legal y actividad ilegal, ante todo rompiendo los mecanismos de lavado del dinero sucio. Solo así se pueden frenar las nuevas actividades mafiosas a escala mundial que ya se flanquean con el narcotráfico. Pienso al comercio de armas

sofisticadas y de material nuclear en “saldo” después de fines del Pacto de Varsovia (actividad prioritaria de las nuevas mafias del Este); al tráfico de órganos humanos en conexión a las nuevas fronteras de la medicina y de los transplantes: el más innoble de los tráfico, que une directamente la demanda de órganos humanos que se origina en los países llamados civilizados y avanzados al bajo valor de la vida de los países del Tercer Mundo y de América Latina; el tráfico de desechos tóxicos y contaminantes producidos en países Europeos y descargados en países africanos y asiáticos. Obviamente, estas actividades sirven a procesos de acumulación que no sustituyen pero sí refuerzan al narcotráfico. Todo esto llama a juicio a las instituciones financieras, no solo a los bancos. La sociedad off-shore, los paraísos fiscales siempre más numerosos en todo el mundo. En fin, estamos ante una nueva frontera criminal del nuevo capitalismo globalizado, del cual el narcotráfico es solo uno de sus aspectos.

¿Este nivel de interdependencia entre las diversas organizaciones criminales se puede combatir sin una nueva dimensión supranacional del derecho y de las políticas de la justicia? Yo creo que no. Al contrario, las legislaciones individuales de los países a menudo se hallan en conflicto entre sí y como obstáculo a las necesarias acciones de investigación supranacional. Es por esto que sería necesario, junto con la afirmación de una real voluntad política de lucha contra el crimen organizado, un mínimo derecho internacional de lucha contra el narcotráfico y al lavado de dinero.

Reflexionando sobre estos temas, más que concluir este discurso quisiera formular una pregunta: “¿Si los capitales criminales contribuyen al desarrollo de la globalización, para combatir las mafias, puede el capitalismo dudar de la profunda esencia de su naturaleza?”. Es una pregunta dura y la nuestra es una lucha difícil. No está dicho que se logre vencer pero tampoco está dicho que solo se deba perder. Nosotros tenemos el deber de insistir y, para hacerlo, tenemos la necesidad de un largo y paciente trabajo, movidos siempre por aquellas dos palancas que nos indicaba uno de los más grandes pensadores marxistas de nuestra época, Antonio Gramsci: “el pesimismo de la razón es el optimismo de la voluntad”.

Francesco Forgione

Bogotá, 8 de noviembre de 2000

6

6 La agresión de la Otan y el nuevo intervencionismo

Isabel Monal*

* Profesora del Departamento de Filosofía, Universidad de La Habana, Cuba

A tres años de distancia de los bombardeos de la Organización del Tratado del Atlántico Norte, Otan, a Yugoslavia y Kosovo resulta no sólo sano sino hasta cierto punto imprescindible que las izquierdas, y los marxistas en particular, continuemos e insistamos en el análisis y comprensión del verdadero significado de la agresión no autorizada de la Otan, porque este hecho, contrariamente a lo que algunos puedan imaginar, no constituye el fin de un proceso sino que inaugura un acontecimiento (junto con la Guerra del Golfo y la intervención en Somalia) que sienta las bases y abre una nueva época y estilo de agresiones hegemónicas imperialistas. Las fuerzas de izquierda y progresistas del mundo no pueden ignorar todas las graves implicaciones del hecho que se proyecta claramente como una línea estratégica del imperio, al menos para el futuro inmediato y también con proyecciones estratégicas de más largo alcance. Y todo ello obviamente nos obliga a tener en cuenta el verdadero significado de la nueva línea establecida, y que la táctica y la estrategia de lucha revolucionaria no puede ignorar. Es, pues, imprescindible mantener vivos nuestros análisis como uno de los elementos para comprender que, si bien la agresión y la intervención militar es un hecho de larga historia y consustancial al imperialismo mismo, nos enfrentamos ahora a un fenómeno que presenta a su vez nuevos e inéditos rasgos y circunstancias. Y no sólo las fuerzas de izquierda están llamadas en esta cruzada, sino que los estados más pequeños y débiles deben con razón inquietarse del peligro y nefasto augurio que este precedente agresivo de la Otan acaba de instaurar con arrogancia y, sobre todo, con absoluta impunidad.

Precisamente porque no tenemos derecho a la ingenuidad ni a la ignorancia, el verdadero significado de las manipulaciones políticas y mediáticas de la Otan y de su agresión despiertan un justificado temor sobre las perspectivas futuras que la decisión de la Otan de actuar por fuera del marco de las Naciones Unidas concita. Lo que ha ocurrido, unido a los antecedentes de Irak y Somalia (este último aunque fracasó no dejó, sin embargo, de ser un intento dentro de la misma estrategia) abre una nueva etapa del proceso (neocolonial) imperialista –nunca realmente detenido– en las nuevas condiciones del desplome de la URSS y de la mundialización capitalista neoliberal. El nuevo mundo unipolar, con su único y autoproclamado gendarme internacional, avanza, cada vez con menos trabas, en la expansión e incremento de su control y poder, arrastrando tras de sí a sus aliados europeos.

Existe, claro está, una relación entre las nuevas configuraciones intervencionistas y los cambios que se han producido en el imperialismo. Los especialistas se refieren a esta última situación con una terminología diversa,

ya sea “nuevo imperialismo” (Ellen Meiksins Wood)¹ o nueva fase del imperialismo (Jonhnhstone)², pero lo fundamental, para el tema que nos ocupa, es el reconocimiento de que algún cambio significativo se ha producido que hace que el imperialismo, sin que haya modificado su naturaleza esencial, haya sufrido algunos cambios cualitativos importantes con la internacionalización del capital y las formas múltiples de mundialización de ese capital que le acompañan, y con las cuales se imbrican de manera más o menos estrecha.

Ya no se trata para el imperialismo de un control militar o colonial directo sino, sobre todo, del control y manipulación de los mercados; el interés no se orienta a controlar directamente territorios particulares o específicos sino a controlar la economía mundial y los mercados globales. Necesita, más que nunca, liberarse de las trabas que le impiden ejercer sus designios sin fronteras y a escala planetaria. El uso de la fuerza sigue siendo tan central como antes, pero, en las nuevas circunstancias, ello demanda mayor flexibilidad y que se puedan llevar a cabo lo más rápidamente posible y sin impedimentos por parte de las formas complementarias de la globalización económica (esto es, la internacionalización del capital), las cuales la promueven y sostienen, y sin las cuales esta mundialización económica no puede continuar su ampliación y crecimiento. Las mundializaciones múltiples incluyen las figuras políticas, esenciales a todo el proceso. Y para el caso de la expansión y reforzamiento imperialista resultan necesarias, se entiende, por las exigencias de la propia naturaleza del capitalismo y el imperialismo a expandirse internacionalmente.

La intervención militar en Kosovo buscaba y logró diversos objetivos, como es apenas evidente. Pero hay que destacar entre estos objetivos, por su significado estratégico más amplio y de largo alcance, aquéllos que derivan en el afianzamiento de la hegemonía de los Estados Unidos y de sus intereses, y en el diseño de convertir una institución militar como la Otan en un instrumento de la política imperial en las nuevas circunstancias, donde, además, siguiendo una línea ya ensayada, aparece actuando de conjunto con otros países y no solo. Es decir, se reclama el derecho de esta organización (alianza) militar a intervenir en prácticamente cualquier latitud del planeta, internacionalizando con ello el derecho a la intervención sin necesidad de someterse a la previa aprobación o aval de las Naciones Unidas, o más específicamente de su Consejo de Seguridad. Éstas, dicho sea de paso, debían quedar marginadas porque, a diferencia del inicio de la Guerra del Golfo, se habían convertido en un obstáculo para el diseño intervencionista que busca implantar el nuevo orden internacional del nuevo imperialismo.

Se trataba, asimismo, de instaurar a la Otan como agente privilegiado del nuevo intervencionismo y de erigirla en gendarme internacional, esto es, el derecho que se arrogan los miembros de la Otan de utilizarla según

los intereses predominantes de los Estados Unidos y sus aliados. La crítica y el rechazo de esta autoproclamada misión y la búsqueda de la conformación de un orden internacional multipolar no debe, sin embargo, concitar confusiones ni tergiversaciones. No se trata en lo absoluto de agregar al actual gendarme otro más (aunque éste sea de menor categoría, tal y como serían los europeos), como algún dirigente político de la izquierda francesa dio a entender durante los ataques de la Otan; la cuestión no es evitar que haya un solo gendarme, sino, precisamente, que no haya ninguno. Y menos aún que los gendarmes actúen en contubernio. El equilibrio que se necesita, y que incluye obviamente a Europa, no es el de convertir a Europa en otro gendarme. No es cuestión de amenazar y avasallar con un segundo gendarme. El mundo justo de que tan necesitado está el planeta no puede ser instaurado sobre la base de las imposiciones y agresiones de los más fuertes sobre los pobres y los débiles. Porque de eso se trata: de erigir en derecho el que ciertos poderosos, cuando convenga a sus intereses, puedan ejercer la función de gendarme. Ningún nuevo derecho internacional intervencionista podrá ser implantado en lugar del “viejo” –y supuestamente obsoleto–, sobre la base de la ignorancia y el avasallamiento del derecho de los pueblos, y en primer lugar del derecho a la autodeterminación. Pero todo intervencionismo busca legitimarse, y el de nuevo tipo no es una excepción. Además, la necesita para convencer a la opinión pública de los propios países intervencionistas.

La legitimización de la colonización, intervención y avasallamiento tiene añejos antecedentes y raíces. Para la estudiosa de la historia de las ideas que soy, es bien conocido el tipo de argumentos que pretendidamente sustenta el propugnado “derecho a la intervención”. El colonialismo moderno desde el siglo XVI desarrolló un amplio y enjundioso conjunto de fundamentos a la acción colonialista convenientemente estructurados en torno a un arsenal de valores positivos como el “progreso” y la “civilización”. Desde entonces el derecho de conquista y colonización ha estado casi siempre sustentado en las supuestas deficiencias e inferioridades de los avasallados y en la búsqueda de objetivos nobles y de progreso por parte de los victimarios. A lo largo del siglo XX las intervenciones del imperio en América Latina estaban avaladas por la supuesta lucha en favor de la libertad, y se fraguó la fórmula mágica mediante la cual en nombre de la libertad se liquidaba la democracia y se impedía la justicia. Por supuesto, las sangrientas tiranías promovidas o

¹ Véase *Maîtres du monde? Ou les dessous de la guerre des Balkans. Les Temps des Creises*, Pantin, 1999.

² *Ibid.*

apoyadas por los Estados Unidos en América Latina siempre actuaban en nombre de esos valores legitimadores del imperio.

Ahora, la nueva doctrina intervencionista moderniza y actualiza los argumentos. La democracia, los derechos humanos, las razones humanitarias, etc., vienen a llenar las nuevas exigencias movilizadoras y de legitimización. Algunos no se esconden para reclamar el derecho de imponer los valores de Occidente: ambigua y peligrosa arma de dominio que tiene, no obstante, el mérito de en dejar claro que el derecho de imponer valores sólo le corresponde a un continente y a una cultura. Para los que pertenecemos a ese otro mundo de los pequeños, pobres y subdesarrollados, el que estas ideas y otras similares puedan expresarse con entera tranquilidad sin que –salvo excepciones– susciten escándalo es un índice más, entre otros muchos, de cómo las mentalidades están siendo manipuladas en favor de las (nuevas y viejas) ideologías imperialistas y neocolonialistas.

Pero la argumentación legitimadora del nuevo tipo de intervencionismo ha desembocado en una situación hasta cierto punto inédita y muy peligrosa en diversos sentidos. Los paladines del derecho a la intervención y la soberanía limitada han fundado en Kosovo la llamada “guerra ética” en su cruzada hegemónica planetaria. Un moralismo universalizado y abstracto adornece las almas nobles puesto que realizan “guerras justas” de intervención imperial. Jospin dijo que “era un combate por la civilización”, y Blair, el máximo sacerdote de la “guerra ética” nos quiere convencer de que “el Bien ha triunfado sobre el Mal, la justicia sobre la barbarie y (que) los valores de la civilización (también) han triunfado”. Estamos, pues, ante una legitimidad que se pretende de acero, de un orden superior (superior a la política), sustentado por un casi imperativo ético kantiano que moviliza y tranquiliza al “alma bella” de la que nos prevenía Hegel. Es una cruzada del Bien al servicio de la mundialización neoliberal y su necesidad concomitante de ejercer la hegemonía planetaria. Se buscó, y se logró en gran medida, diluir y hacer desvanecer la política en la moral secular. Y con ello, de paso, se entronizaba una versión moralista y moralizante de las relaciones internacionales. Sin duda, el nuevo orden imperialista necesitaba para el logro de sus designios este desvanecimiento de la política en favor del moralismo universalista. Havel, por su parte, la llamó “guerra humanitaria”: la hipócrita “alma bella” sigue guiando los pasos del desastre de la historia real. Y puesto que los fundamentos universalistas todo lo justifican, la “guerra justa y humanitaria” de un “eticismo sin apelación” se hermana de manera natural –tanto en la práctica como conceptual y teóricamente– con el intervencionismo sin fronteras del “humanitarismo (imperialista) sin fronteras”.

Y la nueva estrategia de la Otan está encaminada a servir de instrumento privilegiado de implantación de este nuevo intervencionismo sin fronteras y

sin limitaciones. Es necesario develar otra diferencia de la mayor importancia entre este intervencionismo y el que hemos sufrido a lo largo del siglo XX. Hasta ahora se legitimaba la *violación* por parte de los poderosos de los principios del derecho a la autodeterminación de los pueblos, la soberanía y la igualdad entre los estados; lo que ahora se busca y se trata de implantar es legitimar la *liquidación* oficial (por obsoleta) y a nivel planetario de esos principios, y legitimar de manera permanente y no puntual (como en el caso de la violación) el derecho a la acción intervencionista imperial por parte de un puñado de estados poderosos encargados de ser los guardianes y de ejecutar designios superiores.

Por el momento parecen ser tres los ejes propuestos del nuevo derecho a la intervención ilimitada y sin fronteras: las llamadas intervenciones humanitarias, las amenazas globales (droga, terrorismo, posesión de armas de destrucción masiva, violaciones masivas de los derechos humanos) y la antes mencionada defensa de los valores occidentales. Todo esto, claro está, presentado fuera de la política y bien anclado en los principios morales del alma bella.

Tan fuerte es el nuevo diseño que algunos (representantes oficiales de estados poderosos) y otros lo han proclamado abiertamente en las Naciones Unidas y han demandado la liquidación, por anacrónica, de la actual Carta en vigor.

Tristemente iluminadora ha sido también la cumbre de Europa y América Latina que se reunió después de los bombardeos de la Otan a Kosovo. En ella, de manera constante y unánime se estuvo oponiendo Europa a que se incluyeran en la declaración final unas líneas que reafirmaban precisamente los principios de autodeterminación, soberanía e igualdad entre los estados así como la Carta de las Naciones Unidas. Fue necesaria la firme resistencia de Latinoamérica (en particular de algunos países como Cuba) para que los europeos finalmente accedieran.

Claro que no se ignora que el largo proceso de pérdidas fragmentadas y continuas de soberanía de los estados-naciones ya está en marcha, pero ese movimiento, impulsado por las realidades económicas y políticas, y voluntario, al tenor del ritmo de la propia evolución histórica, no es el de la imposición imperial y neocolonial. En el caso de esta cumbre obviamente los europeos no querían atarse las manos en un compromiso que al parecer no sólo a Estados Unidos incomoda.

Una pregunta esencial no puede dejar de plantearse: después de Yugoslavia, ¿quién será la próxima víctima? La historia nunca perdonaría a las fuerzas de la independencia y a los revolucionarios latinoamericanos si no viéramos con claridad que un gran peligro acecha a Colombia con la puesta en marcha del llamado Plan Colombia.

La historia también enseña hasta la saciedad que los designios del imperialismo logran imponerse en la medida en que las fuerzas revolucionarias y de oposición al mismo son débiles o no logran estructurar una adecuada resistencia y estrategia de lucha. Podemos actuar, y es nuestro deber actuar. El nuevo diseño imperial sólo podrá implantarse plenamente si no se lucha asimismo a nivel planetario, y si no se saben aprovechar las contradicciones reales que el propio sistema lleva en su seno para desencadenar con inteligencia y energía la lucha de los pueblos por su plena emancipación.

7

7 Economicismo y guerras periféricas. Estrategias globales y sujetos en pugna

Jaime Caycedo Turriago*

Profesor de la Facultad de Ciencias Humanas,
Universidad Nacional de Colombia.

Una de las facetas más marcadas de la actual globalización es aquella que intenta sustentar su dinámica en un fatalismo económico sin alternativas viables, un modelo económico único que conjuga la aplicación ineludible de las políticas económicas inspiradas en dogmas ultraliberales más o menos ortodoxos, con la probabilidad de canalizar recursos de inversión provenientes de los organismos financieros multilaterales del capital transnacional, en el marco de los megaproyectos contemplados en los estudios de largo plazo del Banco Mundial.

Ese modelo global, con capacidad de universalizarse y alcanzar una cobertura planetaria, parece encontrar obstáculos reales a lo largo de la historia reciente. Pese a la fuerza de los sucesos pertinentes que han sido concomitantes con su expansión –la caída del socialismo temprano y el largo período de auge de la economía en los Estados Unidos–, su implantación no ha resultado automática. El modelo arrastra una pesada cola de consecuencias sociales y políticas, vinculadas a las reestructuraciones económicas forzadas desde los centros del capitalismo mundial, particularmente en los países periféricos.

Dicho en otros términos: el fin de la historia conlleva algo más que la superación de los obstáculos culturales, étnico-nacionales, religiosos y de la creciente desigualdad social global. Implica confrontar contradicciones profundas en el sistema mismo, es decir, manifestaciones claras de su crisis en distintos niveles de su estructura y resistencias cada vez mayores no sólo en las periferias sino en los centros, que postulan elementos de cambios alternativos, no neoliberales y anticapitalistas.

En estas condiciones, los prospectos estratégicos de los centros pensantes del capitalismo para el siglo XXI se han visto obligados a tomar en cuenta la complejidad de las contradicciones y la diversidad de intereses que chocan con la hegemonía central. Pasó la euforia simplista del fin de la historia. La tarea no es fácil: aclimatar la utopía de una sociedad ultraliberal, basada en el formalismo de una democracia dosificada bajo control tecnológico e informático del gran capital mundial, adaptada a cada región e incluso a cada país, en un marco general de hegemonismo económico y político militar de los EE.UU., con el respaldo del G-7 y el sistema de las Naciones Unidas. El abordaje realista de esta faena exige tomar en cuenta otras consideraciones, algunas de ellas, naturalmente, también del orden coactivo.

Reflexiones sobre el orden

Los hombres hacen la historia pero no en las condiciones elegidas por ellos, dice Marx. Para él, la revolución social exige una intervención humana

consciente en la historia. No sólo los poderosos intentan moldear la vida a su manera, al ritmo de “determinados intereses y relaciones de clase”. También los oprimidos aprendieron a intentarlo, a ensayarlo, a prever e intervenir para tratar de modelar el presente y el porvenir. El socialismo histórico y los movimientos revolucionarios antisistémicos han sido, pese a sus reveses transitorios, activos participantes de esta función subjetiva. La tendencia general indica que el conocimiento y la información intervienen cada vez más, tanto en la formación de las ideas por una nueva sociedad solidaria y justa como en las orientaciones que guían los factores dominantes para eternizar las relaciones de explotación y exclusión existentes.

Desaparecido el campo socialista y habiendo entrado en crisis algunas de sus experiencias más significativas, han vuelto a tomar importancia las reflexiones y los debates sobre el sujeto anticapitalista en las condiciones de un mundo sin aliados estratégicos y globalizado bajo una dirección ultraliberal, que se conjuga con la pretensión de una hegemonía política y tecno-militar. Ese sujeto está en proceso de conformarse y no será el resultado de un movimiento automático ni inmediatista. Por eso la reflexión y los debates son válidos. Más que nunca, desde la creación de la Primera Internacional, en la segunda mitad del siglo XIX, se requiere la identidad, el reconocimiento, el intercambio y la coordinación de un nuevo movimiento alternativo o de diversos movimientos alternativos populares enfrentados al neoliberalismo.

Dicho lo anterior, aquí trataremos de otro sujeto: el factor contrario en la lucha sociopolítica de clases a escala global. Ese sujeto ha existido de siempre, desde luego, en la estructura de la dominación mundial. Se trata ahora del estado mayor del gran capital financiero, de las empresas transnacionales, ETN, del poder político y tecnológico militar dominante que se esfuerza por asumir de manera estable el diseño y la dirección del sistema mundial tras la desaparición de la Unión Soviética. No podríamos, en el presente, subestimar la enorme acumulación de información y de medios científicos y técnicos que pone en obra en la lucha por mantener su dominación y adaptarla a las nuevas circunstancias que, como quedó indicado anteriormente, no son las del triunfalismo ramplón sino las de la compleja gobernabilidad planetaria que intenta dirigir frente a la amenaza del caos. Tal es el empeño esencial de los dirigentes de Estados Unidos en la actualidad.

De ese sujeto “perverso” queremos hablar porque nos interesa entender su filosofía y sus propósitos concretos. Porque, además, representa el poder y pone en juego todos sus recursos en una coyuntura mundial de transición que necesita domeñar si quiere permanecer.

Nos interesa ver la forma como relaciona el enfoque de su modelo económico, social, político y cultural, que advertimos como un modelo integral

(utópico si se quiere, pero de un utopismo estratégico), con las soluciones que prevé a los problemas que estorban la estabilidad. Más concretamente, cómo integra al despliegue de su proyecto la dimensión del control de la violencia antisistémica y cómo trata de crear una concepción de “violencia global legítima” para imponer un orden mundial. Una fuente muy importante de información está representada por los estudios y documentos que el Banco Mundial (BM), el Banco Interamericano de Desarrollo (BID), el Banco Interamericano de Reconstrucción y Fomento (BIRF), la Organización de las Naciones Unidas (ONU) y otros organismos multilaterales producen para sustentar sus políticas en diferentes campos. Especialmente el Banco Mundial, condensa el hilo principal de estos estudios y los debates que ellos inducen.

Sostengo que el enfoque de esa visión integral es economicista y que, en realidad, la utopía de una sociedad ultraliberal, concebida y planeada desde el centro hacia la periferia, implica incorporar un componente de intervencionismo político-militar al modelo económico y social. La relación entre el economicismo teórico y la práctica política de la dominación global exige una teorización integral, que incluye argumentaciones con pretensiones totalizantes, visiones integrales que permiten sustentar estrategias globalistas. La actual política de los Estados Unidos hacia América Latina y, en particular, hacia Colombia, ejemplifica estos propósitos, por lo que toda resistencia y todo proyecto alternativo debe tomar en cuenta los cambios y las características del proyecto global que incuba el núcleo dominante del Estado norteamericano en esta fase.

Me propongo la comprensión de este fenómeno como un problema real en las condiciones de la actual globalización. La teoría del BM y su vínculo con las estrategias de los EE.UU. y el G-8. La relación de estas estrategias con los planes operativos del tipo Plan Colombia-ALCA. Echemos una mirada más próxima sobre el problema.

El problema

En los debates sostenidos por los estrategas de la mundialización y conocidos recientemente, salta a la vista la percepción de que ésta, lejos de ser un paraíso aceptado por todos ante la “ausencia de alternativas”, conlleva conflicto y genera peligrosos riesgos de “desviación” y amenaza a la dominación global. La canalización de recursos se orienta en función de la apertura de garantías ilimitadas a la inversión extranjera directa (IED), por una parte, y, por otra, a la creación de las condiciones de sustentabilidad y reproducción del orden sistémico. El lado social de las preocupaciones del BM obedecería a una exigencia asociada a la concreción y reproducción del orden propuesto:

la necesidad de agregar una constricción político-militar, dentro o fuera de los marcos legales del derecho internacional y la ONU, con ingredientes dosificados y costeables de tecnología militar, más inversión social dirigida con sentido paliativo tendiente a desactivar o neutralizar la inconformidad de masas y a reemplazar el tejido social, inexistente, destruido o lacerado por un vademécum de ONG instrumentales al proyecto globalizador.

Esa constricción resulta especialmente complicada en relación con el reacomodamiento hegemónico post-bipolar, económico, político y militar que lideran los Estados Unidos en un contexto geopolítico que incluye conflictos y guerras en la periferia del sistema mundial. La idea de establecer un “orden” acorde con esa hegemonía implica acompasar el uso de la fuerza con justificaciones legitimantes que minimicen el carácter arbitrario e imperialista del proceso en curso. Algunas de ellas apuntan a reafirmar la racionalidad indisputable del modelo de desarrollo ultraliberal predominante y las formas de hacer entrar en la horma a aquellas regiones y países “desviados” o en trance de desviarse del camino elegido por los dominadores mundiales.

Los cambios en el sistema mundo implican conjugar una relación dualista, compuesta por dos fenómenos correlativos que son, además, los principales factores de cambio: la globalización y la localización. El despliegue del primero a nivel mundial provoca desajustes muy fuertes que afectan el empleo, las relaciones laborales, la seguridad social e intensifican la situación marginal de capas crecientes de la población, a partir de la desregulación estatal y las privatizaciones. Simultáneamente, los estados deben hacer frente a nuevas exigencias de las comunidades locales lo que conlleva una desconcentración de responsabilidades y una descentralización de las obligaciones contributivas fiscales que se “democratizan”, es decir, que se hacen extensivas a nuevas categorías de población en los niveles más bajos. La llamada “subsidiaridad” en las decisiones que asume lo local, esto es, la capacidad de resolver sus problemas en forma autónoma, se contrarresta con la exoneración al Estado central de sus compromisos con las transferencias presupuestales a las regiones. A su vez, el argumento autonomista se neutraliza con la mayor incidencia de la deuda (interna y externa) sobre las regiones, y la desregulación en materia de IED que sitúa estos espacios territoriales y sus recursos naturales, ambientales y bióticos en relaciones de dependencia de los aparatos financieros y de los monopolios transnacionales vinculados al centro (o los centros) global (es). Es, pues, una falsa localización, en la medida en que reduce y limita los alcances del Estado-Nación como canal de expresión de los intereses sociales mayoritarios y conecta de manera directa lo local con una nueva dependencia global.

Pero si a lo largo del tiempo más y más sociedades con culturas e historias diversas exhiben patrones similares de desarrollo a largo plazo, si hay una continua convergencia de los tipos de instituciones que gobiernan las sociedades más avanzadas, y si la homogenización de la humanidad prosigue como resultado del desarrollo económico, entonces la idea del relativismo parecerá mucho más extraña que hoy. (...) Más que mil capullos floreciendo en otras tantas plantas, la humanidad aparecerá como una larga caravana de carretas que avanza por el camino; unas carretas entrarán en la ciudad a toda marcha y limpias, en tanto que otras descansarán en el desierto o echarán raíces en el último paso entre las montañas. (...) Las carretas se parecen unas a otras, aunque las hayan pintado con colores diferentes y estén construidas con materiales diversos, pues todas tienen cuatro ruedas y las arrastran caballos, y todas llevan dentro una familia que reza para que el viaje llegue a buen fin. Las aparentes diferencias en la situación de las carretas no reflejan diferencias permanentes y necesarias entre las personas que van en ellas, sino que son simplemente un resultado de su distinta posición en el camino¹.

La idea de un mundo homogéneo es el fundamento de la utopía neoliberal. Supone, como queda expresado, que el proceso que allí conduce es automático. Asunto de tiempo. La larga caravana está en camino y tarde o temprano llegará a su destino.

Conceptualizar operativamente dicha utopía exige esfuerzos coordinados. Tal es la función de los denominados *think tanks*. Como dice María Luisa Parraguez Kobek, el término “se empezó a utilizar coloquialmente en la Segunda Guerra Mundial y se refería a los nuevos *centros o institutos de discusión, de investigación o de asesoría* que se multiplicaron a raíz de los grandes conflictos internacionales para llenar el vacío analítico entre la academia y los gobernantes. (...) Llenan un vacío intelectual entre las entidades académicas –que se ocupan de los aspectos teóricos y conceptuales de las relaciones internacionales– y las diferentes entidades dentro del gobierno –que se ocupan de los aspectos operativos de la política internacional”².

¹ Francis Fukayama, *El fin de la historia y el último hombre*, Bogotá, Editorial Planeta, 1992, p. 447.

² María Luisa Parraguez Kobek, “Los intelectuales corporativos y los *think tanks* del nuevo milenio”, en José Luis Orozco y Consuelo Dávila (compiladores), *Globalismo e inteligencia política*, Barcelona, Unam-Gedisa, 2001, pp. 164-165.

Los *think tanks* aluden a un aspecto de la subjetividad directiva de los procesos de dominación globales que implica una transformación del intelectual contemporáneo y la aparición de una industria del conocimiento especializado y corporativo a su servicio. Una multitud de estos mecanismos opera en coordinación con los aparatos de decisión del sistema y constituyen parte necesaria del sistema nervioso central del imperialismo.

Sin embargo, también para ellos la realidad es tozuda y complicada. Los obstáculos existen, aun cuando no son reconocidos como auténticas contradicciones sino, vistos desde una óptica funcionalista, como desarreglos que pueden ser corregidos, disfunciones que deben ser advertidas a tiempo, impedir que se ahonden y conduzcan a daños irreparables. ¿Cómo caracterizar tales obstáculos en el panorama del sistema mundo actual?

La ética se ubica en un plano de juzgamiento y de definiciones ligadas al poder global. La noción de "legitimidad moral" predomina en los enfoques neoconservadores que intentan fijar los contornos del desorden en el sistema mundial. ¿Quién dirime tal legitimidad? Cada vez es más evidente que tal es el papel de las conocidas "certificaciones" que otorgan las *calificadoras de riesgos* en el campo económico y financiero, y los Estados Unidos en el campo político. Los estados que caen bajo el estigma de ser sus enemigos políticos tienen pocas posibilidades de ser considerados aceptables por la denominada comunidad internacional.

Los criterios que definen lo bueno o lo malo desde el punto de vista de la "ética" imperial, pueden variar. En el caso de los países periféricos afectados por conflictos internos, es decir, por procesos insurgentes de cierta escala las causas de dicha situación deben ser analizadas a partir del grado de legitimidad moral de su gobierno. "Las naciones que han alcanzado una legitimidad moral son relativamente invulnerables a los movimientos insurgentes. Por contraste, una nación cuyo gobierno es o ha sido visto como moralmente incorrecto es un blanco principal para una 'revolución' marxista-leninista y una doctrina igualitaria moralista"³.

La ética subjetiva del poder global asocia legitimidad moral y gobernabilidad. Como se sabe, esta última refleja en realidad el equilibrio de manejo entre el *poder de función* y la *coerción* necesaria para mantener un orden basado, por lo común, en la desigualdad económica y social⁴.

La intervención externa imperial, sea individual o colectiva, no sólo debe apoyarse en una gobernabilidad legítima sino contribuir a crearla si no existe. En los espacios periféricos revueltos e inestables, lo que algunos catalogan como *área gris* del mundo, lo más recomendable en el panorama contemporáneo es un gobierno legítimo orientado a satisfacer las expecta-

tivas populares, antes que un gobierno autoritario que acepta el orden mundial por *atrición*. En el terreno de las conductas religiosas es conocido que el arrepentimiento puede ser perfecto o imperfecto: en el primer caso, la *contrición*, se presupone un reconocimiento plenamente consciente del error cometido y de su reparación; en el segundo, la *atrición*, se supone que el arrepentimiento no es sincero sino que obedece al temor de un castigo superior.

Al estar muchos de los desórdenes periféricos vinculados a problemas imputables a la ausencia de gobernabilidad, para sobrevivir en el *área gris* es preferible un modelo legítimo que uno militar sustentado en la atrición. La calificación del desorden o del conflicto se hace absolutamente decisiva. Por lo común, entran hoy en la definición de *emergencias humanitarias complejas*, queriendo significar que existe un imperativo moral que exige la intervención – incluida la acción militar por motivos humanitarios–, trátase de un desastre natural, una epidemia, una guerra civil, una grave violación de los derechos humanos, un cambio de gobierno a disgusto de los Estados Unidos o una alteración del régimen institucional existente.

¿Cuáles son los parámetros a partir de los cuales se juzga sobre la viabilidad u oportunidad de una intervención por razones humanitarias? Allí es preciso poner en evidencia todo el juego de la teoría y calificar, por lo tanto, los conflictos armados, su caracterización, las probabilidades de su ocurrencia, las situaciones de riesgo prevenibles y la consideración de los desarrollos posconflicto para impedir que el alzamiento se reproduzca.

Una teoría del Banco Mundial

Los trabajos de Paul Collier y su equipo (de la Universidad de Oxford) para el Banco Mundial ilustran un enfoque singularmente pragmático acerca

³ Max Manwaring y John T. Fishel, "Strategic Vision and Insurgency", en *Militar Review*, febrero de 1989, p. 61.

⁴ Gobernabilidad es un tecnicismo político que debería traducirse en castellano como gobernación adecuada o acertada. En realidad, desde una perspectiva política, remite al límite de permanencia o sostenimiento de un régimen: el umbral mínimo en que es posible conservar la legitimidad y la imagen de eficiencia sin que el sistema inequitativo deba recurrir a medios de coerción extremos para mantenerse. Desde el punto de vista marxista, el concepto a considerar es el de hegemonía (Véase Lenin, Gramsci), que implica un liderazgo sociopolítico, cultural y moral, orgánicamente clasista, con una capacidad de dirigir mediante la persuasión y no fundamentalmente por la coerción; liderazgo y capacidad que no son establecidos externamente por un poder imperial extraño que define cómo debe ser la gobernabilidad legítima.

del análisis económico de los conflictos periféricos y de las estrategias elegibles para conjurarlos y/o prevenirlos.

Desde el enfoque, estrechamente sesgado, de este economista, las causas o motivaciones sociales, políticas e histórico-culturales carecen de importancia en la explicación de una rebelión. La rebelión no puede considerarse como un movimiento extremo o radical de la protesta o como la expresión de una aguda inconformidad, sino más bien como la última manifestación de la delincuencia organizada.

Delincuencia apolítica o despolitizada, es decir, delincuencia común. He ahí el verdadero punto de partida de las rebeliones contemporáneas. Ahora bien, como la motivación no tiene ninguna importancia, lo que importa es que esa delincuencia organizada pueda sostenerse financieramente. La clave es la capacidad depredadora de la organización rebelde, es decir, su habilidad para “arrebatar bienes o dinero a sus legítimos dueños”. La depredación puede ser, en el mejor de los casos, un lamentable imperativo en la lucha por el poder o, en su versión extrema, una manera codiciosa de beneficiarse de la guerra. Se llega así al absurdo de afirmar que “la rebelión no tiene relación con circunstancias objetivas de descontento, en tanto que es causada por la factibilidad de la depredación”⁵.

La factibilidad de la depredación es el eje real que motiva a los rebeldes. Collier, en un arrebatado de cinismo sostiene que, “como tesis de las ciencias sociales, esta teoría del conflicto ilustra un caso en el que la economía moderna coincide con el viejo marxismo”. Marx –afirma Collier– tenía razón, la causa real del conflicto es económica. Por eso la depredación es aprehendida como una actividad esencialmente económica, desligada de cualquiera otra consideración extraeconómica. Pero Marx también tenía razón –prosigue Collier– al señalar la superestructura como una “falsa conciencia”. En este caso, la falsa conciencia es la de los seguidores de la rebelión, conducidos a creer el discurso motivador y autojustificador de los rebeldes como si correspondiera a una situación real de injusticia, privación o ausencia de libertades, categorías que no tienen ninguna importancia puesto que en nada se relacionan con las causas reales de la rebelión.

La depredación rebelde puede resultar rentable en algunas circunstancias. Ellas se relacionan con las exportaciones de bienes primarios sobre las que pueden establecer gravámenes forzosos bajo la presión armada. También los bajos ingresos de la población. Y el crecimiento lento al que se agrega la explosión demográfica, conjunto de elementos que favorecen el reclutamiento de efectivos en las filas insurgentes.

Para reducir los riesgos de rebeliones armadas, los países que reúnen ciertas características deben contrarrestar los factores que exponen ciertas

actividades económicas a la depredación insurgente, mejorar las condiciones de vida y unas políticas económicas a cargo del Estado, que pueden recibir el apoyo del Banco Mundial.

Así, pues, tienen que ponerse en marcha medidas económicas para reducir la dependencia de la exportación de productos primarios.

Tienen que promover la concentración de la población en las ciudades como una forma de mejorar las condiciones de vida y de acentuar el control social de la población. El desarrollo de las vías de comunicación puede facilitar este propósito. El desplazamiento forzado de habitantes rurales, en el caso de Colombia, y las operaciones militares y/o paramilitares de expulsión, reubicación y repoblamiento, como las que se observan en algunas comunas de Medellín, hacen parte de la manipulación estratégica de la población.

El mejoramiento de las condiciones de vida, tendiente a prevenir el conflicto, tiene que ver con los planes de educación básica y secundaria, y su mayor cobertura para la gente.

Sin embargo, el punto principal está en cómo darle un manejo a la ayuda que puede proveer el BM. No puede ser una ayuda económica dirigida exclusivamente a las inversiones civiles, sino que tiene que distribuirse entre gastos civiles y militares. Se pensaba que la ayuda económica hacía más atractiva la toma del poder por los rebeldes. Hoy se cree que el riesgo de rebelión está determinado por las oportunidades actuales de la depredación rebelde. Por lo tanto, "si la ayuda es fungible dentro del gasto militar esto tendrá un efecto directo y sin ambigüedades en la reducción del riesgo del conflicto"⁶. La categoría de *fungibilidad* debe entenderse en su acepción económica. A través de la distribución de la ayuda entre el gasto civil y militar, se liberan fondos del presupuesto del Estado para concentrarlos en el gasto militar. Un ejemplo claro de la *fungibilidad* es el llamado componente social del Plan Colombia, que se coloca al lado del gasto militar: no sólo cubre inversiones

⁵ Paul Collier, "Causas económicas de las guerras civiles y sus implicaciones para el diseño de políticas", en *El Malpensante*, No. 30, mayo-junio de 2001, p. 32. No sólo los economistas argumentan sobre insurgencia y crimen organizado; los analistas militares desarrollan su propia mirada al respecto. Véase Graham H. Turbiville, "The Implications of the Organized Crime Phenomenon for U.S. National Security", en Manwaring y Olson, *Managing Contemporary Conflict. Pillars of Success*, Boulder, Colorado, Westview Press, 1996.

⁶ Véase Paul Collier y Anke Hoeffler, "Aid, Policy and Peace", primer borrador: agosto 17 de 2000; Ibrahim A. Elbadawi y Nicholas Sambanis, "External Interventions and Duration of Civil Wars", Banco Mundial, DECRG, conferencia Princeton University, N.J., marzo 18-19 de 2000. Para un enfoque distinto, véase la obra de Nazih Richani, *Systems of Violence. The Political Economy of War and Peace in Colombia*, Albany, N.Y., State University of New York Press, 2002.

[124] que se economiza el Estado, sino que su misma destinación tiene un sentido ambivalente en cuanto refuerza la orientación coactiva, represiva y/o militarista del proyecto.

Desde esta misma óptica, la economía de la organización rebelde tendría dos componentes: el tributo de los exportadores de productos primarios, el cual puede ser extraído con la condición de hacer creíble la amenaza de una fuerza militar; y una función de respuesta militar que determina esta credibilidad.

Si el corazón del modelo es la habilidad relativa del gobierno y la insurgencia para financiar un ejército, la ayuda que se entrega bajo monitoreo como *ayuda política e institucional para el país*, CPIA, por sus sigla en inglés, busca mejorar las finanzas del Estado en conflicto, en comparación con los recursos que puedan obtener los rebeldes. La ayuda económica internacional, canalizada por el BM y sus agencias, tiene una apariencia civil y social, pero, en realidad, está orientada a la guerra, a costear la guerra del Estado contra la rebelión bajo un disfraz de apoyo para el desarrollo. Se busca hacer más costoso el reclutamiento para la insurgencia: la inversión social, por mínima que sea, puede mostrar resultados en el corto plazo, en tanto las operaciones bélicas oficiales pueden potenciarse frente a la fuente de credibilidad de la insurgencia. Es una versión clásica de la zanahoria y el garrote expuesta bajo sofisticados razonamientos económicos.

Colombia en la estrategia global⁷

Por tratarse, en muchos casos, de relaciones conflictivas entre estados o de guerras civiles interiores, el tema de la violencia se ha convertido en objeto de estudio obligatorio del Banco Mundial y otras instituciones relacionadas con la inversión de capital. La relación entre economía y violencia ha llevado a algunos de los teóricos y estrategias del Banco a recordar a Marx. No al Marx de la acumulación originaria, como un fenómeno recurrente del capitalismo histórico, sino a un Marx que explicaría las rebeliones armadas por una única causa mecánica, la económica. Los países conflictuados o “desviados”, fuentes de valiosas materias primas, generan inestabilidad e inseguridad a la inversión extranjera y son un obstáculo al desarrollo económico mundial, al avance de la democracia de mercado y al dominio hegemónico norteamericano.

El sentido de los argumentos que sustentan el manejo del conflicto y de las guerras periféricas por parte de los países centrales, particularmente los Estados Unidos, mediante el intervencionismo, directo o “multilateral”, o por la coacción regulatoria sobre la economía, o por todos estos factores simultá-

neamente –para introducir patrones de subordinación global a proyectos preconcebidos por la tecnocracia transnacional que conducen a formas renovadas y forzosas de neocolonialismo–, trae al debate la filosofía de la guerra intervencionista y su sustentación en la racionalidad del modelo económico de la actual globalización.

El Plan Colombia ha sido un buen ejemplo de ello. Su punto de partida ha sido la crisis estructural histórica de la región andina y su particular expresión armada en Colombia. Sin este componente, toda explicación racional se pierde en la repetición de la sola argumentación antinarcóticos. Más que una causa, la narcotización de las economías de la marginalidad agraria, su conexión con el mercado mundial de los países consumidores y el sistema financiero global, mediados, en gran parte, por la complicidad de los organismos político-estatales de la región, son una consecuencia de la crisis o, mejor, una de sus formas de desarrollo. Explicar la crisis por los narcóticos es poner la lógica y la historia a caminar con las manos.

Cómo llegó la crisis colombiana a desenvolverse sobre la “deformación” inducida por las economías ilícitas y sus consecuencias plurivalentes en los campos sociopolítico y cultural, es tema de otra indagación. Nos conformamos, por ahora, con afirmar que Colombia llegó allí, no por una reconversión del uso de recursos ancestrales, tales como la producción y consumo de la hoja de coca en los Andes centrales, sino por una relativamente reciente transición de convertirse en zona de paso de la comercialización y exportación ilegales a ser también área de producción, aprovechando –los agentes de esta economía– las ventajas geopolíticas del territorio y sus vínculos claves con el poder del Estado, especialmente de las oligarquías financieras, el militarismo y los terratenientes.

En desarrollo de esta estrategia, desde mediados de los años 1980, los narcotraficantes se alinearon, en el conflicto interno, del lado del establecimiento y en contra de la insurgencia. Jugar en el campo del poder tradicional ha sido, histórica y políticamente, una de sus formas más exitosas de ganar legitimidad. Otra de ellas fue su presencia directa como dirigentes políticos: Pablo Escobar fue representante a la Cámara por el Partido Liberal; el llamado Proceso 8.000 puso al desnudo este complejo proceso de legitimación. La más desarrollada de sus modalidades y la que se impuso como la manera “decente”, ha sido la vía económica, la del lavado de capitales. Desde adentro, sigilosamente, los capitales ilícitos transpusieron las complacientes barreras endogámicas de la oligarquía tradicional: el nuevo mestizaje burgués empie-

⁷ Plan Colombia, Suplemento especial de *Desde Abajo*, noviembre de 1999.

za a mostrar su talante en la figura de los nuevos agentes de la dominación, en su radical orientación neoconservadora y guerrerrista, y en su alianza fundamental con Washington.

Como es natural, el narcotráfico no resolvió sino que agravó la crisis histórica colombiana. Abrió el camino para una nueva forma de injerencia de los Estados Unidos en la vida nacional. La acción contrainsurgente, desplegada desde finales de la dictadura militar y el inicio del Frente Nacional, a comienzos de los años 60, consideraba controlados y reducidos los núcleos guerrilleros por la acción del ejército nativo, con el asesoramiento marginal y el entrenamiento de la oficialidad en la Escuela de las Américas. El viraje hacia una solución política negociada, postura adoptada por el gobierno de Belisario Betancur a comienzos de los años 80, coincide cronológicamente y contrasta conceptualmente con la nueva percepción del Informe Santafé y del gobierno Reagan, acerca de la lucha contra la "narcoguerrilla". Las nuevas formas de intervencionismo de los Estados Unidos en Colombia empiezan a ser vistas como algo que se agrega, no sustituye, al viejo componente anticomunista. Lo envuelve y le da una calidad distinta, de cara a la sociedad estadounidense que no termina de olvidar la experiencia de Vietnam. Es la búsqueda de un nuevo satanás al cual combatir. El vínculo necesario entre uno y otro, he allí el vacío conceptual por llenar.

El Plan Colombia como materialización de la teoría

Por todo lo anterior, sólo podemos entender el Plan Colombia y sus anexos: la Iniciativa Regional Andina, la ayuda antidrogas ampliada a la región, el Atpa y los nuevos recursos militares directos, como los componentes de un proyecto de mayor envergadura, el Alca, cuyas negociaciones se adelantan, aceleradamente, para entrar a regir, según reiterados acuerdos, en enero de 2005.

Si aceptamos esta idea tenemos que aclarar qué significa, realmente, este proceso de constitución, en las condiciones de la actual globalización imperialista, de un área de libre comercio. En el panorama del monopolio transnacional del comercio y de las regulaciones obligatorias de la Organización Mundial del Comercio, la libertad de comerciar tiene dos fuertes limitaciones:

- O bien favorece las relaciones económicas preferentes y/o exclusivas con los Estados Unidos;
- O bien facilita un reparto de las áreas entre empresas transnacionales, muchas de ellas relacionadas entre sí a partir de sus vínculos de origen con la trinidad central (EE.UU., UE, Japón).

Para el caso de América Latina y el Caribe, es, prioritariamente, la pri-

mera limitación la que se impone. Es más, en los enfoques actuales puede hablarse de una recolonización del continente a cargo de una variante posguerra fría de la Doctrina Monroe, que asume como argumento principal el fatalismo económico neoliberal y las teorías elaboradas por los *think tanks* vinculados a los organismos multilaterales de crédito que manejan el gran capital mundial. Con la zanahoria del crédito, la soga de la deuda y los planes de ajuste, la disciplina económico-monetaria ejerce un control muy fuerte de los mercados globales e impone una coacción de chantaje sobre las economías dependientes, subordinándolas a la voluntad del sujeto imperial.

Este proceso, de apariencia puramente económica, marcharía sin obstáculos si no tropezara con los fenómenos de la crisis. En realidad, para el proyecto que examinamos, la crisis, más que un obstáculo indeseado, es una oportunidad más para apretar las condiciones y profundizar la subordinación hasta convertirla en neocolonialismo. Dependiendo del tipo de manifestaciones de la crisis, los pretendidos remedios vendrán por la vía de la coacción económica o por una combinación de coacción económica y coacción político-militar.

El Plan Colombia es fundamentalmente una estrategia de coacción político-militar con implicaciones económicas e institucionales. Comprende, por lo tanto, una parte militar y una parte “social”, de modo que se aviene canónicamente con la *fungibility*: lo que significa que, al generar Colombia, como Estado receptor de la ayuda, inversión militar, en realidad el monto del Plan en su totalidad puede entenderse como fundido en el componente estrictamente militar del proyecto.

El co-financiamiento, la asesoría directa y la presencia directa de tropa (en número “limitado” de 500 hombres en armas y 300 “contratistas”, sobre los cuales no existe realmente ningún control) representa un peso decisivo de los Estados Unidos, no sólo en la concepción del Plan (trabajado con los *think tanks* operativos del Pentágono y el Comando Sur) sino en su dirección estratégica y en la utilización eficiente de los recursos tecnológicos estadounidenses. En la actualidad, la “reingeniería” del ejército, que se ha producido paralelamente con el desarrollo del Plan y que parte de la base de una profesionalización creciente del mismo, no es incompatible con la estrategia de guerra integral que incluye el aumento del pie de fuerza, la ampliación de las redes de informantes y cooperantes, los “soldados campesinos” y otras modalidades calcadas de la experiencia guatemalteca de guerra contrainsurgente.

La integralidad político-militar del Plan Colombia está en su objetivo real: la destrucción del movimiento guerrillero colombiano, comenzando por las Farc-EP como blanco principal. La guerrilla es el obstáculo por excelencia que impi-

de la gobernabilidad en el país más poblado y geopolíticamente más importante del noroccidente suramericano. Para derrotarla, siguiendo la teoría, se requiere cortar sus fuentes económicas, que son lo único que explica su persistencia y resistencia a desaparecer. Las *fumigaciones* sobre áreas campesinas de cultivo de coca, principalmente, en el suroriente colombiano, y los operativos de *interdicción*, es decir, de bloqueo o ataque con tropa sobre estructuras insurgentes sospechosas de ejercer la función, curiosa porque nada tiene que ver con la guerra de guerrillas, de “cuidar” los cultivos y/o laboratorios, han mostrado, en la experiencia del Putumayo y otras regiones, un carácter estrictamente militar. Es de suponer que se inscriben en la lógica de hacer imposible el pago de impuestos (“gramaje”) a la producción, transporte y exportación de narcóticos, y neutralizar la fuerza coactiva de la insurgencia.

Pero eso no es todo. Las operaciones aerotransportadas representan además un importante avance logístico. No sólo las que parten de bases dentro del territorio colombiano; sino también, y especialmente, aquéllas que parten de Manta, en Ecuador, y que muestran el cambio de perfil del país hermano, de territorio neutro a barrera de contención y base de ataque. Si se suma el control tecnológico de las comunicaciones satelitales monopolizado por el Comando Sur y que, desde la primera mitad de año 2000, recibió autorización del presidente Clinton para desclasificarse y entregar, por lo tanto, información sobre los movimientos de la guerrilla en tiempo presente, la ventaja tecno-estratégica está pensada para las acciones en gran escala de la guerra total.

Si, como lo piensan los creadores del Plan, la guerrilla carece de respaldo social y sólo deriva su poder de su capacidad militar, su desaparición (el “país sin guerrilla” que reclamaba el dirigente conservador Álvaro Gómez Hurtado) es el punto de partida de una nueva gobernabilidad estable. Los diálogos y negociaciones en búsqueda de la paz ponen su acento en ese propósito. Las causas sociopolíticas, económicas y culturales no tienen por qué contar, según la teoría. Por consiguiente, proceso de paz y desarrollo social deben ir de la mano, pero de acuerdo con los parámetros que le asignan prioridad a lo militar.

■ En primer término, la erradicación de cultivos debe entenderse, militarmente hablando, más como una erradicación de la gente, vale decir, de la masa campesina que constituye la base social para la guerrilla; la atención a la población desplazada por efecto directo o indirecto de la aplicación del Plan, es una atención paliativa de emergencia, por 90 días; el desplazamiento, o mejor, la deslocalización campesina no es compensada por una reforma agraria en tierras valorizadas, cercanas a las zonas de consumo; el concepto de reforma agraria integral está ausente, de manera total, en el Plan; tampoco existe

una propuesta de reforma urbana capaz de responder a los requerimientos de la concentración de refugiados en los centros urbanos; el reemplazo de los cultivos de coca por palma africana intenta canalizar los desajustes derivados del desplazamiento masivo y el desarraigo, por los macroproyectos vinculados a la producción masiva para la exportación.

■ Pero el Plan no para allí: plantea una homogeneización de las regulaciones económicas e institucionales del país en función de adaptarlo, incondicionalmente, por una parte, al reinado pleno de la inversión extranjera directa, bajo los parámetros de la OMC y/o de las negociaciones bilaterales con los Estados Unidos; por otra, a la compatibilización total de las prácticas jurídicas y judiciales que existen en los Estados Unidos, la que pondría fin a la soberanía institucional de Colombia; medidas como la dolarización, en una perspectiva, o la extradición, práctica ya corriente desde el gobierno Samper, son elementos clave dentro de la visión neoinstitucionalista y neocolonial que se nos impone.

Estas líneas de acción se impusieron en un Estado como Colombia en el mismo momento y por el mismo gobierno que decía adelantar un proceso de diálogo y negociación con la insurgencia. Ante los ojos de propios y extraños se montó, al lado del proceso de paz, el proceso de guerra. A nadie debe extrañar que el resultado de semejante incoherencia haya sido el viraje hacia la solución militar. Y que el Estado haya puesto fin a una política de paz para destacar, al primer plano, una política de guerra, como si se tratara de una decisión democrática y unilateral de una sociedad fuertemente fragmentada y dividida. Colombia es el laboratorio de una teoría que desprecia la realidad viva de la historia y las contradicciones de la sociedad. El resultado previsible, aún con el poderío imperial, es incierto. Pero el choque y el desgarramiento social, y el empobrecimiento acelerado de los trabajadores y de los más pobres, pueden ser irreparables.

Para concluir

Cuando nos propusimos examinar las teorías que sustentan las políticas actuales del imperialismo, queríamos lograr aterrizar sobre la realidad dramática de la situación colombiana. En cierta forma podemos decir que hemos cumplido nuestro cometido. Más que comprobar la tesis propuesta al inicio, en cuanto al sentido economicista de los enfoques teóricos que informan la ideología y la práctica política de la dominación imperialista actual, nos hemos preocupado por dejar en claro la complejidad de los problemas planteados para los propios dominadores, dado el creciente conflicto sociohistórico que afecta al capitalismo contemporáneo, plenamente mundializado y bajo una hegemonía

[130] globalista. La estrategia de la globalización imperialista agrava las insuficiencias del capitalismo salvaje neoliberal, para enfrentar los problemas derivados del decrecimiento de la tasa de ganancia, la desestabilización de los mercados financieros especulativos, el surgimiento de resistencias indeseadas a nivel del sistema interestatal y el avance del descontento social mundial.

Al mismo tiempo, es a ésta estrategia a la que debe corresponder una estrategia alternativa democrática, revolucionaria, socialista. A la visión anti-terrorista que preside la más reciente versión de la estrategia de seguridad nacional de los Estados Unidos, qué camino o caminos pueden conducir a reunir las resistencias suficientes y la comprensión necesaria para estructurar la subjetividad transformadora anticapitalista. He allí nuestro reto en los años que vienen.

8

1 Las alternativas en la lucha popular colombiana

Álvaro Vásquez del Real*

Investigador del Centro de Estudios e Investigaciones Sociales, Ceis

Cuando hablamos de alternativas en la lucha social y política estamos refiriéndonos a las propuestas que se formulan para cambiar la situación de la sociedad colombiana. Pero no nos referimos a salidas inmediatas ni parciales de la crisis, sino a la posibilidad de cambios que puedan encarnarse en nuevas relaciones políticas y de poder e igualmente en nuevas instituciones. El problema de la alternativa en la actual etapa no es otro que el de un proyecto, viable y renovador, que permita cambiar el actual rumbo en aspectos sustanciales, en beneficio de la solución de las cuestiones más apremiantes de los trabajadores y de todo el pueblo.

Las alternativas no son una colección de propuestas a partir del análisis de una realidad o de unas aspiraciones populares sino que están determinadas por los procesos de lucha y se construyen en la experiencia colectiva y el acertado análisis de ésta. No hay alternativas hechas de una vez ni en una forma acabada. Tienen elementos permanentes pero también transitorios, hay componentes duraderos pero la forma de expresarlos cambia. En cada etapa el núcleo duro de las alternativas puede presentarse en forma renovada. Todo esto parece ser lo propio de las alternativas.

Calificación de las alternativas

Desde luego que aquí nos estamos refiriendo a las alternativas como factor de cambios significativos. De lo contrario no serían verdaderas alternativas sino sustituciones de una realidad que no va a cambiar, aunque se logren mejoras limitadas o haya modificaciones transitorias e inestables.

En las actuales condiciones, la burguesía tiene escaso margen de maniobra y sus alcances reformistas son muy cortos. No pasa de un asistencialismo ramplón. De allí que, desde hace mucho tiempo, la clase dominante dé prelación al método de la violencia y del terror como estilo de gobierno cotidiano con la finalidad de destruir la organización y la respuesta popular, y descabezar su liderazgo. Por eso, en este período, las posibilidades del reformismo son escasas y los reformistas lo son en una forma vergonzante.

Esto tiene implicaciones importantes no sólo con respecto a la composición de los movimientos sociales y de la izquierda, sino también en la formulación de las propuestas que se abren paso al calor de las luchas y de las experiencias parciales y sectoriales y que se prolongan en las actitudes de muchos sectores organizados. Igualmente, en cuanto a la prelación de ciertos tipos de movimientos en el espectro de la diversidad de acciones de masas. Y aquí no sólo debe tenerse en cuenta a las organizaciones insurgentes sino a otras variedades de frentes que se mantienen en el campo de las aspiraciones populares.

Como es natural, esto también ha influido en el mundo de las alternativas, en sus alcances, en sus diferenciaciones y en las dificultades de integración y acercamiento de éstas. Todo lo cual debe tenerse en cuenta al calibrar el tema de cómo conformar un programa de objetivos y de exigencias populares, lo suficientemente universal en su contenido, amplio en sus posibilidades de aceptación y definido en sus fórmulas.

Escenarios y objetivos

Partiendo del presupuesto de la diversidad de los escenarios de la brega popular, que por lo demás es común de todos los procesos revolucionarios pero que en el caso colombiano tiene un carácter estructural, las alternativas, entendidas como un programa de propuestas radicales y transformadoras, sólo son viables en la medida en que se logren constituir en punto de encuentro de las propuestas esenciales y comunes de los diversos planos de la lucha.

En este abigarrado universo se están produciendo diversos encuadres tanto en sentido aglutinante como centrífugo, pero no obstante puede considerarse que existe la tendencia a buscar lazos de cooperación que van a expresarse en la formulación de alternativas conjuntas. Ejemplo de este proceso es la elaboración del llamado pliego de los 42 puntos del paro cívico de agosto de 1999, al cual aportaron no sólo el movimiento obrero sino varias otras zonas de acción, incluyendo pequeños propietarios de inmuebles y buses, corrientes agrarias con objetivos disímiles, trabajadores independientes, etc., para constituir el Comando Nacional Unitario.

En el campo de la acción urbana viene presentándose ese proceso de formación de la categoría de “lo popular”, que puede estar llamado a ser la base de una amplia proyección de la lucha social y democrática de masas, elemento básico del logro de las alternativas.

Las dificultades

Sin embargo, persisten las diferencias entre los dos grandes campos en que se desenvuelve la lucha y que se han puesto de presente con particular fuerza al abrirse el período de negociación entre el gobierno y la insurgencia.

La historia de los procesos políticos colombianos son el origen principal de esta situación. El movimiento armado, surgido de la conversión de las organizaciones agrarias de masas en destacamentos guerrilleros, se ha fortalecido y elevado, extendiéndose a todo el país, en un largo y doloroso proceso de sacrificios, esfuerzos organizativos y acciones militares, hasta adquirir las proporciones actuales como la expresión más elevada de la lucha popular. Al

tiempo, la izquierda y el movimiento social de las masas urbanas han tenido que enfrentar las mayores dificultades para su proyección como fuerzas del combate por los cambios sociales y políticos. Esta diferencia de niveles, que se ha denominado como la asimetría del movimiento popular colombiano, en las condiciones de una clase dirigente guiada por los más agresivos instintos de defensa de sus privilegios, que sólo aplica y reconoce el lenguaje de la violencia, no sólo ha aislado los procesos sino que los ha obligado a diferenciarse en cuanto a niveles de organización, de formulación de propuestas y de formas de acción. El terror, las prevenciones y las incomunicaciones han alimentado esa asimetría. Todo lo cual sale ahora a la superficie en esta etapa en que han cambiado las condiciones para un intercambio efectivo, al abrirse el debate político sobre los objetivos insurgentes y crearse las condiciones para el diálogo, no sólo gobierno-guerrilla sino también guerrilla-movimiento social y político de masas.

Menudean por esta época las tesis y los argumentos no sólo por parte del aparato de publicidad del establecimiento, sino del mismo movimiento obrero y popular, tendientes a distanciar y aislar uno y otro de los campos de lucha.

Entre los principales podemos señalar: la autonomía como rango principal de la lucha obrera y popular; la representación como impedimento para reconocer las bases autorizadas de la negociación; la neutralidad como excusa para no comprometerse en el apoyo, desde el campo democrático, a las exigencias guerrilleras; la negativa a que la guerrilla pueda abarcar el conjunto de las demandas populares debido a su carácter de grupo campesino extraño a la totalidad de los problemas nacionales; y hasta la peregrina tesis de la colusión de la guerrilla con la política norteamericana y el imperialismo en contra de los intereses del pueblo. A todo ello se suma la política del gobierno que, al tiempo que acepta la negociación con los dos grupos guerrilleros más importantes (Farc y ELN), está comprometido en una plan de ajuste y flexibilización laboral impuesto por el FMI, que va en contravía de los cambios sociales y progresistas.

Para los objetivos de este texto, que se circunscribe al tema de las alternativas comunes, no es necesario entrar a discutir esta cadena de argumentaciones y tesis cuyo objeto es separar las luchas populares por una muralla china de diferenciaciones e incluso, enfrentar los dos campos. Nos interesa poner de relieve aquí dos aspectos de la concepción revolucionaria, suficientemente conocidos: a) la única vía de avanzar en la concreción de las alternativas revolucionarias es la comprensión de que la práctica unilateral de la acción de masas urbana o de la lucha guerrillera, agraria y urbana, de por sí, no podrá lograr un desenlace efectivo de la crisis nacional; y b) no hay diferencias

[138] (fuera de las que son obvias entre unas y otras exigencias parciales de cada sector popular) de carácter fundamental entre los objetivos de una y otra lucha y, por el contrario, hay una identidad de base en lo que persiguen como alternativas al dominio de la burguesía y el imperialismo.

Por consiguiente, la formulación de un programa general de lucha y la elaboración de las alternativas comunes, son el cemento fundacional de todo proyecto de cambio revolucionario. Las diferencias son de los tipos de organización, del carácter parcial de cada sector, de las formas de enfrentar al enemigo común. Las identidades son los elementos de fondo de todos los procesos, que se recogen en el programa general y la formulación de las alternativas.

Formas de la unidad

Aquí hay que tener en cuenta lo peculiar de un proceso como el colombiano, en el cual la lucha armada de tipo guerrillero juega un papel relevante. Así mismo, comprender que, por sus mismas condiciones, los sectores sociales libran una acción sobre todo de resistencia, mientras la negociación que se logra es un resultado de la iniciativa y de la calidad de los enfrentamientos y del movimiento por la paz, y por su esencia, constituyen una salida, una alternativa. Por eso las bases de la agenda del diálogo tienen mayor calidad, por ejemplo, que el programa reivindicativo de los 42 puntos del Comando Unitario Nacional. Pero van hacia los mismos objetivos, así sea a escalas diferentes.

Lo que se desprende de estas observaciones es la necesidad de la búsqueda de la unidad y el acercamiento necesario para avanzar. El movimiento armado no puede menospreciar la importancia de la acción social y política de masas, dentro de su campo propio. Sin este desarrollo la lucha guerrillera estará condenada al aislamiento y a las dificultades políticas.

En estas circunstancias no es posible pensar esa unidad en el viejo esquema de creación del “estado mayor” de la revolución, como antes se decía. Ni de una manera formal de designación de representantes. Ya el fracaso de la “tripartita” demostró que por allí no hay un camino abierto. Tiene que encontrarse una vía diferente, mucho más flexible e informal, más de objetivos y programas que de articulaciones duras, y mucho más de reparto de papeles que de preocupación por posiciones.

En esta dirección deben explorarse las experiencias que en los diversos campos se han hecho y que configuran un rico acervo. Las que están en proceso, como el Frente Social y Político, el Comando Unitario, las fusiones de organizaciones, los acercamientos entre el movimiento social y las ONG, la superación de los niveles entre organizaciones políticas y sociales, etc., son

susceptibles de una profundización. Igualmente, ensayos como la Coordinadora Guerrillera Simón Bolívar, el movimiento bolivariano, para hablar del sector armado, también deben ser analizados para recrear, con imaginación, bases de construcción de nuevos tipos de movimientos, cada vez más universales.

Concreción de alternativas

Ya en el plano de concretar alternativas actuales, es también necesario, como lo anotamos al comienzo, no sólo el estudio de las experiencias sino el análisis de los puntos que se han venido proponiendo.

Las reflexiones que pueden hacerse sobre esta perspectiva, apuntan a señalar algunos elementos constantes de estos procesos.

En el estado actual de las formulaciones, tienen que articularse tres tipos de exigencias: unas de carácter social y económico que vienen expresándose en las luchas populares, sobre todo a partir de 1996 y de las movilizaciones agrarias masivas del sur del país. El movimiento obrero, a su vez, ha construido elementos de lo que popularmente se llama un modelo alternativo, en el curso de la lucha contra la política neoliberal. Otras son de carácter político, que vienen planteándose desde la época de la Constitución del 91 y que el sistema ha tratado de replicar con sus intentos de reformas políticas y hasta de referendos. Lo esencial aquí es la exigencia perentoria de la democracia y la superación del republicanismo mínimo y del electorerismo como fuente de legitimidad. Y las terceras, no menos importantes que las anteriores, competen al tema de la soberanía nacional y la autonomía en la búsqueda de una nueva forma de inserción en la mundialización. En este último aspecto, lo esencial es la respuesta a las nuevas formas de dominación norteamericana, incluyendo la puesta en práctica del Plan Colombia. El conjunto de estas aspiraciones constituye lo que podríamos llamar una revolución popular y democrática con proyecciones en la cultura, la defensa del medio ambiente, las exigencias clasistas, la liquidación de los diversos tipos de opresión (étnica, racista, de género, de sexo, etc.) y la superación de los actuales límites de la pobreza.

El poder democrático

Sin embargo, el elemento principal, el que permite los cambios, asegura su continuidad y garantiza su evolución hacia adelante, es el cambio del poder. De lo contrario, las alternativas planteadas no pasan de ser componentes de un pliego de peticiones cuya conquista sería precaria y transitoria, sometido al vaivén de la política burguesa y a las nuevas formas de la globalización capitalista y la desnacionalización.

Una nueva composición del poder, con fuerte incorporación popular como elemento innovador, se convierte así en el aglutinante y articulador de los distintos elementos de cambio y de las prioridades en los aspectos más sensibles de la crisis nacional. La idea de una transición por la vía de un gobierno plural hacia cambios más profundos, puede asegurar los objetivos relativamente modestos que se han venido planteando por los programas y plataformas formuladas desde diferentes enfoques. Lo principal no son, por lo pronto, la radicalidad de las reivindicaciones, ni los niveles de los objetivos, sino la dirección del Estado, la estructura del poder y su integración clasista.

En esta dirección hay que entender los problemas que se suscitan en el debate sobre el alcance del poder y su fuerza vinculatoria, a propósito de hasta dónde llegan las formas limitadas o sectoriales del poder. El criterio de construir poder local o descubrir dosis de poder social, económico y sancionatorio, en formas de organización popular, bien pueden considerarse como una base de experiencias y preparación para los cambios fundamentales del sistema. Pero aquí hay que destacar sobre todo la centralidad del poder, así sea compartido, como el factor fundante de esos cambios.

Este mismo tema puede examinarse desde el ángulo de las experiencias guerrilleras y de la relación entre la lucha armada y el problema del territorio, que ya se venía discutiendo en el seno de la izquierda, y que ahora adquiere trascendencia a propósito de las acusaciones y exageraciones del ejército y sus publicistas en relación con la zona de despeje. Aquí también vale la pena diferenciar los elementos positivos de la influencia guerrillera en una zona y de las posibilidades de producir avances y efectos reales, de los venenosos infundios del militarismo, destinados a combatir los reconocimientos implícitos en los acuerdos sobre territorio para negociar.

Alternativas y salida política

Aquí hay que tratar un tema significativo. Es el de la influencia que tiene la negociación del conflicto y los posibles acuerdos sobre el programa y las alternativas del movimiento revolucionario en general, y no sólo en cuanto al movimiento guerrillero.

De por sí la negociación es un avance en el campo de las alternativas. Para llegar a ella ha habido todo un acumulado militar y político e implica un reconocimiento de ese hecho. Marca un determinado nivel de la relación de fuerzas del poder y la insurgencia.

Desde luego, esto no basta, como lo demuestran las experiencias colombiana y de otros países. Un acuerdo a propósito de una negociación implica concesiones mutuas, pero hay que ver qué tipo de concesiones: por parte

del movimiento guerrillero e igualmente del lado del poder. Por tanto, la profundidad de los cambios que se plasman en esos acuerdos va a depender de la correlación de fuerzas entre los contendientes. Lo cual, a su vez, se refleja en la fortaleza o debilidad de cada uno en la mesa. Las experiencias colombianas (M-19, EPL, Quintín Lame) indican que a la mesa de negociaciones llegaron los grupos armados luego de una serie de derrotas y en un estado de deterioro militar y político. Los resultados de las negociaciones expresaron ese hecho, de tal manera que no hubo avances significativos en los acuerdos de paz.

De la negociación no puede esperarse el logro del conjunto de cambios expresados en las alternativas propuestas por la lucha popular. De todos modos, la negociación es una solución a medias. Sus resultados, además de acuerdos puntuales sobre aspectos del programa guerrillero, se concretan sobre todo en la creación de un nuevo nivel en la lucha revolucionaria y popular, en el reconocimiento de un nuevo tipo de relaciones políticas y sociales y en la apertura de más amplias posibilidades para desarrollar la organización y el accionar del movimiento popular.

La trascendencia de los cambios a partir de los acuerdos se medirá, sobre todo, por el peso de los sectores populares y guerrilleros en un nuevo poder. Sólo si existe este poder podrá hablarse de ganancias profundas en un acuerdo de paz. Es la aspiración que expresaron las Farc en su conocido documento de 1993: "Un gobierno nacional pluralista, patriótico y democrático" para la "reconstrucción y la reconciliación nacional".

El Plan Colombia y las alternativas

El otro aspecto que debe tenerse en cuenta al hablar de las alternativas es la proyección que sobre ellas puedan tener los desarrollos del Plan Colombia, entendido como el programa de ayuda militar norteamericano para fortalecer la capacidad de combate de las fuerzas oficiales y cambiar la orientación de negociar por la de derrotar a la guerrilla.

Lo característico de este plan es que lleva en su interior la escalada de la guerra y el peligro de intervención militar directa sobre el conflicto colombiano, ya sea por la vía colectiva, o de países vecinos, o por la ocupación norteamericana. Una tal perspectiva cambiaría radicalmente el cuadro político.

Lo cambiaría en cuanto al papel de las fuerzas enfrentadas, dando mayor protagonismo a las acciones armadas y por tanto a la guerrilla. Lo cambiaría en cuanto al papel de la clase dirigente, parte sustancial de la cual pasaría a convertirse en fuerza de ocupación y agresión contra el pueblo. Lo cambiaría en cuanto al arco de las alianzas posibles, que obviamente se ampliaría. Y

lo cambiaría en cuanto a las alternativas, ya que pasaría a un primer plano el problema de la soberanía nacional, limitando el alcance de la lucha social y de las exigencias transformadoras.

En ese sentido, el núcleo duro de éstas se desplazaría hacia los objetivos patrióticos, desde el ángulo de las fuerzas populares. Antes que por una autonomía nacional la lucha sería, inevitablemente, por una autonomía popular y democrática.

El movimiento alternativo

Estrechamente ligado al tema de las alternativas está el de las fuerzas capaces de convertirse, en esta etapa, en el factor principal para el logro del programa popular y democrático. Es lo que se llama el movimiento alternativo.

El concepto, en el nivel de la generalidad, implica el accionar y el acercar a todos aquéllos que, en el plano de la explotación, se enfrentan a la ofensiva capitalista y a la política neoliberal; a los que pugnan por una salida política del conflicto armado a cambio de logros sociales y políticos; a quienes defienden los derechos humanos y se enfrentan a la represión, la violencia y el militarismo; a los que rechazan la opresión de género, raza, sexo, etc. A lo que hemos calificado como componentes del pueblo. Como ya ha sido señalado (Vilas, 1998), “el pueblo se constituye como tal en la lucha política e ideológica”, y es el resultado de la práctica y de la experiencia y no está dado desde el principio.

En el plano de la realidad colombiana, la idea del movimiento alternativo implica regresar a las observaciones que hemos hecho atrás sobre la necesidad de una visión de conjunto de las diversas formas de la lucha, cuya línea de unión es el programa de las alternativas actuales. Tal movimiento incorpora, como una fuerza unitaria, no sólo las diversas alternativas sino también los variados tipos de acciones que están presentes en la lucha actual, los viejos y los nuevos movimientos políticos en los distintos planos de la organización, lo social y lo político.

Claro que la formación del movimiento alternativo, que no parte de cero ni mucho menos, no es algo espontáneo, objetivo y sin dirección. Como lo muestra la experiencia, reclama un esfuerzo múltiple de los sujetos políticos, un arduo trabajo de organización y muchos acuerdos en diferentes niveles, para lograr la confluencia de un conjunto determinante de los procesos conscientes hacia los cambios. Aquí también la calidad de los avances va a depender tanto de la elevación del programa conjunto como de la energía y el dinamismo de sus componentes.

Una pregunta que está en el ambiente es la de si ¿es posible lograr cambios importantes en la etapa actual, en plena ofensiva de la burguesía a escala planetaria y cuando la llamada globalización somete cada vez a más zonas económicas y políticas a su dominio?

Es claro que el tema de las alternativas no es absoluto. Están condicionadas por una serie de coyunturas. Su extensión y profundidad se relacionan con diferentes factores. Es mucho más difícil ahora que en épocas anteriores no sólo atraer a sectores decisivos a la lucha por los cambios, sino también obtener una permanencia de éstos en caso de lograrlo. El marco internacional en que se desenvuelve la lucha actual es mucho más estrecho y rígido. Pero no todo está determinado por ese cuadro internacional, si las expectativas se concretan de manera que al mismo tiempo que se conquistan en la lucha, se dosifican en el proceso de su implementación y, sobre todo, se logra su apropiación por un pueblo combatiente y participativo.

De todos modos, la tesis en boga de la renuncia a la lucha y la mimetización en el paisaje de la transnacionalización –que alimenta en esta época el oportunismo–, no es la vía de ningún proyecto sino el camino de la claudicación.

Lo que sí es claro para el movimiento obrero y revolucionario de nuestra época es que los fenómenos de reestructuración del capitalismo y del paso a su nueva etapa, exigen la integración de la lucha nacional en un complejo de luchas mucho más amplias y ambiciosas. Los agrupamientos dentro del continente americano son un índice del significado de esta visión. La forma, por ejemplo, en que han empezado a responder los pueblos vecinos, en primera línea el ecuatoriano, frente al Plan Colombia, es una muestra de lo que está en marcha. Igual cosa se puede decir del área latinoamericana. Y de los Estados Unidos y Europa. Únicamente la acción internacional puede contribuir no sólo a la creación de condiciones para la emancipación, sino además para la defensa de las alternativas que escoja nuestro pueblo.



2 Por una nueva república*. Manifiesto del pensamiento crítico

Ricardo Sánchez*

* Profesor del Departamento de Derecho, Facultad de Derecho, Ciencias Políticas y Sociales, Universidad Nacional de Colombia.

Profesor titular Universidad Externado de Colombia

* Este escrito es el resultado de mi participación, en calidad de observador, en el *Diálogo en los infiernos*, entre Jorge Eliécer Gaitán y Camilo Torres Restrepo.

I

La república está evidenciando una vez más su crisis y bancarrota recurrentes. A la aprobación hace una década de una nueva Constitución de signo progresista, no se correspondió una aplicación adecuada, una materialización vigorosa de las normas que permitieran el cumplimiento del pacto fundamental del respeto a la vida y la dignidad humana para todos. Vale decir la vigencia de los derechos humanos individuales, políticos, económicos, sociales, culturales. Los gobiernos siguientes carecieron de la voluntad política necesaria para emprender y culminar este proceso. La impotencia del Congreso fue maquillada por la retórica y el soborno permanente del Ejecutivo. Los otros órganos del poder están en la encrucijada de un Estado en ruinas. Los partidos políticos, asociaciones sin programas e identidades, alimentan intereses subalternos.

Y en la base de todo esto, la disolución de la unidad nacional y del tejido social. La economía en recesión. El desempleo como un azote contra los trabajadores y el pueblo. Un drama social sin antecedentes en los anales de la historia patria.

Y Colombia desangrada en la neobarbarie, tal cual, es el aserto que sintetiza las violencias de todo orden y las guerras piratas entre los movimientos insurgentes armados y el Estado, con las Fuerzas Armadas. También la que ejercen los paramilitares y ejércitos privados, con su secuela de masacres. Estamos siendo cocinados en la caldera del diablo.

Vivimos de tiempo atrás las grandes desigualdades de riqueza y poder, la destrucción de la paz y la justicia, la desunión, la ilegalidad, la corrupción. Lo que se da es un uso licencioso de la democracia y el poder. El Estado colombiano y sus gobiernos hacen un uso indebido de la Constitución, hasta convertirla en un rey de burlas, en el chivo expiatorio de los males de la República. Buscando el ahogado río arriba, con la cantaleta de que la Constitución actual es la responsable y que hay que cambiarla.

La ubicación del país en el concierto internacional es pobre. La soberanía debilitada e intervenida, las imposiciones del Fondo Monetario Internacional y el servicio de la deuda externa lesivas en grado sumo. La internacionalización de la economía, por la vía de la apertura y el liberalismo económico han postulado aún más los márgenes de autonomía.

La posibilidad y necesidad de buscar y concretar una cooperación internacional y formar parte de un bloque latinoamericano es precario en el mejor de los escenarios. La participación en el movimiento de los No Alineados es un simulacro en un espacio extremadamente debilitado y retórico.

En política internacional asistimos a una reedición de la doctrina de la estrella polar, con mayor sometimiento financiero, diplomático, de signo intervencionista. Se carece de una voluntad y de una conciencia para aplicar y desarrollar con creatividad el Derecho Internacional en capítulos sustantivos: la paz, el desarrollo, el medio ambiente, la cooperación e integración, la autodeterminación y la demanda de reformas democráticas en la estructura y funcionamiento de los organismos internacionales como las Naciones Unidas y la OEA.

El asunto gordo del cultivo, procesamiento y comercialización de marihuana, cocaína y heroína, se ha transformado en una situación crítica para la vida de los colombianos, el medio ambiente, lo económico-social; en lugar excepcional del intervencionismo norteamericano; en impotencia y colapso del Estado. Las políticas prohibicionistas de fumigación, erradicación y represión, además de las políticas alternativas, no han detenido los cultivos, sino que se han convertido en una *bestia negra* contra la convivencia.

El mapa de los cultivos ilícitos es desbordante, la estructuración del crimen organizado con sus redes internacionales, incluyendo los Estados Unidos, se recompone y mimetiza de manera camaleónica frente a la represión. Este frente alimenta las violencias y es un obstáculo grande para los acuerdos de una paz negociada.

III

La diferencia entre lo formal y lo real es abismal. La Constitución y el derecho se erigen en fetiches de dominación, aislados en buena parte de sus componentes de eficacia y realización social.

La política es un campo de promesas, las más de las veces incumplidas, en una separación enorme entre lo social y lo cultural, los partidos y el sistema político. El desprestigio del Congreso ante la opinión pública, que acaba

de explotar espectacularmente, con el anuncio de la convocatoria a un referéndum y la agitación por una Constituyente al final de los acuerdos de paz, radica en la lejanía de sus decisiones y deliberaciones, de un lado, y en su clientelización y corrupción, del otro. El Congreso no expresa por ello, la representación nacional.

El diagnóstico no es sólo el de la brecha enorme entre lo formal y lo real, entre lo simbólico y lo fáctico, entre el derecho y el hecho. También entre la técnica y la formulación económica de las políticas públicas y de planeación, de un lado, y la pobreza y miseria de las mayorías, de otro. Los técnicos y los juristas ofician el papel de mandarines, de sacerdotes de un ritual de dominación, de ocultamiento y de mentira, sobre el pueblo rebelde y levantisco, pero violentado y sometido a la incultura y a la profanación de sus deseos más profundos de emancipación.

Se trata de retomar la crítica al cretinismo jurídico y tecnocrático, así como al orden social injusto y explotador. Es fácil reconocer que la crítica del libertador Simón Bolívar, de que construimos *repúblicas aéreas*, sigue siendo válida.

IV

El régimen presidencial de estirpe autoritario, con su cortejo de poderes verticales: el estado de sitio, las facultades extraordinarias, amén de las ordinarias de poder concentrado, fue duramente criticado durante la centuria pasada y contra este régimen —expresión de la república oligárquica y señorial— se dieron grandes batallas sociales y políticas, se constituyeron movimientos de oposición, se realizó una valiosa agitación intelectual, jurídica, política y académica. Hasta que colapsó en el contexto de sus ilegitimidades e impotencia para dar respuesta a las realidades violentas del neocapitalismo financiero, globalizado y criminal.

El presidencialismo cesarista descansaba sobre y a su vez reproducía el bipartidismo liberal-conservador, con sus ideologías y prácticas liberales en lo económico, de tipo privatístico, y con un Estado precario en lo social y público. Conservadores en lo político, propiciaron el orden desde arriba, como primado del Estado y la sociedad. Con instituciones complementarias: la Iglesia católica, las Fuerzas Armadas y los medios de comunicación: radio, televisión y prensa. Como se recuerda, fue la República concordatoria y confesional que se instauró en 1886 y que duró más un siglo.

La Constitución de 1991 atemperó los poderes presidenciales al limitar las facultades extraordinarias, al desmontar la dictadura constitucional del estado de sitio y al mantener las funciones tradicionales del Presidente de la

República. Se hizo tránsito de una dictadura presidencial a un régimen presidencialista fuerte.

Pero se volvió a las andadas. La institución sigue siendo utilizada de manera licenciosa y con la convicción de que se cambió para que siguiera siendo la misma. Se mantienen el autoritarismo y la arbitrariedad, en un “golpe de estado permanente” contra las libertades y las otras ramas del poder. Se han aprobado leyes, planes de desarrollo, emergencias económicas y decretos violando la Constitución en esa dinámica golpista. Unas han sido declaradas así por la Corte Constitucional, otras han logrado permanecer. Es un uso y abuso desordenado y habilidoso para beneficio del círculo del poder y los negocios del gran capital.

La erosión de las instituciones alcanzó a la que se diseñó como superpoder, a la que se acude por excelencia, para salvaguardar el sistema. Pero este presidencialismo fuerte con su sistema de complicidades, de prebendas, y con su cortejo de corruptos es un enfermo en cuidados intensivos, de pronóstico reservado. Está acompañando en el hospital de las cosas inútiles y despreciables al Congreso, a la Fiscalía, al Banco de la República, a Planeación Nacional, a la Comisión Nacional de Televisión...

V

El proceso tortuoso, incompleto y deforme, de la modernización de invernadero, con sus contradicciones de todo orden, no procesó ni resolvió sino de manera transitoria, parcial y recortada, una instauración del acuerdo sobre lo fundamental, del pacto social que garantizara la convivencia en medio del conflicto, la contradicción y el antagonismo. Fue, y es, la política de la guerra, de los partidos armados, belicosos, en la retórica y en los hechos. Sí, tribus feroces, Capuletos y Montescos, en la pasión de los intereses subalternos del poder, el presupuesto y la propiedad de los vencidos. Su obra maestra: una república señorial, oligárquica, capitalista también, chorreando sangre por doquier. Una República sangrienta, por criminal y explotadora. Simulando grandeza como caricatura grotesca, obra de maquilladores que el mercado del arribismo ofrece y ejerce a nombre de una democracia de papel.

La violencia desatada desde el poder y generada en las estructuras de la producción económica y la organización social tiene sus razones justificatorias, explicativas, codificadas y argumentadas. No se disuelven en lo irracional, se identifican con la sangre, el sacrificio, el exterminio de los otros, de los ofendidos, humillados, excluidos, explotados. O de los otros diferentes, distintos.

Negación radical de la disidencia, de la herejía, la heterodoxia, la divergencia, la diferencia, la crítica. No importa cuanta retórica, cuanto formalismo legal se proclame para afirmar la tolerancia, la inclusión, la convivencia. Han sido muchos años del Burundún Burundá.

República criminal que sacrificó a centenares de miles de sus hijos, especialmente de los pobres y desvalidos. Pero que igualmente asesinó a sus líderes y mejores hombres. República asesina en donde la intriga, la conspiración, el complot, la calumnia sistemática, el odio, sí, el odio, engendraron y parieron el magnicidio.

Magnicidio no sólo de la revolución, sino igualmente de la reforma, hasta llegar al otro lado en un proceso disolutorio de barbarización. De Rafael Uribe Uribe y Jorge Eliécer Gaitán a Luis Carlos Galán y Álvaro Gómez Hurtado. Y toda una galería de héroes, de mártires, de sacrificados: Camilo Torres en primer lugar; además de Guillermo Cano, Carlos Mauro Hoyos, Jaime Pardo Leal, Carlos Pizarro, Bernardo Jaramillo Ossa, José Eduardo Umaña... tantos por nombrar y recordar.

Y un factor estructurante: las violencias de la República descansan en la mítica fundación de la unanimidad y su perpetuación, para lo cual siempre es necesaria la víctima propiciatoria, el chivo expiatorio. Sociedad homogénea, pensamiento único, uniforme, es el ideal arcaico que se perpetúa por doquier. La otra cara es la exclusión, la negación del otro. Las más contundentes son el asesinato, la violencia y la guerra. La muerte civil sobre millones de personas sumidas en el desempleo, el olvido y la ignorancia.

En la República colombiana existen elecciones, incluso han aumentado considerablemente las formas de participación electoral, en diferentes niveles del Estado, la sociedad y la comunidad. Ha aumentado de manera significativa el porcentaje de votantes, especialmente para Presidente y Congreso Nacional. Los maquilladores, verdaderos cosmetólogos del sistema, ven en estos hechos la comprobación de la existencia y fortaleza de la democracia. ¿Acaso no hablan incluso, en el paroxismo de su mixtificación, de una “revolución democrática”, la de la participación? ¿No hablan acaso de que hemos superado la democracia representativa y estamos en la democracia participativa? Sin embargo, el presupuesto de todo este fenómeno es deleznable. Las elecciones en este país no son libres. No hay deliberación, crítica, debate, polémica e igualdad de oportunidades en el acceso a la radio, la televisión y los periódicos. El gran capital, el legal y el ilegal, impone candidatos y distorsiona en la orgía de los millones el comportamiento de la ciudadanía. La burocracia, el clientelismo, el gamonalismo, las autoridades ejecutivas politizadas, la intimidación y la macabra expectativa del secuestro y la muerte, hacen de las elecciones un simulacro y de la participación una manipulación del Estado

[152] mediático. No hay elecciones libres, aunque exista el derecho al sufragio, con sus rituales publicitarios y su retórica democrática.

En el extremo de este planteamiento figuran el referendo y el plebiscito, amén de otras formas consagradas en la Constitución. La manera como se apela a estas formas de consulta nos recuerda el libro luminoso sobre la política de Maurice Joly: *Diálogo en el infierno entre Maquiavelo y Montesquieu*. En el décimo diálogo imaginario entre los dos gigantes del pensamiento político, Maquiavelo afirma: "No introduciré ninguna modificación en las bases fundamentales de mi constitución sin someterlas a la aprobación del pueblo por la vía del sufragio universal". Montesquieu pregunta: "Permitiréis la discusión de vuestras enmiendas constitucionales? ¿Las someteréis a deliberación en comicios populares?". Responde el autor de *El príncipe*: "Incontestablemente no; si los debates en torno a los artículos constitucionales se realizaran alguna vez en las asambleas populares, nada podría impedir que el pueblo, en virtud de su derecho de avocación, se arrogara la facultad de cuestionarlo todo; al día siguiente, la revolución estaría en las calles". Comenta el barón ilustrado: "Entonces vuestras enmiendas se presentan en bloque y son aceptadas en bloque". Categóricamente responde Maquiavelo: "No hay otro medio, en efecto".

Vistas así las cosas, la República no ha logrado ser de derecho, democrática en los presupuestos mínimos, con sus formas jurídicas universales de igualdad y libertad. Los sujetos ciudadanos no son en Colombia ciudadanos, sino nuevos siervos engañados y alienados. Tal es la simulación vigente.

VI

¿No señalan acaso los mandarines de la historia patria, nacionales o extranjeros, que la personalidad histórica de Colombia es el civilismo?

No hay Estado de derecho y el anuncio del derecho social y del Estado social de derecho es precario y circunscrito a un intervencionismo estatal burocratizado y, por ende, ampliamente recortado, escamoteado. Las amplias mayorías no han recibido ni las oportunidades ni los beneficios que se desprenden tanto de sus necesidades como de sus demandas, al igual que de las posibilidades que le ofrece la riqueza y potencialidad de la nación y la sociedad: lo que formula y propone el derecho social de los derechos económicos, sociales, y culturales; y los derechos del patrimonio común como la paz, el medio ambiente y la ciudad. Además, en el plano ideológico y doctrinario que acompaña las políticas estatales, el derecho social es reemplazado por el neoliberalismo económico y social, con su apologética del mercado y el exitismo egoísta.

Es verdad que en Colombia existe un apego al derecho, a las fórmulas jurídicas como la manera de resolver los conflictos políticos y bélicos. Constituye un hecho de la cultura y la sociedad nacional la existencia de un discurso constitucional como parte de la nacionalidad en sus múltiples dimensiones, con un hilo histórico y una tradición que se presenta como pesado lastre de anacrónicos privilegios o como fuente de ímpetu renovador y creativo. Pero todo esto es complemento de realidades estructurales que le dan superioridad a lo arbitrario y violento.

En nuestro medio se acentúa la unidad entre violencia y cultura, entre instituciones civiles y guerra, entre derecho y abuso, entre justicia y ordalía, entre pacto social y lucha de clases antagónica, entre contrato y despojo, entre respeto y manipulación. En el juego de máscaras de los poderes dominantes se estila afirmar que también y de manera dominante somos pacíficos, buenos. Que la República ha conocido largos períodos de estabilidad y de democracia. Que la violencia y las guerras son marginales y secundarias y sólo en pocos casos explosivas. Es la mixtificación de ver al pueblo como rebaño manso y feliz.

Conviene recordar que la centuria anterior comenzó con la guerra larga, la de los Mil Días, que desangró las energías populares y nacionales. Vino luego, tan sólo un año después, la amputación de Panamá, luego la presencia en suelo colombiano de las compañías imperialistas del petróleo, el banana, la minería, la hacienda de enclave y los ferrocarriles. La paz existente hasta el gobierno del presidente Olaya (1930) es una paz que resulta de estas derrotas, de la implantación de una república autoritaria, conocida como conservadora en los anales de la historia patria. Y como no fue un período de conformismo obrero y campesino, se dieron numerosas huelgas y protestas, la mayoría reprimidas a sangre y fuego, mediante el expediente del estado de sitio y sus "leyes heroicas". Habrá que recordar siempre la huelga de las bananeras. Su desarrollo, tratamiento, masacre y persecución es la más significativa, pero no la única, y su importancia decisiva en la caída del régimen dominante. Y como balance de final de siglo y comienzos de milenio: dos decenios de profunda violencia y de guerra en ascenso, que le dan un mentís categórico a los maquilladores de la República sangrienta.

En el cuadro de luces y sombras de nuestra historia republicana, las pinceladas de lo tétrico y su color tenebroso dominan sobre los colores primaverales. Nuestra metáfora pictórica está representada en los *Caprichos* y *Los desastres de la guerra*, de Goya, en *La Violencia*, de Alejandro Obregón, y en la serie de cuadros sobre la violencia de Fernando Botero.

Lo que se ha conseguido en derechos humanos y democracia es conquista de unas luchas seculares, de una rebeldía profunda, de una épica política, que han logrado en algunos momentos estremecer la república oligárquica y burguesa, lograr reivindicaciones y consagrar derechos. También han existido élites empresariales, del trabajo, el derecho, la cultura, la intelectualidad y la política que han luchado por el progreso y la modernidad. Pero no han logrado romper la coraza de hierro del sistema de privilegios y exclusiones. Ni se ha conseguido continuidad en la crítica, en la oposición, en la constitución de las fuerzas políticas alternativas en el horizonte de la reforma, el progreso y la revolución. No se logró la modernidad democrática y el progreso social.

La presencia del pueblo y sus organizaciones, del pensamiento crítico, de socialistas y subversivos, es lo que ha impedido que el sistema arrase con la ética pública, con la memoria social e histórica, con todo lo que de democrático y popular existe.

No han podido consolidar el mito de una exclusividad hegemónica del bipartidismo liberal-conservador. En el balance histórico aparecen las rebeliones populares y las ideas socialistas de distinto significado, que no aceptan ser confundidas con las del socialismo burocrático.

VIII

Hay que visualizar, proponer alternativas a la crisis nacional y a la barbarie:

A. Colombia requiere con urgencia una paz digna y justa. No un acuerdo entre las élites guerrilleras y las del establecimiento. Debe ser una oportunidad para avanzar en el rediseño de la República, con las necesarias transformaciones económico-sociales a favor de las mayorías nacionales y populares.

Hay que apoyar el pacifismo en las calles, generar ideas políticas que lo hagan avanzar en organización y conciencia colectiva. Luchar porque se acoja el Derecho Internacional Humanitario en la guerra. Luchar por las treguas, la profundización de los diálogos y la negociación. Contra el secuestro, el asesinato, las masacres, las desapariciones. Hay que preparar el proceso de paz para que acoja la necesaria institución de una Comisión de la Verdad como institución supraestatal.

Se requiere una gran pedagogía sobre las experiencias internacionales y los antecedentes propios en esta materia y en otras, como el delito político, las amnistías y los indultos, la revisión de penas y la necesaria relación entre

paz, justicia y dignidad. Es un asunto que por su importancia decisiva, su extrema delicadeza y su inevitable y necesaria concreción, exige una preparación de fondo, organizada y cuidadosa. Libre de odios, pero también de complicidades.

Hay que avanzar en la idea y conciencia de que es necesario un Gobierno de Transición hacia la Paz que concite y exprese la unidad nacional, con amplio apoyo empresarial, popular y político. Hay que construir esta instancia –posible en el marco constitucional actual– porque es la forma de avanzar en lo concreto de los acuerdos, en el cumplimiento de lo que se pacte. Es la manera de rescatar la autoridad sin autoritarismos, doblegar los para-estados, defender la unidad nacional, realizar la construcción simbólica, social y política del Estado, como la institución pública de la sociedad y el pueblo.

Existe una dimensión internacional en la búsqueda de la paz. Está creciendo la conciencia de la comunidad internacional sobre la gravedad de la situación colombiana y ello se traduce en un mayor interés. Debemos propiciar la colaboración internacional al mismo tiempo que nos oponemos a la intervención extranjera. La paz debe ser con soberanía nacional pero sin aislacionismo. La paz no es autista, ella tiene que inscribirse en un colaboracionismo internacional muy activo. La lucha por la paz es al mismo tiempo la lucha por la vida en su acepción más plena.

Avanzar en la superación de los monopolios políticos e informativos. Regular democráticamente la televisión, la radio y los diarios en busca del derecho a una información veraz y objetiva, al comentario libre, al pluralismo ideológico e intelectual, a que se cumpla el primado de que los medios son un genuino servicio público. A superar el maridaje y la identidad entre periodistas y propietarios, entre riqueza e información.

B. Adoptar una gran política cultural, popular y social que supere la arbitraria separación entre educación-ciencia-arte y técnica. Entre lo cultural y lo social. Internacionalizar los saberes mediante apropiaciones creativas y críticas, al mismo tiempo que propiciamos nuestro aporte a la comunidad latinoamericana e internacional. Se trata de movilizar y organizar a la nación y la sociedad para este propósito estructurante, a su vez fuente de iniciativas, deliberaciones y decisiones. Fortalecer la Universidad Nacional y las universidades públicas regionales. La educación pública a todo nivel es esencial para los logros de la cultura, para la formación política en valores y en participación ciudadana, para la ampliación y fortalecimiento de lo público.

La identidad cultural y social de Colombia responde a un proceso histórico, dinámico, vivo, que abarca desde las sociedades precolombinas hasta nuestros días. Es la del pluralismo cultural y étnico, con preponderancia del mestizaje en los diversos escenarios del pensamiento, las artes y las letras. En

continuo dinamismo y polifonía, en sus ires y venires, avances y retrocesos. En el escrutinio de las identidades, la recuperación, fortalecimiento y desarrollo de la memoria histórica, las individuales y sociales, las que recuperan lo oculto, ignorado, desconocido, censurado, vetado, excluido, debe hacerse de manera sistemática y urgente. Sin ello no hay cultura ni conciencia crítica de la nacionalidad, de lo que somos y hacia dónde nos dirigimos.

Sólo este sentido de la historia y de la sociología de nuestras realidades, de nuestras culturas en todas sus dimensiones nos darán la clave para el diseño de las instituciones adecuadas. Ello nos lleva a realizar las valoraciones de la simulación, la imposición, la enajenación a modas culturales e ideológicas propiciadas por los medios de comunicación de masas de los centros del alto capitalismo, con su economía privilegiada de la tecnología de la informática y las comunicaciones. Y por ende proponer las necesarias rectificaciones.

C. Hay que recrear la economía, mediante una dimensión a favor del trabajo productivo y digno superando los modelos de especulación y usura, de desnacionalización y sometimiento a los organismos y entidades extranjeras. Los nuevos modelos alternativos deben recuperar la agricultura, garantizar la seguridad alimentaria, fortalecer la economía solidaria, realizar las reformas de la estructura agraria y urbana, colocando el trabajo productivo y digno como motor de las decisiones económicas. La banca y la gran industria deben reorientarse hacia lo público y lo social.

Se requieren nuevas relaciones sociales y nuevas pautas de civilización. Nuevos modelos de economía y estilos de desarrollo. La Ecosofía debe ser integrada como método y pensamiento para propiciar los cambios en las prácticas y actitudes humanas. La ecosfera debe colocarse en el centro de la organización del trabajo con criterios estrictos de sostenibilidad. Frente a la idea del Desarrollo Humano Sostenible –de nuevo el egocentrismo– y a la idea del Desarrollo Sostenible –de nuevo el crecimiento– hay que propiciar la idea de la Ecosfera Sostenible. Lo cual significa el uso moderno de las aguas para fundar nuevas relaciones de vida, de trabajo; darle nuevo y dinámico sentido a la vida en el campo y la organización de las ciudades como espacio de producción y trabajo, de sociedad y cultura, como escenario y logro de las artes. Hay que reconciliar la ciudad con la naturaleza para enriquecer la personalidad socio-cultural como construcción y hazaña y no como destrucción y depredación.

D. Hay que reinventar la planeación económica, social, cultural y ecológica desde lo local, municipal, regional hasta lo nacional. Debe ser democrática en la participación, deliberación, crítica y decisión, claramente autogestionaria. Los técnicos deben estar al servicio de este proceso autogestionario de la planeación, superando la subordinación existente hoy, de lo democrático a los técnicos.

Para la organización de la *Nueva República* se requiere rediseñar el ordenamiento territorial, administrativo y político del país. El actual es anacrónico e inequitativo. Hay que emancipar a las regiones, los municipios y las provincias del centralismo burocrático, de la entelequia de los departamentos, de las imposiciones de los aparatos electorales. Un sistema de grandes regiones con sus respectivas formas de integración nacional, garantizarían la democracia regional y municipal, el planeamiento desde abajo, la utilización y usufructo de las ventajas comparativas de ser Colombia un país de ciudades intermedias, epicentro muchas de ellas de realidades regionales. En que lo social y popular movilizados y organizados sean actores constructores de sus espacialidades.

La propuesta de *Estado Regional Unitario* nos coloca en el horizonte de dar respuesta a los fueros federales, sobre la base de una férrea Unidad Nacional, aspiración colectiva del pueblo colombiano. La opción entre Estado Regional y Estado Nacional es falsa. El genuino camino es la combinación de estas dos dimensiones en el marco de una República democrática en lo político-institucional y en lo social-cultural.

El *Estado Regional Unitario* facilita una mayor y mejor colaboración e internacionalización de Colombia en América Latina, los Estados Unidos y el mundo. Es una república y una sociedad fuerte para la internacionalización sin subordinación, como ciudadanos del planeta Tierra. Es lo que corresponde para instalarse en el mundo moderno, pero de una manera creativa, en condiciones de equidad en la dinámica del intercambio, del dar y recibir, del aprender y enseñar. Es volver a plantear y a luchar por la Unidad de América Latina mediante la cooperación y la integración.

E. El socialismo de nuestro tiempo es una postura, pensamiento, cultura y acción de izquierda e internacionalista. Su lucha contra las desigualdades es el motor de propuestas y actividades contra la explotación económica, la marginalidad social, la pobreza, la miseria y la incultura. Pero igualmente, contra las otras desigualdades: las de la opresión política, religiosa, étnica, cultural. Contra el racismo y el sexismo. Destaca la lucha contra la discriminación a que son sometidas las mujeres y reconoce y apoya su participación como invaluable, necesaria y enriquecedora. Como profundamente liberadora. No ve en la crisis de la familia tradicional, en su desintegración, el caos y la muerte de esta forma social e institucional; señala que se están dando nuevas realidades que permiten su necesaria existencia, liberada del machismo y del autoritarismo.

La lucha por la igualdad es la lucha por la dignidad humana, como valores positivos, necesarios y posibles de lograr. Valora las libertades como liberación de la superstición, el oscurantismo, el dogmatismo y sus

fundamentalismos. Es partidario del libre examen, de la libertad de conciencia religiosa dado su carácter de pensamiento laico. El socialismo es un pensamiento crítico que se apoya en las ciencias y sus desarrollos técnicos. Pero por ser precisamente un pensamiento crítico evalúa y somete permanentemente a escrutinio las actividades y formulaciones de las ciencias. Critica la ciencia instrumental al servicio de la ganancia, que está organizada en los complejos económico-militares, cuya existencia e intereses, constituye una de las matrices de las guerras que se dan permanentemente en distintos países y regiones del mundo.

La razón instrumental en la ciencia y la tecnología debe ser constantemente cuestionada y desenmascarada como dispositivo de poder del sistema, y en contra de las mayorías sociales. También y de manera especial porque destruye el ambiente natural, social y altera en profundidad los ecosistemas.

Reconoce las artes y las letras en sus múltiples dimensiones. La producción artística es imprescindible para la construcción de la humanidad, porque la enriquece, la libera, la dinamiza.

Las creaciones humanas son un producto combinado de la lucha y el ejercicio de las libertades e igualdades, por eso es sensato y lógico afirmar que la libertad es primero liberación de las injusticias de todo orden, de superación de la exclusión. Que la igualdad es creación de condiciones ciertas, materiales y de todo orden, para el ejercicio de las libertades. Que no es consecuente una igualdad jurídica que descansa en la desigualdad social.

La idea y la práctica de la solidaridad, de la fraternidad, es otro de los núcleos duros del pensamiento y la acción humanista. La solidaridad tiene un alcance nacional, latinoamericano e internacional, constituye elemento esencial del internacionalismo. Como valor ético debe acompañar el diseño de la política que se formule y se realice en el seno de los trabajadores, las mujeres, los estudiantes, los indígenas y los negros. Es la respuesta al mito de la masa, de la tribu y la clientela que la cultura política del bipartidismo liberal-conservador han construido para desventura de Colombia. Presupone y al mismo tiempo propicia la formación de una individualidad rica en valores positivos para el desarrollo de su singular personalidad. En todo caso distinta a la individualidad egoísta, elitista y consumista, que de manera alienante nos ofrece el capitalismo actual, con su paradigma del mercado y la hegemonía del imperio americano. La solidaridad constituye un valor urgente por rescatar y fortalecer en las comunidades y en la sociedad.

La diversidad y el pluralismo son valores y creaciones de signo altamente positivo porque propician el diálogo y el reconocimiento, y en consecuencia el dar y el aprender. Es lo contrario a lo único, exclusivo, homogéneo, uniforme y su propósito esencial es la inclusión, la integración, la cooperación. La

diversidad de lenguas, culturas, etnias, religiones, formas de pensamiento político-social, costumbres, pueblos, naciones, géneros y categorías humanas, enriquece las sociedades humanas y son el motor esencial de su desarrollo.

El reconocimiento de las diferencias, el respeto y la argumentación sobre su valía es un punto fuerte en la acción de construir una sociedad justa y democrática. A esto hay que incluir el comportamiento frente a la naturaleza. Reconocer y defender la biodiversidad como el máspreciado elemento constitutivo de la posibilidad y existencia en civilización. Como piedra de toque del futuro de la existencia del planeta Tierra y de lo humano.

Los momentos que vivimos son de incertidumbre, confusión y zozobra. Por ello se requiere, más que nunca, el despliegue y ejercicio del pensamiento crítico, de los análisis y proposiciones, de los escrutinios de fondo que auscultan en la raíz del sistema y de sus instituciones. Un esfuerzo de diálogo y polémica. Sí, hay que reinventar el diálogo y su compañera insustituible la polémica, que han sido excomulgadas por los docentes y personeros del pensamiento único.

Que crezca la audiencia de las voces críticas, de las luchas y sus organizaciones, para deliberar, proponer, autogestionar. Fundar poderes de democracia radical, cuyo horizonte es la emancipación libertaria.

10

3 Construcción de formas de resistencia política: el caso del Frente Social y Político

NOTAS PARA UN DEBATE

Alejo Vargas Velásquez*

* Profesor del Departamento de Ciencia Política, Facultad de Derecho, Ciencias Políticas y Sociales, Universidad Nacional de Colombia.

“Hay dos maneras de entender la utopía. La utopía como un norte ideal que permite descubrir lo que asoma en la vida de la sociedad, lo que corroe una manera histórica de vivir de los hombres, lo aún no existente. La otra forma de entender la utopía es como una construcción ideal, como una sociedad perfecta a la cual los hombres deberían acomodarse. Marx no fue un constructor de utopías en este último sentido, pero trató siempre de prefigurar un futuro.”

JOSÉ ARICÓ¹

A manera de introducción

Los embates de la globalización neoliberal han venido acompañados de la crisis en los paradigmas políticos tradicionales, de una tendencia a la fragmentación social ligada al desprestigio de las formas de organización partidista, del auge de las prácticas individualizadoras y de la promoción del horizonte del crecimiento económico como el único que viabiliza la sociedad contemporánea, asimilándola al desarrollo del momento actual del capitalismo.

Frente a estas tendencias es necesario impulsar alternativas políticas al discurso tradicional, no sólo al bipartidismo histórico, que se transformen en nichos de resistencia política al neoliberalismo que, en sociedades como la colombiana, se agravan por los niveles de exclusión política, pobreza, autoritarismo y subordinación a los polos hegemónicos contemporáneos.

Es dentro de este contexto que se sitúa la propuesta del Frente Social y Político que pretende, con un discurso basado en la importancia y centralidad de lo social, transformarse en una fuerza jalonadora de la búsqueda de otra alternativa de desarrollo y en un polo de aglutinación de la resistencia social y popular, que se transforme en una posibilidad cierta de gobierno en el mediano plazo, sin perder de vista los referentes políticos y sociales del largo plazo.

El contexto en el cual surge el Frente Social y Político

La propuesta del Frente Social y Político emerge en un contexto caracterizado por los siguientes elementos, tanto internacionales como nacionales:

¹ Citado en Fernando Calderón, “Los esfuerzos de Sísifo: Conversaciones sobre las ciencias sociales en América Latina”, San José de Costa Rica, Editorial Universidad Nacional, 1999.

El escenario contemporáneo es el de la denominada globalización neoliberal en la que existe una tendencia muy marcada a la integración de los mercados financieros a través de mecanismos que escapan al control de los estados-nación clásicos, y con crecientes presiones hacia la desregulación de los diversos mercados (exceptuando, por supuesto, el mercado de la fuerza de trabajo, es decir, el mercado laboral), de tal manera que la lógica de la acumulación no se centra más en el mercado nacional sino en el internacional. Progresivamente estos esfuerzos de mundialización económica comienzan a suscitar acciones contestatarias también a nivel global, como lo manifiestan las movilizaciones en Seattle, Washington y Praga contra la Organización Mundial del Comercio, el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional.

El mundo pasó de un escenario marcado por la bipolaridad y la denominada “guerra fría”, a otro caracterizado por la unipolaridad en lo político-militar (un solo polo dominante, los Estados Unidos de América) y la multipolaridad en lo económico (pareciera avanzarse, aunque todavía sin la suficiente claridad, hacia la conformación de bloques económicos regionales). Lo anterior, junto con el cambio de las relaciones Este-Oeste, ha influido en el replanteamiento de las relaciones Norte-Sur, en el rol de la ayuda al desarrollo y en el peso relativo que a nivel internacional tienen movimientos de países del Sur como los No Alineados.

Las prioridades de la agenda global, fuertemente condicionada por el país hegemónico, abarcan aspectos como la utilización racional del medio ambiente, el problema del tráfico ilegal de drogas, la consolidación de la democracia y, con relevancia, el respeto y vigencia de los derechos humanos en las distintas sociedades.

Pero esto tiene implicaciones no solamente en lo relativo a las relaciones económicas, igualmente y de manera especial lo que pareciera estarse poniendo en cuestión es el concepto mismo de Estado-Nación y uno de sus elementos constitutivos: la soberanía estatal, que progresivamente pareciera subordinarse a lo que podríamos denominar “soberanías compartidas”, a las cuales por supuesto no son ajenas las relaciones de dominación internacional.

Igualmente, dentro de un escenario de auge y de comienzos de crisis del denominado modelo neoliberal es, sin duda, más que con un conjunto de políticas económicas con las cuales se quiere exclusivamente identificar. Se trata realmente de un nuevo escenario de relacionamiento entre sociedad y Estado. Un escenario que pretende ser despolitizado y desideologizado (porque la nueva ideología es la que afirma “que las ideologías han muerto”), en donde los actores políticos tradicionales (de corte ideológico) se desprecian y no se les asigna ningún rol de importancia, y donde además lo que se privilegia es

una relación pragmática, centrada en problemas concretos y que no trasciendan el ámbito de lo inmediato.

Este nuevo escenario está sustentado a nivel paradigmático en la perspectiva interaccionista que ve el desarrollo como producto de la competición de los intereses individuales y el obstáculo fundamental al mismo proveniente del excesivo peso del Estado en la economía (lo que genera carencia de empresarios privados, ineficiencia e ineficacia en el sector público y privado) y en la sociedad (paternalismo en relación con el Estado, dificultades para practicar la democracia política y consolidar la integración nacional)².

El desarrollo de las sociedades desde esta perspectiva requiere, entonces, la creación de condiciones que posibiliten que la suma de los intereses individuales construyan efectivamente el interés colectivo, es decir, crear “reglas del juego” para que todo el mundo gane, comenzando por aquéllos mejor posicionados y, posteriormente, hacer extensivo los beneficios a los demás. La idea-fuerza es la confianza total en las supuestas virtudes de la competencia. Se trata de reducir la importancia del Estado, transformar su rol intervencionista y desarrollar la iniciativa privada en todos los campos, lo que a la larga estimulará el progreso general.

Las políticas de desarrollo se van a basar en la privatización, la competencia, la internacionalización y la iniciativa privada, y el Estado sólo deberá jugar un papel regulador que no suplante la acción de los agentes privados sino que los estimule. Es la concepción neo-liberal del desarrollo que considera necesario neo-liberalizar el Estado, la economía y la sociedad. En lo político se trata de re-estructurar la democracia liberal de corte representativo y centrada en lo político y estimular formas de democracia participativa desideologizadas y despolitizadas basadas en la acción privada. Los actores fundamentales del desarrollo van a ser las élites modernizantes privadas (nacionales e internacionales) que van a jalonar el proceso de competencia.

En estas nuevas condiciones, los impulsores del neoliberalismo consideran que lo fundamental para el crecimiento económico es actuar sobre la oferta y no sobre la demanda (como lo consideraban las escuelas de influencia keynesiana). La política estatal, entonces, no va a orientarse a sostener la demanda sino a crear condiciones para que se desarrolle el mercado mediante estímulos a la oferta.

² Vamos a seguir parcialmente el texto del profesor Guy Bajoit, “Les explications sociologiques de l’inegal développement des sociétés humaines”, Rapport CMID 11, Institut Supérieur de Philosophie, Problématiques Interdisciplinaires, Université Catholique de Louvain, Louvain-la-Neuve, julio, 1987.

Pero igualmente este conjunto de políticas económicas comienzan a mostrar sus falencias, pues si bien han demostrado ser eficaces para contribuir a ajustar los equilibrios macroeconómicos, del mismo modo han sido promotoras de mayores niveles de pobreza y exclusión social. Podemos decir que el llamado neoliberalismo comienza a “hacer agua”.

De otro lado, tenemos una región andina en profunda crisis social, económica y política: Ecuador con una reiterada inestabilidad política, asociada a su vez con una crisis social y económica de grandes magnitudes; en Venezuela el proceso de cambio institucional liderado por el gobierno del presidente Chávez ha generado profundas incertidumbres en las élites nacionales y regionales, lo cual se acompaña a su vez de una reiterada situación de crisis en lo económico y lo social; Bolivia es un verdadero caso de inestabilidad social que acusa de manera evidente los efectos perversos de las políticas aperturistas, privatizadoras y, adicionalmente, de equivocadas políticas de lucha contra los cultivos de uso ilícito; en Perú el mito del tirano eficaz se derrumbó estrepitosamente anegado en corrupción, con vinculaciones del gobierno en el tráfico de armas y de narcóticos y de crisis en todas las instituciones de la democracia. Es decir, que la región andina vive una verdadera inestabilidad social, económica y política que la convierten en una virtual caldera de ebullición social.

b) En lo interno

Una de las características de la Colombia contemporánea es la violencia que se manifiesta en muchos ámbitos de la vida nacional y un conflicto interno armado que tiene ya casi cuatro décadas de duración, en proceso creciente de profundización. En esto inciden factores de orden estructural que hunden sus raíces en la configuración histórica del país, de donde han resultado estructuras socioeconómicas y políticas excluyentes que le impiden el ejercicio de la ciudadanía a una buena parte de la población, aspectos que diferenciamos de los factores específicos que se encuentran en la base del surgimiento de las organizaciones guerrilleras, e igualmente de otras causalidades posteriores que han contribuido a su reproducción.

Esta es una distinción necesaria ya que en los últimos tiempos se ha manifestado una tendencia a presentar el conflicto interno armado como ligado exclusivamente al narcotráfico y, a partir de allí derivar hacia una lectura de la situación que implica que la lucha contra el narcotráfico y contra la guerrilla son una y la misma cosa –sobre todo por razones del uso de la ayuda militar norteamericana–, e igualmente considerar que el conflicto interno armado se resuelve si se logra “derrotar” al narcotráfico.

Colombia vive una guerra interna compleja y prolongada que combina problemas no resueltos de la premodernidad capitalista, como el agrario, que

sigue estando en el corazón de las demandas de los alzados en armas, al tiempo que se articula con otros de la problemática del mundo contemporáneo, como el consumo de drogas psicoactivas por millones de adictos permanentes a estos estimulantes y que son la demanda jalonadora del narcotráfico, dentro del cual Colombia juega un rol fundamental, tanto por la presencia de miles de campesinos en zonas marginales del país, a quienes no les quedó otra alternativa productiva real que la siembra de coca y amapola, como por la existencia de mafias de traficantes de estas drogas ilícitas.

El conflicto político armado y sus protagonistas tienen entronques muy amplios en la realidad de nuestros problemas políticos, sociales y económicos, y su solución no solamente es la menos costosa desde el punto de vista político, social y económico, es decir racional, sino la que se impone en una sociedad que se precia de moderna y más aún en el mundo contemporáneo, pero además porque todas las guerras finalmente terminan en la mesa de negociación.

Sin embargo, la existencia de conflictos sociales no puede ser una justificación para la persistencia de la guerra. Solucionar el conflicto político armado no es otra cosa que darle salida negociada a un período muy importante de la vida política colombiana. No para que se acaben los conflictos. Ni para que se acabe el debate sobre las ideologías y los proyectos políticos; por el contrario, para que éstos se puedan desplegar en toda su potencialidad, con toda la creatividad que esto conlleva, y sin el riesgo de comprometer la vida de los dirigentes o de sus participantes.

Colombia ha estado atrapada desde hace más de veinte años en la polaridad de paz y guerra: es decir, que simultáneamente se ha desarrollado la confrontación militar mientras se han hecho esfuerzos por buscar caminos de superación negociada del conflicto interno armado; todo esto independientemente de la voluntad de los actores del mismo. Dentro de esas lógicas contradictorias actúa el denominado Plan Colombia, contribuyendo a escalar la guerra interna y tensionando el conjunto del área andina, como la nueva estrategia norteamericana para re-adequar su dominación en la región andina, con el pretexto de la lucha contra el narcotráfico.

Pero igualmente surge el Frente Social y Político en el contexto de una crisis económica y social muy profunda: en 1999 la economía colombiana tuvo una tasa negativa de crecimiento de cerca del 5% y presenta índices de desempleo abierto por encima del 20%, con niveles de pobreza que involucran a cerca del 60% del total de la población.

La democracia colombiana, como todas las existentes en el contexto neoliberal, parece adquirir más un énfasis político procedimental (multipartidismo, elecciones periódicas) en el que se minimizan los aspectos socia-

les y económicos y se presenta simultáneamente una revalorización de lo institucional.

Los llamados desde el Estado a la participación ciudadana y a la nueva democracia se caracterizan por situarse en espacios políticos y sociales fragmentados, sin aparentes relaciones de articulación entre sí, ni con lo global: como ciudadano, se invita a participar en lo político-electoral (independientemente en lo nacional, en lo regional y en lo local); como habitante de una comunidad, a participar en la solución de los problemas comunitarios; como usuario de los servicios del Estado, a participar en la mejor gestión de los mismos, contribuyendo a pagar sus costos reales y a ejercer una “auditoría social”; como empleado, a la buena marcha de la empresa; como integrante de un género determinado, a una relación más igualitaria. Es la asimilación de la tradicional soberanía popular con lo que se ha denominado como la “soberanía del consumidor”.

Sin embargo, un aspecto que se debe destacar con relación a las convocatorias estatales a la democracia y a la participación ciudadana es que son convocatorias que se hacen a una sociedad des-organizada, no claramente constituida como actor social, esto es, fragmentada. Es más, el Estado en muchas ocasiones contribuye a conformar estos mismos actores, lo cual hace que la participación (con contadas excepciones) no le sea ofrecida a movimientos sociales actuantes y mucho menos se pueda señalar que la misma sea una clara “conquista” de estos últimos.

En este nuevo marco la representación política parece transformarse sustancialmente. Los partidos políticos clásicos de corte ideológico entran en profunda crisis y parece abrirse paso un nuevo tipo de partido, más cercano al esquema movimientista, al estilo de los “cath-all parties” o partidos pragmáticos que formulan propuestas de coyuntura que respondan discursivamente a las preocupaciones sociales inmediatas, y donde lo fundamental es impactar a los potenciales electores a través de las diversas estrategias del denominado “marketing” político, donde prima el eslogan impactante y el manejo de imagen por los medios masivos de comunicación. La mayor credibilidad va a recaer en las personas, en los líderes partidistas más que en los partidos o en los programas (los programas de todos los partidos terminan por ser sensiblemente similares).

Se ponen de moda los discursos y propuestas “posibilistas” y pragmáticos y ya se sabe que el realismo en política se reduce al arte de lo posible, y por esa vía lo único “posible” es casi siempre lo existente. Se va a presentar entonces lo que A. Wolfe llama la “esquizofrenia del votante”: “el ciudadano invitado a participar es inducido luego a desmovilizarse, de convocado a aspirar a una sociedad mejor pasa luego a ser reconvenido a ser realista”³.

Los denominados movimientos sociales de tipo “monotemático”, ya sean de carácter regional o nacional, cuya preocupación gira alrededor de una problemática particular, igualmente parecen tener espacios importantes de representación, al estar centrados en su preocupación por aspectos particulares de corto plazo, sin preocuparse mucho por el poder político global. Esto correspondería al intento de dar representación a intereses parcelados y fragmentados (regional o sectorialmente) que no parecen encontrarse claramente representados en discursos de pretensión universalista. Estamos frente a una descentralización de las representaciones sociales y políticas.

A tono con lo anterior, los espacios de representación igualmente se diversifican y fragmentan. Ya no sólo es el espacio de la representación nacional—donde siguen predominando las formas de la democracia representativa y donde las organizaciones partidistas siguen teniendo predominancia—sino también los espacios de representación regional y local, en donde se discuten fundamentalmente las propuestas de solución a los problemas inmediatos de la población, y donde tendrían mayores posibilidades de éxito las organizaciones movimientistas. Se trata de una modificación de la espacialidad de la democracia que ya no sólo se juega en lo nacional, sino también en lo regional y lo local.

Ahora bien, estas distintas expresiones regionales de la democracia pueden posibilitar la configuración de alianzas o convergencias disímiles, a partir de los factores de poder real existentes en estos múltiples espacios—ya que al centrarse sobre lo regional se posibilita la conformación de movimientos que pueden llegar a constituirse en nuevos sujetos colectivos—, que si bien tienen características de heterogeneidad, el hecho de estar ubicados en un mismo ámbito espacial les suministra un elemento de identidad colectiva. Estos nuevos actores, sin embargo, tendrían el reto de desplazar a los actores de poder tradicionales y sus prácticas de reproducción, ya que desde los sectores subordinados también parece desarrollarse una lógica de resistencia que busca contraponerse a la lógica dominante y que de alguna manera se expresa paradigmáticamente en la aproximación denominada accionalista⁴; aquella que concibe el desarrollo de las sociedades como producto del enfrentamiento de los movimientos sociales.

Las condiciones para que se dé el desarrollo apuntan, desde esta perspectiva, a la superación de los obstáculos estructurales y coyunturales a tra-

³ A. Wolfe, *Los límites de la legitimidad*, México, Siglo XXI Editores, 1980, citado en Daniel García Delgado, “Neo-liberalismo, sistema político y sociedad civil”, mimeo, 1990.

⁴ Véase Guy Bajoit, *op. cit.*

vés del enfrentamiento conflictual aunque no necesariamente contradictorio⁵ de los movimientos sociales que permita consolidar proyectos de futuro, construir un sistema político e institucional abierto, incluyente, y lograr una organización social con mayores niveles de autonomía y respeto a la diversidad.

En este sentido, los actores fundamentales del desarrollo vendrían a ser los movimientos sociales de los sectores subordinados de la sociedad, que son actores sociales y no directamente políticos, esto es, los grupos de base que buscan una creciente autonomía de la sociedad civil frente al Estado y a cuya cabeza se encuentra una especie de "élite solidaria".

Dentro de esta perspectiva la participación es valorada como la posibilidad con que cuentan los actores subordinados de la sociedad para construir su propio proyecto de futuro, abarcando tanto lo político (democracias participativas incluyentes), lo social, como mecanismo para definir aspectos de la vida cotidiana de la gente, como lo económico en la orientación de las políticas estatales y en el desarrollo de proyectos autogestionados.

Lo anterior significa que el nuevo discurso democrático sólo se remite a la representación de intereses sectoriales (en este campo hay mayores posibilidades de participar e incidir en las políticas públicas) y locales. Pero no hay ninguna posibilidad de participación en la toma de decisiones de las políticas públicas fundamentales. Ese no es un campo para la nueva democracia.

Dentro del nuevo contexto se intenta estimular acercamientos y aun convergencias entre sectores sociales antagónicos y que estuvieron enfrentados en el pasado, que en algunos casos pretenden expresarse como coaliciones electorales de pobres y ricos sobre bases simbólicas como, por ejemplo, atacar la burocracia y la corrupción, reformar el Estado para que sea más eficaz y eficiente.

No obstante, en el caso colombiano lo anterior se confronta de manera permanente con la modalidad tradicional y predominante de participación electoral, encarnada en las diversas versiones del clientelismo, que paradójicamente tienen como espacio de expresión privilegiada, lo regional y lo local.

Las propuestas de salida a la crisis colombiana promovidas desde el Estado se mueven dentro de un marco contradictorio: de una parte, la búsqueda de reconstrucción de un orden político que sea más incluyente, y de otra, una modernización económico-social que tiende a ser altamente excluyente. No podemos olvidar que la legitimidad de un régimen político se sustenta en dos elementos fundamentales: la participación de la mayoría de los miembros de la sociedad en la conformación de sus instituciones y en el nombramiento de los dirigentes de las mismas y en que los miembros de la sociedad resulten beneficiados del desarrollo económico en términos de su calidad de vida. La legitimidad no es simplemente un problema político, sino también una cuestión económica y social.

Lo cual configura una situación similar a la que Boaventura de Sousa Santos caracteriza para el caso del Estado semiperiférico portugués como un “Estado paralelo”, cuando señala: “Se trata de un proceso altamente contradictorio porque el Estado que se compromete constitucionalmente con un cierto modelo de legalidad es el mismo que estimula e incentiva un irrespeto de ésta en la práctica de las relaciones sociales, de lo que resulta una amplia discrepancia entre el marco legal y las prácticas sociales. Esta forma de actuación implica una desvalorización tal de los derechos sociales, de la Constitución política y del orden jurídico en su conjunto, que de perdurar puede inviabilizar en el futuro cualquier pacto social por falta de garantías de que el compromiso consignado será legalmente asumido y ejecutado”⁶.

El intento de consolidar un nuevo orden no significa la vuelta a la antigua normalidad, sino imponer y afianzar una nueva, conlleva profundas modificaciones en las relaciones sociales para hacerlas compatibles con las nuevas relaciones productivas. La consolidación de un nuevo orden implica una drástica transformación del escenario básico de las relaciones sociales y la instauración de unas nuevas relaciones expresivas de la dominación social. Lo anterior, a su vez, conlleva modificaciones igualmente en el ámbito ideológico y en la forma como se representan las responsabilidades del Estado y de la sociedad.

Los problemas centrales de la democracia colombiana parecerían estar situados en estos nuevos tiempos en una serie de dimensiones laberínticas:

a) Se trata de fortalecer las instituciones de la democracia política representativa (incluidos los partidos políticos);

b) resolver el conflicto político armado como mecanismo para avanzar hacia la consolidación del monopolio estatal de la coerción, que ha sido en el caso colombiano una permanente quimera;

c) lograr espacios de participación económica y social para las grandes mayorías, que en el mejor de los casos no parecen ir más allá de posibilitar los mínimos vitales para su sobrevivencia;

d) finalmente, desarrollar los mecanismos de una cultura democrática que permitan romper con la tradición de violencia como forma privilegiada de resolución de conflictos y posibilitar así la construcción de un orden social, político y socialmente incluyente.

⁵ Véase al respecto la Introducción del libro del autor: *Magdalena Medio santandereano. Colonización y conflicto armado*, Cinep, Bogotá, 1992.

⁶ Boaventura de Sousa Santos, *O Estado e a Sociedade em Portugal (1974-1988)*, Biblioteca das Ciencias do Homem, Edicoes Afrontamento, 1990.

Los actores del sistema político se van a ver enfrentados a algunos de los siguientes dilemas: ¿cómo ajustarse a las nuevas condiciones que generan exclusión económica y social y tener al mismo tiempo éxitos electorales? ¿Cómo dar respuestas a demandas que se asocian a legitimidades contradictorias: la del sector del capital, que propende por aplazar los objetivos redistributivos y la de los sectores populares que pretenden que se aumente el gasto social y la redistribución del ingreso? Esto, sin duda, va a derivar en una precaria y conflictiva legitimidad estatal.

Lo dicho anteriormente va a generar el que parece ser el problema central de los gobiernos, sobre todo de los situados en la periferia del desarrollo económico capitalista y que se mimetiza tras el discurso de la democracia: el problema de la gobernabilidad. Y no siempre la gobernabilidad se posibilita en sociedades con profundas desigualdades como la colombiana, con la vigencia del deber ser democrático. La consolidación del orden y la garantía de la gobernabilidad conllevan regularizar el funcionamiento de la sociedad, de los comportamientos individuales y poder hacer materia de previsión el funcionamiento del mercado⁷. La gobernabilidad implica que la sociedad se regule ya sea por el mercado en lo económico, o por la democracia en lo político-institucional.

Pero los esfuerzos estatales hacia la institucionalización chocan con el desinterés y el bajo nivel de crédito que se le da a lo institucional desde la sociedad. Es la presencia de una cierta cultura de incredulidad en lo institucional, que se manifiesta históricamente en la renuencia a participar en las convocatorias institucionales (incluidas las convocatorias electorales), pero que no se expresa más que en momentos coyunturales en la forma del rechazo militante y activo.

Todo lo anterior deriva en la parcial representatividad de las organizaciones partidarias, sindicales, campesinas y comunales, en que las demandas sociales se “tramiten” por mecanismos extrainstitucionales, y en que aflore una solidaridad larvada con las manifestaciones de actores extra-institucionales que confrontan una institucionalidad parcialmente en entredicho, por parte de sectores sociales habituados a convivir con prácticas cuasi-ilegales, o a que irrumpa una creciente para-institucionalidad. Es el desfase entre inconformidad social y representación política, o la nueva relación entre luchas legales e ilegales como respuesta a un “Estado paralelo” que combina medios legales e ilegales de dominación⁸.

Se configura así el cuadro de un nuevo tipo de democracia que pretende presentarse como participativa y desideologizada, pero que realmente expresa un intento de disciplinar autoritariamente la sociedad. Una democracia autoritaria es aquella en la que predomina el discurso de la ley y el orden

La propuesta del Frente Social y Político

“No hay una forma sino varias de ser de izquierda... Hay una, por ejemplo, que sobrevive, aunque en decadencia, y es la de los grupos que reclaman el título de izquierda verdaderamente revolucionaria y escuchan sólo el eco del círculo reducido de sus militantes. Está también nuestra versión de la izquierda a la ‘americana’, una izquierda de cátedra, en la Universidad, donde se milita no sólo en nombre de Marx sino también de Foucault, de Derrida o de Deleuze. Hay seguramente otras, pero quisiera referirme a una franja en la que me siento alojado. Se trata de un sector de fronteras inciertas, sin articulación política y que remite antes que a faros ideológicos o teóricos a una subjetividad de izquierda, mejor dicho, a una subjetividad constituida históricamente en el marco de la cultura de izquierda y que es sensible a la cuestión de la igualdad como a ninguna otra y a los lazos que la desigualdad tiene con la distribución social de la riqueza y del poder.”

CARLOS ALTAMIRANO⁹

La iniciativa del Frente Social y Político se sitúa dentro de los esfuerzos, de ya larga data, de construcción de opciones políticas alternativas al bipartidismo liberal-conservador, pero también a los discursos económico-sociales dominantes y en especial a las propuestas de convergencia política.

El sacerdote Camilo Torres Restrepo fue pionero en proponer, a mediados de los años 60, la necesidad de construir nuevas fuerzas políticas, diferentes al bipartidismo tradicional y de poner por encima los aspectos que unen, dejando de lado los que separan y desunen. En ese sentido se ubicaba su pro-

⁷ Consideraciones similares para el proceso de conformación del Estado latinoamericano en la post-independencia española encontramos en Oscar Oszlak, “Formación histórica del Estado en América Latina”, en Bernardo Kliksberg (compilador), *La reforma de la administración pública en América Latina*, Alcalá de Henares-Madrid, Instituto Nacional de Administración Pública, 1984.

⁸ Haciendo un símil con lo planteado por Boaventura de Sousa Santos, *op. cit.*

⁹ Citado en Javier Trimboli, “La izquierda en la Argentina”, Buenos Aires, *Cuadernos Argentinos Manantial*, 1998.

puesta de Frente Unido, uno de los movimientos de masas más importantes, aunque efímero, de los sesenta, que fue una convocatoria a los excluidos de la época –“los no alineados”, como los llamó–, para hacer referencia a todos aquellos colombianos que no estaban participando activamente en política, o que no estaban bajo ninguna bandera partidista. Iniciativas como la surgida del movimiento social y sindical –el Frente Social y Político– se podrían acercar, con las particularidades del momento, a estas ideas precursoras propuestas en su hora y que irían a ser reiteradas posteriormente en esfuerzos como los de la Unión Patriótica. El Frente Social y Político tiene el reto de construir una alternativa política para el país todo, desde lo popular, lo social y lo democrático; en otras palabras construir la propuesta democrática del siglo XXI, que tiene que ser distinta a la vieja izquierda del siglo XIX.

Se trata de una iniciativa política surgida del movimiento sindical y acogida por otros sectores sociales, que pretende constituirse en un polo político alternativo de izquierda para la sociedad colombiana; en esa medida debe tomar distancia de los sectores que lo originaron para que ésta y aquéllos tengan su identidad propia y no vayan a terminar haciendo cortocircuito. Lo anterior no porque se crea que una propuesta de transformación social se pueda hacer contra o sin la participación de la clase obrera, sino porque creemos algunos, con José Aricó, que “las fuerzas sociales de transformación no están prefiguradas, se constituyen permanentemente a través de procesos políticos que rompen los estancos cerrados de las clases y fuerzas tradicionales –y, desde este punto de vista, la clase obrera también es tradicional–; la política en definitiva produce los sujetos transformadores y no, como se tiende a pensar, los expresa, los representa”¹⁰. Lo cual implica tomar distancia de las lecturas que nos hablan de sujetos históricos predeterminados que jalonan la transformación social: la burguesía, inicialmente, en las denominadas “revoluciones burguesas” y el proletariado, posteriormente, en las “revoluciones socialistas”.

Uno de los grandes retos de la construcción contemporánea de alternativas políticas de izquierda es cómo relacionarse con las organizaciones sociales. Cada vez va a ser más difícil pensar en propuestas políticas a las cuales se les delegue completamente y de manera irresponsable (en el sentido de no responder por la delegación dada) la representación de intereses. Todo indicaría que las propuestas políticas de izquierda que pretendan consolidarse como alternativas ciertas de poder, deben establecer una relación muy estrecha con las organizaciones sociales populares, en las cuales las distancias entre dirigente-dirigido se acorten y tiendan a diluirse y donde la representación apunte a una posibilidad de revocatoria y a una circulación mucho mayores que las que tradicionalmente hemos conocido.

Igualmente, cada vez parece menos pensable la posibilidad de que las organizaciones sociales sean consideradas como simples prolongaciones del aparato político, meras “correas de transmisión” de la organización partidista. Sólo una relación de mayor autonomía entre las organizaciones sociales populares y las políticas de izquierda puede posibilitar que efectivamente las primeras miren a las segundas como mecanismos de expresión política de intereses. Y esto no sólo discursivamente. Se trata de hacerlo realidad. Las organizaciones sociales populares contemporáneas cada vez parecen menos dispuestas a endosar un “cheque en blanco” a las vanguardias políticas.

Sin duda que recuperar la democracia como referente de lucha, es una bandera que hoy día le compete a las propuestas políticas de izquierda. En ese sentido, la defensa y el desarrollo de la democracia procedimental, la vigencia plena de la ciudadanía, la posibilidad del multipartidismo, la independencia de las organizaciones sociales deben ser banderas de cualquier propuesta de izquierda. Pero no se trata de contentarse con esto. Hay necesidad de colocar en el horizonte de sus luchas inmediatas la profundización de la democracia más allá de su dimensión exclusivamente política. Se debe buscar que la democracia abarque progresivamente las dimensiones económica, social e internacional. La sola dimensión política de la democracia resulta estrecha y recortada. La democracia hay que considerarla igualmente en sus dimensiones económica y social, incluyendo la dimensión de lo cotidiano.

Coincidimos parcialmente, en el acotamiento de las prioridades de una izquierda contemporánea, con lo planteado por Elías Díaz cuando considera como signos de identidad de izquierda “una mayor predisposición para políticas económicas redistributivas y de nivelación proporcional, basadas más en el trabajo que en el capital; un mayor aprecio en la organización social hacia lo público y común que sólo hacia lo privado e individual; prevalencia de los valores de cooperación y colaboración sobre los de confrontación y competición; más atención hacia los nuevos movimientos sociales y sus demandas pacifistas, ecologistas, feministas, etc.; preocupación por la efectiva realización de los derechos humanos, muy en especial de los grupos marginados, la tercera edad, infancia, etc.; insistencia en la prioridad para todos de satisfacer necesidades básicas como las de una buena salud, escuela, vivienda, etc.; mayor sensibilidad y amistad internacional hacia los pueblos de las áreas pobres, dependientes y deprimidas; autonomía de la libre voluntad y del debate nacional tanto para tomar decisiones políticas mayoritarias y democráticas como para construir éticas críticas y en transformación, no

¹⁰ Citado en Fernando Calderón, *op. cit.*

[176] impuestas por argumentos de autoridad o por dogmas de organizaciones religiosas dotadas de un carácter carismático y/o tradicional”¹¹.

El Frente Social y Político es una propuesta con vocación de poder, lo que no es sinónimo de poder a cualquier precio. No hemos logrado que se consolide en Colombia una alternativa de izquierda y por eso un espacio político se encuentra vacío y millones de compatriotas se han sentido sin opciones diferentes a las expresadas por los partidos tradicionales o las coaliciones electorales que periódicamente forman. Esta iniciativa política espera responder a las expectativas creadas y ser realmente el comienzo para consolidar nuevas opciones políticas para los colombianos del siglo XXI.

Los criterios aceptados en el Frente Social y Político son los siguientes:

1) *Autonomía* frente al Estado, la insurgencia guerrillera, los partidos tradicionales y cualquier otro movimiento político. Pero dicha autonomía no está dirigida contra nadie en particular, sino al servicio de la construcción de una gran corriente de opinión política nacional, moderna, democrática, renovadora, sintonizada con la problemática urbana y con vocación de poder en el hoy y el ahora.

2) El Frente Social y Político es una *convergencia* de sectores políticos, sociales, regionales y de personas no nucleadas, que pretende refrescar la política colombiana; en esa medida parte de acumulados de diferente tipo y busca potenciarlos. Pero no debe ser una confederación de grupos más o menos organizados, más o menos numerosos, que mantienen y privilegian su propia dinámica y que sólo perciben al Frente Social y Político como una especie de razón social.

Esto impone la necesidad de que se avance en una especie de “compromiso ético”, voluntariamente asumido, pero que cree obligaciones a todos los miembros del Frente y que prevenga el transfuguismo como comportamiento político, en el sentido de colocar por encima los *criterios* generales que han sido elemento básico de unidad y de manera sincrónica, subordinar los intereses de su grupo, movimiento o colectivo, a los del Frente Social y Político como proyecto de convergencia.

3) Es un *proyecto en construcción*, por ello no parte de certezas pre-establecidas, sino de búsquedas y construcciones colectivas, pero que se expresarán en propuestas unitarias. Aspira a ser un referente de encuentro importante, en un contexto de atomización social, de incredulidad en liderazgos cuestionados, de crisis de lo organizativo.

4) El centro del discurso de esta nueva iniciativa política es *lo social*. Lo social es lo primordial de la propuesta política, porque al no situar al hombre y la mujer con sus necesidades y angustias en el centro de la preocupación de las po-

líticas públicas no hay sociedad viable, porque las políticas de crecimiento económico van a terminar siendo desestabilizadas por la ingobernabilidad social. Proponemos por un “desarrollo alternativo” haciendo explícitos los criterios a partir de los cuales se habla de “alternativo”. Para nosotros es claro que cuando hablamos de “alternativo” estamos pensando en un desarrollo que privilegia los intereses de las mayorías y que al mismo tiempo que da prioridad al crecimiento económico lo da a satisfacer las necesidades fundamentales de la población, siendo éstas las que modulan el conjunto de la propuesta.

Toda propuesta de izquierda creíble hoy día y concordante con la reivindicación de la democracia, debe pensar un modelo de desarrollo que permita combinar el crecimiento económico con la satisfacción de las necesidades de los sectores mayoritarios de la sociedad y que lleve implícito un reconocimiento de las particularidades regionales. En esta dirección, la política social debe dejar de considerarse subsidiaria de la política económica y antes, por el contrario, debe tratárselas en un mismo nivel de importancia, avanzando hacia una concreción integral de la política pública. La prioridad debe centrarse en la política social más estratégica en esta dirección, que es la de generación de empleo productivo.

El Frente Social y Político tiene una *vocería única* encarnada en el presidente de la CUT, el líder social de mayor credibilidad y aceptación hoy en el país, porque el sentido del Vocero, muy diferente de la figura del caudillo o del líder, es el que habla a nombre de otros con los cuales previamente ha concertado y cuya voz colectiva va a transmitir. De esta manera se busca la coherencia en los pronunciamientos y un mensaje claro a la sociedad colombiana, cargado de cotidianidad, sin retórica, ni enredados discursos. Esta *vocería única* es el prelude de una serie de liderazgos frescos, que progresivamente se deben ir proyectando, y significa que esta iniciativa política, cuando participe en la actividad electoral, lo hará con propuestas unitarias y comportamientos cohesionados.

La iniciativa del Frente Social y Político se fundamenta en unos acumulados de movimientos sociales, organizaciones políticas y regionales y personas naturales que encarnan liderazgos con mayor o menor incidencia nacional, sectorial y regional. En ese sentido, podríamos afirmar que hoy día el Frente Social y Político es una expectativa posicionada en la sociedad colombiana y que en el corto plazo debe transformarse en una vigorosa corriente de opinión política y social.

Los campos de acción del Frente Social y Político:

El Frente Social y Político busca incidir en los escenarios de la lucha política que en una sociedad como la colombiana actual, son: el de la lucha social, el del debate de las propuestas de política pública, el escenario electoral;

y es en esos escenarios en los que esta propuesta tiene el desafío de ir creando su propio público.

El gran reto en una sociedad altamente fragmentada como la colombiana, y en particular de los sectores sociales subordinados de la misma, es el de construir una democracia realmente de mayorías, que tenga como horizonte de acción los intereses mayoritarios. Esto se asocia con la posibilidad de superar la propia fragmentación social, que permita la construcción de verdaderos actores sociales y políticos expresivos de esos intereses mayoritarios de la sociedad, con capacidad de acción, de presión y de negociación, lo cual implica potenciar y desplegar recursos de poder (legitimación, organización, presión, información) para llegar a priorizar sus intereses y colocarlos como referentes centrales de las estrategias de desarrollo. Y esto es de gran importancia en un sistema político como el colombiano que se ha caracterizado por funcionar con base en presiones y vetos de actores con poder, pero en un escenario en el cual los sectores dominados han estado ausentes.

La construcción de la democracia del presente y del futuro, que esté pensada en función de un orden social más justo, requiere del protagonismo central de las mayorías nacionales y esto pasa por la confrontación de proyectos con los sectores minoritarios, pero dominantes, que tradicionalmente han orientado el devenir de nuestra sociedad, priorizando sus propios y particulares intereses. Es en ese sentido que hemos señalado que el Frente Social y Político se sitúa como una opción democrática para la Colombia contemporánea, lo cual no significa que en muchos sectores no continuemos manteniendo la perspectiva socialista del largo plazo, coincidiendo con José Aricó en el entendido de que “todo discurso democrático supone en el límite una sociedad de iguales, una sociedad en la que la soberanía reposa exclusivamente sobre el pueblo” ... y que “el socialismo se coloca en la historia como la coronación y la efectivización del ideal liberal de libertad y del ideal democrático de igualdad”¹².

Los retos del Frente Social y Político

Igualmente, debemos anotar que nuevas opciones políticas como el Frente se consolidarán sólo en la medida en que manejen adecuadamente las tensiones internas que las iniciativas de este tipo conllevan. Pero, sobre todo, en la medida en que la intolerancia tradicional nuestra, estimuladora de la violencia, les permita vivir, dicho de otra manera, les permita consolidarse en el marco de una amenaza siempre latente de “guerra sucia”.

Otro reto fundamental hace referencia a la capacidad que tenga el Frente Social y Político de crear espacios de empatía con las mayorías nacionales, de

tal manera que logre posicionarse en el mediano plazo como una opción real de gobierno y no como una simple fuerza de oposición política.

El Frente Social y Político, igualmente, debe ubicar su accionar político y social en el eje de las luchas globalizadas que tendencialmente adquieren una mayor significación, para sumar y potenciar los esfuerzos locales, regionales y nacionales frente a situaciones problemáticas que tienden a rebasar los espacios geográficos tradicionales de la lucha política.

Quisiera terminar citando de nuevo a José Aricó, cuando señala: “Seguir siendo marxista hoy es afincarse en esta idea de transformación, en esta idea de cambio de la sociedad, en esta dimensión utópica del pensamiento de Marx que no nos aparta de la realidad sino que nos arrastra violentamente hacia ésta para ver allí lo que efectivamente está cambiando, lo que se mueve, lo que quiere expresar otra realidad que no puede aún cristalizar porque los hombres no siempre logran llevar a cabo lo que se proponen ser o lo que imaginan que quieren ser”¹³.

¹² Citado en Fernando Calderón, *op. cit.*

¹³ *Ibid.*

11

4 Vida y muerte del sujeto histórico. El genocidio político contra la Unión Patriótica

Iván David Ortiz Palacios*

* Profesor del Departamento de Ciencia Política, Facultad de Derecho,
Ciencias Políticas y Sociales, Universidad Nacional de Colombia.

“Detener la vida, su inefable transcurrir, no sólo es imposible sino que, de hacerlo, caeríamos en la más negra de las depresiones; los días nos pasarían carentes de toda trascendencia, nos sobrarían y podríamos desperdiciarlos banalmente ya que nada esencial se jugaría en ellos”.

ERNESTO SÁBATO

Acercamiento temático

A propósito del genocidio político, un tema que desde hace algún tiempo nos ocupa en este escenario, nos parece pertinente reflexionar sobre lo que ha significado el terror de este crimen en los imaginarios del hombre y la sociedad, en particular en los imaginarios de vida y muerte.

Desde su pensamiento complejo, el hombre como ente colectivo ha manifestado siempre, a través de diversos lenguajes, su preocupación por comprender la relación con el mundo, la naturaleza, el cosmos, su principio y su fin. El sentido de la vida y el misterio de la muerte se han constituido en interrogantes universales en todas las culturas, donde han existido además prácticas rituales, comportamientos y creencias relacionadas con este fenómeno de transición. En el imaginario colectivo de la vida siempre se encuentra presente, de manera simultánea, el imaginario colectivo de la muerte.

Eugenia Villa¹ plantea que las múltiples significaciones que se han dado sobre la muerte, tanto en las sociedades primitivas como en las complejas, durante la Edad Media, en la modernidad y ahora –en la supuesta posmodernidad–, han estado signadas por el gran interés sobre este hecho real, inaplazable y universal. Diversas disciplinas han abordado este hecho concreto: la biología, la etología, la paleontología, la arqueología, la etnología, la antropología, la historia, la psicología, la filosofía, la medicina, la teología, entre otras, y desde su campo conceptual han tratado de explicar este tema “profundamente humano”, al decir de la autora.

En los trabajos realizados por Lévi- Strauss², por ejemplo, la muerte es entendida como ese conjunto de sistemas simbólicos donde se sitúan en primer lugar el lenguaje, las reglas del matrimonio, las relaciones económicas, el arte, la ciencia y la religión, para trascender luego a campos culturales más

¹ Véase Eugenia Villa, *Muerte, cultos y cementerios*, Bogotá, Ed. Disloque, 1993; y “La historia de las mentalidades”, en *Revista de Sociología Unaula*, Medellín, No. 12, julio de 1989, pp. 72-82.

² Claude Lévi-Strauss, *Race et histoire*, Unesco, 1952.

amplios, en los que los imaginarios colectivos y hasta individuales sobrepasan las fronteras, para transmitir a los hombres significaciones sobre su creación y perpetuación en el mundo.

En las culturas denominadas antiguas, la relación vida/muerte la trataban de dilucidar los oráculos o las revelaciones obtenidas por la adivinación; en el imaginario colectivo, sin duda, la magia podía intervenir en ciertos procesos, mientras los sacrificios y rogativas podían realizar el milagro de detener la partida o hacer más favorable el viaje. Para Ariès³, la conceptualización social de la muerte, en su aceptación o negación, está signada por el margen existente entre la curación autorizada y la muerte consentida; este autor, en su obra *Historia de la población francesa*, afirma precisamente que es a través de este margen que se ha introducido la civilización moderna con todo su aparato técnico y mental de lucha contra la muerte⁴. En los albores del siglo XII, cuando la medicina reemplaza la voz de los oráculos y la adivinación comienza a tener precio, los médicos cobran por descifrar el misterio del paso de la vida a la muerte; las ofrendas son cambiadas por dádivas. Este cambio de imaginarios permite que, sobre la muerte, los hombres afiancen la idea de vencerla; para seguir con vida se debe pagar, retribuir; por lo tanto, esa oportunidad es posible únicamente para quienes tienen cómo comprar indulgencias: reyes, aristócratas, príncipes y hasta jerarcas eclesiásticos.

Además de la medicina, que pretendía proporcionar a los hombres su perpetuidad biológica y terrena, también se extendió a otro campo el “negocio” de la existencia; es la religión la que ofrece bienestar de vida espiritual y garantiza el logro de una vida eterna; entre una y otra se disputaban este derecho. No resulta extraña, por tanto —plantea Ariès—, la constante inquietud de santo Tomás de Aquino al preguntar a sus fieles si era lícito gastar “sumas considerables” para prolongar la vida humana —cuando recurrir a la medicina resultaba muy oneroso— o trabajar mejor su espiritualidad, para lograr la vida eterna. Pero no sólo era el dinero que se pagaba a los médicos lo que le preocupaba a la Iglesia, también le parecía imperdonable que los hombres desafiaran el destino y la naturaleza divina, y descuidaran su vida espiritual. Esta institución consideraba una desproporción la erogación exigida por los hombres y las finalidades que buscaban al elongar su existencia; no obstante esta divergencia entre medicina y religión, el signo dual de vida y muerte, se volvieron más dóciles a la voluntad y previsión de las sociedades.

En el siglo XVIII y aún a mediados del XIX, en torno a la muerte se presentaba un dualismo: de un lado, el auge de la práctica médica coincidente con lo que se pudiera llamar la sensibilidad moderna, pero al mismo tiempo se evidenciaban repliegues hacia al pasado. La vida y la muerte, entonces, son partícipes de un imaginario antagónico real. El grueso de la sociedad las rela-

cionaba con el desarrollo científico y técnico, pero, por supuesto, este pensamiento tomaba mayor fuerza entre la clase burguesa que tenía los medios suficientes para experimentar esos milagros de la ciencia; pero del otro lado se encontraban los “pobres”, quienes no tenían la posibilidad de comprobar que entre la vida y la muerte podían mediar conocimientos académicos y procesos industriales; por lo tanto, afianzaban sus imaginarios en las explicaciones que sobre la vida y la muerte les brindaban las mediaciones tradicionales: los rezos, las devociones, las oraciones, para finalmente resignarse a morir.

Como vemos, en el misterio de la vida, en su aparición, evolución y conclusión, está implícito el misterio de la muerte. La muerte como proceso vital. Desde el momento en que nacemos –en todas las culturas– la muerte se hace presente, se haya imbricada de múltiples formas en los imaginarios sociales; imaginarios que se concretizan en religiones, en ritos, en creencias, en actitudes, en comportamientos y en prácticas colectivas específicas.

Contemporaneidad de vida y muerte

En la actualidad los imaginarios sobre la muerte han cambiado ostensiblemente. A pesar de ser preocupación de multitud de disciplinas, su concepción, en las llamadas sociedades posmodernas, es fragmentada, es decir, para cada disciplina *tanatos* tiene su propia significación; de ahí que para algunos la muerte se convierta en un fenómeno de higiene, para otros en un pleito judicial, o quizá en la distribución urbana de un espacio, o en un servicio económico, entre otras muchas concepciones. Cada vez más la muerte viene siendo

³ Philippe Ariès, *El hombre ante la muerte*, Madrid, Taurus, 1984.

⁴ Ya en las sociedades modernas, el imaginario sobre la muerte adquiere nuevas significaciones, los espíritus que reemplazaron a los tótems, ahora también son relegados para dar cabida a la ciencia, elemento importante en la reelaboración de significado y referente sobre la muerte, pues el dios creador es dado también por muerto; la ruptura entre vivos y muertos se hace más explícita, la muerte es consecuencia de la disfunción biológica y física, no de los designios del cosmos, de dios o de la naturaleza; ahora las ofrendas, las dádivas y pagos para prolongar la existencia no se ofrecen a los dioses, cualquiera que ellos sean, sino a la ciencia y a la tecnología.

⁵ Así como la concepción de la vida evoluciona, se dinamiza y cambia, lo propio sucede con la concepción sobre la muerte; ésta ha sido acogida de varias formas, ora desde los ritos africanos de pasaje, los cuales conllevan cortejos, sacrificios, adivinaciones, encantamientos, purificaciones, consagraciones y desacralizaciones; ora desde la visión cristiana traducida en la Edad Media como el castigo a los hombres que

despojada de su “encanto”. En el imaginario colectivo de las sociedades occidentales la muerte se concibe actualmente como una “enfermedad” más⁵.

Pero no solamente en los imaginarios tienen cabida las concepciones sustentadas formalmente, también, y cada vez más, la muerte cobra significaciones reales e inmediatas en la cotidianidad bajo la forma de “saldar cuentas”, la manera de “superar óbices”, el método más inmediato y efectivo de “mantener el orden”, entre otras tantas. En esta línea instrumental de la muerte, los actos violentos y los desmanes cometidos contra la vida han contribuido para que a los imaginarios individuales y colectivos, según circunstancias particulares y específicas, se les atribuyan nuevas significaciones y resignificaciones. En la memoria reciente, por ejemplo, nuestras mentes podrán evocar como fuente de significación las dos guerras mundiales. Acordémonos de la utilización de principios científicos en la ejecución de asesinatos atroces, como los sucedidos en el contexto del genocidio nazi contra gitanos, judíos, polacos y otros grupos considerados minoritarios, en los que la medicina, la psicología, la antropología física y la genética, para mencionar sólo algunas ciencias, se pusieron a la orden del día del Tercer Reich con el fin de conseguir al “hombre de raza pura”.

El mercado de armas, los avances tecnológicos puestos al servicio de procesos bélicos, las diversas formas de “control”, entre otro sinnúmero de acontecimientos, también hacen parte de los referentes que permiten definir la muerte desde ámbitos físicos, morales, espirituales y materiales. Por ello, social e históricamente, es innegable el papel de los estados modernos como ordenadores de la vida, lo que incide indefectiblemente en la significación de la muerte.

Los estados modernos cada vez más se abrogan el derecho de proporcionar, quitar o prolongar la existencia en su afán de concentrar y controlar el poder, impidiendo constantemente que las preparaciones del paso de estados terrenos a estados espirituales –aún muy presentes en culturas de pensamiento no occidental– se lleven a cabo; ya los viajes no se acompañan de ajuares y elementos rituales, ya ni siquiera existe la posibilidad de poner en escena la polémica del médico y el sacerdote, hoy la muerte llega intempestiva, violenta y arrebatadora, en la mayoría de los casos sin ser permitida ni mucho menos aceptada por el individuo, por su colectividad, por la historia de las sociedades. La existencia se ha convertido en un asunto de políticas estatales, de doctrinas de seguridad, de legitimación, y de modelos de desarrollo económico.

En el presente, y a pesar de haber considerado como superada la contradicción de la modernidad al respecto, igual un gran sector de la humanidad, convencido de los “milagros de la medicina”, no tiene acceso a ellos; en ocasiones creyendo en los poderes de los rezos, las oraciones o las dádivas espirituales igualmente desfallecen ante la realidad del miedo, el terror, la des-

igualdad, la iniquidad, la impotencia y la desesperanza. La muerte entonces sólo puede ser imaginada colectivamente desde lo perverso e indeseable.

La afirmación “Por cierto que hay que luchar colectivamente contra la angustia de la muerte; pero más todavía contra la negación de la muerte y contra la desigualdad en la muerte: tal debería ser la regla de oro de la antroposofía”, que hace Vincent Thomas⁶, necesariamente nos invita a la reflexión sobre el espacio que ha tenido la muerte en el imaginario de los hombres, pues esta encrucijada real y segura toca a cada rato y en cada instante la propia existencia del hombre, está presente en las palabras, en las imágenes, y hasta en la poesía:

Ha hecho tuyas algunas cosas muertas: las risas, las
caricias, las cenizas de la tarde, el sabor del domingo a
los diez años, ciertos versos celestinos, necesarios,
algunos cuerpos usados con ternura.

MARÍA MERCEDES CARRANZA

Sin pretender ser este escrito un análisis especializado del tema relacional de vida/muerte, en el tránsito de nuestro estudio sobre el genocidio político, hoy nos parece pertinente recordar que en las sociedades enmarcadas y signadas por la violencia, la guerra, la inseguridad y el terror, la muerte necesariamente es resignificada, resemantizada; su imagen se sincretiza cada vez menos en las ansias de reencontrar en ella la esperanza de un renacer, de un

no hicieron sus penitencias a tiempo, o también como ese pasaje del “valle de lágrimas”; ora desde la Ilustración que la concibe en doble vía desde la racionalización y la laicización. No obstante la diferencia, en unas y otras se presenta un imaginario común: la muerte al igual que la vida es un rito de iniciación para pasar de un estado a otro, llámese éste vida eterna, más allá, dimensión sublime, largo viaje, eterno retorno, en el imaginario de los cristianos; o bien las diferentes concepciones imaginadas por los aztecas de su principio y su viaje, Quetzalcóatl, la “serpiente-quetzal”, gemelo precioso que atraviesa el universo simbolizando la muerte y al mismo tiempo el renacimiento, y Huitzilopóchtli, la encarnación del guerrero muerto en el sol vencedor, son apenas dos de los muchos símbolos con que esta sociedad expresaba su pensamiento de que ni la naturaleza ni el hombre están condenados a la muerte eterna, de que en ambos la resurrección está presente. Para los desana, por su lado, el Sirirí, término que refiere la muerte, en su significación simbólica es cercar, cortar el paso y, en este deslinde, se convocan rituales de vida: el orébayári, que incita a la guerra prolongada del difunto, el xpi, la esencia de paso o transformación, en donde se da el paso de un plano cósmico a otro.

⁶ Louis Vincent Thomas, *Antropología de la muerte*, México, Fondo de Cultura Económica, 1993.

retorno. Tampoco se pretende volver a la dualidad de estos elementos diádicos, traducidos en la búsqueda espiritual y científica que, en la concepción posmoderna, pretenden una reconciliación; los nuevos significantes designan a la muerte como una acérrima enemiga de la vida. A pesar de que el tema relacional de estas dos realidades ha sido la preocupación eterna en el devenir de las sociedades, sigue estando signada por cuestiones de fe, de creencias, de la incertidumbre racional. Lo cierto es que en los imaginarios sobre ellas se arraigan elementos psicológicos y emocionales, históricos y socioculturales que tienen que ver con el miedo, la suerte, el azar, entre otros, que se orientan más a agradecer que la muerte no llegue antes de tiempo, trágicamente y sin aviso, pero también a que podamos prolongar la vida.

Como decíamos, a partir de las dos guerras mundiales se han internalizado en las mentes de los individuos y de sus colectividades, las disposiciones de los estados absolutistas que son las que posibilitan la aparición, históricamente hablando, de la concepción colectiva de vida/muerte. De tal suerte que toponimias, religiosidad, opción sexual y cosmovisiones específicas, estaban acompañadas de la constante presencia de la sanción, castigo y muerte. La negación de la existencia del otro o de los otros, la mutilación de su presencia física, ideológica, cultural y política, hace que la construcción social de la muerte desborde las consideraciones mágico religiosas y científicas, para recurrir ahora a categorías y construcciones sociales e históricas que posibiliten su entendimiento. Algunas visiones de posguerra plantean que entender la vida y la muerte exige del recurso histórico para poder interpretarlas como las construcciones de sus imaginarios y representaciones colectivas.

En el período de la guerra fría, además de la dualidad vida/muerte individual y física, esta unidad estaba íntimamente ligada socialmente con la negación y la condena de pensamientos colectivos; así nos encontramos con resignificaciones de acuerdo a categorías antagónicas pero duales como amigo/enemigo, capitalismo/comunismo, cristianismo/ateísmo que son fundamentales para pensar, asumir, esperar o plantear la existencia y la muerte de personas y colectividades.

Significaciones concretas

Sin lugar a dudas, para la resignificación de vida/muerte en Latinoamérica el Pentágono cumple un papel fundamental en los últimos tiempos; desde allí se plantean referentes de aceptación o de negación del otro. El mundo, los individuos y la propia existencia son bipolares, no se permiten posiciones diferentes ni tampoco intermedias, la vida y la muerte dependen de la identidad de o de la identificación con. Bajo esta premisa, los estados refuerzan las estrategias de con-

tención para fortalecer sus estructuras de poder. En esta dinámica, gobiernos de orden dictatorial y también democrático recurren e implementan métodos que van en menoscabo de los derechos humanos, legitimando acciones de violencia planificada, con el único fin de salvaguardar las instituciones y el orden.

Por eso no es extraño que en el escenario latinoamericano de los últimos cuatro decenios, además de la muerte física e individual, connatural a los seres humanos, los referentes de muerte comprendan la negación, el exterminio, la eliminación y la desfiguración de colectividades que sustentaban su existencia en su identidad ideológica. Ya no son simplemente la enfermedad, la calidad de vida, los eventos fortuitos los responsables de la muerte de las colectividades; los imaginarios de vida/muerte ahora se ven cruzados por otros elementos como las detenciones extrajudiciales, las ejecuciones sumarias, las torturas, las desapariciones forzadas, las masacres, los desplazamientos forzados, los exilios, la limpieza social; todos estos actos contribuyen a que un gran número de la población sea eliminada física, cultural y políticamente, es decir, que son actos que hacen parte de las estrategias genocidas, muchas veces justificadas en doctrinas de seguridad y en la proclamación de los estados como dueños de los derechos individuales de las personas.

Muchos estados, no obstante su evidente debilidad democrática, se arrojan el derecho de ser los conductores de los designios de las naciones y se autoproclaman como los encargados de preservar el orden y los sanos valores. Algunos hechos concretos demuestran la forma en que algunos estados se han apropiado de la existencia y de la muerte de sus súbditos. Recordemos que en Chile Augusto Pinochet, a pesar de que como presidente se proclamó como garante y salvador de la nación y de “los valores permanentes establecidos en la tradición”⁷, durante casi dos decenios sostuvo un gobierno dictatorial a nombre de dichos valores. Sin embargo, la sociedad civil fue excluida de la discusión y de la toma de decisiones, se impusieron modelos económicos que marginaron a muchos sectores de la sociedad, la violación de los derechos humanos se convirtió en una constante y muchas personas fueron eliminadas, al ser consideradas enemigas del régimen. Aquí la muerte de los individuos se vio signada nuevamente por las actuaciones de un Estado que se “libera” de sus contradictores, tomándose la atribución de arrebatárles la existencia de manera directa, a la vez que diezmando las expectativas de vida de miles de personas que fueron sometidas a condiciones extremas de pobreza⁸.

⁷ Atribuciones concedidas por la Marina, la Fuerza Aérea y el Cuerpo de Carabineros, unos años después del golpe de estado del 11 de septiembre de 1973, cuando se le reconoció oficialmente como Presidente de la República.

⁸ Consulta en www.derechoschile.com/español/ideologi.htm.

Del mismo modo, sociedades como las de Argentina, Guatemala, El Salvador, Uruguay, Haití, Brasil, Perú, Nicaragua, pueden servir de ejemplos con sus imaginarios colectivos de vida/muerte. Estamos seguros de que igual que se encontrará que miles de personas fueron eliminadas física, política, social y culturalmente por identificarse con pensamientos contrarios o simplemente diferentes a los impuestos por estos estados; en ellas también se encontrará que –como acto de resistencia a la muerte colectiva– otras muchas personas del colectivo social ofrendaron su existencia en nombre de una ideología, una doctrina; haciendo de la muerte el acto más sublime de resistencia, liberación, para la preservación de ideales sociales, los cuales garantizan su permanencia histórica.

En esta misma línea de la muerte como ofrenda, se encuentra la disposición de los estados que les encomiendan a sus súbditos el deber de morir por su patria. Recordemos los casos de Vietnam, Grenada, el Golfo Pérsico, las Malvinas, entre otros, en donde miles de personas hallaron en el deber de morir su más alta dignidad y la seguridad de su continuidad vital; su más ferviente anhelo era trascender en la vida de las generaciones futuras. Lo cierto es que aunque prontamente su nombre y su espíritu dejan de ser evocados, están convencidos de que sus naciones continuarán existiendo gracias a su muerte.

Significaciones particulares

La historia nacional también nos brinda un crisol de significación al respecto. Sólo en el último siglo, existen referentes colectivos que no pueden ser ajenos a nuestra convivencia perpetua con la muerte. De hecho, el siglo XX se inauguró con una guerra civil, continuó con la confrontación social, la violencia bipartidista, la guerra antisubversiva, la guerra sucia, el narcotráfico, la violencia común y, más recientemente y siguiendo con las imposiciones externas, la guerra contra el terrorismo hace que los colombianos tengamos referentes heterogéneos respecto a la vida y la muerte. El miedo a perder la vida es constante, la desesperanza por una vida aciaga también es frecuente; sin embargo, expresamos gozos de fortuna con respecto a la muerte tardía: se espera que la muerte no llegue tan pronto, que otorgue el suficiente tiempo para cumplir con el promedio de vida, que no sea violenta ni tortuosa. Afortunado aquél que le puede arrebatar un día más a la muerte, para seguir padeciendo la vida.

En un contexto social en el que las masacres, los desplazamientos forzados, los asesinatos, el genocidio, el hambre, la desprotección, las condiciones de miseria y, en general, la guerra, son los principales marcadores de muerte, ya no hay tiempo de concebirla, significarla y expresarla en forma

ceremonial; tampoco la vida. Ante la muerte se experimenta un afán constante de huida, se la esquivo, se la distrae y se le gana tiempo, se la rechaza cuando es impuesta; pero igualmente se acude a ella cuando no se encuentra otra salida; en uno y otro caso, lo cierto es que cada vez menos la sociedad tiene la oportunidad de pensarla, asumirla y aceptarla como un paso de iniciación a otras dimensiones de prolongación histórica vital, ya sea que ésta se conciba bajo parámetros espirituales o meramente materiales.

Haciendo una reflexión específica sobre el genocidio como marcador referencial en la significación de vida y muerte, encontramos nuevamente que el papel del Estado es relevante. No sólo en la disposición de ofrenda de muerte, en la decisión de la existencia real y digna de los ciudadanos, sino en el papel que desempeña como garante del bienestar; el Estado es responsable del bienestar de los ciudadanos. El Estado colombiano, por ejemplo, proclama el derecho a la vida, a la dignidad y a la seguridad social, pero todos sabemos que en Colombia esas garantías dependen de factores económicos y políticos, dejando el bienestar social en un plano casi imperceptible; miles de personas mueren por no tener acceso a los sistemas de salud; las enfermedades endémicas acaban con sectores significativos de la población; la desnutrición y pauperización de la calidad de vida es generalizada. A ello se suma que la totalidad de la población se encuentra enferma de paranoia y depresión debido a la situación de guerra, desempleo, falta de garantías a los derechos políticos, económicos y sociales⁹.

Estos eventos hacen que cada vez más las expectativas de vida disminuyan, que grupos humanos estén desapareciendo social, política y culturalmente, de tal suerte que no es un despropósito pensar que la existencia física, biológica y socio-cultural de nuestra sociedad contemporánea pende de la espada de Democles que enpuña el Estado. Por esto en el imaginario colectivo se arraigan ideas que conllevan a internalizar que la vida y la muerte en nuestro país son cuestiones de azar, de suerte y, en el mejor de los casos, dependen de la proclamación y excepcionalmente del cumplimiento de las garantías que sobrevienen de normativas y legislaciones.

La convivencia cotidiana con la muerte, el presentirla y repelerla diariamente, hacen que el pensamiento, la materialidad, la psiquis de las sociedades contemporáneas, y particularmente de la colombiana, busque incansablemente pactar con la muerte su propia existencia. El afán de acuerdo pretende devolverle a la muerte su derecho a ser digna, apacible y natural en el proceso vital.

⁹ Bertha Lucía Castaño, *Violencia socio-política en Colombia. Repercusión en la salud mental de las víctimas*, Bogotá, Editorial Gente Nueva, 1994.

Antes, la muerte era la demostración de la crueldad de la existencia. El hecho que empequeñecía y hasta ridiculizaba mis prometeicas luchas cotidianas. Lo atroz. Solía decir que a la muerte me llevarían con el auxilio de la fuerza pública. Así expresaba mi decisión de luchar hasta el final, de no entregarme jamás. Pero ahora que la muerte está vecina, su cercanía me ha irradiado una comprensión que nunca tuve; en este atardecer de verano, la historia de lo vivido está delante de mí, como si yaciera en mis manos, y hay horas en que los tiempos que creí malgastados tienen más luz que otros, que pensé sublimes.

ERNESTO SÁBATO

Vitales resistencias a la muerte

Ante los señalamientos hasta aquí expuestos, sería algo irresponsable dejar la sensación de inmovilidad social, pues si bien es cierto que históricamente la imposición de políticas, circunstancias y designios se han arraigado en los imaginarios de vida y muerte, también lo es que históricamente al unísono, se han presentado procesos de resistencia ante dichas imposiciones. La historia registra, describe y analiza el genocidio cometido por el Estado nazi en Alemania, pero también da cuenta de los procesos de resistencia desarrollados por los pueblos judío, polaco y gitano, que sólo así han podido garantizar su existencia.

En Latinoamérica, tendríamos que preguntarnos por qué a pesar del terror infundido por los estados, no han dejado de surgir tendencias, grupos, ideologías, partidos, instituciones que han hecho resistencia a las imposiciones de sus políticas absolutistas y excluyentes. Recordemos que en la década de 1960 comenzaron a fortalecerse los ejércitos de liberación nacional, triunfa una revolución comunista en el Caribe, la Iglesia católica, a través de la Teología de la Liberación se manifiesta en absoluta resistencia contra unos principios anacrónicos; la educación pretende formar hombres nuevos libres y críticos con sus modelos pedagógicos; las artes rompen esquemas hasta entonces impuestos; y a pesar de la estigmatización los partidos de izquierda se legitiman. Se fortalecen social y políticamente movimientos colectivos con intereses comunes, los obreros, las mujeres, los campesinos, los movimientos barriales, etc.; aunque todo ello haya implicado la satanización de ideologías, la exclusión política, el exilio, la criminalización de expresiones colectivas y populares, la implementación de prácticas genocidas y el exterminio de minorías.

Colombia tampoco ha permanecido al margen de esta dinámica. En su historia se han registrado simultáneamente procesos de dominación y de resistencia; no en vano desde la época de la conquista, a la par de las arremetidas sangrientas de los españoles, los cronistas hacen alusión a la “briega” que les dieron los pijaos, los lanzas, los panches, entre otros. Hubo grupos que se enfrentaron con sus armas, otros prefirieron el suicidio colectivo, otros perpetuaron su existencia y su cultura mediante la «adaptación sincrética», la cual les permitió, subrepticamente, salvaguardar su existencia vital y cosmogónica. Posteriormente otras de nuestras denominadas minorías, mientras ahogaban los gritos de las heridas, consecuencia del látigo y los suplicios, reafirmaban su existencia en los palenques, en sus cantos, en su santería; aún hoy, luego de tantos intentos de exterminio sociocultural, nuestro país cuenta con la riqueza de la expresión afrocolombiana. Podríamos seguir enunciando lo concerniente a los pueblos Rom, comunidades gitanas asentadas en Santander, Cundinamarca, Boyacá y Valle, especialmente, quienes desde hace más de 150 años se han visto replegadas por las estructuras dominantes, pero su resistencia se materializa en sus veeza¹⁰ y sus Kumpania¹¹, lo que les ha permitido seguir existiendo hasta hoy como pueblos autónomos.

Hemos querido hacer mención de estas sociedades y nacionalidades colombianas, por cuanto generalmente se obvian en los análisis de la conformación del Estado nacional, y porque a pesar de haber sido excluidas de las formalidades jurídicas, esto no quiere decir que no hayan sido y sean fundamentales en la historia sociocultural de nuestro devenir. Por supuesto que las luchas comuneras, las juntas patrióticas bolivarianas y, en general, todas las formas de organización criolla que pensaron, actuaron y lograron la independencia, no son menos importantes en la historia de Colombia.

El maestro Jaime Pardo Leal relata en la entrevista concedida a Carlos Arango¹² sobre el delito político, que en la Nueva Granada, luego en la Gran Colombia y posteriormente en la República de Colombia, se organizaron grupos de resistencia a los regímenes dominantes; menciona entre otros la insurrección comunera y el levantamiento del común en las provincias de Santander, las cuales se extendieron a Boyacá, Cundinamarca y Tolima. En esa oportunidad, la colectividad reaccionaba contra el impuesto de las alcabalas y los desmanes de los delegatarios de la Corona española, por sentir que estos hechos

¹⁰ Grupo familiar.

¹¹ Unidades variables de co-residencia y co-circulación que se asientan en barrios o se dispersan por familias entre las casas de los habitantes no gitanos de los sectores populares de las ciudades.

¹² Entrevista publicada en 1988 por el Instituto Nacional de Educación Obrera, como homenaje a Jaime Pardo Leal.

les impedían existir con bienestar y dignidad; lo que en un principio se manifestó como una asonada, más tarde —dice el maestro Pardo Leal— se fue conformando en un verdadero ejército enfrentado al ejército de la Corona.

En el proceso inacabado de la formación del Estado nacional, aunque con matices partidistas, no son pocos los acontecimientos que refieren la sublevación de sectores de la población que se manifestaban en contra del régimen del momento, a pesar de que por ello podían morir. A partir de la década de 1920, gracias a los cambios estructurales del país, surgen nuevas formas de resistencia protagonizadas por actores sociales, imbricados en contextos específicos, culturales, sociales, productivos y políticos que evidencian nuevas formas de organización sociales y populares y que plantean entre sus objetivos el derecho y el deber de vivir dignamente.

En esta dinámica se abren espacio diversas ideologías; las tendencias de izquierda comienzan a tener presencia en las organizaciones políticas, en los movimientos sociales, en la cotidianidad de la experiencia vital, pero también en la elaboración conceptual de quienes pretenden una sociedad distinta. Por esta razón los campesinos, los obreros, los estudiantes, los indígenas e incluso los partidos políticos, jalonan procesos de organización para la toma de decisiones sobre demandas sociales; surgen entonces líderes que se consolidan como paradigmas a seguir, éstos pueden ser coterráneos o foráneos: Jorge Eliécer Gaitán, en la década de los cuarenta; el general Gustavo Rojas Pinilla, en los años cincuenta; Charro Negro, Jacobo Prias Alape, Manuel Marulanda Vélez, Isaías Pardo, Alfonso Castañeda, Ciro Trujillo Castaño, en la década de los sesenta; Jaime Bateman en los años setenta y todos los que permitió conocer la desmovilización y los diálogos de paz de la década de los ochenta, acompañan esos referentes de resistencia de sectores sociales que persisten en el trascender colectivo a pesar de ser perseguidos.

Éstos, junto con las organizaciones, las tendencias, los ideales que representan en la historia de la nación y de las colectividades que los han acuñado, se han ganado un lugar en posibles lecturas que se produzcan sobre la realidad social colombiana. Por supuesto que se quedan muchos protagonistas sin mencionar y, más aún, no hay la posibilidad de presentarlos en sus dinámicas concretas, no obstante que la mayoría de ellos hayan sido silenciados mediante la muerte física, aun hoy continúan vivos en los referentes históricos de la sociedad colombiana. Para algunos sectores, incluso, son los referentes vitales, porque su muerte significa la existencia de su colectividad, hacen parte del proceso trascendente grupal.

Colombia presenta un juego perpetuo y antagónico entre acciones de muerte y afanes de vida. Tomando como referencia las dos últimas décadas, hemos de anotar que los años ochenta abrieron expectativas de realización

vital; la sociedad llegó a pensar que la guerra entre el Estado y los grupos subversivos podría culminar a través de diálogos, pactos y procesos de paz. En este sentido se registraron treguas, rompimientos de treguas, desarmes, reinserciones, apertura de espacios políticos, participación de nuevos actores políticos y propósitos de lograr un nuevo país. Los resultados de esta ensoñación son bien conocidos. La muerte siguió rondando de manera morbosa, cruel e indiscriminada; la proyección de vida individual y colectiva es una quimera, los espacios políticos se encuentran apenas en papeles que consagran artículos constitucionales.

En este escenario antagónico de la dualidad vida/muerte surgen elementos que dan identidad a nuevos sujetos sociales, actores y sujetos que tienen un referente de índole político; entre ellos un nuevo partido político resultado de un proceso de paz. Así, nuestra historia reciente registra el proceso de paz celebrado en 1984 entre el Estado colombiano, presidido por Belisario Betancur, y las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia, Farc, llevado a cabo en el municipio de La Uribe, departamento del Meta. El nacimiento de este partido político hacía pensar que la contienda generadora de muerte superaría la resolución violenta, para trasladarse al ámbito político, posibilitándose la vida, por lo menos la física de muchos colombianos inmersos en la confrontación. En 1985 la Unión Patriótica comenzó formal y legalmente su participación, haciendo pública su plataforma política. Participó en las elecciones parlamentarias de marzo de 1986 y en las presidenciales, en mayo de ése mismo año.

Aquí debemos hacer nuevamente alusión a la unidad dual de vida y muerte, pues antes de que la Unión Patriótica hiciera su lanzamiento oficial, ya la historia y las estadísticas demostraban cómo sus líderes, activistas y simpatizantes, empezaban a ser eliminados. Ovidio Salinas afirma que “desde el mismo momento de su aparición en la vida política nacional, ha sido objeto de amenazas; en el mes de abril de 1984, por el periódico *El Bogotano* y *El Espacio*, salió un comunicado que se le atribuían el Grupo Ricardo Franco, que más tarde nos llegaron informaciones que era producto de la ‘propiedad negra’, donde se nos anunciaba que irían a volar las sedes y a asesinar a los dirigentes de la Unión Patriótica... A los pocos días hubo un atentado contra Hernando Hurtado, después un atentado contra Jaime Caycedo y después otro contra Álvaro Vásquez... Se recibieron amenazas telefónicas anunciando que iban a volar el teatro Jorge Eliécer Gaitán, donde se realizaba el Congreso constitutivo de la Unión Patriótica. Durante la pasada campaña electoral, asesinaron a más de un centenar de activistas de la U.P.”¹³.

¹³ Citado por Gustavo Salazar en *Yo defendí a Rodríguez Gacha*, Bogotá, Ediciones Jurídicas Radar, 1990, p. 135.

El primero de sus candidatos presidenciales, Jacobo Arenas, tuvo que desistir de su designación como consecuencia del descubrimiento de un complot que pretendía asesinarlo. Entonces lo reemplazó el Dr. Jaime Pardo Leal, quien efectivamente fue asesinado el 11 de octubre de 1987. El candidato que tomará esta designación para la candidatura 1990-1994, Bernardo Jaramillo Ossa, también fue asesinado. Hoy día diferentes informes estiman que en el proceso de genocidio contra la Unión Patriótica, se registran alrededor de 3.000 víctimas directas y casi 8.000 por extensión.

La identidad política de este grupo, al mismo tiempo que lo iba articulando y delineando como sujeto histórico y político por sus matices sociales específicos, también servía como referente para su eliminación. A lo largo y ancho del país la Unión Patriótica aglomeró simpatías, pero también los más fervientes odios; de otra forma no se explicaría el hecho de que en los lugares en donde obtuvo mayor simpatía fue donde se implementaron principalmente métodos directos e indirectos para su eliminación. Mientras las simpatías a su proyecto político se incrementaban, igualmente las contradicciones se radicalizaban; así que respecto a su aparición, la Unión Patriótica sufrió una gran tensión entre las fuerzas constructoras que recurrieron a diversidad de estrategias de procreación y las fuerzas destructoras, que igual desplegaron y ejecutaron diversas formas de eliminación. Unas y otras contribuyeron para que este grupo político como sujeto histórico se consolidara, pues lo convirtieron en un referente sociopolítico obligado en la construcción del Estado.

Como colectividad con identidad política, la Unión Patriótica convocó a diversos actores y fuerzas sociales que han sido trascendentes en la historia contemporánea de Colombia, en lo que se viene denominando como "cultura política". Como expresión real de dualidades vida/muerte; existencia/negación; eliminación/resistencias, todas ellas articuladas a los imaginarios sociales de terror, guerra, democracia, paz, convivencia. Es por ello que en las nuevas convocatorias de convivencia, negociaciones, pactos y participación política, la experiencia colectiva y social adquirida por la Unión Patriótica, hace pensar y repensar a los sectores comprometidos y a la sociedad en general en las condiciones reales para generar pactos de vida o desarrollar estrategias de muerte.

La denominación de la Unión Patriótica como sujeto histórico, responde a que desde su nacimiento este grupo ha venido interviniendo protagónicamente en el contexto político nacional, como generador o como receptor de estrategias y tácticas del quehacer político, así como otras colectividades que en los años ochenta decidieron transformar sus formas de lucha y pasar de la contienda armada a la arena política. Todo esto, a pesar de que algunas concepciones, en general oficialistas, pretenden restarle importancia a la existencia y eliminación, es decir, a la vida/muerte de esta colectividad, aducien-

do que se trató de un proyecto momentáneo que apenas si perturbó de modo ocasional el curso habitual de la tradición política en el país.

No obstante, a los ojos de otros analistas no puede ser intrascendente que alrededor de un sujeto político materializado en un partido, se hayan aglutinado diferentes actores sociales, se haya construido una plataforma política consolidada en un programa de gobierno, que como grupo de izquierda haya logrado las más altas votaciones en la historia del país. No puede ponerse en duda la continuidad y permanencia de una colectividad política que, a pesar de haber soportado el magnicidio de dos candidatos presidenciales, la desaparición forzada de más de ciento treinta de sus dirigentes y militantes, el atentado contra más de un centenar de ellos, las miles de amenazas, las reiteradas masacres y los más de tres mil asesinatos, aún hoy participe en la vida política del país.

Tampoco se puede negar la historicidad de un sujeto social en colectividad, cuando se ha resistido a la desaparición y eliminación tanto física como ideológica; habría que profundizar desde los campos de las ciencias humanas y sociales, porque a pesar de la condena a muerte, el terror generado contra su colectividad, su constante eliminación física, han persistido en la participación política. Familias enteras han sido masacradas, desplazadas forzosamente y sus sobrevivientes aún se reconocen como upecistas; los líderes inmolados fueron rápidamente reemplazados por otros que aún sabiendo que podían correr la misma suerte aceptaban los cargos por lo cuales habían sido asesinados sus compañeros. En su momento manifestó Bernardo Jaramillo Ossa, al repudiar el asesinato de Jaime Pardo Leal, que “ocupar la presidencia de la U.P. infunde un cierto temor. Amo la vida, pero no me importa morir si logramos sacar al país de este charco de sangre en que se encuentra”¹⁴.

Al realizar un vistazo somero a la participación e incidencia que ha tenido la Unión Patriótica en algunas zonas del país, igual podemos constatar que en sus espacios vitales como agrupación se presenta el antagonismo en la dualidad vida/muerte, pero también se evidencia su resistencia; en zonas departamentales del Meta, Antioquia, Boyacá, Caquetá, Magdalena y Santander, por ejemplo, en donde la Unión Patriótica tomó fuerza rápidamente y se consolidó como una opción política, han sido las mismas zonas donde más ha arreciado la violencia contra su colectividad.

Sin pretender hacer un análisis cuantitativo, ni tampoco registrar la materialización genocida, los siguientes datos de eliminación física son indicadores de la dualidad de la que hemos venido hablando:

¹⁴ *El Tiempo*, martes 13 de octubre de 1987, p. 7-A.

En el año 1986 contra miembros y simpatizantes de la U. P.

- En el departamento de Antioquia se registra una masacre en Turbo en el mes de abril.
- En el departamento de Santander se registra una masacre en Capote en el mes de marzo.
- En el departamento del Meta registra una masacre en Castillo en el mes de noviembre.

En el año 1987 contra miembros y simpatizantes de la U. P.

- En el departamento de Antioquia se registra una masacre en Medellín en el mes de noviembre.
- En el departamento de Cundinamarca se registra una masacre en Yacopi en el mes de febrero.
- En el departamento de Santander se registra una masacre en Bucaramanga en el mes de julio.

En el año 1988 contra miembros y simpatizantes de la U. P.

- En el departamento de Antioquia se registra una masacre en Currulao en el mes de marzo; en el mes de junio en San Rafael; en el mes de septiembre en Taraza; en noviembre una en Segovia y otra en el mes de diciembre en Valdivia.
- En el departamento del Meta se registra una masacre en Vistahermosa en el mes de febrero; en el mes de mayo otra en Villavicencio.
- En el departamento de Santander se registra una masacre en Opón en el mes de febrero; en el mes de junio otra en Barrancabermeja.
- En el departamento de Casanare se registra una masacre en Paz de Ariporo en el mes de febrero.
- En el departamento de Magdalena se registra una masacre en la Sierra nevada en el mes de febrero; en el mes de junio otra en Ciénaga.
- En el departamento del Huila se registra una masacre en La Plata en el mes de noviembre.

En el año 1989 contra miembros y simpatizantes de la U. P.

- En el departamento de Antioquia se registra una masacre en Segovia en el mes de julio, y otra en Valdivia.
- En el departamento del Meta se registra una masacre en Puerto López en el mes de enero.

En el año 1990 contra miembros y simpatizantes de la U. P.

- En el departamento de Antioquia se registra una masacre en Turbo en el mes febrero; en el mes de marzo otra en Chigorodó y Apartadó; en el mes de mayo se volvieron a repetir las masacres en estas dos poblaciones.
- En el departamento del Meta se registra una masacre en El Castillo en el mes de febrero.

- En el departamento del Chocó se registra una masacre en Unguía en el mes de febrero.

En este mismo período, al revisar apenas tres cuadros de la representación electoral de la Unión Patriótica, nos encontramos en cada uno de ellos, (en negrilla, véase cuadro), con varios registros de dirigentes asesinados y exiliados.

Uno de los indicativos derivados de estos datos es que la condena a muerte para los miembros y simpatizantes de este grupo es una constante, las masacres aumentan en número de registro y, aunque este dato no se consigna, también en número de personas ultimadas. Al respecto, ya en 1985 lo señalaba Enrique Santos Calderón: "Sería grave que los seguidores de la U. P. comenzaran a ser perseguidos, si tal situación se generaliza no cabría duda de que existe una provocación en gran escala contra la paz"¹⁵.

Las zonas en que se registra esta práctica genocida son las mismas zonas que reportan mayor número de votos; a pesar de que se implementaran políticas de eliminación agresivas que disminuían y vetaban los espacios y escenarios garantistas para la participación política de grupos tradicionales. En 1985 también se anotaba que "hay una preocupante reactivación de la violencia y de los grupos armados estilo MAS en el Magdalena Medio, que coincide con la campaña política que realiza en esta región la U. P., cuya Dirección Nacional ha divulgado una detallada lista de militantes asesinados o desaparecidos en las últimas semanas"¹⁶.

Otro de los indicativos se refiere a que, no obstante la sombra de muerte, la resistencia también es notoria, pues de otra forma no se explicaría cómo en estas zonas las personas continúan identificándose con el grupo político condenado al genocidio; los dirigentes asesinados contaron con suplentes que, en muchos casos, también fueron asesinados. El deterioro de los espacios y mecanismos de representación política no produjo ausencia de participación y de credibilidad en el proyecto político; al contrario, la identidad y el convencimiento de una nueva etapa política, hicieron que la necesidad de sobrevivencia política impulsara diversas formas de hacer real la existencia del grupo, de tal suerte que como lo afirma Mafessoli¹⁷, la resistencia a la muerte política los ha hecho "contemplar el desarrollo de la solidaridad orgánica, de la dimensión simbólica, de la comunicación, de la 'no lógica'".

¹⁵ Enrique Santos Calderón, *La guerra por la paz*, Bogotá, Fondo Editorial Cerec, 1985, p. 265.

¹⁶ *Ibid.*, p. 264.

¹⁷ Michel Maffesoli, *La violencia totalitaria*, Barcelona, Editorial Herder, 1982; y *El tiempo de las tribus*, Icaria Editorial, 1990.

Votos representación electoral Unión Patriótica período 1986-1990

1. Senadores elegidos

DEPTO.	CABEZA DE LISTA	SUPLENTE	VOTOS		Observación
			VT	V-UP	
ANTIOQUIA	Jaime Montoya Sánchez	Pedro Luis Valencia Giraldo	697.851	30.209	Asesinado
CAQUETÁ	Félix Tovar Zambrano	Antonio José Cano Martínez	55.684	19.763	
CIMARCA	Hernando Hurtado Álvarez	Gustavo Osorio	1'233.771	44.088	
HUILA	Guillermo Plazas Alcíd	Alberto Esteban Rojas Puyo	155.808	33.691	
META	Pedro Nel Jiménez Ovando	Luis Humberto Oviedo Hernández	146.090	41.391	Asesinado
TOLIMA	Guillermo Alfonso Jaramillo	José Tiberio Arango Henao	276.276	46.603	

Fuente. www.registraduria.gov.co

2. Representantes elegidos

DEPTO.	CABEZA DE LISTA	SUPLENTE	VOTOS		Observación
			VT	V-UP	
ANTIOQUIA	José Ovidio Marulanda Sierra	Bernardo Alfonso Jaramillo Ossa	702.307	30.464	Asesinado
ARAUCA	Elsa del Carmen Rojas	Octavio Vargas Cuéllar	33.855	17.938	
BOLÍVAR	Alfonso López Cossio	Manual Antonio Agámez Pájaro	305.660	24.167	
CAQUETA	Henry Millán González	Luciano Marín Arango	55.367	17.293	Asesinado
CIMARCA	Gilberto Vieira White	Carlos Enrique Cardona	1'233.624	45.746	
HUILA	Julio Enrique Ortiz Cuenca	Hernán Rojas Cabrera	157.160	32.264	
META	Betty Camacho Rangel	Jorge González Acosta	110.265	24.367	Asesinada
TOLIMA	Alfonso Gómez Méndez	Rafael Cely Cely	278.791	46.380	
SANTANDER	Hernán Motta Motta	Leonardo Posada Lozada	419.690	29.603	Exiliado

3. Diputados elegidos

DEPTO.	CABEZA DE LISTA	SUPLIENTE	VOTOS		Observación
			VT	V-UP	
ANTIOQUIA	Gabriel Jaime Santamaría Montoya	Sofronto de Jesús Hernández	708.197	30.518	Asesinados
CALDAS	José Eliud Gómez Hernández	Jaime Jurado Alvarán	252.841	12.991	Exiliado
CAQUETA	Andrés Páez Moreno	Pablo Alfonso Sánchez Cuéllar Gabriel Sandoval Lasso Jesús Antonio Guzmán López Boris Alberto Cabrera Silva Vicente Ovidio Ocampo Ríos Nelly Suárez de Rengifo	50.162	17.357	
CAUCA	Juan de la Cruz Perafán	Ricardo Tovar Castro José Adriano Pérez Perdomo Gerardo Cuéllar Cuéllar	193.941	8.586	
C/MARCA	Jesús Aníbal Suárez Montoya	Humberto Antonio Orrego Guevara	1'216.769	31.506	
CHOCO	Jairo Bedoya Hoyos	Julio Ibarquen Mosquera	56.377	1.705	Asesinado
HUILA	Eduardo Gutiérrez Arias	Roberto Antonio Orrego Guevara	157.524	12.679	
META	Eusebio Prada Díaz	Humberto Orjuela Tovar José Rafael Reyes Malagón Carlos Kóvacs Baptiste Humberto Zamora León Héctor Alfonso Gutiérrez Méndez	110.647	24.111	Asesinados
TOLIMA	Raúl Rojas González	Guillermo Pérez Flórez	274.852	17.306	
SANTANDER	Jairo Vargas León	Carlos Enrique Rodríguez Celis	415.929	29.471	Asesinado
VALLE	Cecilia Muñoz Ricaurte	Juan Agustín Lagos Pantoja	639.492	15.128	

Podríamos hacer la comparación con los datos electorales de otros períodos, para comprobar que las gentes seguían votando por la Unión Patriótica. Por supuesto, entre un período y otro se registra una disminución en la cantidad de votos debido a la disminución física de electores, también por el desplazamiento forzado a que han sido sometidos, y sin lugar a dudas por el miedo. Sin embargo, el hecho de que una sola persona admitiera e hiciera pública su filiación política por medio de su voto, significa que con este reconocimiento estaba ofrendando su existencia física, para que su existencia ideológica, en este caso de carácter político, perviviera.

Es preciso anotar que cuando individual o colectivamente la identidad, la manifestación concreta, la trascendencia transformadora de los sujetos logra registrar en la historia de la sociedad cambios estructurales de cualquier orden, señalando senderos hacia la conformación de un “nuevo contrato social”, hacia una nueva manera de hacer y pensar lo político, como lo hicieran varias colectividades políticas a partir de 1984, esto, a pesar de estar diezmados o transformados, ya les da un lugar en la historia sociopolítica nacional; y el repensar y resignificar lo político, los hace ser y estar en el mundo referente.

Sería imposible negar que en la historia sociopolítica colombiana el caso particular de la Unión Patriótica, su presencia, incluso referenciada por su genocidio, ha sido una constante en los propósitos e intentos de reconstrucción de la paz en el país. La concepción de estructura y organización social, las relaciones entre el Estado y la sociedad, las dinámicas de convivencia social esbozadas por los principios políticos de la Unión Patriótica y de otros grupos políticos¹⁸ que también han sido víctimas de genocidio político, registran sin lugar a dudas en la historia del Estado colombiano elementos de cambio, como la elección popular de alcaldes, la asamblea nacional constituyente, una reforma constitucional y la motivación para que nuevas organizaciones políticas funden sus formas de representación en la posibilidad de opinar, tomen decisiones, elijan y se convenzan de que también pueden reafirmarse como sujetos activos y dinámicos de la historia. Que sus muertes, exilios, amenazas, torturas, desplazamiento forzado, sirvieron para que ocurrieran estos cambios en la estructura política del país.

Para finalizar, hemos de expresar que ha sido la capacidad de movilización, de adaptación, de sincretismo (así sea impuesto), lo que ha permitido que esos sujetos colectivos, a primera vista anónimos, se hayan resistido y se sigan resistiendo a la manipulación, alienación y exterminación total de su existencia social, aun a costa de su vida individual, eso precisamente es lo que los hace históricos.

- Ariès, Philippe, *El hombre ante la muerte*, Madrid, Taurus, 1984.
- Castañó, Bertha Lucía, *Violencia socio-política en Colombia. Repercusión en la salud mental de las víctimas*, Bogotá, Editorial Gente Nueva, 1994.
- Maffesoli, Michel, *La violencia totalitaria*, Barcelona, Editorial Herder, 1982; y *El tiempo de las tribus*, Editorial Icaria, 1990.
- Mejía Rivera, Orlando, *La muerte y sus símbolos. Muerte, tecnología y posmodernidad*, Medellín, Universidad de Antioquia, 1999.
- Raichel-Dolmatoff, Gerardo, *Desana. Simbolismo de los indios tukano del Vaupés*, Bogotá, Procultura, 1986.
- Salazar, Gustavo, *Yo defendí a Rodríguez Gacha*, Bogotá, Ediciones Jurídicas Radar, 1990.
- Santos Calderón, Enrique, *La guerra por la paz*, Bogotá, Fondo Editorial Cerec, 1985.
- Soustelle, Jacques, *La vida cotidiana de los aztecas*, México, Fondo de Cultura Económica, 1977.
- Thomas, Louis Vincent, *Antropología de la muerte*, México, Fondo de Cultura Económica, 1993.
- Villa, Eugenia, *Muerte, cultos y cementerios*, Bogotá, Ed. Disloque, 1993; y «La historia de las mentalidades», en *Revista de Sociología Unaula*, Medellín, No. 12, julio de 1989.

¹⁸ En el libro citado, *Yo defendí a Rodríguez Gacha*, Ovidio Salinas declaraba que “el crimen de Jaime Pardo es un crimen eminentemente político, como lo demuestran sus (*sic*) antecedentes que se dieron a la muerte de Jaime Pardo, se trata de un plan de exterminio contra la Unión Patriótica y contra otros dirigentes populares, como el caso de Héctor Abad Gómez y otras personalidades que han sido asesinadas por su único delito de pensar de forma diferente, de estar pidiendo que las gentes tengan un derecho elemental como el derecho a la vida”, pp. 132-133.

12

5 Crítica de los programas de las organizaciones armadas colombianas. Sus posibles escenarios de realización

Luis Humberto Hernández*

* Profesor del Departamento de Ciencia Política , Facultad de Derecho, Ciencias Políticas y Sociales, Universidad Nacional de Colombia y de la Escuela Superior de Administración Pública, Esap.

“...del mismo modo que los hombres conservan durante toda su vida la huella de su infancia, los partidos sufren profundamente la influencia de sus orígenes”.

MAURICE DUVERGER

Presentación

Los marxistas, revolucionarios, izquierdistas y demócratas de todos los colores y latitudes bien podemos estar pensando y no sólo deseando, que la suerte del marxismo, de la revolución y del socialismo hacen coordinadas en las organizaciones guerrilleras colombianas.

No es otro el ánimo crítico, y con esto estoy diciendo marxista, de esta reflexión, que pretende aterrizar tan sanos y deseables deseos partiendo de las siguientes consideraciones:

1. ¿Son las organizaciones guerrilleras colombianas ajenas a la crisis que les asiste a los partidos y formas organizativas políticas partidistas denominadas burguesas, también producto, como aquéllas, de los tiempos modernos?

2. De no serlo –por ésa u otra razón– ¿Con ellas no hacen crisis también sus concepciones ideológicas acerca del Estado y del poder, de las clases sociales y la democracia? ¿Sus estrategias y tácticas; sus propuestas reivindicativas y su mismo carácter de vanguardia, condensados en sus guías o cartas de navegación denominados: programas políticos?

3. Cuál es el estado actual que presentan esas organizaciones y programas existentes en Colombia? ¿Tienen acaso alguna posibilidad de realizarse, o están condenadas como el sistema político mismo al que critican a seguir conviviendo con su soledad de poder por otros quién sabe cuántos más años?

4. ¿No es acaso expresión de esa crisis:

a. La actual “crítica de las armas” en que se hayan enzarzadas las denominadas vanguardias armadas Farc-ELN existentes en el país?

b. Su incapacidad para constituirse –al decir de Gramsci– en vanguardias hegemónicas dirigentes del pueblo colombiano antes de poder ser dominantes?

Para el efecto se hará un recorrido de la dinámica histórica que han tenido los programas desde su punto inicial: *El Manifiesto del Partido Comunista*, redactado por Marx y Engels, pasando por algunas de las coyunturas revolucionarias exitosas: Rusia, China y Cuba, hasta la coyuntura revolucionaria sandinista de 1979; para dejar elementos para la discusión del estado de ese arte en México con el EZLN y en Colombia con las Farc y el ELN.

Para nadie es un secreto que estamos asistiendo a una crisis generalizada de las formas organizativas políticas modernas, los partidos¹ políticos.

De esa crisis son ilustración las democracias capitalistas: las bajas convocatorias electorales que tienen los partidos de los países del centro, que se han elegido como gobiernos más legales que legítimos; el derrumbe de partidos como el PRI mexicano; la tendencia a la extinción de los partidos tradicionales en América Latina, que han sido remplazados por gobiernos productos de coaliciones alrededor de individuos (caso Fujimori, Ballén, Chávez), algunos incluso “neoliberales apolíticos confesos”. En el medio colombiano vemos la crisis de las dos facciones liberal y conservadora, expresión del partido de clase, tal como denominó Camilo Torres al Frente Nacional².

Crisis que se traduce en su transformación en los denominados partidos “atrapa todo”, los cuales se centran en la elección de candidatos, no se dirigen a una clase o estrato en particular, proponen plataformas amplias o flexibles, suficientemente vagas, prometiendo satisfacciones que abarcan un gran número de exigencias y soluciones de los más diferentes sectores sociales. En ellos no existe una disciplina de partido y acciones políticas unitarias; son partidos que pierden al parecer no sólo el color (se vuelven de todos los colores o tricolores) sino el sabor, es decir, el saber y, por qué no, el olor.

Partidos que si bien tuvieron su origen en Europa a partir de los denominados partidos de Notables o de Comités, se modernizaron al calor del desarrollo de los partidos obreros, socialistas y comunistas. Ya que estos exigieron su democratización en la medida en que presionaron la ampliación del espectro representativo y participativo de las masas obreras y populares en las decisiones de poder del Estado, y la democratización de sus propias dinámicas internas partidistas, llevándolos a convertirse, como ellos, en partidos modernos, por excelencia³. Constituidos con estructuras organizativas estables y articuladas de tipo piramidal, en cuya base estaban las uniones locales y en la cúspide la dirección central elegida por los delegados, quienes establecían la línea política a la cual debían someterse todas las instancias del poder y realizaban una acción política continua con el mayor número de miembros, cumpliendo con disciplina de partido labores de educación, propaganda y de organización programática. Financiada por cuotas de sus miembros para sostener la actividad de la burocracia del partido.

La crisis de los partidos modernos cobija también a los partidos denominados comunistas o socialistas, como lo ilustra la casi extinción del Partido Comunista Italiano, la caída del mismo régimen soviético ligado al derrumbe de su partido comunista; del Frente Sandinista, la flor de un día en el poder,

después de la revolución sandinista en Nicaragua. Para no hablar de las diversas versiones socialistas y comunistas latinoamericanas, que si bien existen no se realizan (cuando no estorban); o en la desaparición o pocas expectativas por las mismas formas organizativas guerrilleras, de las cuales Colombia y México, como sabemos, se constituyen en la excepción.

¿Dónde radica entonces la razón de esa crisis? Innegable, y retomando a Gramsci, que en la crisis de su “buen sentido”⁴, en su crisis cultural. Es decir, en su crisis ideológica y doctrinaria de la concepción filosófica de la época histórica⁵. Una crisis orgánica del pensamiento, en donde los partidos como intelectuales colectivos, revisten importancia para su elaboración y difusión, porque son ellos precisamente la expresión de su ideología. En concreto, hay una crisis de la ideología liberal y de la ideología marxista.

Ahora bien, siendo los programas⁶ los condensados potenciales y/o virtuales de las justificaciones racionales y posibles tareas mediatas e inmediatas

¹ “‘Partido’ ha significado, a lo largo de la historia política de Occidente, división, conflicto, oposición dentro de un cuerpo político. ‘Partido’ deriva etimológicamente de ‘parte’ y desde que apareció por primera vez en el discurso político, al final de la Edad Media, ha conservado siempre esta referencia a un conjunto de elementos en competición o en discusión con otra serie de elementos en un conjunto unificado”. David Easton, en “Categorías para el análisis sistémico de la política”, *Diez textos básicos de ciencia política*, Barcelona, Ariel, 1992, pp. 231-232.

² Camilo Torres, “Posibilidad de la izquierda en Colombia”, artículo póstumo, 1965.

³ Norberto Bobbio y Nicola Matteucci, *Diccionario de política*, L-Z, México, Siglo XXI Editores, 1985, p. 1.188.

⁴ Siendo la filosofía “una voluntad racional, no arbitraria, que se realiza en la medida que corresponde a necesidades históricas objetivas, es decir, en la medida en que es la misma historia universal en el momento de su realización progresiva que al ser acogida por un gran número y acogida de modo permanente, se convierte en cultura, en un buen sentido, en una concepción del mundo, con una ética adecuada a su estructura”. Antonio Gramsci, *Introducción a la filosofía de la praxis*, Barcelona, Península, 1972, pp. 41-42.

⁵ “Por consiguiente la filosofía de una época histórica no es más que la ‘historia’ de esta misma época, no es más que la masa de variaciones que el grupo dirigente ha conseguido determinar en la realidad precedente: Historia y filosofía son inseparables en este sentido, forman un ‘bloque’”. Antonio Gramsci, *ibid.*, p. 40

⁶ Programa “son las medidas indispensables como medio para transformar radicalmente todo el modo de producción. Medidas que son diferentes en los diferentes partidos. Sus tesis teóricas son la expresión del conjunto de las condiciones reales de una lucha de clases existente”. *Manifiesto del Partido Comunista*, Pekín, Editorial del Pueblo, 1975, p. 59. “Anticipo científico posible e inevitable de la transformación política.

[210] (tácticas y estratégicas) a realizar por una organización partidista, una reflexión y crítica de los mismos nos permitirá sopesar, para el caso de las organizaciones revolucionarias, los alcances y límites de sus destinos, a la vez que la fortuna o infortunio de nuestros particulares deseos.

II

El famoso *Manifiesto del Partido Comunista* no es otra cosa que el primer programa escrito en la historia del movimiento obrero y revolucionario mundial. Se hizo para la primera organización política comunista, La Liga Comunista, asociación internacional conformada en 1847 por grupos revolucionarios italianos, franceses, intelectuales alemanes y el ala izquierda del movimiento Inglés.

Compuesto por una parte teórica y otra reivindicativa se inicia con la famosa expresión que sintetiza su contenido filosófico y científico: “Un fantasma recorre Europa: El fantasma del Comunismo”. Fantasma al que el programa y el partido, al ser su encarnación, “negaron como leyenda”.

El *Manifiesto* comprende tres capítulos: en el primero, Burgueses y proletarios, presenta un análisis y una ubicación histórica de la lucha de clases, resaltando el proceso de formación de la época burguesa, su carácter revolucionario y su potencialidad de desarrollo y dominio planetario. La definición del concepto de gobierno. La historia del proletariado, sus luchas, su constitución en clase social, sus fracasos y su naturaleza de vanguardia como partido⁷.

Clase condenada a negarse como clase una vez accediera al poder, como condición para la realización de sus intereses universales, que al realizar los intereses genéricos de la especie humana incluye los de la burguesía, “perdiendo el poder público su carácter político” y en donde “...surge una organización en la que el libre desarrollo de cada individuo es la condición del libre desarrollo de todos”.

El segundo capítulo, Proletarios y comunistas, concreta diez puntos reivindicativos:

1. Expropiación de la propiedad territorial y aplicación de la renta del suelo a los gastos del Estado.
2. Fuerte impuesto progresivo.
3. Abolición del derecho de herencia.
4. Confiscación de la propiedad de todos los emigrados rebeldes.
5. Centralización del crédito en manos del Estado por medio de un Banco Nacional, con capital del Estado y régimen en el monopolio.
6. Centralización de los medios de transporte en manos del Estado.
7. Multiplicación de las fábricas nacionales y de los instrumentos de pro-

ducción, roturación de los terrenos incultos y mejoramientos de las tierras cultivadas conforme a un plan general.

8. Trabajo obligatorio para todos; organización de ejércitos industriales, particularmente para la agricultura.

9. Explotación combinada de la agricultura y la industria encaminada a hacer desaparecer gradualmente la diferencia entre ciudad y campo.

10. Educación pública y gratuita de todos los niños. Abolición del trabajo infantil en las fábricas en su forma actual. Educación combinada con la producción material, etc.

También se señala en este capítulo que estas medidas podían ser puestas en práctica en los países más avanzados, y de una manera propia en cada uno de ellos.

En el tercer capítulo, Literatura socialista y comunista, al tiempo que señala y critica los diversos tipos de socialismo, destaca, y esto es lo más importante, el carácter democrático del partido comunista al que denomina vanguardia, el cual no es sino uno más entre los partidos obreros y revolucionarios, a los cuales "debe apoyar por doquier".

Cerraba, a manera de síntesis, con la consigna: ¡Proletarios de todos los países uníos!

Podemos señalar que este programa es el más general y universal de todos los programas revolucionarios o comunistas, que no se concretó históricamente y que mantiene la paradójica condición de estar pendiente de realización. Condenado a ser el último de los programas, a algo así como un programa teórico fundacional de vanguardia pero histórica y políticamente de retaguardia.

Un nuevo programa es siempre, a pesar de todo, una bandera que se levanta públicamente y por la cual los de fuera juzgan al partido" (*Crítica del programa de Gotha*, p. 18). "Un programa de principios significa colocar ante todo el mundo los jalones por los que se mide el nivel del movimiento del partido". *Ibid.*, p. 19. "Un programa debe ser tan breve y preciso como fuere posible. Que se pueda convertir en consigna. No es necesario, por otra parte, hacer demasiadas concesiones a la sencillez", Engels. "Todo programa debe ceñirse de manera estricta a los principios fundamentales, sin miedo a los inconvenientes propios de toda síntesis" (*Crítica del programa de Erfurt*, p. 9).

⁷ *Partido político*: "La organización del proletariado en clase, socavada sin cesar por la competencia entre los propios obreros. El movimiento proletario es el movimiento (consciente) de la inmensa mayoría en provecho de la inmensa mayoría" (*Manifiesto del Partido Comunista*, ed. cit., pp. 45-47).

El segundo programa revolucionario al que haremos referencia, lo encontramos en las profusas elaboraciones políticas de Lenin.

Cabe anotar que dichas elaboraciones terminaron, de una parte, convirtiéndose en la guía para los revolucionarios del mundo, y de otra, que con ellas quedaron sentadas las bases para la elaboración de los que se denominarían desde entonces como programas socialistas.

Lenin señalaba que uno de los objetivos fundamentales del programa “es brindar al partido directivas para su propaganda y agitación cotidiana”. El programa, afirmaba: “debe ser una síntesis para los fines de la agitación, una síntesis como lo fueron todos los programas”. Cada uno de sus puntos contenía material para que los agitadores lo utilizaran en cientos de miles de discursos y artículos. Debe redactarse para que todo trabajador y trabajadora lo conozca, lo asimile y lo comprenda. Por tal razón debe contener “tesis breves, sin una palabra superflua, y dejar las explicaciones para los comentarios, los folletos, la agitación, etc. Sin embargo, no puede quedarse en una simple proclama que se limita a reflejar los deseos sin tener en cuenta las condiciones subjetivas”.

El contenido de un programa socialista –aseguraba Lenin– debe comprender los conceptos fundamentales acerca de la concepción de la sociedad, del papel del proletariado en ellos y del sistema social que eliminará para siempre la explotación del hombre por el hombre. Debe fijar con exactitud sus tareas políticas y señalar las reivindicaciones más cercanas, que son las que deben determinar el contenido de la labor de agitación, darle unidad, hacerla más amplia y profunda y convertirla en agitación parcial. Debe fragmentarla en favor de pequeñas reivindicaciones, desligadas unas de otras, en agitación por el conjunto de todas las reivindicaciones para modificar el sistema de dominación imperante.

Curiosamente, al igual que Marx, Lenin señalaba a fines de 1899 diez puntos como partes integrantes del programa del Partido Obrero Social-demócrata de Rusia:

1. El carácter fundamental del desarrollo económico de Rusia.
2. Las consecuencias inevitables del capitalismo.
3. El crecimiento de la miseria y de la indignación de los obreros, la lucha de clases del proletariado como base del movimiento.
4. Los objetivos finales del movimiento obrero social-demócrata, su aspiración a conquistar el poder político para alcanzar esos objetivos y el carácter internacional del movimiento.

5. El carácter necesariamente político de la lucha de clases.
6. Al absolutismo ruso como el principal estorbo para el movimiento obrero, por cuya razón la conquista de su libertad política es necesaria para todo el desarrollo social y constituye las tareas inmediatas del partido.
7. Que el partido habrá de apoyar a todos los partidos y capas de población que luchen contra el absolutismo y combatirá las maniobras demagógicas del gobierno.
8. La enumeración de las reivindicaciones democráticas fundamentales.
9. Reivindicaciones a favor de la clase obrera.
10. Y reivindicaciones a favor de los campesinos explicando el carácter general de los mismos.

Como se puede ver, los cinco primeros puntos se refieren a asuntos teóricos e históricos. El sexto está destinado al análisis de la situación política que enfrentaba la clase obrera, el séptimo relaciona el apoyo político que se requiere para vencer ese obstáculo y avanzar hacia el socialismo, terminando con los puntos 8, 9 y 10 que son las reivindicaciones inmediatas.

La parte teórica la denominaba Lenin el *Programa Máximo* y las reivindicaciones inmediatas el *Programa Mínimo*, programas que se diferenciaban en que el mínimo está relacionado con la revolución democrático-burguesa y el máximo con la revolución socialista.

Posteriormente, en 1905, en pleno ascenso del movimiento revolucionario, Lenin sostenía que el partido sólo debería hacer propaganda de las reivindicaciones fundamentales, dejando de lado las de menor importancia. Señalaba como fundamentales seis puntos:

1. Una asamblea constituyente elegida por todo el pueblo.
2. Armamento del pueblo.
3. Libertad política.
4. Libertad plena para nacionalidades oprimidas y postergadas.
5. Jornada de 8 horas.
6. Comités revolucionarios campesinos.

"El gobierno revolucionario –diría Lenin– debe tender a apoyarse en las capas bajas del pueblo, en la masa de la clase obrera y de los campesinos pues sin ellos, no podrá mantenerse; sin la actividad revolucionaria del pueblo será un cero contra las promesas aventureras y grandilocuentes, pero carentes de sentido (por ejemplo, la inmediata 'socialización' de la que no tienen ni la más remota noción quienes las formulan), y proponer al mismo tiempo, transformaciones realmente practicables en este momento, y necesarias de veras para afianzar la revolución".

En 1917, siete días antes de la revolución de octubre, Lenin señalaría la necesidad de cumplir tareas muy diferentes a las planteadas para la revolución de 1905, aunque no todavía socialista, porque la situación se había modificado enormemente desde la Revolución de Febrero. Figuraron entonces puntos como: el establecimiento de la República de los Soviets, la nacionalización de los bancos y los monopolios, la implantación del control obrero y la obligación general de trabajar, la nacionalización de las tierras, y la confiscación a los terratenientes.

Afirmaba también que “no podía existir un programa mínimo idéntico para varios países, por mucho que estén insertos en el modo de producción capitalista mundial, ya que su desarrollo es desigual y existen realidades nacionales étnico-culturales diferentes”.

Si la revolución es democrática, el “programa mínimo” debe ser democrático y no socialista. Si el partido obrero en esa situación se planteara como objetivo inmediato la realización de medidas socialistas sólo conseguiría desacreditarse”.

Después del triunfo de la revolución diría Lenin que: “hoy, en lugar del viejo programa debemos escribir un nuevo programa de poder soviético”, insistiendo en que el programa debe señalar lo que ya se ha comenzado a hacer y los pasos siguientes que se quieren dar, pero que no se sabe en ese momento “cómo será el socialismo y cuándo alcance su forma definitiva”.

Programa que finalmente se condensaría en la consigna: ¡Todo el poder a los Soviets!

Podemos señalar a manera de conclusión:

1. La elaboración de varios programas mínimos según la coyuntura política: 1899-1905-1917, y después de 1917, levantando para cada uno de esos momentos puntos programáticos concretos.

2. La adquisición de los programas de visos no propiamente socialistas sino de transición al socialismo, señalando puntos que al desarrollarse irán sentando las bases del modelo propiamente socialista.

3. Una diferenciación entre lo democrático y lo socialista, que señala en lo democrático las acciones burguesas contra el autoritarismo feudal.

4. Una oposición a las propuestas que denominó Lenin de falso radicalismo socialista y que se expresaban en programas “que no tienen ni la más remota noción quienes la formulan”.

5. Que Lenin consideraba como sujeto histórico de la revolución al proletariado, y a la estrategia insurreccionalista, la estrategia revolucionaria. Consideraba al partido como la vanguardia iluminada, su misma razón de ser, que levantaba propuestas para que las masas se las apropiaran, es decir, que no consideraba a las masas capaces de su propia elaboración.

Con los programas leninistas se inició en la Unión Soviética la elaboración y desarrollo de programas que se concretaban históricamente a través de procesos revolucionarios y tomas de poder, donde las realidades históricas modelaban sus alcances institucionalizando en sus procesos potencialidades que no sólo los alejaban del ideal del Manifiesto marxista fundacional —el cual se ve en ellos adelgazado—, sino que van arrastrando los elementos de su propia y futura contradicción disolutoria.

Programas que por la eficiencia histórica que demostraron al hacerse realidad política se tornaron, desde entonces, en el referente de los revolucionarios del mundo con todo y sus implicaciones.

IV

Un tercer referente sobre el programa lo tenemos en la revolución China conducida por Mao Tse Tung. Mao habló de un programa general o fundamental para toda la etapa de la revolución democrático-burguesa y de un programa concreto para cada período. Al tiempo, señaló que las condiciones históricas de China no daban para instalar un régimen socialista sino un régimen de Nueva Democracia, basado en la alianza de las diversas clases democráticas. Dado que “es igualmente imposible para el pueblo chino implantar un régimen estatal socialista en la presente etapa de desarrollo del país, cuando su misión sigue siendo combatir la opresión extranjera y la feudal y todavía no se presentan las condiciones socio-económicas que requiere tal régimen”.

Enfatizando en el carácter democrático, Mao precisaba que “en los estados modernos el llamado sistema democrático está en general monopolizado por la burguesía y se ha convertido simplemente en un instrumento de opresión contra la gente sencilla. En cambio, según el principio de la democracia, sostenido por el Kuomintang, el sistema democrático es un bien común de toda la gente sencilla y no se permite que sea propiedad exclusiva de unos pocos”.

Frente a la propiedad, afirmaba Mao: “La misión del sistema de nueva democracia que preconizamos consiste precisamente en eliminar esos obstáculos y detener esa destrucción, garantizar a las amplias masas populares la posibilidad de desarrollar libremente su iniciativa individual dentro de los marcos de la vida en sociedad, garantizar el libre desarrollo de una economía privada capitalista que no pueda ‘dominar la vida material del pueblo’, sino que lo beneficie, y proteger toda propiedad privada legítimamente adquirida (...) La economía china en la etapa actual debe estar integrada por tres sectores: el del Estado, el privado y el cooperativo. Pero el Estado al que nos referimos

aquí no debe ser absoluta 'propiedad exclusiva de unos pocos', sino forzosamente un Estado de nueva democracia, Estado que sea 'un bien común de toda la gente sencilla' bajo la dirección del proletariado (...) A las empresas estatales, privadas y cooperativas se les garantizarán los beneficios legítimos que correspondan a una actividad lícita (...); tanto Estado como particulares y tanto el trabajo como el capital se esforzarán conjuntamente por el desarrollo de la producción industrial".

"Nuestro programa general –señalaba Mao– ha permanecido y permanecerá inalterado a lo largo de toda la etapa de la revolución democrático-burguesa, es decir, durante varias décadas. Pero dado que la situación cambia, en las diversas fases de esta etapa, no podemos dejar de introducir, como es natural, los cambios correspondientes en nuestro programa concreto."

Sus demandas no serán otra cosa que "la voz de las grandes masas populares de China y también de amplios sectores de la opinión pública democrática en los países aliados".

"Es completamente indispensable un programa concreto mínimo apoyado por todos los partidos y grupos democráticos antijaponeses (...), cada partido puede tener sus propias demandas, pero todos debemos convenir en un programa común."

Es más, Mao señalaría "que en las regiones dominadas por el Kuomintang, un programa así es por ahora más que una exigencia, en las ocupadas por el Japón este es un programa que podrá llevarse a la práctica sólo después de la recuperación de dichas regiones; en las regiones liberadas este programa se viene aplicando desde hace tiempo y debe seguir aplicándose en el futuro".

No sobra señalar que Mao destaca, en su visión programática, el problema de la cultura, la educación y los intelectuales, dándoles a estos últimos un peso específico en la tarea de "forjar una nueva cultura y una nueva instrucción pública, nacional, científica y de masas".

Podemos destacar de esta experiencia programática que:

1. Mao considera el carácter de vanguardia del partido y del proletariado, postulando frente a la estrategia insurreccional leninista y marxista la denominada estrategia de Guerra Popular Prolongada (GGP).
2. También en ese orden, precisa frente a Lenin, el carácter democrático del régimen de Nueva Democracia, como etapa de transición del capitalismo al socialismo, en donde lo democrático asume un nuevo contenido de carácter popular, como unión de las aspiraciones de los diferentes sectores sociales que componen al pueblo.
3. Considera realizable en las zonas liberadas el programa concreto, es decir, la materialización del programa desde antes de la toma del poder, como

medio de construcción del Estado. En este sentido, supera el papel propagandístico del programa señalado por Lenin, agregándole el papel organizativo y constructivo del Estado.

4. Además, hizo necesaria para la realización del programa la participación de los diferentes sectores sociales; y la introducción, como punto fundamental programático, de la cultura y de los intelectuales.

5. Por último, encontró indispensable el ejercicio de una economía mixta: capitalista y socialista.

Mao Tse Tung condensó su concepción programática en la consigna de: "República Popular".

Cabe señalar que, pese a las lógicas diferencias históricas y conceptuales de los vietnamitas, su programa mantiene los lineamientos generales del pensamiento maoísta.

V

Como cuarta experiencia tenemos los programas cubano y sandinista.

Tanto el Movimiento 26 de julio, en Cuba, como el Frente Sandinista de Liberación Nacional, en Nicaragua, no elaboraron un programa político en el sentido integral planteado por Lenin.

Los cubanos van a considerar el programa como el condensado de amplias fuerzas que no se puede situar más allá del consenso y conciencia políticos coyunturales⁸. El Movimiento 26 de julio no se definió entonces como marxista⁹, y su estrategia consistió en conquistar las masas del partido ortodoxo, un partido populista con mucho arrastre entre el pueblo, para conducirlas hacia una posición revolucionaria.

Si bien en lo que posteriormente denominaron el programa del Moncada, "que con toda claridad expusimos ante el tribunal que nos juzgó, estaba el germen de todo el desarrollo ulterior de la revolución", Fidel Castro aprovechando la defensa que hizo ante los magistrados presentó un análisis

⁸ "Esto es el a b c de cualquier político, de Lenin a Ronald Reagan. Ningún hombre o grupo de hombres podría generar un cambio histórico de la magnitud del cubano a partir de una práctica conspirativa al margen e incluso contra la voluntad mayoritaria de la nación". *Cuba: Economía, política, sociedad*, N° 15, 1990, p. 13.

⁹ Si bien después de la revolución lo admitían: "Sin la prédica luminosa de José Martí... sin los extraordinarios descubrimientos científicos de Marx y Engels; sin la genial interpretación de Lenin y su portentosa hazaña histórica, no se habría concebido un 26 de julio". Fidel Castro, *Hoy somos un pueblo entero conquistando el porvenir*, La Habana, Ediciones Políticas, 1973, p. 25.

de la sociedad cubana, de su historia, del régimen político, de la guía ideológica martiniana, y de las cinco leyes con el objetivo de “que fueran comprendidas por esas masas” y que respondieran a un pensamiento político “progresista, reformista y no a un pensamiento comunista”, que sirviera de bandera para sus luchas.

Fidel diría que “en el sumario de esta causa han de constar cinco leyes que serían proclamadas inmediatamente después de tomar el Cuartel Moncada:

1. La primera ley devolvía al pueblo la soberanía y proclamaba la Constitución del 1940 como ley segura del Estado, en tanto el pueblo decidiese modificarla o cambiarla (...) No existiendo órganos de elección popular para llevarlo a cabo, el movimiento revolucionario, como encarnación momentánea de esa soberanía, única fuente del poder legítimo, asumía todas las facultades que le son inherentes a ella, excepto la de modificar la propia Constitución en la facultad de legislar, ejecutar y juzgar.

2. La segunda ley concedía la propiedad inembargable de la tierra a todos los colonos, subcolonos, arrendatarios, aparceros, etc. (...) indemnizando el Estado a sus anteriores propietarios con base en la renta que devengarían por dichas propiedades en un promedio de diez años.

3. La tercera ley otorgaba a obreros y empleados el derecho de participar del 30% de las utilidades de todas las grandes empresas industriales, mercantiles y mineras incluidas las centrales azucareras.

4. La cuarta ley concedía a todos los colonos el derecho de participar del 50% del rendimiento de la caña y cuota mínima de 40.000 arrobas a todos los pequeños colonos que llevasen 3 años y más de establecidos.

5. La quinta ley ordenaba la confiscación de todos los bienes de todos los malversadores de todos los gobiernos y de sus causahabientes y herederos, en cuanto bienes percibidos por testamento o abintestato de procedencia mal habida mediante tribunales especiales, intervenir sociedades anónimas y de solicitar de los gobiernos extranjeros extradición de personas y embargos de bienes. La mitad de ellos pasarían a engrosar la caja de retiros de los obreros y la otra mitad a las casas de beneficencia, hospitales y asilos.

Además, declaraba la solidaridad con los demás países democráticos de América y ofrecía asilo político a sus perseguidos.

A ello se agregarían otras leyes como las de reforma agraria y la educativa, inspiradas en el cumplimiento estricto de dos artículos de la Constitución, uno de los cuales mandaba la proscripción del latifundio y a los efectos de su desaparición, señalaba el máximo de su tenencia. El segundo, que ordenaba al Estado emplear todos los medios a su disposición para proporcionar ocupación a todo el que careciera de ella y asegurar a cada trabajador manual o intelectual una existencia decorosa.

Leyes aplicadas una vez se posesionaron del poder revolucionario, “que –en sus palabras– significó el desarrollo en forma inusitada de la conciencia de clase de los obreros”, y demás sectores sociales que los llevaron a empuñar las armas para defender sus conquistas. “Así, el 16 de abril de 1961, nuestra clase obrera... proclamó el carácter socialista de nuestra Revolución... un decisivo asalto en la conciencia política se había producido desde el 26 de julio de 1953. Ninguna victoria moral pudiera compararse a esta en el glorioso camino de la revolución”.

Posterior a la revolución, Fidel Castro diría:

“No era el programa que yo habría querido” pero “proponerse un programa más elevado, un programa más avanzado en aquella época no era realista en absoluto, no lo habría entendido nadie.

“Hicimos el programa máximo que a nuestro juicio estaba en condiciones de comprender el país de entonces. No era un programa socialista ni podía serlo realmente porque los objetivos inmediatos de nuestra lucha no eran todavía, ni podían ser, objetivos socialistas.

“Habrían rebasado el nivel de conciencia política de la sociedad cubana en aquella fase.

“Si nosotros –afirmaba Fidel– no hubiésemos escrito ese documento con cuidado, si hubiese sido un programa más radical contra Batista no habría adquirido la amplitud que adquirió y que hizo posible la victoria (...) sus planteamientos fueron hechos entonces con el cuidado de no lesionar la amplitud del movimiento revolucionario”.

Posteriormente, declaraba: “La tarea nuestra entonces era movilizar a nuestro favor la opinión pública, divulgar nuestras ideas y ganarnos el respaldo de las masas del pueblo”.

¡Patria o muerte! ¡Venceremos! cerrarían sus logros programáticos.

En la Revolución Sandinista se plantearon tres “programas”. El primero, aparecido en 1969, en un panfleto firmado por Carlos Fonseca Amador, se consideraba “la reivindicación Socialista y la emancipación Nacional con-

[220] jugadas en la Revolución Popular Sandinista". Allí se identificaban abiertamente con el socialismo, sin carecer de un enfoque crítico frente a las experiencias socialistas.

En dicho panfleto se incluían los 15 puntos que integraban lo que el FSLN denominaba "El Programa de la Revolución Popular Sandinista", ellos eran:

1. Combate popular guerrillero.
2. Poder Popular.
3. Plan especial para la zona atlántica y regiones abandonadas.
4. Tierra para los campesinos.
5. No más explotación y miseria.
6. Emancipación de la mujer.
7. Honestidad administrativa.
8. Ejército patriótico popular.
9. Revolución en la cultura y la enseñanza.
10. Respeto a las creencias religiosas.
11. Política exterior independiente.
12. Abolición del tratado Chamorro-Bryan.
13. Unidad Popular Centroamericana.
14. Solidaridad entre los pueblos.
15. Veneración hacia los mártires.

Acto seguido declaraba enfáticamente el carácter socialista, marxista, guevarista y camilista del programa.

Diez años después consideraron necesario modificar el contenido del programa de su organización, entonces proclamarían:

Declarar el nombre del socialismo y el título de las más conocidas teorías revolucionarias no garantiza en sí mismas de la profundidad de las transformaciones que nos proponemos, en una palabra "la fraseología revolucionaria no garantiza la profundidad del cambio, y más bien puede dificultarla e impedirla, al implicar toda una vía equivocada". Podemos encontrar palabras en nuestro vocabulario histórico tradicional y en la propia riqueza del idioma, para dar la imagen del carácter radical de nuestro proceso, sin necesidad de apelar a los más conocidos clisés (...), debemos buscar en las representaciones de la cultura nacional del pasado, las expresiones patrióticas y contra la explotación, y difundir con amplitud tales citas. Esas referencias prestigian el lenguaje más radical.

Tanto el segundo programa publicado en septiembre de 1977 como el tercero de diciembre del mismo año, señalarían:

Las bases para la implementación del gobierno revolucionario democrático popular, en cuyo centro deben realizarse las funciones de agitación, movilización y organización en la lucha contra la tiranía somocista, permitiendo también que la mayor parte de las fuerzas progresistas del mundo –no sólo socialista– apoyen la lucha sandinista, patriótica y antisomocista.

Estos programas se diferenciaban uno de otro por la sistematización y el ordenamiento, y por la inclusión de nuevos puntos en el programa de diciembre, tomando como ejes:

1. La soberanía nacional.
2. La democracia efectiva.
3. La justicia y el progreso social.

La consigna común: ¡Patria libre o morir!, condensaba su gesta programática.

De estas dos experiencias podemos concluir:

1. Unas leyes-programa, en el caso cubano unidas, encaminadas a la construcción de una vanguardia político-militar, centrada en el foco guerrillero, y no a una vanguardia de tipo partidista leninista. El programa será considerado como la expresión del consenso de las fuerzas revolucionarias, la nación hegemónica, concretadas en sus acciones reivindicativas.

- 2 El concepto de un nuevo sujeto revolucionario, “el sujeto político”: la guerrilla, como sujeto del proceso de la toma del poder sin negar el sujeto histórico: el proletariado; que como clase debía construirse a partir de la toma del poder por la guerrilla y en desarrollo de la construcción de la nueva sociedad.

3. La gran importancia del movimiento mismo y el estado de conciencia de las masas, el pueblo. Se buscaba no escandalizarlas sino ganarlas para la confianza de la vanguardia, no declarada socialista, a partir de sus necesidades concretas.

4. La fuerza del carácter nacional y antiimperialista, y el respeto de los valores culturales, ideológicos y nacionales del pueblo.

5. EL mantenimiento del carácter iluminado de la vanguardia –legado leninista–, por ende el peso propagandístico que cobraba la acción política del programa.

VI

En la más reciente guerrilla conformada en América latina, el Ejército Zapatista de Liberación Nacional, EZLN (devenida de una organización marxista-leninista), que hizo su aparición en 1994 en México, no encontramos

formalmente un programa como parte de su razón organizativa. Sin embargo, es en su riqueza literaria, más prolífica que la de cualquiera de las guerrillas existentes o que hayan existido en América Latina, donde reside la razón de su fuerza, su misma política. Es decir, “que en la palabra” encontramos el quehacer de su destino revolucionario y las fuentes para entender su carácter como organización política.

El primero de enero de 1994, cuando la guerrilla zapatista se alzó en armas, manifestó en el documento llamado Declaración de la Selva Lacandona: *hoy decimos ¡basta!*, una sintética ubicación histórica (ampliada después en *Chiapas: el sureste en dos vientos, una tormenta y una profecía*), antes de expresar la razón de su levantamiento en armas, la declaración de guerra, las órdenes a seguir por sus fuerzas militares y el pliego petitorio o pliego de once (11) demandas, en el que se lee:

Pueblo de México: nosotros, hombres y mujeres íntegros y libres, estamos conscientes de que la guerra que declaramos es una medida última pero justa. Los dictadores están aplicando una guerra genocida no declarada contra nuestros pueblos desde hace muchos años, por lo que pedimos tu participación decidida apoyando este plan del pueblo mexicano que lucha por trabajo, tierra, techo, alimentación, salud, educación, independencia, libertad, democracia, justicia y paz. Declaramos que no dejaremos de pelear hasta lograr el cumplimiento de estas demandas básicas de nuestro pueblo formando un gobierno de nuestro país libre y democrático.

Las seis primeras demandas se corresponden con una de sus razones de existencia y/o estratégicas: la independencia, y las restantes cuatro, que corresponden a su razón de vida, son principios que orientan y definen el carácter de su alzamiento en armas.

Pero dado el proceso de negociación planteado por el gobierno mexicano, los zapatistas han desarrollado alrededor de esos principios unas demandas y petitorios (Programas Mínimos) de acuerdo con la coyuntura de negociación. Así, en la *Respuesta a la propuesta de acuerdos para la paz del supremo gobierno* presentaron, en febrero del mismo año, con ocasión del diálogo de San Cristóbal y junto a las anteriores demandas, un pliego de treinta y cuatro (34) demandas, cuya resolución sería la obtención de una paz con justicia y dignidad:

Cuarto. El pliego de las 34 demandas del EZLN contiene exigencias nacionales y estatales, unas que abarcan a toda la población y otras que se refieren a los campesinos e indígenas. El supremo go-

bierno intentó, en vano, reducir la importancia de nuestra justa lucha al ámbito local indígena e incluso limitarlo a 4 municipios del sur oriental del estado de Chiapas.

Quinto. Entre las demandas nacionales que incluyen a todos los mexicanos, están:

- A. Elecciones libres y democráticas con igualdad de derechos y obligaciones para todas las fuerzas políticas.
- B. Para garantizar la libertad y la democracia, exigimos la renuncia del titular del ejército federal y las de los titulares ilegítimos de los ejecutivos estatales. A la renuncia del Presidente de la República deberá formarse un gobierno de transición que organice elecciones libres y democráticas. Se exige también que se legisle el derecho de ciudadanos y grupos de ciudadanos que, sin militancia partidaria, participen en el proceso electoral como autoridad real máxima.
- C. Se exige un nuevo pacto federal que acabe con el centralismo y permita la autonomía de comunidades indígenas y municipios.
- D. Se exige la revisión del Tratado de Libre Comercio firmado con Canadá y los Estados Unidos porque no corresponde a la realidad de México.
- E. Se exige trabajo digno y salario justo para todos los trabajadores del campo y de la ciudad, y que se aplique y se respete la Ley Federal del Trabajo en beneficio de los trabajadores del campo y de la ciudad.
- F. Se exige que se acabe con el saqueo de las riquezas nacionales.
- G. Se exige la cancelación de todas las deudas contraídas por créditos, préstamos e impuestos.
- H. Se exigen soluciones al problema nacional del hambre y la desnutrición en el campo y la ciudad mexicanos.
- I. Se exige la libertad inmediata e incondicional de todos los presos políticos y de los pobres presos injustamente en todas las cárceles del país.

Séptimo. Entre las demandas campesinas del EZLN, que incluyen a todos los campesinos mexicanos, están:

- A. La exigencia de que el artículo 27 constitucional respete el espíritu original de Emiliano Zapata. La tierra es de quien la trabaja.
- B. Construcción de hospitales y clínicas de campo en todas las comunidades rurales del país, con doctores y medicinas.
- C. Precio justo a los productos del campo, eliminación del intermediarismo y comercialización directa de los campesinos.

D. Que los ejércitos y policías no actúen ya en las comunidades rurales en beneficio de caciques y terratenientes.

Noveno. Entre las demandas indígenas nacionales del EZLN, están:

A. Derecho de los indígenas a una información veraz y oportuna mediante una radiodifusora indígena independiente del gobierno, dirigida y manejada por indígenas.

B. Educación completa y gratuita para todos los pueblos indígenas.

C. Que las lenguas de todos los grupos indígenas sean oficiales y obligatoria su enseñanza en todos los niveles escolares.

D. Que se respete la cultura y tradición de los pueblos indígenas.

E. Que se termine la discriminación y el racismo contra los indígenas.

F. Autonomía cultural, política y judicial para los pueblos indígenas.

G. Respeto al derecho a la libertad y a una vida digna de los pueblos indígenas.

H. Apoyos económicos y sociales para las mujeres indígenas.

Undécimo. Entre las demandas estatales del EZLN, están:

A. Realización de elecciones generales en Chiapas y reconocimiento legal de todas las fuerza políticas en el estado.

B. Electrificación del campo chiapaneco y porcentaje del ingreso económico por la comercialización del petróleo.

C. Indemnización a las víctimas de la guerra.

D. Derogación del Código Penal del estado de Chiapas en lo referente a las limitaciones de la lucha política.

E. Cese a las expulsiones, retorno libre y voluntario de los expulsados a sus tierras de origen e indemnización por daños sufridos.

F. Juicio político a los señores Patrocinio González, Absalón Castellanos Domínguez y Elmar Stezer M.

Decimotercero. Por último, el EZLN demandó su reconocimiento, por parte del gobierno, como fuerza beligerante. El pueblo de México, a través de diversas organizaciones, nos ha otorgado ya ese reconocimiento.

Bajo la consigna: Democracia¹⁰, libertad y justicia.

Posteriormente, en agosto de 1994, el EZLN convocó a la sociedad civil a una Convención Democrática en Aguascalientes para que “encuentren lo que nos une, que no olviden las diferencias que los separan y que con más frecuencia de la deseable los enfrentan unos a otros, para que las guarden unos

días para descubrir al enemigo común. Esto les pedimos respetuosamente, no que traicionen sus ideales, sus principios, sus historias, les pedimos respetuosamente que se afirmen, que sean consecuentes, para decir *Ya Basta* a la mentira que hoy gobierna nuestra historia". Convención de la cual no esperaban que se transformara en su brazo civil, o medio de la promoción propagandística, o escalón para cálculos políticos. Con ella pretendieron alimentar el dudoso honor de ser su vanguardia histórica, de las múltiples vanguardias históricas que padecemos, sino discutir y acordar la organización civil, pacífica, popular y nacional de la lucha por la democracia, la libertad y la justicia.

Para 1996 anunciaron la creación de un frente civil, el Frente Zapatista de Liberación Nacional, y promovieron un Encuentro Intercontinental por la Humanidad y el Neoliberalismo, también conocido como "Encuentro Intergaláctico".

Demandas o programa de una organización nacida al tenor de la ruptura, "no sólo la imagen falsa de la modernidad que el neoliberalismo nos vendía, no sólo de la falsedad de los proyectos gubernamentales, de limosnas institucionales, no sólo el injusto olvido de la Patria hacia sus habitantes originales, sino también del esquema rígido de una izquierda obcecada en vivir del y en el pasado". En medio de un navegar del dolor a la esperanza, en donde la lucha política se ve a sí misma desnuda de los ropajes oxidados que le heredó el dolor, siendo ella la esperanza la que obliga a buscar nuevas formas de lucha, es decir nuevas formas de ser políticos, de hacer política: "una nueva política, una nueva moral política, una nueva ética política que no sólo es un deseo, sino que es la única manera de avanzar, de brincar al otro lado".

Esta guerrilla, de origen étnico y no propiamente clasista, no se autodenomina vanguardia: "...no tiene ni el deseo ni la capacidad de aglutinar en torno a su proyecto y su camino a los mexicanos todos". Nace de un modelo insurgente a la mexicana "donde la base comunitaria indígena llevaron a Zapata más allá del vanguardismo leninista o guevarista. Siendo su referencia central la de *Votán-Zapata*, sincretismo de dos figuras tutelares que tienen en común la defensa de las tierras de las comunidades". "Sustituye la categoría de lucha de clases, de dictadura del proletario y de socialismo por la de democracia, justicia y libertad, que no son una simple máscara. Hace una

¹⁰ "Democracia es que los pensamientos lleguen a un buen acuerdo. No que todos piensen igual, sino que todos los pensamientos o la mayoría de los pensamientos busquen y lleguen a un acuerdo común que sea bueno para la mayoría, sin eliminar a los menos; que la palabra de mando obedezca a la palabra de la mayoría, que el bastón de mando tenga una palabra colectiva y no una sola voluntad" (*La Jornada*, 31 de diciembre de 1994).

invitación a soltar las amarras sin la seguridad del destino ni de los medios para alcanzarlo en una nueva aventura, la de la indefinición”.

Organización constituida por “hombres y mujeres íntegros y libres... somos mayoritariamente indígenas, mayoritariamente analfabetas y mayoritariamente discriminados. No tuvimos oportunidad alguna de terminar siquiera la primaria”.

Organizada como dirección colectiva y democrática, “la Comandancia la componen hombres, Subcomandantes”. “Tengo el honor –piensa el subcomandante Marcos– de tener como mis superiores a los mejores hombres y mujeres de las etnias tzeltal, tzotil, chol, tojolabal, mam y zoque: ellos son mis comandantes y los seguiré por las rutas que elijan. Ellos son la dirección colectiva y democrática del EZLN, su aceptación al diálogo es verdadera como verdadero su corazón de lucha y verdadera su desconfianza a ser engañados de nuevo. Hombres todos sin rostro, armados de la verdad, a través de la palabra y la vida, y su política, y del fuego de las armas, y de la muerte”. En donde, “si tenemos que escoger entre caminos, siempre escogeremos el de la dignidad. Si encontramos una paz digna, seguiremos el camino de la paz digna. Si encontramos la guerra digna, empuñaremos nuestras armas para encontrarla. Si encontramos una vida digna seguiremos viviendo. Si, por el contrario la dignidad significa muerte entonces iremos, sin dudarlo, a encontrarla”.

Organización que no pretende la toma del poder sino el *¡Basta ya!*, donde la sociedad civil sea la que tenga el mayor peso por encima de los partidos. “No queremos ni podemos imponerle a la sociedad civil¹¹ mexicana nuestra idea por la fuerza de nuestras armas, como sí hace el actual gobierno que impone con la fuerza de sus armas su proyecto de país.

El EZLN dice tener la capacidad y el deseo de sumar su fuerza a la fuerza nacional, rehusando a recurrir a una justicia expeditiva, a ajusticiamientos, a “recuperaciones” y secuestros, practicadas a menudo en gran escala por otras guerrillas latinoamericanas y mexicanas; donde el “discurso y las prácticas leninistas dejaron el lugar a la insurrección social y moral. Transitando de la movilización de un actor social, por parte de una vanguardia político-militar, a la práctica del secreto y la clandestinidad compartidos por la comunidad. La guerrilla, formada por un puñado de revolucionarios profesionales, se transformó en un movimiento comunitario armado, en el que los combatientes, fuera de un núcleo restringido de cuadros militares y políticos, son campesinos que empuñan las armas”¹².

Bajo una concepción de poder que tiene como principio “mandar obedeciendo”, o la idea de que los líderes del movimiento tienen que obedecer a los miembros, y que todas las decisiones mayores se tienen que tomar por un proceso colectivo de decisión. Donde el Poder no es lo que es, sino lo que no

es, lo que todavía no es". En una sociedad en que lo que es (así son las cosas) domina, en la cual la identidad es señor, estar armado de dignidad significa plantear el poder de la no-identidad. Cuya pretensión no es la de conquistar el mundo sino simplemente de hacerlo nuevo. "La lucha no es simplemente para ganar mejores condiciones materiales, mejores viviendas, escuelas, hospitales, etc.: es una lucha para crear un mundo en el cual la gente puede vivir con dignidad, un mundo de reconocimiento mutuo en el cual las personas se pueden relacionar la una con la otra sin esconderse detrás de máscaras".

Organización para quien el *cambio revolucionario* no será el producto de la acción de un solo sentido, el sentido estricto de una revolución armada o de una revolución pacífica; sino primordialmente una revolución resultado de la lucha en variados frentes sociales, con muchos métodos, bajo diferentes formas sociales, con grados diversos de compromiso y participación. Cuyo resultado será, no el de un partido, organización o alianza de organizaciones triunfante con su propuesta social específica, sino una suerte de espacio democrático de resolución de la confrontación entre diversas propuestas políticas. Espacio democrático de resolución sobre tres premisas fundamentales que "son inseparables históricamente: la *democracia* para decidir la propuesta social dominante, la *libertad* para suscribir una u otra propuesta y la *justicia* a la que todas las propuestas deberán ceñirse".

"Nosotros pensamos –señala el EZLN– que el cambio revolucionario en México no seguirá un calendario estricto, podrá ser un huracán que estalla después de tiempo de acumulación, o una serie de batallas sociales que, paulatinamente, vayan derrotando las fuerzas que se le contraponen". (...) "No será bajo una dirección única con una sola agrupación homogénea y un caudillo que la guíe, sino una pluralidad con dominantes que cambian pero giran sobre un punto común: el tríptico de la democracia, libertad y justicia sobre el que será el nuevo México o no será".

VII

En los documentos: 1) *La estrategia política del libertador en las guerras de la independencia* (mayo de 1997), 2) *Movimiento bolivariano por la*

¹¹ "Pero también vienen cartas de indígenas, obreros, liados, jubilados... De gente de la sociedad civil que nos dice: díganos qué vamos a hacer y eso hacemos... Eso todos los mexicanos honestos y de buena fe, la Sociedad Civil", en *La palabra de los armados de verdad y fuego*, p. 295.

¹² Yvon Le Bot, Subcomandante Marcos, *El sueño zapatista*, México, Plaza y Janés, 1997, pp. 73-74.

nueva Colombia (noviembre 19 de 1997), y 3) *Las Farc-Ep: 30 años de lucha por la paz, democracia y soberanía* (1994), podemos encontrar los elementos propios del referente teórico e histórico (o programa máximo) de esta organización.

En el primero de ellos, intitulado *La historia de nuestra formación como Nación*, se hace una reseña histórica de la formación social colombiana centrada en la gesta y el fracaso del pensamiento y proyecto de Simón Bolívar: “Pues la correlación de fuerzas entre las distintas clases no permitió materializarla dada la tenaz resistencia ejercida por los sectores reaccionarios” ... “enemigos de la reforma agraria”. Siendo ahí en donde debe “hallarse el origen de la gran contradicción que ha llevado Colombia como un estigma durante casi dos siglos, y aún hoy enfrenta a los colombianos; entre bolivarianos y santanderistas; entre reaccionarios y partidarios del progreso social.”

En el segundo documento, *Movimiento bolivariano*, las Farc-Ep señalan la existencia actual de una crisis causada por “los gobernantes liberales y conservadores... quienes para mantenerse en el poder han acudido a una guerra sin reglas... han incorporado la doctrina de la seguridad nacional como concepción del Estado para liquidar toda manifestación de protesta. Una clase política que miente, que tiene a la inmoralidad como norma, y la desvergüenza de vivir del narcotráfico. Apelando más recientemente a una política neoliberal sepultadora de los valores patrios”. Situación de grave enfermedad que conlleva a la construcción de un nuevo régimen sostenido “en la tolerancia y el respeto por la opinión ajena... la justicia social y la solución pacífica de las diferencias”. Para cuyo efecto el pueblo no puede continuar disperso. Invitan al país a que anhele una sociedad deliberante pero respetuosa del criterio ajeno, el progreso justo y amable, y la construcción de un movimiento político bolivariano. Proyecto en donde *jentre todos debemos hacer algo por todos!* Hombres, mujeres, obreros, campesinos, intelectuales, artistas, juventud, “para concluir lo que Simón Bolívar empezó y está por terminar: la independencia nacional y la justicia social”. Y para cuyo efecto “colocan al servicio sus armas y sus combatientes, su influencia y su esfuerzo, experiencia y compromiso irreductible con las luchas populares”. Cierra con la consigna ¡Viva Colombia!

Por último, en *Las Farc-Ep: 30 años de lucha*, este movimiento guerrillero presenta una interpretación del proceso histórico colombiano de los últimos 51 años. Se inicia con el asesinato de Jorge Eliécer Gaitán y se prolonga hasta la mesa de negociación con el gobierno Gaviria. Y la caracteriza como una época cuyo sistema político violento se ha concentrado contra núcleos de campesinos del sur del Tolima, Huila y Cauca, y cuya resistencia los ha obligado a erigirse (sin su querer) en vanguardia armada del proceso político colombiano.

Interpretación que se corresponde con lo prioritario de su programa mínimo, de reivindicaciones agrarias, ya que es fundamental en la solución no sólo del conflicto armado sino de la construcción de una “patria amable, en desarrollo y en paz”, tal como lo señalan en el *Programa Agrario* (proclamado el 20 de julio de 1964 en el fragor de la lucha armada de Marquetalia, corregido y ampliado por la octava conferencia nacional de las Farc-Ep, abril 2 de 1993) y en la *Plataforma para un Gobierno de Reconstrucción y Reconciliación Nacional* (abril 3 de 1993), programas en cuya síntesis encontramos la propuesta para “los colombianos que anhelan una patria amable, en desarrollo y en paz, a trabajar por la conformación de un gobierno nacional Pluralista, Patriótico y Democrático, que se comprometa a lo siguiente:

1. Solución política al grave conflicto que vive el país.
2. La doctrina militar y de defensa nacional del Estado, será BOLIVARIANA.
3. Participación democrática nacional, regional y municipal en las decisiones que comprometen el futuro de la sociedad.
4. Desarrollo y modernización económica con justicia social.
5. Quienes mayores riquezas posean, más altos impuestos aportarán para hacer efectiva la redistribución del ingreso.
6. Política Agraria que democratice el crédito, la asistencia técnica y el mercadeo. Estímulo total a la industria y a la producción agropecuaria.
7. Explotación de los Recursos Naturales como el petróleo, el gas, el carbón, el oro, el níquel, las esmeraldas, etc., en beneficio del país y de sus regiones.
8. Relaciones internacionales con todos los países del mundo bajo el principio del respeto a la libre autodeterminación de los pueblos y del mutuo beneficio.
9. Priorizar tareas por la integración regional y latinoamericana.
10. Solución del fenómeno de producción, comercialización y consumo de narcóticos y alucinógenos, entendido ante todo como un grave problema social que no puede tratarse por la vía militar, que requiere acuerdos con la participación de la comunidad nacional e internacional y el compromiso de las grandes potencias como principales fuentes de la demanda mundial de estupefacientes.

Octava Conferencia Nacional Guerrillera **¡Comandante “Jacobo Arenas”: estamos cumpliendo!**

Programa Agrario de los guerrilleros de las Farc-Ep:

Luchamos por una Política Agraria que entregue la tierra del latifundio a los campesinos: por eso, desde hoy, 20 de julio de 1964,

somos un ejército guerrillero que lucha por el siguiente Programa Agrario:

PRIMERO: A la Política Agraria de Mentiras de la Oligarquía, oponemos una efectiva Política Agraria Revolucionaria que cambie de raíz la estructura social del campo colombiano, entregando en forma completamente gratuita la tierra a los campesinos que la trabajan o quieran trabajarla, sobre la base de la confiscación de la propiedad latifundista en beneficio de todo el pueblo trabajador.

SEGUNDO: Los colonos, ocupantes, arrendatarios, aparceros, terrazgueros, agregados, etc., de tierras de los latifundistas y de la nación, recibirán los títulos correspondientes de propiedad de los terrenos que exploten. Se liquidará todo tipo de explotación atrasada de la tierra, los sistemas de aparcería, el arriendo en especie o en dinero.

TERCERO: El Gobierno Revolucionario respetará la propiedad de los campesinos ricos que trabajen personalmente sus tierras. Se preservarán las formas industriales de trabajo en el campo. Las grandes explotaciones agropecuarias que por razones de orden social y económico deban conservarse, se destinarán al desarrollo planificado de todo el pueblo.

CUARTO: El Gobierno Revolucionario establecerá un amplio sistema de crédito con facilidades de pago, el suministro de semillas, asistencia técnica, herramientas, animales, aperos, maquinaria, etc., tanto para los campesinos individuales como para las cooperativas de producción que surjan en el proceso.

QUINTO: Se garantizarán precios básicos remunerativos y de sustentación para los productos agropecuarios.

SEXTO: Se protegerán las comunidades indígenas otorgándoles tierras suficientes para su desarrollo, devolviéndoles las que les hayan usurpado los latifundistas y modernizando sus sistemas de cultivos.

SÉPTIMO: La realización de este Programa Agrario Revolucionario dependerá de la alianza obrero-campesina y del Frente Unido de todos los colombianos en la lucha por el cambio de régimen, única garantía para la destrucción de la vieja estructura latifundista de Colombia.

OCTAVO: Las Farc-Ep en su momento promulgarán la Primera Ley de la Política Agraria Revolucionaria. Por eso invitamos a los campesinos, obreros, empleados, estudiantes, artesanos, pequeños industriales y comerciantes, a la burguesía nacional que esté

dispuesta a combatir contra el imperialismo, a los intelectuales demócratas y revolucionarios, a todos los partidos y corrientes de izquierda y de centro, que quieran un cambio en sentido del progreso, a la gran lucha revolucionaria y patriótica por una Colombia para los colombianos, por el triunfo de la revolución, por un gobierno democrático de Liberación Nacional.

Octava Conferencia Nacional Guerrillera.

Cierran sus propuestas con la consigna: ¡Comandante “Jacobo Arenas”: estamos cumpliendo!

En su más reciente documento, *Llamado a enriquecer el debate y la propuesta de solución*, “invitan a todos los amigos, para que contribuyan y aporten en la discusión” de 11 temas: siete de orden económico, cuatro políticos y uno educativo-cultural. Insisten en la metodología de iniciar con el punto de la reforma agraria, y consideran importante discutir como otro tema el socialismo como alternativa al neoliberalismo.

Este programa está concebido para ser realizado por quienes se consideran la única vanguardia del proceso revolucionario colombiano, ya que precisan: “Terminar con la dispersión, agrupar a todas las fuerzas demócratas, progresistas, revolucionarias y de izquierda es una de las grandes tareas que nos esperan, para ver cómo logramos unirlos a nuestro lado, teniendo en cuenta nuestros lineamientos políticos y militares, organizativos y programáticos”¹³. Además, explica, como parte de su estrategia programática, sus acciones políticas y militares contra el EPL y el ELN.

Esta organización vanguardista político-militar ya se considera un Estado o un Gobierno: “Las Farc representan una parte de la sociedad y del Estado colombiano, que representa los intereses del Estado... Porque no aceptaríamos que ningún gobierno ni ninguna organización apareciera como facilitadora de las dos organizaciones, es decir, de los Estados o de los gobiernos: el nuestro y el de Bogotá”¹⁴. “En la práctica, nosotros somos otro gobierno dentro del gobierno”¹⁵.

¹³ Manuel Marulanda Vélez, “Treinta años de las Farc-Ep”, 27 de mayo de 1994.

¹⁴ Respuesta de las Farc a la ratificación por la administración Samper del protocolo II. Citado en el libro *Las verdaderas intenciones de las Farc*, Corporación Observatorio por la Paz, Bogotá, 1999, p. 118.

¹⁵ Entrevista a Manuel Marulanda, revista *Semana*, enero de 1999.

El Ejército de Liberación Nacional condensa en el *Manifiesto de Simacota* (1964) su proyecto político. En *Las tesis del socialismo*, de 1998, y en *El programa ELN*, de 1997, expresan su programa máximo y su programa mínimo. En este último señalan que el programa máximo constituye las “tareas propias de la construcción socialista a partir de la Liberación Nacional”, tareas que no enuncia pero que se confunden o insertan en el denominado Programa Mínimo.

Este grupo guerrillero al tiempo que considera que su “Programa Revolucionario recoge las luchas y transformaciones que es necesario realizar; hace parte y se encuentra en sintonía con el proyecto político; “corresponde a la realidad de la sociedad y es la respuesta a los problemas concretos que se busca superar y transformar”. En su manifiesto fundacional hace una síntesis, más histórica que teórica, de la formación social colombiana. En sus documentos más recientes reducen su programa a tareas, con sabor a ese realismo contagioso, propio de esta época.

En el *Manifiesto de Simacota*: responsabilizan a los gobiernos oligarcas de la vigencia de una violencia reaccionaria, desde 1949, para sofocar al movimiento campesino revolucionario; ven en la sociedad colombiana una estructura de clases, en donde los obreros trabajan por salarios de hambre en empresas nacionales y multinacionales. Allí se considera que los campesinos no tienen en dónde caerse muertos; que los trabajadores y medianos productores –tanto del campo como de la ciudad– tienen arruinadas sus economías; que los intelectuales y profesionales –jóvenes demócratas– se ven cercados y están en el dilema de entregarse a la clase dominante vende patrias o perecer. Observan que las riquezas de todo el pueblo colombiano están siendo saqueadas por los imperialistas norteamericanos, que la educación se encuentra en manos de negociantes y concluyen que sólo queda la lucha revolucionaria como único camino de todo el pueblo para derrocar el actual gobierno de engaño y de violencia. Donde la lucha conlleve a “¡hacer de Colombia una patria digna para los colombianos honestos!”. Cierran el manifiesto con la consigna ¡Liberación o muerte! Ejército de Liberación Nacional.

En las tesis sobre el socialismo, que se constituye en una apología al mismo y una reivindicación implícita de su razón de ser marxista, el ELN señala que el capitalismo no es el fin de la historia sino que su fin es precisamente el término de una aciaga época para la humanidad. Que el socialismo es el acontecimiento cultural más grande de la obra libertaria de la humanidad; ya que es una necesidad histórica llamada a armonizar los avances científicos-tecnológicos para una vida sostenible, mediante un sistema económico

democratizado. Que el marxismo es un sistema de pensamiento abierto a construirse a sí mismo y en la interacción con las nuevas realidades.

En estas tesis, consideran que el socialismo constituye la gran gesta de la liberación nacional para América Latina y, para Colombia, el camino para la resolución de los problemas estructurales de la sociedad pues hará “posible un ordenamiento económico, político y social donde impere la igualdad de oportunidades y la equidad”. Socialismo posible a través de un Nuevo Poder; que se irá negando a sí mismo en la medida en que el conjunto de la nueva sociedad, al ejercer el Poder Popular, asuma en su tránsito todas las funciones propias del Estado. Un socialismo con participación protagónica de todos los sectores populares, que rescate la creatividad popular, que le dé proyección a los mecanismos de participación popular como las asambleas populares y los cabildos, y esté guiado por un principio rector: la emancipación del trabajo en sus más diversas expresiones. El Nuevo Estado deberá asumir “una acción y organización que no debilite o niegue la participación de la sociedad, sino por el contrario, que la dinamice, la amplíe y la fortalezca”.

Estado socialista que propicia la democracia como la esencia misma del socialismo: “Democracia socialista que parte de reconocer y constatar la diversidad, no sólo de fuerzas sociales que participan en el Poder Popular sino, además, de las diferentes etnias, culturas, partidos y movimientos políticos y motivaciones ideológicas, que configuran un amplio espectro de pluralidad” y que, en un permanente proceso de intercambio, discusión, emulación e incidencia mutua, van construyendo un legítimo consenso nacional, donde es posible disentir sin el temor de ser reprimido.

Socialismo en donde “habrá un partido de vanguardia, representante de los auténticos intereses de los productores libres y asociados, que no puede ser el resultado de la prohibición administrativa a la existencia de otras expresiones político-ideológicas”.

Estado que se traduciría en la configuración de una nueva burocracia, que no se le atravesase al protagonismo de los órganos del Poder Popular, presente tanto al interior del nuevo Estado-Nación como en el conjunto de la sociedad. Poder Popular cuyo principal órgano estaría representado en la Asamblea del Poder Popular, máximo organismo legislativo de expresión de las políticas fundamentales y de orientación de los instrumentos de Estado y de gobierno, donde se definirían las políticas para unas fuerzas armadas, cuyas armas deberán estar en manos del pueblo. Poder legitimado en una Constitución edificada, de una manera democrática, en la Asamblea Nacional Popular, con la participación de todas las fuerzas sociales, políticas e ideológicas de la nación.

Un modelo de sociedad que tiene que ser, en un todo y por todo, esencialmente humanista.

En su programa mínimo de 1997, el ELN señala la constitución de un Nuevo Estado y de un Nuevo Gobierno cuya legalidad y legitimidad se levantarán sobre la participación democrática de las mayorías en la Asamblea Nacional Popular. En este manifiesto se concibe:

1. Nuevo Gobierno.

De carácter popular y democrático, con participación de las organizaciones sociales y populares, políticas y otras fuerzas vivas del país, lideradas por las fuerzas revolucionarias. Un gobierno por la paz, la democracia y la dignidad nacional; la justicia social y el desarrollo.

2. Soberanía Nacional.

- a. Política basada en el derecho a la autodeterminación de los pueblos e independencia de los centros de poder imperialista.
- b. Suspensión de los tratados lesivos para la nación.
- c. Se acepta la inversión extranjera condicionada a la transferencia de tecnología que se articule a las prioridades del desarrollo nacional.
- d. Renegociación de la deuda externa y declaración de la moratoria, estableciendo un nuevo marco para las relaciones con la banca internacional.

3. Fuerzas Armadas.

- a. Organizar un nuevo ejército y demás fuerzas de seguridad, tomando como base la fuerza insurgente.
- b. El ejército será patriótico, regido por los postulados del nuevo gobierno y respetuoso de los derechos humanos, de los reclamos y la protesta popular.

4. Desarrollo Económico.

- a. El propósito de la economía es el interés del país, la justa distribución de la riqueza y el mejoramiento del nivel de vida de los colombianos.
- b. El crecimiento de la economía no será sobre la base de la reducción del ingreso de los trabajadores y el desempleo.
- c. La explotación de los recursos naturales debe consultar el interés nacional y la conservación de las reservas.
- d. En la economía se articularán distintas formas de propiedad: social, estatal, privada, comunitaria y solidaria; la pequeña y mediana empresa gozarán de estímulos especiales.
- e. Confiscación de los bienes de multinacionales y monopolios nacionales. En casos especiales se negociará con aquellas empresas que respeten el proceso revolucionario y se articulen al plan nacional.

5. Política para el Campo.

- a. Reforma agraria y distribución de la tierra de TERRATENIENTES Y NARCOTRAFICANTES entre los campesinos sin tierra.
- b. Política de crédito barato y plazos cómodos; así como asistencia técnica para aumentar la productividad y eficiencia de los campesinos.
- c. Organizar el sistema de vías con miras a desarrollar el campo y el mercadeo, eliminando intermediarios, buscando reducir costos de producción y bajos precios al consumidor.
- d. Desarrollar una INDUSTRIA ALIMENTARIA nacional que resuelva fundamentalmente los problemas y necesidades del mercado interno. A la vez apoyar a la pequeña y mediana empresa agroindustrial que se integre al plan nacional alimentario.
- e. Estimular las formas asociativas de los productores del campo, como cooperativas, asociaciones comunitarias, comités, etc.
- f. Desarrollar planes para las familias DESPLAZADAS por la guerra sucia, para que regresen a sus parcelas con apoyo económico y condiciones de seguridad.

6. Bienestar.

- a. Incrementar el gasto social dirigido a mejorar y ampliar la cobertura y calidad de los servicios elementales de la población.
- b. Establecer el sistema nacional de salud que cubra la parte formativa y la atención de la salud del pueblo con ética revolucionaria y calidad científica.
- c. Establecer el sistema nacional de educación que elimine el analfabetismo, socialice el conocimiento científico y despierte una actitud crítica constructiva a favor de las grandes transformaciones sociales.
- d. Brindar especial atención a garantizar el mínimo necesario a las personas más pobres del campo y la ciudad; a los ancianos, niños, minusválidos y lisiados de la guerra.

7. Medio Ambiente y Ecología.

- a. Avanzar en un desarrollo científico-técnico que contemple el equilibrio necesario con la naturaleza y la preservación del medio ambiente, teniendo como centro el hombre.
- b. Desarrollar un plan de preservación de las especies animales y vegetales en peligro de extinción. Así como la eliminación de desechos que causen daño al medio ambiente.
- c. Asumir la biodiversidad como un elemento importante de nuestra soberanía nacional.

d. Exigir a las multinacionales y monopolios nacionales que paguen y recuperen los daños ocasionados al medio ambiente.

8. Comunidades Indígenas y Negras.

a. Se respetará el derecho de las comunidades indígenas a su cultura, territorio, autonomía y autoridades propias, estimulando su desarrollo económico, social y cultural.

b. Se reconocerán y respetarán las luchas de las comunidades negras por el rescate de su cultura, de los territorios como propiedad colectiva y la eliminación de toda forma de discriminación racial.

9. La Identidad Nacional.

a. Trabajar por la construcción de la identidad nacional con un pensamiento de base popular y democrático que despierte y acumule el entendimiento y la voluntad necesaria con el compromiso de las transformaciones sociales.

b. Desarrollar un proyecto ideológico que articule:

Acciones educativas, culturales y comunicación popular en función del interés nacional, basado en el rescate de valores y prácticas comunitarias y progresistas. Este proyecto reivindica el derecho a la libre expresión y credo teniendo en cuenta la diversidad cultural colombiana.

10. Narcotráfico.

a. Dentro del marco de deslinde total con éste fenómeno, establecer un manejo autónomo y soberano, combatiendo el negocio del narcotráfico en el país y buscando acuerdos internacionales sobre el control en los países consumidores; y no permitiendo la extradición de colombianos.

b. Desarrollar una política económica alternativa encaminada a la sustitución de los cultivos, la erradicación del negocio de las drogas, que apoye y contribuya al desarrollo de otros cultivos lícitos y rentables de parte de los cultivadores y demás personas ligadas a este negocio.

c. Desarrollar una política de tratamiento y recuperación social de los drogadictos, eliminando la dependencia de la droga mediante procesos formativos y espacios de saneamiento y de trabajo.

11. Política Exterior y Continentalismo.

a. Se ejecutará una política exterior autónoma e independiente de cualquier centro de poder; de solidaridad con los países del Tercer Mundo; se respetará y apoyará el principio de la autodeterminación de los pueblos.

b. Con Latinoamérica se desarrollará una política exterior especial continental, tendiente a estrechar los lazos de hermandad, integración y colaboración. Y con Cuba, el apoyo decidido a su proceso revolucionario.

Cierran este manifiesto con las consignas:

¡Colombia para los trabajadores!

¡Liberación o muerte! Ejército de Liberación Nacional.

En 1996 el ELN lanzó “Una propuesta urgente para Colombia” o Convención Nacional, “para buscarle una salida creíble a la actual crisis política y de gobierno existente en Colombia. Donde se definan los nuevos referentes para gobernar en la actual situación de crisis e inestabilidad y donde, además, se concreten los procedimientos para la conformación de un nuevo gobierno de amplia participación y cuya labor principal sea el establecimiento de una nueva legitimidad que haga posible la superación de la actual crisis, que enrumbe al país por el camino de la democracia, la justicia social y el desarrollo”.

Proponen que en esa Convención participen “todos los sectores de la opinión nacional, las organizaciones sociales, los gremios, la Iglesia, los intelectuales, la izquierda, los demócratas y los patriotas”... “Debe ser un encuentro de todos los colombianos interesados en un futuro diferente para la nación, abierto, desde luego, a la sana participación de la comunidad internacional”.

Posteriormente, en los Pre-acuerdos del Palacio de Viana, señalan: “Que la Convención buscará elaborar las bases de un acuerdo político de reformas y transformaciones sociales, con miras a la democratización del Estado y la sociedad”. En Maguncia precisan las tareas, aspectos metodológicos y temáticos de la agenda, para presentarlos sintetizados en cinco puntos:

1. Derecho Internacional Humanitario, derechos humanos, impunidad, injusticia, insurgencia y conflicto.
2. Recursos naturales y política energética.
3. Democracia, Estado, Fuerzas Armadas y corrupción.
4. Economía y problemas sociales.
5. Cultura e identidad; Nación-región; ordenamiento territorial; problema agrario y narcotráfico.

Programa a desarrollar por quienes se consideran una guerrilla que no es el brazo armado de ningún partido, sino la base y dirección de la organización revolucionaria, y que no admite una separación entre lo militar y lo político. Compuesta por hombres que no pueden estar solamente dotados de conocimientos políticos, sino formados como cuadros, con una visión general de la revolución, con una concepción estratégica y táctica política y militar. Guerrilla que va conformando una organización que va del campo a la ciu-

dad: “que se va creando sin esquemas y de acuerdo con las necesidades concretas de la práctica revolucionaria”¹⁶.

Posibles escenarios de realización

¿Tienen alguna posibilidad de realización los programas de las Farc y el ELN?

Ambas organizaciones parecen desconocer las dimensiones e implicaciones más recientes de las transformaciones mundiales y su incidencia en el país, al igual que las transformaciones de la misma sociedad colombiana. No existe en sus programas máximos una reflexión renovada de la lucha de clases y de la historia mundial y nacional, es decir, no tienen actualizado el “buen sentido” o la ideología orgánica de unos programas que se pretenden hegemónicos.

“Buen sentido” que contenga una crítica tanto a la crisis del capitalismo como a la del socialismo; en sus contenidos ideológicos, liberal y marxista, y en sus efectos en las formaciones sociales, en las formas organizativas y en los regímenes políticos, en el seno de las cuales se debate el gran problema de la democracia.

Crisis que se enmarca en la nueva organización social del trabajo y del mundo, dado el cambio del taylorismo-fordismo keynesiano al toyotismo u onhoismo (Coriat, B.) neoliberal. En la sustitución –al decir de Toni Negri– del obrero de masas por el obrero social. Obrero social que se origina por la aparición de una nueva máquina compleja: el conjunto de la sociedad, y que se impone sobre la vieja fábrica centralizada, la nación y el salario. Con ella se perfecciona el dominio de las comunicaciones sobre la sociedad que regionaliza, y sobre los conflictos sociales que selecciona, coopta o elimina. Comunicaciones en manos de una oligarquía planetaria trasnacional (Ariel Françoise).

Crisis que da origen a la contradicción fundamental entre este nuevo proletariado, cada vez más joven y más preparado técnica y científicamente, y unos empresarios capitalistas cada vez más limitados para permitirles el desarrollo de sus potencialidades. Creadora de un proletariado desechado desde su mismo proceso de formación en los sistemas educativos, sin más esperanza que la desesperanza, la droga, la frustración, la esquizofrenia, el desempleo, la corrupción y el suicidio social y personal. Una contradicción de visos catastróficos no sólo ambiental, social y político sino generacional.

“Buen sentido” que reconozca la crisis de la modernidad y de sus modelos de desarrollo, tanto capitalistas como socialistas, reducidos a lo económico y limitados a un crecimiento calculado sobre la falsa premisa de su ilimitación. De la cual la teoría del umbral (Max Neef), la catástrofe am-

biental y el renacimiento de los poderes raizales aborígenes (naturalistamente racionales y mágicamente holísticos), de todos los colores posmodernos, son su mejor crítica para irse condensando, por ejemplo, en proyectos políticos aborígenes como el zapatismo y ambientalistas como los partidos verdes europeos.

Porque en este nuevo escenario van resultando anacrónicos programas como el de las Farc, que generaliza como historia del país la historia, luchas y aspiraciones de un sector campesino levantado en armas, quienes encuentran en la reforma agraria (su reforma) el fundamento para la resolución no sólo de sus males sino del conjunto de la sociedad. Porque las condiciones históricas de construcción de su resistencia campesina armada las validan, como formas de construcción de poder, para toda la sociedad. Expresiones de poder que se caracterizan por ser formas de mando patriarcales, por tanto unipersonales, de pensamiento dogmático, políticamente unipartidista, con peso específico en el ejercicio de la coerción por la vía militar y no por la vía del consenso, por la vía política. En una interpretación vanguardista y reduccionista, donde los acontecimientos de la historia y el destino de la sociedad colombiana quedan supuestamente interpretados, subsumidos, en la particular razón y destino de ese sector y como bien lo condensa su consigna.

En el caso del ELN, una guerrilla que opera más con el “sentido común” que con el “buen sentido”, donde sus intuiciones teóricas y políticas dejan la sensación de ser actualizadas flexiblemente en los temas mundiales y nacionales, pero que se quedan en el enunciado al no mostrar capacidad política ni militar para desarrollarlas, explicando tal vez esto, sus contradictorias actuaciones políticas. De ahí que sus rectificaciones internas –que se han vuelto crónicas–, su valoración y consecuencia con valores pre-modernos y posmodernos como la palabra, la religión, la cultura popular, el feminismo, no sean congruentes con la sociedad, ni con su pretensión dirigente. Limitados en su acción política para ser consecuentes y capaces de hacer realidad “el Poder Popular, la Asamblea y Convención Nacional, el pluralismo político ideológico y cultural, el marxismo y el socialismo humanista, la construcción del Estado, etc.” Y, al igual que las Farc, en franca contradicción programática por su confesado vanguardismo ligado al dogma, al iluminismo, al autoritarismo y a la antidemocracia.

Por tal razón, el ELN se muestra imposibilitado para desplegar la imaginación necesaria para hacer coherente teórica y prácticamente sus pretensiones programáticas, y jugársela en el escenario político (no sólo militar),

¹⁶ ELN, *Insurrección*, N° 32, febrero de 1970.

en donde se disputa el factor del poder: las masas, aquellas que al decir del marxismo “hacen la historia”.

En ese orden de ideas, estas vanguardias lo serán sólo si se retan a reinterpretar los fundamentos de sus programas máximos. Y —como el proletariado del *Manifiesto*— dan el paso para negarse como vanguardias, para llegar precisamente a serlo; al reconocer que la sociedad colombiana vive hoy día un ambiente histórico mundial y local que le permite —al decir de Kant— tener capacidad (porque tiene la necesidad) para alcanzar su mayoría de edad, su ilustración y ejercicio del poder. Una sociedad que puede ser vanguardia de sus propios procesos en la medida que va elaborando su “buen sentido”, organizándolo y ejecutándolo, como ya lo vienen haciendo frente a la burguesía criolla y transnacional.

Así mismo, unas vanguardias que sean capaces de comprender que ellas no son otra cosa que una forma organizativa más de la sociedad, su forma armada, histórica de su resistencia, y por eso mismo patrimonio suyo. Capaces por tanto de erigirse como retaguardia de una sociedad de vanguardia, capaces de ser —como les dijo el Che Guevara a los jóvenes comunistas— “los primeros a la hora del sacrificio pero los últimos a la hora de los reconocimientos”¹⁷. Que al ser capaces de negarse esa autodenominación de vanguardias, y que lo lograrían “al perderle miedo al pueblo” (de lo que no es capaz la burguesía)¹⁸, catalicen el desborde y la necesidad del ejercicio del Poder Popular represado por siglos, habilitándole los escenarios para el desarrollo de sus formas organizativas, económicas, políticas, electorales, sociales, culturales, etc.; que le permitan expresarse autónomamente y constituirse soberanamente. Superando la anacrónica pretensión de ser su albaacea, o protectores de una sociedad a la que consideran menor de edad y por quien se sienten con la obligación, el derecho y el deber de pensar, actuar y decidir.

Retaguardias que reten entonces a ese pueblo y esa misma burguesía a que los reconozcan o desconozcan, si es que pueden, como las organizaciones armadas de ese Poder Popular Bolivariano. Bajo la consigna de todo el poder para el pueblo y “nada para nosotros”, como dirían los zapatistas, hacer catarsis de sus idearios al convertir sus retos programáticos en los retos programáticos de la sociedad colombiana.

De no serlo y seguir la secuencia que hoy potencian, el significado de sus programas y acciones serán los posibles escenarios ya trillados por organizaciones y propuestas programáticas similares:

1. *Farabundización* o *Ueregenización* tipo Salvador y Guatemala, al ser asimiladas al sistema en un tortuoso proceso de negociación que, en el mejor de los casos, dé origen a un híbrido neo-frentenacionalismo.

2. Flor de un día sandinista, una vez asalten el palacio de gobierno y asuman un control temporal del poder para ser posteriormente derrotados por la vía electoral o, en el peor de los casos, por una revuelta popular.

3. *Senderización o emeritización* tipo Perú, producto de una costosa confrontación de mediana o alta intensidad con intervención extranjera incluida.

4. *Sexagenarización* bolivariana, una vez asuman el poder y después de 70 o menos años de su ejercicio se conviertan en una versión latinoamericana del socialismo realista bolchevique.

¹⁷ Ernesto Guevara, "Qué debe ser un joven comunista", en *El socialismo y el hombre en Cuba*, México, Grijalbo, 1975, p. 55.

¹⁸ La burguesía colombiana se caracteriza por tenerle miedo al pueblo: "El problema de la legitimación de la vida política del siglo XIX se agravó cuando los mismos liberales terminaron con contagiarse del miedo al pueblo, arrepintiéndose de haber intentado movilizarlo". En Fernán González, *Para leer la política*, tomo 2, Bogotá, Cinep, pp. 54-55.

BIBLIOGRAFÍA

Arenas, Jaime, *La guerrilla por dentro*, Bogotá, Tercer Mundo Editores, 1971.

Bambirra, Vania y Teotonio Dos Santos, *La estrategia y la táctica socialistas de Marx y Engels a Lenin*, tomos I-II, México, Ediciones Era, 1980.

Blackburn, Robin, *Después de la caída*, Barcelona, Crítica, 1993.

Bonilla, Heraclio, *Partidos políticos en el Estado en América Latina*, Bogotá, Esap, 1998.

Castro Ruz, Fidel, *La historia me absolverá*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1981.

—, *Hoy somos un pueblo entero conquistando el porvenir*, La Habana, Ediciones Políticas, 1973.

Chatelet, François, *Los marxistas y la política*, tomos I-II-III, Madrid, Taurus, 1977.

Departamento de Orientación Revolucionaria del Comité Central del Partido Comunista Cubano, La Habana, Editora Política, 1981.

Duverger, Maurice, *Los partidos políticos*, México, Fondo de Cultura Económica, 1969.

—, *Los naranjos del lago Balatón*, Barcelona, Ariel, 1981.

EZLN, *Documentos y comunicados*, tomos I-II-III, México, Ediciones Era, 1995.

Gramsci, Antonio, *Introducción a la filosofía de la praxis*, Barcelona, Península, 1972.

Harris, Richard y Carlos Vilas, *La revolución en Nicaragua*, México, Ediciones Era, 1985.

La palabra de los armados de verdad y fuego, México, Editorial Fuenteovejuna, 1994.

Le Duan, *La revolución vietnamita*, Hanoi, Ediciones La Rosa Blindada, 1970.

Lenin, V., *Acerca de los sindicatos*, Moscú, Ediciones Progreso, 1978.

—, *Obras completas*, tomos 7-9-10-11-12, Moscú, Ediciones Progreso, 1978.

Magri, Lucio, *Problemas de la teoría marxista del partido revolucionario*, Barcelona, Anagrama, 1970.

Mao Tse-Tung, *Sobre la revolución anti-imperialista y antifeudal*, Bogotá, Punto y Coma, 1975.

—, *Obras ecogidas*, tomos I-II, Pekín, Ediciones en Lenguas Extranjeras, 1976.

Marx, Karl y Friedrich Engels, *Manifiesto del Partido Comunista*, Pekín, Editorial del Pueblo, 1975.

Mills, Wright, *Los marxistas*, México, Ediciones Era, 1962.

Núñez Téllez, Carlos, *Un pueblo en armas*, Managua, Vanguardia, 1980.

Porter, Roy y Teich Mikulas, *La revolución en la historia*, Barcelona, Crítica, 1990.

Sánchez, Rubén, *La organización política y los sistemas de partidos*, Bogotá, Viva la Ciudadanía, s. f.

Sartre, Jean-Paul, André Gorz et al., *Teoría marxista del partido político*, tomos I-II, Buenos Aires, Cuadernos del Pasado y Presente, 1973.

Tirado López, Víctor, *Nicaragua: una nueva democracia en el Tercer Mundo*, Managua, Vanguardia, 1986.

Corridos zapatistas, Chiapas, 1994-1996. Vientos del Sur, Colombia, 1996.

13

6 Guerra y sujeto: la guerra como imposibilidad irreductible del Estado

Fabián Acosta*

* Profesor del Departamento de Ciencia Política, Facultad de Derecho,
Ciencias Políticas y Sociales, Universidad Nacional de Colombia.

El problema de la actualidad del comunismo hoy remite al plano de consistencia de Marx en este ahora. Es la cuestión de su vitalidad. Si en algo ha prosperado la investigación marxista contemporánea es en poner en evidencia esta actualidad, dada la consistencia biopolítica de la sociedad capitalista globalizada. Doble actualidad del comunismo: de un lado como impulso, organización y lucha que rompe el capitalismo del Estado-nación en un largo proceso “internacionalista”, en ciclos de lucha y bloques de acción. De otro, producción cooperativa, intelecto general, trabajo afectivo, comunalidad del trabajo, el comunismo como base bioproductiva del capitalismo globalizado.

Si el problema de hoy es el comunismo. ¿Por qué el comunismo? Porque estamos paradójicamente situados en él como plano biopolítico de la producción capitalista actual. Por la capacidad agotada del Estado-nación para ejercer centralidad y comando, como cuando el Welfare se hizo reformista y social y “metió al congelador” el devenir revolucionario, dadas las nuevas e incontenibles tendencias de la globalización capitalista. Por las tendencias disolutivas de ese mismo Estado, en función del comando imperial. Un comando cuyo poder se ejerce ante un solo mundo múltiple y esquivo, prisionero y libre, social y privatizado.

¿Qué acción política emprender en situaciones de entrecruce político-productivo como las que instaura la globalización en su entramado crítico y en la complejidad de antagonismo y comunalidad?

¿Vale la pena hacerse la pregunta por el gobierno y el Estado, dadas las actuales circunstancias del poder imperial, desaparición del Estado-nación, y militarización de la política en las “condiciones nacionales”?

¿Cómo plantear la cuestión del gobierno y de la forma Estado en la frontera siempre militar de la máquina de guerra? Una máquina de guerra, revertida, permanentemente capturada, convertida en ejércitos.

“La virtud del Estado es la seguridad”.

La cuestión política colombiana pareciera estar encerrada en la exigencia de más Estado o inevitabilidad de la caída definitiva. Más Estado desde el estatismo del estado de intervención, más Estado desde el adelgazamiento neoliberal del mismo, con ensanchamiento policivo y militar permanente.

La guerra se afirmaría como un síntoma o una estrategia de esta disyuntiva. ¿Por qué la política ha terminado reducida a más Estado? ¿Por qué la confianza en esta pregunta? ¿Qué nexo inevitable tienen estas preguntas con la cuestión fundamental hoy día de una política reducida a lo bélico?

El estado actual de inseguridad generalizada es un dato extraordinario para replantear las preguntas. No porque contemos con un insuficiente aparato de Estado, que no monopoliza la fuerza y simplezas abstractas de ese tipo; sino porque ese aparato ha sido radicalmente impedido, rechazado, maniatado.

Se ha hecho creer en la insuficiencia estatal para justificar más estatismo, es decir más violencia, monopolio de la fuerza, una sola fuerza. Pero esta insuficiencia pretendida no es ausencia. Siempre ante nosotros Estado: Estado colonial contra las tribus nativas, capturando máquinas de guerra hispanas y usándola contra los indígenas, contra los propios criollos; igual Estado-nación, esa invención llamada Colombia contra las hordas regionales, las tribus negras, las bandas indígenas; Estado global contra los bandoleros sudacas. Insuficiencia para producir un pensamiento atrapado en el Estado, porque también una exterioridad vital, unas máquinas de guerra latentes, flujos múltiples, flujos nómades impiden el Estado.

Bandas, bandoleros, hordas, tribus. Bandas de niños en Bogotá que se organizan no estatalmente, sino bajo el principio de impedir un liderazgo con poder estable¹.

¿Qué significa entonces que la guerra sea la prolongación de la política por otros medios o, lo que es lo mismo, ese mundo interior que crea el Estado, que es a lo que la política comúnmente se reduce; y ese otro mundo exterior que le subyace, múltiple, potente, creación absoluta de política; ¿cómo se prolongan en lo que también comúnmente llamamos guerra?

Deleuze y Guattari han replanteado radicalmente el pensamiento sobre la política, la violencia y la guerra en su "Tratado de nomadología: la máquina de guerra"².

La guerra y el Estado son dos cosas distintas, la una una máquina, el otro un aparato. El aparato de Estado se produce como captura, violencia que impide la batalla; la máquina de guerra como ocupación de espacios-tiempos que se produce como un nomos, una fuerza de ocupación y de disposición cuyo comando se mantiene siempre potencia y no poder.

La guerra no está incluida en ese aparato, pues podemos constatar que el aparato de Estado dispone de una violencia que no pasa necesariamente por ella:

más que guerreros, emplea policías y carceleros, no tiene armas y no tiene necesidad de ellas, actúa por captura mágica inmediata, "capta" y "liga", impidiendo cualquier combate (...) adquiere un ejército, pero que presupone una integración jurídica de la guerra y la organización de una función militar.

La máquina de guerra en sí misma aparece como irreductible al aparato de Estado, pues es exterior a su soberanía, previa a su derecho, tiene otro origen, es la multiplicidad pura y sin medida, la manada, la irrupción de lo efímero y la potencia de la metamorfosis:

Deshace el lazo en la misma medida en que traiciona el pacto. Frente a la medida esgrime un *furor*, frente a la gravedad una celeridad, frente a lo público un secreto, frente a la soberanía una potencia, frente al aparato una máquina. Pone de manifiesto otra justicia, a veces de una crueldad incomprensible, pero a veces también de una piedad desconocida (puesto que deshace los lazos...). Pero sobre todo, pone de manifiesto otras relaciones con las mujeres, con los animales, puesto que todo lo vive en relaciones de *devenir*, en lugar de efectuar distribuciones binarias entre “estados”: todo un devenir-animal del guerrero. Todo un devenir-mujer que supera tanto las dualidades de términos como las correspondencias de relaciones. Desde todo punto de vista, la máquina de guerra es de otra especie, de otra naturaleza, de otro origen que el aparato de Estado³.

La máquina de guerra fulgura entre el Estado-despótico mágico y el Estado jurídico que incluye una institución militar. Desde la óptica del Estado, el hombre de guerra y su originalidad, su excentricidad aparece necesariamente bajo una consideración negativa: estupidez, deformidad, locura, ilegitimidad, usurpación, pecado (bandoleros, facinerosos, terroristas. “El guerrero está en la situación de traicionarlo todo, incluida la función militar, o de no entender nada” (no entienden el orden, no entienden la ciudad, la civilización, los valores).

Pensar esta exterioridad de la máquina de guerra con respecto al aparato de Estado es difícil, por eso la “guerra” resulta incomprensible:

No basta con afirmar que la máquina es exterior al aparato, hay que llegar a pensar la máquina de guerra como algo que es una pura forma de exterioridad, mientras que el aparato de Estado

¹ “A propósito de las bandas de niños de Bogotá, Jacques Meunier cita tres maneras de impedir que el líder adquiera un poder estable: los miembros de la banda se reúnen y realizan los robos juntos, con botín colectivo, pero luego se dispersan, no permanecen juntos ni para dormir ni para comer; por otro lado y sobre todo, cada miembro de la banda está unido a uno, dos o tres miembros de la misma banda, por eso, en caso de desacuerdo con el jefe, no se irá solo, siempre arrastrará consigo a sus aliados, cuya marcha conjugada amenaza con desarticular toda la banda; por último, hay un límite de edad difuso que hace que hacia los quince años, forzosamente hay que dejar la banda, separarse de ella”. Citado por Gilles Deleuze y Félix Guattari en *Mil mesetas*, Valencia, Pre-Textos, 1994, p. 365.

² *Ibid.*, pp. 359-431.

³ *Ibid.*, p. 360.

constituye la forma de interioridad que habitualmente tomamos como modelo, o según lo cual pensamos habitualmente. Pero todo se complica, pues la potencia extrínseca de la máquina de guerra tiende, en determinadas circunstancias, a confundirse con una u otra de las cabezas del aparato de Estado. Unas veces se confunde con la violencia mágica del Estado, otras con la institución militar de Estado. Por ejemplo, la máquina de guerra inventa la velocidad y el secreto, sin embargo, hay una determinada velocidad y un determinado secreto que pertenecen al Estado, relativamente, secundariamente. Existe, pues, el gran riesgo de identificar la relación estructural entre los dos polos de la soberanía política, y la relación dinámica del conjunto de esos dos polos con la potencia de guerra⁴.

El síntoma más explícito de esta confusión es la imposibilidad de comprender nada por fuera del Estado. Todo subsiste bajo la égida del Estado, la irrupción de la potencia de guerra es comprendida sólo bajo la forma de lo negativo, amalgamada con la genealogía de dominación del mismo. Sin embargo, situada en su propio medio, en la exterioridad, la naturaleza, el origen de la máquina de guerra es de otro tipo, de un tipo irreductible, aun si se instala entre las dos cabezas del Estado, entre sus dos articulaciones, como necesidad incluso de pasar de la una a la otra. De tal manera, que *el Estado no tiene de por sí máquina de guerra*; bajo la forma de institución militar se apropia de ella, circunstancia forzada y artificiosa que no dejará de plantearle problemas. Por ello, desconfianza del Estado frente a la institución militar, en la medida en que proviene de una máquina de guerra extrínseca –el Estado es más o menos buen conductor de algo que no es del todo suyo, una idea de la cual parcialmente se apropia (Clausewitz)–. Encontrado entre los dos polos de la soberanía, el guerrero se manifiesta como un hombre sin futuro, un desfasado, un condenado, reducido a su propio furor que vuelve contra sí mismo (el hombre de guerra a la vez excéntrico y condenado):

¿Es posible que en el momento en que la máquina de guerra ya no existe, vencida por el Estado, presente su máxima irreductibilidad, se disperse en máquinas de pensar, de amar, de morir, de crear, que disponen de fuerzas vivas o revolucionarias susceptibles de volver a poner en tela de juicio el Estado triunfante? ¿Es un mismo movimiento el que hace que la máquina de guerra sea superada, condenada, apropiada y, a la vez, adquiera nuevas formas, se metamorfosee, afirme su irreductibilidad, su

“Clastres considera que en las sociedades primitivas *la guerra* es el mecanismo más seguro para impedir la formación del Estado: la guerra mantiene la dispersión y la segmentaridad de los grupos, y el guerrero está atrapado en un proceso de acumulación de sus hazañas, que le conduce a una soledad y a una muerte prestigiosa, pero sin poder”. Es como invocar un derecho natural pero invirtiendo la proposición de Hobbes y sus consecuencias teóricas: *si el Estado existe contra la guerra, la guerra existe contra el Estado*, y lo hace imposible. Por lo tanto, no guerra como estado natural, sino, como “el modo de un estado social que conjura e impide la formación del Estado”:

La guerra primitiva no produce el Estado, ni tampoco deriva del él. Y así como no se explica por el Estado, tampoco se explica por el intercambio: lejos de derivar del intercambio, incluso para sancionar su fracaso, la guerra es lo que limita los intercambios, los mantiene en el marco de las “alianzas”, lo que les impide devenir un factor de Estado, hacer que los grupos se fusionen⁶.

Se trata de mecanismos colectivos de inhibición, mecanismos sutiles, micromecanismos, mecanismos que han de ser comprendidos renunciando al evolucionismo, como si la banda o la manada fuera una forma social rudimentaria inferior y peor organizada, entre otras, que esa superior, el Estado. Mecanismos colectivos donde no se promueva al más fuerte, sino que se inhibe la instauración de poderes estables, beneficiando relaciones inmanentes y el tejido que éstas crean. Grupos mundanos que proceden por difusión de prestigio antes que por referencia a centros de poder, como en los grupos sociales:

Las manadas, las bandas, son grupos de tipo rizoma, por oposición al tipo arborescente que se concentra en órganos de poder. Por eso las bandas en general, incluso las de bandidaje, o las de mundanidad, son metamorfosis de una máquina de guerra, que difiere formalmente de cualquier aparato de Estado, o algo equivalente, que, por el contrario, estructura las sociedades centralizadas. Por supuesto, no se dirá que la disciplina es lo propio de la máquina de guerra: la disciplina deviene la característica exigida

⁴ *Ibid.*, p. 362.

⁵ *Ibid.*, p. 364.

⁶ *Ibid.*, p. 365.

por los ejércitos cuando el Estado se apodera de ellos; La máquina de guerra responde a otras reglas, que nosotros no decimos que sean mejores, pero que animan una indisciplina fundamental del guerrero, una puesta en tela de juicio de la jerarquía, un perpetuo chantaje al abandono y a la traición, un sentido del honor muy susceptible, y que impide, una vez mas, la formación del Estado⁷.

El Estado posibilita la constitución de los excedentes, la realización de las grandes obras y organiza correlativamente las funciones públicas que le son adecuadas a esta actividad. También permite la distinción entre gobernantes y gobernados:

Estamos de acuerdo con Clastres cuando muestra que una máquina de guerra está dirigida contra el Estado, bien contra estados potenciales cuya formación conjura de antemano, o bien, sobre todo, contra los estados actuales cuya destrucción se propone. En efecto, la máquina de guerra se efectúa sin duda mucho más en los agenciamientos “bárbaros” de los nómadas guerreros que en los agenciamientos “salvajes” de las sociedades primitivas. En cualquier caso, está excluido que la guerra produzca un Estado, o que el Estado sea el resultado de una guerra como consecuencia de la cual los vencedores impondrían una nueva ley a los vencidos, puesto que la organización de la máquina de guerra está dirigida contra la forma-Estado, actual o virtual. El Estado no se explica tanto mejor por el resultado de una guerra que por la progresión de fuerzas económicas o políticas⁸.

El encadenamiento entre el momento en que surge el Estado y la existencia de sociedades contra-Estado, se asegura cuando partimos de la hipótesis de que el Estado siempre ha estado en relación con un afuera, y no se puede concebir independientemente de esta relación:

La ley del Estado no es la del Todo o Nada (sociedades con Estado o sociedades contra Estado), sino la de lo interior y lo exterior. El Estado es la soberanía. Pero la soberanía sólo reina sobre aquello que es capaz de interiorizar, de apropiarse localmente. No sólo no hay un Estado universal, sino que el afuera de los estados no se deja reducir a la “política exterior”, es decir, a un conjunto de relaciones entre estados. El afuera aparece simultáneamente en dos direcciones: grandes máquinas mundiales, ramificadas por todo el ecumene en un momento dado, y que gozan de una amplia autonomía con relación a los estados (por ejemplo, organiza-

ciones comerciales del tipo “grandes compañías”, o bien complejos industriales, o incluso formaciones religiosas como el cristianismo, el islamismo, ciertos movimientos de profetismo o de mesianismo, etc.); pero también, mecanismos locales de bandas, márgenes, minorías, que continúan afirmando los derechos de sociedades segmentarias contra los órganos de poder del Estado. El mundo moderno nos ofrece hoy en día imágenes particularmente desarrolladas de estas dos direcciones, hacia máquinas mundiales ecuménicas, pero también hacia un neoprimitivismo, una nueva sociedad tribal, tal como la describe MacLuhan⁹.

La forma de la interioridad es la forma-Estado, su tendencia es a reproducirse idéntica a sí misma a través de sus variaciones, reconocibles fácilmente en el límite de sus polos, pretendiendo en todo momento el reconocimiento público, dada su necesidad de no ocultarse. La ley representa esta forma de la interioridad.

Por su lado, la forma de la exterioridad, la forma de la máquina de guerra existe sólo en su propia metamorfosis (“existe tanto en una innovación industrial como en una tecnológica, en un circuito comercial, en una creación religiosa, en todos esos flujos y corrientes que sólo secundariamente se dejan apropiar por los estados”).

Aparatos de identidad y máquinas de guerra metamórficas, interioridad y exterioridad que han de ser comprendidos no en términos de independencia sino de coexistencia y competencia, *“en un campo de constante interacción”*.

Vamos a entender nuestra confrontación en estos parámetros de distinción entre guerra, violencia y Estado. ¿Estamos en medio de un conflicto donde la función militar se ha vuelto dominante?, o ¿Se produce una agudización de la confrontación por obra de una condensación de doble vía entre acción de captura y producción de nuevo Estado? ¿Un viejo Estado con su función militar enfrentado a la nueva función militar de uno que emerge? ¿Campo múltiple de interacciones “fecundado” una y otra vez, de tal modo que triunfan estados y no máquinas de guerra?

Reducir lo político a lo militar es un modo de introducir la máquina de guerra en el aparato de Estado.

⁷ *Ibid.*, pp. 365-366.

⁸ *Ibid.*, p. 366.

⁹ *Ibid.*, p. 367.

Se trata de avanzar hacia un tratamiento de la cuestión militar que libere al sujeto de la metafísica de la sedición. ¿Que libere la realidad de la lógica de la confrontación bélica?

Un prodigioso ingenio pretende sustituir la realidad de la confrontación por la fórmula weberiana del monopolio estatal de la fuerza como clave de bóveda, punto de quiebre de la solución militar en Colombia para conquistar por fin la virtud de la seguridad del Estado. ¡Devuelvan el monopolio! es su proclama a la multitud esclava domeñada por la violencia, a aquella que, sin embargo, no puede “devolver” el monopolio a quien precisamente, bajo ese supuesto, la ha hecho esclava. ¿En qué terminaría semejante gesto? No hay que ir muy lejos para saberlo. Ya sabemos qué sucede. Pero más aún, ¿cómo devolver el monopolio de algo que ya no está definido exclusivamente por el Estado-nación? Hasta la saciedad sabemos cómo la política militar de nuestro Estado no es más que la prolongación de la política militar de los Estados Unidos. Y cómo la política militar de los EE.UU. es –no despejada totalmente de duda– la política militar del Estado mundial, del Imperio.

El ciclo de las formas de gobierno definido clásicamente por Aristóteles y Polibio resulta ser eficaz, si lo entendemos como el movimiento de un poder que se arriesga a plantear y replantear su legitimidad y su fuerza. Algo parecido a lo que Foucault refiere cuando habla de la genealogía de las luchas en la historia. Pero, dentro de esa lógica abierta, dentro de esa dialéctica agreste, ¿qué es lo que explica la guerra como un componente de estos ciclos? ¿O la flexibilidad y persistencia de la guerra civil frente a la inmovilidad de alguna de estas formas? Será que las formas tradicionales de gobierno hacen eficaz la guerra, es decir, la reducen al oportunismo del cambio, transformándose unas en otras, sin la masa de violencia que acarrea el enfrentamiento civil. Si esto es así, ¿la persistencia de un enfrentamiento civil no estaría demostrando la “estabilidad” del sistema demoliberal en Colombia?

¡La guerra es la prolongación de la paz por otros medios! Tal parece ser el balance de un tratado de paz firmado hace ya casi 10 años, la Constitución colombiana de 1991, y cuyo resultado auguraba una pronta estabilidad en clave de democratización liberal y participativa.

Colombia vive la angustia diaria de una estabilidad siempre prometida y nunca conquistada. ¿Dónde estará el enigma indescifrado de su crisis?

Tesis N° 1

En Colombia las fugas de guerra contestan incesantemente la precariedad del equilibrio y de la estabilidad. (La cuestión de las formas de gobierno, desde el mismo Aristóteles, estriba en el equilibrio y la estabilidad. Desde su

Tesis N° 2

Nuestra paz ha sido siempre pacificación, es decir, reafirmación constante de esta precariedad. No hay sino que mirar su ya larga historia: Rojas, Betancur, Gaviria, Pastrana. (Vivimos una historia de insurgencia a flor de piel. La fuga es el símbolo de la anomalía irritante que siempre está presente y no puede ser domeñada. Por eso pacificación. ¿Que querrá decir esa pacificación? ¿Fortaleza demótica? ¿Potencia contra poder? ¿Composición altamente disgregadora de un territorio para el mando nunca logrado, nunca bien delimitado?)

Tesis N° 3

En Colombia la paz es función de la guerra, inequívoca, cínica, testaruda. No representa una función de la normalidad política. ¿Cuál normalidad, cuándo normalidad? El plano de consistencia de la paz en Colombia es la guerra. (La guerra no se reduce a lo militar, así como las luchas no se reducen a lo militar. Todo acto de silenciar la política es la guerra. Esta guerra que hoy vivimos es terrorismo generalizado, del poder, del Estado, de los medios. Silenciar la política, acallar, disfrazar la guerra de civilización, traduciendo a Petras. Pero, ¿puede concebirse la paz sin lo militar?)

Tesis N° 4

La invariante de la guerra no es diabólica, se compone en la confrontación antagonizada de una voluntad de poder intransigente, despótica, la pasión eternamente irresuelta de un egoísmo señorial, transmutado en oligárquico, siempre advertido, siempre denunciado, nunca vencido, aunque ya hoy decrepito e impotente. (La guerra es el más moderno de todos nuestros síntomas. Ya otros la resolvieron episódicamente en la máquina reformista. Hoy en la globalización capitalista, su fantasma recorre el mundo. ¿Cuánto podemos decir los colombianos sobre la guerra y no lo hemos dicho? ¿Acaso ignorarla, demonizarla, es superarla? La guerra no es una categoría de la moral o de la ética, en Colombia es franquear la frontera de la resistencia a la obediencia contra el mando, es el límite siempre remontado de la crisis, de la confrontación, de la lucha, de esta extenuada modernidad de la política que, aquí también, inequívocamente, separó política de sociedad.)

El cinismo oligárquico hizo creer durante largo tiempo que la anomalía cifraba una contestación inútil y terca, de un asombroso éxito de los negocios ("la economía va bien..."). Pero una ya prolongada recesión económica desconocida durante un largo período de nuestra historia reciente, manchó

la “pulcritud” de tales certezas cínicas, haciendo reventar la crudeza de la crisis, la frustración de la pasión política oligárquica.

La verdad de la prosperidad económica y de la recesión se compone en planos de acción del poder y de las luchas libertarias, dentro, en la matriz de los sistemas mundiales capitalistas y de sus historias ya centenarias. Subsunción múltiple de lo humano, que configuró el imperio internacional español; las batallas internacionalizadas y latinoamericanistas de la independencia de España; la transmutación de lo nacional, composición hacia adentro de dispositivos de interacción comercial, mercantil, productivista; en la figuración macabra de consistencias parasitarias, parásitas de los núcleos potentes de acumulación y explotación. Tributarias y abyectas.

Hay muchos pueblos en todo esto, multiplicidad de las resistencias nunca amordazadas, a veces vencidas en la transitoriedad de las luchas y siempre en trance de nuevas configuraciones. Los pueblos son deconstrucción potente del poder, multiplicidad opuesta a la homogenización en la disciplina y el control, estridencia del silencio.

La precipitación actual de nuestra historia es alumbramiento del acontecimiento emancipatorio, de la posibilidad subjetiva de la libertad irreductible a los procedimientos de subsunción que ocupan incansablemente al poder. Esta guerra colombiana es anomalía de la normalidad bélica de todas las guerras sufridas y siempre reveladas como límite de la imposibilidad burguesa, oligárquica, ensambladas permanentemente en el sistema mundial de la subsunción capitalista. No es el anuncio del fin, es la revelación metafísica de la eclosión, de la emergencia, del constituir.

Ya no crisis como mano invisible, demiurgo de todo lo real “maravilloso”, crisis como alteración substancial. Como fuga radical del tiempo, de una jaula donde éste se ha vaciado de vitalidad, se ha vuelto puro tiempo de trabajo.

Tesis N° 5

Guerra y sujeto, qué odiosa ecuación para toda analítica. Ecuación viva, vivida, plano donde lo único que resuena dulce es la posibilidad de la innovación, la innovación como metafísica de la creatividad. Así lo ha puesto de presente esta historia colombiana guerreada por todas partes, a cada momento, en toda circunstancia. Así, entonces, la perspectiva del sujeto es la de la lucha dentro de esta guerra, guerra a la guerra, ¡guerra a todas las cuestiones colombianas!

Tesis N° 6

Miren el tamaño de las ciudades colombianas, de la población citadina, de la sangrienta historia de su conformación como grandes centros urbanos

y comprenderán la magnitud y el significado de las luchas marginales, de los campesinos. ¿No han sido los últimos tres decenios en el mundo entero, el tiempo de las luchas de los “sujetos de segunda”: mujeres, jóvenes, intelectuales, campesinos? Los sujetos no los determina la teoría, ningún vanguardismo, ningún cognitivismo, ningún contractualismo. Sujeto es posibilidad de la lucha, de la innovación, de la deconstrucción.

Tesis N° 7

En Colombia la cuestión de la subjetividad pasa por la cuestión de la guerra, no a pesar de ella, sino a través de ella, deconstruyendo su lógica, su dispositivo. Este es el camino de la crítica de las armas, de la desactivación del terrorismo de Estado. Por eso el problema de la subjetividad es una cuestión política, que tiene una cuestión militar que ha de ser resuelta.

Sí, la renovación que se abre paso desde la coyuntura de los ochenta en Colombia, pasando por el momento constitucional hasta hoy, es renovación del mando. Pero no de cualquier mando. Es el mando cuyo riesgo roza con la muerte de sí mismo, pues ha apostado a la eliminación total de toda disidencia, de toda contestación; quiere darle muerte a la perversa subversión del esclavo y extirpar todo hegelianismo, toda dialéctica, en su figura preferida de “mayoritismo” demoliberal. Es el mando de una tensión demótica extrema, delirante, radicalmente irresuelta. Una mutación que se hace viva ensanchando el *ethos* jurídico, esta sí innegable ficción, como retaguardia apenas de la sedición de Estado, de la creciente actividad de sus fascio.

Un movimiento de la historia henchido por una voluptuosidad de las disputas aristocráticas y oligárquicas que no desean más que la exclusividad del mando, incomodadas por la obstinación de resistencias con cierta inercia y arraigo. Y de esta confrontación tenemos hoy, ¿un pueblo ya vencido que no comprende su derrota? ¿un pueblo ave fénix que se constituye en la radicalidad fracasada de la fase democrática?

Lo que hoy acontece con nuestra realidad es anudamiento de la imposibilidad puesta por una trabazón, cuya clave es el agotamiento, ¿desgaste prematuro de las posibilidades de las formas normales conocidas, invocadas, intentadas? “Anomalía” negativa, puesto que resulta constituyéndose en naturaleza de la vida y de la acción, no como figura bárbara, forastera, artificialmente inducida, diabólica, sino como anormalidad psicótica, como antiinnovación, como corrupción.

Así, la corrupción aflora ese profundo contenido de nuestra actual verdad política, en una categoría central de la relación, o de la ¿indisoluble unión? ética-política, guerra-sujeto. Algo así como la real oposición de la idea de una virtud política, la no virtud política. Densidad ontológica de esta realidad,

momento de la desfiguración y de la fractura que una pasión oligárquica “rentista” ha generado como su construcción política. Trampa de un poder que elimina todo oponente, toda alternatividad, toda lucha, estigmatizando la multiplicidad. Esta es la tragedia verdadera de la corrupción.

Su comedia, un espectro de la maldad, una mano invisible llamada narcotráfico, politiquería.

La corrupción como forma política es impotencia e imposibilidad de la democracia.

Colombia está atrapada en la anaciclosis de la corrupción. Círculo vicioso cuya ontología es oligárquica, oligodemocrática.

He aquí el plano de referencia de la democracia y de su forma participativa. No la “amable” e “inconmovible” estabilidad de las naciones democráticas civilizadas, sino la agreste, explosiva, permanente fusión de un vicariato histórico con privilegios siempre para el empobrecimiento y contestación de los pobres.

Nos hemos planteado la cuestión de la participación, de la democracia, no desde la ilusión seudoutópica, no desde el dispositivo productivista de la producción social de capital social, sino desde la necesidad democrática, necesidad siempre abierta y absoluta del poder constituyente. No dentro de los ambages de la cooptación, esa única opción disfrazada de amable después de la masacre, la eliminación y la supervivencia política. Esa verdad simple y contundente que conspira contra la innovación, contra la revolución. Una democracia como teoría del gobierno limitado que expresa consistencias oligárquicas de alta intensidad. Una realidad adecuada del nuevo capitalismo financiero y difuso.

Estamos mirando esa imposibilidad críticamente, desde una espaciotemporalidad penetrada de fugas por el lado de la cooperación, desde la posibilidad de constitución multitudinaria, de intelectualismo de masa, de poder constituyente.

Esta es la verdad colombiana, oligárquica, de la democracia realmente existente.

14

**7 “Mercado de
alternativas” y
alternativas de
izquierda.
Elementos para la
formulación de
alternativas de
carácter económico.**

Jairo Estrada Álvarez*

* Profesor del Departamento de Ciencia Política, Facultad de Derecho,
Ciencias Políticas y Sociales, Universidad Nacional de Colombia.

Ha transcurrido ya poco más de un decenio desde la crisis de los proyectos de "socialismo de Estado" de la Unión Soviética y de Europa Oriental. Frente a los vaticinios iniciales sobre el "fin de la historia" y la imposibilidad de proyectos alternativos al capitalismo, se aprecian dos fenómenos, aún en proceso de maduración: primero, las nuevas configuraciones capitalistas de la actual fase de acumulación muestran que la naturaleza esencialmente contradictoria y conflictiva de la relación social capitalista se encuentra lejos de ser superada. Al contrario, durante la década de los noventa del siglo pasado se puso en evidencia que, pese a la capacidad desplegada por el capital para potenciar nuevas posibilidades de valorización y del ejercicio del poder y la dominación, no ha sido posible superar la tendencia a la crisis. Segundo, las nuevas configuraciones capitalistas revelan la irrupción de movimientos, de nuevas formas del poder constituyente, de la resistencia –por la desestructuración–, en la búsqueda de alternativas.

El carácter todavía provisional de la fase capitalista actual, en el sentido de proceso de constitución no culminado de nuevas formas de la relación social capitalista, implica a la vez, movimiento en constitución, aplazamiento de la posibilidad de alternativa, en cuanto configuración histórico-concreta.

De ello dan cuenta tanto los debates sobre las nuevas configuraciones de la fase, como las discusiones sobre la naturaleza del movimiento y de la alternativa. Todavía en ese terreno, y pese a las aseveraciones en contrario, hay carencias teóricas y políticas. ¿Qué capitalismo?, ¿Cuál alternativa?, continúan siendo preguntas con respuestas también provisionales. He ahí una de las dificultades actuales para sacar adelante proyectos políticos y sociales de izquierda revolucionaria.

El desdoblamiento de las nuevas formas del capital en la política neoliberal y la identificación de las nuevas configuraciones de la fase capitalista con la estrategia neoliberal, han contribuido a que los límites mostrados por el neoliberalismo y las nuevas estrategias capitalistas frente a éstos, aparezcan y se validen o legitimen como alternativas, a que surja un verdadero "mercado de alternativas". Tal es el caso de las "ofertas alternativas" del neoinstitucionalismo, del comunitarismo, del neocontractualismo y del "nuevo centro" o de la "tercera vía", entre otros.

Con diversos énfasis teóricos y variadas visiones de la política, en todos estos casos se trata de soportes teóricos, políticos e ideológicos de las nuevas configuraciones de la fase y de formas de confrontación o de contención de alternativas de izquierda revolucionaria. Sectores de ésta, en sus dubitaciones y probablemente con la angustia que produce no constituirse en alternativa, devienen en izquierda de lo posible, en caricatura de alternativa.

La aplicación de las políticas neoliberales posee resultados que pueden catalogarse como contradictorios. De un lado, se puede aseverar que el neoliberalismo ha podido consolidarse como una estrategia de dominación política, cultural y de disciplinamiento social por la vía del mercado. Al mismo tiempo, empero, el neoliberalismo muestra severos síntomas de erosión y un campo de acción cada vez más estrecho para sacar adelante su proyecto de sociedad capitalista. Precisamente esta última circunstancia ha conducido al surgimiento de importantes movimientos de resistencia y a un cierto renacimiento de las propuestas de alternativa, que emergen como esperanza para repensar una sociedad distinta al capitalismo.

Logros de la estrategia neoliberal

Veamos en qué consisten algunos de los “logros” de la estrategia neoliberal:

1. Es evidente que las políticas neoliberales han conducido a un nuevo ciclo de mundialización del capital y han restablecido condiciones capitalistas de rentabilidad, seriamente amenazadas por las definiciones políticas que impuso a la reproducción el consenso keynesiano de acumulación. El neoliberalismo ha representado un avance en la pretensión de restablecer condiciones “genuinamente” capitalistas de la reproducción y ha podido derrotar formas de resistencia a esa pretensión.

2. Las políticas neoliberales han impuesto un proceso de desregulación de la actividad económica tendiente a organizarla exclusivamente de acuerdo con lógicas de mercado¹. Se ha avanzado en la desregulación de los mercados monetario-financiero, de bienes y servicios y de la fuerza de trabajo. La liberalización de la economía ha producido importantes cambios en su estructura, los cuales han tendido a privilegiar las actividades especulativas y a estimular procesos de financiarización, al tiempo que han conducido a un deterioro de los aparatos productivos². En igual sentido, la liberalización ha estado asociada a lo que podría caracterizarse como un nuevo ciclo de concentración y de centralización de la riqueza y del capital a escala mundial, pero también en la dimensión de lo regional y lo local.

3. Las políticas neoliberales han logrado instrumentalizar el avance tecnológico en función de los propósitos de desregulación económica. La nueva espacialidad capitalista que han propiciado estas políticas ha producido una profunda reorganización de los procesos productivos y de prestación de servicios; los ha fragmentado, segmentado, satelizado al extremo; ha sido posi-

ble consolidar estructuras productivas deslocalizadas. Con ello se han creado las bases para una flexibilización laboral basada en la flexibilización tecnológica, que ha sido concretada a través de políticas de reforma a los ordenamientos jurídicos heredados de la fase fordista.

4. Las políticas neoliberales han impuesto procesos de reforma del Estado, en gran medida basados en un discurso de austeridad fiscal, el cual ha resultado más bien demagógico, por cuanto las políticas de "ajuste fiscal" no afectan el gasto en general sino secciones del gasto definidas políticamente, según los propósitos generales del proyecto neoliberal. El proyecto de "Estado mínimo" si bien no se ha concretado en cuanto a reducción del tamaño físico del Estado, sí está en plena marcha en cuanto redefinición de su papel y sus funciones. Los procesos de privatización, los diseños de la descentralización y las políticas de reforma respecto de las finanzas públicas han conducido a un Estado más centrado en las tareas de defensa, seguridad y administración de justicia, que comparte responsabilidades en otros campos de la vida social y que convoca cada vez más a la cofinanciación de sus funciones.

5. El neoliberalismo ha logrado organizar los campos de lo económico y lo social de acuerdo con la lógica del mercado. Su proyecto de mercantilización de la sociedad ha penetrado la esfera de lo público y la está transformando radicalmente, en particular en la esfera de los servicios públicos domiciliarios, pero también en la educación, la salud, la seguridad social, la vivienda, entre otros.

6. Desde la perspectiva de la regulación de la economía, las políticas neoliberales registran como uno de sus principales haberes la política de estabilización monetaria, cuyos resultados se expresarían en el relativo control de la inflación³.

7. El neoliberalismo ha logrado imponer un proceso de redistribución regresiva del ingreso en favor de los fondos de acumulación y en detrimento de aquellos de consumo. Ello ha sido posible a través de diversos mecanismos:

¹ En sentido estricto el argumento de mercado es más bien falaz. El paraíso de la competencia perfecta no existe sino como construcción ideológica. En realidad, la economía y la sociedad son controladas por poderosos grupos económicos y gigantescas empresas multinacionales.

² El deterioro de los aparatos productivos es más notorio en los países de la periferia capitalista.

³ No se está evaluando en este punto si la reducción de la inflación es imputable exclusivamente a la política de control monetario. Simplemente se registra un "haber neoliberal" que puede tener otras explicaciones, por ejemplo, en la desocupación, la informalización del trabajo, la reducción del salario real y, en general, en la contracción de la demanda.

en primer lugar, mediante las políticas de flexibilización laboral, que han reducido el fondo salarial (social) o que manteniéndolo han impuesto una reducción del precio unitario de la fuerza de trabajo. En segundo lugar, mediante la reducción del salario social, en tanto las políticas fiscales han afectado principalmente los rubros destinados a la financiación de servicios sociales prestados por el Estado (educación, salud, seguridad social, vivienda, entre otros), o de subsidios financiados por él (especialmente en los servicios públicos). En tercer lugar, a través de la implantación de reformas tributarias, que han consolidado una estructura de tributación que descansa sobre las imposiciones al consumo, al tiempo que genera alivios a las rentas y las utilidades.

8. El proyecto neoliberal ha estimulado un discurso del derecho social en cuanto derecho de mínimos. Lo que supere los "mínimos" es considerado como privilegio. De tal suerte que una política que pretenda la igualdad y la justicia distributiva, para que no sea discriminatoria, debe conducir a una suerte de nivelación social por lo bajo. En ese aspecto, el discurso de mínimos se ha constituido en argumento para adelantar políticas de desatención y desmejoramiento social de importantes sectores de la población, en particular de sectores medios "privilegiados" y de obreros con condiciones contractuales que superan los mínimos pretendidos.

9. Las políticas neoliberales consistentes en centrar los esfuerzos del Estado (gasto social) "dentro de los más pobres de los pobres"⁴ han permitido, con fundamento en políticas de carácter asistencialista, construir ciertos niveles de legitimidad entre esos sectores. Su "base social" es construida mediante anuncios y ejecutorias de política de corte populista. Ella es ampliada con sectores medios de la población no afectados por sus políticas, con las nuevas generaciones de fuerza de trabajo vinculadas a los nuevos negocios, la nueva burocracia estatal y empresarial. Su soporte principal está, desde luego, en los grupos económicos, especialmente aquellos vinculados a las actividades monetario-financieras.

10. El neoliberalismo ha logrado avanzar en la construcción de un proyecto político cultural de inividualización de la sociedad que, merced a la segmentación y la fragmentación que auspicia, hace más difícil el trámite de intereses colectivos y restringe las posibilidades de valores humanos basados en la amistad, la fraternidad, la cooperación y la solidaridad. La sociedad que tiende a constituir la política neoliberal se basa en la competencia entre individuos, como principio ordenador, el productivismo y el eficientismo, elevados a valores. Precisamente la ética de la distribución que ha logrado imponer el neoliberalismo, no considera preocupaciones de justicia social. Se fundamenta en la productividad marginal y en la asignación conforme con las "reglas de mercado".

11. Las políticas neoliberales han consolidado un concepto sobre la democracia y la participación, en el que el Estado aparece, junto a diversas expresiones organizadas de la llamada sociedad civil, como un agente más dispuesto a concertar y construir sus políticas. En sentido estricto, no obstante, la forma subordinada de la participación esconde una tendencia autoritaria a la toma de decisiones, que por lo regular queda en manos de tecnócratas y expertos. El proyecto neoliberal ha logrado la identificación de democracia con descentralización y de esa forma despojar (en la opinión pública) este último proceso de sus contenidos autoritarios.

12. Las políticas neoliberales han logrado producir un quiebre entre la dimensión global y local del capitalismo; centrando lo político en este último nivel, justamente en donde la naturaleza capitalista de la sociedad –en su superficie– es menos evidente.

13. El proyecto neoliberal ha conseguido ser traducido al lenguaje constitucional y legal y convertido en "orden neoliberal", en el sentido positivo del derecho. De esa forma, no sólo ha logrado legitimarse –sobre todo allí donde ha habido procedimientos constitucionales o donde se ha validado electoralmente–, sino revestirse con el don de la legalidad y hacer aparecer sus políticas, en consecuencia, como un mandato de la ley.

En suma, no puede desconocerse un cierto nivel de éxito de las políticas neoliberales, en cuanto pretensión de consolidar y entronizar nuevas formas de la dominación capitalista.

Límites de la estrategia neoliberal

Los "rendimientos" y la eficacia –según sus gestores– de las políticas neoliberales se encuentran, no obstante, acompañados de límites que cada vez se tornan más inmanejables y han generado tendencias a diversas manifestaciones de crisis, que colocan en entredicho las posibilidades de un proyecto que parecía constituirse en el "pensamiento único" y en la "estrategia única".

Dentro de tales límites se pueden mencionar, entre otros:

1. Pese a que los políticos neoliberales aducen la generación de unas nuevas condiciones marco estables para la reproducción, en razón del control inflacionario, lo cierto es que la naturaleza especulativa de las políticas propiciadas por el neoliberalismo ha incrementado los niveles de riesgo y de incertidumbre (como condición para garantizar una mayor valorización del capital),

⁴ En la mayoría de los casos se trata de anuncios demagógicos, con bajos niveles de cobertura pero con impactos (sobrevalorados) orquestados por los medios masivos de opinión.

ha estimulado la volatilidad de las economías y ha sometido la economía mundial a una tendencia persistente a la crisis financiera (y a la ruptura de las llamadas burbujas financieras).

2. Las políticas de disciplina fiscal y de contracción de la demanda, junto al privilegio de políticas de estímulo a la oferta, han propiciado tendencias a la deflación y la recesión, y han acentuado los problemas estructurales del crecimiento.

3. Sobre todo en las economías del capitalismo periférico, las políticas neoliberales han conducido a un aumento escandaloso de la deuda del Estado, que compromete cada vez más importantes recursos del presupuesto y genera por tanto un ciclo inacabable de mayor endeudamiento, que está conduciendo a la "quiebra" de economías enteras y a verdaderos desastres sociales.

4. Las transformaciones en la estructura económica han conducido a un aumento de la desocupación, a una precarización de las condiciones contractuales de quienes tienen empleo, a un incremento de la informalidad y a un empobrecimiento de los sectores medios de la población, así como a la pauperización de sectores ya empobrecidos.

5. Los déficit en la distribución y la redistribución del ingreso —que son la otra cara de la concentración y la centralización de la riqueza y del capital— han abierto espacios para los discursos y propuestas de política de "mínimos sociales" con los que, en todo caso, se debe comprometer el Estado y garantizarlos. De esa forma se ha relativizado la orientación esencialmente antisocial del neoliberalismo.

6. La implantación de las políticas neoliberales ha demostrado la falacia del argumento del mercado como asignador eficiente de recursos y como regulador de la actividad económica. La mejor expresión de ello es la tendencia prolongada a la crisis. Las reglas del mercado también generan problemas de legitimación, pues no necesariamente implican eficiencia y eficacia del sistema en su conjunto. El déficit de reglas de mercado, en cuanto regla universal, genera la posibilidad de discursos y de propuestas de política sobre la necesaria construcción de reglas de juego, más allá de los mercados o con anterioridad a los mercados.

7. Las condiciones para garantizar la estabilidad política (governance democrática) no son duraderas. Al centrar lo político en lo local, por ejemplo, se generan nuevas posibilidades para la construcción de política alternativa en ese escenario. De otra parte, la permanente recomposición que imponen las políticas neoliberales, obliga a relegitimar de manera permanente el proyecto, lo cual termina chocando con su naturaleza tecnocrático-autoritaria, dada su indisposición frente al "procedimiento democrático".

8. Sectores sociales importantes se resisten al proyecto político y cultural del neoliberalismo. Es evidente la emergencia de movimientos de resistencia global, pero también son variadas las formas de resistencia en el ámbito nacional-estatal y local.

Los límites del proyecto neoliberal generan posibilidades para el discurso alternativo, para la construcción de proyectos alternativos. En este punto, las preguntas claves pueden ser formuladas, así: Cuando se habla de alternativas, ¿de qué tipo de alternativas se está hablando? ¿De alternativas frente a las imperfecciones del proyecto de dominación política y cultural del neoliberalismo, es decir, de alternativas en tanto desarrollo mismo del proyecto? ¿O se trata de alternativas contra el proyecto neoliberal? Si esta es la circunstancia, ¿cuál podría ser la naturaleza de dicha alternativa?, ¿de resistencia y desestructuración como formas de anticapitalismo? Y en este punto, la noción de anticapitalismo se refiere a una reducción a la crítica de la economía política del neoliberalismo o se considera más allá, esto es, ¿en cuanto opción socialista y comunista?

Como se aprecia, son muchas las posibilidades de abordar el debate. En esta parte del trabajo se harán algunos comentarios sobre las posturas que, en principio, se consideran más representativas en la discusión.

"Mercado de alternativas" y alternativas de mercado

En el debate sobre lo alternativo han ganado espacio las opciones que se presentan críticas de las imperfecciones del proyecto de dominación neoliberal.

En la experiencia colombiana, por ejemplo, ciertos discursos que se presentan como alternativos, al confrontar el carácter rentístico del capitalismo colombiano, reivindican la necesidad de un capitalismo puro en tanto capitalismo productivo. La crítica a las tendencias desindustrializadoras, desagrarizadoras y de configuración de un sector de servicios precario, que trae consigo la implantación de políticas neoliberales, deviene en defensa del capitalismo⁵.

En otros planteamientos, lo alternativo aparece como la necesaria construcción de una nueva institucionalidad, que supere las imperfecciones que conducen a distorsiones en el funcionamiento de los mercados. La crítica no se dirige en este aspecto a la pretensión de organizar el funcionamiento de las relaciones sociales con criterios de mercado, sino a algo anterior al merca-

⁵ Tal es el caso de los trabajos de Luis Jorge Garay, que en todo caso incorporan un enfoque que pudiera ser considerado como una variante de las visiones neoinstitucionalistas.

do, a sus condiciones sociales, políticas y culturales de funcionamiento, a las reglas de juego, a las instituciones. En este sentido, dos presupuestos aparecen claves: la protección de los derechos de propiedad y los costos de transacción. Desde estos presupuestos lo alternativo aparece en la forma de construcción de reglas de juego que garanticen el libre ejercicio del derecho de propiedad y que posibiliten la reducción u optimización de los costos de transacción. Tal propósito se encuentra en una expresión que ha ganado carrera en nuestra sociedad: de lo que se trata es de reconstruir el tejido social. Tal reconstrucción pasa por nuevas reglas de juego socialmente aceptadas, a difundir en los diversos campos de la vida social⁶. Estos planteamientos han venido siendo impulsados por el Banco Mundial desde la década de los noventa⁷ y pueden considerarse como una "alternativa al neoliberalismo dentro del neoliberalismo"; si se quiere, son un complemento necesario para dotar de legitimidad las carencias de un proyecto que sería muy economicista.

En otro plano del debate sobre las alternativas, se encuentran aquellas propuestas que se inscriben dentro de lo que podría denominarse la "ilusión constitucional"⁸, que se mueven entre los presupuestos del liberalismo individualista, el llamado liberalismo humanitarista, y el comunitarismo. Desde este enfoque la cuestión alternativa radicaría en la necesidad de un nuevo contrato social. Sólo que los presupuestos de tal contrato estarían dados: por ejemplo, sería la construcción de consenso desde la llamada posición original de Rawls, si de liberalismo humanitarista se trata. Previo al consenso estaría la justificación de bienes sociales primarios, que al ser reconocidos en el proceso de construcción del consenso, conducirían a una etapa constitucional y de regulación de las instituciones. Los presupuestos de justicia descansarían sobre la libertad igual y la regulación de la desigualdad económica, que en todo caso es reconocida.

También en este caso, el asunto de la alternativa se traslada a un debate sobre las normas y reglas de juego, en últimas, la cuestión es de perfeccionamiento de los mecanismos de funcionamiento (políticos y culturales) del sistema, de definición de las normas reguladoras de comportamientos. La sobredeterminación económica de los neoliberales aquí es desplazada por sobredeterminaciones que tienden a moverse principalmente en el escenario del derecho y de la política como procedimiento, para producir y legitimar las normas, para fundamentar la nueva constitución de lo social. Una buena expresión de esta visión de alternativa consiste en las trampas de la democracia plebicitaria. Háganse las normas y sométanse a la aprobación, de acuerdo con el procedimiento democrático.

En una dimensión más concreta, y en la perspectiva del ejercicio de la política se sitúan las alternativas de la autodenominada tercera vía, de cier-

tos sectores de la socialdemocracia contemporánea y de la izquierda de lo posible.

[267]

En el primer caso, se trata de una renuncia al proyecto reformista del Estado de Bienestar y de la gestión de las tendencias a la crisis de los proyectos neoliberales, sin producir una ruptura con éstos. Los proyectos de tercera vía son hoy día, en lo esencial, continuadores de las transformaciones neoliberales. De una estrategia de reforma social, el acento se sitúa actualmente en las estrategias de modernización y de innovación. En ese aspecto, se aprecia, por ejemplo, un desplazamiento de políticas de demanda hacia políticas de oferta, desde una presunta posición de izquierda. El acento de la política se traslada de políticas de reforma a políticas de ordenamiento de los mercados financieros. Se trata de desestatizar la economía y la sociedad y de poner un mayor acento en la responsabilidad individual. Si se nada con la corriente, es posible incidir sobre su dirección y su velocidad, es la consigna. Por ello, las propuestas de tercera vía no difieren en lo sustancial de las políticas neoliberales. Aparecen apenas como paliativo y pueden definirse como una síntesis de postulados de tradiciones socialdemócratas y liberales (neoliberales)⁹. Las propuestas de la tercera vía representan hoy la despedida de los proyectos socialdemócratas como proyectos de reforma.

A la izquierda de la tercera vía, se encuentra la izquierda de lo posible, cuya dimensión de alternativa parece referirse a las opciones de corto plazo. Como hay urgencia de alternativa, sobre todo en la perspectiva de construir legitimidad, las opciones han de proponerse en el terreno de lo viable, de lo que pueda arrojar dividendos políticos inmediatos. Ello conduce a propuestas erráticas y en ocasiones desconcertantes. En ocasiones defensoras nostálgicas

⁶ Los trabajos de Salomón Kalmanovitz se inscriben en esa perspectiva de análisis. Véase, por ejemplo, *Las instituciones en el siglo XX*, Bogotá, Alfaomega-Cambio, 2001.

⁷ Véase al respecto el Informe sobre el desarrollo mundial. *El Estado en un mundo en transformación*, Washington, D.C., Banco Mundial, 1997.

⁸ En el caso colombiano, ellas se expresan en la idea de concebir la Constitución de 1991 como un programa político que contiene las aspiraciones democráticas fundamentales de la sociedad colombiana, en especial, en cuanto posibilidad de concreción de un nuevo concepto de ciudadanía, basado en el reconocimiento de los derechos fundamentales consagrados constitucionalmente. En esta perspectiva, la noción de alternativa asume el orden normativo del *statu quo* y adopta sus procedimientos. El proyecto alternativo de sociedad se aprecia en la Constitución como proyecto emancipador.

⁹ Véase al respecto, Klaus Doerre, Leo Panitch, Bodo Zeuner y otros, *Die Strategie der "Neuen Mitte". Verabschiedet sich die moderne Sozialdemokratie als moderne Reformpartei?*, Hamburgo, VSA-Verlag, 1999.

del capitalismo productivo y de las políticas keynesianas. Frente a una estrategia como la neoliberal, la opción que se propone es la de una izquierda de paliativos cortoplacistas, que no parece en la vía de un anticapitalismo decidido. La necesidad de un discurso pragmático de lo cotidiano y orientado al individuo, se traduce en ocasiones en una nueva forma de pontificar desde lo "social bacano". La izquierda de lo posible es una izquierda insegura y temerosa de asumir abiertamente sus identidades históricas, con sus victorias y sus derrotas. Es una izquierda que tiende a refundirse en los conflictos sociales y de clase, que, en todo caso, continúan su marcha acelerada.

En principio, todas estas variantes de alternativa pueden ser definidas como variantes de mercado. En sentido estricto, su visión de la política no tiene en mente la construcción de un proyecto cuya pretensión sea la superación de la sociedad capitalista, independientemente de las posibilidades que ésta pudiera tener en las condiciones actuales.

Más allá de las concepciones que se mueven en el terreno del pragmatismo político, en el debate sobre las alternativas, es evidente que hoy se requiere avanzar en la construcción de un proyecto revolucionario de izquierda, sin temor de su identidad, convencida de la necesidad del anticapitalismo y de la perspectiva socialista. Ello pasa por poner el acento donde debe estar: en la crítica de las relaciones de producción dominantes, de la propiedad privada capitalista, del Estado capitalista, de las condiciones de dominación y de explotación imperantes.

Aunque la cuestión en torno a las alternativas no puede reducirse a un listado programático de propuestas, que probablemente siempre resultaría incompleto, existen dentro de la teoría marxista intentos por definir lo que podría denominarse como aspectos esenciales de cualquier proyecto alternativo. Ernest Mandel señala, por ejemplo, la supresión a escala mundial del hambre, la miseria y la falta de bienes necesarios para la supervivencia; la sustitución de la economía monetaria por unas relaciones sociales basadas en la satisfacción integral de las necesidades; el hacer innecesaria la guerra y la utilización permanente de la violencia para la resolución de los conflictos humanos; la eliminación de cualquier forma de explotación, sometimiento o enajenación; la abolición de la sociedad de clases; el enriquecimiento exclusivamente individual y la consecuente escisión de estados nacionales hostiles entre sí, logrando un sistema de solidaridad y cooperación universal; el aseguramiento a todo niño, mujer y hombre de las premisas sociales para la realización de sus potencialidades¹⁰. Desde luego que este planteamiento de Mandel debe interpretarse en la perspectiva de un referente de trabajo, que deber ser concretado, como otros, en función de tendencias específicas del proceso político y de la constelación de fuerzas sociales y políticas¹¹.

A esto, que pudiera considerarse como un programa mínimo revolucionario, habría que incorporarle la recomendación de Perry Anderson: "Si miramos las perspectivas que podrían emerger más allá del neoliberalismo vigente, buscando orientarnos en la lucha política contra él, no debemos olvidar tres lecciones básicas dadas por el propio neoliberalismo"¹²:

"Primera lección: no tener ningún miedo de estar contra la corriente política de nuestro tiempo"¹³.

"Segunda lección: no transigir en las ideas, no aceptar ninguna dilución de los principios"¹⁴.

"Tercera lección: no aceptar como inmutable ninguna institución establecida"¹⁵.

En el caso colombiano, el debate sobre las alternativas está fuertemente asociado a la persistencia del conflicto social y político armado. No es propósito de estas reflexiones hacer un examen de la trayectoria de la izquierda

¹⁰ Ernest Mandel, *Marxismo abierto*, México, Editorial Grijalbo, 1982.

¹¹ Este trabajo no tiene el propósito de diseñar un programa mínimo de alternativa. La referencia a Mandel busca destacar que el debate sobre alternativas pasa por la definición de aspectos básicos, esenciales, a ser tenidos en cuenta.

¹² Perry Anderson, "El despliegue del neoliberalismo y sus lecciones para la izquierda", en Renán Vega Cantor (editor), *Marx y el siglo XXI*, Bogotá, Ediciones Pensamiento Crítico-Ediciones Antropos, 1999, p. 384.

¹³ Señala Anderson que Hayek, Friedman y sus socios habrían tenido el mérito de "realizar una crítica radical del *statu quo* cuando hacerlo era muy impopular, y perseverar en una postura de oposición marginal durante un largo período, cuando el saber convencional los trataba de excéntricos o locos, hasta el momento en que las condiciones históricas cambiaron y su oportunidad política llegó". En *op. cit.*, p. 384.

¹⁴ "Fue precisamente el radicalismo, la dureza intelectual del temario neoliberal, lo que aseguró una vida tan vigorosa y una influencia tan abrumadora. (...), fue solamente porque la teoría neoliberal era tan intransigente, que gobiernos de derecha pudieron llegar a políticas tan drásticas: la teoría neoliberal proveía, en sus principios, una especie de temario máximo del que los gobiernos podían elegir los ítems más oportunos, según sus conveniencias coyunturales políticas o administrativas". *Ibid.*, p. 385.

¹⁵ El hecho de que se haya creado desempleo masivo sin provocar trastornos sociales, que se proclame abiertamente la redistribución del ingreso a favor de los ricos, que "se privatice no sólo el petróleo, sino el agua, el correo, los hospitales, las escuelas, hasta las prisiones", sería lo que permitiría afirmar que "ninguna institución, por más consagrada y familiar que sea, es, en principio, intocable. El paisaje institucional es mucho más maleable de lo que se cree". *Ibid.*, p. 385.

en los últimos veinte años, de su relativo auge durante parte de la década de los ochenta, de la política estatal de exterminio físico de diversas corrientes democráticas y revolucionarias, sobre todo de la Unión Patriótica, de su derrota con la extinción del proyecto de "socialismo de Estado" de la Unión Soviética y de los países de Europa Oriental, de los intentos de reconstrucción a lo largo de la década de los noventa, de las más recientes expresiones organizadas como el Frente Social y Político y el Movimiento Bolivariano por la Nueva Colombia. Lo que ha quedado en evidencia en este período, es que la noción de alternativa en Colombia involucra la consideración de las propuestas de la insurgencia armada, independientemente de las valoraciones que sobre ella se tengan. Se trata de un sujeto político que no puede ser desatendido. Precisamente, se está en presencia de un sujeto que forzó el inicio de unos diálogos, con perspectiva de negociación, con el Estado¹⁶.

Elementos generales de contexto para la formulación de alternativas de carácter económico¹⁷

En esta parte del trabajo, la cuestión de la formulación de alternativas se aborda en relación con el proceso de diálogo y negociación con la insurgencia armada y se circunscribe al campo económico. Desde luego que el debate puede remitir a referentes temáticos más amplios y podría ser colocado, además, en un terreno que involucre al conjunto de fuerzas políticas y sociales, en un contexto de luchas sociales y de clases, independientemente de los proyectos políticos que estas fuerzas persigan¹⁸.

Algunas premisas para pensar en alternativas

Son varias las premisas a considerar en la búsqueda de alternativas políticas al conflicto social y político armado en Colombia.

1) La elaboración de propuestas debe tener en cuenta que el proceso de negociación se desenvuelve en un contexto por demás complejo y conflictivo. Dicho contexto posee, como rasgo principal, la profundización de la estrategia neoliberal (la llamada segunda ola de reformas neoliberales¹⁹, concretada en el plan de desarrollo "Cambio para construir la paz", el "Presupuesto de la verdad", los acuerdos con el FMI y el Plan Colombia).

2) Lo que es objeto de negociación, antes que el diseño de un nuevo modelo económico y social –comprendido éste como un sistema óptimo de políticas interrelacionadas e interactuantes en la búsqueda de unos fines económicos, sociales y políticos determinados–, son profundas transformaciones económicas y sociales. El encauzamiento del proceso económico y social no

es exclusivamente un problema de voluntades. No se está en presencia de una insurgencia cuyo propósito sea la desmovilización o que limite su proyecto político militar a una reforma agraria y un programa de sustitución de cultivos o una negociación de la política petrolera.

3) Si uno de los supuestos de la negociación es el reconocimiento de un poder por fuera de la institucionalidad existente, es decir, es el diálogo y la negociación entre poderes, el asunto no puede limitarse a la pregunta, ¿qué es lo que quiere la insurgencia? En ese sentido, habría que formular otras preguntas: ¿Qué pretende el poder estatal establecido? ¿Qué buscan los grupos económicos y los gremios del capital? Y quizás habría que ir más allá: ¿Hasta dónde llega la disposición del establecimiento para orientar la sociedad colombiana hacia un proceso de democratización de la política y de la economía? Esas son preguntas sobre la posibilidad real de alcanzar acuerdos.

4) Considerando lo anterior, la cuestión no parece consistir en la configuración de un nuevo régimen jurídico-económico, fundado en reformas a la Constitución y a las leyes estatales existentes. Probablemente, ello pudiera ser más bien un punto de llegada, antes que un punto de partida. Lo que está en juego es la construcción de un nuevo Estado, basado en las transformaciones económicas y sociales que pudieran generarse durante y como resultado de una negociación exitosa, con su correspondiente ordenamiento jurídico-institucional.

5) Desde esa perspectiva, la posibilidad de los acuerdos no se puede circunscribir exclusivamente a la obtención de recursos de la comunidad internacional para su financiación, como parece ser el interés de sectores de las élites dominantes. Resulta imperativo impulsar desde la sociedad procesos de transformación económica y social.

¹⁶ No es mi propósito examinar el sentido que tuvo para las partes (entre las Farc-Ep y el entonces candidato Pastrana) y lo que cada una de ellas pretendió con los acuerdos que dieron lugar al inicio de los diálogos en San Vicente del Caguán.

¹⁷ Las propuestas aquí formuladas están concebidas dentro de un esquema de negociación con la insurgencia armada. Al momento de escribirse la primera versión del texto (octubre de 2000), aún se estaba en el proceso de diálogo con la guerrilla de las Farc-Ep por parte del gobierno de Andrés Pastrana. Pese a que ese proceso terminó infructuosamente, los planteamientos aquí formulados mantienen en lo esencial su vigencia.

¹⁸ Ello rebasa, desde luego, los propósitos y los alcances de este trabajo.

¹⁹ La caracterización de "segunda ola de reformas" se le debe al entonces ministro de Hacienda y Crédito Público, Juan Camilo Restrepo, quien la utilizaba para referirse al paquete de reformas estructurales que daba continuidad a las reformas de la "apertura económica y la modernización del Estado" de la administración Gaviria.

6) Las crecientes demandas sociales para negociar en un contexto de cese de hostilidades, debe comprender una visión integral de ese requerimiento. Eso quiere decir que el cese de las hostilidades militares tiene sentido cuando se acompaña de un cese de las hostilidades sociales, contenidas en la profundización de las políticas neoliberales. No es nada útil para la generación de un clima de confianza y de convivencia, agudizar y profundizar la conflictividad social y de clase, mediante la introducción de reformas que deterioran las condiciones de vida y de existencia de la población, en un contexto signado además por la crisis y la recesión.

7) Las demandas sociales que buscan la participación de la comunidad internacional, deben acompañarse de demandas por la configuración de un nuevo orden económico internacional. Considerando el contexto de la llamada globalización capitalista, la discusión de una agenda económica y social no tiene sentido si se limita el ámbito nacional estatal. Deben exigirse acuerdos para impulsar la redefinición de las actuales modalidades de inserción en la economía mundial. La deuda externa, las relaciones comerciales desequilibradas, las condiciones leoninas para la inversión extranjera, pueden sepultar cualquier acuerdo nacional para adelantar transformaciones económicas y sociales. La sociedad colombiana debe articularse a las demandas mundiales para enfrentar los poderes supranacionales, multinacionales o de los estados del capitalismo central, que en su origen son los impulsores de las nefastas estrategias neoliberales. En ese sentido, la sociedad colombiana debe empezar por concebir sus demandas como demandas regionales, bolivarianas y latinoamericanas.

8) El contexto para la formulación de alternativas resulta, como ya se dijo, por demás complejo y contradictorio: de una parte, el capital se encuentra en una verdadera ofensiva por recomponer estratégicamente las condiciones de acumulación. Tal ofensiva pasa por la pretensión de restablecer y potenciar la rentabilidad capitalista, con base en un agresivo proyecto de redistribución regresiva del ingreso, castigando los fondos de consumo (individual y social) de la población. De otra parte, al existir y concretarse tal pretensión en el deterioro de las condiciones generales de vida y de trabajo de la población, se generan variadas condiciones para la profundización de los conflictos sociales y de clase y, en ese sentido, nuevas posibilidades para la potenciación de la lucha de clases y la acción espontánea u organizada, según el caso, de los trabajadores.

Elementos de alternativa

Desde esa perspectiva, la construcción de alternativas se desenvuelve en un campo problemático, pues las acciones desestructuradoras de los proyectos del capital, independientemente de sus variadas formas, comprenden la necesi-

dad de la formulación de propuestas que ofrezcan opciones no sólo a problemas estructurales sino a necesidades urgentes, en algunos casos, inmediatas de la población. De nuevo, la discusión sobre la relación entre los proyectos de reforma y las transformaciones revolucionarias pasa a primer plano. ¿Qué hacer para que proyectos alternativos de los trabajadores, no sean absorbidos por la lógica del capital y terminen cumpliendo más bien funciones de modernización de las relaciones capitalistas?, o ¿Cómo concretar hoy día la idea del socialismo, sin quedar presos del reformismo socialdemócrata que también ha hecho crisis?

Aunque es frecuente escuchar que las condiciones actuales del capitalismo han desplazado o aplazado la cuestión del socialismo, es válido y legítimo pensar que justamente por esas mismas condiciones, el ideal revolucionario se encuentra a la orden del día. Desde luego que pensar en alternativa significa generar a través de la política –en todas sus dimensiones– unas nuevas condiciones marco, tendientes a la transformación estructural de los fundamentos de la reproducción de lo político, lo económico y lo cultural. Es probable que en ese terreno predomine un concepto de política de reforma como momento necesario previo. La gran dificultad radica en qué hacer para que una política de reforma no se agote en la reforma misma y termine atrapada en la lógica de lo posible y del perfeccionamiento de los mecanismos de funcionamiento de lo que se pretende superar.

En el campo económico se requeriría cuando menos:

1. Enfrentar la compleja red de dominación y explotación capitalista a escala universal, que ha consolidado y desarrollado nuevas y sofisticadas formas de control de lo social. Ello implica reivindicar la *necesidad de un nuevo orden económico internacional*, sobre dos supuestos básicos: rescatar el malogrado principio de la autodeterminación de las naciones, y la soberanía nacional, acompañada de la formulación de estrategias de integración bolivarianas y latinoamericanas que podrían pensarse, por su parte, a partir de tres cuestiones fundamentales:

a) Abordar la problemática de la deuda externa desde la perspectiva de *la moratoria, o al menos de la renegociación sustancial de las condiciones de contratación*²⁰, con el propósito de hacer menos onerosa la transferencia de recursos del capitalismo periférico al sector financiero transnacional.

²⁰ La renegociación supone, desde luego, la atención de los aspectos técnicos, entre los que se encuentra, por ejemplo, la necesaria distinción entre los tipos de acreedores. En cualquier circunstancia, se trata de buscar una salida política a un problema económico que está liquidando cualquier posibilidad de desarrollo y empobreciendo la sociedad.

b) Enfrentar la transnacionalización de las economías nacionales a través de las empresas multinacionales por la vía de la inversión extranjera directa, sobre la base de definir sectores claves de la economía nacional, en los cuales debe establecerse un régimen de restricciones que garantice modalidades de cooperación antes que de explotación inmisericorde. Tales sectores pueden ser entre otros: la biodiversidad, las telecomunicaciones, el sector energético, el financiero y los servicios públicos. Dada la dificultad para imponer políticas de nacionalización, podrían ganar espacio políticas fuertes de tributación directa que favorezcan los ingresos del Estado. Desde una posición menos favorable, se trataría de desarrollar políticas de asociación. Las políticas de otorgamiento de concesiones serían, en cualquier circunstancia, las menos deseables.

c) Reivindicar políticas de *protección selectiva en actividades de comercio exterior* (de bienes y de servicios), que enfrenten en bloque las prácticas de doble partida de los estados del capitalismo central y de las empresas multinacionales; quienes al tiempo que lideran e imponen mundialmente —a través de la Organización Mundial del Comercio— un discurso de liberalización total del comercio, desarrollan prácticas de protección de sectores económicos claves, como el agrícola, o de algunos ramos de la actividad industrial (caso del acero en Estados Unidos).

Teniendo en cuenta los impactos de las políticas del Fondo Monetario Internacional y "ciertas" contradicciones de apreciación sobre los ajustes económicos de éste con el Banco Mundial, es por demás conveniente impulsar una discusión internacional sobre las funciones de regulación y los impactos de esas regulaciones. Un nuevo orden económico pasa por la *redefinición de las instituciones de regulación del capitalismo mundial*: el FMI, la OMC, los estatutos multinacionales de inversión extranjera. Igualmente, presupone un control de los flujos del capital financiero, que, como es sabido, han generado las crisis recientes al estimular la formación de verdaderas burbujas financieras²¹.

La tendencia de los procesos políticos en algunos países de América Latina, así como la difícil experiencia cubana de los años noventa, indican que es posible avanzar en la reivindicación de esos propósitos, incluso frente a quienes —desde el movimiento popular— sugieren un "acompañamiento" pragmático negociado, al tren de la "globalización" capitalista.

La noción de un *nuevo orden económico internacional* se constituye en uno de los aspectos esenciales de cualquier proyecto alternativo, pues, como ya se ha dicho, la nueva fase capitalista impone considerar en el diseño de propuestas políticas la dimensión transnacional o global, que caracteriza al capitalismo en la actualidad. Desde luego, sin desatender especificidades que

podieran resultar de la organización nacional-estatal o de la dimensión de lo local.

2. Una propuesta alternativa pasa por *enfrentar la tendencia a la "financiarización" de la economía*, esto es, la organización de toda relación social y económica en la lógica del capital financiero especulativo. En tal *financiarización* se encuentra la fuente principal del nuevo ciclo de concentración de la propiedad, de la riqueza y del ingreso. Pretensiones populares por una mejor distribución del ingreso, sólo son posibles si se logra impulsar un proceso de democratización de la propiedad. Al enfrentar la "financiarización", es posible el acompañamiento de sectores del capital productivo, afectados por las políticas especulativas. Empero, no se trata de un nuevo consenso policlasista (implícito o explícito), para retomar la defensa del capitalismo productivo, o del modelo de sustitución de importaciones que, en todo caso, hizo crisis y fue incapaz de avanzar en la solución de problemas sociales. Desfinanciarizar la economía supone abarcar los diferentes campos de la actividad económica, esto es²²:

- Desfinanciarizar modalidades de la acumulación capitalista privada.
- Desfinanciarizar las finanzas del Estado.
- Desfinanciarizar el ingreso y el consumo de la población.

De nuevo, y sobre este respecto, se debe pensar en una tributación fuerte al sector financiero para fortalecer las finanzas del Estado, la capacidad de inversión pública y privada productiva, y el ingreso y el consumo de la población.

3. Propuestas de desfinanciarización de la economía deben acompañarse de una *decidida acción del Estado, para propiciar un proyecto de desarrollo sustentado en nuestras posibilidades*:

■ *Biotecnología e ingeniería genética* en razón de nuestra biodiversidad, lo cual comprende una política nacional de patentes y derechos de propiedad intelectual e industrial.

- *Telecomunicaciones*.
- *Industria energética* (petróleo, gas, carbón).
- *Servicios públicos*.

Acompañada de políticas de protección selectiva en el sector industrial tradicional y el sector agrícola, con el propósito de fortalecer el aparato productivo, estimular el mercado interno y favorecer el empleo.

²¹ En esa dirección se han pronunciado economistas de alguna influencia como Paul Krugman y, más recientemente, Joseph Stiglitz.

²² En cualquiera de estos campos se encuentran las condiciones de contratación del dinero y las políticas de fijación de las tasas de interés.

En este aspecto, se trata de enfrentar las transformaciones capitalistas que han provocado una "dualización" de la economía, la han desestructurado en tendencia, la han "reprimarizado" y tienden a configurarla como un lugar de producción para mercados externos y de compra y venta de productos elaborados en el exterior, para la atención del estrecho mercado interno.

4. Una propuesta alternativa comprende el debate en torno al *destino de las finanzas públicas*, enfocado desde dos niveles:

a. Desde la perspectiva de los ingresos. En este particular, se trata de *rescatar el principio de tributación directa progresiva*: quienes más tienen y ganan, deben pagar más impuestos. El asunto es de justicia social y de la función redistributiva (progresiva) que debe tener la política fiscal en una sociedad fundada en profundas desigualdades sociales y en la pobreza. Ello supone revertir la tendencia predominante durante los últimos lustros, de que el Estado se debe financiar con tributos indirectos (IVA) y, más recientemente, con tasas y contribuciones por doquier: Como ya se señaló, una política tributaria de ese talante presupone concebir una política de tasas y de fijación de una base tributaria diferenciada, orientada sobre todo a castigar al sector financiero. La decisión política consiste en *construir una estructura de tributación que descansa esencialmente sobre imposiciones a la gran propiedad, los grandes patrimonios y el consumo suntuario*.

b. Desde la perspectiva del gasto. En ese aspecto, se trata de apoyar *un proyecto radical de Estado social*, lo cual supone *la superación de la estructuración actual del gasto público*, que privilegia funciones de represión (defensa, seguridad, justicia), el estímulo a la acumulación privada ilícita (corrupción) y el contratismo en servicios personales para estimular formas de neoclientelismo, con plantas paralelas de asesores y consultores en todos los niveles, de una parte. Y de otra, que incorpora criterios mercantiles en la disposición del gasto social con las llamadas políticas de demanda (en función de la población efectivamente atendida) y medidas de focalización hacia los "más pobres dentro de los pobres".

Este último aspecto puede ser caracterizado como una forma de "populismo neoliberal" (para construir un sistema de lealtades que aprovecha la miseria de buena parte de la población, a partir de la desfinanciación de sectores medios de la población y de su sometimiento a la lógica del "sálvese quien pueda") que ha cobrado gran importancia, pues por ese camino se está asistiendo a verdaderos procesos de privatización y de "financiarización" del gasto social por la puerta de atrás. Criterios de *estímulo a la oferta pública en lo social* (educación, vivienda, seguridad social, salud, cultura) se imponen como sustento de una verdadera política social, con mayor razón en un Estado que ha sido incapaz de

resolver el problema de la pobreza e inequidad y de garantizar lo que su orden constitucional anuncia.

c. La reestructuración del gasto supone al mismo tiempo *redefinir la orientación del proceso de descentralización*, con el propósito de superar –antes que de profundizar– las diferencias regionales y locales. En este sentido, la política de transferencias debe ser replanteada considerando políticas de compensación de los desniveles en el desarrollo regional y local, a través, por ejemplo, de un fondo de compensación organizado con criterios de fortalecimiento de la oferta pública y no de subsidio a la demanda.

5. Una propuesta alternativa sólo es posible replanteando a fondo el concepto de planeación. El neoliberalismo, aunque controvierte en su discurso la intervención estatal en la economía, ha demostrado ser un proyecto que, de forma autoritaria, ha impulsado y continúa impulsando transformaciones estratégicas de la economía y de la sociedad. Los elementos de política alternativa aquí propuestos, sólo son posibles mediante la *acción planificada del Estado, en cuanto a los lineamientos fundamentales del desarrollo*. El Plan del Desarrollo de Pastrana es una buena demostración de los alcances –en este caso antipopulares– de los procesos de planeación.

6. Una propuesta alternativa concita el desarrollo de políticas sectoriales en diversos niveles. Como ya se señaló, hay sectores vinculados a las nuevas tendencias de la acumulación que imponen una política de dirección del Estado. Hay otros, cuyas transformaciones –en razón de la tendencia histórica– han quedado aplazadas y hoy poseen nuevas dimensiones.

En ese aspecto, el problema de la tierra adquiere la mayor importancia. La necesidad de una reforma agraria no está referida exclusivamente a los niveles de concentración de la propiedad, que se ha acentuado en razón de la violencia estatal, latifundista y paramilitar. Ella tiene que ver con la nueva dimensión estratégica de la tierra, que, además de la superación de formas de propiedad que se oponen a la lógica mercantil capitalista, responde también a su "redescubrimiento" como fuente de nuevas formas de acumulación capitalista. De por medio están, sobre todo, la seguridad alimentaria y la biodiversidad. No es casual que el escenario de la guerra se haya trasladado a regiones antes "olvidadas". *La cuestión agraria en un proyecto alternativo que posee esa doble dimensión: al tiempo que ha de resolver un problema social, demarca un sector estratégico para el desarrollo*, dadas las tendencias del cambio científico y tecnológico en la actualidad.

7. Un proyecto alternativo comprende una decidida apuesta por el desarrollo científico y tecnológico. En ese sentido, *resulta inaplazable el estímulo a la investigación científica y tecnológica*, en particular en campos en los cuales se posee una cierta ventaja comparativa, como en el aprovechamiento de la

biodiversidad. La experiencia cubana con la biotecnología es ejemplar. Un proyecto de desarrollo científico y tecnológico necesita de una política educativa que le sirva de fundamento. La política de sustitución de recursos de la educación superior pública, para ampliar la cobertura en educación básica y media –que pretende el proyecto neoliberal–, debería ser enfrentada con una *política de mayor disposición de recursos para la educación superior pública*, en particular para la Universidad Nacional. Un proyecto de desarrollo nacional sin universidad pública nacional movilizada en función de ese proyecto, resultaría incompleto.

8. Un proyecto alternativo debe estar asociado, finalmente, a la *recuperación y al desarrollo de lo público y de la propiedad pública*, independientemente de las formas que ésta pueda asumir. En ese sentido, se debe profundizar en el diseño de formas que castiguen la formación de monopolios privados, de conglomerados o de grupos económicos, tanto con restricciones legales como con fuertes cargas impositivas. Así mismo, debe promoverse el acceso y la participación directa de la población en actividades económicas estratégicas que desarrolle el Estado, en consonancia con lo señalado en los puntos anteriores. El Estado puede "capitalizarse" con la emisión de bonos sociales, hacia el desarrollo de formas mixtas de propiedad que conjuguen propiedad estatal con "propiedad pública de masas" de la población. La socialización de la propiedad no se refiere exclusivamente a la estatización. Bonos sociales pueden ser retribuidos, por ejemplo, en la forma de devoluciones en gasto social.

Lo anterior hace referencia a los elementos mínimos para avanzar en una estrategia de democratización del proceso económico. Supone, como es lógico, de transformaciones en las relaciones de poder y de gobierno y se sitúa apenas en una fase inicial de transformaciones más profundas. Un terreno más específico de propuestas alternativas se colocaría en una dimensión coyuntural, que en todo caso estaría influido por las transformaciones estructurales a las que se ha hecho referencia. ¿Cuáles serían los rasgos de una política económica de corto plazo? ¿Qué tipo de política monetaria y cambiaria se podría formular? ¿Qué propuestas para combatir el desempleo? ¿Qué propuestas en educación, salud, vivienda o seguridad social? ¿Qué propuestas inmediatas contra la pobreza? Ello hace parte de una reflexión de más corto plazo, que debe ser tratada en otro contexto. En cualquier circunstancia, las pretensiones por construir alternativa no podrían quedarse en el terreno del "cortoplacismo", aunque ello pudiese generar más rendimientos en una visión de la política reducida el mercado electoral.

Las posibilidades reales para un proyecto alternativo, se encuentran tam-

bién en la capacidad que éste tenga para politizar la sociedad en favor de transformaciones estructurales.

[279]

Los elementos aquí propuestos se refieren, de otra parte, a aquellos campos en donde se aprecian transformaciones de alcance estratégico dentro del proyecto neoliberal. Desde el Estado capitalista, resulta claro que profundizar en las transformaciones del proyecto neoliberal también se comporta como un factor de negociación. Con la aspiración, tal vez, de que las propuestas revolucionarias aparezcan como una mirada nostálgica por el pasado, entre tanto, superado por el neoliberalismo: "Los pájaros le tirarían a las escopetas". En ese contexto, es claro que las posibilidades de lo que aquí se ha señalado están inevitablemente relacionadas con la trayectoria capitalista a nivel mundial. Por lo pronto, está claro que los fantasmas de la crisis y del comunismo están presentes. Aún no se tiene la certeza y la claridad plena sobre las nuevas formas de las contradicciones que está generando el proyecto capitalista, aunque se aprecian tendencias a la crisis, variadas formas de resistencia e intentos por avanzar en la construcción de proyectos alternativos.

Autonomía e independencia de las organizaciones sociales en tiempos de guerra y globalización

Fermín González

Investigador social

Fundación para el Trabajo y la Vida

Introducción

El debate sobre la autonomía de funcionamiento e independencia programática de una organización social, tiene hoy posiciones fuertemente encontradas. Sin embargo, esto no significa que la discusión haya sido profunda y clarificadora. La confusión y el manejo interesado de estos conceptos ha impedido el desarrollo creativo del debate y la investigación consecuente sobre las prácticas supuestamente autónomas e independientes que realizan las organizaciones sociales. Pero, como era de esperarse, esta dificultad parte, más allá de la ausencia de rigor teórico, de los intereses políticos en juego. Por un lado, los organismos multilaterales globales, el Estado y los gobiernos de turno, por otro quienes asumen o pretenden asumir la dirección de las organizaciones obreras, campesinas y populares, y finalmente las organizaciones insurgentes y el paramilitarismo. Es decir, que la importancia de aclarar estos conceptos desde una lectura teórica de su desarrollo práctico, tiene que ver con el mundo de la llamada globalización, con el conflicto social y armado y, en consecuencia, con su naturaleza de herramientas insustituibles para fomentar la capacidad de la clase trabajadora y de los movimientos sociales populares de construir organizaciones sólidas, pensamiento crítico, conciencia y ciencia social y política.

Casi dos siglos de luchas obreras, campesinas y populares, tanto con sus triunfos como con sus derrotas, han mostrado que los trabajadores en su lucha contra el capital hacen de la autonomía para construir sus propuestas y conducir sus luchas, el principal escenario de aprendizaje, de construcción de identidad, de toma de conciencia y, en asocio con los intelectuales ganados para su causa, una fuente de desarrollo de propuestas políticas liberadoras. Allí donde fue suplantada la posibilidad de los trabajadores y el pueblo de ejercer su autonomía en espacios democráticos populares, fuimos testigos de las mayores derrotas históricas, comenzando por el derrumbe del “socialismo real”, y culminando con las que fueron experiencias revolucionarias de nuevo tipo como la revolución sandinista, derrotadas en el terreno electoral. ¿Por qué la mayoría de los trabajadores

soviéticos se confundieron hasta el punto apoyar la regresión de la Perestroika? ¿Por qué una parte importante del pueblo nicaragüense votó por la regresión capitalista neoliberal con tal de acabar con la guerra de agresión que sufría? ¿Por qué la mayoría de la población colombiana, aun la organizada y sobre todo la urbana, tiende a olvidar las diferencias sociales y políticas –hoy más agudas que hace 50 años– que dieron origen al conflicto armado y queda al vaivén de las ofertas de guerra que realizan el Estado y el imperialismo norteamericano?

Sin duda las respuestas son múltiples, pero en todas ellas encontramos los dos conceptos que queremos estudiar, como componentes centrales. Donde la clase obrera y otras clases o sectores sociales subalternos, explotados y marginados por el capital, no pudieron conquistar y mantener el ejercicio democrático popular en la toma de decisiones, los procesos retrocedieron en su acumulado político. Si bien es cierto que las luchas populares se pueden perder por correlaciones de fuerza desfavorables, esto no debe implicar necesariamente el aplastamiento, cuando no liquidación, de la conciencia de clase acumulada. La pérdida y retroceso en los acumulados tiene que ver más con las derrota políticas sufridas por los propios errores en la conducción del campo popular, que con las derrotas materiales generadas en el contexto histórico de una desfavorable correlación de fuerzas. Es obvio que ambos aspectos se entrelazan e influyen mutuamente, pero eso no implica desconocer su peso específico determinante en cada caso.

Si asumimos que la propuesta socialista sufrió una derrota histórica con la burocratización y el derrumbe de su primer intento de transformar la sociedad capitalista, debemos entender que la confianza en su posibilidad y perspectiva histórica, se encuentra menguada. No basta con decir que se es representante de su causa, ni autoproclamarse como una vanguardia que fue fácilmente reconocida como tal en el pasado, sino que es necesario volver a recorrer el camino transitado para reconstruir desde la vida y las luchas cotidianas, la confianza perdida, las organicidades disueltas y la independencia demostrada anteriormente

frente a la sociedad capitalista. Para esa tarea histórica la autonomía como organización social es imprescindible.

El desarrollo monopólico, financiero y transnacional del capital, ha generado una nueva división en el mundo del trabajo que tiende a fragmentar la solidaridad de clase. Mientras el capital se despersonaliza por la vía de los fondos de inversiones, la clase trabajadora se individualiza y fragmenta. Al hacerse opacos los nexos de la cadena reproductiva ampliada del capital, al ser diversas las formas de extracción de plusvalía, la reconstrucción de la identidad de clase y de sector social, como paso y aspecto importante de la construcción de una conciencia independiente frente al sistema, encuentra en la *autonomía* el factor articulador que le permite su configuración inicial. Sin un relacionamiento autónomo entre quienes como “clase social que vive de su trabajo”¹ hacen parte de las cadenas productivas y especulativas del capital, será muy difícil la reconstrucción asociativa y la proyección política de nuevas formas de organización social popular. Considerando que el Estado (comunitario) en esta fase neoliberal apuesta a impedir o cooptar los procesos de construcción autónomos del tejido social, el desafío de aquellos que luchan por la transformación y humanización de la sociedad, es tan trascendente como delicado frente a este tema. Su comprensión y respeto frente a este proceso es un factor acelerador y a veces determinante en la toma de conciencia; al tiempo que su irrespeto genera efectos disociativos y es fuertemente distorsionador del sentido de clase.

Como consecuencia de las nuevas formas de explotación en las que desaparece la relación salarial directa y donde el trabajador confunde su identidad, se desdibuja su contradictor y pierde visión histórica, se requiere de una investigación y acción participativa tendiente a la construcción de la autonomía de los potenciales sujetos sociales (viejos y nuevos), ya que ésta actúa como facilitadora de su ubicación programática independiente.

¹ Ricardo Antunes, *Os Sentidos do Tráballo*, Brasil, Boitempo Editorial, 1999.

Veamos el ejemplo de lo sucedido en Cervecerías Bavaria de Colombia. Los conductores de los camiones repartidores de cerveza de la empresa, que tenían una relación laboral directa con la misma y hacían parte del sindicato, fueron transformados en pequeños propietarios. Con esta decisión la empresa redujo sus cargas prestacionales y debilitó al sindicato; al mismo tiempo se debilitó el sistema estatal y solidario de pensiones y de salud estatal, y se aumentó la extracción de valor (renta financiera) por la vía de los créditos bancarios que tuvieron que asumir los conductores para poder comprar los camiones. En la actualidad los, en apariencia, nuevos empresarios del transporte trabajan más, ganan proporcionalmente menos y están desprotegidos. Además, en pleno paro del sindicato, en tanto trabajadores “independientes”, se prestaron para transportar las bebidas de otra empresa del grupo económico y golpear así a los trabajadores que defendían la continuidad de siete empresas del grupo, hoy cerradas. Por unas semanas tuvieron más trabajo a costa de perderlo para siempre. Con esto no sólo disminuyeron su calidad de vida y pasaron a ser más sobreexplotados, sino que confundieron y perdieron su independencia y conciencia de clase. El camino para recuperar lo perdido consiste en lograr que comprendan su condición de trabajadores indirectos de la empresa, para lo cual hay que comenzar por agruparlos autónomamente. En ese proceso organizativo lo más precedente será ir develando su condición de obreros camuflados de empresarios, como paso previo a reconstruir su independencia y perspectiva colectiva liberadora.

Lo mismo sucede con muchos otros sectores de la sociedad que, viviendo peor que cuando eran asalariados, cuando no desempleados, tienen que someterse a la dictadura individual del *sálvese quien pueda*, impuesta autoritariamente por las reglas neoliberales del sistema. Nuevas formas de explotación se expresan también a través de los deudores de vivienda al capital financiero. Su carácter especulativo implica multiplicar la extracción de valor, sin que esto sea fácilmente comprendido por quienes se agrupan para no perder sus viviendas o sus tierras o deben pagar servicios públicos, salud y educación con un alto componente de

capital rentista en sus costos. Su reagrupamiento orgánico autónomo en la categoría social de usuarios, requiere de investigaciones, de lecturas marxistas que les ayuden a definir su identidad, su contradicción de clase y su historicidad. Sólo así podrán eludir la cooptación de la sociedad capitalista y confluir en alianzas con el conjunto de las estructuras tradicionales de los trabajadores y pobladores, sin perder su independencia programática, basada en la lucha contra el capital financiero, aunque con la posibilidad de ampliarla al asumir como propios los discursos de otros sectores sociales.

1. El debate

El concepto de *autonomía* de una organización sindical, social o política, ha estado siempre vinculado a la posibilidad de decidir por sí mismo y con reglas de juego democráticas, todo lo se refiera a su presente y futuro. Antes de actuar y asumirse como tal, la clase obrera necesitó de espacios gremiales donde aprender a gestionarse democráticamente, partiendo de su comprensión de la realidad. Sin embargo, el ejercicio de la *autonomía* no incluía necesariamente la valoración sobre su rumbo estratégico y las decisiones a tomar. Si aceptamos que todos los seres humanos pertenecemos al mundo de la política y de las relaciones de poder, tanto como gobernantes o gobernados, como electores, elegidos o abstencionistas, encontramos que en todo ejercicio autónomo existe siempre un grado de dependencia de posiciones y comprensiones de la realidad que devienen independientemente del espacio donde éste se realiza. El problema radica en que la decisión de asumir, contradecir o complementar saberes y visiones de mundo externas al espacio autónomo, esté en concordancia con los intereses que determinan la identidad de esa clase o sector social. Actuar con autonomía no implica necesariamente asepsia o neutralidad política, con independencia de que esto sea consciente o inconsciente. Es el determinante elemental, básico, que permite y requiere ser acompañado de un ejercicio de pensamiento crítico, que construya niveles de conciencia frente a su contradictor y su propia historicidad. Sólo así ese sujeto social podrá resolver sus intereses y acciones políticas sin ser utilizado o manipulado.

No obstante, el hecho de que una decisión se adopte autónomamente, no garantiza la justeza de la misma. Expresa la mirada ética, política y social de un determinado sujeto o sector social, que dependen a su turno del acumulado histórico cultural y de clase, de la ideología y la hegemonía dominante, como de la capacidad para desarrollar niveles alternativos de conciencia contrahegemónica. Por lo que podemos afirmar que el ejercicio de la *autonomía* ha sido uno de los requisitos fundantes del ejercicio de la democracia en una sociedad, pero que no necesaria ni exclusivamente garantiza su funcionalidad con los intereses colectivos de la misma.

La *autonomía* de la que estamos hablando se refiere a un concepto histórico, orgánico, colectivo, que atañe a una clase o sector social, político, cultural, de género, racial o étnico y que implica una praxis que determina la forma y la vía para la toma de decisiones. Esta praxis de *autonomía*, con sus niveles y desarrollos democráticos, se vincula y entrelaza con los niveles de identidad y conciencia de clase. Podemos aislar el acto autónomo de la toma de decisiones y aceptar que fue democrático, pero esto no implica que su direccionalidad social y política estuvo independiente de influencias externas. En el pensar social, aun en el acto más libertario, siempre existirá una dependencia de determinadas visiones del mundo, de eventuales ideologías.

La más profunda autonomía del o de los sujetos populares (calificación difusa que permite ampliar el sujeto proletario) es la que le permite tomar en consideración las diversas lecturas ideológicas realizadas dentro y fuera de su espacio social (allí entran las fuerzas políticas), y poder adoptar libremente aquellas decisiones que considere más identificadas con su historicidad, interés y necesidad concreta.

De lo anterior se desprende que el debate sobre la autonomía se ubica en varios planos convergentes pero diferenciados: en primer lugar, su carácter imprescindible en la construcción de pensamiento crítico; en segundo término, la relación íntima que existe entre el pleno ejercicio de la autonomía y su relación con la construcción de nuevos órganos de poder; y en consecuencia, el papel que tiene en la emergencia de experiencias fundantes en las relaciones humanas solidarias. Adicionalmente, para los marxistas contemporáneos está claro que en la reconstrucción social y política del tejido social popular, el debate sobre la *autonomía* de las organizaciones sociales es primordial. En suma, una defensa de la autonomía de las organizaciones sociales persigue el rescate de la posibilidad de que los sectores explotados, oprimidos y marginados, puedan autoconstituirse, autoformarse en la toma de decisiones, así como en el ejercicio de nuevas relaciones de poder, de hegemonía, más horizontales y democráticas.

La *independencia*, por su lado, implica la posibilidad de que un sector social enfrentado al capital acceda a la lucha de clases con un pensamiento y una plataforma que represente los genuinos intereses históricos de sus integrantes. Una organización social es naturalmente autónoma frente a las estructuras políticas, es decir, que decide por sí misma sin aceptar la injerencia del aparato político o militar a la hora de votar o decidir internamente. En este acto metodológico y soberano no incide la ideología. ¿Pero qué es lo que garantiza que no se quede encerrada en una autonomía castrante? Allí comienza a pesar el sentido de la vida y de lo social, que afortunadamente nos caracteriza a los seres humano. La responsabilidad social es la que nos conduce a la construcción de posiciones acordes con los intereses generales de la Humanidad. Por eso en el desarrollo del debate que precede a la toma de decisiones, aparecerán ineluctablemente entre los mismos

integrantes del colectivo diversas posiciones políticas e ideológicas aprehendidas de un debate global que no reconoce fronteras. El pensamiento del mismo sistema llega disfrazado o directamente a través de los medios de comunicación, o por individuos que lo asumen como propio dentro de esa organización social. De allí que los sectores de izquierda –los que buscan transformar esta sociedad– tengan el mismo derecho que se abroga el capital para presentar su propuesta y visión ideológica. Lo que define la justeza de ese acto autónomo y democrático, es que logre realizarse con *independencia* de los intereses y políticas del sistema. Es decir, como lo ha decidido el Frente Social y Político en Colombia, que sus integrantes (organizaciones sociales, políticas y ciudadanas) a la hora de resolver, lo hacen con *autonomía* frente al bipartidismo sistémico y de todas las instituciones que lo conforman (Iglesia, empresarios, etc.), pero también frente a la insurgencia. En el debate político que logren o no construir, una decisión política que tenga *independencia* frente al neoliberalismo es la que logra instaurar el horizonte ideológico de su acuerdo político. La más profunda autonomía del sujeto popular es la que le permite recibir las diversas lecturas ideológicas y poder asumir y adoptar libremente aquellas que considera más identificadas con sus intereses de clase o de sector social.

Se puede ser autónomo en el funcionamiento sin que eso implique de suyo que las decisiones adoptadas sean las que garanticen su independencia frente al sistema, es decir, que representen sus intereses reales. Desde la autonomía, entendida socialmente, es posible construir la independencia crítica, la cual persiste por mucho tiempo aún en los casos en que la autonomía es reprimida y eliminada. Esa independencia conquistada y mantenida en la memoria histórica de los pueblos es la que permite reconstruir la autonomía perdida.

Quienes en épocas de globalización, guerra, represión y cooptación, mantienen visiones programáticas e ideológicas independientes, tienen el compromiso de dirigir ese acumulado de conciencia hacia la reconstrucción social autónoma del tejido orgánico popular. Así, vemos que *autonomía e independencia* se necesitan y complementan mutuamente, de la misma manera que se suceden y alternan como parte esencial de los diversos procesos y caminos que toman las luchas sociales y de clases.

La autonomía y la independencia crítica no son derechos naturales sino consecuencia del desarrollo de las relaciones humanas, en el contexto de la lucha de clases. Estimular su construcción y ejercicio aparece como la forma más directa de construir identidades y conciencia crítica. El ejercicio equivocado de la hegemonía por parte de las vanguardias y de los partidos comunistas de Estado, afectó por muchos años, cuando no lo revirtió (como en el caso de la Unión Soviética), el proceso de toma de conciencia de la clase obrera mundial. Recuperarla y reconstruirla requiere de una vuelta a los orígenes de clase cuando se empende la construcción de partidos, frentes o movimientos independientes del capital. Pero sin desconocer que existe un

acumulado de conciencia, que aun con todas las limitaciones que se le puedan señalar, está presente en las organizaciones políticas y político militares de la izquierda.

2. Desde una visión histórica

Como se puede observar, esta discusión va dirigida a cuestionar algunas concepciones tradicionalmente adoptadas por la izquierda en relación con el desarrollo de la conciencia de clase, la adopción de la conciencia socialista, las relaciones entre la clase y el partido en los procesos revolucionarios, etc.

Marx proclamó por primera vez que la vía de la liberación y de la humanización de los seres humanos, pasa por elevar a la clase obrera como clase dirigente de la sociedad; se trata sin duda de una apuesta total por la clase como *sujeto*. Luego de la experiencia de la Comuna de París², Marx “descubrió” la necesidad de que la clase obrera construyera su organización política *autónoma e independiente*; dicho en otras palabras, el carácter de sujeto se define en el proceso mismo de autoconstitución *política*. Posteriormente, Lenin y los bolcheviques, en la atrasada Rusia zarista, desarrollaron los principios del primer partido comunista basado en el centralismo democrático³. Con el supuesto de que la clase obrera era esencialmente gremialista y la sociedad muy atrasada, se imponía que los intelectuales que habían logrado acceder al pensamiento marxista, trasladaran, a través del partido, su visión del mundo a los explotados y oprimidos. Para que la clase obrera pudiera elevarse a sujeto revolucionario, requería encontrarse y asumir desde la práctica, las leyes de la economía política capitalista y del desarrollo histórico de la lucha de clases. Así, el partido pasó a ser el intermediario entre la clase en su estadio corporativo y la clase-sujeto transformadora de toda la sociedad.

El atraso de la URSS, aunado a su aislamiento internacional, a la derrota de las revoluciones alemana y húngara, la guerra imperialista y la muerte en combate de los mejores cuadros del partido, llevaron a que esa intermediación concebida inicialmente como transitoria, al igual que el cierre temporal del debate interno para concentrar la energía en la defensa del primer Estado obrero del mundo, se volvieran permanentes y parte de un doloroso proceso de suplantación de la clase-sujeto por el partido-sujeto y su casta dirigente. Luego de los siete primeros años de la revolución, donde la acción de las masas es inobjetable, es el partido el que comienza a suplantar burocráticamente a la clase trabajadora en la conducción del nuevo Estado de los obreros. El partido terminó reemplazando a la clase y al Estado democrático soviético, mientras que el secretario general y jefe del Estado, al mismo tiempo, suplantaba a todos ellos. La *autonomía e*

² Karl Marx, *La comuna de París*.

³ Véase Lenin, *¿Qué hacer?*

independencia colectiva de la clase, concretados en los órganos de poder soviético (comités de obreros, campesinos y soldados), y del mismo partido, fueron expropiadas y suplantadas por la autonomía autoritaria de una sola persona, y de una casta que lo soportaba en tanto que era usufructuaria de los privilegios que le permitía el poder centralizado burocrático.

Esto explica por qué el concepto de *autonomía* fue ignorado durante varias décadas, o al menos fue subordinado en el discurso del marxismo “oficial”. El énfasis se ponía en la construcción de una estrecha relación entre las “masas” —a las cuales no se las consideraba entonces agrupadas en movimientos sociales— y las fuerzas políticas de clase autoasumidas como vanguardia revolucionaria. Si el partido es el sujeto, y no la clase, ¿qué sentido tiene preocuparse de la *autonomía* de las organizaciones sociales? Basta con informarse sobre la “línea” que elaboró el partido, para pasar simplemente a aplicarla, sin posibilidad para unos (los que disienten), ni necesidad para otros, de debatirlas ni criticarlas.

En esta versión, supuestamente el partido-sujeto garantiza la *independencia* de clase al ser el portador único del proyecto socialista, pero la carencia de la *autonomía* de la clase impide que ésta rectifique los errores o degeneraciones que se incuban en el aislamiento vanguardista de su dirección, y de hecho también impide que esta sea el sujeto de la revolución. “La exterioridad del partido respecto de la clase obedece a una confusión entre la teoría crítica de la revolución y el socialismo, formulada por Marx, con la conciencia de la clase sobre sus intereses anticapitalistas y la necesidad de superación de la sociedad actual”⁴.

Se trata esencialmente de un problema de confianza en la clase, pero, así mismo, de un problema teórico, en tanto la conciencia no puede surgir sino de la experiencia misma de la clase. Partiendo de esta diferenciación es que podemos afirmar la existencia de una conciencia de clase acumulada que no implica necesariamente una adopción del marxismo, y al mismo tiempo mantener el *principio de esperanza* que vive en los pueblos del mundo. Conciencia que no sólo está en las organizaciones de izquierda sino en el mismo movimiento social, que ha permitido que sectores sociales subalternos, como eran considerados en el pasado, jueguen un papel determinante y dirigente de las luchas populares por la resistencia y la transformación social. Es el caso de los campesinos, indígenas y pobladores del Cauca, por ejemplo, poniendo a negociar al gobierno de Andrés Pastrana con su lucha, el de los pobladores y trabajadores de Sitraemcali revirtiendo la privatización de las empresas públicas, los indígenas de Chiapas y de Ecuador, los militares bolivarianos de Venezuela, los movimientos contra los organismos multilaterales que manejan la globalización neoliberal, los estudiantes de la UNAM en México, los piqueteros de Argentina, son

⁴ Véase Adolfo Sánchez Vázquez, *Filosofía de la praxis*, México, Grijalbo, 1976.

expresiones de esto. Como también lo fueron en su inicio revoluciones realizadas por campesinos y pobladores como la sandinista.

Su desarrollo autónomo como organización social o étnica, los obligó a adoptar una conciencia anticapitalista y por esa vía acceder en forma sencilla al pensamiento producido, recreado y probado desde el campo del marxismo. Tanto para estas experiencias no clásicas, como para aquellas que recorren el camino del socialismo obrero, como es el caso de la Cuba socialista, su futuro dependió y depende todavía de la relación dialéctica entre su desarrollo como direcciones al servicio de los intereses del conjunto de los afectados por las políticas del capital, y al mismo tiempo el respeto por el desenvolvimiento autónomo concreto de la construcción de la conciencia y la ciencia política socialista.

En el campo de las fuerzas políticas de izquierda la realidad del “marxismo oficial” llevó a duros debates. Para las organizaciones críticas de ese comportamiento suplantador, el debate se centró en la necesidad de la autonomía y politización de la clase obrera, llamado que se unió a la consigna de la *independencia de clase* frente a los duros debates sobre la política de alianzas, que por lo general llevaron a los partidos comunistas a su adaptación frente al aliado burgués. De aquellos debates se derivan 4 lógicas que buscan resolver el problema de la relación entre las fuerzas políticas organizadas y el campo de lo obrero y popular:

a) Por un lado, la tesis de la *correa transmisora* que desde el partido bajaba la “línea correcta” a las organizaciones de masas, desconociendo toda posibilidad de que éstas debatieran, aportaran y resolvieran autónomamente sus posiciones políticas; método de suplantación que fue aplicado por los partidos socialistas y comunistas durante casi todo el siglo XX, y que hemos descrito más arriba.

b) En confrontación con la primera tendencia se desarrolla un *autonomismo radical*, agudizado después del mayo francés de 1968, que partiendo de negar esa relación vertical y de exigir una separación total entre partido y organizaciones de los trabajadores, recupera las experiencias del luxemburguismo alemán y del pensamiento gramsciano sobre los “Comités de fábrica” de 1919. Confrontados con las prácticas burocráticas de los partidos comunistas y socialistas, muchos activistas pasaron a desconocer la necesidad del partido, leninista o no, y se acercaron a los terrenos del autonomismo anarquista o del anarco sindicalismo. Es quizá Toni Negri⁵ quien mejor sintetiza el pensamiento de esta importante franja, mostrando cómo la mediación de los sindicatos y organizaciones políticas es totalmente inadecuada para una realidad en la cual el capital financiero y las corporaciones transnacionales enfrentan directamente al individuo, afirmando la

⁵ Véase *Fin de siglo*, tal vez la obra más importante de Toni Negri antes de *Imperio*..

transformación del obrero-masa organizado gremialmente, en obrero-social directamente relacionado con el capital, y por tanto en condiciones y necesidad de enfrentarlo con la *acción directa constituyente*.

c) Desde posiciones trotskistas y guevaristas, se desarrolló una izquierda revolucionaria crítica de los métodos burocráticos pero que no negaba la necesidad de la organización política. Sus bases sociales desarrollan experiencias *autogestionarias, de control obrero y de poder popular*, que influyeron en los debates internos de los grandes partidos y movimientos de masas alineados con Moscú y Pekín, sin lograr cambiar no obstante su orientación original. En algunos casos sus posiciones antiburocráticas y autonomistas llevaron, como en la Polonia “socialista”, a priorizar proyectos como el del sindicato independiente Solidaridad donde desde el inicio no fue clara la independencia de clase y terminó siendo el eje de la estrategia imperial vaticana, que posibilitó que el cambio que buscaban los trabajadores polacos implicara una regresión y no un avance hacia el socialismo. Las tesis trotskistas del “doble poder” tenían como componente básico la autonomía e independencia de la clase obrera, mientras que las guevaristas del “poder popular”⁶ contaban con un fuerte componente de respeto a la autonomía de los movimientos sociales populares, pero con una cierta reducción del papel de la teoría y la educación revolucionaria.

d) Aprovechando esta disputa interna en el campo revolucionario y la crisis de la clase obrera acentuada por el derrumbe de la URSS, la socialdemocracia europea comenzó a construir el discurso del *“movimientismo de la izquierda democrática”*⁷. La opción socialdemócrata al dejar intacto el capital, conduce a negarle a la clase obrera todo proyecto de sociedad independiente y alternativo al capitalismo, por lo cual termina reconociendo al Estado burgués como el objeto de la disputa entre los partidos del proletariado y los del capital. Una vez operado este contrabando ideológico, el “movimiento” y no “los objetivos estratégicos de la clase” se

⁶ La calificación de “popular” sigue siendo confusa, pero hasta ahora irremplazable.

⁷ Esta iniciativa tuvo lugar sobre todo para los países del Tercer Mundo y en particular de América Latina.

convierten en el tema clave de su política, y el incremento paulatino de los intereses sectoriales en la única forma de la misma. La autonomía de las organizaciones sociales se predica realmente frente a la clase obrera en su conjunto y sus organizaciones políticas revolucionarias, puesto que su propuesta programática no supera los límites del Estado capitalista. En este escenario se presenta con cierta audiencia inicial el discurso “socio-político”, que a principios de los 90 enreda a muchos luchadores sociales críticos del modelo de la correa de transmisión. Al desconocer la necesidad de los partidos de la clase obrera, dicha función la delegan a las ONG-sujeto (ideológicamente socialdemócratas), que se colocan por encima de los partidos. La *autonomía* de la organización social termina dependiendo del discurso socialdemócrata, reafirmado en instrumento de cooptación de fuerzas sociales, con lo cual pretenden articularse al modelo neoliberal como lavadores de su desacreditada imagen. Con el fracaso y derechización de la “tercera vía”⁸, los socialdemócratas sufren una derrota en toda Europa a manos de la ultraderecha.

Estas cuatro lógicas han tenido cambios y desarrollos en los últimos 12 años. También han sido muchos los esfuerzos realmente autónomos de las organizaciones sociales que han fracasado en sus decisiones, se han aislado o se han fragmentado por la ausencia de un proyecto político-social global que los contenga. En pleno derrumbe del modelo burocrático de tránsito al socialismo, la socialdemocracia y la Iglesia católica llenaron el mundo de ONG que hicieron de la *autonomía* la panacea de las luchas sociales. Autonomía que muchas de ellas impedían con proyectos fragmentadores de la organización natural de la población. No faltó, como en el caso de los Estados obreros burocratizados de Europa, la mano de la CIA y del Vaticano levantando interesadamente ese concepto como camino de construcción de núcleos antisocialistas. No importaba el contexto, el grado de organicidad, de educación y conciencia programática del sector social a cual se dirigían. Sólo valía que resolvieran autónomamente sus rumbos políticos y sociales, evitando así la ya vastamente criticada metodología de la correa transmisora. Ser autónomo frente al aparato del Estado burocrático sin tener una independencia de clase construida previamente, conducía en un primer momento a esa masas disconformes a la cantera de las ideologías y la contrarrevolución capitalista. Quienes propiciaron una “revolución política” dentro

⁸ Versión liquidacionista de la socialdemocracia encabezada por Tony Blair, que abandona la intención de humanizar al neoliberalismo y se limita a aplicarlo y gestionarlo con eficiencia.

del socialismo no pudieron conducir ese estallido hacia una alternativa de progreso y “más socialismo”.

Al mismo tiempo, y como parte del cobro ante el derrumbe del "socialismo real", cualquier intento de un partido o fuerza de izquierda por orientar, proponer o conducir políticamente a una organización social, era considerado un acto repudiable, jurásico, y macartizado de inmediato. En la práctica dejaban la autonomía pendiente del pensamiento gremialista y corporativo de la organización social, presa de los niveles más primarios de la lucha, de manera que la política sólo podía realizarse en el escenario de los partidos y en particular en el de la socialdemocracia, campeona de la concertación sin transformación.

Con el fin de los años 90 y el comienzo del derrumbe de la fase “democrática y de crecimiento económico” del neoliberalismo, muchos de los actores de este debate ya no poseen las mismas posiciones e intenciones, y hasta los intereses de clase han cambiado. En todos aquellos activistas y dirigentes que sintieron la derrota del comunismo soviético como propia y al neoliberalismo como una fase histórica inevitable e inamovible, la evolución ha sido diversa. Un cierto sector comprometido desarrolla desde una posición de izquierda el concepto de “*autonomía* como la razón de ser del proyecto histórico de los trabajadores”; pero lo hacen desde una priorización que termina subordinando el sentido de clase y la vocación de poder de los sectores populares. Responde a intelectuales que desde un nuevo iluminismo paternalista creen necesario “ayudar a las organizaciones sociales” a recuperar su autonomía perdida, frente al Estado y las fuerzas políticas, y representa el riesgo de pasar de *la crítica al partido-sujeto a la muerte del sujeto*.⁹

Otros, más marcados por el síndrome de la derrota y de la desconfianza en las masas, ignoran en la práctica el concepto de *autonomía* de los movimientos sociales y lo reemplazan con la necesidad de un proyecto político electoral amplio, surgido desde sus entrañas, pero con una concepción de la conducción que niega la posibilidad de construir desde las regiones y desde abajo, y que por su desconfianza en las masas y su incompreensión del nuevo momento histórico iniciado con la crisis de Argentina, quedan presos de las alianzas con líderes políticos que no están dispuestos a corregir su posibilismo y adaptación al sistema¹⁰. El eje que los sustenta es la autonomía de los ciudadanos, en una simple reedición del discurso demo-liberal.

⁹ Véase Fermín González, “Del partido sujeto a la muerte del sujeto”, comentario a la ponencia de Héctor León Moncayo: “¿Es posible un movimiento político popular en Colombia?”, Escuela Frente Social y Político-Fescol, 20 de septiembre de 2000.

¹⁰ El Polo Democrático, construido desde el Frente Social y Político como alianza electoral presidencial y luego concebido como “unidad de acción”, tiene ese riesgo potencial.

Afín a ellos encontramos una franja importante de activistas refugiados en las ONG, que comprenden que han sido utilizados para justificar el desmonte del Estado, pero que no dejan de asumirse como sujetos plenos en el oficio de fortalecer la sociedad civil y la participación ciudadana. En la práctica los funcionarios progresistas y de izquierda de las ONG aprenden rápidamente una cosa: que la autonomía de las ONG termina donde comienzan los intereses de los financiadores del proyecto, y que la autonomía de los "nuevos ciudadanos" (el pretexto de su intervención), llega hasta donde comienzan los términos de referencia que ejecutan las ONG. Una cosa es cierta: el aterrizaje de una parte de ellos se realiza todavía alrededor de propuestas electorales posibilistas; sólo un selecto grupo logra romper con la cooptación vía proyectos del Estado y al articularse con los proyectos sociales políticos populares que buscan construir desde abajo un programa alternativo al capitalismo neoliberal. Esto último se presenta más asiduamente en aquéllos que trabajan temas de derechos humanos, paz, ecología y medio ambiente, y en general de la agenda internacional antiglobalización.

Fueron comunes desde el inicio de la crisis los discursos de la socialdemocracia europea que asumieron las banderas de relativizar el conflicto de clase y "humanizar" el capitalismo. En nombre de esa propuesta había que actuar como campeones de la lucha autonomista en los sindicatos y movimientos sociales, sobre todo si éstos eran dirigidos por fuerzas y partidos de izquierda. Pero la crisis del modelo los obligó a morigerar su discurso, y algunos pasaron a instalar nuevas correas transmisoras, vía ONG o nuevos movimientos políticos, con rumbos claros hacia el posibilismo de segundas o terceras vías. Duele decir que fueron muchos los que renegaron totalmente de su pasado y que hoy son fichas claves de la implementación del capitalismo salvaje. Para ellos la única autonomía que importa es la vigencia de su individualidad en el mercado de la política tecnocrática neoliberal. Coinciden en esto con quienes desde el inicio utilizaron la autonomía como justificación de su accionar antipopular.

En el campo de la izquierda revolucionaria también la situación ha cambiado. Están aquéllos que hicieron del autonomismo y la autogestión una expresión radical de la lucha antiburocrática, pero que mucha veces por descuidar o desconocer el conflicto entre el campo llamado socialista y el capitalista, cayeron en posiciones antisoviéticas. Como señalamos arriba, asistieron como actores o espectadores a duras derrotas políticas como la de los sindicatos autónomos en Polonia, hasta la derrota y golpes sufridos en toda Europa por el autonomismo radical de los movimientos pacifistas, ecologistas y de género. Comprendieron tardíamente que la correlación mundial de fuerzas que generaba la existencia de la Unión Soviética, era garante indirecto de sus ejercicios autonomistas en la

sociedad capitalista. Autonomía de las organizaciones sociales que no era permitida en el campo socialista, lo que fue determinante en la ruptura con el régimen y su derrumbe.

En el caso de los partidos comunistas y de las fuerzas revolucionarias que no se derrumbaron, y que gracias a sus propios acumulados históricos en la lucha de clases lograron resistir y reflexionar, el problema de la *autonomía* y la *independencia* no ha sido tan sencillo de resolver. Lo que se entiende teóricamente, cuando se entiende, no ha sido fácil de aplicar o de cambiar en la práctica. La *autonomía* de la clase obrera y de los movimientos populares para darse su propia opción organizativa, tanto social como política, sigue siendo negada o entendida como opuesta a la *independencia* de clase, que supuestamente sólo es garantizada por las directivas que emanan de la organización política o político-militar de vanguardia.

A esta altura de la exposición puede verse un cambio sustancial en los temas de debate, porque la tensión ya no es sólo entre la clase y la organización política, sino entre las organizaciones sociales y la clase con su proyecto independiente, y entre las organizaciones sociales y las organizaciones políticas que pretenden representarlas. Éste es propiamente el escenario en que hoy debatimos, y por ello se hace necesaria una precisión conceptual: hemos hablado de *autonomía* e *independencia*, y no es casual, pues justamente ahí es donde reside nuestra diferencia con la socialdemocracia. La independencia del proyecto estratégico de la clase obrera es el principio orientador de los revolucionarios, pues nace del entendimiento de que tanto las relaciones de producción capitalistas como el Estado burgués *no son el objeto de la lucha*, sino el *objetivo a destruir*. En este contexto, cada ejercicio de autonomía de una organización social apunta a afirmar la independencia de clase, vale decir, a derrocar el orden burgués; no ocurre lo mismo si esta autonomía es simplemente un ejercicio autista de las organizaciones sociales por defender sus intereses en el marco del capitalismo, lo cual se traduce en un corporativismo estrecho. La *independencia* implica la posibilidad de que los sectores sociales con intereses contradictorios a los del capital accedan *unificadamente como clase* al escenario de las confrontaciones con el capital, con un pensamiento y una plataforma que represente sus intereses históricos.

3. El corporativismo y la falsa autonomía

La relación de los partidos y fuerzas políticas con las organizaciones sociales, incluidos los sindicatos, ha estado marcada por las distintas interpretaciones sobre los alcances de los conceptos de autonomía e independencia de clase que hemos señalado. De ahí surge la

deformación corporativista, que se ha convertido en el mayor limitante para una acción política exitosa en épocas de globalización, como para poder articularse con otras organizaciones sociales en una dirección hegemónica que no suplante ni aplaste al conjunto de la clase.

El corporativismo surge entre la clase obrera de la combinación de dos factores: a) el corporativismo economicista que nace con el sindicalismo y promueve la solución de los problemas de clase en forma aislada del resto de los sectores populares enfrentados con el capitalismo, y b) el corporativismo político con que se construyen las organizaciones políticas, tanto de izquierda como de centro o de derecha. Cuando es más necesario extender su lucha nacional e internacionalmente, la tendencia inicial frente a la ofensiva neoliberal es a encerrarse para defender lo conquistado. Hasta ahora este tipo de luchas ha servido en el mejor y más minoritario de los casos, para postergar los planes neoliberales. Pero la norma demuestra que desde un espacio parcial reivindicativo, defensor de los legítimos intereses corporativos, es imposible encontrar la estrategia y las fuerzas que derroten a un enemigo globalizado, deshumanizado e invisibilizado. Los éxitos parciales, logrados con cada vez menor frecuencia, son producto de que el sistema decide postergar algunas peleas, mientras acomoda las cargas y conquista sus objetivos prioritarios. Lo equivocado no es la defensa de las conquistas alcanzadas, sino la visión política limitada de cómo y desde dónde lograrlo. Lanzar luchas exclusivamente corporativas, sobre todo en el terreno de las reivindicaciones económicas, cuando para derrotar el modelo se requiere politizar y globalizar la causa popular, es un camino seguro a la derrota.

En la actualidad es común que en las direcciones sindicales preocupadas por defender los regímenes prestacionales y laborales conquistados (y sus privilegios burocráticos), se hable mucho de autonomía pero poco de un proyecto independiente de la clase, ya que este último requiere de visiones universales tanto del capital como del mundo del trabajo. Cuando hablamos del corporativismo social y político lo diferenciamos del corporativismo de Estado, es decir, del control institucional sobre las organizaciones sociales. También es bueno hacer la diferencia frente a las críticas que desde el neoliberalismo se lanzan contra la lucha gremial de los trabajadores, señalados como corporativistas y privilegiados por tener empleo y convención laboral colectiva. La derecha neoliberal debería ruborizarse cuando critica al corporativismo gremialista, en primer lugar porque la reivindicación corporativa sigue siendo el primer escalón del accionar de todo movimiento social que se decide a luchar por sus necesidades básicas¹¹, y porque el corporativismo de los “grupos de interés” del capital es una de las formas privilegiadas de su intervención ante el Estado.

¹¹ Véase Beatriz Stolarowicz, “Corporativismo popular y gobiernos de izquierda”, en *Gobiernos de Izquierda en América Latina. El desafío del cambio*.”

Lo anterior no implica negar el problema, que se evidencia sobre todo en el movimiento sindical, donde más subsisten los vicios de la falta de respeto hacia la autonomía de las y los trabajadores para decidir la forma y el contenido de sus luchas. Las fuerzas políticas tienden a medir los resultados de las luchas sindicales según los réditos políticos que las mismas les pueden reportar en otros escenarios, como el electoral, el parlamentario, o el de las negociaciones con el Estado. La clase aparece como un medio, un instrumento, un punto de apoyo, para que la organización sindical o política –que se abroga su representación y la función de palanca– acumule fuerza en el escenario político nacional. Algo aparentemente legítimo, pero que deja de serlo cuando se vuelve el objeto central de su concepción y acción. En primer lugar porque atenta contra la autonomía de la clase, ya que traspasa la decisión sobre los contenidos, ritmos y plazos de la lucha de los trabajadores a una esfera particular; de ello se derivan direcciones tanto posibilistas o socialdemócratas como vanguardistas que imponen sus criterios por encima del sentir del colectivo. Y en segundo lugar, porque lleva a errores políticos en el cálculo de las posibilidades de las luchas sindicales; se construyen entonces negociaciones con el Estado sobre falsos supuestos, que luego terminan en derrotas provocadas por la incomprensión de la potencia y direccionalidad de los acumulados de la clase. Al sobrestimar las fuerzas del enemigo y disminuir las propias, se vuelven a construir alianzas defensivas que, aún consiguiendo algunos éxitos frente a las ofensivas del capital, no aprovechan la creciente explosividad social, con lo que terminan relegitimizando a sectores posibilistas y oportunistas, que las bases sindicales ya comenzaban a superar. Del mismo modo, la sobrestimación de las fuerzas de los trabajadores organizados lleva a derrotas que terminan buscando la causa en “el atraso de las masas”. Tanto una forma como otra son hijas del desconocimiento del funcionamiento autónomo de los y las trabajadoras para definir y decidir sus estrategias de lucha, y anuncian, sobre todo en esta fase del capitalismo, derrotas tanto gremiales como políticas.

En el caso de una organización política de izquierda, esto implica colocar sus propios intereses por encima de los intereses de la revolución social y en particular de cualquier otra fuerza revolucionaria, cayendo en el “partidismo”, que no es sino una variante del sectarismo. En el caso de las organizaciones sindicales y en particular de sus dirigentes, el corporativismo economicista y partidista, es causa y efecto del desarrollo de una casta burocrática o intelectualista que actúa no sólo por encima de los intereses del resto de la sociedad oprimida y marginada, sino también por encima de su propia clase. En esta lógica corporativa, los dirigentes terminan autonomizándose de su base social, haciendo que la acción corporativa concluya en la expropiación del poder autónomo de sus representados.

En épocas de globalización neoliberal crece la necesidad de contar con organizaciones sociales y políticas con horizontes internacionalistas, y con pretensiones de construir movimientos revolucionarios capaces de convocar al conjunto de los sectores populares de la sociedad civil,

golpeados por esta ofensiva financiera especulativa del capital. Un ejemplo de estas luchas exitosas es el de los trabajadores de las Empresas Públicas de Cali, que lograron junto con la población y tras heroicas jornadas de lucha, revertir la privatización de la empresa, y elegir como representante a la Cámara por el Valle del Cauca¹² a su líder sindical.

Por lo tanto, en plena lucha antiglobalización capitalista, es cuando más dañina aparece la actuación corporativista que se viene arrastrando desde décadas atrás, particularmente en los movimientos sindical y comunal. Mientras los discursos se politizan por la simple necesidad de explicar la globalización, el accionar concreto no logra despegar con fuerza, debido al resabio burocrático y economicista que malinterpreta la autonomía de la organización sindical. Situación que se agrava cuando el corporativismo aislacionista se confunde con el funcionamiento autónomo e independiente de las organizaciones.

En realidad la agudización de este fenómeno tiene que ver con la priorización extrema de la autonomía de las organizaciones sociales sobre la necesidad de un proyecto independiente de la clase en su conjunto, al extremo de impedir que el árbol deje ver el bosque. La autonomía, con independencia programática, termina siendo de esta forma deformada y anulada. La posibilidad de decidir por nosotros mismos se convierte en decidir sólo para nosotros mismos, y por ello, en decidir a favor del *statu quo*.

La autonomía llevada al extremo de negar la necesidad del análisis del contexto político, de la realidad nacional e internacional, alimenta el corporativismo liquidacionista. Ya sea porque este análisis delega la responsabilidad exclusiva en las organizaciones políticas a las cuales pertenecen sus dirigentes o activistas, o en el otro extremo, porque no existe el interés entre sus direcciones burocráticas y posibilistas en fomentar el debate que alimente la conciencia de clase. El corporativismo que aísla y la autonomía sin independencia programática, son las dos caras de una misma moneda.

4. En la transnacionalización financiera y el Estado comunitario

En época de transnacionalización y financiarización de la economía, la disputa por la hegemonía ideológica y cultural es un factor central en la lucha de clases. El problema pasa por cómo ser autónomos e independientes, es decir, cómo saber que estamos decidiendo de acuerdo con nuestros propios intereses de clase y en el marco de una determinada organicidad, cuando las injerencias externas de la globalización neoliberal son muchas veces simbólicas, invisibles pero

¹² Es el caso de Alexander López, presidente de Sintraemcali, elegido por una inusitada votación en marzo de 2002, por la lista del Frente Social y Político.

reales, y nos condicionan y aconductan sin que exista clara conciencia de ello. La construcción de conciencia comienza entonces por plantearnos los nuevos interrogantes y puntos de partida. El principal es desde dónde construimos tal politización. Comenzando porque la independencia de clase ya no es sólo frente al Estado burgués nacional, sino frente a los poderes que lo transnacionalizan y desnacionalizan. Cualquiera que sea el gobierno de turno, en la fase actual del capitalismo tiene un limitado margen de maniobra sobre el presupuesto nacional, las políticas monetarias, cambiarias y financieras que rigen los equilibrios macroeconómicos.

La moneda se ha tornado en un poder por encima de los Estados y los instrumenta en consecuencia, lo que se expresa en el sofisma de la “autonomía” de las Bancas Centrales. La deuda pública externa e interna se convierte en el principal factor castrante de toda autodeterminación (autonomía) y soberanía nacional (independencia).

La lucha por construir un poder alternativo, formalmente contenida dentro del marco del Estado nación y que apueste a tomar el control económico e institucional, hoy se encuentra con que debe enfrentar múltiples factores de poder externos tanto materiales como simbólicos. Relativizadas las fronteras del Estado nación, también se relativizan y amplían las fronteras de la soberanía y por tanto del ejercicio subregional (Andino) de la política.

Esta propuesta ideológica se deriva sin duda alguna del modelo económico y trabaja por romper todas las barreras y vínculos socio culturales creados por los Estados nacionales. Para facilitar la expoliación de los países del mundo reprimarizado, comienza por fragmentar y focalizar los centros de acumulación de capital que le interesan.

La ideología neoliberal, al mismo tiempo que busca construir un pensamiento único, una cultura homogénea, hábitos de consumo y conductas comunes, hace del individualismo validado en y por el mercado, su dogma fundamental. La autonomía individual que reconoce es la de poder concurrir en un mercado donde valores, necesidades básicas y hasta derechos humanos se han vuelto mercancías reguladas internacionalmente. Es una experiencia individualista, fraccionada y cosificada. Así como el obrero tenía la “autonomía y la libertad” para decidir quién lo explotaba, en el naciente capitalismo, hoy el miedo al desempleo lo encadena y la única autonomía y la libertad que se le permiten es la de comprar lo que quiera o más bien lo que pueda. Pero, además, se encuentra con la dificultad de no identificar claramente su papel en la cadena productiva ni su relación como generador de plusvalía y por lo tanto como productor de valor. La alineación es por la tanto mucho mayor, el misterio de la mercancía crece y se extiende universalmente y las posibilidades de encontrar identidades que lo lleven a construir formas de asociación solidaria son

mucho más difíciles. Nuevos sectores, como los usuarios, son hoy día potenciales confrontadores del modelo, ya que son objeto de extracción de valor en el curso de su vida social extralaboral¹³.

Mientras que la mayoría de los gobiernos de los disfuncionales estados-nación tercermundistas contemporáneos, ya han abandonado toda resistencia para negociar su nuevo papel de testaferros, el imperialismo transnacionalizado prefiere negociar directamente con aquellas regiones, localidades o comunidades, que tienen el control directo sobre los recursos naturales y las fuerzas productivas que pretende explotar. Los antiguos límites territoriales que configuraron los estados nacionales, en la actualidad son poco o nada funcionales frente a los planes extractivos y financieros del capital transnacional. En nombre de la concepción de autonomía que se deriva de las políticas de descentralización fomentadas por el FMI, las empresas transnacionales se permiten negociar directamente con alcaldes, gobernadores o pueblos indígenas, riquezas que pertenecen al patrimonio de toda una nación y de la humanidad. Es ya común el caso de pueblos indígenas que resuelven “autónomamente” acuerdos con compañías transnacionales para permitir la explotación de minerales, bosques, recursos energéticos o biodiversidad. El mismo gobierno del Estado comunitario ofrece, al igual que hizo el presidente Fox con los indígenas de Chiapas¹⁴, resolverles sus problemas corporativos a cambio de que dejen de enarbolar sus banderas como pueblo autónomo con derechos soberanos, y de sumarse a las luchas de los pueblos de la región andina.

Casos ejemplares como el de la resistencia del pueblo U'wa frente a la petrolera Occidental, o el de los Embera Katíos resistiendo a las imposiciones de la represa de Urrá, no pueden ocultar los crecientes casos donde las transnacionales aprovechan la fragilidad de comunidades étnicas y regionales, su baja comprensión del contexto político, económico y financiero, para imponer proyectos que lesionan los intereses de la misma comunidad, del medio ambiente y de toda la población. Descentralización, fragmentación y autonomía, sin la independencia materializada en un proyecto anti-capitalista, son parte del plan estratégico que culmina con el Acuerdo de Libre Comercio de las Américas, ALCA, dirigido a terminar con el poco control soberano que aún se ejerce sobre la explotación de las riquezas nacionales.

Estamos frente a un uso perverso del concepto de *autonomía* avalado por el poder transnacional: la autonomía local aislada tiene muy pocas probabilidades de romper la dependencia en las negociaciones globales con las transnacionales. Pero que desde ya encuentra un comprometido

¹³ Fermín González, “Los usuarios como nuevos sujetos sociales”, Secretaría Financiera-Unión Nacional de Empleados Bancarios, UNEB, 2002.

¹⁴ Las negociaciones entre el gobierno mexicano y los indígenas zapatistas se rompieron porque el Congreso los reconocía como comunidad (comunitario), pero no como pueblo con derechos sobre todos los recursos naturales de su región.

defensor en el gobierno de Uribe y su propuesta de Estado comunitario.. En esta propuesta se confunde perversamente la autonomía de los ciudadanos para agruparse y decidir con la “autorregulación social” que reduce costos al Estado e instala sociedades de control; en nuestro caso con carácter policial justificado por el conflicto armado¹⁵. La teoría de la autogestión se empresarializa y se coloca al servicio de la dilución de las organizaciones sociales, de su mercantilización, para combinarla con visiones autoritarias del autocontrol y proyectos de fragmentación regional que faciliten el ingreso y firma del ALCA.

Lo comunitario está asociado comúnmente con autonomía y con lo local y regional, pero alejado de su responsabilidad social y reducido a lo empresarial. Aprovecha como ideario la fuerza comunitaria del pueblo antioqueño, pero exagera hasta el atraso sus perfiles más marcados: el trabajar y trabajar, lo religioso familiar, el ser blancos, el tener vocación empresarial y su identidad con la región. En crisis como la que hoy vivimos, es un apropiado caldo de cultivo para proyectos fascistas nacionales, como si Colombia no fuera un país multicultural y multiétnico.

Esta mezcla rara de paisas educados en Harvard, tiene el pragmatismo suficiente para poner cada uno de estos perfiles al servicio de la gran estrategia –ya no la clásica nacional facista–, tanto simbólica como concreta, de una mundialización del capital cada vez más autoritaria y neocolonial.

Aparecen en este contexto posiciones que niegan la potencialidad para actuar como sujeto político a quienes desde el mundo del trabajo confrontan al capital, y trasladan la contradicción de clase a la relación, no antagónica para ellos, de lo local con lo transnacional financiero. Lo cierto es que el ya famoso dilema de Alain Touraine¹⁶ sobre si podrá coexistir y convivir lo comunitario con el mercado global, tiene en Colombia hoy dos ofertas: la del Estado comunitario que apuesta a la

¹⁵ “En contraste con la sociedad disciplinante, la sociedad de control no ejercita dominación tan sólo en las instituciones convencionales, sino, principalmente, por fuera de ellas, en sistemas que homogenizan en serie las mentes (redes de información resultado de ‘industrias culturales’), y sistemas que igualmente homogenizan en serie los cuerpos”. Daniel Librerías, *Tensiones de las políticas educativas en Colombia*, Bogotá, Ediciones Universidad Pedagógica Nacional, 2002.

¹⁶ Alain Touraine, *¿Podremos vivir juntos?*

anexión de las comunidades en el marco del plan imperial global, y la de las comunidades y pueblos que se resisten al mismo.

Son estas últimas las que desde la praxis de sus luchas cotidianas, se van elevando a la comprensión de las causas globales que exigen como respuesta la autodeterminación de los pueblos. Pues una cosa es coexistir por necesidad, donde lo comunitario y el mercado mundial “van juntos pero no revueltos”; y otra, tratar de convivir ideológicamente en un supuesto consenso comunitario, cuando desde el análisis económico-político los intereses en juego se demuestran incompatibles. Lo que nos indica que sin un proyecto independiente y alternativo al capitalismo, los proyectos comunitarios serán impotentes para avanzar en proyectos transformadores de carácter internacional y no tendrán otra opción que coexistir con el capital; es más, serán cooptados y por lo tanto funcionales al interés fragmentador de la globalización neoliberal.

5. En el marco del conflicto armado

Cuando la hegemonía no se logra por la vía del consenso persuasivo, el bloque histórico dirigente acude a la dominación represiva y a la violencia. El resultado de esa estrategia en Colombia es el conflicto armado interno, el cual aún no alcanza la categoría de guerra civil. La violencia ha sido el método recurrente para impedir la existencia de un funcionamiento autónomo de las organizaciones sociales, y sobre todo para que éstas no se articulen con un pensamiento crítico, en forma independiente de los intereses dominantes.

Como ya lo señalamos, en épocas de globalización neoliberal, las guerras y la injerencia extranjera se definen en el escenario de la legitimidad política global, donde pesa decisivamente la correlación internacional de fuerzas y la imagen allí construida; a su vez, cuando la hegemonía política de una fuerza de izquierda se construye por la vía armada y el control territorial, el tipo de relación que establezca con los movimientos sociales en esas regiones agrarias es lo que determina su autoridad y simpatía directa, y la que se configura en los escenarios urbanos nacionales e internacionales. Su grado de legitimidad política está determinado por la combinación del apoyo directo o indirecto que encuentra en las organizaciones sociales en su zona de influencia y por la sintonía de opinión popular que genere más allá de su zona de acción militar.

Sin embargo, lo que muestra el conflicto colombiano con el componente paramilitar desarrollado como en ningún otro proceso, es que la lucha por la autonomía de las organizaciones sociales, frente a un conflicto degradado y con creciente intervención extranjera, pasa de ser una acción defensivo-corporativa a convertirse en una propuesta de resistencia que supera la degradación criminal, intervencionista y autoritaria. En primer lugar, porque la autonomía es la situación privilegiada desde donde más naturalmente los sectores populares pueden construir y manifestar sus diferencias con las políticas oficiales dictadas por el FMI; en segundo lugar, porque neutraliza el poder de los actores de la guerra, incluido el Estado, para generar sumisión, subordinación, y suplantación en las esferas de decisión; y tercero, porque estimula formas de resistencia y reconstrucción del tejido social popular que hacen crecer el peso de los verdaderos interesados en una solución negociada al conflicto armado, al tiempo que ganan autoridad frente a la comunidad internacional progresista.

El proyecto paramilitar persigue por la vía del terror concentrar la tierra y aumentar el control territorial en regiones estratégicas, desbaratar la resistencia colectiva de movimientos sociales y comunidades, y por lo tanto su autonomía e independencia política. Pero aun su acción terrorista indiscriminada está obligada a considerar el grado ya construido de autonomía e identidad de las comunidades en donde interviene. Mientras que arrasan pueblos y veredas de colonos y campesinos, son más cuidadosos para actuar en regiones donde el peso indígena organizado es mayoritario; en dichas regiones es posible detectar rasgos de un discurso con el cual quiere pasar como defensores de la autonomía indígena. La necesidad de organizarse como movimiento político –supuestamente autónomo del Estado– está llevando a los paramilitares a realizar cambios de estrategia, sin que esto afecte la naturaleza histórica de su accionar: el asesinato y el terror como parte de la estrategia de “quitarle el agua al pez”.

El paso más claro de esta estrategia es la preparación de una negociación política con el gobierno de Uribe, que partirá de reconocerlos como actores políticos del conflicto. La gravedad que implica otorgarles esa calificación, en términos humanitarios y jurídicos, es parte de un proceso que se presenta desde el gobierno como el principio del fin del paramilitarismo para acabar con su autonomización delincencial. Su paso a actuar dentro de la institucionalidad, se haría como parte de los nuevos soldados profesionales, del millón de informantes y de los 100.000 campesinos soldados de “tiempo parcial”.. Sin embargo, todo indica que será muy improbable que esto implique la desaparición del paramilitarismo antes de una negociación política con la insurgencia.

Para el paramilitarismo como para las fuerzas de seguridad del Estado, todo movimiento social o sindical que ejerza la *autonomía* es un enemigo potencial, ya que puede convertirse en un contradictor independiente. La extensión de la acción paramilitar a todas las ciudades y sobre todo a las universidades, demuestra que busca atacar los núcleos sociales más sólidos, a los

trabajadores, a la juventud y también golpear los espacios del pensamiento crítico. El disenso ideológico en las zonas donde ejerce control militar, es tan riesgoso como hablar de autonomía o de independencia de clase. Cuando los soporta es porque se le someten políticamente y por lo tanto le sirven de fachada de legitimidad social para mostrarse ante la opinión pública, pero volviendo una farsa su poder de decisión autónomo e independiente.

Su cambio de actitud con respecto a las “comunidades de paz”¹⁷ es diciente. Como éstas se declararon neutrales frente a todos los actores armados, incluido el ejército, comenzaron los asesinatos para someterlas al control militar del Estado, supuestamente neutral. Cuando miles de desplazados preparaban su retorno sobre la base de definir en qué bando de clase se encontraban, lo que no necesariamente implica a qué actor armado apoyaban, se tornaron nuevamente en objetivo militar. La acción represiva responde a los intereses de la clase dirigente regional, intermediaria de los megaproyectos transnacionales, para la cual la autonomía e independencia de las comunidades ha entrabado su estrategia de acumulación de capital, muchas veces con más efectividad que la misma insurgencia, la que se ha limitado a cobrarles un impuesto desde su posición de Estado paralelo.

Estamos asistiendo a un proceso gradual de reconocimiento vergonzante, por parte de sectores del Estado, de su incapacidad para controlar a su propia criatura, junto con la creciente ruptura formal de los lazos generados desde las Fuerzas Armadas. El paramilitarismo sabe que esto le implicará costos y sacrificar algunas cabezas, pero avanza en la construcción de un movimiento político autónomo, aunque no independiente del Estado al cual defiende. En cualquier acuerdo tácito o explícito, su función político militar será la de mantener el control sobre las zonas de proyectos estratégicos que ya ocupan, y mantener así el control de territorios para los futuros negocios estratégicos.

6. En las relaciones con la insurgencia

Lo que diferencia a la guerra popular de la guerra contrarrevolucionaria, es que los pueblos hacen la guerra obligados por las circunstancias. Al tener que hacerlo contrarían su sentido básico de defensa de la vida y su derecho como comunidades y movimientos sociales a dirigir autónomamente sus luchas y decidir democráticamente de acuerdo con el sentir de las mayorías. La contradicción que encuentran en el terreno de la acción militar es que la guerra, por el carácter de su operatividad, tiende a exigir la centralización extrema, el mando único y muchas veces, como deformación, la institucionalización del “orden y mando” en el espacio de las decisiones políticas,

lo que permite que una minoría determine el sentido, el carácter y la continuidad del conflicto. Estas lógicas militaristas chocan con el funcionamiento natural de las organizaciones sociales.

Si se acepta que las leyes de la guerra no son las mismas que las de la vida civil, y que afectan y conducen a quienes las practican, debe aceptarse también que el problema es más de fondo. Resulta precario el argumento sociologicista de que el hecho de usar las armas para la lucha revolucionaria genera necesariamente conductas autoritarias de carácter permanente. Igualmente el simplismo de considerar que la mayoría de los errores que se cometen en la guerra, por parte de quienes empuñan las armas en nombre del pueblo, son accidentales o de poca monta, cuando son evidentes sus raíces comunes. La historia muestra que en conflictos prologados por décadas, han sido pocas las direcciones político-militares que lograron acercar los métodos democráticos de la acción político-social con los métodos de la lucha armada. La experiencia más avanzada fueron los *vietcongs*, que lograron desarrollar una teoría profunda al respecto y combinaron la autonomía de las organizaciones sociales y étnicas, la discusión política, la creatividad social y un profundo sentimiento de solidaridad humana, con la acción militar contra la invasión extranjera. Bellas ideas como la de “mandar obedeciendo” de los zapatistas, son mucho más fácilmente comprensibles y aplicables a la lucha social y política que a un ejército combatiente, que por cierto los zapatistas no lo son. Pero expresan el intento de superar las relaciones de poder burocráticas y militaristas, que se han instalado en muchas de las organizaciones de la izquierda revolucionaria, como resabio de la deformación surgida en las experiencias de construcción del socialismo.

Los costos de una guerra popular revolucionaria van mucho más allá de las víctimas y de los daños materiales concretos. Se extienden social y económicamente por años después del triunfo de una de las partes, o de la solución política negociada. Incluso el pueblo vietnamita, luego de alcanzar el más alto grado de participación consciente en su guerra de liberación, de lograr un triunfo político-militar histórico frente a la mayor potencia del mundo, no pudo impedir que en la posguerra los afectaran seriamente no sólo los costos económicos y en vidas humanas sufridos, sino también los años de disciplina de guerra, los costos éticos y el desgaste y agotamiento de la resistencia política y psicológica de lo más avanzado de la sociedad.

Los mismos zapatistas han tenido serias dificultades para llevar su exitosa experiencia de Chiapas, donde lograron elevar la lucha social indígena a lucha político-militar –la que llegó a su punto máximo en la marcha a Ciudad de México y al Congreso–, dificultades para llevarla, decimos, de forma permanente a los espacios populares urbanos. Ya antes habían tenido serias limitaciones en la conformación de los municipios zapatistas, que en varios casos se hizo de forma autoritaria.

¹⁷ Organizaciones comunitarias autónomas de pueblos o desplazados por la violencia, que han contado con el apoyo de ONG vinculadas a las Iglesias y a la comunidad internacional defensora

Múltiples lógicas y realidades en relación con la *autonomía* y la construcción de identidad y conciencia, han impedido su extensión como fuerza política nacional.

Por lo anterior, se justifica que abundemos en este tema en lo relativo a Colombia, que es poco tratado desde el campo marxista y altamente manipulado por los medios de comunicación, al punto que han logrado con ello cambiar las lógicas del pensar popular frente al conflicto armado.

Lo que es una clara actitud antidemocrática y represiva por parte del militarismo, el paramilitarismo, y del régimen político que los sustenta, no encuentra una firme contraposición ético-política por parte de la insurgencia nacida de posiciones de izquierda. Y no sólo en su accionar armado, sino también cuando se traslada a la acción política dentro de las reglas de juego del sistema. El ejemplo de la negociación política con el M-19 y el EPL, mostró con qué facilidad el mando militar trasladado a ministerios y curules parlamentarias, puede suplantar la autonomía política y social de todo un movimiento de masas. En nombre de la lucha contra los aparatos estalinistas, contra las correas transmisoras y aplicando la lógica de los “comanches” (comandantes), aplastaron todo el sentir social-político participativo de sus militantes y bases de apoyo –por muchos años reprimido por el régimen y autoreprimido por su accionar clandestino–, para pasar a ejercer el más claro y destructivo autoritarismo político, con estilos similares y hasta peores que los de los mismos partidos del régimen. La única autonomía que reconocían era la de ellos mismos como dirigentes, para resolver cómo repartir los puestos políticos y los fondos de las políticas de reinserción, donde todo disidente era y continúa siendo radicalmente excluido de tales beneficios.

Es absurdo considerar que este fenómeno se presentó por la presencia numerosa de infiltrados o “pequeño-burgueses”, mientras que los que se mantuvieron en la lucha armada eran completamente diferentes. Una cosa es que la derrota militar lleve a la decepción política y hasta a la claudicación de los principios asumidos, y otra muy distinta el traslado de los métodos aprehendidos de la guerra al campo de la política y lo social.

En el caso de las FARC y el ELN, las dos principales fuerzas insurgentes, sus años de lucha por la causa popular comenzaron a ser cuestionados políticamente y con creciente éxito por el discurso oficial que disciplinadamente reproducen los medios de comunicación. El triunfo de Álvaro Uribe no es más que la ratificación electoral de este proceso. Lo relativamente nuevo es que este cuestionamiento se viene dando también en muchas organizaciones sociales, étnicas y ONG nacionales e internacionales, apoyado en la secuencia de errores relacionados con la afectación de la *autonomía* de las organizaciones sociales. Errores que en el pasado fueron explicados como incidentales, producto de fallas humanas que no lograban desdibujar el objetivo fundamental de su

de los derechos humanos.

lucha. Sin embargo, el problema se ha escalado y se ha convertido en una de las principales armas propagandísticas del sistema para contrarrestar la reconstrucción del tejido social, y para controlar el crecimiento y el desplazamiento hacia la izquierda de los reagrupamientos alternativos conformados en la lucha de masas, como lo es el Frente Social y Político.

El tema merece ser abordado en profundidad, no obstante de las dificultades, utilidades y recelos que pueda dar a lugar. Es tan evidente la incomprensión política de la insurgencia, que el Estado ha encontrado en ella su principal fuente de alimento para su política contrainsurgente, en particular frente a la comunidad internacional después del 11 de septiembre de 2001; y fue la principal justificación para que desde la paranoia de la extrema derecha global, la insurgencia fuera calificada de “terrorista”. Más de una vez los movimientos sociales, campesinos, étnicos y las mismas ONG, silenciaron sus diferencias o críticas frente a los métodos y políticas de los insurgentes, por respeto a su declarada causa revolucionaria. Pues si bien se puede compartir el sentido general programático de la necesidad de transformar la sociedad y se puede aceptar el derecho de los pueblos a rebelarse contra la opresión capitalista y para luchar por construir una sociedad socialista, esto no puede silenciar el debate sobre la forma concreta de lograrlo, como cuando se considera que uno de los caminos elegidos en un momento histórico dado, afecta, no aporta o no ayuda, a los nuevos desafíos de las luchas de liberación contra el neocolonialismo transnacional.

En la actualidad resulta preocupante la continuada incomprensión del derecho a la autonomía de las comunidades indígenas, de las negritudes y otras organizaciones sociales que actúan en las regiones de influencia insurgente. Una concepción militarista muy fuerte es la que hace del control territorial una vía de imposición de poder sobre las organizaciones sociales y políticas populares que reivindican su autonomía en esa región. Y más allá de quién sea el poseedor de la razón política inmediata, es notoria la creencia de que desde las organizaciones sociales o desde las fuerzas políticas de la izquierda no armada, no pueden surgir lecturas políticas superiores a las que ellos realizan, tanto sobre la lucha de clases como sobre la guerra misma.

Más grave aún se tornan estas diferencias, cuando la estrategia del Estado comunitario, como analizamos anteriormente, apuesta a llevar lo comunitario a su forma más corporativa, privada e individualizada. Desde allí se pretende recuperar una falsa concepción de la *autonomía* que exige que las organizaciones comunitarias tomen claro partido contra la insurgencia y el paramilitarismo, en una supuesta neutralidad que deja por fuera al Estado y pone a las organizaciones civiles como apéndices informantes de su aparato militar. Estamos frente a una clara violación del Derecho Internacional Humanitario, y a una velada pero profunda negación de la *autonomía e independencia* de estas organizaciones sociales y étnicas.

El dilema es grande. Mientras el Estado les ofrece una falsa autonomía con plena dependencia del sistema, la insurgencia les niega la autonomía por causas militares y se ofrece como vanguardia independiente frente al sistema.

La tesis que resulta de una lectura crítica de la historia reciente, es que si el ejercicio democrático de la autonomía de las organizaciones sindicales y sociales hubiese sido el factor determinante tanto en Urabá como en el Magdalena Medio cuando fueron regiones bajo control insurgente, como en otras zonas que luego retomó el paramilitarismo y el ejército, no se habría perdido tan fácilmente la influencia política y el control militar sobre regiones obreras y campesinas de histórica presencia insurgente.

Frente a esta crítica las FARC argumentan que sólo una población organizada como miliciana puede resistir la acción combinada del ejército y el paramilitarismo, y que el respeto por la autonomía social combinada con una actividad dirigida a ejercer la hegemonía política en el área o región, es lo que explica la derrota militar que sufrió el ELN en sus principales áreas de influencia.

Este discurso se justifica para las zonas en disputa, las cuales con la expansión del paramilitarismo se han extendido por casi todo el país. En general, la tendencia seguida por la insurgencia ha sido la de responderle al paramilitarismo con los mismos métodos empleados por él: golpearlo en su base social y restringiendo la autonomía de lo social para impedir la penetración del paramilitarismo en las organizaciones sociales que la apoyan. En la práctica, en esas regiones la población se ve precisada a convivir con las leyes de la guerra y obligada a tomar partido militar sin que pueda construirse una conciencia plena de lo político en juego.

Sin entrar a debatir la estrategia militar –que no nos compete a quienes no hacemos parte de esa lucha–, sí debemos recalcar que los errores que se han cometido en relación con las organizaciones sociales, han sido corrido parejos, con algunas diferencias, por parte de los dos principales grupos insurgentes.

El craso error cometido con la ejecución sumaria de los tres indigenistas norteamericanos, significó un gran golpe para la imagen internacional de las FARC, arduamente construida en contra de las acusaciones de ser una “narcoguerrilla”. Si hubieran respetado la autonomía de los U’was, un pueblo que en el enfrentamiento casi solitario con las transnacionales petroleras ha tenido la suficiente autoridad como para reivindicar su independencia frente al poder del Estado, nunca se habría llegado a tal torpeza. Porque lo menos que merece la lucha de los U’was y de todos los que los apoyan, es que un inmenso respeto embargue hasta al más limitado de los combatientes, frente a tan heroica y centenaria experiencia de resistencia. Pero de la misma forma se actúa

cuando se fuerza el reclutamiento de indígenas por encima de sus autoridades, o se desplaza a la parte de la comunidad que no acepta convertirse en miliciana, dentro del esquema de guerra civil que manejan las FARC.

Esto no sucedió ni incluso en las guerras civiles más importantes, como la española, la vietnamita o más recientemente en la agresión externa sufrida por la revolución sandinista. Los gobiernos progresistas que se defendían de invasiones extranjeras aliadas con la reacción interna, impusieron el servicio militar obligatorio pero no forzaron a que toda la población formara parte de los comités de defensa o asumiera funciones militares que violentaran su decisión autónoma. Así se procedió con las comunidades étnicas vietnamitas que, cuando decidieron sumarse a la guerra de liberación, cambiaron el fiel de la balanza. Y fue el error más grande cometido por los sandinistas con los pueblos mizquitos de la costa atlántica, que luego significó que se convirtieran en un baluarte territorial de los “contras” apoyados por Estados Unidos. Y por qué no recordar la brutal experiencia de Sendero Luminoso en Perú, que terminó favoreciendo la paramilitarización de sus tradicionales organizaciones de autodefensa conocidas como rondas campesinas. Pareciera que esas y otras experiencias similares no tuvieran nada que ver con Colombia, ni que se hubiera aprendido algo de la experiencia de Urabá en el trato con las comunidades de trabajadores.

Del mismo modo, resulta poco comprensible desde el punto de vista de una estrategia de ganarse a la población, el secuestro de los pasajeros de un avión de Avianca, o el de los feligreses de una iglesia católica en Cali, o las llamadas “pescas milagrosas” por parte del ELN. Al menos en las capas medias y medias bajas que alguna vez en su vida se han subido a un avión, que van a misa o circulan por las carreteras del país, estas acciones los colocan en la acera de enfrente y estimulan o apoyan las posiciones guerreristas del Estado.

Otro caso es el de las ejecuciones sumarias de supuestos colaboradores del ejército o de los paramilitares, las cuales ante la opinión pública en nada se diferencian de las que éstos realizan contra la población civil. Pocas veces se acude a figuras donde la población pudiera decidir autónomamente, y que mostraría la superioridad ética de un proyecto político-militar sobre el otro. Más grave aún ha sido la acción de secuestrar a líderes sindicales acusados de corrupción, pasando por encima de las decisiones que deben tomar las propias organizaciones de los trabajadores. Acciones como éstas fortifican en el seno de los sindicatos las posiciones de derecha, y es la izquierda sindical la que termina recibiendo los costos políticos.

Aprovechando estas conductas de la insurgencia, algunos sectores del establecimiento se legitimaron por la vía de movimientos como el NO MÁS¹⁸, y lograron privilegiar como lucha principal la realizada contra los secuestros políticos y económicos de la insurgencia, al tiempo que con la complicidad de los medios de comunicación, se minimizaron las denuncias contra los asesinatos del paramilitarismo y las desapariciones forzosas de activistas sociales y políticos. Sobre el desgaste del proceso del Caguán y los errores de la insurgencia, fue que se terminó montando el triunfo presidencial de la ultraderecha, lo cual no es una consecuencia de poca monta. Se abrieron las puertas para presentar al paramilitarismo como una opción político militar y para justificar el estallido de la burbuja financiera como una consecuencia de la necesidad de aumentar los gastos de la guerra.

Fue común durante el gobierno Pastrana que se presentaran entrevistas importantes y principios de negociación entre la insurgencia y el gobierno, desconociendo que al mismo tiempo se desarrollaban heroicas luchas populares contra ese gobierno y los planes de ajuste del FMI. Algo así podría repetirse cuando estemos a las puertas de un “corralito” financiero. Y esto no puede justificarse como una forma de respetar la autonomía de las luchas populares, cuando al mismo tiempo la emisora de las FARC salía a apoyar e impulsar con nombres y apellidos las luchas de organizaciones campesinas y populares. Eso es confundir totalmente la relación; no se puede aceptar que la insurgencia o cualquier fuerza política de izquierda –que pretenda representar a la clase en su conjunto–, actúe autónoma e independiente de los intereses de ella, como si fuera una organización gremial más. Un ejemplo extremo de esta deformación y manejo del concepto de autonomía es el sucedido en Nicaragua: frente al reclamo de las organizaciones sindicales y populares sandinistas por los antidemocráticos acuerdos firmados por el FSLN con el gobierno de Alemán, los dirigentes sandinistas argumentaron que así como ellos en tanto organización política respetaban la autonomía de las organizaciones sociales, también éstas debían respetar la autonomía del FSLN para hacer acuerdos políticos con otros partidos y con el mismo gobierno, confundiendo la autonomía natural de la organización política con lo que debe ser su dependencia programática y política de las luchas y la voluntad popular. Como si los partidos y organizaciones políticas o político- militares, no existieran para expresar con continuidad y consecuencia política, los intereses de la clase y de los sectores populares que dicen representar.

7. En las Comunidades de Paz y la resistencia popular

¹⁸ El movimiento NO MÁS se configuró como una alianza policlasista en contra de “los violentos”, dirigida por gremios del capital como la Federación Nacional de Comerciantes y la fundación País Libre, dirigida por Francisco Santos, uno de los dueños del periódico *El Tiempo* y en la actualidad vicepresidente del gobierno de Uribe.

En algunas zonas en disputa, particularmente en Urabá, se ha desarrollado la figura de las Comunidades de Paz, impulsada inicialmente por la Iglesia católica y ONG internacionales. La propuesta se lanzó como un intento de demostrar que lo ocurrido en nuestro país es una simple guerra entre ejércitos por el control territorial, algo parecido a las que se dieron en la Edad Media europea. Respondía inicialmente a una visión que buscaba esconder las causas económicas, sociales y de clase que han alimentado el conflicto armado, y mostrar que la población no tiene nada que ver con esta guerra y que es una simple víctima de la misma, cuando es de ella misma que se alimentan las filas de los actores armados, incluido el Estado. En la concepción inicial de las Comunidades de Paz la lucha de clases dejaba de existir en su interior y la neutralidad se manifestaba frente a los actores armados "ilegales", lo cual sólo incluía a la guerrilla y el paramilitarismo. Por existir en medio del conflicto, esta concepción genera una clara dependencia frente a las instituciones estatales, en particular el ejército, con la consecuente pérdida de autonomía e independencia de clase de las organizaciones sociales.

Mientras que algunas ONG insisten en sacar al pueblo del conflicto, otras proponen el concepto de "neutralidad activa", que presupone la neutralidad frente al conflicto armado pero no ante el conflicto social. Con esto se daba un paso adelante pero se mantenía el concepto básico de declarar separados y sin conexión histórica ambos escenarios. Sin embargo y a pesar de los matices, esta estrategia es funcional al *statu quo* en las zonas de control paramilitar o en disputa, alimentándose de la sensación de agotamiento y de deslegitimidad de las causas del conflicto.

Como era de esperar, para la insurgencia ha sido difícil de aceptar, cuando no imposible, que el movimiento social de desplazados pueda no tomar partido por su causa, y que su lucha fundamental se dirija contra una guerra imperialista que cada vez más la siente dirigida al saqueo de las riquezas naturales de su región. Pero se requiere comprender que luego de años de masacres del paramilitarismo, el ejercicio de cierta autonomía social ganado por estas comunidades, implica un

respiro, un reconstruir la autoconfianza colectiva y, en lo inmediato, la reducción de la amenaza de muerte indiscriminada que ha pesado sobre ellos. Estos procesos han permitido que los campesinos y sectores populares desplazados – que en su interior nunca habían dejado de valorar los sucesos desde su básica conciencia de clase– comiencen a utilizar su condición de "neutrales" en la guerra para comenzar levantando las banderas de las necesidades positivamente “corporativas” derivadas de su nueva condición social, para combinarlo con una acción de resistencia frente a una guerra que facilita el silenciamiento de sus protestas. Lo que va mostrando que una cosa es la resistencia que los pueblos indígenas y las comunidades de desplazados están tratando de hacer, y otra, como lo presenta el discurso oficial de las Comunidades de Paz, la neutralidad activa y de la resistencia civil al estilo Mockus.

Lo que se requiere en estos casos es un discurso político que explique la trampa tendida por la supuesta neutralidad y resistencia contra los “actores armados”, que promueve con fuerza el gobierno de Uribe, pero también comprender la necesidad de pelear desde adentro sus reivindicaciones de clase, ante la imposibilidad inmediata de conquistar nuevos espacios. La respuesta de la insurgencia fue exigirle a los desplazados la sumisión política, considerando que estaban desarrollando tal experiencia en zonas de su control histórico. A éstos las ONG y la Iglesia católica les respondían y les responden llamando al respeto de la “autonomía” del movimiento de desplazados, el cual entienden como funcionando bajo su control en lo político, y del ejército en lo militar.

Pero los pueblos piensan y maduran, y en este caso muy claramente con el soporte de una comunidad internacional progresista, que es la que ha permitido su reconstrucción como sujetos. En algunas regiones los desplazados han comenzado a ganar en identidad, en autonomía para analizar el conflicto y en reivindicaciones programáticas específicas, lo que ha ido derivando en una organicidad primaria y en una elevación de la comprensión de su papel en el conflicto y sobre su independencia de clase. De hecho, superaron los límites que

les imponían la Iglesia, las ONG y el Estado y comenzaron a reproducir el conflicto de clase desde su propia realidad. Esto necesariamente se trasladó a las Comunidades de Paz llevando a que los acumulados sociales y políticos que traían los desplazados por el paramilitarismo, se comenzaran a expresar en un principio en relaciones de autogestión social, política y hasta económica, que superaba los límites de la trampa tendida, y que ponía esta la experiencia al servicio de su organización como movimiento social con proyección nacional hacia el conjunto de los desplazados.

La “neutralidad” inicial se socializó y terminó politizándose en el mismo proceso de organización para la sobrevivencia, como de buscar comprender las causas del conflicto y de su propio desplazamiento. Esto necesariamente los vuelve a vincular al conflicto de clases, pero ahora con grados de autonomía que antes no poseían. Por eso la decisión conjunta del ejército y del paramilitarismo, con la complicidad de los obispos de turno, de golpear a las comunidades creadas por ellos mismos en Urabá –caso Cacarica– para impedir que escapen de su control. A unos con el asesinato, a otros con la represión y al mismo tiempo desplazando a aquéllos religiosos y laicos nacionales e internacionales que comprendieron la dinámica en curso del paso de la neutralidad a la autonomía y de ésta a la independencia de clase. De las Comunidades de Paz se pasó así a las Comunidades Autónomas de Resistencia en zonas en disputa.

Esto es lo que explica las matanzas de líderes políticamente independientes de las Comunidades de Paz de Urabá, y no como lo quieren presentar ciertos sectores de la Iglesia católica, que son debidas a la reacción paramilitar por la infiltración de la guerrilla en dichas comunidades. Sobra decir que un día llegaban los guerrilleros y les ordenaban sembrar palma africana, resistían conscientes del daño ambiental que implicaba, ganaban, y luego llegaban los paramilitares con la misma exigencia.

La realidad muestra que, por el contrario, la insurgencia poco ha comprendido los cambios sociales que se desarrollan en estas comunidades, la disputa estratégica por los recursos de la región, y menos aún el respeto a su desarrollo autónomo de clase.

8. En la solución política del conflicto

No se puede caer en el extremo de pensar que la solución política del conflicto armado es una tarea externa al movimiento obrero y popular, y por lo tanto exclusiva del ámbito de los partidos. Algunas posiciones autonomistas han llegado a plantear que los trabajadores, los indígenas y los campesinos, no tienen nada que ver con el conflicto armado y que por lo tanto no tenía sentido asistir a los escenarios de las negociaciones y menos aún presionar para que éstas fueran retomadas. Argumentos que no se utilizan para justificar las alianzas con el bipartidismo que estos mismo sectores realizan, pues allí sí es claro que los trabajadores no tienen mucho que ver con el proyecto de clase liberal o conservador. Así no sólo se niega una realidad sino la posibilidad de que sean los propios trabajadores los que decidan y descubran cuál es la verdad en todo ello, reeditando desde otro ángulo el partido que decide por la clase. Iluminados que deciden, pues poseen conocimientos que supuestamente las masas no poseen o son incapaces de adquirir.

Si bien en lo inmediato la apuesta oficial es a la guerra, está abierta la puerta de la mediación de la ONU en el conflicto, a la cual se recurrirá con prontitud una vez la crisis social anuncie su estallido. Muy probablemente algo parecido se intentará con la Convención Nacional del ELN, abriendo nuevos escenarios para el diálogo y la negociación política, que sin duda incidirán sobre los actores sociales y políticos del campo popular. Para el movimiento social, que tiene que enfrentar contrarreformas pensionales, laborales y tributarias y un nuevo y regresivo plan de desarrollo, la posibilidad de que se abran espacios de negociación implica la oportunidad de presentar allí lo que ha venido elaborando al calor de la lucha. Si bien ambas partes anuncian un proceso prolongado de enfrentamientos, con un Plan Colombia funcionando a plena marcha, la consigna de recuperar la Solución Política Negociada del Conflicto Armado, es fundamental para el movimiento social.

Con la experiencia de varios procesos de paz, queda claro que la amplia agenda y las propuestas que de allí surjan, deberán ser medios para la reorganización del tejido social y al mismo tiempo el espacio donde con plena autonomía las organizaciones sociales levanten sus propuestas alternativas. De poco serviría nuevamente una propuesta socialista en boca de la insurgencia, o simplemente reformista, si no tiene la identidad y el respaldo de las luchas sociales.

De conformidad con lo dicho anteriormente y dado el proceso de constitución de las fuerzas políticas en el país, creemos que los sujetos de la negociación no podrán ser otra vez las organizaciones insurgentes y el gobierno exclusivamente, sino los trabajadores y campesinos, estudiantes, indígenas, negritudes, mujeres, niños, ancianos y ambientalistas de nuestro país, que con transparencia y bajo muchos riesgos, han luchado contra el modelo neocolonial y su guerra injerencista, al mismo tiempo que construyen sus propuestas y proyectos políticos alternativos. Porque ese ha sido el ejercicio autónomo más importante de los últimos tiempos, más allá de que a las mesas de negociaciones les falte siempre la pata que los represente sin intermediaciones.

Queda pendiente la nueva caracterización de nuestro conflicto armado interno, que pasó de ser una guerra de liberación en el marco del Estado nacional, a la imposición de una guerra imperialista de dominación. Así como también un balance del proceso de paz del Cagúan, el que más allá de las críticas y las diferencias, debe reconocerse que permitió y obligó al movimiento social a preparar y llevar propuestas factibles con posibilidades de hablarle a todo el país, y que eso fue posible por los acumulados y la acción política de la insurgencia. Ambos temas escapan al diseño de este ensayo, pero serán determinantes en el desarrollo de las categorías que aquí hemos querido profundizar.

9. En los peligros profesionales del poder

En la raíz de las dificultades de la insurgencia, como también de la izquierda no armada, ha estado la consideración de ser la vanguardia autoproclamada, que habla por los trabajadores, campesinos, comunidades étnicas y sectores populares. Su debilidad estriba en la ausencia de un proyecto histórico y político sólido que sirviera para que la conciencia gremial-cooperativa de las organizaciones sociales se elevara a una conciencia política organizada como clase en su conjunto. Mientras los trabajadores y el pueblo esperan las órdenes de cómo y cuándo luchar, las organizaciones políticas o político-militares no dejan de luchar pero tampoco de hablar y negociar en nombre del pueblo. Este vanguardismo tiende a exacerbarse en épocas de reflujo de las grandes luchas

obreras y populares y de aumento de las acciones electorales o militares, coordinadas desde las organizaciones especializadas en la política o en la guerra. La consecuencia resultante es la subestimación de las organizaciones sociales, de su desarrollo autónomo en la elaboración del pensamiento político de clase y de la acción social; lo cual no niega sino que reafirma la necesidad de los aportes teóricos y políticos que los partidos, movimientos sociales e incluso la insurgencia, deben realizar. El problema termina de agravarse cuando esas relaciones se dan en zonas de control insurgente, donde los métodos que hace unos años se consideraban transitorios y relativos a relaciones en escenarios de la guerra, se vuelven permanentes.

Es claro también que la práctica de decidir y firmar acuerdos en nombre de la clase obrera, campesina y los sectores populares, que no representen y expresen el sentir de la clase obrera y los sectores populares, es una costumbre bastante deslegitimizada. Cuando así se hizo, como fue la experiencia de la AD-M19, asistimos a la descomposición de los insurgentes y a la pérdida de apoyo y simpatía popular. La tajada de poder que creían haber conquistado, no era producto de una ruptura con las formas y estructuras del poder burgués y la creación de nuevas formas de poder popular. Era un préstamo temporal de una parte del poder burgués, de sus escenarios democrático-burgueses, a los cuales y en el mejor de los casos había que utilizar para negarlos y construir nuevas formas de ejercicio de la autonomía e independencia de clase de todo el pueblo. Así, el poder que se les subió a la cabeza no fue el obrero popular, sino el poder burgués tanto en sus versiones clientelistas como tecnocráticas.

Lo que muestra la experiencia –como sucedió en la Revolución Rusa– es que lo que fueron en su momento métodos de emergencia, transitorios, se pueden volver permanentes y base del autoritarismo y del centralismo burocrático o militarista. Situación análoga a la necesidad de decidir en ciertas situaciones, desde la organización político-militar, constreñir la autonomía de una organización de masas en aras de no abrirle las puertas al enemigo en zonas de guerra; pero luego esto se vuelve un método permanente para las zonas de control territorial o en toda relación con el movimiento social de la región.

Al suplantarse en muchas regiones las funciones políticas, jurídicas y administrativas del Estado, y al no contar la población de colonos con una tradición de experiencias colectivas y con la preparación necesaria para impulsar un tipo de gobierno popular nacido de las entrañas de la población, tienden a reproducirse las conductas de los tradicionales funcionarios del Estado. Esto es lo que el bolchevique Rakovsky caracterizaba un año antes de la revolución rusa como "los peligros

profesionales del poder” y alertaba en sus escritos sobre el riesgo que significa para una clase que no tiene experiencia histórica en ello pasar a ejercer el poder, pues tiende casi que naturalmente a copiar los métodos que ha observado en la clase dirigente anterior. Situación más complicada aún cuando este poder se vincula al poder militar y a la copia de métodos de guerra aplicados en las zonas en disputa, y muchas veces tomados del campo del enemigo de clase o a veces de los métodos burocráticos que cabalgaron en el deformado movimiento comunista mundial.

Si algo debe diferenciar en la guerra a los revolucionarios son sus métodos para con la población y sus organizaciones. Y si algo los debe diferenciar al actuar como Estado, es que no se erijan como partido de Estado sino que defiendan el que esa función política la compartan y estimulen desde las organizaciones obreras y sociales, constituidas conscientemente en consejos populares, órganos máximos del poder popular. El poder obrero revolucionario no lo representa el partido ni el ejército, sino el ejercicio político de construir los consejos populares, en los cuales juegan todas las ideas políticas que existen en el seno del pueblo, pero donde la decisión se toma autónomamente. Los casos conocidos donde esta prioridad ha guiado la política no son suficientes como para ocultar la débil experiencia existente hasta nuestros días.

La fuente de los errores del Frente Sandinista de Liberación Nacional una vez en el poder y luego de pasados los primeros años del ascenso revolucionario, y comenzado el derrumbe del campo socialista, residió en su accionar como partido de Estado, sin crear los órganos populares que gobernarán, lo que terminó distanciándolo de las bases por y con las cuales luchó mancomunadamente. El desgaste popular que iba generando la agresión externa y la guerra contrarrevolucionaria buscó superarse con una hegemonía desde arriba, vertical, que fue remplazando el ejercicio democrático espontáneo, pero sin órganos de poder popular con funcionamiento regular. Con toda la fuerza y acumulados de la revolución, la ausencia de organismos de poder popular autónomos y capaces de corregir los errores de su dirección política y estatal, permitió que terminaran decidiendo métodos autoritarios y suplantadores surgidos de los años de ejercicio del poder en medio del conflicto armado. Esto lo llevó a no comprender el juego en el escenario político electoral y a terminar en una derrota política, que aún sin elecciones de por medio, se habría manifestado de otras formas.

Si bien este no es el caso de las FARC o el ELN, la fuente de las dificultades en este terreno tienen elementos comunes. Parten de los orígenes vinculados al autoritarismo burocrático de los partidos comunistas emanado desde las canteras del estalinismo soviético, donde las élites del Partido Comunista Soviético terminaron expropiando y aplastando al poder popular conquistado. Se continúa con el “orden y mando” de las organizaciones político-militares nacidas del foquismo propiciado al calor de la experiencia de la Revolución Cubana, que como en el caso del ELN, nunca funcionaron con estructuras de partidos centralizados y democráticos. Aún hoy para muchos

revolucionarios el lado oscuro y burocrático de la experiencia socialista no es la causa del derrumbe y del ingreso de las ideologías capitalistas, sino la única garantía para haberlo impedido pero que no se utilizó debidamente. Pero también en los grupos que habían desarrollado un discurso crítico frente a tal burocratización, no se comprendió a fondo que en la lucha contra los aparatos se construían nuevos aparatos de menor tamaño, si bien no con las concepciones sí con métodos de conducción muchas veces comunes al estalinismo. Otros, llevados por esa lucha de aparatos alejada del debate con la población, no fueron pocas las veces que proclamaron discursos de izquierda que terminaron haciéndole el juego al antisovietismo y el anticomunismo.

10. En el nuevo internacionalismo en desarrollo

Neocolonialismo transnacional, guerras funcionales a sus intereses y autonomía e independencia de las organizaciones sociales, son elementos centrales del análisis de la resistencia global que denominamos como nuevo internacionalismo. Aquí es donde se impone el afianzamiento de un nuevo internacionalismo, centrado en una soberanía popular que herede y transforme la soberanía nacional, en los inicios de la República encarnada en las élites independentistas y luego, fugazmente, en las burguesías pro-cepalinas. Es una apuesta que se comienza a hacer sin duda dentro del marco de los estados-nación, pero no es una etapa “nacional” previa a otra “internacionalista”, sino la forma internacionalista de la lucha contemporánea. Este ejercicio no puede repetir los intentos realizados dentro del modelo capitalista anterior, donde el internacionalismo se asumió como *relaciones* entre organizaciones sociales y políticas; ahora se trata de grandes *actuaciones internacionales* necesariamente localizadas¹⁹. Los indígenas U’wa enfrentando la totalidad de la lógica del capital petrolero especulativo y los zapatistas confrontando desde su realidad local al capital transnacional, representan un salto en la acumulación de la conciencia social, donde el mundo comunitario “atrasado” asume el programa de lucha de la clase obrera y representa al conjunto de la sociedad. Responden a proyectos de Estado que

¹⁹ Es indudable que la teoría de la revolución permanente formulada inicialmente por León Trotsky, tiene hoy un escenario mucho más concreto para demostrar la interinfluencia de lo nacional con lo mundial, de lo desigual con lo combinado, así como para afirmar su componente básico: el internacionalismo.

apuntan a una “globalización localizada”, allí donde se encuentren los territorios de los megaproyectos y de la extracción de los recursos naturales. Y para lograrlo requieren que la autonomía e independencia se transformen en autodeterminación nacional y soberanía popular, o para ser más específicos, en poder constituyente de los de abajo, que desde la integración política subregional, andino amazónica, se impone por sobre las falsas lógicas nacionales y los nuevos ordenamientos territoriales y continentales que impulsa el capital transnacional.

La dificultad más inmediata será lograr que las organizaciones que actualmente representan a la clase obrera rompan con sus visiones cerradamente corporativas y nacionales para demostrar en la misma lucha la relación que existe entre el vendedor ambulante de ropa de cualquier país, con el capital transnacional; de los obreros textiles de la India y de la confección de China con los cultivadores de algodón del mundo. La fragmentación y deslocalización del proceso productivo, unida a la circulación universal de las mercancías, aumenta los niveles de alineación y dificulta por lo tanto la construcción en la praxis de la conciencia. Nuevas estructuras con nuevas formas de ejercer su autonomía y desarrollar propuestas programáticas y de confrontación, como son los crecientes movimientos antiglobalización, precederán a ese internacionalismo y se articularán con las viejas organizaciones que sean capaces de asumir su independencia de clase, su conciencia, desde el escenario de la globalización y los cambios en el mundo del trabajo.

Mientras tanto, el Plan Colombia y la Iniciativa Regional Andina, antecesores armados del ALCA, serán cada vez más los instrumentos de dominación imperial armada que podrán llevar a tres posibles escenarios: a costosos empantanamientos del conflicto, a fuertes golpes militares a la insurgencia, o a que ésta sea capaz de recomponer su concepción y cambiar los métodos y formas de llevarla adelante. Como cuarto estaría un proceso de combinación de los tres anteriores.

Por eso insistimos en el desarrollo práctico del debate democrático y autónomo, el cual necesariamente deberá ser alimentado desde la visión marxista de la historia. Como parte del mismo, las organizaciones sociales, sus componentes, irán desarrollando conciencia de su función en la nueva división mundial del trabajo. La autonomía permite asumir como organización las decisiones asumidas en el ejercicio de políticas sectoriales o globales. Si la decisión fue equivocada no existe la justificación de que se equivocaron otros externos a la organización. Del error propio se aprende mucho más que del éxito propio o ajeno, pero esto funciona en

tanto que no existan mecanismos delegantes de responsabilidades en terceros que permitan justificarlo y no integrarlo al bagaje de la praxis que luego deriva en conciencia.

Marx decía que “en el proletariado el hombre se ha perdido a sí mismo, pero de tal modo que no sólo cobra conciencia teórica de esa pérdida, sino que se ve obligado directamente a la cólera contra esa inhumanidad por la constricción imperiosa y absoluta, ya inevitable e imposible de disfrazar, que es la expresión práctica de la necesidad”²⁰. El problema es que en la actualidad esa expresión práctica de la necesidad tiene nuevos disfraces y no logra reagruparse en formas orgánicas de cierta continuidad social. Su cólera o rencor de clase se da en forma individual y no siempre con el contradictor correcto, de allí el crecimiento de las distintas formas de violencia. La lucha práctica por suprimir las condiciones de vida que la subyugan, requiere de la comprensión de la necesidad de unir programáticamente esa lucha a la de suprimir todas las condiciones inhumanas de la sociedad globalizada, “las cuales se concentran en su situación”²¹. Lo cual no implica que serán siempre los trabajadores los que adquieran ese nivel de conciencia. Cuando los zapatistas dicen, “para nosotros nada, para todos todo”, no sólo están uniendo su liberación al del conjunto de la sociedad, sino que lo hacen desde el “nosotros”, que implica identidad construida colectiva y democráticamente con el ejercicio de la autonomía como sector étnico social. Nada más adecuado como filosofía, para confrontar al modelo del Estado comunitario.

Este internacionalismo sólo puede concebirse como una integración de autonomías, bajo una predefinida independencia frente al mundo del capital. Donde cada organización social o política nacional cede una parte de su autonomía a un proyecto común que construye un espacio autónomo superior, global. Lo que nos resta de autonomía, que son nuestras identidades sociales, territoriales, de género, étnicas, culturales y nacionales, será la garantía de que nuestra independencia programática no se diluya dentro de esos todos globales a construir, pero será la conciencia de clase, asumida desde diversos sujetos, la que permitirá asumir la compleja realidad

²⁰ Karl Marx, *Filosofía del derecho*.

del funcionamiento global del capital y transformarla. La suma dialéctica de las autonomías de cada movimiento social nacional o regional, que no es la suma de las partes, debe permitir que las partes autónomas sean capaces de asumirse y resumirse en el todo social político a construir, de la misma manera que ese todo social político debe ser capaz de asumirse y resumirse en las partes.

Si bien el componente principal de esta acción internacionalista es la confrontación radical, creativa y en las calles, de las políticas antiglobalización, la lucha ideológica debe darse en su seno para que las propuestas que afecten directamente a la contradicción capital transnacional-mundo del trabajo, sean las que por su condición incluyente y liberadora de todas las demás, necesariamente hegemonicen la compresión y la proyección del conjunto de las luchas.

11. Reflexiones que continúan el debate

La historia no ha llegado a su fin, sin embargo la derrota histórica sufrida por la clase obrera con el derrumbe del que fuera inicialmente su proyecto socialista, requiere de procesos históricos de recomposición de la conciencia e independencia de clase. Tarea que necesariamente reconoce la intermediación de las fuerzas políticas, pero que ante la ausencia de referentes concretos de un futuro superador del capitalismo, debe reconocerse que la clase y los movimientos sociales necesitarán volver a recorrer los viejos caminos que le devuelvan su autoconfianza, su identidad, para así recuperar la conciencia transformadora de la sociedad. Esta variante obligada aparece como un desvío frente a las visiones unidireccionales y mecanicistas del desarrollo de la conciencia revolucionaria y, por lo tanto, molesta a los revolucionarios que consideran que esa tarea ya fue cumplida con creces por las luchas proletarias del pasado y que se expresó en la construcción del socialismo y en su propio desarrollo como vanguardia. Reconocerlo implica aceptar que el acumulado político revolucionario que creían tener, ni lo era ni lo será en el futuro, si no se acepta esta nueva relación de autonomía e independencia a construir en y desde el mundo del trabajo. Desde otro ángulo esto implica recuperar la posibilidad de pensar diferente (independientemente) pero también desde la diferencia (autónomamente), lo cual requiere el esfuerzo de politizar las organizaciones sociales y de llenar de organizaciones sociales los proyectos políticos unitarios y de masas.

Los dilemas son múltiples: la correa transmisora cabalgando sobre la independencia de clase, el corporativismo haciendo lo mismo con la autonomía, el mando militar por encima del mando político. ¿Cómo resolver la contradicción de quien sabiéndose poseedor de una verdad social

²¹ *Ibid.*

científica, acude a la imposición o la suplantación, demorando el proceso de toma de conciencia de los explotados y marginados?

Podemos aceptar que un ejercicio democrático y horizontal de la hegemonía ideológica, política y cultural del programa histórico de la clase obrera, será lo que garantice la independencia programática del conjunto de los sectores populares. Lo preocupante es que si se sigue considerando que las correctas relaciones de construcción de la hegemonía política y cultural son un problema abstracto que sólo preocupa a los intelectuales, o un problema teórico que nunca se logra aplicar en la práctica, los errores de hoy marcamos, se ampliarán en el futuro.

Por un tiempo será recurrente el debate sobre el problema del sujeto de la lucha social transformadora y de cómo darle una justa función a las organizaciones políticas o político-militares que desde la izquierda se proclaman representantes de los sectores populares. Es de esperar que se mantenga el aprendizaje para construir una organización política que en el marco de la reducida legalidad existente, sea capaz de agrupar a organizaciones sociales, políticas y a personas sin organización ni militancia, en medio de la agudización de la guerra y la polarización. La crisis neoliberal agudiza el carácter represivo y regresivo del gobierno, así como su incapacidad para garantizar el Estado de derecho y los derechos humanos y democráticos. De no existir un fuerte movimiento de resistencia, la guerra sucia contra los líderes sociales será maquillada desde el accionar estatal.

Nada de esto liquidará históricamente la construcción del o de los sujetos de la lucha social y política transformadora, pero sin lugar a dudas la dificultará o retrasará, exigiendo de las direcciones de los colectivos políticos organizados, el realizar reflexiones audaces para impedir que sean separados de esos sujetos en reconstrucción. Más delicado es el problema cuando la tendencia que genera el modelo transnacional es el debilitamiento y liquidación de las organizaciones obreras y sociales existentes. Preservarlas, transformarlas, socializarlas, desarrollarlas en su conciencia política y acción de lucha es hoy más importantes que nunca.

El pensamiento actual de las organizaciones políticas de izquierda que han sido capaces de revisarse a sí mismas, trata de demostrar que la independencia ideológica, política y programática de las organizaciones políticas de la clase obrera y su capacidad de transformarla en construcción de hegemonía política y cultural sobre las diversas organizaciones sociales populares, es lo que permitirá el pleno ejercicio de la autonomía y de la independencia programática frente a la ideología y las políticas de la clase dominante.

La dificultad estriba en entender que la dignidad, la conciencia de la necesidad de la justicia y de las transformaciones sociales como resultado permanente, no se incorporan a la sociedad por

decreto o por constituyentes mágicas. Surgen de la práctica y del ejercicio de la lucha política. Los mismos que hoy nos eligen, mañana serán manipulados electoralmente dentro de la democracia burguesa. Los mismos que conviven con la insurgencia, pasan luego a convivir con el paramilitarismo. Son casos donde la historia parece no haber transcurrido ni dejado acumulados. En ambos casos existe un problema de déficit de identidad y de conciencia de clase, que afecta la autonomía individual y social tanto para decidir cómo sobrevivir con dignidad en un medio hostil o cómo utilizar la política electoral en provecho colectivo.

En ese sentido, tiene plena vigencia aprender de experiencias como la comuna zapatista de Morelos de 1916 y su continuidad en nuestros días en las comunidades indígenas de Chiapas. De los primeros años de los soviets de la Rusia de 1917 (Consejos obreros, campesinos y de soldados), donde el Estado proletario era conducido desde abajo por los sectores explotados, oprimidos y marginados, y donde el Partido Bolchevique debía ganarse en asambleas populares el apoyo a sus propuestas. También de la experiencia de los Comités de fábrica de la Italia de 1919, donde la lucha sindical incorporó a toda la población y se transformó en lucha política por el poder. Así mismo, cobran vigencia los primeros años de la revolución sandinista, donde el pueblo en lucha y la solidaridad internacional eran quienes marcaban los ritmos políticos del FSLN.

Asistiremos a nuevos debates sobre el ejercicio transparente de la hegemonía política, necesidad que no puede ser negada por ninguna autonomía. Es el intento consciente de hacer llegar el pensamiento marxista revolucionario al seno de la organización social, que es la base y la garantía para que la decisión autónoma sea al mismo tiempo independiente frente a ideología burguesa neoliberal. Los problemas surgen cuando se confunde ejercer la hegemonía con la simple declaración revolucionaria y el ejercicio de un control territorial o corporativo sindical o social. Al no facilitar el ejercicio democrático popular que implica debatir las posiciones allí presentadas, entre ellas las de la misma insurgencia, para luego decidir autónomamente, se impide la formación y la educación político-práctica más importante en la construcción de las nuevas relaciones de poder.

Es justamente este ejercicio práctico de tener que asumir el riesgo social de hacer política en el terreno concreto, con todos sus errores y enseñanzas, y no tanto un modelo pedagógico instructivo, lo que eleva la conciencia de los sectores populares a la comprensión de la necesidad de organizarse para transformar radicalmente la sociedad. Pero cuando el mensaje que llega es autoritario, suplantador o simplemente militar, y sus ambigüedades son interesadamente explotadas por los medios de comunicación, el efecto negativo se amplía impidiendo que la autoridad política ganada en las áreas campesinas se extienda a las áreas urbanas y demás movimientos sociales.

En Colombia asistimos a una fase decisiva de la confrontación, con una clara estrategia de dominación que busca imponernos el ALCA y la neocolonia, unido al creciente desprestigio del neoliberalismo después de la crisis argentina, combinado con una resistencia continuada de la lucha popular autónoma. Siendo más débiles somos más conscientes del peso de lo programático y de la importancia de la correlación mundial de fuerzas. En ello se vislumbra la posibilidad de que sea cual sea el desenlace del conflicto, no se embolatarán una vez más los ideales revolucionarios.

Paralelamente se sigue considerando que la fortaleza en la voluntad, la simple proclamación de la lucha armada o la declamación de un discurso ideológico, es garantía de firmeza revolucionaria. Tal ingenuidad culmina por lo general en serios errores políticos. Baste recordar que los más brillantes estrategias militares o guerreros del FMLN en El Salvador y de la URNG en Guatemala, oscilan hoy entre el neoliberalismo puro y las posiciones conciliadoras socialdemócratas, mientras que los que siempre confiaron en la capacidad de los pueblos, son los que mantienen la continuidad de los proyectos.

Si alguna enseñanza queda en la gente después de años de explotación y de observar lo sucedido en el ex campo socialista, es el rechazo consciente a toda forma de imposición y de “tragarse entero”. Para algunos lo mejor sería que se aceptaran como válidas las más importantes experiencias de las luchas obreras y populares por su emancipación. Pero la conciencia no se construye por inducción. Si la praxis del socialismo generó desconfianzas justificadas, es necesario que nuevas prácticas, comenzando desde la simple autonomía de la organización social, generen un desarrollo de la ciencia política y de la conciencia. Sobre todo cuando la principal arma despolitizadora que el régimen utiliza, no son sus éxitos, nunca alcanzados, de mejorar el nivel de vida de la población, sino que se basa en magnificar y deformar los errores que desde el campo de la izquierda socialista, hemos compartido en mayor o menor medida.

El ejercicio horizontal de la hegemonía de los trabajadores y de éstos sobre la sociedad, la hegemonía de lo político sobre lo social y lo militar, siguen siendo los grandes temas a profundizar. La soberanía y autodeterminación de los sectores populares sobre los recursos naturales y las reservas estratégicas en disputa, son otro gran tema más. Todos ellos son temas dirigidos a politizar el conflicto armado y social y a socializar la política. No es casual que los mayores progresos del movimiento social se hayan dado en el terreno de los pliegos políticos y en su vínculo con los movimientos sociales, en positivos intentos de desarrollar acciones de hegemonía de clase, y no en los pliegos gremiales donde la ofensiva brutal del FMI y el gobierno, a lo sumo permite, por ahora, tratar de no perder todas las conquistas adquiridas en años de lucha.

Podemos percibir que desde el discurso de la autonomía, la defensa de lo público, el control sobre los recursos naturales frente al saqueo multinacional, las luchas étnicas, de género y culturales, se

está desarrollando una nueva izquierda, articulable con la ya existente, que comienza en los desplazados, pasa por los usuarios y llega a todo los movimientos sociales, se extiende en busca de articulación con los pueblos de Venezuela y Ecuador y culmina en la búsqueda de integración con las agendas internacionales de Seattle, Praga y Porto Alegre. Una izquierda que se propone mostrar que los daños en vidas humanas, desplazamientos, biodiversidad, oxígeno y degradación de las tierras con fumigaciones y cultivos industriales, supera los daños que generan los narcocultivos y que su erradicación brutal no resolverá sino que por el contrario agudizará la guerra. Una izquierda social que apunta a ser la abanderada de la defensa de la educación y la salud públicas, la organizadora de los desempleados y desplazados por la violencia y la crisis económica, principales afectados por la acción integral y subregional que representa el Plan Colombia.

Tanto la vieja como la nueva izquierda tendrán que aprender a conjugar el verbo “hegemonizar”, respetando la concepción de la autonomía. A lo cual le podemos aportar una simple definición teórica que requiere la práctica que la confirme, critique y enriquezca: “Desde una lectura obrera, popular, marxista y revolucionaria, concebimos la hegemonía como el arte de dirigir, de conducir la lucha social, sin suplantando la iniciativa, autonomía, experiencia y capacidad de pensar y actuar de las masas, de las clases o sectores subalternos. Hegemonizar para un proyecto socialista implica construir un sistema flexible, históricamente transitorio pero estructurado, capaz de restablecer y generar relaciones de adhesión, compenetración y confianza mutua entre dirigentes y dirigidos, que vaya superando las relaciones de dominio”²².

Sin duda será difícil lograr que las organizaciones políticas y político-militares resuelvan conscientemente abrir su propia autonomía política a la acción de enriquecimiento y pensamiento crítico que hoy emana y se desarrolla desde las más diversas organizaciones sociales. Sin embargo, hay ejemplos recientes que demuestran que también los loros viejos aprendemos a hablar.

La derrota del capitalismo neoliberal y el tránsito (por ahora indeterminado) al socialismo, depende en gran parte de la posibilidad de que la clase obrera se vaya erigiendo en la clase dirigente de la sociedad, y que los partidos vayan pasando de “partidos dirigentes” a partidos generadores y transmisores de ideología y de propuestas políticas y organizativas. Que destinen sus esfuerzos a la investigación y elaboración teórica sobre lo que la misma práctica social y política va construyendo. Que se comprometan con el pueblo y con sus luchas básicas, al mismo tiempo que las sistematizan y amplían al campo internacionalista de la política y la lucha revolucionaria. Por

²² Véase Fermín González, “Hegemonía y proyecto liberador”, en revista *Cartas*, No. 1, noviembre 1995.

eso se requiere del debate entre los marxistas, de muchos seminarios “Marx Vive” en el seno del movimiento popular, ya que sin la posibilidad de la crítica desde lo empírico y lo científico, desperdiciamos una de nuestras principales armas, *el “arma de la crítica”, que históricamente ha sido superior y subordinante de “la crítica de las armas”*.

16

9 Antipolítica, imperio y nueva subjetividad del trabajo en Colombia, 1994-2000

Miguel Ángel Herrera Zgaib*

* Profesor del Departamento de Ciencia Política, Facultad de Derecho,
Ciencias Políticas y Sociales, Universidad Nacional de Colombia

tas se responden desde los intereses y el punto de vista de los gobernados y su acción política objetiva contra el régimen presidencial. Así, la ponencia estructura las respuestas para tres asuntos cruciales en el porvenir de la nueva tendencia social y política: la subjetividad posfordista del trabajo en el enclave poscolonial que es Colombia, la antipolítica como forma de subjetividad transitoria adoptada por la resistencia de los trabajadores de la ciudad y el campo, y las formas de respuesta dadas por los trabajadores y capas medias de propietarios, empleados e intelectuales a la estrategia de sumisión que el Imperio ensaya imponer en América Latina para hegemonizar la comunicación como la forma del valor predominante en la acumulación capitalista⁵.

Bajo estos tópicos se analiza la tendencia de los movimientos sociales posteriores a 1989, que en Colombia también se han expresado con un *comportamiento antipolítico* contra el bipartidismo. Ellos encarnan de hecho la iniciativa de una heterogénea tercería, que dinamiza no sólo en lo electoral una situación de crisis política, en la medida en que arrecian en el cuestionamiento práctico de la gobernabilidad del presidencialismo reformado en 1991. Esta reforma, la más amplia revisión experimentada por la Constitución de 1886 —que desbloqueó en parte el orden constitucional excluyente—, no perdió, sin embargo, el carácter de revolución pasiva⁶ con que en forma continua y discontinua perpetúa la dominación del bloque burgués terrateniente, recompuesto a la vez como partido de clase en el plebiscito de 1957.

El acelerador de la actual crisis de representación fue la contrarrevolución social del narcotráfico, que revolucionó de modo directo e indirecto los hábitos y patrones de reproducción económica de la clase media urbana. Este precipitado sobredeterminó la apertura económica neoliberal, que a raíz de una bonanza momentánea ganó a buena parte de la clase media como su aliada política; pero que a la vez reactivó la resistencia política de los trabajadores urbanos del sector terciario de bienes y servicios, quienes al lado del proletariado industrial, desmantelado por la apertura, tuvieron que resistir recurriendo a paros cívicos el desmonte de salarios y prestaciones sociales generales, que los arrastran cada vez más a condiciones de pobres absolutos.

Igual se reforzó, durante el mismo lustro, la reacción armada del campesinado medio y pobre que, ante una proletarización acelerada por la apertura indiscriminada a los productos agrícolas subsidiados provenientes del extranjero, vive la marginalización más aguda, ahondada por el abandono progresivo del Estado colombiano como agente del desarrollo, el agotamiento de la Caja Agraria como sistema nacional de crédito campesino y, sobre todo, a raíz de la contrarreforma a sangre y fuego del agro por los narcotraficantes y sus testaferros. Éstos concentraron en menos de diez años la tierra de frontera abierta por los colonos, y desterraron a la población campesina propieta-

"¿Tiene alguna lógica pensar que si en la historia de los últimos años, los 'jefes naturales' de los partidos han sido incapaces de resolver la crisis y de sentar las bases de la convivencia nacional y republicana, hoy sí podrán hacerlo, con la sola condición que les sea devuelto el poder? ¿Es tan frágil nuestra memoria que ya hemos olvidado por qué cayeron, podridos, los gobiernos liberales y conservadores de 1946 o de 1953?"

ANTONIO GARCÍA NOSSA,

Mensaje al pueblo colombiano: El plebiscito y el Estado de casta, Santiago de Chile, 1957¹.

El sociólogo colombiano Eduardo Pizarro Leongómez, ahora en el exilio, preguntaba durante la crisis colombiana de 1994-1995: "Si la política ya no es el esqueleto de la vida social, ¿será el mercado? ¿O será, desde ciertas perspectivas posmodernas, que debemos renunciar a todo principio articulador de la vida colectiva y resignarnos a la relatividad absoluta de los proyectos intelectuales? O, por último, ¿estaremos transitando, como sugiere Norbert Lechner, por una época de transición hacia una redefinición de la política?"². Pizarro tenía como centro de su interés reflexivo la crisis de los partidos en Colombia y la perspectiva de la reforma constitucional de 1991. Al final del ensayo, él optó por el rescate de los partidos tradicionales sin excluir a otras agrupaciones para lograr "la reconstrucción de la política como una instancia central de la vida social"³.

El contexto de la nueva subjetividad

Cinco años después, en el contexto social crítico del año 2000, podemos retomar las preguntas de Pizarro para reexaminar ¿cuál ha sido el curso real del proceso político colombiano?⁴ Atendemos a imperativos distintos al de contribuir al rescate del viejo sistema de partidos oligárquico. Las pregun-

¹ Véase revista *Resonancia*, No. 1, Bogotá, Editorial Desde Abajo, 2000, pp. 123-136.

² Eduardo Pizarro-Leongómez, "La crisis de los partidos y los partidos de la crisis", en Juan Gabriel Tokatlán (compilador).

³ Eduardo Pizarro-Leongómez, *op. cit.*, p. 234.

⁴ Véase el especial *Politique du Travail*, con contribuciones de Sergio Bologna, P. Dieuaide, M. Lazzarato y A. Negri, en revista *Futur Antérieur*, Nos. 35-36, París, L' Harmattan, 1996/2.

tas se responden desde los intereses y el punto de vista de los gobernados y su acción política objetiva contra el régimen presidencial. Así, la ponencia estructura las respuestas para tres asuntos cruciales en el porvenir de la nueva tendencia social y política: la subjetividad posfordista del trabajo en el enclave poscolonial que es Colombia, la antipolítica como forma de subjetividad transitoria adoptada por la resistencia de los trabajadores de la ciudad y el campo, y las formas de respuesta dadas por los trabajadores y capas medias de propietarios, empleados e intelectuales a la estrategia de sumisión que el Imperio ensaya imponer en América Latina para hegemonizar la comunicación como la forma del valor predominante en la acumulación capitalista⁵.

Bajo estos tópicos se analiza la tendencia de los movimientos sociales posteriores a 1989, que en Colombia también se han expresado con un *comportamiento antipolítico* contra el bipartidismo. Ellos encarnan de hecho la iniciativa de una heterogénea tercería, que dinamiza no sólo en lo electoral una situación de crisis política, en la medida en que arrecian en el cuestionamiento práctico de la gobernabilidad del presidencialismo reformado en 1991. Esta reforma, la más amplia revisión experimentada por la Constitución de 1886 —que desbloqueó en parte el orden constitucional excluyente—, no perdió, sin embargo, el carácter de revolución pasiva⁶ con que en forma continua y discontinua perpetúa la dominación del bloque burgués terrateniente, recompuesto a la vez como partido de clase en el plebiscito de 1957.

El acelerador de la actual crisis de representación fue la contrarrevolución social del narcotráfico, que revolucionó de modo directo e indirecto los hábitos y patrones de reproducción económica de la clase media urbana. Este precipitado sobredeterminó la apertura económica neoliberal, que a raíz de una bonanza momentánea ganó a buena parte de la clase media como su aliada política; pero que a la vez reactivó la resistencia política de los trabajadores urbanos del sector terciario de bienes y servicios, quienes al lado del proletariado industrial, desmantelado por la apertura, tuvieron que resistir recurriendo a paros cívicos el desmonte de salarios y prestaciones sociales generales, que los arrastran cada vez más a condiciones de pobres absolutos.

Igual se reforzó, durante el mismo lustro, la reacción armada del campesinado medio y pobre que, ante una proletarización acelerada por la apertura indiscriminada a los productos agrícolas subsidiados provenientes del extranjero, vive la marginalización más aguda, ahondada por el abandono progresivo del Estado colombiano como agente del desarrollo, el agotamiento de la Caja Agraria como sistema nacional de crédito campesino y, sobre todo, a raíz de la contrarreforma a sangre y fuego del agro por los narcotraficantes y sus testaferros. Éstos concentraron en menos de diez años la tierra de frontera abierta por los colonos, y desterraron a la población campesina propieta-

ria a punta de forzar la venta de sus tierras, quienes habitan hoy día los cordones de miseria de las ciudades, o se disputan los asentamientos provisionales en poblaciones intermedias con la incesante ola de desplazados por los actuales enfrentamientos entre las AUC y las guerrillas.

Este curso contradictorio de la situación social y política, nos descubre la estricta dimensión material de la crisis que acompaña a la que vive la dominación presidencial. Entre tanto, ella abre paso lento y dispar a la participación política, el ejercicio autónomo de las clases subalternas a través de la movilización cívica regional y local, o en la lucha electoral ciudadana, donde una poderosa y heterogénea corriente de votantes independientes torna inciertos todos los resultados, incluida la elección presidencial.

Esta posibilidad trasciende la *antipolítica* como movimiento pendular de naturaleza neopopulista de derecha e izquierda, como se experimentó en la región suramericana desde la llamada transición democrática controlada que substituyó los gobiernos autoritarios de los años sesenta y setenta⁷.

La potenciación de esta lucha de resistencia después de 1991, devela la naturaleza del presidencialismo autoritario en su doble carácter de articulador de la alianza del Frente Nacional⁸ y de la consolidación de la dominación

⁵ La antipolítica es tomada, de modo general, como el imaginario que conduce la respuesta práctica dada de modo espontáneo por las clases subalternas a la crisis de representación que se abre con el fracaso del fordismo como dirección clasista que la burguesía mundial y sus aliados impusieron al capitalismo de posguerra. El fordismo resultó inviable desde los años 60, por los asedios derivados de los ejercicios de autovalorización autónoma proletaria. Así, la recomposición de la dominación ha sido diferenciada, lenta y tortuosa, a la vez que específica, según las regiones, y las formaciones sociales nacionales que escojamos.

⁶ La revolución pasiva es una noción empleada por Antonio Gramsci en el análisis del fascismo italiano, para expresar el fracaso de la iniciativa revolucionaria de las clases subalternas en una situación revolucionaria. Esta noción fue utilizada en el análisis de la historia italiana del siglo XIX, para caracterizar las limitaciones de la revolución burguesa, cuyo producto real fue el *Risorgimento*, plasmado literariamente en *El Gatopardo* y la cínica expresión de "que todo cambie para que todo siga igual".

⁷ Véase Guillermo O'Donnell, Philippe C. Schmitter, *et al.*, *Transitions from Authoritarian Rule*, Baltimore, The Johns Hopkins University Press, cuarta edición, 1993; Jorge I. Domínguez & Abraham F. Lowenthal, *Constructing Democratic Governance. South America in the 1990s*, Baltimore, The Johns Hopkins University Press, 1996.

⁸ Para Camilo Torres Restrepo, "el Frente Nacional se constituye como el primer partido de clase en Colombia". Véase *Posibilidad de la izquierda en Colombia*, p. 14.

poscolonial norteamericana, bajo la intervención preventiva del Plan Colombia. Sin embargo, la crisis del régimen presidencial de posguerra continúa con más fuerza⁹ y, como armadura del *primer partido de clase* colombiano, se muestra incapaz de responder en lo social y lo político al país nacional rebelado en las regiones más deprimidas: Guaviare, Caquetá y Putumayo, punto de partida de la guerra preventiva imperial, Chocó, Cauca, Nariño y el Sur de Bolívar¹⁰.

Allí son renovados los desafíos de la multitud contra la desigualdad económica, enmascarados por el narcotráfico y las acciones de rebusque informal como el contrabando de todo tipo. La exclusión política alimenta a las guerrillas nacionalistas de las Farc y el Eln, quienes desarrollan versiones de socialismo campesino tutelado *cum manu militarii* en sus zonas de influencia. En las ciudades, las comunidades pobres y miserables padecen de modo exponencial la violencia y la exclusión encarnadas "en el desempleo, la distribución desigual del ingreso y la exclusión social"¹¹.

Todo lo cual conforma en su heterogeneidad un precipitado espontáneo contrario al orden neoliberal que comanda el capital financiero transnacional; y posibilita para las clases subalternas la exigencia de un orden político común alternativo de naturaleza anticapitalista. La emergencia de este sujeto social plural, bajo el imaginario antipolítico, puede cortar la prolongación de la revolución pasiva del Frente Nacional.

La participación autónoma de los de abajo podría quebrar la vértebra presidencial del sistema de representación, relegitimado por la Constitución de 1991, que pretendió ser un pacto de paz para todos los colombianos. La acción política más directa, desde una perspectiva autónoma, la constituyó el paro obrero y popular de agosto de 1999 que, aunque se proclamó indefinido, no pasó de dos días; y en cambio dejó una plataforma de 42 puntos por cumplir, diluidos en las mesas de discusión y concertación entre los paristas y el gobierno del presidente Pastrana.

Sin embargo, esta respuesta de la multitud urbana no dejó de ser un instrumento defensivo de los trabajadores, por lo cual su iniciativa política tiene que producir la propuesta alternativa en su condición de poder constituyente, y así liderar la reforma política y social desde la ciudadanía. Hoy esa disputa gira en torno al referendo constitucional, donde las clases subalternas en tanto constituyentes tienen como arma *el referendo directo de iniciativa popular*, porque es la única forma instituida para decidir de modo democrático. Es el talón de Aquiles del actual sistema político constitucional, en tanto hace posible la participación real, no la representación de la multitud ciudadana, que más allá de los dispositivos clientelistas y neoclientelistas puede enfrentar el régimen presidencialista colombiano.

Al indagar en esta perspectiva la relación formal del poder político, la ingobernabilidad (*nongovernance*) de los de abajo¹² continúa de modo más radical a partir de 1994-95. Es la expresión de la crisis orgánica que experimenta Colombia de manera discontinua desde 1946. Esta perspectiva teórica es la de la crisis orgánica que propone la versión marxista elaborada a partir del análisis de Antonio Gramsci para el período de la poscrisis capitalista. Y es diferente tanto del diagnóstico de la gobernabilidad como de la propedéutica del enfoque liberal neoinstitucional, que piensa el problema como un asunto de simples reformas del aparato estatal que aplazan la cuestión social y económica. Este último es el punto de vista dominante, y lo expresan hoy no sólo el sociólogo Eduardo Pizarro, cuya cita abre este ensayo, sino buena parte del equipo intelectual con asiento académico en el Iepri/Unal, del que son coequiperos Francisco Gutiérrez y Miguel García; y en Departamento de Ciencia Política de la Universidad de los Andes se expresa en los trabajos tradicionales de Gary Hoskin, y en las revisiones actualizadas en Andrés Dávila y Gabriel Murillo.

Estos enfoques que le apuestan a la reforma del Estado, se expresan de modo práctico en las principales ejecutorias en materia de políticas públicas que implementa el Departamento Nacional de Planeación, bajo la guía de

⁹ Como posguerra se considera aquí al tiempo de la Violencia colombiana, que golpeó las zonas rurales y semiurbanas entre los años 1946 y 1955, cuando la pacificación cívico-militar logró una victoria estratégica con la rendición del grueso de la guerrilla apostada en los Llanos Orientales de Colombia, forzando a los núcleos de resistencia liberal comunista a refugiarse en zonas cordilleranas para no ser aplastados social y militarmente. Revisar la producción sobre la historia política de la Violencia, en especial los trabajos de Gonzalo Sánchez; *El plebiscito y el Estado de casta*, de Antonio García, reproducido en la revista *Resonancia* ya citada; y el libro del Colectivo de abogados Alvear que aparecerá este año.

¹⁰ El Frente Nacional fue bautizado por Antonio García como el primer partido de clase en Colombia, en el momento mismo de su nacimiento en diciembre de 1957.

¹¹ Caroline Moser y Cathy McIlwaine, *La violencia y la exclusión en Colombia*, Bogotá, Asdi/Banco Mundial-Tercer Mundo Editores, 2000, p. xi. En este estudio patrocinado por el Banco Mundial las autoras, convocadas por el especialista Andrés Solimano, insisten en distinguir tres tipos de violencia: política, económica y social, relacionadas con cierto tipo especial de poder: en provecho propio o para mantenerse en el poder. Véase p. 9.

¹² Jorge Domínguez y Abraham Lowenthal dicen que "la gobernabilidad democrática efectiva —la práctica diaria del gobierno constitucional bajo la ley con instituciones políticas estables que median entre los poderes en contienda, que restringe al dominante y protege al débil — está lejos de consolidarse". *Op. cit.*, p. 3 y ss.

Eduardo Wiesner, divulgador de Douglass North y John Sudarsky, intérprete, a su vez, y practicante de los aportes de Robert Putnam y sus colaboradores¹³.

Confrontando perspectivas teóricas

Nuestra perspectiva tiene, por el contrario, como valor central la democracia del común, hecha de la voluntad de todos y que se ejercita en la comunicación. Desde allí se responde a las preguntas del sociólogo exilado para criticar el talante liberal de su elección, que nutre en lo filosófico-intelectual en Giovanni Sartori y una legión de teóricos norteamericanos que han desarrollado el tema de la gobernabilidad como respuesta a la crisis del Estado de Bienestar, y que van desde Kenneth Arrow y Douglas North hasta Kenneth Shepsley y Scott Mainwaring. En síntesis, este enfoque alternativo asume la participación democrática como valor y práctica política frente a la representación que opera sobre la separación –liberal y socialdemócrata– de lo social y lo político. Este enfoque cuestiona, igualmente, la fórmula semipresidencial que intenta ser el arreglo institucional que normalice las ejecutorias de la dominación transnacional en lo externo y el neoliberalismo autoritario en lo interno. Es la valoración de la cooperación social que trasciende los ejercicios neopopulistas plebiscitarios, que marcaron los imaginarios de la antipolítica en la década de los noventa, que respondían a la crisis de representación de los regímenes presidenciales, agudizada por el desastre económico de la década perdida, del que Colombia escapó como una notable excepción, mientras que la violencia política se propagaba no sólo en el campo, sino en las grandes ciudades.

El neoliberalismo en las ciencias sociales, que justifica teóricamente las reformas económicas y sociales impuestas en Latinoamérica, tiene frente a esta reflexión un contraste abierto. Esta alternativa interpreta y aplica las reflexiones de Antonio Negri y del fallecido Cornelius Castoriadis –su crítica del marxismo mecanicista y reductivo– al estudio de la crisis de la política colombiana, que se enmarca en la llamada *transición democrática* en el subcontinente. A diferencia del liberalismo pluralista de Sartori –soporte ético-político de la forma semipresidencial–, aquí el énfasis está en la actualidad de la democracia radical y la autonomía del sujeto colectivo, que se gesta como componente antagónico para resolver la crisis de representación que también sobre-determina la política colombiana. Estas iniciativas son la respuesta de los gobernados y los explotados, cuando son el objetivo sobre el que recaen las estrategias que despliegan los sujetos políticos al comando internacional y nacional de la contrarreforma del capital, bajo la nueva lógica imperial poscolonial.

El heterogéneo mundo del trabajo, como la materialidad social de la política, es el eje conceptual y práctico de esta reflexión sobre la nueva subjetividad. En las condiciones de recesión económica de Colombia, dicho núcleo real mayoritario conduce al análisis de la tensión política expresada entre el poder constituyente del trabajo ampliado (la potencia) y el poder constituido del capital dependiente poscolonial sometido al poder a secas del Imperio¹⁴. Ellos son los dos polos contradictorios del orden constitucional, y revelan una discontinuidad siempre posible en la crisis del régimen político de la representación, tal y como se da en las condiciones históricas de Colombia¹⁵.

Al sistema político se oponen las formas múltiples de la participación de la multitud ciudadana, cuando ésta no acepta más la autoridad de sus gobernantes. La crisis de representación pasa de la ingobernabilidad hasta acercarla a los umbrales de la crisis de hegemonía de las clases dominantes agrupadas en un Frente Nacional agónico, que vuelve a formularse como frente único de las clases dominantes¹⁶.

La crisis de hegemonía puede darle paso a la revolución social, en tanto la precaria dirección proletaria quiebre la vértebra del sistema político de la dominación —el presidencialismo—, en cuanto empuje de modo consecuente la

¹³ Véase el ensayo escrito por Óscar Delgado en el último número de la revista *Avance*, dedicado a la cuestión electoral. También es útil revisar el libro colectivo, *Una historia de las ciencias sociales en Colombia*, Bogotá, Uniandes/ Tercer Mundo Editores, 2000.

¹⁴ Antonio Negri, *The Savage Anomaly. The Power of Spinoza's Metaphysics and Politics*, traducido del italiano por Michael Hardt, Minnesota University Press, 1991, p. xi. En el prefacio de Hardt se discurre sobre la distinción entre poder y potencia, para recordar que Spinoza usó los vocablos latinos *potestas* y *potentia*, que en italiano moderno corresponden a *potere* y *potenza*; en francés, *pouvoir* y *puissance*, y en alemán *Macht* y *Vermögen*; mientras que en inglés no hay tal distinción, sólo la expresión *power*.

¹⁵ Dice Castoriadis, que "lo que nosotros llamamos poder 'legislativo y ejecutivo' puede ser sepultado en la institución como costumbre y en la supuesta internalización de normas intangibles. El poder 'judicial' y 'gubernamental', sin embargo, tiene que estar presente de modo explícito, bajo cualquier forma, tan pronto como hay sociedad. La cuestión del *nomos* (y de su, por así decirlo, implementación mecánica del llamado poder ejecutivo) puede ser encubierta por una sociedad; pero esto no puede ser hecho con respecto a *dike* —lo judicial— y *telos* —lo gubernamental—. Véase *Philosophy, Politics, Autonomy*, Nueva York, Oxford University Press, 1991, p. 155.

¹⁶ Véase Toni Negri, "Vingt thèses sur Marx", en *Les coordinations de travailleurs dans la confrontation sociale*, traducido del italiano por Giselle Donnard, París, *Futur Antérieur*, 1993.

desintegración de los partidos del orden, que son la trinchera de la forma presidencial que los articula, dando radicalidad al movimiento independiente de clase, hoy dividido en varias expresiones nacionales y locales; y cuyo elemento unificador es la expansión nacional y mundial de la cooperación social, la forma del trabajador social, la materialidad del fantasma del comunismo que ahogue la vida artificial del Frente Nacional, que ahora se disfraza como frente común de clase contra los violentos que publicitaran Pastrana y Serpa al desplegar las primeras tácticas de la guerra preventiva en el sur de Colombia.

Es necesario un previo recuento conceptual de la experiencia explotadora del capital, para decir que hubo dos formas precedentes de dominar el trabajo: la del obrero profesional y la del obrero masa, desde las cuales se constituyó también la resistencia del proletariado y de las demás clases subalternas, tanto en el centro como en la periferia del orden capitalista. Estas formas vienen articuladas ahora en la figura del obrero social, un sujeto nuevo cuyos pasos sigue Antonio Negri en Europa desde los años sesenta¹⁷. Voy a referirme a su pesquisa, echando primero mano de su ensayo *Veinte tesis sobre Marx*. Con él precisaré el debate epistemológico tomando conceptos útiles para estudiar la antipolítica como el de estrategia espontánea del nuevo sujeto proletario en la periferia latinoamericana, para oponerlo a la dominación unipolar del imperio. En el caso colombiano, esta estrategia está sobredeterminada por el narcotráfico y la creciente acción de la guerrilla campesina en la cercanía de ciudades como Medellín, Cali y Bogotá.

De vuelta a los supuestos teóricos, en *Los años del plomo* Negri despliega una alternativa al discurso naturalista del estructuralismo de Louis Althusser, así como al neopositivismo marxista de Galvano Della Volpe. En estas visiones el sujeto proletario sobraba, transformado en simple soporte de las relaciones capitalistas, o era una suerte de ejecutor de los designios kantianos de la razón positiva. Para alimentar la polémica, Negri releyó no sólo *El capital* sino los *Grundrisse*. Se probaba la actualidad de Marx, pero forzándolo más allá de sí mismo¹⁸. De esta revisión crítica partieron las experiencias extraparlamentarias de la lucha de clases del tercer tercio del siglo XX, en las que Negri fijaba su atención en distinguir en la acción del nuevo sujeto proletario, *la forma del valor*, que antagoniza con *el modo de producción*.

La forma del valor es *la representación material* de la organización del trabajo colectivo en una sociedad determinada¹⁹. Por representación material se entiende que la forma del valor no es sólo concepto. Aquí cabe la explicación que da Castoriadis de los imaginarios radicales, cuando en *La institución imaginaria de la sociedad* criticó el determinismo marxista y freudiano, en la medida en que la forma del valor corresponde a la Constitución social, más

aún, está calcada sobre la estructura de la cooperación productiva y del sistema de distribución y reproducción en una sociedad determinada.

De otra parte, *el modo de producción* es el sistema de producción de una sociedad, es la base de la forma del valor. En síntesis, se tiene que "el modo de producción es la forma del valor sin la representación de la Constitución social. Mientras que la forma del valor es *lo trascendental material* de una sociedad determinada"²⁰. Esta interpretación de Antonio Negri rescata la subjetividad de la cárcel del estructuralismo marxista, y con ella se recupera la importancia ontológica de las sucesivas figuras del trabajo, su intensidad ontológica, la presencia de una específica subjetividad productiva irreducible a los dictados mecánicos de un determinado modo de producción. Así las cosas, el estudio del trabajo es "el análisis de la política, es decir, el análisis de la Constitución de una sociedad determinada"²¹.

Constitución política y forma del valor

Pero, ¿qué entender por Constitución, más allá de las explicaciones tradicionales jurídicas y políticas? La Constitución es el dispositivo del trabajo de una multitud de sujetos y, en cuanto tal, es un producto condicionado por la ley del valor trabajo, que exige no sólo su crítica, sino la ruptura de dicha Constitución. La Constitución es la síntesis entre un determinado proceso de acumulación del valor y un conjunto de normas de distribución.

La consecuencia, no sólo de la crítica sino de la ruptura constitucional, es revelar la existencia de un antagonismo social dinámico, oculto siempre por la forma del valor. Esta interpretación resulta de la lectura cuidadosa del Libro I, Sección 1 de *El capital*. En dicha sección el acento fundamental estaba fijado en la dimensión diacrónica de la forma del valor, sin suprimir la dimensión diacrónica. Ésta, la trató Marx de modo preferencial en la secciones 3 y 4 del Libro I. Ahora bien, la diacronía presenta el discurso histórico-político, en el cual se describe la materialidad del sujeto proletario de la lucha de clases.

¹⁷ Antonio Negri, *Del obrero masa al obrero social*, Barcelona, Editorial Anagrama, 1976.

¹⁸ *Marx Oltre Marx* es como Negri tituló al conjunto de ensayos polémicos con las otras variantes del marxismo continental.

¹⁹ Toni Negri, *op. cit.*, traducción libre del francés, p. 333.

²⁰ *Ibid.*, p. 333.

²¹ *Ibid.*, p. 334.

²² *Ibid.*, p. 335.

Negri se distancia de una tendencia que reconoce como presente también en *El capital*. La tensión específica se revela en el esfuerzo de Marx para "reducir la forma del valor a una medida objetiva"²². Esta tendencia figura también en los *Grundrisse*. Aquí aparece como una suerte de historia naturalizada, progresiva, de los procesos de subsunción formal y real del trabajo por el capital. Marx estaba preso de una forma errada de determinismo, ya que, en efecto, la realidad siempre la constituyen los avatares e iniciativas de la lucha de clases. Este es el punto de vista, la posición que rescata de su relectura de Marx.

Comunicación, posfordismo y explotación

"La complejidad del mercado de trabajo de la época posfordista se caracteriza esencialmente por cuatro fenómenos: 1) La existencia de empleos que no permiten un nivel de ingreso superior al nivel de pobreza (trabajadores pauperizados); 2) la intensificación del fenómeno crónico de la ausencia de empleo (joblessness); 3) la descentralización productiva de grandes empresas reduce siempre más la parte de la mano de obra presente en el mercado de trabajo de grandes y medianas empresas y acrecienta el número de subcontratistas para un sistema que el toyotismo ha definido en términos de 'círculos concéntricos'; 4) la expansión del fenómeno de miniaturización de la empresa que llega hasta la forma empresarial individual".

SERGIO BOLOGNA,

"Duración del trabajo y posfordismo", intervención en el Coloquio: *Le travail juste pour un monde juste*, Milán, 1995.

Los cuatro aspectos citados en el epígrafe de Sergio Bologna, demuestran al desarrollarse que *el posfordismo* en vez de acortar, alargó la jornada del trabajo social²³. Esta es la realidad que soporta la nueva figura global del trabajo bajo la forma del valor del modo de producción denominado *subsunción real del proceso de trabajo*. Ahora bien, *la comunicación* es la forma actual del valor de este modo de producción que se hace hegemónico en los circuitos mundiales del capital.

²³ En el documento oficial de la Comisión Europea, *L'emploi dans l'Europe de 1994*, se lee, "una parte significativa del crecimiento aparente del empleo de tiempo parcial parece atribuirse a un mayor número de empleos considerados de tiempo parcial que de tiempo completo, y no al aumento del porcentaje de personas que trabajan de tiempo parcial". Citado por Sergio Bologna en "Durée du travail et post-fordisme", en revista *Futur Antérieur*, Nos. 35-36, p. 130.

EL MARXISMO Y LAS POSIBILIDADES DEL SOCIALISMO EN CUBA

Pablo Guadarrama González *

Es conocido que ni Marx ni Engels imaginaron que los intentos por construir sociedades comunistas comenzarían, entre otros países, por Rusia, China o Cuba. Según lo que ellos pensaban en 1845: "El comunismo, empíricamente, sólo puede darse como la acción 'coincidente' o simultánea de los pueblos dominantes, lo que presupone el desarrollo universal de las fuerzas productivas y el intercambio universal que lleva aparejado"¹. Pero la historia es testaruda. Contra sus pronósticos de que la construcción del socialismo y el comunismo se iniciarían en países con alto nivel de desarrollo capitalista, realmente los intentos por lograr tales objetivos comenzaron a gestarse en países con relativo atraso económico y social.

En el caso de Cuba, desde fines del siglo XIX e inicios del siglo XX, algunos intelectuales y líderes del naciente movimiento obrero, identificados con las ideas socialistas y vinculados a las luchas revolucionarias de su tiempo, como Diego Vicente Tejera² y Carlos Baliño³, intentaron ya en esa época fundar partidos socialistas con tales pretensiones. Posteriormente, este último y Julio Antonio Mella fundaron el Partido Comunista de Cuba en 1925⁴, y también se planteaban la posibilidad de que el socialismo y el comunismo pudiesen constituir una alternativa

¹ Karl Marx y Friedrich Engels, *Obras escogidas*, tomo IV, Buenos Aires, Editorial Ciencias del Hombre, 1973, p. 30.

² "Pero antes de entrar en materia, acaso convenga expresar que no olvido nuestro objeto capital: el socialismo. Presente ha estado en mi memoria al pronunciar cada una de las palabras que ahora he tenido el gusto de dirigirles, y de seguro habéis observado ya que todos mis estudios están hechos desde el punto de vista exclusivamente obrero. Ya estamos haciendo socialismo, y haciéndolo como debe hacerse, con riguroso método científico, comenzando por el análisis de nuestro estado social presente, averiguando cuáles son nuestras fuerzas y recursos para la lucha e inquiriendo las condiciones de vida que nos harán los trascendentales acontecimientos que en nuestra tierra se están desarrollando". Diego Vicente Tejera, "La capacidad cubana", conferencia ofrecida en el Club San Carlos, Cayo Hueso, el 24 de octubre de 1897, en *Textos escogidos*, La Habana, Editorial Ciencias Sociales, 1981, p. 126.

³ "Nada que deje en pie el sistema de explotación capitalista y el salariado puede impedir la miseria de las masas. Se hace, pues, indispensable una transformación completa en el sistema de producir y distribuir, y a ese fin se dirige el socialismo".. Carlos Baliño, "Verdades socialistas" (1905), en *Carlos Baliño. Documentos y artículos*, La Habana, Instituto de Historia, 1976, p. 116.

⁴ "La línea estratégica del partido en este período consistió en la lucha por una revolución agraria y antimperialista, como etapa previa para pasar a la revolución socialista".. Instituto de Historia del

de desarrollo socioeconómico y político en esta Isla, y en otros países latinoamericanos, como México, donde Mella desempeñaría un significativo papel en las luchas revolucionarias⁵.

El héroe nacional cubano José Martí, durante la preparación de la última guerra por la independencia de España, iniciada en 1895, le había confiado a Baliño que la revolución no era la que harían en la *manigua*, es decir en la lucha insurrecta en los campos de Cuba, sino después del triunfo sobre el poder colonial en la construcción de la república.

Del mismo modo, nuevas generaciones de revolucionarios, especialmente aquella que a partir de los años 20 emprendió la lucha con mayor fuerza contra todo el régimen imperante durante la república neocolonial, se plantearon también la necesidad de luchar por el triunfo del socialismo en Cuba. Tanto intelectuales de reconocido prestigio como Rubén Martínez Villena, Juan Marinello o Carlos Rafael Rodríguez –quien hizo del marxismo un valioso instrumento para la comprensión y transformación de la historia de Cuba⁶– así como destacados dirigentes obreros, tal es el caso de Blas Roca y Lázaro Peña, no sólo añoraron la posibilidad de una sociedad socialista en Cuba y reflexionaron teóricamente sobre el tema y dejaron una obra escrita al respecto que ha sido objeto de estudio⁷, sino que se vincularon a una activa vida política para lograr tales objetivos. Afortunadamente la mayoría de ellos murieron con la satisfacción de ver adecuadamente encaminados sus anhelos después de triunfo de la Revolución Cubana en enero de 1959.

En la joven generación liderada por Fidel Castro que en los años cincuenta se planteó no sólo derrocar una dictadura sanguinaria como la de Batista, sino

Movimiento Comunista y de la Revolución Socialista de Cuba, *Historia del movimiento obrero cubano. (1865-1958)*, tomo I, La Habana, Editora Política, 1985, p. 269.

⁵ “Desde el punto de vista revolucionario, es decir, de lo que se entiende por tal entre nosotros –progresismo, lucha contra la reacción, acción armada para derribar las tiranías y conquistar los derechos del pueblo explotado–, el comunismo no sólo no es un delito, sino que es la única fórmula para los que activa y efectivamente son revolucionarios honrados. No hay ninguna otra doctrina más progresista”. Julio Antonio Mella, “¿El comunismo es un delito?”, en *El Machete*, No. 105, México, D.F., 10 de marzo de 1928.

⁶ “Nuestra historia no necesita de retoques ni los admite. Los que se escandalizan de un tratamiento científico, es decir, veraz y severo, de nuestro pasado, son, en realidad, los que no tienen fe en la grandeza de las mejores figuras cubanas y pretenden apuntalar, a fuerza de retórica, otras figuras endebles que no resisten el examen acucioso. Por el contrario, el enfoque marxista de la historia de Cuba parte del reconocimiento de nuestras altas tradiciones. Pero las somete a la más estricta de las pruebas. La historia marxista de Cuba deberá hacerse –empieza a hacerse– sin parcialidades ni cabildeos”. Carlos Rafael Rodríguez, “El marxismo y la historia de Cuba” (*Dialéctica*, marzo-abril de 1943), en *Letra con Filo*, La Habana, Editorial Unión, 1987, p. 48.

realizar la aspiración de la obra martiana, algunos de sus integrantes tenían mucha claridad en cuanto a que la revolución no podía limitarse a la sustitución del gobierno del tirano, sino que estaba obligada a trascender hacia conquistas de carácter socialista, aun cuando el anticomunismo reinante impedía declaraciones más comprometidas con la ideología socialista.

Las aspiraciones socialistas de las distintas generaciones de revolucionarios cubanos, estuvieron siempre articuladas al enfrentamiento a la penetración imperialista de los Estados Unidos de América en la isla, que con su intervención en 1898 en la guerra de independencia de los cubanos impuso un régimen de presidentes manipulados desde Washington. ¿Acaso fueron estos revolucionarios de distintas épocas herejes del marxismo, nuevos utopistas e idealistas, o por el contrario, contribuyeron con su actividad y sus reflexiones al enriquecimiento de esta teoría en las nuevas condiciones históricas específicas de Cuba?

Durante varios años algunos enemigos de la Revolución Cubana⁸ y también muchos identificados con ella consideraron el proceso cubano de construcción de una sociedad socialista como una simple reproducción del modelo soviético que, por su dependencia de la URSS, estaba condenado al fracaso. Se ignoraron las causas endógenas⁹ que condujeron al pueblo cubano a elegir el rumbo del socialismo, y no como una simple reacción ante la hostilidad del gobierno de los Estados Unidos¹⁰. Pero la historia ha sido testaruda. La lucha del pueblo cubano por el socialismo, no obstante la destrucción de la URSS y del socialismo en Europa Oriental, se mantiene e incluso después de algunos años de parcial

⁷ Véase Pablo Guadarrama, *Marxismo y antimarxismo en América Latina*, Bogotá, Universidad INCCA de Colombia, 1990; segunda edición México, D.F.-La Habana, El Caballito-Editora Política, 1994.

⁸ "La meta de Castro del disfrute del poder de modo absoluto y sin límite de tiempo no era realizable en ese punto histórico sin la alianza con la Unión Soviética, la única potencia que podía apadrinarlo y ampararlo económica y militarmente". K. Clark, *Cuba, mito y realidad*, Miami-Caracas, Saeta Ediciones, 1990, p. 88.

⁹ "El fenómeno de la proletarianización masiva de la sociedad incidió radicalmente en los cambios de actitudes de todos los agrupamientos sociales, hasta el extremo de propiciar la unidad de los elementos constitutivos del pueblo y sentar las premisas para la revolución socialista. Otros factores como las contradicciones entre la nación y el dominio imperialista, el papel de la personalidad en la historia, las ilusiones heroicas derivadas de una lucha por la liberación nacional, *por el altar y por la patria*, contribuyeron decisivamente a la consolidación del movimiento revolucionario en la década del 60...". J.P. Ibarra, *Cuba: 1898-1958. Estructura y procesos sociales*, La Habana, Editorial Ciencias Sociales, 1995, p. 248.

¹⁰ "El socialismo adviene en Cuba como un proceso de respuesta a las presiones norteamericanas que culminan con el intento de Bahía de Cochinos". A. Villegas, "América Latina: Revolución y lucha de clases. Un ensayo categorial", en *Nuestra América*, No. 11, México. D.F., UNAM, mayo-agosto de 1984, pp. 127-128.

repliegue económico y social durante el llamado “período especial”, ahora nuevamente se recupera y se desarrolla contra todos los pronósticos apocalípticos.

¿Será acaso que el proyecto cubano se alejó del marxismo o que por el contrario ha confirmado algunas de sus ideas y a la vez ha puesto en duda algunas interpretaciones unilaterales de esta teoría? ¿Qué tanto está vivo de Marx, así como de algunas de las interpretaciones y desarrollos auténticos¹¹ de esta doctrina en el proyecto socialista cubano, y qué parece haber sido superado de ella? ¿Tendrá posibilidades de sobrevivir y avanzar el socialismo en Cuba si se atiene estrictamente a todas y cada una de las tesis formuladas por Marx en su época? O por el contrario, ¿podrá continuar avanzado en la perspectiva socialista sin tomar en consideración muchas de las ideas de Marx y del marxismo, en desafío de los paradigmas de la lógica: ni lo uno, ni lo otro, sino todo lo contrario? Parece que no habrá que esperar por una nueva presunta testarudez de la historia para encontrar respuesta a estos interrogantes.

Ante todo, como es bien conocido, la teoría de la revolución social en Marx y Engels fue elaborada a mediados del siglo XIX. En esa época el capitalismo se encontraba en su fase premonopolista de desarrollo, y el imperialismo con sus nuevas formas de explotación y control económico y político transnacional apenas comenzaba su desarrollo. Por otra parte, su perspectiva revolucionaria era concebida como un proceso permanente de proyección universal y necesariamente con un punto de partida eurocéntrico¹².

Marx consideraba en 1859 que “al llegar a una fase determinada de desarrollo las fuerzas productivas materiales de la sociedad entran en contradicción con las relaciones de producción existentes o, lo que no es más que la expresión jurídica de esto, con las relaciones de propiedad dentro de las cuales se han desenvuelto hasta allí. De formas de desarrollo de las fuerzas productivas, estas relaciones se convierten en trabas suyas. Y se abre así una época de

¹¹ En su historia el marxismo ha tenido tanto desarrollos auténticos que han aportado y contribuido a su enriquecimiento en distintas condiciones y ante nuevos problemas, del mismo modo que interpretaciones dogmáticas y simplificadoras que han atentado contra la riqueza teórico-crítica de esta doctrina y de su praxis socialista. En América Latina, como en otras latitudes, se han manifestado ambas posiciones. Véase Pablo Guadarrama (director del colectivo de autores), *Despojados de todo fetiche. La autenticidad del pensamiento marxista en América Latina*, Bogotá, Universidad INCCA de Colombia-Universidad Central de Las Villas, 1999.

¹² Véase N. Kohan, *Marx en su (Tercer) Mundo. Hacia un socialismo no colonizado*, Buenos Aires, Editorial Biblos, 1998.

revolución social”¹³.. Todo parece indicar que Marx hizo esta formulación en un sentido histórico general para referirse a una época en su contenido universal más amplio, y no para que se manifestase fatalmente de forma específica y aislada para un país o un grupo de países.

Solamente en ese sentido puede concebirse el inicio de procesos revolucionarios de contenido distinto al de las anteriores revoluciones burguesas a partir de la Comuna de París o de las revoluciones en Rusia, China o Cuba. Pues si se intenta aplicar esquemática y forzosamente tal ecuación en los lugares donde debía producirse la revolución socialista a los límites estrechos de las fronteras nacionales de estos tres países, por muy amplias que hayan sido las de los primeros casos, aun así no resultaría válida tal tesis¹⁴.

La validez de esta idea de Marx es apreciable en un sentido histórico universal a partir del análisis de la experiencia de la época anterior de las revoluciones burguesas, de la que podrían inferirse algunas características de la nueva época de revoluciones de carácter socialista, tal y como el siglo XX lo ratificaría. Otro asunto es analizar el por qué de los éxitos o fracasos de algunos de los ensayos socialistas realizados hasta el presente.

Incluso, cuando hubo malabarismos teóricos en los años sesenta para presentar esa contradicción entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción y se ubicaba el desarrollo de las primeras en los países capitalistas desarrollados, en tanto se ubicaba la ruptura de la estabilidad de las relaciones de producción en los países atrasados, tampoco se entendió el carácter histórico universal de dicha formulación marxiana.

La concepción sobre el inicio de los procesos revolucionarios hacia el socialismo a partir de los países más desarrollados del capitalismo, prevaleció básicamente en el movimiento revolucionario mundial hasta que Lenin concibió la idea, y la puso en práctica, sobre la posibilidad de la ruptura de la cadena

¹³ Karl Marx, Prólogo a la “Contribución a la crítica de la economía política”, en *Obras escogidas*, Buenos Aires, Editorial Ciencias del Hombre, 1973, p. 385.

¹⁴ “En ese sentido, se debe pensar si la revolución bolchevique ‘forzó’ a Marx. Ya un importante marxista occidental –para utilizar la categoría acuñada por Merleau- Ponty y retomada recientemente por Perry Anderson– decía que la revolución rusa había sido una ‘revolución contra *El capital*’: ni más ni menos que Antonio Gramsci. Fue una revolución contra *El capital* porque se produjo en un país en el cual la clase trabajadora no había llegado a convertirse en la predominante y más representativa de la sociedad”. Rubén Jaramillo, “Algunas consideraciones sobre el asunto ‘Marx hoy’”, en Jaime Caycedo y Jairo Estrada (compiladores), *Marx vive. Siglo y medio del Manifiesto Comunista ¿superación, vigencia o reactualización?*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 1999, p. 121.

imperialista por su eslabón más débil, es decir, por el país en donde se concentrara el mayor número de contradicciones del sistema capitalista, como era el caso de Rusia, a partir de su concepción sobre el desarrollo desigual del capitalismo¹⁵.

El conflicto entre Trotsky y Stalin sobre la admisión o no de la posibilidad del triunfo del socialismo en un solo país, no fue un simple ejercicio teórico; estaba en juego, y lo sigue estando, la decisión de algunos pueblos de iniciar la marcha hacia el socialismo, y ejecutar la “revolución permanente”, sin tener que esperar que el producto revolucionario les llegue con etiquetas de *Made in England* o *Made in France*. La visión de Trotsky sobre la evolución de Lenin respecto a la posibilidad de iniciar las transformaciones socialistas en un país tan atrasado como Rusia¹⁶ resultan hoy de gran valor cuando se ha producido un repliegue del socialismo y algunos países como Cuba se empeñan en continuar por ese rumbo, afianzados no en una interpretación mecanicista de las leyes de la historia, sino por el contrario, poniendo énfasis en la importancia del factor subjetivo, en la formación ideológica de los sectores populares y de la propia dirigencia .

A juicio de Fidel Castro: “El socialismo hay que construirlo con trabajo político, con organización, con planificación, con eficiencia, porque lo único que se construye mediante mecanismos es el capitalismo. Puede haber mecanismos que

¹⁵ “La desigualdad del desarrollo económico y político es una ley absoluta del capitalismo. De aquí se deduce que es posible que la victoria del socialismo empiece por unos cuantos países capitalistas, o incluso por un solo país capitalista”. Vladimir Ilich Lenin, “La consigna de los Estados Unidos de Europa”, en *Obras escogidas*, Moscú, Ediciones en Lenguas Extranjeras, tomo I, 1960. p. 717.

¹⁶ “Objeciones de otro orden se basaban en el atraso histórico de Rusia. El poder ejercido por la clase obrera implicaba, inevitablemente, el tránsito al socialismo, y la economía y la cultura de Rusia no estaban maduras para esto. Había que llevar a cabo la revolución democrática hasta sus últimas consecuencias. Sólo el triunfo de la revolución socialista en Occidente podía justificar la dictadura del proletariado en Rusia. Tales fueron las objeciones de Rikov en la conferencia de abril. Para Lenin era elemental como el *a b c* que las condiciones culturales y económicas de Rusia no admitían la edificación de un Estado socialista. Pero sabía que, en términos generales, la sociedad no está construida de un modo tan racional, que el momento oportuno para implantar la dictadura del proletariado se presenta precisamente en el momento en que las condiciones económicas y culturales del país están en sazón para el socialismo. Si la humanidad se desarrollara de un modo tan lógico, no habría necesidad de dictaduras ni de revoluciones. La sociedad histórica, viva, no tiene nada de lógica, y su armonía es tanto menor cuanto más atrasada se halla. El hecho de que en un país atrasado como Rusia la burguesía llegara a un estado de descomposición antes del triunfo completo del régimen burgués y de que sólo el proletariado pudiera reemplazarla al frente de los destinos de la nación, es la expresión de esta falta de lógica. El atraso económico de Rusia no exime a la clase obrera del deber histórico de cumplir la misión que le cupo en suerte; lo que hace es dificultar extraordinariamente el cumplimiento de esa misión. Lenin daba una contestación simple, pero cumplida, a Rikov, cuando éste afirmaba por enésima vez que el socialismo tenía que venir de países con una industria más adelantada: “Nadie puede decir quién empezará ni quién

ayuden al socialismo, pero eso no implica que ni por un segundo nos olvidemos de que el socialismo es obra del hombre, y es por excelencia obra del hombre, de la racionalidad del hombre, de la capacidad del hombre de prever y planificar y de resolver problemas, y no obra de leyes ciegas y de mecanismos ciegos”¹⁷. Si la dirigencia de la Revolución Cubana hubiese esperado por la acción de tales presuntas leyes fatales proclamadas desde el siglo XIX en la Doctrina Monroe, Cuba sería hoy la fruta madura anhelada por la canasta norteamericana, como lo es Puerto Rico.

Por su parte, la concepción del Che Guevara de impulsar la construcción del socialismo en Cuba, también se fundamentaba en una alta estimación del papel del factor subjetivo en los procesos revolucionarios, y en especial en la lucha por el socialismo. Según Fernando Martínez: “El Che asume una posición filosófica que privilegia la acción consciente y organizada como creadora de realidades sociales, una filosofía marxista leninista de la praxis, frente al determinismo social que considera que los cambios son resultado de la ruptura de una correspondencia necesaria, en este caso de las fuerzas productivas respecto a las relaciones de producción, correspondencia que fue extendida como necesidad a la transición socialista. (...) Pero el Che plantea que *para toda la época de transición del capitalismo al socialismo y al comunismo rige una dialéctica de ambos factores, en la que el polo dominante tiene que ser el subjetivo*, so pena de no avanzar, en el corto o largo plazo, y por consiguiente no llegar”¹⁸.. Por esa razón el Che planteó con profunda convicción revolucionaria, y no por aventurerismo político, la tesis de crear en otros países dos o tres, muchos Vietnam; se inspiraba precisamente en el criterio de no tener que esperar a que la convocatoria a la construcción del socialismo le llegase a los pueblos del Tercer Mundo por acuerdos tomados en congresos en Europa o Norteamérica.

Cuando la dirección de la Revolución Cubana decidió no sólo declarar el carácter socialista de ese proceso –en abril de 1961– sino iniciar con anterioridad a tal declaración las transformaciones sociales y políticas en tal sentido, no les pidió

acabará”. León Trotsky, *Historia de la Revolución Rusa*, Madrid, Editorial Cenit, tomo I, 1931, p. 241.

¹⁷ Fidel Castro, “Discurso por el XXV aniversario de la victoria de Playa Girón y de la proclamación del carácter socialista de la Revolución”, La Habana, 19 de abril de 1986, en *Cuba Socialista*, No. 6, La Habana, septiembre-octubre de 1986, pp. 82-83.

¹⁸ Fernando Martínez Heredia, *Che, el socialismo y el comunismo*, La Habana, Casa de las Américas, 1989, pp. 59-61.

permiso a aquéllos que se disputaban el papado del marxismo, la Unión Soviética o China, para tomar tal decisión. Sabía, por supuesto, que se empeñaban en una tarea en la que el contexto internacional era favorable a esa opción y en general a las luchas de liberación nacional por los procesos de descolonización y de luchas antiimperialistas que se estaban produciendo en el mundo, pero también estaba consciente esta dirigencia cubana, de que en un caso de conflagración mundial estarían solos, como ya lo había demostrado la crisis de los misiles atómicos en la isla en octubre de 1960, no obstante los acuerdos tomados al respecto entre las dos superpotencias de aquellos años.

Si en la época de los inicios de la Revolución Rusa, lo mismo que posteriormente en los momentos de la Revolución China o en los años germinales de la Revolución Cubana, en la década de los 60, una interpretación estrecha de la mencionada tesis de Marx sobre la revolución social hubiese podido frenar los intentos de buscar posibilidades de construcción socialista en países como éstos, en la actualidad cuando el ensayo soviético fracasó, al chino se le cuestiona su contenido socialista y al cubano se le vaticina el estancamiento hasta la desaparición –no obstante los elementos que demuestran todo lo contrario, en medio del triunfalismo neoliberal–, pareciera sin sentido sostener hoy que tiene algún valor y vida aquella idea de Marx sobre las causas que producen la apertura de una época de revolución social.

También en el siglo XIX, durante la época de la restauración del absolutismo monárquico con la instalación de la Santa Alianza, se pensó en el fracaso de las conquistas de las revoluciones inglesa y francesa; pero la historia finalmente demostraría todo lo contrario. Ya llegará el momento en que se les reconozcan los méritos necesarios a las conquistas del socialismo del siglo XX, no como simples conquistas del socialismo, sino de la humanidad, del mismo modo que las alcanzadas por aquellas revoluciones no fueron simplemente conquistas burguesas, sino también de la humanidad.

La opción por el socialismo en Cuba no constituye una invalidación de dicha tesis de Marx; por el contrario se inscribe junto a las revoluciones rusa, china y otros procesos revolucionarios de orientación socialista, en la demostración de la mencionada tesis en su sentido histórico universal, como la concibió Marx, y es una prueba más de que el socialismo no es el simple producto de la mentalidad utópica y febril de algunos intelectuales o dirigentes revolucionarios, sino el

resultado de exigencias sociales de los pueblos como agentes ejecutores de la historia.

Ahora bien, cuando Marx y Engels planteaban en qué aspectos se “presupone el desarrollo universal” se referían ante todo al comunismo en su plenitud como superación integral de la sociedad capitalista, y no específicamente a su primera fase, en la que consideraban se producirían “defectos inevitables”¹⁹, como es la forma de distribución de la riqueza social. Pero ante todo se debe tener en consideración lo que ambos sostenían al respecto: “para nosotros, el comunismo no es un *estado* que debe implantarse, un *ideal* al que deba sujetarse la realidad. Nosotros llamamos comunismo al movimiento *real* que anula y supera el estado de cosas actual. Las condiciones de este movimiento se desprenden de la premisa actualmente existente”²⁰.

Esto dejaba las puertas abiertas para asumir el comunismo más como una actitud ante un estado de cosas, es decir, ante un régimen social injusto existente en un momento y una circunstancia dados, que debe ser superado independientemente del país en que se encuentre el sujeto de la acción histórica en la praxis comunista. Nada tiene entonces de extraño, que Lenin decidiera cambiarle el nombre al Partido Socialdemócrata Ruso (bolchevique) por el de Partido Comunista, al plantearle a su vez un nuevo contenido y objetivos diferentes a su misión, aun cuando lo hiciese en ese inmenso y atrasado país.

Tampoco resultó contraproducente que a partir de entonces surgieran numerosos partidos con tal denominación en diferentes países del mundo y no sólo en los desarrollados, entre los cuales se encontraban China y Cuba. Así, sus dirigentes –con independencia de aciertos y errores– se plantearán el objetivo de luchar por el socialismo y el comunismo en países tan distantes de los primeros lugares del desarrollo económico.

En definitiva, el siglo XX realizó varios ensayos de construcción del socialismo. El hecho de que uno de los más relevantes, el soviético, haya fracasado, al menos permite cuestionarse hipotéticamente lo siguiente: ¿en caso de que no se hubiese producido la Revolución de Octubre de 1917, Rusia hubiese tenido la fortaleza suficiente para haber derrotado a los agresores nazifascistas?,

¹⁹ Karl Marx, “Crítica al programa de Gotha”, en *Obras escogidas*, Buenos Aires, Editorial Ciencias del Hombre, tomo V, 1973, p. 425.

²⁰ Karl Marx y Friedrich Engels, “Feuerbach. La concepción materialista de la historia”, en *Obras escogidas*, ed. cit., tomo IV, p. 31.

¿Habría llegado a los niveles de desarrollo económico, tecnológico, militar, cultural, social, etc., que logró alcanzar como Unión Soviética hasta convertirse en una superpotencia respetada por las demás, a pesar de los bloqueos de todo tipo de que fue objeto y la obligación de participar en una desangrante carrera armamentista?

La historia de la tendencia desastrosa de la vida económica y social rusa en esta última década de ensayos neoliberales no es buen indicio para pensar que su mejor opción hubiera sido renunciar al socialismo desde un inicio para encontrar un más acelerado ritmo de desarrollo socioeconómico. Lo mismo se puede pensar en relación con China y Cuba si nos planteamos los siguientes interrogantes especulativos: ¿Sería China hoy un *supertigre* asiático si hubiera continuado su ritmo de desarrollo como lo llevaba a cabo hasta la década del 40? ¿Cuál hubiese sido su estado de desarrollo actual si no se hubiese producido una revolución socialista en ese inmenso y superpoblado país? La misma pregunta puede formularse en relación con Cuba. ¿Habría llegado Cuba a los niveles de desarrollo económico, social, educativo, científico, de salud, cultura, deporte, promedio y calidad de vida que hoy posee a pesar del férreo, injusto e inhumano bloqueo por parte del país más poderoso del mundo, si no se hubiera realizado una revolución orientada a la construcción del socialismo? ¿O por el contrario su ritmo de desarrollo sin tales “interferencias” revolucionarias hubiese llevado a Cuba al nivel promedio de otros países del área latinoamericana y cuando más al de algunos de mayor relativo desarrollo? A los politólogos, historiadores, economistas, etc., les corresponderá mejor hacer tales estudios de alternativas y pronósticos del desarrollo socioeconómico cubano sobre base reales y no especulativas²¹. Luego la filosofía puede aprovechar los resultados de las investigaciones sociales, pero cuando la ciencia no ha determinado con precisión irrefutable la verdad, entonces la filosofía tiene la oportunidad de ofrecer aproximaciones a ella.

Para los cubanos que están en contra de la corriente neoliberal predominante en el mundo contemporáneo el proyecto de defender las conquistas alcanzadas por el socialismo en Cuba y lograr otras superiores –no obstante las concesiones obligadas a la inversión extranjera y otras medidas como la libre

²¹ “Cuba no es la transfiguración de una doctrina, ni la reificación de una filosofía totalitaria. Se trata de un país. Se escribe poco y se publica menos, dentro y fuera de Cuba, acerca de ese país real”. R. Hernández, *Mirar a Cuba*, La Habana, Editorial Letras Cubanas, 1999, p. 17.

circulación del dólar, el desarrollo del turismo internacional, etc. , que llevan a algunos a pensar en el fracaso del ensayo socialista— el problema de las posibilidades de continuar la construcción del socialismo en favor o en contra de la mencionada tesis de Marx sobre dónde y cómo se iniciarían los ensayos del comunismo, no es una simple cuestión académica sino cuestión de vida o muerte de casi medio siglo de Revolución.

Algunos bienintencionados amigos de dicho proceso, apoyándose en una determinada interpretación de la susodicha tesis de Marx, que no la conciben en su perspectiva histórica, auguran incluso que las posibilidades del socialismo en Cuba no sólo son muy pocas, sino que prácticamente son nulas. También los críticos del socialismo, en general, sin tener necesidad de apoyarse en Marx coinciden en considerar que la Revolución Cubana está condenada al fracaso, casi por fatal ley natural.

Pareciera que independientemente de que Marx estuviera vivo o muerto el socialismo no hubiese tenido posibilidades de triunfo en Cuba. Se llega incluso a presentar a los líderes políticos de la Revolución Cubana, presuntamente obstinados, como no autorizados por el propio Marx para iniciar la construcción del socialismo en una isla tan pequeña y acosada permanentemente por los sucesivos gobiernos de los Estados Unidos de América.

El asunto se presenta como un seudoproblema teórico, pues no se trata de saber si Marx o el marxismo tendrían la razón en cuanto a qué países y en qué momento debían éstos optar por el socialismo. Este es, en verdad, un problema eminentemente práctico, ya que varios países, entre ellos Cuba, se mantienen, y no sólo se mantienen sino que avanzan con tendencia exitosa hacia el socialismo, a pesar de los retrocesos parciales derivados de la hecatombe del muro de Berlín.

La labor de los estudiosos del marxismo no debe encaminarse a precisar por qué razón la realidad histórica no se ajusta a una determinada interpretación de una tesis de Marx o de otro representante de esta teoría, sino al revés: por qué una determinada interpretación de la teoría de este pensador no se ajusta a la realidad histórica. Sólo así se desarrolla la teoría y a la vez se contribuye a impulsar la historia.

Si los líderes de la Revolución Cubana se hubiesen dejado llevar por la interpretación estrecha de la mencionada tesis de Marx, Cuba no hubiese dado un

paso hacia la dignificación de su pueblo en estas décadas de lucha por el socialismo.

Para el máximo líder de la Revolución Cubana, quien se formó en el estudio del marxismo en la misma medida en que iniciaba y desarrollaba la lucha por la construcción del socialismo, “el marxismo no es un conjunto de ‘formulitas’ para tratar de aplicarlas a la fuerza en cada problema concreto, sino una visión dialéctica de los problemas, una aplicación viva de esos principios, una guía, un método”²². Por eso la utilización del marxismo en la praxis revolucionaria cubana ha sido lo suficientemente creativa como para desarrollar con éxito hasta el presente la tarea de lograr una sociedad socialista en este país, con plena conciencia de su articulación orgánica con esta doctrina, por lo que Fidel Castro confiesa “que no se habría podido ni concebir siquiera la Revolución Cubana –un acontecimiento que parecía muy difícil, un acontecimiento que para muchos constituía un imposible–, no se habría podido concebir ni aplicar si no es partiendo de las ideas esenciales y de los principios del marxismo”²³.

Como se observó con anterioridad, el marxismo no era una planta exótica en Cuba desde principios del siglo XX, pues estaba articulado ideológicamente a algunas de las luchas sociales de la época, y posteriormente adquiriría mayor reconocimiento intelectual en el plano académico. Así, en la primera mitad del siglo XX se manifestaron varias tendencias del marxismo en la isla²⁴. Entre las posiciones de la intelectualidad cubana, como expresión de las distintas posturas socioclasistas, hubo un grupo que lo rechazó de plano totalmente por considerarlo orgánicamente imbricado con el stalinismo. Otros sectores intelectuales llegaron a admitirlo e incluso a asumirlo en el plano académico por su valor filosófico, económico, sociológico, etc., pero sin vincularse a una militancia política ni a la lucha por el socialismo. Por último, hubo un grupo identificado de forma más consecuente tanto en la teoría como en la praxis con las ideas del marxismo y del socialismo.

²² Fidel Castro, “Discurso en la clausura del Primer Congreso Nacional de Maestros de Vanguardia ‘Frank País’ y en la graduación de las EBIR”, La Habana, 10 de abril de 1963, en *Obra Revolucionaria*, No. 9, La Habana, 1963, p. 6.

²³ Fidel Castro, “Discurso en la Universidad Carolina”, Praga, 22 de junio de 1972, en *El futuro es el internacionalismo*, La Habana, Instituto Cubano del Libro, 1972, p. 353.

²⁴ Pablo Guadarrama, “Tendencias en la recepción del marxismo en el pensamiento filosófico cubano”, en *Dialéctica*, No. 18, Puebla, 1986; *Revista Cubana de Ciencias Sociales*, No. 16, La Habana, 1988, pp. 16-36.

Al orientarse la Revolución Cubana hacia el socialismo, la mayor parte del primer grupo emigró. Del segundo grupo, aunque algunos también emigraron, muchos se han mantenido en Cuba identificados o no con las medidas, leyes y productos de ese proceso revolucionario. El tercer grupo, por su parte, asumió dicho proceso como un verdadero laboratorio social a la vez teórico para poner a prueba la validez del marxismo.

Desde mediados de los años cuarenta ya existían cuestionamientos críticos sobre algunas de las tesis sostenidas por Blas Roca en su obra *Los fundamentos del socialismo en Cuba*, que era uno de los documentos básicos del partido de los comunistas cubanos (el Partido Socialista Popular) antes del triunfo de la Revolución del 1959, críticas relacionadas con sus planteamientos sobre la historia de Cuba, caracterizada a partir del presunto esquema de Marx sobre la sustitución de las formaciones económico-sociales²⁵, esquema que el propio Marx había criticado cuando algunos admiradores de su pensamiento habían extrapolado aquella interpretación suya de la historia europea y la habían convertido en esquema universal de la historia, válido para todos los países del mundo incluyendo, por supuesto, a Cuba.

Tal vez éste fue uno de esos casos en que ciertas interpretaciones del marxismo le hicieron daño al propio Marx. Las investigaciones efectuadas posteriormente sobre la historia de Cuba, desde una perspectiva no menos marxista, revelaron las especificidades de las luchas sociales, políticas, etc., y su articulación con las demandas socioeconómicas de cada momento, y permitieron superar formulaciones dogmáticas y simplificadoras de la concepción materialista de la historia y ratificar su valor para el estudio de la realidad cubana.

El propio Marx previno contra las interpretaciones de su pensamiento que consideraban el desarrollo histórico sometido a un proceso fatal e inexorable en que el que las leyes no dejaban margen a la libre elección de los individuos, y ni siquiera a las casualidades. En 1871 Marx le escribía a Kugelmann al respecto: “Desde luego, sería sumamente cómodo hacer la historia universal si sólo se emprendiera la lucha cuando todas las probabilidades fueran inexorablemente favorables. Por lo demás la historia sería totalmente mística, si las ‘casualidades’

²⁵ “En Cuba se han sucedido cuatro tipos fundamentales de sociedad: comunismo primitivo, esclavitud, feudalismo y capitalismo”. Blas Roca, *Los fundamentos del socialismo en Cuba*, La Habana, Ediciones Populares, 1960, p. 11.

no desempeñaran en ella ningún papel. Naturalmente, estas casualidades entran en el marco de la evolución general y son compensadas, a su vez, por otras casualidades”²⁶.. Tales convicciones condujeron a Marx a cambiar de actitud frente a la Comuna de París, ya que luego de considerar que las condiciones para su desarrollo exitoso no estaban dadas, una vez apreció la significación de la explosividad de la lucha de los sectores populares, inmediatamente, como consecuente revolucionario, apoyó aquel intento del proletariado francés de “tomar el cielo por asalto”.

Otro de los temas que desde el inicio de la Revolución Cubana también afloró en el debate, tanto entre la intelectualidad como en el seno de la dirigencia política, fue el del papel protagónico de la clase obrera en el proceso revolucionario y la condición de vanguardia política del partido marxista en la dirección de la Revolución y la lucha por el socialismo.

La determinación de la perspectiva socioclasista propugnada por el marxismo a partir del componente campesino o de los obreros agrícolas, de los obreros industriales, de la clase media, la pequeña burguesía, y hasta de la burguesía nacional, lo mismo durante la lucha insurreccional como en los primeros años posteriores al triunfo revolucionario frente a la burguesía exportadora y la oligarquía terrateniente —especialmente en relación con el poder económico de los empresarios extranjeros, fundamentalmente norteamericanos— y las confrontación con el gobierno de los Estados Unidos de América, no constituyeron simples ejercicios de análisis teórico de los académicos sino de la misma dirigencia política de la Revolución, que estudiaba el marxismo e impulsaba su estudio de manera masiva con el objeto de preparar ideológicamente al pueblo en la lucha por el socialismo.

No es común que se ponga en duda, ni para el caso de la Revolución Cubana ni para otros procesos revolucionarios, la validez de innumerables tesis de la concepción materialista de la historia relacionadas con la interacción dialéctica entre base y superestructura, con la autonomía relativa de las formas ideológicas y la determinación en última instancia del factor económico en cuanto a las transformaciones históricas de la lucha de clases, el papel dominante de las ideas que expresan el estatus de la clase social en el poder, así como trascendentales descubrimientos de la vida socioeconómica como la plusvalía y las fuentes reales de la enajenación, etc. Pero lo que sí se pone en duda es la posibilidad de que Cuba continúe su construcción socialista, al tenor de la tergiversada interpretación de Marx y Engels a propósito del fatal desenlace de los procesos revolucionarios llevados a cabo en países que intentasen aisladamente la puesta en práctica de las ideas socialistas y comunistas.

El marxismo en su versión soviética, es decir el marxismo-leninismo, se convirtió en la doctrina oficial en toda la vida académica, científica, política y cultural de Cuba, y esto se incrementó durante la década del 70 y hasta mediados

²⁶ Karl Marx, “Carta a Kugelmann del 17 de abril de 1871”, en Karl Marx, *Cartas a Kugelmann*, La Habana, Editorial Ciencias Sociales, 1975, p. 209.

de los 80, cuando la articulación con el otrora campo socialista y, especialmente con la Unión Soviética, llegó a su máximo esplendor. Si durante la década del 60 algunas versiones del llamado marxismo occidental²⁷ llegaron a tener alguna acogida en ciertos ambientes intelectuales, en la década siguiente estas influencias decayeron hasta alcanzar su más mínima expresión.

Desde mediados de los años 80 el marxismo en Cuba se vio afectado por la crisis del socialismo iniciada con la *Perestroika*. Nuevos elementos de análisis afloraron en el pensamiento marxista de la isla a partir de entonces, tanto en la enseñanza, como en la investigación, la vida cultural y el discurso político. Sin renunciar al marxismo, se ha enfatizado no obstante la continuidad ideológica de la obra martiana en la Revolución Cubana²⁸ y su articulación con su proyección socialista.

Por otra parte, las relaciones del pensamiento marxista cubano con la producción intelectual y política de orientación marxista procedente del ámbito latinoamericano estuvieron afectadas por los vaivenes de los nexos y confrontaciones con distintos sectores de la izquierda latinoamericana. También sufrieron la influencia del repliegue de las relaciones diplomáticas y por tanto culturales con muchos países del área cuyos gobiernos, dependientes de la política norteamericana de bloqueo a Cuba, se dejaron influir por ella y la apoyaron. Posteriormente, por presión de sus propios pueblos y por la opinión pública internacional, la mayoría de ellos restablecieron sus relaciones diplomáticas, económicas y culturales con Cuba, aunque este país no haya cambiado su perspectiva socialista ni su identificación con las ideas marxistas.

Por ese motivo, los intelectuales y líderes identificados con el pensamiento marxista en América Latina y en otras latitudes han estado atentos a las posibilidades reales de desarrollo del socialismo en Cuba, porque valoran que este experimento social puede resultar decisivo para el destino final de las ideas marxistas y socialistas no sólo en esta región del mundo sino en el mundo entero.

²⁷ Véase Pablo Guadarrama, "¿Cuba, marxismo soviético o marxismo occidental?", en *Humanismo, marxismo y posmodernidad*, La Habana, Editorial Ciencias Sociales, 1998.

²⁸ "Creo que mi contribución a la Revolución Cubana consiste en haber realizado una síntesis de las ideas de Martí y del marxismo-leninismo, y haberla aplicado consecuentemente en nuestra lucha". Fidel Castro, en *Fidel y la religión. Conversaciones con Frei Betto*, La Habana, Oficina de Publicaciones del Consejo de Estado, 1985, p. 159.

Con el desarrollo de la Revolución Cubana se abrieron nuevas perspectivas que repercutirían definitivamente en una nueva época del marxismo en América Latina, dado el carácter sui géneris de dicha Revolución.

El análisis de las particularidades de este proceso y la decisión de este pueblo de construir el socialismo por vez primera en el hemisferio occidental, serían motivos de reflexión permanente de muchos marxistas.

Innumerables cuestiones teóricas han tenido que ser abordadas a partir de la experiencia cubana, lo que ha enriquecido el análisis sobre la teoría del partido marxista, sobre los factores objetivos y subjetivos del triunfo de una revolución, sobre la personalidad en la historia teniendo en cuenta su líder tan carismático, sobre las vías para la toma del poder político, las formas de Estado del poder popular con formas propias del ejercicio de la democracia, de la acción de las diferentes formas de conciencia social en un país que en el inicio de la construcción socialista contaba con un bajo nivel de desarrollo capitalista, en especial de la ciencia, la ideología política, así como las particularidades del arte y la religión en el contexto tanto cubano como latinoamericano.

A todo lo anterior se suma el problema de la formación de un hombre nuevo en interacción con los mecanismos económicos y los estímulos morales, por su efecto en la conciencia para la construcción de la nueva sociedad, e incluso ha sido objeto de investigación el tema de la enseñanza de la teoría marxista en sus diferentes expresiones disciplinarias como la filosofía, la economía política y la teoría sociopolítica, y por su incidencia en la formación de una concepción científica del mundo.

Todos estos temas han dado lugar a una prolífica literatura que se encuentra principalmente en las intervenciones de los líderes de esta Revolución, sobre todo en Fidel Castro y Ernesto Che Guevara, y en numerosos trabajos de otros dirigentes e intelectuales que han abordado tales cuestiones en Cuba.

El proceso de rectificación de los errores y de las tendencias negativas en la construcción del socialismo, emprendido por el pueblo cubano desde mediados de la década del 80, revitalizó también el análisis de muchos de los problemas relacionados con la validez de la teoría marxista.

El rumbo socialista de la Revolución Cubana, que con anterioridad fue considerado erróneamente como un producto de las presiones externas generadas por las relaciones soviético-norteamericanas, demostró la falsedad de la tesis

sobre el carácter exótico del marxismo y su "inadaptabilidad" al mundo cubano y latinoamericano.

Con el derrumbe del socialismo soviético y la ofensiva neoliberal de la época contemporánea, el rumbo socialista de la Revolución Cubana no se modificó, pero sí los ritmos de desarrollo de la construcción de ese nuevo tipo de sociedad. También se ha hecho sentir el impacto de la crisis del socialismo y del marxismo en diversas esferas de la vida cultural e ideológica cubana de los últimos años. A juicio de Isabel Monal: "se ha producido en Cuba un proceso de desocialización del marxismo y del leninismo (al que no son ajenos los medios masivos de comunicación), ya por la desaparición referencial al mismo como por la supresión de la terminología"²⁹.

Evidentemente, la década de los 90 ha sido un escenario vertiginoso de acontecimientos y de conflictos ideológicos que pusieron a prueba la validez del marxismo y del ideal socialista en el proceso revolucionario cubano. Hubo etapas difíciles de desconcierto vinculadas a grandes carencias materiales que hicieron incluso abrigar la idea de la posibilidad de la destrucción de la Revolución Cubana y la desaparición del marxismo del ámbito cultural y académico. Serias transformaciones se produjeron en la enseñanza, investigación y divulgación, pero el ideario de Marx comenzó a revivir como el ave fénix en la misma medida en que se disipaba la polvareda levantada por la caída del muro de Berlín.

"El 'impacto moral del derrumbe' –apunta Rubén Sardoya– se alejaba en el tiempo, comenzaba a extenuarse, se convertía en objeto de reflexión"³⁰; y aunque no faltaron intentos sádicos e, incluso, masoquistas de descuartizar la experiencia del socialismo universal, el pensamiento marxista cubano logró arrojar lejos el paño con que se secaron las lágrimas que provocó sus crisis y emprendió de forma serena el análisis crítico de los nuevos retos que le imponía la época a las fuerzas revolucionarias"³¹. Tal vez sean estos años del siglo XX en Cuba una de las épocas de mayor creatividad y riqueza teórica en la interpretación marxista de los

²⁹ Isabel Monal, "La huella y la fragua: el marxismo, Cuba y el fin de siglo", en *Temas*, No. 3, La Habana, julio-septiembre de 1995, pp. 9-10.

³⁰ Existen muchos debates en revistas como *Casa de las Américas*, en *Temas*, *Contracorriente*, etc., así como en eventos y libros que demuestran la atención brindada en Cuba a los estudios sobre la crisis del socialismo y del marxismo durante los últimos años. Un ejemplo entre otros es la obra de un colectivo de autores cubanos que ha tenido ya tres ediciones: *El derrumbe del modelo eurosoviético. Visión desde Cuba*, La Habana, Editorial Félix Varela, 1996.

³¹ Rubén Sardoya, "Notas sobre el impacto del derrumbe de la Unión Soviética y el socialismo europeo sobre Cuba", en *Contracorriente*, No. 10, La Habana, noviembre-diciembre de 1997, p. 68.

procesos sociales contemporáneos. Ante la imposibilidad de encontrar todas las respuestas en las imprentas de Moscú, Frankfurt o París, hubo mayor urgencia de aceptar las propias y generar un pensamiento acorde con las nuevas circunstancias desde la perspectiva cubana. El mundo se había transformado sustancialmente; de lo que se trataba ahora era de la necesidad de volver a interpretarlo. En esa tarea el marxismo seguía siendo una herramienta indispensable.

Ante la alternativa de regresar al capitalismo como otros países de Europa Oriental y Rusia, el pueblo cubano decidió luchar por mantener las conquistas del socialismo. Aun cuando tuviese necesidad de hacer algunas concesiones a la penetración del capitalismo en determinadas áreas y actividades económicas, con los respectivos riesgos ideológicos que esto implicaría.

Ante los desafíos de la globalización, la dirección política cubana ha tomado medidas para que la necesaria participación de la sociedad cubana en todas las esferas que esto implica no ponga en peligro los logros del socialismo en Cuba. A esa dirección no le ha interesado tanto si las medidas tomadas ante las nuevas circunstancias se corresponden o no con determinadas interpretaciones de la teoría marxista, pero sí le ha interesado que sea consecuente con el proyecto socialista y por tanto humanista práctico de dicha Revolución. Lo marxista o no vendrá por añadidura.

En correspondencia con todo lo anterior, proponemos las siguientes tesis para un debate sobre el marxismo y las posibilidades del socialismo en Cuba:

- 1) Tanto Marx como otros cultivadores del marxismo han hecho más que suficiente en su momento con aportar una nueva concepción del mundo, esto es, la interpretación materialista de la historia, y una serie de ideas geniales que expresadas ya sea en forma de tesis, leyes o categorías, poseen una validez metodológicamente probada para explicar e interpretar innumerables procesos de la vida material y espiritual de la humanidad. Sin embargo, afortunadamente ninguno de ellos pudo –ni nadie podrá– aportar un esquema general válido para explicar detalladamente las particularidades específicas de cualquier nuevo fenómeno social. Debemos agradecerles la elaboración de un método dialéctico materialista de análisis histórico concreto no desprovisto de contenido. Como toda concepción filosófica *auténtica*, aportaron un conjunto de ideas sistematizadas de valor universal, que

demuestran los síntomas vitales de esta teoría en lugar de su pregonada muerte. Pero esto no significa que todas y cada una de las formulaciones teóricas del marxismo hayan tenido o tengan que tener necesariamente una verificación empírica particular. Ahora le corresponde a las nuevas generaciones continuadoras de su obra desarrollar esta teoría en correspondencia con las transformaciones socioeconómicas y políticas que se han producido en el mundo contemporáneo y los aportes del desarrollo científico y filosófico universal.

- 2) El capitalismo de la época actual de globalización y el de los tiempos de Marx no es el mismo, pero tampoco es cierto que sea absolutamente distinto, por lo que innumerables tesis referidas a sus mecanismos económicos, sociológicos, políticos e ideológicos mantienen su vigencia, aun cuando sea necesario enriquecer esta teoría como en otros momentos y en distintos países ya se ha hecho. Ni el marxismo se quedó en los estrechos límites de la obra de Marx, ni en las fronteras de Alemania o Inglaterra. Afortunadamente, otros hombres, en otras épocas y circunstancias históricas, geográficas, étnicas, etc., lo han continuado utilizando exitosamente y desarrollando. La Revolución Cubana no es otra cosa que un experimento social más, como fue la Revolución Rusa o la Revolución China, en donde se ha puesto a prueba la validez del marxismo, así como las posibilidades reales de desarrollo del marxismo y la teoría y la práctica del socialismo. Fidel Castro ha sostenido con razón que “Marx sabía más de capitalismo que de socialismo, porque Marx concebía el socialismo como una sociedad ulterior. Él no intentó describir cómo iba a ser un sistema socialista, ni mucho menos decir cómo debía ser una Constitución socialista; él estaba consciente de que esa no era su tarea”³². Esa ha sido la tarea de muchos revolucionarios del siglo XX. Sin la valoración de su experiencia es insuficiente la comprensión del valor científico teórico del marxismo. Eso lo saben muy bien los que continuarán en los próximos

³² Fidel Castro, *Globalización neoliberal y crisis económica global*, La Habana, Oficina de Publicaciones del Consejo de Estado, 1999, p. 89.

siglos luchando por fortalecer y ampliar las conquistas del socialismo en el mundo.

- 3) Una interpretación estrecha de las ideas de Marx y Engels sobre el carácter histórico universal del comunismo puede conducir a la conclusión errónea de que tendrían que ponerse de acuerdo todos los países, especialmente los capitalistas desarrollados, para comenzar la revolución simultáneamente a fin de implantar dicho régimen, y posteriormente hacerlo extensivo a los países más atrasados. Ni la historia quiso que fuera así, ni tampoco parece que lo querrá. Tal visión condenaría de antemano al fracaso cualquier intento de luchar por el socialismo en cualquier país, y los cubanos en particular, como también otros pueblos aislados, para quedar bien con dicha interpretación del marxismo entonces debían renunciar a sus intenciones socialistas. ¿Será consecuentemente marxista, es decir, humanista, revolucionaria, dialéctico-materialista y práctico-crítica, esa conclusión?. Todo parece indicar que, con tal actitud, no lo sería. Entonces ¿dónde y cómo vive Marx? En cualquier latitud y circunstancias en que se intente transformar revolucionariamente el capitalismo, dado su carácter inhumano y alienante.
- 4) Ante el capitalismo transnacional globalizado se abren como siempre muchas perspectivas, tanto de perfeccionamiento como de confrontación y crisis. De estas últimas crisis el capitalismo puede salir por múltiples vías, y muchas veces ha demostrado suficiente vitalidad para modificarse; incluso, para evitar el colapso ha hecho concesiones al socialismo. Nada tiene de extraño que ensaye nuevas salidas mucho antes de expirar como alternativa obsoleta para la humanidad.
- 5) En relación con la pregunta: ¿cuál alternativa ante el capitalismo?, el pueblo cubano por supuesto que tiene también la posibilidad que tuvieron los soviéticos y los países de Europa Oriental de renunciar a la construcción del socialismo y volver a emprender la vía capitalista de desarrollo. Sin embargo, no lo decidió así ni siquiera en los momentos más difíciles del llamado “período especial” a inicios de la década del noventa , cuando se derrumbó su principal aliado: la Unión Soviética. Una sencilla inferencia lógica hace pensar que en la actualidad, cuando

ya en Cuba se apreciaban síntomas de recuperación económica y social, reconocidos incluso por sus enemigos, luego del impacto negativo que tuvo en la economía cubana su desarticulación del campo socialista, no hay muchas razones para pensar que el pueblo cubano se decidirá ahora por el capitalismo. Ya dicho sistema lo ensayó Cuba muchos años antes del inicio de la construcción socialista, y no fueron muy favorables sus resultados, al menos para la mayoría de su población.

Pudiese resultar paradójico o simplemente casual que uno de los países a los que Marx y Engels le dedicaron menor atención –pues al menos en sus obras existe una aislada referencia a Cuba³³, relacionada con la tala indiscriminada de árboles en las montañas de este país durante la dominación colonial española y el efecto ecológico negativo que esto produjo – sea en la actualidad uno de aquellos donde se conserva la vitalidad de sus ideas y las de otros hombres, que como ellos continuaron enriqueciendo el marxismo y la materialización de las ideas del socialismo. Pero el propio Marx había sugerido la explicación: “la historia sería totalmente mística, si las ‘casualidades’ no desempeñaran en ella ningún papel”³⁴.

(*)Pablo Guadarrama González (1949)

Académico titular de la Academia de Ciencias de Cuba.

Doctor en Ciencias (Cuba) y Doctor en Filosofía (Leipzig).

Profesor titular de la Cátedra de Pensamiento Latinoamericano de la Universidad Central de Las Villas, Santa Clara, Cuba. Autor de varios libros sobre teoría de la cultura y el pensamiento filosófico latinoamericano, así como de numerosos artículos publicados en Cuba y en otros países.

³³ Karl Marx y Friedrich Engels, *Obras escogidas*, Moscú, Ediciones en Lenguas Extranjeras, tomo II, 1955, p. 90.

³⁴ Karl Marx, “Carta a Kugelman del 17 de abril de 1871”, en Karl Marx, *Cartas a Kugelman*, ed. cit., p. 209.

Ha dirigido varios proyectos de investigación y tesis doctorales en su país y en el exterior. Ponente en múltiples congresos internacionales. Ha impartido cursos de posgrado y conferencias en varias universidades latinoamericanas, de España, Estados Unidos, Rusia y Alemania. Ha obtenido varios premios y distinciones por su labor intelectual.

EL DESVANECIMIENTO DEL TIEMPO Y LA ESTETIZACIÓN DE LA ESPACIALIDAD POLÍTICA

Jorge Gantiva Silva¹

La emergencia de la nueva época histórica bajo el influjo de la reestructuración global, la desregulación y la “desaparición del sujeto” operan según la “lógica cultural” de la “revolución total” del capital. La figura benjaminiana de la “estetización” universal registra el proceso de la creación cultural, artística y cognoscitiva asociada a la producción de mercancías, la fetichización y la desestructuración del tiempo histórico. Desde la “reproducción técnica” de la obra de arte hasta la producción de conocimiento se extiende un largo proceso de desmaterialización de la vida cultural que sirve como pivote de la absolutización de la forma universal del valor. La disolución del valor de uso ha convertido la *imagen* en la forma final de la cosificación mercantil. Esta universalización de la mercancía transformó la política y la cultura en escenarios de *espectáculo* y *simulacro*.. Una superficialidad agresiva metamorfoseó la imagen y el simulacro como dimensiones de esta reificación: la insipidez, la falta de profundidad, el *kitsch*, el *collage*, el vacío, el absoluto individualismo, entendidos éstos no como carentes de contenidos, sino, todo lo contrario, como generadores de sentido y controladores de poder; creadores de lenguaje, modos de ver, sentir y practicar la política y la cotidianidad, como la “estetización” espacio-temporal.

La “lógica cultural” del capitalismo tardío comprende las más diversas manifestaciones de la conciencia social, la ética, lo simbólico, la subjetividad, las relaciones entre el medio ambiente y la vida ciudadana, la comunicación, la

¹ El autor es filósofo de la Universidad Nacional de Colombia. Ha sido profesor de filosofía política, cultura política e ideas políticas (Benjamin, Gramsci, Negri) en la carrera de Ciencia Política de la Universidad Nacional de Colombia. Realizó estudios de posgrado en la Universidad de Bolonia, Italia. Se ha desempeñado como consultor en cultura política de la Fundación Friedrich Ebert, Fescol, y es director del Centro de Estudios e Investigaciones Docentes, Ceid

producción de lo bello, la temporalidad histórica y la espacialidad política. Agenciado por la severidad de la globalización neoliberal, la cultura, las mentalidades y el “mundo de la vida”, el posmodernismo ofrece la sensación de desgarramiento del tiempo histórico y la transmutación de la espacialidad de los imaginarios colectivos. El panorama alucinante de la “revolución total” del capital ha producido su propio espejo narcisista y la perfectibilidad de la máquina maxwelliana: la relación universal del valor. La obsesión delirante sobre la “desaparición del sujeto” ha producido la regresión esquizofrénica y el atontamiento de la humanidad, los cuales han servido para sacralizar el individualismo. La pérdida de los referentes colectivos selló la “era del vacío”. Esta patología ideológica desplazó la centralidad del sujeto hacia la alienación multiforme y la fragmentación de la subjetividad. Este descentramiento del sujeto íntimamente ligado al ocaso de la identidad, de los sistemas de representación y de los imaginarios, logró instalarse gracias al influjo decisivo del pragmatismo y del nihilismo como formaciones discursivas del desvanecimiento del tiempo. El esoterismo sustituyó el reclamo societal de la conciencia histórica, la formación política y la creación cultural. El descentramiento y la fragmentación produjeron, en consecuencia, el debilitamiento de la historicidad, la falta de pertenencia y continuidad del tiempo. La historia terminó convertida en un *simulacro* y la política en un *espectáculo*, lo que, a la postre, exaltó la idea de la imposibilidad histórica de construir un proyecto colectivo emancipador.

Los ejes sobre los cuales esta transmutación cultural ha emergido en el “mundo de la vida”, el trabajo, la educación y la política se proyectan en las nuevas configuraciones del tiempo y del espacio. Según esta hipótesis, el desentrañamiento de la “lógica cultural” sitúa la pertinencia de la crítica cultural al posmodernismo ante el desvanecimiento del tiempo histórico y la expansión virtual de la espacialidad política. La insinuación de esta perspectiva se dirige

hacia la construcción de un horizonte crítico que supere el catastrofismo de la historia y la estetización del transformismo. La política, en este sentido, compromete las relaciones de espacio y tiempo en el proceso constituyente del sujeto.

El desvanecimiento del tiempo y la estetización de la espacialidad política

“El tiempo está fuera de quicio.”

Hamlet

I. La pregunta sobre el tiempo que vivimos

En la introducción del libro *Colombia: El despertar de la modernidad* hay una anécdota simpática referida a la manera como en Colombia se ha entendido la posmodernidad: “La ‘zorra’ avanza rauda en sentido norte-sur halada, diríase mejor levantada por el caballo sobre la Avenida 30, al filo del mediodía de un sábado bogotano de mediados del año 1990”.. El relato describe la euforia y las carcajadas del episodio – “y como es usual en Bogotá, el desbocado rocín no consideró para nada la luz roja del semáforo y continuó su estampida por entre la multitud de carros que, cogidos de sorpresa, apenas atinaron a hacer chirriar sus frenos alcanzando a evitar lo que de otra manera habría sido una tragedia. De cualquier manera, el carruaje con sus felices ocupantes salvó la intersección y siguió su veloz carrera sin hacer el menor caso de los improperios lanzados por los furiosos conductores de los automóviles y los camiones interferidos... La escena de *neto tinte posmoderno*, aunque a contraluz, refleja a Colombia”. Y concluye que este país vive, “a su manera, entre la premodernidad y la posmodernidad”², reconociendo los problemas que aquejan a Colombia: la guerra, la pobreza, las drogas, el fútbol, la vida cotidiana, la política, las reinas, etc.

Aunque la caricaturesca visión sobre lo posmoderno no deja de sorprender y producir una inquietante hilaridad, la “zorra” persiste en su alocada marcha por las pre-protomodernas calles de Bogotá y la posmodernidad de la lógica cultural, los *mass media*, la flexibilidad laboral, la “desregulación” del Estado, la publicidad, la alimentación balanceada, las telenovelas, los juegos electrónicos y los modos de vida deambulan por la cotidianidad y la vida política reificadas bajo la impronta del mercado, las empresas transnacionales y la privatización acelerada de la vida pública.

¿Cuál sería entonces la significación histórica y política de la posmodernidad? La actitud complaciente de no pocos marxistas ha dejado ver una profunda “distracción” en torno a sus implicaciones teóricas, epistemológicas, estéticas y culturales. La inocencia es, en este como en casi en todos los ámbitos, una soberana perversión. En general, la filosofía también ha tenido su propio *travestismo* que se (en)cubre con la vestimenta colorida del nihilismo, el cinismo y el pragmatismo. De otro lado, un cierto tipo de marxismo presumió confrontar la posmodernidad sin comprender sus raíces históricas, la nueva época del capitalismo, la maquínica tecnológica y cultural. Un “nuevo sentido común” se instauraba globalmente a través de la renuncia del sentido de la historia.

El marxismo crítico, heredero de las mejores tradiciones teóricas y políticas de Occidente, emprendía un trabajo descomunal de análisis de la época histórica y de los cambios operados en el capitalismo actual, sin haber desalojado de su morada la filosofía prestada del kantismo, el nihilismo y el pragmatismo. La escuela marxista anglosajona, en particular, ha venido ofreciendo una serie de referentes, reconstruyendo la dimensión teórica, ideológica y cultural del marxismo para repensar la política y la cultura. Según Perry Anderson, la “consumación más completa” de este empeño ha sido alcanzada por Fredric

² Fernando Viviescas y Fabio Giraldo (compiladores), *Colombia: El despertar de la modernidad*, Bogotá, Ediciones Foro por Colombia, 1991. El énfasis es nuestro.

Jameson, quien presenta una comprensión global de las transformaciones del capitalismo tardío y la dinámica de la lógica cultural. En este mismo orden comprensivo, Perry Anderson destaca el aporte de la obra de Terry Eagleton: *Las ilusiones del posmodernismo*, y muy especialmente la visión integral de la obra de David Harvey: *La condición posmoderna*.

Curiosamente, la despedida de la filosofía y el pregonado “fin de la metafísica” pusieron en la “parrilla” a los posmodernos, al tiempo que el pragmatismo piloteaba el proceso de fusión del nihilismo con la lógica cultural del capitalismo transnacional, que consolidaron las formas autoritarias del capital y la hegemonía neoconservadora de “la ley y el orden”. Según Rorty, la cacofonía de las conversaciones cruzadas hace imposible establecer un cuadro epistemológico, lo que lo lleva a rechazar la “noción de opinar, evitando opinar sobre la opinión”³. De este modo, la muerte de la filosofía, proclamada por el positivismo, encuentra su remate en el nihilismo posmoderno y el nominalismo.

¿Por qué la posmodernidad ocupa la atención de la investigación histórica, filosófica, estética y cultural? Aunque, a decir verdad, hoy no cuenta con el mismo furor de hace una o dos décadas atrás, Jameson encara esta pregunta resaltando la historicidad de la posmodernidad como acontecimiento, pese a su condición de negación del tiempo histórico. ¿Puede equipararse la misma persistencia pre o protomoderna del “zorrero” con la de la posmodernidad de la “lógica cultural del capitalismo tardío”? ¿En qué radica el silencio de las izquierdas en torno a la significación de este fenómeno histórico-cultural llamado posmodernismo? ¿Qué esconden, o mejor, qué carencias se ocultan ante la despreocupación o el *menefreguismo*⁴ del *pensamiento único* y el cinismo de la cultura política pragmática? Ahora bien, ¿Por qué perduran las

³ Richard Rorty, *La filosofía e lo specchio de la natura*, Milán, 1986.

⁴ Expresión italiana que literalmente significa: no me importa. El *menefreguismo* es un movimiento literario, social y político que, en las particularidades de Italia, ha tomado fuerza como hábito individualista, carente de compromiso y de responsabilidad social.

visiones maniqueas, instrumentalistas y transformistas de la posmodernidad en una época en la cual los términos del tiempo histórico han sido invertidos? ¿Es posible asociar la renuncia respecto del discurso “universal” de la modernidad que tiene el sucedáneo de la “razón argumentativa” habermasiana? ¿Por qué se acostumbra a celebrar como “alternativo” el discurso de la modernidad como “proyecto inconcluso” en un escenario complejo de redefiniciones de lo público y lo privado, la desregulación del Estado y la crisis de la política y de los sistemas de representación y legitimación demoliberales, recurriendo al pragmatismo?

En cierto modo, el olvido de la filosofía es la puerta de entrada para el desvanecimiento del tiempo y la “estetización” de la política. Parodiando la obra polémica de Lukács, *El asalto a la razón*, la posmodernidad destruyó las bases de la fortaleza y minó el edificio de la filosofía: “El desprecio del entendimiento y la razón, la glorificación lisa y llana de la intuición, la teoría aristocrática del conocimiento, la repulsa del progreso social, la mitología, etc., son otros tantos motivos que podemos descubrir sin dificultad, sobre poco más o menos, en todo irracionalista”⁵. Estos postulados, que se repiten en la actualidad, son enaltecidos como formulación “original” y “revolucionaria” que con anterioridad la filosofía pragmática había formulado como “bazar de las ideologías” para legitimar la prosperidad y el dominio imperial de los Estados Unidos, según la opinión de Lukács.

El reciente libro de Perry Anderson sobre *Los orígenes de la posmodernidad* remueve de modo analítico y político las sangrantes heridas del debate mundial sobre las transformaciones del capitalismo actual, las pautas culturales dominantes y las alternativas democráticas y socialistas. Luego de rastrear las huellas históricas, estéticas y teóricas del posmodernismo, reconoce los aportes

significativos de la obra de Jameson a la comprensión del capitalismo actual y los retos que plantea la posmodernidad. El único reclamo que Anderson le formula a Jameson es el descuido de la política como estructura analítica en las magistrales investigaciones sobre la posmodernidad. Por eso, sugiere la pertinencia de la dimensión teórica y política de los *Cuadernos de la cárcel*, de Gramsci, y propone abordar la discusión sobre la pauta cultural del capitalismo en el escenario de la historia, el conocimiento y el trabajo, y señala las profundas raíces sociales y políticas del posmodernismo con el modelo capitalista neoliberal. Por supuesto que Harvey –y tangencialmente Eagleton– incorpora un conjunto de reflexiones que Gramsci había formulado para la comprensión del capitalismo contemporáneo: el *fordismo* y el *americanismo*, la hegemonía, la “guerra de posiciones”, la ética-política, la educación y la organización política.

Sobre la base de las elaboraciones históricas y analíticas de la escuela marxista anglosajona sobre la posmodernidad como “lógica cultural” del capitalismo avanzado, nuestra reflexión busca incorporar las categorías de “estetización de la política” de Benjamin, de “hegemonía política” de Gramsci y la “teoría del poder constituyente” de Negri en el plexus de las relaciones de tiempo y espacio del capitalismo tardío⁶. Sin embargo, conviene reconocer la diversidad de las apropiaciones y los niveles de comprensión sobre la obra de pensadores revolucionarios del marxismo de Occidente⁷.

⁵ Georg Lukács, *El asalto a la razón. La trayectoria del irracionalismo desde Schelling hasta Hitler*, México, Grijalbo, 1976, p. 9. “La baja del nivel filosófico es, pues, uno de los signos esenciales en el desarrollo del irracionalismo”, *ibid.*, p. 7.

⁶ Con excepción de Toni Negri, Antonio Gramsci y Walter Benjamin son recurrentes y decisivos para la escuela marxista anglosajona, sobre todo para Perry Anderson y David Harvey.

⁷ Negri, menos reconocido o nada aceptado, quizá por sus fuertes vínculos con el postestructuralismo, sus posturas políticas radicales de autonomía revolucionaria y sus rupturas con algunas formas del pensar marxista clásico, lo convierten en un autor particularmente *sui generis* del posmarxismo.

Nuestro intento podría parecer pretencioso o resultar inoperante metodológicamente. Sin embargo, es comprensible que una teoría crítica como el marxismo abra distintas perspectivas y adquiera diversas tonalidades en sus investigaciones y propuestas, sobre la base de las condiciones históricas específicas, las particularidades sociales y políticas, y la diversidad de las tradiciones teóricas y culturales. ¿Puede el marxismo superar ese viejo y recurrente juicio premoderno de someter las elaboraciones de su propio proyecto teórico-político al careo de la fidelidad y la apostasía? La historia reciente del socialismo mostró la falacia de semejante procedimiento inquisitorial: los guardianes de la ortodoxia “superrevolucionaria” terminaron en la comodidad y la simulación posmoderna. El método de Marx abre la posibilidad de emprender un camino, sin escatología ni cinismo pragmático. El llamado “retorno” a Marx es la constatación de la vigorosa consistencia analítica de su pensamiento y de la fuerza creadora que representa la potencia del ser.

Por una ironía de la historia, la “zorra” posmoderna continúa su alocada carrera mientras el “centauro” maquiavélico instaurado en el “mundo de la vida” y del poder, despide a la filosofía, la historia y la identidad bajo la figura de la “muerte” de las representaciones colectivas. La “muerte” que proclama es la fuerza viva que mantiene la rotación infinita del capital e intenta despistar a los “imbéciles”, según la expresión de Gramsci, para trasladar toda posibilidad de proyecto al mundo intergaláctico de Lyotard, a la mismidad indiferente de Lipovestky, y a la reificación dialogal de Habermas. Pese a las despedidas de la filosofía, la bestia del capital la azota, a veces la despierta y, otras, la enternece. En el fondo, el posmodernismo ha servido, por lo menos, para preguntarnos *¿cuál es tiempo que vivimos?* Negri no vacila en afirmar que la “posmodernidad es el mercado”, pero es nuestro tiempo, o mejor, es el tiempo del capitalismo tardío, según la expresión de Jameson. “Nosotros –dice Negri– tomamos la modernidad por lo que es –un destino de deyección–, y la posmodernidad como

su límite abstracto y fuerte —el único de los mundos posibles—⁸. En opinión de Anderson, hay que evitar la tentación del moralismo: “La complicidad de lo posmoderno con la lógica del mercado y del espectáculo era evidente. Pero su simple condena como cultura era estéril”⁹.

Aquí estamos, en un mundo transformado radicalmente. Es la verdad de “lo facticio” en toda su superficialidad y artificialidad, pero es el mundo real, según Negri. La sensación de cambio devino en transformación global del capitalismo, cuya “revolución total”, según Marx, es continua e incesante. Las cartas de Negri reflejan la angustia y la conmoción de los nuevos tiempos. ¿Cuál es el tiempo que vivimos? O mejor, ¿en qué época histórica estamos? Jameson y Negri, como pensadores marxistas, admiten la emergencia de una nueva época histórica cuyo eje analítico lo constituyen las transnacionales, el mercado y la posmodernidad como “lógica cultural” del capitalismo tardío. Quizá Ernst Mandel, en el *Capitalismo tardío*, fue el primero en señalar el surgimiento de una nueva época a partir de la Segunda Guerra Mundial y Mayo del 68.

II. La periodización del tiempo como ontologización de la política

“La verdad es... el devenir.”

Hegel

El Manifiesto Comunista, y en general las obras de Marx, explicita una resignificación de la temporalidad, esto es, que el tiempo ontologiza la ruptura de la continuidad del capital. Como pensador del tiempo histórico, Marx subraya que “la historia no hace nada”; sólo los sujetos sociales y políticos concretos la hacen, de acuerdo con las condiciones y circunstancias (relaciones espacio-temporales) cuya fuerza interna radica en la actividad humano-social, esto es, en la praxis. O, dicho de otra manera, como pensamiento de la historicidad sitúa su horizonte sobre la comprensión del límite, sobre las fuerzas que la

⁸ Toni Negri, *Arte y multitud. Ocho cartas* (Prólogo, edición y traducción de Raúl Sánchez), Madrid, Mínima Trotta, p. 33.

⁹ Perry Anderson, *Los orígenes de la posmodernidad*, p. 90.

desencadenan, esto es, sobre el reconocimiento de la potencia de la subjetividad. Se trata del tiempo concreto, entendido, según la formulación marxista, como la “síntesis de múltiples determinaciones” a través de la historia concreta de los modos de producción, las formaciones económicas-sociales, las luchas sociales y políticas y los regímenes políticos. En este sentido, el marxismo construye, sin lugar a dudas, un horizonte de pensamiento anclado en la temporalidad diferencial, concreta y múltiple. No es una casualidad que los mayores embates contra su proyecto filosófico justamente provengan de las corrientes que atacan el nudo teórico de la temporalidad (el realismo crítico de Popper, la hermenéutica heideggeriana y el posmodernismo, entre otros). En general, proclamar la subjetivización del tiempo, el fin de la historia y el desvanecimiento del tiempo significa, ni más ni menos, impedir la constitución ontológica del sujeto político. Sin sujeto, la historicidad carece de sentido. Una “historia sin sujeto” resultó ser la declaración delirante mediante la cual el positivismo contribuyó a instalar el nihilismo posmoderno en la historia. La historia es la verdadera morada de la existencia de la vida material y espiritual de las civilizaciones.

El tiempo es una categoría política que vertebra el capitalismo y las sociedades basadas en la división social del trabajo, el dinero y la mercantilización. El capital fosiliza un tipo de tiempo rectilíneo, homogéneo, continuo, constante e incesante, tesis que Marx y Engels formularon en el *Manifiesto*. Es lo que Eric Hobsbawm ha dado en llamar el “tiempo presente” del capitalismo. La idea de Marx señala la comprensión de la temporalidad discontinua, global y diferencial que singularmente caracteriza su pensamiento como historicidad concreta. Justamente en sus obras designa con el nombre de *época* al tiempo-límite de la rotación del capital, para denotar la especificidad de las transformaciones, las características, las peculiaridades del desarrollo del capitalismo. La estructura analítica de sus elaboraciones contiene ricas connotaciones gnoseológicas y

metodológicas para el abordaje del tiempo histórico: épocas, etapas, fases, períodos, coyunturas, momentos¹⁰.

En su célebre ensayo *Modernidad y revolución*, Perry Anderson plantea la necesidad de la “periodización histórica” y sostiene que “la historia del capitalismo debe ser periodizada y su trayectoria reconstruida si se quiere tener una idea exacta de lo que significa realmente el desarrollo capitalista”¹¹. En este mismo ensayo –así como en una de sus últimas obras: *Los orígenes de la posmodernidad*– recurre a la fórmula del “análisis triangulado” espacio-temporal para explicar la historia del capitalismo (cultura y política) y la comprensión de la posmodernidad. Para analizar el proceso de desarrollo del capitalismo (política y cultura) Anderson considera que las experiencias conocidas de Georg Lukács y Marshall Berman son equívocas, en la medida en que el primero cae en el evolucionismo (decadencia) y el segundo en el perennismo. Su hipótesis es la siguiente: “Deberíamos buscar una explicación coyuntural del conjunto de prácticas y doctrinas estéticas posteriormente agrupadas como modernistas”.

Este análisis “implicaría la intersección de diferentes temporalidades históricas para componer una configuración típicamente sobredeterminada”. ¿Cuáles son esas temporalidades? En opinión de Anderson, “el modernismo ha de ser entendido ante todo como un campo cultural de fuerzas triangulado por tres coordenadas decisivas”¹². Estas coordenadas son: la codificación de un academicismo sumamente formalizado en las artes visuales y de otro tipo, a su vez institucionalizado en los regímenes oficiales de unos estados y una sociedad todavía masivamente influidos, y a menudo dominados, por unas clases aristocráticas o terratenientes; unas clases que en cierto sentido estaban económicamente superadas, sin duda, pero que en otro seguían marcando la

¹⁰ Cfr. Karl Marx y Friedrich Engels, *La ideología alemana*; y de Marx, *El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*, *El capital* y *Las luchas de clases en Francia*, entre otras.

¹¹ Perry Anderson, “Modernidad y revolución”, en *Colombia: Despertar de la modernidad*, ed. cit., p. 74.

pauta política y cultural en todos los países de la Europa anterior a la Primera Guerra Mundial”¹³. La segunda es la “aparición todavía incipiente y por tanto esencialmente novedosa dentro de esas sociedades, de las tecnologías o invenciones claves de la segunda revolución industrial: el teléfono, la radio, el automóvil, la aviación, etc.”. La tercera fue la “proximidad imaginativa de la revolución social. El grado de esperanza o aprensión suscitados por la perspectiva de tal revolución fue muy variable, pero en la mayor parte de Europa estuvo en aire durante la *belle époque*”.

Para analizar la posmodernidad, Anderson utiliza el mismo esquema triangulado de coordenadas: La primera consiste en saber cuál es el “destino del propio orden imperante”, esto es, señalar las transformaciones de la burguesía: “La pecera de formas fluctuantes y evanescentes: los arbitristas y ejecutivos, auditores y conserjes, administradores y especuladores del capital contemporáneo, funciones de un universo monetario que no conoce fuerzas sociales ni identidades estables”¹⁴. “El encanallamiento general de las clases poseedoras”: disneyficación de la política, la corrupción, la tarantinización de las prácticas, la muerte del academicismo. La segunda coordenada: la irrupción de la tecnología: la TV, “Niágara de cháchara visual” (Robert Hughes), la velocidad, el vértigo. La tercera coordenada trabaja con la hipótesis de Callinicos y Eagleton: la derrota de la revolución, que llega a ser más grave con la cancelación de toda posibilidad de construir una alternativa al capitalismo. Por supuesto, se da por descontado el rechazo a toda utopía. Jameson sostiene que el fin de la modernidad es la ausencia del contrario, la desaparición de todo antónimo. Esta es la base ideológica del neofascismo que ha tematizado Umberto Eco como totalitarismo “fuzzy”¹⁵.

¹² Perry Anderson, *op. cit.*, p. 76 y ss.

¹³ *Ibid.*, p. 77.

¹⁴ Perry Anderson, *Los orígenes de la posmodernidad*, p.118.

Desde esta perspectiva analítica, Anderson sostiene que la posmodernidad surgió de la “constelación de un orden dominante desclasado, una tecnología mediatizada y una política monocroma”. “Pero estas coordenadas eran obviamente sólo dimensiones de un cambio más amplio que sobrevino con los años sesenta”¹⁶. El capitalismo entró en una nueva fase histórica. Siguiendo las tesis de Ernest Mandel, consignadas en *El capitalismo tardío*, Jameson y Anderson reafirman el surgimiento del capitalismo multinacional y la hegemonía de la “lógica cultural”.. Aunque los enfoques de Harvey, Eagleton y Callinicos involucran otras consideraciones, Harvey formula una serie de preguntas pertinentes al significado histórico del posmodernismo: ¿Es una ruptura radical con el modernismo o bien es una rebelión contra el modernismo, contra una forma de “alto modernismo”? ¿Es un estilo estético, tipo dadaísmo, Nietzsche? ¿O bien posee un potencial revolucionario en virtud de su oposición a todas las formas de metarrelatos (comprendidos el marxismo, el freudismo y las formas de la razón ilustrada) y de su gran atención a “otros mundos”, a “otras voces” (mujeres, homosexuales, pueblos colonizados, negros)? ¿O, por el contrario, es simplemente la comercialización y la domesticación del modernismo, que no es otra cosa que el eclecticismo del mercado conciliador y rentable? ¿Ataca las políticas neo-conservadoras o se integra con ellas? ¿Representa una reestructuración radical del capitalismo que comprende una nueva “lógica cultural” del capitalismo tardío?”¹⁷.. Estas preguntas son fundamentales para caracterizar el posmodernismo y comprender su postura ante el tiempo histórico de la globalización neoliberal.

En su memorable texto *Bajo una bandera ajena* (1916), Lenin abordó la discusión sobre la época histórica. En la polémica con Potréssov sostuvo: “No cabe duda que vivimos entre dos épocas, y los acontecimientos históricos de

¹⁵ Umberto Eco, “Totalitarismo ‘fuzzi’ y fascismo”, en revista *Ensayo y Error*, No. 4, Bogotá, 1998, p. 214 y ss.

¹⁶ Perry Anderson, *op.cit.*, p.126.

¹⁷ David Harvey, *La crisis della modernità*, Milano, Il Saggiatore, 1993, pp. 60-61.

enorme importancia que se desarrollan ante nuestros ojos pueden ser comprendidos si se analizan, en primer lugar, las condiciones del tránsito de una época a otra. Se trata de grandes épocas históricas; en toda época hay y habrá desviaciones diversas con respecto al tipo medio y al ritmo medio de movimiento. No podemos saber con qué rapidez y con qué éxito de desarrollarán los diferentes movimientos históricos de una época dada. Pero sí podemos, y lo debemos saber, *qué clase* ocupa el lugar central en tal o cual época, porque determina su contenido principal, la tendencia principal de su desarrollo, las principales particularidades de la situación histórica de la época dada, etc.”

Según Lenin, la división corriente de las épocas históricas es la siguiente. Tomemos *in extenso* su texto: “1) 1789-1871; 2) 1871-1914; 3) 1914-? Por supuesto que en este caso los límites, como en general todos los límites, tanto en la naturaleza como en la sociedad, son convencionales y variables, relativos, no absolutos. Y nosotros sólo a título de ejemplo tomamos los hechos históricos más destacados, los que saltan a la vista, como jalones de los grandes movimientos históricos. La primera época, que se extiende desde la Gran Revolución Francesa hasta la guerra franco-prusiana, es la época de ascenso de la burguesía, de su pleno triunfo; de la burguesía en ascenso; es la época de los movimientos democráticos burgueses, en general, y, en particular, de los movimientos nacionales burgueses; la época de rápida quiebra de las caducas instituciones absolutistas feudales. La segunda época es la época del dominio total y de declinación de la burguesía, la época de la transición de la burguesía progresista al capital financiero reaccionario y ultrarreaccionario. Es la época en la cual una nueva clase prepara y reúne lentamente fuerzas, la época de la democracia actual. La tercera época, que acaba de comenzar, coloca a la burguesía en la misma “situación” en que se hallaron los señores feudales durante la primera época. Es la época del imperialismo y, además, de las conmociones imperialistas, derivadas del imperialismo”.

Según Lenin, “también en la tercera época los conflictos internacionales siguen siendo, por su *forma*, conflictos internacionales idénticos a los de la primera época, pero su *contenido* social y de clase cambió de manera radical. La situación histórica objetiva es totalmente distinta”.

“La lucha del capital en ascenso por la liberación nacional contra el feudalismo, ha sido sustituida por la lucha que libra contra las fuerzas nuevas el capital financiero más reaccionario, la lucha de una fuerza caduca y ya vencida en marcha descendente hacia su decadencia. El marco nacional burgués de los estados, que fueron durante la primera época un punto de apoyo para el *desarrollo* de la fuerzas productivas de la humanidad, que se liberaban del feudalismo, se ha convertido ahora, en la tercera época, en un *obstáculo* para el desarrollo posterior de las fuerzas productivas. De clase de avanzada en ascenso, la burguesía se ha transformado en una clase declinante, decadente, interiormente carcomida y reaccionaria. La clase que está en ascenso es otra clase completamente distinta en amplia escala histórica”.

“Los individuos y los grupos pueden pasar de un campo a otro; esto es no sólo probable, sino hasta inevitable en toda gran conmoción social; el carácter de determinada *tendencia* no cambia por ello en absoluto; tampoco cambia el vínculo ideológico de determinadas tendencias ni su significación de *clase*.”

La importancia del texto de Lenin radica en la pertinencia metodológica, teórica y política del análisis concreto de la temporalidad diferencial y discontinua dentro del *continuum* del capitalismo. Pero quizá la indicación más significativa de la reflexión de Lenin consiste en señalar que la comprensión del tiempo histórico y su periodización compromete una teoría del sujeto y obliga necesariamente a definiciones en torno a las opciones políticas. La periodización del tiempo histórico no es un esquema, sino una forma de ver la

historia y el desenvolvimiento de la constitución del sujeto; se trata de saber no sólo dónde estamos sino cómo vamos, hacia dónde nos dirigimos y con quiénes compartimos, luchamos y construimos la historia. Fredric Jameson reconoce la compulsión que significa hablar de lo nuevo. Precisamente su *Teoría de la posmodernidad* inicia su reflexión, así: “El modo más seguro de comprender el concepto de lo posmoderno es considerarlo como un intento de pensar históricamente el presente en una época que ha olvidado cómo se piensa históricamente. En tal caso, o bien lo posmoderno ‘expresa’ (por mucho que lo deforme) un irrefrenable impulso histórico más profundo o lo ‘reprime’ y desvía con eficacia, según favorezcamos uno u otro aspecto de la ambigüedad. Quizás la posmodernidad, la conciencia posmoderna, consista sólo en la teorización de su propia condición de posibilidad, que es ante todo una mera enumeración de cambios y modificaciones”¹⁸.. “La teoría de la posmodernidad es uno de estos intentos: el esfuerzo de medir la temperatura de la época sin instrumentos y en una situación en la que ni siquiera estamos seguros de que todavía exista algo tan coherente como una ‘época’, *Zeitgeist*, ‘sistema’ o ‘situación actual’”¹⁹.

En este sentido, algunos pensadores marxistas utilizan la categoría de “capitalismo tardío” para aludir a los cambios operados en el mundo y que la posmodernidad ha tematizado bajo la teoría de la muerte del sujeto y de la historia. “Por lo general –anota Jameson–, ‘tardío’ transmite más bien la sensación de que algo ha cambiado, que las cosas son diferentes, que hemos sufrido una transformación del mundo de la vida que es, en cierto modo, decisiva, pero incomparable con las antiguas convulsiones de la modernización y la industrialización. Aunque en cierto sentido sea menos perceptible y dramática, es más duradera precisamente porque es más completa y omnipresente”²⁰. “Los últimos años se han caracterizado por un milenarismo invertido en el que las premoniciones del futuro, catastróficas o redentoras, se

¹⁸ Fredric Jameson, *Teoría de la posmodernidad*, p. 9.

¹⁹ *Ibid.*, p. 11.

han sustituido por la sensación del final de esto o aquello (de la ideología, del arte, o de las clases sociales; la 'crisis' del leninismo, de la socialdemocracia o del Estado Bienestar, etc.); en conjunto, quizás todo esto constituya lo que, cada vez con más frecuencia, se llama posmodernidad”²¹.

Entre las obras que cabe registrar por su obstinada renuncia a la historia se encuentra el conocido estudio de Gianni Vattimo sobre *El fin de la modernidad*, el cual despide al tiempo histórico y glorifica la teoría de Heidegger de la emergencia del evento, el acontecimiento. El “ser es radicalmente evento”. La modernidad es entendida como la pretendida iluminación de apropiación y reapropiación de los fundamentos del desarrollo progresivo; la obsesión moderna por lo nuevo que, en términos generales, es entendido como aquello que siempre avanza hacia adelante. Por eso, la pretensión de representar una novedad en la historia coloca a los posmodernos en la línea de lo moderno, lo que contraría la lógica del discurso posmoderno; toda vez que disuelve la categoría de lo nuevo, como experiencia del “fin de la historia”. En su opinión, se trata del “fin de la historicidad”, simple y llanamente como protohistoria. Para Vattimo, lo posmoderno no es lo nuevo, sino el cambio hacia la poshistoricidad, esto es, la sociedad de la información y de la comunicación. Según sus consideraciones, asistimos al dominio del nihilismo positivo y activo.

Michel Vakaloulis sostiene que “hoy no disponemos de un concepto apropiado para denominar lo que ocurre. De hecho, el debate sobre las transformaciones actuales del capitalismo intimida, en vista de la dimensión y de la complejidad de los problemas”²². Marx señaló que para las épocas históricas como para las épocas geológicas no hay una línea de demarcación rigurosa: así mismo, su conceptualización recorre un largo camino de redefiniciones.

²⁰ *Ibid.*, p. 21.

²¹ *Ibid.*, p. 23.

²² Michel Vakaloulis, “Tesis sobre el capitalismo posmoderno y la nueva politización”, en Renán Vega Cantor (compilador), *Marx y el siglo XX*, Bogotá, p. 289.

III. El tiempo ‘fuzzi’²³ y la estetización de la política²⁴

“Lo que no cambia / es la voluntad de cambiar”.

Charles Olson

Con la expresión “el desvanecimiento del tiempo” he querido denominar la época de lo ‘fuzzi’, confuso, flojo, impreciso, laxo; o, dicho de otra manera, tiempo disipado, atenuado, esfumado, anulado, evaporado, suprimido o diluido. Desvanecerse, según la Real Academia de la Lengua, es desmayarse, desfallecer, perder sentido, desplomarse. El tiempo fue despedido por Heidegger y la hermenéutica contemporánea. El tiempo quedó dividido entre el tiempo del “ser-ahí” y el tiempo real, histórico-social como entelequia metafísica. El tiempo fue desmoronado en la subjetivización de la historicidad. El nihilismo y el posmodernismo alentaron el “olvido del ser” para enterrar el tiempo. Este “desvanecimiento del tiempo” es la hegemonía de la fugacidad, el reino del “mundo sin sentido”, de Zaki Laï di, el desplome de la temporalidad y el desfallecimiento de la conciencia histórica.

De igual manera, la expresión “estetización de la política” conecta con el proceso de desgarramiento de la subjetividad y la virtualidad de la política. Esta clásica noción, formulada por Walter Benjamin en *La obra de arte en la época de su reproductibilidad técnica*, ofrece una estructura analítica sobre el armazón de la hegemonía política sobre las masas que articula la glorificación de la violencia, el culto al Duce, al Führer, la idolatría a los medios técnicos y de comunicación, la virtualidad de la imagen, la exaltación simbólica del *divo* y la *diva*, la desestructuración de la espacialidad social, esto es, el despojo de la

²³ Según Umberto Eco, ‘fuzzi’ es “una palabra que se utiliza en la actualidad en lógica para designar conjuntos laxos, de contornos imprecisos... podría traducir flojo, confuso, impreciso, velado”, en revista *Ensayo y Error*, No. 4, 1998, p. 214.

²⁴ Walter Benjamin, *L'opera nell'epoca della sua riproducibilità tecnica*, Torino, Einaudi, 1996.

materialidad ontológica de la política o la degradación de lo público y el sentido de lo colectivo.

Benjamin hace uso del concepto de época histórica para explicar las transformaciones de la obra de arte y la cultura: la pérdida del “aura”, la “liquidación del valor tradicional de la herencia cultural”²⁵. Según Benjamin, este cambio radical tiene “alcance histórico mundial”. La pérdida del fundamento cultural representa la extinción también y para siempre de la apariencia de su autonomía. La subjetividad queda atrapada en el *hic et nunc*. La *distracción* es el modo como el público asume la obra de arte y la historia. Las tareas quedan entonces absueltas. “El cumplimiento del arte por el arte. La humanidad, que en Homero era un espectáculo para los dioses del Olimpo, ahora se ha vuelto para sí misma. Su extrañamiento ha logrado una condición que le permite vivir el propio aniquilamiento como un goce estético de primer orden. Este es el sentido de la estetización de la política que el fascismo persigue. El comunismo le responde con la politización del arte”²⁶.

Sobre esta base, el posmodernismo representa un profundo cambio en la “estructura del sentir”; lo que Jameson llama la “lógica cultural del capitalismo tardío”. Las transformaciones de la sensibilidad, la actividad humana, el lenguaje, las experiencias de la vida cotidiana y las expectativas son radicales y totales. Siguiendo a David Harvey, la política y la cultura son un *collage* de espacios, similar a lo que sucede en la arquitectura y el desarrollo urbano. La posmodernidad fundamentada por los pensadores del No fundamento convirtieron el tiempo y el espacio en *performance* y *happening*. La experiencia del tiempo carece de conexión. No hay que olvidar que el posmodernismo despachó la teoría de la esencia, por eso se levanta orgullosa la imagen, la apariencia, el espectáculo. La densidad espacio-temporal fue disuelta. La

²⁵ Walter Benjamin, *op. cit.*, p. 23.

²⁶ *Ibid.*, p. 48. Traducción del autor.

inmediatez, el instante, el no-futuro, produce el sensacionalismo que el mercado y la expansión del capital requieren para disolver la espacialidad política. El pasado no existe; la memoria es un embeleco modernista; la continuidad existe como presente fugaz.

No obstante, como anota Harvey, el posmodernismo, a la vez que disuelve el plexus espacio-temporal, desarrolla la capacidad de saquear la historia y absorber en el presente todo lo que encuentra a su paso²⁷. La defensa del goce es sólo diversión, distracción, fruición en contra del placer. Nada de raro que el hedonismo posmoderno considere a Freud como otro “perro muerto”.. A la ausencia de la temporalidad que significa la pérdida de la profundidad y del sentido, sigue la glorificación de la fragmentación y la fugacidad. El derrumbe del tiempo es obsesión por lo instantáneo. La historicidad como *Ereignis*, esto es, como evento, acontecimiento y espectáculo que reifican las imágenes de los medios. El endiosamiento del arte anti-aurático permite suponer por la vía de la virtualidad tecnológica la solución de la separación entre la cultura popular y la alta cultura. El mundo de la vida husserliano (*Lebenswelt*) como mundo de la autenticidad, realización y espiritualidad terminó convertido por los posmodernos en la exaltación de la moda, la publicidad, el video, los aparatos electrónicos, la codificación de la vida sexual, los hábitos alimentarios, la histeria sobre el cuerpo, la banalización del amor, la estetización de la política (vestidos, gustos, vida privada, lenguajes, montajes de las campañas políticas) y la arquitectura, estructurados según los códigos de los centros comerciales y de los hipermercados.

Parodiando a Gramsci, la televisión es el nuevo “príncipe” posmoderno de la movilización del deseo, la fantasía, la cosificación de la distracción, el encantamiento de la acción de los mercados de bienes y servicios en la lógica cultural del consumismo y la “revolución” del capital. Hace ya tiempo que

Disneylandia y McDonald's construyeron la utopía universal de la "distracción" en las pasarelas, la cotidianidad y la espacialidad simbólica: el gusto universal del presente continuo. No de otra manera la publicidad se convirtió en el "arte oficial del capitalismo". Así como la política fue disuelta en la antipolítica, la videopolítica y la política virtual; la estética terminó expresando el mundo de las transnacionales o la rotación inflacionaria del capitalismo tardío, según Ch. Newman. La inflación en el terreno de la cultura no es otra cosa que intercambio de ideas, modas, deseos, mercancías. Los museos, la pintura, el patrimonio artístico es una industria sometida a la especulación de la Bolsa.

Jameson considera que asistimos a una crisis de nuestra experiencia espacio-temporal, según la cual las categorías del espacio prevalecen sobre las categorías del tiempo, y aquéllas terminan disueltas en la virtualidad, la fugacidad y la flexibilidad. La espacialidad, según las lógicas culturales, puede ser considerada como un hecho natural, banalidad inerte y *lugar común*. No obstante, el espacio es una relación de poder; una creación de las fuerzas en tensión. La naturaleza social de la espacialidad política no tiene nada de natural. Nada común es el supuesto "lugar común" del espacio. El sentido común es lo menos común, decía Descartes. El "sentido común" y el "buen sentido", según Gramsci, son cristalizaciones de las concepciones del mundo y de la hegemonía político-cultural. Sobre lo común y lo sobreentendido hay ambigüedad, contradicciones y conflictos; escenarios en los cuales se libran batallas científicas, sociales y estéticas, como sostiene David Harvey²⁸.

El tiempo adquiere la riqueza de sus modulaciones ontológicas a través de la dirección, la superficie, la forma, la modalidad, el volumen, la distancia, el disfrute, la medición, la distribución. Es cierto que la modernidad (Hegel, Marx, Weber, Smith) privilegia el tiempo y no el espacio; y las ciencias sociales

²⁷ David Harvey, *op. cit.*, p. 76.

²⁸ David Harvey, *ibid.*, p. 250.

construyeron la sobredeterminación de la temporalidad viviente sobre la espacialidad, considerándola preexistente, contingente, presupuesta²⁹. Los estudios de la escuela marxista anglosajona han mostrado cómo la estética se ocupa de la “espacialización del tiempo”. La opinión de Harvey es tajante: “El cambio, el progreso implica la conquista del espacio, la destrucción de todas las barreras hasta el aniquilamiento del espacio a través del tiempo”³⁰.

La paradoja es compleja: ¿Cómo instalar el tiempo histórico, de un lado, y, a la vez, restablecer la experiencia sobre la espacialización del tiempo? ¿Cómo representar el devenir, el cambio, la historia? Los futuristas buscaban modelar el espacio de manera tal que pudieran representar la velocidad del movimiento. Los dadaístas valoraban el arte efímero, para buscar la eternidad insertando sus actividades en la acción revolucionaria.

En general, la estetización de la política apunta a la desaparición de la historia, la muerte de la ciencia de la historia, el rechazo del mundo de los valores (bien sean, platónicos, judaico-cristianos o socialistas), el fin de la racionalidad, que se nos antoja llamarla la irracionalidad racional. Toda la filosofía está en cuestión, o fuera de quicio como el tiempo. El posmodernismo resignifica la estetización de la política sobre la base del reclamo de la mitología, la virtualización de la espacialidad, la personalización, la indiferencia y las posturas destructivas. De algún modo, la estetización es la cancelación de lo público, la sacralización del *divo* o el Duce carismático que sustituye la potencia del ser. El consumo es la forma universal de esta reificación: la vida al alcance de un *container*.. Harvey sostiene que la volatilidad hace imposible una planificación a largo plazo: acelerar el tiempo de rotación, ser flexible y rápido es la lógica de la flexibilización laboral, la Macdonalización, la desregulación neoliberal y el dominio de las “competencias básicas” de la educación.

²⁹ *Ibid.*, p. 252.

³⁰ Versión libre del autor.

El consumo manipula el gusto y la opinión. Las imágenes que circulan como el capital son el dinero, el sexo y el poder. Eso es estar *in*. El simulacro es la manera como triunfa “lo instantáneo sobre el tiempo como profundidad del deseo”. El posmodernismo proclama la muerte de la política, pero la transforma en el juego de espejos de la imagen como mitología de la configuración subjetiva; despide a la filosofía como metarrelato pero hace retornar por la puerta trasera a la teología y el nihilismo³¹.

Según los pensadores de la “lógica cultural” del capitalismo, el espacio es el lugar construido desde el reconocimiento del conflicto social y del sujeto constituyente. La permanente tentativa de anular el espacio a través del tiempo y de reducir el tiempo a la rotación, corresponde a la lógica de la acumulación flexible del capital³². La ecuación que Harvey establece es la siguiente: “Entre menos importantes sean las barreas espaciales, mayor es la sensibilidad del capital a las variaciones de lugar en el interior del espacio y mayor el estímulo a diferenciar los lugares en modos que atraigan los capitales”.. Esta batalla planetaria ocupa los más diversos ámbitos: la música, el turismo, la religiosidad, el deporte, la alimentación, el tiempo (sin esperanza, sin futuro), la individualidad y la ética.

IV. El amor del tiempo y la alegría de volver a empezar

“El amor del tiempo es la sustancia de la desutopía
que llena el poder constituyente.”

Toni Negri

Estas ideas provienen de dos grandes pensadores italianos. No nos importa su filiación y su hermandad. El filósofo de la praxis, Antonio Gramsci, y el filósofo del poder constituyente, Toni Negri. Para el primero, el valor de la hegemonía le otorga sentido a la idea de volver a empezar. Para el segundo, el principio del deseo y de la alegría de Spinoza nos devuelve el amor del tiempo. Ambos,

³¹ Véase Gianni Vattimo, *Credere di credere*.

apoyados en Maquiavelo y Marx, recobran la dimensión del tiempo histórico desde la constitución del sujeto y del poder.

Según Fredric Jameson, la historia es una creación contemporánea en la que “estamos condenados a buscar la Historia con nuestras imágenes pop y con los simulacros de aquella historia que permanece para siempre fuera de nuestro alcance”. En el ámbito de esta cultura planetaria, bajo la “lógica cultural” del capitalismo, es preciso reafirmar una idea del tiempo que reconozca las dimensiones de la diversidad, de lo fractal y de lo simple en el horizonte de la historia, tal como Marx, Benjamin y Gramsci lo admitieron. Anderson señala esta dimensión en el marxismo, dentro de la temporalidad diferencial; aunque Harvey parece apoyar la tesis de que se trata “más (bien de) una continuidad que (de una) diferencia entre la amplia historia del modernismo y el movimiento llamado posmodernismo. Me parece más sensato ver este último como un tipo particular de crisis en el interior del primero, una crisis que subraya lo fragmentario, lo efímero, la parte caótica de la definición de Baudelaire”³³. En este contexto, propone la comprensión de cuatro áreas significativas: el reconocimiento de la diversidad y la diversidad como dialéctica del cambio social (raza, religión, jóvenes, mujeres); el reconocimiento de la producción y reproducción simbólica de las prácticas estéticas y culturales; el reconocimiento de relaciones espacio-temporales, y el reconocimiento del materialismo histórico como sistema de pensamiento abierto, de imaginación y creatividad.

Negri reconoce el “triunfo” de la verdad facticia para develar la lógica del poder planetario del capital y construir alternativas a la crisis de la modernidad. Jameson, por su parte, habla de una cartografía cognitiva, de mapas conceptuales para sembrar “*las semillas del tiempo*”. En esta irrevocable potenciación de la subjetividad, la idea de Benjamin recobra la historia de los

³² David Harvey, *op. cit.*, p. 374.

³³ *Ibid.*, p. 127.

vencidos. Ante la estética, la ética, sostiene Negri: “La definición del poder constituyente nos pone más allá de los límites de lo moderno”. En este sentido, “lo moderno es, pues, la negación de toda posibilidad de que la multitud pueda expresarse como subjetividad”, en opinión de Negri. Se trata de recuperar la propuesta de Marx: la creatividad omniexpansiva del trabajo vivo: la ontología, el mundo de lo social, el conocimiento y la cultura. La nueva racionalidad se funda en la creatividad contra el límite y la medida; el procedimiento-proceso contra la máquina constitucional; la libertad contra el privilegio; la multiplicidad contra la uniformidad; la cooperación contra el mando. El amor del tiempo es el alma del poder constituyente: “A nosotros nos toca acelerar esta potencia y, en el amor del tiempo, interpretar su necesidad”³⁴.

Gramsci avizoró la derrota del socialismo, pero no la muerte de la historia. El pensador de la filosofía de la praxis elaboró un *constructo de pensamiento* en el que la historia y la política se hermanan en un “bloque histórico”. Sus *Quaderni* son la elaboración crítica en torno a la constitución del sujeto político. La indicación que formula Anderson sobre los críticos de la posmodernidad, es pertinente para recuperar la dimensión de la historia y la subjetividad. La historia es el escenario de la lucha y de la vida. Gramsci pregunta ¿cómo consiguió dominarnos el capitalismo? ¿cómo nos venció y fue superior, aun en el momento decisivo en que debías dar la medida de tu superioridad? La metáfora que utiliza es, ciertamente, que en historia está de por medio la “cola del diablo”, para aludir precisamente a la política como centauro maquiavélico de saber y poder. “Ebbene, impara ad avere la coda del diavolo dalla tua parte”.. (Pues bien, aprende a tener la cola del diablo de tu parte)³⁵. Se trata de una nueva concepción de la política, comprendida como un proceso que desemboca en la moral, y en el que ambas serán superadas por la historia. La preocupación permanente de Gramsci es por el tiempo histórico y la

³⁴ Toni Negri, *Fin de siglo*.

espacialidad de la política. La inocultable derrota del socialismo obedece, según Gramsci, a la pérdida de la autonomía intelectual y moral, esto es, a la ausencia de una línea programática de construcción de una concepción del mundo propia, autónoma, sin préstamos y contrabandos. Por ello, Gramsci articula el horizonte de la política sobre la base de la elaboración crítica de la filosofía de la praxis, cuyo núcleo central es la hegemonía, como acción creadora de grandes sujetos colectivos.

En síntesis, la pregunta por el tiempo histórico es ya actuar y vivir. Como dice el gran historiador E.H. Carr: “La historia comienza cuando los hombres empiezan a pensar en el transcurso del tiempo”³⁶. Según Carr, a Marx le iba a corresponder escribir la aritmética en las ecuaciones algebraicas de Hegel. Edward H. Carr reafirma el concepto de historia como lucha, torbellino, no como vacío, ni huida. Contra las ideas conservadoras que a la sazón expresaba Karl Popper, Carr, siguiendo los fundamentos de la filosofía de Marx, sostenía que “el progreso en los asuntos humanos, en la ciencia, en la historia o en la sociedad, ha provenido fundamentalmente de la valerosa disposición de los seres humanos a no limitarse a buscar la mejora, pedazo a pedazo, de la forma de hacerse a las cosas, sino a librar, en nombre de la razón, batallas fundamentales al modo corriente de hacerlas y a las premisas confesadas u ocultas de que éste parte”³⁷.

En el final de su libro *¿Qué es la historia?*, Carr anuncia una época signada no sólo por “el palidecimiento de la fe en la razón”, sino ante todo, por “la pérdida de la embargadora sensación de un mundo en moción perpetua”, lo que los pregoneros de la muerte de la historia, en particular Karl Popper, anunciaban. Carr, por el contrario, abogaba por una historia que vuelva “la mirada a la calle,

³⁵ Antonio Gramsci, “Cuadernos, 1885-1887”, en *Pasado y presente*, México, Juan Pablo Editor, pp. 15-16.

³⁶ E. H. Carr, *¿Qué es la historia?* Barcelona, Planeta-Agostini, 1985, p.182.

³⁷ *Ibid.*, p. 211.

sobre un mundo en tumulto y un mundo a la obra”, y contestaba con las palabras de Galileo Galilei: “Y sin embargo, se mueve”. Esta es la alegría de “volver a empezar”, cuando todo se creía liquidado: cuando la historia, más viva que nunca, vuelve su mirada sobre el porvenir de la humanidad.

MARX Y ENGELS ANTE LAS TENSIONES DEL OCASO DE LA MODERNIDAD

Sergio de Zubiría Samper
Departamento de Filosofía
Universidad de los Andes

"Todos los que empiezan imaginando un Engels vulgarizador y desnaturalizador del pensamiento de Marx terminan inevitablemente encontrando demasiado 'engelsianas' muchas afirmaciones del mismo Marx."

Sebastiano Timpanaro

Tal vez no existan unas condiciones más favorables para leer o releer las obras de Marx y Engels que el estado de ánimo configurado en la última década de cierre del pasado milenio. Afirmación que a primera vista podría parecer paradójica, a pocos años del colapso de los regímenes socialistas de Europa del Este. Podríamos aludir, para empezar, algunas de estas condiciones que consideramos propicias para la relectura, sin la intención de agotar su riqueza, complejidad y problematicidad.

En primer lugar, se hace necesario constatar la posibilidad de despojar sus obras de la condición de ideología justificadora del denominado "socialismo real" que, como los señala J. Muguerza, en muchos ámbitos tenía más de real que de socialismo y su virtual nexo con los atropellos de los derechos humanos en los regímenes burocráticos o de Estado-Partido. Ya que la contención y congelamiento de los conflictos sociales y humanos no pertenecen al sentido de la teoría marxista como filosofía de la praxis. Hoy es posible diferenciar las tesis teóricas de Marx y Engels, de su condición de ideología justificadora del socialismo real. También diferenciar diversos marxismos, presentes tanto en sus fundadores como en los desarrollos posteriores.

En segundo lugar, el rechazo a su obligado estatuto de "ciencia" tanto en manos del estalinismo como de algunos estructuralismos occidentales y todas las secuelas dogmáticas que esto conllevó. Tanto la intromisión acrítica de un concepto positivista de ciencia, como la pretensión de convertir al marxismo en la supuesta tematización y solución de todos los problemas humanos. Situación que hace recordar a Ernest Mandel que esos problemas para la tradición marxista son tan sólo seis, aunque de invaluable importancia para la condición humana: suprimir a escala mundial el hambre, la miseria y la falta de bienes necesarios para la supervivencia; sustituir la economía monetaria por unas relaciones sociales basadas en la satisfacción integral de las necesidades; hacer innecesaria la guerra y la utilización permanente

de la violencia para la resolución de los conflictos humanos; eliminar cualquier forma de explotación, opresión, sometimiento y enajenación; abolir la división de la sociedad en clases, el enriquecimiento exclusivamente individual y la consecuente escisión en Estados nacionales hostiles entre sí, logrando un sistema de solidaridad y cooperación universal; asegurar a todo niño, mujer y hombre, las premisas sociales para la realización de sus potencialidades.

En tercer lugar, la importante vivencia de la catástrofe de todo ese conjunto de “manuales” para la divulgación de la teoría marxista, que con una aparente función pedagógica velaban una intención simplificadora, el desprecio latente de los lectores, el desconocimiento de las fuentes y el afán por legitimar un orden social injusto e irracional. Catástrofe que restablece con fuerza la necesidad de una lectura de sus textos, directa, autónoma y sin ninguna clase de “dirigismos”; una comprensión mediada por la vida y la crítica.

En cuarto lugar, la actitud dudosa ante lecturas que pretendan unilateralizar un exclusivo componente de la realidad, tal como hacen el “economicismo”, “sociologismo”, “practicismo” o la prioridad de la “infraestructura”, las cuales desconocen su interés antireduccionista, capaz de una comprensión compleja de los fenómenos humanos. La conciencia de que los textos de Marx y Engels son una obra en construcción que contienen contradicciones, ambigüedades y lagunas; así como acentos, matices y diferendos entre estos dos autores. La confirmación de que la insistente aseveración de Marx de que “no era marxista”, implica que sus obras y los marxismos son comprensibles sólo en plural, porque el unanimismo es la negación de sus entrañas más profundas.

Quinto: el progresivo decantamiento de la noticia del colapso de los regímenes burocratizados de Europa Oriental que, en términos de Alfonso Sastre “es una buena noticia: hay que volver a empezar”, en tanto anuncio, no significa la bancarrota ni el adiós definitivo a las teorías marxistas. Muestra de ello es la importante producción teórica en los últimos años de lecturas reconstructivas, deconstructivas y hermenéuticas del pensamiento marxista.

En sexto lugar, los aportes que continúa haciendo la teoría marxista a la explicación y comprensión de la fase actual de la acumulación capitalista y las pretensiones hegemónicas de la globalización neoliberal. La situación cointemporánea del capitalismo no puede ser comprendida, en algunas de sus manifestaciones, sin el recurso obligado a categorías e interpretaciones marxistas. Tal vez por esta razón Marshall Berman llega a afirmar que la “apologética capitalista de Adam Ferguson a Milton Friedman, resulta notablemente pálida y carente de vida”, porque aquellos que celebran el capitalismo a veces ni lo comprenden ni lo explican; les asusta e incomoda su fuerza y creatividad.

La modernidad

En los inicios de la década de mil novecientos ochenta resurge con bastante fuerza en la discusión filosófica la problemática de la modernidad aunque, como lo recuerda Perry Anderson es una tema con “larga historia” (por lo menos seis décadas), su resurgimiento filosófico en los años ochenta, consideramos, está ligado a distintas motivaciones.

Los discursos modernizadores de los años 30-50 y de los 60 del siglo XX estuvieron muy ligados a la conformación de estados populistas, al Estado de Bienestar y, en algunos casos, a visiones muy optimistas del desarrollo. Mientras que en la década del ochenta se entrecruzan algunas motivaciones bastante diversas como: el tono de cuestionamiento del costo y los modos de la modernización; las relaciones entre modernismo, modernización y modernidad; el abuso neoliberal del término “moderno”; las crisis del Estado de Bienestar y del desarrollismo; los nexos entre modernidad y democracia; las semejanzas, relaciones y diferencias con otras modernidades; la disputa posmoderna, entre muchas otras posibles motivaciones.

El marxismo, por su lado, no es ni ha sido ajeno a la problemática de la modernidad. Por tal motivo, probablemente, en el mismo año –1982– aparecen dos libros sistemáticos sobre las fronteras entre marxismo y modernidad: *Todo lo sólido se desvanece en el aire*, de Marshall Berman, y *Marxismo y modernismo*, de Eugene Lunn. El primero es una reflexión de conjunto sobre las relaciones entre modernización, modernismo y modernidad; el segundo, un estudio exclusivamente sobre el modernismo estético de Marx a Adorno.

Uno de los propósitos generales de Berman es mostrar que *El Manifiesto Comunista*, de Marx y Engels, así como muchas de sus obras, contienen una de las más profundas reflexiones sobre la experiencia de la modernidad. Su profundidad se deriva de que, además de la originalidad con que perciben la vida espiritual moderna, lo hacen orientados por tres principios: a. El sentido de totalidad de la experiencia moderna que no bifurca la modernización y el modernismo, sino que desentraña su vínculos intrínsecos y mantiene la experiencia de la modernidad como totalidad; b. Además de apropiar la profunda percepción de la cultura modernista en sus metáforas “todo lo sólido se desvanece en el aire” y “todo lo sagrado es profanado”, al mismo tiempo dramatiza algunas de sus contradicciones más profundas; c. Aportar luces nuevas sobre la relación entre la cultura modernista, la economía y la sociedad burguesa.

Con inmensa honestidad Berman se pregunta: “¿No hay ya más que suficientes interpretaciones de Marx? ¿Realmente necesitamos un Marx modernista, un alma gemela de Elliot, Kafka, Schoenberg, Stein y Artaud? Creo que sí, no sólo porque está ahí, sino también porque tiene algo distintivo e importante que decir. De hecho Marx nos puede decir tanto acerca del modernismo, como éste puede decirnos acerca de él”.. Aunque reconoce que no es

el primero en acercar marxismo y modernismo, las revoluciones reprimidas o traicionadas y el marxismo ortodoxo, lo han ignorado o reprimido por temor.

Y esa interpretación alternativa que escoge como hilo conductor el *Manifiesto Comunista*, reconoce que además del drama básico por el cual es conocido ese texto –la lucha entre la burguesía y el proletariado– existen otros intensos dramas dentro de él: la visión evanescente y su dialéctica; la autodestrucción innovadora; la desnudez del hombre desguarnecido; la metamorfosis de todos los valores; la pérdida de aura de todo cuanto existe. El drama de las contradicciones de la experiencia y la vida moderna: la gloria de la energía y el dinamismo modernos, al lado de una extraña intimidad con los estragos de la desintegración y destrucción; la sensación de estar atrapado en una vorágine en que hechos y valores se arremolinan, explotan, se descomponen; la incertidumbre insuperable sobre lo que es fundamental, lo que es valioso, hasta lo que es real; el estallido de posibles esperanzas en medio de la imposibilidad de su realización.

Maurice Godelier subraya que una idea constante de toda la producción teórica de Engels, es la identificación de ser civilizado con la pertenencia a una realidad plenamente contradictoria.

El trabajo sobre el modernismo estético de Eugene Lunn, según él mismo lo enuncia, se plantea cuatro propósitos fundamentales de investigación: contribuir a entender el papel del modernismo estético en el renacimiento de la teoría marxista occidental a partir de los años veinte; explorar las variedades de la cultura europea de vanguardia entre 1880 y 1930; analizar algunas confrontaciones entre marxismo y modernismo que han beneficiado a ambas tradiciones; aportar nuevas perspectivas de naturaleza histórica sobre las obras de Brecht, Lukács, Benjamin y Adorno. A partir de un bastante limitado acercamiento a Marx y Engels, y adjudicándoles algunos lugares comunes como la “fe en la inevitabilidad histórica” y la “teoría del reflejo”, Lunn termina otorgando al modernismo el papel de rectificador de los presuntos errores de Marx y Engels. En verdad una vía diametralmente opuesta a la transitada por Berman.

Pero además de estos dos trabajos precursores de la temática sobre modernidad y marxismo, en el contexto de los inicios de la década de los ochenta, la bibliografía posterior sobre el tema es prolífica. Los nombres de autores como Jürgen Habermas, A. Callinicos, Adam Schaff, I. Fetscher, Fredric Jameson, Adolfo Sánchez Vázquez, entre otros, han asociado algunos de sus escritos a la exploración de esta problemática. Hasta tal punto que podemos sostener, por lo menos provisionalmente, que la interpretación filosófica dominante sobre la vigencia del marxismo en la década de los ochenta, ubica a Marx y Engels como fundadores de una de las formas más influyentes del pensamiento sobre la modernidad; en general, como los más agudos críticos de la modernidad vista desde ella misma.

En su libro *El discurso filosófico de la modernidad* (1985) Habermas sitúa a Marx en esa tradición del discurso moderno que precozmente, y esa es parte de su virtud, denunció sus elementos patógenos intrínsecos: consolidó una rigurosa crítica del sujeto abstracto de la modernidad.

Callinicos plantea que Marx, Nietzsche y Saint-Simon pueden ser considerados como los fundadores de las tres formas más influyentes del pensamiento sobre la modernidad. Los tres tomaron la Ilustración como punto de partida, pero ni Nietzsche ni Marx comparten la visión ilustrada como progreso lineal y continuo.

Fetscher caracteriza el marxismo como una especie de aceptación crítica del desarrollo moderno. En el *Manifiesto Comunista* Marx y Engels saludaron la importante dinámica del crecimiento capitalista, pero al mismo tiempo criticaron los enormes costos humanos y naturales de ese modo de desarrollo.

Schaff, en una propuesta de lectura reconstructiva y tras preguntarse qué ha muerto y qué sigue vivo de la teoría de Marx, responde en 1991 con inmensa seguridad: continúa vigente su teoría de la enajenación, su concepción del individuo y sus aportes sobre el desarrollo de la sociedad; fueron erróneos desde su origen sus planteamientos sobre el destino de las clases medias, cierta subvaloración de la economía de mercado y su concepción de la religión; y han envejecido su teoría del valor por los procesos de automatización y robotización, así como sus previsiones sobre el destino del Estado.

En general, los autores citados aluden a Marx e ignoran de uno u otro modo los aportes y la complementariedad con Engels, reafirmando el llamado de atención de Sebastiano Timpanaro, hace ya cerca de tres décadas: la necesidad de examinar más a fondo cierto anti-engelsismo de gran parte del marxismo occidental. La devaluación de Engels implica una "forma precisa" de entender el marxismo.

Timpanaro ya nos ha dado pistas para ese examen del antiengelsismo del marxismo occidental: por momentos busca crear una especie de terreno sagrado acrítico en relación con Marx, que en el siglo XX está ligado a las "veloces metamorfosis" para adaptarse a la filosofía predominante (el existencialismo marxista y el marxismo estructuralizante de Althusser son ejemplos patéticos; "el marxismo como el mejor estructuralismo del mundo"); expresa también la necesidad de encontrar a alguien sobre quien descargar lo que en ese momento resulta urgente quitarse de encima y para ello se extreman diferencias; en algunos tipos de antiengelsismo se manifiesta un idealismo vivo, aunque se parapete en una polémica que en sí misma es justa, contra una forma del idealismo, la hegeliana.

Con tono irónico este autor italiano cuestiona las tesis antiengelsianas de Colleti, Schmidt y Fetscher: “Por lo visto, Marx debió asistir sin pestañear a la destrucción de su propia filosofía, por su más íntimo amigo y colaborador. Marx siguió de cerca la génesis de la *Dialéctica de la naturaleza*, leyó entero el *Anti-Dühring* antes de que fuese publicado y colaboró escribiendo un capítulo para este libro”. Gran parte del marxismo occidental se ha cerrado a lo que todavía tiene que enseñar Engels a los marxistas a pesar de “todas sus innegables, pero no banales, contradicciones”.

Quisiera detenerme en los argumentos del maestro latinoamericano por adopción y exilio Adolfo Sánchez Vázquez, en un reciente artículo titulado “Posmodernidad, modernidad y socialismo”. Para él, la enseñanza marx-engelsiana por excelencia es poner vigorosamente en relación los aspectos positivos y negativos de la modernidad. Al subrayar la ambivalencia de la experiencia moderna, el marxismo no regatea al subrayar los méritos históricos de la clase social que la impulsa: la burguesía. Pero, paralelamente, se destaca el irreversible costo que ese proceso ha conllevado; un costo que no se limita a lo humano sino a la naturaleza.

Sánchez Vázquez acepta, como los autores anteriores, el carácter moderno de la enseñanza marx-engelsiana, pero hace dos importantes anotaciones: la primera, que la visión marxista de la modernidad es inseparable de una crítica de fondo de su forma burguesa; es decir, que la modernidad marxiana es anticapitalista y se distancia de cualquier revestimiento neoliberal, socialdemócrata o del Estado social de derecho. La segunda, que la crítica marxista de la modernidad, intenta pero no logra “desprenderse totalmente” del lastre universalista, progresista, teleológico y eurocéntrico de la modernidad burguesa. El pleno desprendimiento de la modernidad burguesa sólo es posible, para él, contando con Nietzsche, Weber y la Escuela de Frankfurt. Nietzsche se despojó de los conceptos de superación y progreso; Weber describió el orden social moderno como una “jaula de hierro” que se impone al destino del individuo; Horkheimer, Adorno y Marcuse percibieron la conversión de la dominación tecnológica moderna en aparato de dominación de las relaciones humanas.

Estas anotaciones llevan al maestro Sánchez Vázquez a unas conclusiones bastante sugerentes y problemáticas: las críticas que se hacen a la modernidad desde el seno de ella misma arrancan de su ambivalencia: liberadora pero destructiva (recordemos la dura metáfora de Berman de “la autodestrucción innovadora”, o pasajes del *Manifiesto* como que “la industria moderna ha transformado el pequeño taller del maestro patriarcal en la gran fábrica del capitalista industrial. Masas de obreros, hacinados en la fábrica, están organizados en forma militar. Como soldados rasos de la industria, están colocados bajo la vigilancia de una jerarquía completa de oficiales y suboficiales. No solamente esclavos de la clase burguesa, del Estado burgués, sino diariamente, a todas horas, esclavos de la máquina, del capataz y, sobre todo, del patrón de la fábrica. Y este despotismo es tanto más mezquino, odioso y exasperante, cuanto mayor es la franqueza con que proclama que no tiene otro fin que el lucro”). Pero en la

reflexión de Sánchez Vázquez, ya no estamos ni en la misma ni solamente en la modernidad que es objeto de esas críticas; diversos fenómenos y rasgos nos ubican en algunas condiciones posmodernas. En otros términos, arriesga una sugestiva tesis: una crítica radical de la modernidad burguesa termina constatando la existencia de condiciones posmodernas; la modernidad burguesa sólo puede ser disuelta destruyendo las hoy exacerbadas limitaciones capitalista (absolutización del potencial destructivo; elevación de la enajenación, reificación y burocratización; expansión de la racionalidad instrumental; etc.), pero también tomando en cuenta las condiciones posmodernas presentes en las teorías y la vida social.

El proyecto de emancipación en condiciones posmodernas sigue siendo el socialismo, “un socialismo si se quiere posmoderno”, distanciado de rasgos teleológicos, progresistas, productivistas y eurocéntricos. No hay que echar en saco roto las críticas marxistas a la modernidad burguesa, pero tampoco a algunos componentes de la modernidad en general.

Este recorrido nos muestra, hasta ahora, que la interpretación filosófica iniciada desde mediados de los años ochenta sobre el legado de Marx y Engels, tiene por lo menos tres posibilidades que consideramos plausibles: el marxismo como una teoría crítica de la modernidad; el marxismo como una concepción crítica de la modernidad en su forma capitalista que propugna por una modernidad diferente; Marx y Engels como críticos de algunos aspectos de una modernidad que en algún sentido ha concluido.

Hoy quisiera arriesgarme a transitar el tercer sendero, de la mano de algunas intuiciones de Jacques Derrida y profundizando los rasgos que, según Sánchez Vázquez, ligan y alejan el discurso marxista de la modernidad: teleología, productivismo, eurocentrismo y progreso.

Para Gianni Vattimo la modernidad ha concluido por lo menos en cuatro sentidos: el hecho de “ser moderno” no es el único valor determinante ni posible; ya no es posible concebir la historia como algo unitario y en progreso lineal hacia un mismo fin; el ideal de hombre europeo es tan sólo uno de los ideales posibles; la expansión de los medios de comunicación no han creado una realidad y verdad única, sino la explosión de la idea misma de realidad y la transformación de la verdad en múltiples interpretaciones.

Los tres primeros sentidos aluden, en términos de Sánchez Vázquez, al fin del carácter teleológico, productivista, progresista y eurocéntrico de la modernidad. El asunto ahora es, hasta qué punto Marx y Engels logran o intentan separarse de estos rasgos posiblemente “esenciales” de la modernidad. Hasta dónde es posible, como lo sugiere Baudrillard, que lo que obsesiona al marxismo de hoy sea el siglo de Nietzsche, asumir las consecuencias de un nihilismo activo sin universalismos ni verdades absolutas.

La tesis de Sánchez Vázquez es que Marx y Engels no logran desprenderse totalmente de los elementos de la modernidad anteriormente mencionados. Nuestra tesis es que en algunos escenarios y escritos insinúan importantes desprendimientos de la idea de historia unitaria y teleológica, del eurocentrismo, de la exacerbación moderna del sujeto, pero persisten en sus obras, imágenes y nostalgias del posible abandono de la idea moderna de progreso.

Historia y teleología

Un conjunto significativo de investigaciones sobre los trabajos de Marx y Engels nos llevan a afirmar que su noción de historia y sus análisis históricos concretos, no posibilitan una interpretación de la historia como algo lineal, homogéneo y con un único fin. Tanto en el marxismo de los clásicos como en el marxismo que bebe en la tradición de Walter Benjamin, la historia es diacrónica, desigual, multidireccional y no eurocéntrica.

La misma teoría marxista de la sociedad imposibilita la idea de una historia única, como lo ha sugerido Vattimo en *La sociedad transparente*. Al estar constituidas las sociedades por diversos tejidos sociales y severos antagonismos de clase, sexo, cultura, etnia, etc., la historia que se narra y privilegia no es única, pues presenta imágenes y valoraciones del pasado propuestas desde diferentes puntos de vista. La enseñanza marx-engelsiana reconoce que la idea misma de historia y progreso contiene componentes interpretativos dados por los diferentes conflictos que experimenta toda sociedad.

Giuseppe Prestipino, en su monumental obra *El pensamiento filosófico de Engels*, en forma por demás bastante original, considera que la conocida afirmación de “que la anatomía del hombre explica la del mono y no viceversa”, no posibilita ningún tipo de comprensión teleológica, “al subrayar cómo solamente *a posteriori* puede ser comprendido el desarrollo, implícitamente está negando todo proyecto pre-determinado” y la posibilidad de una racionalidad exclusivamente causalista en el orden de todo lo real.

Esclarecedoras en el sentido de la no existencia de una historia teleológica y unitaria en Marx y Engels, y del rechazo de éstos a atribuir carácter de necesidad a la sucesión inevitable de los modos de producción, son las investigaciones de Wittfogel, Andreiev, Baladoni, Godelier, entre otros.

El soviético Andreiev, en sus estudios sobre Engels, sostiene que éste planteó con lucidez que, de los modos de producción asiático, antiguo y germánico, sólo este último estaba en condiciones de devenir a través de una serie de modificaciones en una forma capitalista, aunque los otros dos presentaban mayores afinidades, reales o aparentes, con el mismo capitalismo

(concentración de los medios de producción, de fuerza de trabajo).

Wittfogel sostiene que aquellos esquemas históricos que presentan las reflexiones de Marx como si fuera un proceso lineal único (modo de producción primitivo, esclavista, feudal, capitalista, socialista), son del pastiche estalinista o del marxismo soviético del Diamat. La sola inclusión del modo de producción asiático, introduce por lo menos un enfoque bilineal que crea una rama de desarrollo separada del eurocentrismo.

En esta misma perspectiva los estudios de Godelier *Sobre el modo de producción asiático* (1969), señalan cómo esa noción elaborada por Marx en 1853, fue enriquecida por Engels en el *Anti-Dühring* (1877) y en *La época franca* (1882), no aparece en *El origen de la familia* (1884), y se preserva en los libros II y III de *El capital*, publicados por Engels. Las consecuencias del modo de producción asiático para el marxismo, según Godelier, son verdaderamente importantes para el derrumbe de una supuesta teleología. Algunas de ellas son: a. La existencia de una historia no-occidental, que escapa a la necesidad occidental de la historia; b. La imposibilidad de convertir el materialismo histórico en una teleología como filosofía de la historia; c. La innecesidad de plantear la etapa esclavista como universal e indispensable; d. La disolución del esquema de “imposibilidad de saltar etapas”; e. La posibilidad de imaginar variadas formas de disolución del modo de producción asiático; f. Replantea y problematiza la noción misma de necesidad histórica, de ley en la historia.

Para el materialismo histórico el proceso de la historia no es rectilíneo, porque no necesariamente de la sociedad más avanzada en un momento dado ha de surgir la siguiente forma. Fenómeno que hace afirmar a Labastida, con cierto tono irónico: que si esto fuera así, los egipcios estarían hoy en los umbrales del comunismo. Además, como recuerda Prestipino, remitiendo a Engels, sociedades que en un orden cronológico son antecedentes respecto de la formación capitalista, pueden prolongarse hasta convertirse en “coexistentes”; y es el caso analizado por Engels de la coexistencia de las sociedades asiáticas (que Godelier plantea llamar mejor “despotismo oriental”) respecto a la antigua, germánica y capitalista.

Naturaleza y productivismo

Desde su obra juvenil *Esbozo de crítica de la economía política* hasta sus últimos escritos, Engels persevera en una temática constante, que en sus propios términos formula así: “la reconciliación de la humanidad consigo misma y la reconciliación de la humanidad con la naturaleza”. Debe ser previsible un tiempo histórico en que sea posible la reconciliación de la humanidad y la conservación y desarrollo de las fuerzas productivas naturales. En que no sea necesario imponer una legislación a la naturaleza, sino, como lo enunciará años más tarde en el *Anti-Dühring* aludiendo a Bacon: la naturaleza sólo obedece si nosotros la obedecemos.

En *La situación de la clase obrera en Inglaterra* reaparece esta temática constante, pero ligada a un problema central: mientras no se rompa el doloroso desequilibrio entre hombre y

naturaleza, la ciencia humana será una fuente de miseria, en particular para el obrero porque en relaciones dominantes “la ciencia está dirigida contra el trabajo”.

En el *Anti-Dühring*, con visión anticipatoria, anuncia las catástrofes ecológicas del capitalismo: “La primera exigencia de la máquina de vapor y la necesidad principal de casi todas las ramas de la gran industria es contar con un agua relativamente limpia. Pero la ciudad industrial convierte todas las aguas en un hediondo líquido. Por eso, en la medida en que la concentración urbana es una condición básica de la producción capitalista, en la misma medida cada capitalista industrial tiende siempre a alejarse de las grandes ciudades que aquella producción ha creado, y a acercarse a la explotación en el campo... la gran industria capitalista engendra allí constantemente nuevas grandes ciudades en su huida de la ciudad al campo... Este nuevo círculo vicioso, esta contradicción constantemente reproducida por la moderna industria, no puede tampoco superarse sin superar su carácter capitalista. Sólo una sociedad que haga interpenetrarse armónicamente sus fuerzas productivas según un único y amplio plan puede permitir a la industria que se establezca por toda la tierra con la dispersión que sea más adecuada... Sólo mediante la fusión de la ciudad y el campo puede eliminarse el actual envenenamiento del aire, el agua y la tierra; sólo con ella puede conseguirse que las masas que hoy se pudren en las ciudades pongan su abono natural al servicio del cultivo de las plantas, en lugar de ponerlo al de la producción de enfermedades”.

En la *Dialéctica de la naturaleza*, el libro tal vez más problemático pero también más incomprendido por gran parte del marxismo occidental, Engels, en esa casi obsesión por la reconciliación del hombre con la naturaleza, plantea tesis muy sugerentes, rescatadas principalmente, como excepción, hay que decirlo, por algunos representantes del marxismo italiano (Timpanaro, Prestipino, Luporini).

En concepto de “fuerzas productivas” contiene una petición no antropocéntrica y reconoce que el materialismo histórico es más que un humanismo. Incluye al hombre, lo humanizado por él y la naturaleza como ese gran depósito de materias, recursos, energías, apto para su posible o no transformación. Esa naturaleza que con razón el Marx de los *Manuscritos* denominó “cuerpo inorgánico”. Y que aún el mismo A. Schmidt con todas sus distancias con Engels sostiene que la relación hombre-naturaleza “supone un sustrato natural irreductible a determinaciones sociales humanas”.

El Engels de la *Dialéctica de la naturaleza* también diferencia los ritmos evolutivos de la naturaleza y del hombre; critica la confusión implícita en el malthusianismo entre la lucha por la vida en la sociedad capitalista y el mundo animal. Pero al mismo tiempo se distancia de las presuntas y rígidas contraposiciones entre el mundo natural y el mundo histórico social. La presencia de la “infancia” de la humanidad como de estratos naturales llamados “inferiores” nunca desaparece de la historia humana. Engels, como lo destaca Timpanaro, siente como

propio el problema de las conexiones de esos dos mundos, de esas historicidades diversas (historia natural e historia humana); de ahí su interés por el período de la historia no-escrita y la nota que añadió al inicio del *Manifiesto Comunista*: “El problema de conectar ambas historicidades sin imponer ni a la historia de la naturaleza ni a la historia humana modelos evolutivos extraños, pero sin cerrar los ojos ante la permanencia de lo ‘natural’ dentro de lo humano” (Timpanaro).

En este problemático texto Engels también elabora una crítica al lado negativo del positivismo: llama a combatir aquel empirismo que se impide a sí mismo el pensamiento; discute la aplicación de la teoría de la naturaleza a la sociedad; y critica el positivismo de algunos científicos que insultan a la filosofía desde residuos vulgarizados de la peor filosofía.

¿Dónde está, entonces, la distancia de gran parte del marxismo occidental de los postulados de Engels consignados en la *Dialéctica de la naturaleza*? Las objeciones son variadas y tienen ya una larga historia que se remonta hasta el joven Lukács y Gramsci. Pero, tal vez, las más fuertes y reiteradas son dos: la primera objeción dice que si los hombres por medio del trabajo entran en relaciones sociales y, a la vez, en relaciones con la naturaleza, no puede haber conocimiento de la naturaleza si no en función de la transformación de la naturaleza por el hombre, ¿qué sentido tiene, entonces, una especie de “naturaleza en sí”?; la segunda: la dialéctica no es aplicable a la naturaleza y Marx no haría esa superposición.

Ante la primera objeción podríamos contestar con los mismos términos de su crítico A. Schmidt: que una visión materialista de la relación hombre-naturaleza supone un sustrato natural irreductible e inconmensurable a determinaciones sociales humanas; la distancia con el subjetivismo de la dialéctica hegeliana que define la naturaleza como la idea en su ser-otro, implica la no identificación total entre hombre y naturaleza. Es una especie de “prius ontológico” de la naturaleza, que reconoce que ella no puede ser absorbida o anulada por la subjetividad humana. Por esto la “reconciliación” de que habla Engels no puede ser la total identificación.

Ante la segunda, consideramos que no existen argumentos ni biográficos ni filosóficos para sostener que Marx se hubiera opuesto a posibles relaciones dialécticas en la naturaleza. Timpanaro recuerda que Marx en el capítulo IV del Libro I de *El capital* aplica un ejemplo a la dialéctica de la naturaleza, que previamente había anunciado a Engels. Como lo sostiene Prestipino, para Marx, la dialéctica es un esquema teórico aplicable a algunos sucesos de la naturaleza, “pero de hecho plenamente verificable en lo profundo del desarrollo social”. Por tanto, algunos de los intentos de Engels por “dialectizar ciertos conceptos de las ciencias físicas u objetos del mundo inorgánico, no significa que sea ilegítima una investigación sobre los límites y perspectivas de la historicidad-dialecticidad del mundo natural”.

Las ambigüedades de la *Dialéctica de la naturaleza*, para este autor italiano, no hay que situarlas entonces en donde tanto ha insistido cierta parte del marxismo occidental sino: la primera, en intentar convertir la dialéctica en una "ciencia positiva", y la segunda, en considerar movimientos mecánicos de la materia no-viva y otros repetitivos y cíclicos, como una especie de dialéctica teleológica.

La concepción de la naturaleza de Marx y Engels impide una comprensión subjetivista, antropocéntrica y una condena a cualquier productivismo que convierta la producción en fin y medio, destruyendo las dos fuentes de la riqueza: la naturaleza ("el trabajo no es la fuente de toda riqueza. La naturaleza es la fuente de los valores de uso que son los que verdaderamente integran la riqueza material"; así se inicia la *Crítica del Programa de Gotha*) y el hombre. En *El capital*, citando a William Petty, se comparte la metáfora del trabajo como padre de la riqueza y la tierra como la madre.

Progresos

Ante la noción de progreso moderno, una de las más problemáticas en la obra de Marx y de Engels, así como del marxismo en general, en sus diversos trabajos –y abundarían agudas citas del *Manifiesto Comunista*– se discute la idea de progreso de las clases dominantes. En ese sentido, la interpretación general de la enseñanza marx-engelsiana subraya que la discusión no es con la idea misma de progreso, sino con el uso e instrumentalización que de ella se hace para los fines de una parte de la sociedad; esa parte que pretexto la "seudogeneralidad" (que Benjamin denominaría "historia de los vencedores"). La idea burguesa de progreso moderno, en ese sentido, es una pseudo-generalidad.

Pretendemos sostener que si bien en los clásicos del marxismo hay un pacto complejo y contradictorio con la noción de progreso, además muy característico del estado de ánimo del siglo XIX (con la excepción, tal vez, de Nietzsche), ese pacto no se hace con las distintas concepciones del progreso.

En cuanto a la noción de progreso I. Fetscher plantea cinco fuentes modernas distintas con sus respectivas consecuencias: a. La conciencia escatológica del cristianismo que introduce el pensamiento del "adelante" en la ideología del hombre de la antigüedad tardía; un adelante sólo posible en un mundo posterior; b. La noción originada en las ciencias naturales, especialmente con Galileo y Bacon, que considera el conocimiento de la naturaleza como un desarrollo: "saber es poder"; c. Progreso como emancipación del individuo autónomo de los nexos de la familia o estamento, como liberación de las normas obligatorias; d. Progreso como liberación del orden natural de la economía y de las regulaciones tradicionales; e. Progreso para lograr una Constitución deseada y aprobada por ciudadanos autónomos.

Marx y Engels acogen en sus desarrollos teóricos y prácticos principalmente la quinta acepción, que contiene una carga autogestionaria e intenta juzgar el progreso con criterios relativos al nivel de las relaciones humanas y naturales. Pero también podrían rechazar las dos primeras acepciones. Prestipino ha señalado que la máxima del comunismo “de cada uno según su capacidad, a cada uno según sus necesidades”, se propone ante todo “proveer” a la naturaleza del hombre.

Pero rechazan los conceptos modernos de progreso que adquieren connotaciones dogmáticas, tales como: el poder sobre la naturaleza es ya necesariamente emancipación; el progreso es unilineal y rectilíneo; el desarrollo es crecimiento cuantitativo; no se pueden saltar etapas. En los apuntes sobre el darwinismo y sus incomprensiones, Engels anota en *Dialéctica de la naturaleza* que la evolución de la especie no puede ser considerada incondicionalmente como progreso: “Los supervivientes están más adaptados a esas circunstancias, pero tal adaptación, desde un punto de vista de conjunto, puede representar tanto un progreso como una regresión (por ejemplo, la adaptación a la vida parasitaria, una regresión siempre) ... todo progreso en la evolución orgánica es al mismo tiempo una regresión, en cuanto que fija una evolución unilateral, cierra la posibilidad de evoluciones en muchas otras direcciones”. Afirmaciones tan lúcidas como la anterior, son las que llevan a Timpanaro a recordar que fueron las ciencias naturales (en las que Engels no era experto, pero que estudió con cuidado), las que los llevaron a encontrar profundos límites en algunos conceptos de progreso.

Para finalizar, recordemos la brillante intuición de Walter Benjamin contra las visiones exclusivamente progresivas del marxismo, criticando la metáfora que el mismo Marx utilizó: “Las revoluciones son las locomotoras de la historia”, afirmando que hay momentos históricos en que “son totalmente lo contrario. Tal vez las revoluciones constituyen el momento en que la humanidad que viaja en ese tren hala el freno de alarma”.

La Revolución Francesa creó un calendario diferente y disparó contra las torres de los relojes porque requería de otra temporalidad; hoy tal vez necesitamos de otras experiencias: un marxismo que se atreva, como lo hace el maestro Sánchez Vázquez, a insinuar “un socialismo si se quiere posmoderno”, distante de muchas de las dramáticas consecuencias de una noción instrumental moderna de progreso.

BIBLIOGRAFÍA

Marx, Karl, *Escritos de juventud*, México, Fondo de Cultura Económica, 1985.

Marx, Karl, *El capital*, México, Fondo de Cultura Económica, 1975.

Marx, Karl y Friedrich Engels, *Obras escogidas*, Moscú, Editorial Progreso, 1970.

Marx, Karl, *Teorías de la plusvalía*, Madrid, Editorial Comunicación, 1974.

Engels, Friedrich, *Anti-Düring*, México, Editorial Grijalbo, 1962.

Mandel, Ernest, *Marxismo abierto*, México, Editorial Grijalbo, 1982.

Schaff, Adam, *Humanismo ecuménico*, Madrid, Editorial Trotta, 1993.

Vega, R. (editor), *Marx y el siglo XXI: Hacia un marxismo ecológico y crítico del progreso*, Bogotá, Ediciones Pensamiento Crítico, 1988.

Prestipino, Giuseppe, *El pensamiento filosófico de Engels*, México, Siglo XXI Editores, 1977.

Timpanaro, Sebastiano, *Praxis, materialismo y estructuralismo*, Barcelona, Editorial Fontanella, 1973.

Heller, Ágnes, *Crítica de la Ilustración*, Barcelona, Ediciones Península, 1984.

Caicedo, Jaime y Jairo Estrada (compiladores), *Marx vive: Siglo y medio del Manifiesto Comunista*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 1999.

Sánchez Vázquez, Adolfo, *Entre la realidad y la utopía*, México, F.C.E., 1999.

Vattimo, Gianni, *La sociedad transparente*, Barcelona, Editorial Paidós, 1990.

Habermas, Jürgen, *El discurso filosófico de la modernidad*, Madrid, Ediciones Taurus, 1989.

Callinicos, A., *Contra el posmodernismo*, Bogotá, El Áncora Editores, 1993.

Eagleton, Terry, *Las ilusiones del posmodernismo*, Barcelona, Editorial Paidós,

Berman, Marshall, *Todo lo sólido se desvanece en el aire*, Bogotá, Siglo XXI Editores, 1993.

**3 Naturaleza y praxis en
relación con el proceso
del conocimiento. Sobre
la equívoca noción
engelsiana "dialéctica de
la naturaleza" y sus
implicaciones**

Rubén Jaramillo Vélez*

* Profesor del Departamento de Filosofía, Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de Colombia.

Detrás del asunto al que me voy a referir se encuentra un problema nuclear, un problema central de la discusión alrededor de la herencia del pensamiento de Marx, que suscitó ya desde los tempranos años veinte una intensa discusión, a partir de la obra de dos grandes pensadores a quienes se atribuye, un poco, la paternidad del así llamado "marxismo occidental", el húngaro Georg Lukács (húngaro por su origen, pero en realidad un autor de lengua alemana) y el filósofo y jurista alemán Karl Korsch, a través de sus dos grandes obras *Historia y conciencia de clase* (y dentro de ella particularmente el ensayo intitulado "La reificación y la conciencia del proletariado") y *Marxismo y filosofía*, respectivamente.

La cuestión nuclear a que me refiero tiene mucho que ver con el conocimiento, con el *proceso* del conocimiento en el ámbito de las ciencias sociales, porque *dialectiza*, por así decirlo, una noción que se introdujo en el marxismo de la Segunda Internacional –que se funda en el 1889, seis años después de la muerte de Marx, y se encuentra bajo la influencia predominante de Friedrich Engels– una noción que es ajena por completo al pensamiento original de Marx y que durante los años de vigencia del marxismo engelsiano de la Segunda Internacional se convirtió en un elemento cuasi canónico que luego fue adoptado, dogmáticamente, tras el triunfo de la revolución, por el marxismo soviético. Teniendo en cuenta que el primer marxista ruso, Jorge Plejánov –de origen populista, pero que abandonó el populismo al no estar de acuerdo con las prácticas terroristas y se convirtió en los años noventa, como dijo Lenin, en el maestro de toda una generación de marxistas rusos– era en este sentido más un discípulo de Engels que de Marx, se puede comprender que desde sus propias fuentes, el marxismo ruso (y luego el soviético) estuvo muy alejado, en un punto central, del pensamiento original de Marx.

Me estoy refiriendo en todo ello a la noción de "dialéctica de la naturaleza", que hace muy difícil –yo diría que imposible– plantear acertadamente el problema gnoseológico, el problema del conocimiento, porque ubica en el interior de la naturaleza un proceso que es exclusivo precisamente de la relación que se establece a través de la praxis, o sea, a través de lo que Marx en *El capital* llamara el "intercambio orgánico" entre el hombre y la naturaleza.

El término original alemán que utiliza Marx aquí –*Stoffwechselprozess*– corresponde exactamente al término castellano de raíces griegas *metabolismo* y originariamente designa el proceso de transformación de los alimentos, ingeridos por vía oral, en sangre y energía. Pero Marx habla de un metabolismo –que acertadamente traduce Wenceslao Roses como "intercambio orgánico"– porque considera que a la base del proceso de reproducción material de la sociedad humana se encuentra la transformación de la naturaleza para satisfacer las necesidades de los hombres.

Este es el ámbito a partir del cual se puede hablar de una "dialéctica": no en o de sino a través de la naturaleza. Ya en el año 1845, cuando Marx redactó el borrador, unas notas que seguramente fueron concebidas como esquema de un trabajo ulterior que finalmente no culminó y sólo parcialmente redactó un año más tarde en un breve capítulo de *La ideología alemana*, las entretanto célebres "Tesis sobre Feuerbach", que Engels publicaría cinco años después de su muerte como apéndice a su propio ensayo *Ludwig Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana*, lo decía con suma claridad: "El defecto fundamental de todo el materialismo anterior, incluido el de Feuerbach, es que sólo concibe las cosas, la realidad, la sensoriedad, bajo la forma de objeto o de contemplación, pero no como actividad sensorial humana, como práctica, no de un modo subjetivo". Así comienza la primera de las tesis sobre Feuerbach, redactada en el año 1845 y que es muy importante en el desarrollo intelectual de Marx, porque señala la ruptura con uno de los más importantes hegelianos de izquierda y que apenas unos años antes había influido decisivamente en el proceso de su maduración.

Y en este contexto se puede decir, como me he acostumbrado a hacerlo, que Feuerbach fue un "estribo" en el que se apoyó el joven Marx —como lo hicieron también otros jóvenes de su generación— para llegar a sí mismo, sobre todo a partir de una obra fundamental, muy poco considerada en nuestro medio, *La esencia del cristianismo* (1841), y de dos obras posteriores de menor calado, dos colecciones de aforismos y reflexiones breves intituladas *Tesis provisionales para la reforma de la filosofía* y *Principios de la filosofía del futuro*, que también influyeron definitivamente en su evolución, en particular en lo que se refiere a la superación de lo que Max Horkheimer llamará la "filosofía de la identidad" de Hegel, o sea la filosofía del espíritu absoluto. Precisamente en el proceso de la superación de la filosofía de la identidad —de la filosofía del espíritu, que subsume la materia en él— encontramos una de las raíces de esta concepción de la dialéctica como dialéctica praxica, como dialéctica a partir del intercambio con la naturaleza.

Desafortunadamente, ya en el *Anti-Dühring* (1878) —un texto que pretendía ser la primera presentación global del pensamiento de Marx, motivado, como sostiene Oscar Negt en un excelente ensayo al respecto, por la necesidad de vincular a los dirigentes obreros alemanes que en ese momento se hacían entusiastas lectores de los escritos de Eugen Dühring, un docente de la Universidad de Berlín, y por liberarlos de la influencia de la ciencia vulgar que éste agenciaba y vincularlos al materialismo marxista, al pensamiento de Marx— introdujo Engels esa infortunada noción de "dialéctica de la naturaleza", que se hizo canónica, de aceptación general, en el marxismo de la Segunda Internacional y que, considerada en el contexto social, tiene sus

raíces objetivas en el auge de las ciencias naturales y del "positivismo", en el gran entusiasmo que despertaba el avance del método experimental durante todo el siglo XIX, pero que se aceleró notablemente a finales del mismo. Porque aunque Friedrich Engels era un individuo sumamente talentoso, dotado de una extraordinaria curiosidad intelectual, no había tenido una formación filosófica tan rigurosa como la de Marx, razón por la cual se puede decir que no pudo "saltar sobre su propia sombra", no pudo superar la ideología general de su propio tiempo. Como él era un industrial y gerenciaba una fábrica textil en Manchester –gracias a lo cual, entre otras cosas, pudo colaborarle económicamente a Marx para que desarrollara su obra– estaba poseído por una gran curiosidad hacia los procesos tecnológicos y seguramente se dejó entusiasmar por ese *Zeitgeist*, el espíritu de la época, el positivismo.

Todos los marxistas de la segunda generación, discípulos de Engels, aceptaron esta noción, no sólo el ruso Jorge Plejánov, quien, como les decía, fue el primer marxista ruso después de que el populismo degenerara y se agotara un poco en el terrorismo. Apenas en la década de los años 1890 se introdujo el marxismo en Rusia, a pesar de que *El capital* había comenzado a ser traducido al ruso cuatro años después de la aparición del primer tomo en alemán (1867), la primera traducción a una lengua extranjera, a cargo de dos economistas populistas (*narodnikini*), Hermann Lopatin y Nikolai Danielson, quienes encontraban en la obra argumentos en contra del modelo de desarrollo occidental, del vértigo de la revolución industrial, y a favor de sus tesis populistas y su veneración por el *mujik*, por el pueblo (*narod*).

Por todo ello, apenas en los años 1890 comenzó a divulgarse el marxismo en Rusia, en buena medida a través de los escritos de Plejánov, quien se trasladó a Zürich acompañado de Vera Zasulich –que en el 82 había sostenido una correspondencia muy importante con Marx– y desde allí elaboraba trabajos de difusión del materialismo histórico que enviaba periódicamente a Rusia, pero siempre con ese agravante, al introducir en lo que él llamaba su "concepción monista de la historia" la noción engelsiana de "dialéctica de la naturaleza".

No sólo en el marxismo ruso sino en el marxismo de Europa Central hizo carrera esta noción tan equívoca: ella también impregnará, por ejemplo, la obra del más importante teórico centroeuropeo de la Segunda Internacional, el austriaco Karl Kautsky. Por ello, con mucho acierto considera Lucio Coletti, en un ensayo intitulado "El marxismo de la Segunda Internacional", que a través de esa noción tan equívoca y ajena al pensamiento original de Marx, Plejánov convirtió al materialismo histórico en una verdadera "metafísica de la materia".

Pero no es esto lo que pensaba Marx. Lo que él pensaba era, vuelvo a repetirlo, que el intercambio orgánico entre el hombre y la naturaleza se en-

contraba a la base, como "praxis", de todo el proceso de "humanización" de la naturaleza, de la satisfacción de las necesidades básicas del hombre y del desarrollo de la sociedad, tal y como, por ejemplo, lo expresa en *El capital* en los siguientes términos: "El trabajo es en primer lugar un proceso entre el hombre y la naturaleza, un proceso en que el hombre media, regula y controla su metabolismo –'intercambio orgánico'– con la naturaleza. El hombre se enfrenta a la materia misma como un poder natural, pone en movimiento las fuerzas naturales que pertenecen a su corporeidad, brazos y piernas, cabeza y manos a fin de apoderarse de los materiales de la naturaleza, bajo una forma útil para su propia vida."

Lo que se anticipa ya en los *Manuscritos* de 1844, el texto genial que redactó el joven Marx en el verano de ese año en París y que apenas fue publicado en 1932 dentro de la primera edición de las *Obras completas* de los clásicos, dirigida por David Riazánov, un dato que, dicho sea de paso, algo tiene que ver con el asunto a que nos hemos venido refiriendo, porque si se hubieran conocido los trabajos juveniles de Marx –no sólo los manuscritos parisinos sino *La ideología alemana* y otros escritos de la misma época– no hubiera hecho carrera la noción engelsiana de "dialéctica de la naturaleza". Porque, por ejemplo, en los *Manuscritos* decía Marx, lo siguiente:

Pero el hombre no sólo es un ser natural, sino un ser natural humano, puesto que existe para sí mismo –aquí es evidente un eco de Hegel, del capítulo cuarto de la *Fenomenología del espíritu* (RJV)– y por tanto a nivel de especie tiene que confirmarse por su propia acción, tanto en su ser como en su saber. Ni los objetos humanos son los objetos naturales como se presentan inmediatamente, ni los sentidos humanos son en su realidad directa objetiva sensibilidad humana, objetividad humana, la naturaleza no se halla directamente adecuada al ser humano ni objetiva ni subjetivamente.

¿De qué manera se adecúa objetiva y subjetivamente la naturaleza al ser humano? A través de la praxis. Es a través de la praxis que la naturaleza es incorporada al hombre, por medio del instrumento. Tal vez valga la pena recordar que ya el joven Hegel, en los escritos que precedieron a la elaboración de la *Fenomenología*, como por ejemplo la *Lógica real* de Jena, tal y como lo ha mostrado Jürgen Habermas en un ensayo intitulado precisamente *Trabajo e interacción*, se encuentran elementos germinales del materialismo histórico, que luego, en la madurez de Hegel, se diluyen. Pues allí muestra Hegel que la tríada *trabajo-lenguaje-familia* constituye el ámbito inmediato de la proyección del hombre.

Allí plantea Hegel, por ejemplo, en un sentido materialista, la problemática del instrumento como mediador práxico del hombre con la naturaleza, una problemática que aparecerá de nuevo en las obras de Lukács y Korsch y que ha impregnado a las ciencias sociales que buscan fundamentarse en la herencia del pensamiento marxiano a lo largo del siglo XX, como una característica específica del así llamado, por Maurice Merleau-Ponty, primero, en su libro de 1956 *Las aventuras de la dialéctica*— y luego por Perry Anderson en sus *Consideraciones sobre el marxismo occidental* (1976), un marxismo no fijado dogmáticamente y en el cual desde sus orígenes se polemiza con Engels. Por eso me voy a permitir leerles unos fragmentos de un muy pertinente ensayo de Merleau-Ponty intitulado “Marxismo y filosofía”, que forma parte del libro *Sens et non sens* (1965) y que les traduciré directamente porque no tengo a mano la versión en español publicada por la editorial Península de Barcelona.

Este fragmento tiene que ver directamente con el asunto, porque en él se comprende la naturaleza en forma diferente a como se lo hace a través del equívoco concepto engelsiano, el cual, en realidad, no ofrece ninguna posibilidad para la problemática gnoseológica; porque la dialéctica lo es a través de la naturaleza, de la praxis, del instrumento, del intercambio con la naturaleza y los otros hombres a través del trabajo. Por lo cual dice Merleau-Ponty :

Si la naturaleza es la naturaleza, esto es, exterior a nosotros y a ella misma, no se pueden encontrar ni las relaciones ni la calidad que son necesarias para fundamentar una dialéctica. Si ella es dialéctica, es porque se trata de esta naturaleza percibida por el hombre e inseparable de la acción humana de la cual Marx habla en las *Tesis sobre Feuerbach* y en *La ideología Alemana*. Y lo corrobora con una cita de Marx que proviene precisamente del fragmento de varias páginas del texto de *La ideología alemana* en el que continúa la polémica con su antiguo y admirado maestro (como todavía lo llamaba en una carta del año 1843) Ludwig Feuerbach: “Esta actividad, esta acción y este trabajo sensibles continuos, esta producción, constituyen el fundamento de todo el mundo sensible tal como él existe actualmente.

Porque Feuerbach —y en esto era un romántico, un discípulo de Rousseau— pensaba en una naturaleza virgen, una naturaleza en sí, inmediata, a partir de sí misma. Pero en la continuación de ese texto Marx sostiene que esa naturaleza virgen no existe ya en ninguna parte —a mediados del siglo XIX— a no ser en unas islas coralíferas, en unas islas que hubiesen irrumpido recientemente a consecuencia de un maremoto, por ejemplo, en alguna parte del océano.

Porque en el año 1846, cuando Marx redactó eso, el mercado mundial ya había incorporado los cinco continentes de la tierra a las operaciones mercantiles y bursátiles de los grandes centros metropolitanos, y si aparecía una isla por causa de un movimiento telúrico, esa isla bien pronto era incorporada a una dimensión de la praxis humana, a la cartografía, por ejemplo; ya era registrada cartográficamente, porque podía representar un obstáculo para la navegación o porque implicaba la posibilidad de un puerto, o aún, si era muy pequeña, por lo menos la posibilidad de instalar en ella un faro, una posibilidad de la praxis. A mediados del siglo XIX el mercado mundial ya había integrado todo el globo terráqueo al proyecto mercantil e industrial del pujante capitalismo, el cual, como decían Marx y Engels en ese texto, había convertido el mundo entero en una inmensa reserva de materias primas para la producción industrial. Pero Feuerbach, y por eso hablo del romanticismo y de Rousseau, estaba pensando aún en una naturaleza virgen.

El otro ejemplo, que muchos de ustedes recordarán, resulta muy pertinente. Marx le dice a Feuerbach que eso de reivindicar la certeza sensible —porque Feuerbach, desde luego, polemizaba con la filosofía del espíritu absoluto de Hegel— le hace creer que el cerezo que él contempla en el jardín de su casa se encuentra allí como un ser en sí, desde toda la eternidad, cuando nosotros sabemos —agrega Marx— que el cerezo, como muchas de las semillas de otras plantas que se han incorporado al paisaje del continente europeo, fue introducido a través del comercio, lo que remite a quien la introdujo: Marco Polo, un comerciante veneciano que a comienzos del siglo XIII viajó a la China y a su regreso trajo consigo, entre otras cosas, algunas semillas de cerezo. De manera que no es en su inmediatez, como lo dicen Merleau-Ponty y *La ideología alemana*, que la naturaleza se nos aparece, sino a través de esa actividad, de esa acción y ese trabajo sensibles continuos —la praxis— que constituyen el fundamento de todo el mundo sensible, tal como Marx lo concibe.

Si desaparece la praxis, ¿qué sucede? Cuando contemplamos una ruina, cuando contemplamos lo que queda de lo que fue, por ejemplo, una hacienda, como las que tuvieron los jesuitas en los Llanos Orientales, esa ruina aparece consumida por la naturaleza: la naturaleza se ha “montado” sobre ella. Como se “montó” la naturaleza en Europa sobre las calzadas romanas cuando desapareció el comercio mediterráneo a raíz de la hegemonía del Islam a partir del siglo VIII: la naturaleza cubre la historia, cubre el producto de esa actividad continua, la objetivación del esfuerzo humano de la praxis. Pero la noción de dialéctica de la naturaleza pretende que haya una dialéctica en el interior de la misma.

Todavía a mediados de 1844, cuando Marx redactó en París sus famosos *Manuscritos económico-filosóficos* (los cuales, como les decía, sólo se co-

nocieron hace unos setenta años, en 1932, en la primera edición de las obras completas de los clásicos a cargo de David Riazánov, el director del Instituto Marx-Engels de Moscú, y poco después en la selección que hizo Sigfried Landshut para la editorial Kröner de Leipzig); todavía en las primeras páginas de esos cuadernos se refiere él muy elogiosamente a Feuerbach y sostiene que en sus escritos más recientes, de 1841 a 1843, se encuentra la "única revolución teórica real" desde la *Fenomenología del espíritu* de Hegel, que había aparecido en 1807; un gran elogio si se tiene en cuenta no sólo la importancia objetiva de esta gran obra sino la influencia que ejerció sobre el joven Marx. Y a propósito, consideramos necesario recalcar que el capítulo IV de esta obra de Hegel pertenece ya al acerbo del materialismo histórico, anticipa un poco la problemática peculiar del mismo.

Sin embargo, muy rápidamente, en Bruselas, la ciudad a la que se había trasladado cuando fue expulsado por orden policial de París y en la cual además dio inicio a su actividad revolucionaria internacionalista junto con Engels, al fundar allí una oficina de corresponsalía con los diversos grupos de obreros radicados en las diferentes ciudades de Europa, redactó Marx sus luego famosas "Tesis sobre Feuerbach" y despidiéndose de éste, abandonando el entusiasmo que en algún momento sintiera por él, dice lo siguiente: "El defecto fundamental de todo el materialismo anterior, comprendido el de Feuerbach, consiste en que el objeto, la realidad efectiva, la sensoriedad, sólo se capta bajo la forma del objeto o la intuición, pero no como actividad humana sensible, como praxis, no subjetivamente". Aquí la expresión *Hauptmangel* (en el original) significa literalmente "deficiencia", si recordamos que *defectum* en latín es lo contrario de *perfectum*: es perfecto lo que está completamente hecho y defecto lo que no está hecho del todo. De manera que en Marx, frente a Feuerbach y anticipándose al equívoco de Engels, Kautsky y Plejánov, nos encontramos con una reivindicación de la subjetividad –el "principio de la modernidad", según Hegel– aunque ya no de la subjetividad en el sentido del idealismo alemán: la conciencia trascendental kantiana, el espíritu absoluto hegeliano o, remontándonos más atrás, el *cogito* cartesiano, sino de la subjetividad como praxis.

Pues la noción marxiana de praxis es heredera de la problemática de la subjetividad y de la historia de la subjetividad. Por ello supera Marx el naturalismo ingenuo de Feuerbach, pues cuando éste observa la naturaleza, cuando contempla la mata de cerezo –para utilizar su ejemplo– no percibe que detrás de ella se ha dado un proceso de intercambio mercantil que hizo posible la introducción en Europa de los cerezos o, mejor dicho, de las semillas de cerezos.

De la misma manera que prácticamente toda la flora de la Sabana de Bogotá proviene de fuera. Así, por ejemplo, nosotros identificamos el pai-

saje de la Sabana con un árbol, el eucalipto, que no es nativo, proviene de Australia y fue traído acá por la capacidad de sus raíces para absorber la humedad. Como ustedes recordarán por la leyenda de Bochica, según la cual él abrió el Salto de Tequendama para que se evacuaran las aguas, la Sabana había sido originalmente un lago, por lo cual era muy húmeda, y como los terratenientes de la Sabana tenían muchos problemas con la humedad introdujeron a comienzos del siglo XIX esa especie, ese árbol, que para nuestra "certeza sensible" y nuestra experiencia es algo tan inmediato como lo era el cerezo para la de Feuerbach, porque parece estar ahí sin la intervención del hombre, aunque en realidad lo está gracias a ella y en función del proceso de su autoconservación, en función del proceso material de la reproducción de la especie.

Entonces, continúa Marx: "De ahí que el lado activo —el que no conoce Feuerbach, el que no conoce el materialismo anterior (RJV)— fuese abstractamente desarrollado, en contraposición al materialismo, por el idealismo..." Y agrega: "...el cual, naturalmente, no conoce la actividad efectiva sensible como tal". Esto es, desde el punto de vista de la gnoseología, de la teoría del conocimiento y, como punto de apoyo para la epistemología de las ciencias sociales, de una gran importancia, porque no podemos comprender la génesis del pensamiento marxiano sin tener en cuenta el idealismo alemán, el primer factor, la primera fuente de su pensamiento.

Remito al célebre folleto de Lenin, *Tres fuentes y tres partes integrantes del marxismo*, en el cual se menciona en primer lugar al idealismo alemán, o sea la obra de Kant, Fichte, Schelling y Hegel. Sobre todo Kant y Hegel se encuentran en la raíz, en la génesis del pensamiento de Marx y éste los incorporó a su haber intelectual durante los años de su formación. Ustedes saben que Marx comenzó a estudiar Derecho en Bonn en el año 1836 y que al año siguiente se trasladó a Berlín, en donde entró en contacto con algunos de los "jóvenes hegelianos", principalmente con los hermanos Bauer —Edgar y Bruno— que orientaban un así llamado "Club de los doctores", y que también allí estudió a Hegel y conoció algunos escritos de Kant y Fichte.

Sólo al llegar a París en el invierno del 1843 y tras frecuentar las sociedades secretas a través de las cuales se organizaban los obreros franceses, entró Marx en contacto con la segunda fuente y el segundo factor, el socialismo utópico francés, ideología que tiene una larguísima tradición, pues sus orígenes se podrían remontar inclusive a algunos profetas del Antiguo Testamento. En efecto, en el oprimido, la nostalgia por la liberación se remonta a tiempos antiquísimos. Como escribía Heinrich Mann en su bellísimo *Himno para las Brigadas Internacionales* que combatían contra el fascismo en España, "ya los esclavos que construyeron las pirámides de Egipto

to cantaban una canción de indignación". De esta manera, las raíces remotas del socialismo se encuentran llanamente en la lucha contra la opresión y no casualmente Gerard Walter —el biógrafo de Lenin— dedica los primeros cuatro capítulos de su obra *Los orígenes del comunismo* a los profetas del Antiguo Testamento, a los primeros cristianos, a los padres de la Iglesia y a los primeros herejes del cristianismo.

El socialismo utópico francés es así otra de las fuentes, comenzando por un precursor del propio Marx, el conde de Saint-Simon, sobre todo a través de su discípulo Bazard, quien ya es una especie de ideólogo comunista, aunque antes de Saint-Simon se deba mencionar la conspiración de Babeuf y Buonarrotti, la "conspiración de los iguales", cuando se iniciaba el período del *Thermidor*. Y luego a Proudhon, un obrero tipógrafo a quien Marx conoció con mucha emoción por ser un intelectual surgido de la clase trabajadora, aunque después se decepcionara de él: como ustedes sabrán, en *La miseria de la filosofía* —respuesta a su libro *La filosofía de la miseria*— lo trata muy duramente. No debemos olvidar tampoco a Charles Fourier, Sebastian Cabet y Richard Owen, entre otros.

La tercera fuente del materialismo histórico la conocería Marx al año siguiente, cuando Friedrich Engels, a quien apenas si había tratado antes, le visitó en París y conversó con él durante varias semanas. Como Engels gerenciaba por entonces una fábrica textil de la cual su padre era copropietario en Manchester —la capital de la revolución industrial— y estaba impregnado de la realidad del capitalismo (precisamente redactaba por entonces su famoso *Informe sobre la situación de las clases trabajadoras en Inglaterra* que aparecería al año siguiente), lo introdujo en el estudio de la economía política inglesa. Porque el primer crítico de la economía capitalista no fue Marx sino Engels y, de hecho, en febrero de 1844, en el único ejemplar de la revista que publicara Marx con Arnold Ruge en París —*Los anuarios francoalemanes*— aparecería el primer *Esbozo de crítica de la economía política*, de Engels. Hasta se podría decir que en esta materia Marx fue un discípulo de Engels en ese momento, aunque muy rápidamente se puso a profundizar en la materia alcanzando con los años un gran conocimiento de ella.

¿Por qué me refiero a todo esto? Vuelvo a la problemática que nos ha convocado aquí, al problema gnoseológico. Esta primera tesis sobre Feuerbach y otras —la dos, la tres, la seis— mucho aportan a la perspectiva de la epistemología de las ciencias sociales, de una gnoseología que pretenda fundamentarse en el pensamiento marxiano, precisamente para no caer en esa desafortunada "ontologización" del problema a través de la equívoca "dialéctica de la naturaleza" engelsiana: lo que he citado de la primera de las *Tesis sobre Feuerbach* contradice el propósito implícito en tal noción.

Por ello comenta Jürgen Habermas –en un inteligente ensayo intitolado “La metacrítica de Marx a Hegel: síntesis a través del trabajo social”, que constituye el meollo del primero de los tres que componen su libro *Conocimiento e Interés* (1967) y que, según me parece, no ha vuelto a ser muy comentado entre nosotros¹– refiriéndose precisamente a esto, a la polémica de Marx en 1845 y 1846 con quien todavía llamaría un año antes “estimado maestro” (refiriéndose a Feuerbach), lo siguiente: “Al idealismo objetivo, que quiere explicar el ser en sí de la naturaleza como un presupuesto del espíritu absoluto, que no ha sido captado como tal como el espíritu subjetivo, Marx no se limita a contraponer un materialismo vulgar”.

¿A qué se refiere Habermas con la expresión “idealismo objetivo”? Se refiere a Hegel: “El espíritu tiene para nosotros como presuposición propia a la naturaleza de la cual es la verdad y por lo tanto lo primero absoluto. En esta verdad la naturaleza ha desaparecido y el espíritu resulta como la idea que ha llegado a su ser por sí, cuyo objeto y sujeto a la vez es el concepto”. Para Marx, por el contrario, dice Habermas, “la naturaleza es frente al espíritu lo absoluto primero”. Porque el hombre es un ser de necesidades, no es espíritu puro; es un ser finito, es decir, menesteroso. Lo que ya, contra Hegel, había argumentado Feuerbach: el hombre padece frío, hambre, tiene sexualidad, debe protegerse del medio ambiente.

Ese fue precisamente el gran aporte del humanismo feuerbachiano, haber reivindicado la pasión, haber reivindicado la condición finita del ser humano para no caer en las redes de la filosofía de la identidad de Hegel, sobre la que Marx ya se había pronunciado irónicamente en la carta a su padre en 1837. Precisamente en tanto materialistas, reivindicamos en primer lugar la naturaleza. Pero no en el sentido de la “dialéctica de la naturaleza” sino de la dialéctica que el hombre hace posible al enfrentarse a ella para satisfacer sus necesidades. Repito la primera frase de Habermas y continúo: “Al idealismo objetivo que quiere explicar el ser en sí de la naturaleza como un presupuesto del espíritu absoluto, que no ha sido captado como tal por el espíritu subjetivo, Marx no se limita a contraponer un materialismo vulgar. De todas formas Marx, en un primer momento, parece limitarse sólo a renovar el naturalismo de la antropología de Feuerbach”.

Y enseguida remite, en una nota de pie de página, a un fragmento impregnado de feuerbachianismo en el cual decía el joven Marx: “El hombre es un ser real corpóreo, asentado sobre la tierra firme y compacta que respira y transpira todas las fuerzas de la naturaleza. Cuando al extrañarse sienta sus facultades reales objetivas como objetos extraños, no es ese acto el sujeto sino la subjetividad de las facultades objetivas cuya acción por tanto no puede ser sino objetiva. Un ser objetivo obra objetivamente, lo que supone que la obje-

tividad le es esencial. Si produce, si pone objetos, es porque se halla puesto por ellos, porque es de por sí naturaleza. De modo que en el acto de producir no desciende de su pura actividad a fabricar el objeto; al contrario, su producto objetivo no hace sino confirmar su actividad objetiva, su actividad como la actividad de un ser objetivo natural."

Se podrían buscar en los escritos de Feuerbach de 1842 y 1843 que influyeron en Marx —*Principios de la filosofía del futuro* y el *Programa para la reforma de la filosofía*— pasajes que corresponden exactamente a este comentario de Marx. Por lo demás, "objetivo" no significa aquí algo en el sentido en que hablamos de una "crítica objetiva", por ejemplo, sino significa que se *objetiva*, que se proyecta.

En la lengua alemana con mucha frecuencia nos encontramos con términos que provienen del latín y otros que provienen de alguno de los dialectos germánicos y que en castellano se traducen con la misma palabra. Así, cuando se dice "objektiv" en alemán se refiere a objetivo en el sentido en que hablamos de una crítica objetiva, mientras "gegenständlich" tiene que ver con *Gegenstand*, la palabra germánica para designar el objeto. Decían Hegel y Feuerbach, su discípulo, que el hombre "se objetiva". Cuando construye un camino, por ejemplo, cuando toma un poco de arcilla y elabora una marmita o un ladrillo: el producto de su trabajo es su "objetivación". Por eso Hegel en la *Fenomenología del espíritu* consideraba todavía en ese su lenguaje tan característico que, "a través del trabajo llega el ser para sí a sí mismo", y que en el trabajo la conciencia del que trabaja aparece "fuera de ella en el elemento de la permanencia" y se convierte como "forma de las cosas elaboradas en objeto".

El carpintero, por ejemplo, toma un segmento de la naturaleza, un trozo de madera, y elabora con él una silla, y así, de alguna manera, se objetiva. Esto es todavía fuerbachiano, afirma Habermas con acierto. Se puede decir que hasta la redacción de *La ideología alemana* Marx todavía dependía mucho en sus categorizaciones de Hegel y de Feuerbach, todavía no era completamente él mismo, no había desarrollado su propio lenguaje, y que a partir del año 1847 lo domina plenamente. Entonces, lo que les citaba es todavía, en efecto, propiamente, "feuerbachiano". Pero, como agrega Habermas, te-

¹ Según me parece se ha vuelto una moda entre nosotros ocuparse del último Habermas —el del "giro lingüístico" y la problemática de la "acción comunicativa"— y se ha descuidado su primera etapa en la que se encontraba mucho más cerca de la obra de Marx y del materialismo histórico. Me refiero a su primer libro: *Teoría y praxis*, que se compone de ocho ensayos (desafortunadamente, la versión española en la colección de estudios alemanes de la Editorial Sur de Buenos Aires no es completa) y sobre todo a esta gran obra, *Conocimiento e interés*, que reúne tres ensayos no muy inmediatamente relacionados.

niendo en cuenta que estamos planteando el asunto en la perspectiva de la epistemología, de la gnoseología, en polémica con la noción engelsiana a la que nos hemos venido refiriendo, "en oposición a éste —a Feuerbach— Marx insiste aparte de los atributos corporales de un organismo dependiente de su entorno (receptividad de los sentidos, estado de necesidad, emotividad, vulnerabilidad), en los modos de comportamiento adaptativo y en las manifestaciones vitales activas de un 'ente natural activo', pero en la medida en la que confiere a la 'actividad objetiva' el sentido aún inespecífico de que el hombre, como todo organismo, 'sólo puede exteriorizar su vida en los objetos reales-sensibles', sigue Marx encerrado en el círculo de las representaciones naturalistas". Sin embargo, prosigue Habermas, y es sobre esto sobre lo que en particular quiero llamar la atención, "la primera tesis contra Feuerbach va ya mucho más allá". En efecto, ella dice: "El defecto fundamental de todo el materialismo anterior, comprendido el de Feuerbach, consiste en que el objeto, la realidad efectiva, la sensoriedad, sólo se capta bajo la forma del objeto o de la intuición, pero no como actividad humana sensible, como praxis, no subjetivamente. De ahí que el lado activo fuese abstractamente desarrollado, en contraposición al materialismo, por el idealismo, el cual, naturalmente, no conoce la actividad sensorial como tal".

Si recordamos la *Crítica de la razón pura*, nos encontramos allí con la descripción de una *actividad*, de una actividad *constituyente* de la realidad del fenómeno. Con razón dice Marx: "De ahí que el lado activo fuese abstractamente desarrollado por el idealismo, el cual, naturalmente no conoce la actividad efectiva sensible como tal". Por eso Habermas habla, no de la tesis "sobre" sino, de una vez, de la tesis "contra" Feuerbach, o sea que al mencionar el documento marxiano de antemano lo ubica como un documento polémico que supera la unilateralidad del materialismo burgués, representado en el de Feuerbach.

Dice Habermas: "Sin embargo, la primera tesis contra Feuerbach va ya mucho más allá. Cuando Marx habla del hombre como de un ente objetivo no lo hace en sentido antropológico sino gnoseológico". No estoy completamente de acuerdo con Habermas, aunque sea asunto de un matiz. Según me parece, él hubiera podido decir "no lo hace sólo" en un sentido antropológico sino gnoseológico, porque la tesis también alberga un sentido antropológico. Pero lo que él quiere resaltar aquí son las implicaciones epistemológicas, las implicaciones que tiene la polémica del joven Marx con Feuerbach para la experiencia del conocimiento.

Entonces Habermas cita precisamente la segunda parte de la tesis: "la parte activa, que el idealismo había desarrollado en oposición al materialismo", y agrega que ella "tiene que ser comprendida materialísticamente", tiene que ser com-

prendida en forma materialista. Esa parte activa que habían desarrollado Kant y sobre todo Fichte, esa "pura agilidad" que, según éste, constituye la esencia de la conciencia, debe ser comprendida de una manera materialista. Pero la parte activa comprendida de una manera materialista es la *praxis*, es la actividad transformadora de la naturaleza, para satisfacer las necesidades humanas: sin la *praxis* no se hubiera producido el hombre mismo. Por ello en la paleo-historia hablamos de una edad de piedra, de una edad de bronce, de una edad de hierro, por ello hablamos de la revolución del neolítico superior.

¿Qué significa eso? La expresión "edad de piedra" significa que los primeros hombres garantizaron su supervivencia utilizando la piedra. Las primeras armas rudimentarias de los hombres fueron, en efecto, flechitas de pedernal amarradas a varas que les permitían cazar el bisonte, el oso. Esto lo registra el arte rupreste. Como lo recuerda Adorno en su *Estética*, esa flecha que atraviesa el animal bocetado en el muro de la caverna que habitaba el hombre primitivo era una invocación mágica, un ritual: antes de cazar el bisonte el hombre se apoderaba de él dibujándolo atravesado por su lanza. Luego el hombre, como dicen los paleo-historiadores y los etnógrafos, "domesticó" el bronce, descubrió un material que le permitía construir un arma más efectiva; y finalmente el hierro, un material mucho más duro. ¿Por qué se habla de la "revolución del neolítico superior"? Porque entonces se inventó la agricultura. Sin la agricultura no hubiese sido posible el asentamiento en las ciudades, hubiéramos permanecido en el nomadismo. Entonces es aquí en donde encontramos el germen de la dialéctica, a través de ese intercambio orgánico.

Me he detenido en todo lo anterior, porque Habermas hace referencia a la historia de la especie. Vuelvo a repetir: "Cuando Marx habla del hombre como de un ente objetivo, no lo hace en sentido antropológico sino gnoseológico, la parte activa que desarrolló el idealismo en oposición al materialismo tiene que ser comprendida materialísticamente". Y cuando agrega que si Marx ve la carencia de todo el materialismo anterior en que el objeto, la realidad, la sensoriedad, se han entendido sólo bajo la forma del objeto o de la intuición, "pero no como una actividad humana sensible, no como *praxis*, no subjetivamente", entonces la actividad objetiva "adquiere el sentido específico de una constitución de los objetos, que en cuanto objetos de la naturaleza comparten con ella el momento del ser en sí, pero que sin embargo en función de la actividad de los hombres llevan en sí mismos el momento de una objetividad que ha sido producida".

Naturalmente, no podemos ignorar que hay un en sí de la naturaleza. Por eso habla Alfred Schmidt de un "primado ontológico" de la naturaleza: ella está ahí, con sus propiedades, con sus características peculiares en cada caso —la composición de la tierra, la presencia en ella de determinados mine-

rales, la abundancia o no abundancia del agua, el clima, etc.— como primado ontológico que condiciona inclusive las posibilidades objetivas de la praxis.

Por ello las grandes culturas no surgieron en cualquier parte. La primera gran cultura histórica de que tenemos referencia, la civilización mesopotámica, tenía como premisa el sistema hidrográfico de dos grandes ríos, el Tigris y el Éufrates. Porque había agua que irrigaba la tierra y la hacía fértil, posibilitando la existencia del “sur-plus”, del excedente. No fue en el desierto, donde encontrar el agua es más o menos fortuito, sino allí donde regularmente se podía contar con ella, en donde surgió una gran civilización como fue la civilización sumeria, la civilización de la Mesopotamia, porque allí donde no se cuenta con el excedente no hay acumulación, no puede haber cultura: allí donde los hombres dependen de tal manera de la naturaleza que no pueden acumular un excedente no se desarrolla la sociedad. Entonces el “primado ontológico” de la naturaleza —el hecho de que ella es algo en sí— condiciona las posibilidades de la praxis. Por la existencia, regular o no regular, del agua, o por los condicionamientos del clima, porque de la misma manera que no puedo cultivar papayas en la Sabana de Bogotá tampoco puedo cultivar papas en el valle del Cauca: si quiero cultivar una fruta tropical en la Sabana de Bogotá tengo que crear un microclima, un clima artificial.

Por lo tanto, el hombre tiene que contar con ese en sí de la naturaleza. Pero a partir de ello, presuponiendo esa su materialidad de algún modo irreductible, lo que cuenta a partir del momento en que el hombre se encuentra sobre la tierra —o inclusive desde el momento en que comenzó a formarse como hombre— es la naturaleza-fenómeno, la naturaleza mediada por la actividad humana. Es esta naturaleza la que nos incumbe y no resulta casual que Marx sintiera una gran admiración por Charles Darwin, a quien quiso dedicarle *El capital* —lo que éste no aceptó— y que en 1883, en el discurso fúnebre de Friedrich Engels, su camarada, él mencionara a Darwin, parangonando el aporte de los dos grandes pensadores. Porque inclusive desde antes de consolidarse la cultura humana, si recordamos el ensayo de Engels —*El papel del trabajo en la evolución del mono al hombre*— se produce la praxis, la transformación de la naturaleza.

Lo que observamos en un sembrado es una realidad objetiva, inclusive desde el punto de vista gráfico, geométrico. Así, por ejemplo, un cultivo de café está regido por una formalización, obedece a una racionalización que proviene de un conocimiento tecnológico. El esquema de un cultivo del café nuevo —el así llamado “caturra”, que se introdujo hace unos treinta años en nuestro país como una consecuencia de las presiones de la competencia con otros países productores de café en el mercado mundial— es diferente al cultivo del café tradicional, el “arábigo”.

Continúa Habermas: "Marx entiende la actividad objetiva, por una parte, como realización trascendental con la que se corresponde la construcción de un mundo en el que la realidad aparece sometida a las condiciones de objetividad de los objetos posibles..." ¿A qué se refiere? Está hablando implícitamente de Kant. La noción de lo "trascendental" nos remite inmediatamente al meollo de la *Crítica de la razón pura*, porque en esta gran obra se nos explica que el hombre en el proceso del conocimiento proyecta sobre la materia del fenómeno unas estructuras *a priori* que constituyen su peculiaridad –las formas puras del espacio y el tiempo en la dimensión de la sensibilidad, las categorías en la del entendimiento– y así puede conocer un mundo que es *su* mundo: el mundo-fenómeno, el mundo humano, el mundo de la cultura histórica. De manera que en la actividad objetiva del hombre nos encontramos, por un lado, con un momento "trascendental" que forma parte de la praxis: precisamente las limitaciones del idealismo –su unilateralidad– radicaban en no haber comprendido que ese proceso de constitución trascendental del mundo se realiza a través de la praxis.

La experiencia concreta del espacio y del tiempo se realiza, por ejemplo, en la agrimensura. Un marxista como Georg Lukács lo explicaba de una manera muy sencilla en un libro bien interesante –*Conversaciones con Lukács*, aparecido a mediados de los sesenta y que publicó en español Alianza Editorial– en el cual él dialogaba con Wolfgang Abendroth, un eminente jurista y politólogo alemán, con Theo Pinkus, un archivero y librero del movimiento obrero, y con el filósofo Hans Heinz Holz. Cuando uno de ellos introducía el problema de si la filosofía, como sugiere Adorno, sólo podría subsistir hoy "como" sociología, daba Lukács un ejemplo muy sencillo que tiene que ver con lo que estoy explicando.

Decía que antes de considerar el asunto en una perspectiva específica, a partir de la división social del trabajo, también en la dimensión teórica y académica, era necesario remontarse a la dimensión más elemental y preguntar, por ejemplo, por el origen de la geometría. ¿En qué momento surge la geometría? La geometría surge –respondía– cuando surgen sus objetos, las funciones. ¿Cuándo, por ejemplo, surgió la función de la línea recta? Cuando el hombre primitivo colocó una piedra frente a otra para demarcar un terreno y con ello creó algo absolutamente nuevo, que no existía antes en la naturaleza: la línea recta, una función. Entonces el hombre primitivo, por una necesidad práctica, la agrimensura –no porque se le ocurriera hacer geometría sino porque necesitaba delimitar un terreno– colocó una piedra frente a otra y con ello creó una función, la línea recta. Y si frente a esas dos piedras colocó otras dos, creó con ella una serie de funciones, unas paralelas, un cuadrilátero, dos diagonales, la función de los ángulos: ese fue el origen de la geometría.

Pero ¿qué significa lo trascendental originalmente en Kant? Significa la condición de posibilidad de la experiencia y, con ello, la condición de posibilidad de los objetos de la experiencia. Sin lo que yo acostumbro a llamar el "nexo trascendental", o sea la relación de esa subjetividad trascendental constituyente con el mundo exterior; sin la organización que comienza con la sinopsis trascendental del espacio y el tiempo, el hombre no podría orientarse en el mundo. Pero ¿para qué se orienta el hombre en el mundo? Para cumplir tareas de autoconservación, a través de la praxis.

La lectura materialista nos enseña que el proceso de reproducción material de los hombres en la sociedad es permanente y que a través de él se incorpora la producción trascendental de sentido –la organización de los materiales de la experiencia– al universo de la praxis. Por eso insiste Habermas en que Marx entiende la actividad objetiva, por una parte, "como realización trascendental, con la que se corresponde la construcción de un mundo en el que la realidad aparece sometida a las condiciones de objetividad de los objetos posibles". Pero, por otra parte, ve esta realización trascendental como "enraizada en los procesos reales de trabajo": lo que acabo de explicar.

Esa realización trascendental, que Kant sólo comprende a partir del proceso del conocimiento, arraiga y se fundamenta en los procesos reales del trabajo. Por ello afirma Habermas que el sujeto de la constitución del mundo "no es una conciencia trascendental en general". El planteamiento kantiano resulta unilateral, porque Kant no era consciente –por lo menos no lo era en la *Crítica de la razón pura*– del proceso de la autoconservación o de que el proceso del conocimiento tiene que ver con el de la autoconservación: que el conocimiento es, como lo intuiría también Nietzsche, un vehículo de la autoconservación, es, desde el principio, una herramienta.

Entonces prosigue Habermas: "El sujeto de la constitución del mundo no es una conciencia trascendental en general, sino la concreta especie humana que reproduce su vida bajo condiciones naturales". Y agrega: "Que este proceso de metabolismo adopte las formas de los procesos del trabajo social se deriva de la constitución física de este ente natural y de algunas constantes de su entorno natural". Aquí cita Habermas directamente *El capital*, allí donde Marx llama al trabajo una "condición de la existencia humana, independientemente de todas las formaciones sociales, necesidad natural y eterna de mediar el metabolismo que se da entre el hombre y la naturaleza" y, por consiguiente, de mediar la vida humana.

"A nivel antropológico –continúa Habermas– la naturaleza se disocia en *naturaleza subjetiva* del hombre, por una parte, y en *naturaleza objetiva* de su entorno, por otra, y al mismo tiempo media consigo mismo a través del proceso de reproducción del trabajo social". Agrega, después de una cita de

Marx : "Precisamente porque la naturaleza circundante se constituye en *naturaleza objetiva para nosotros* tan sólo gracias a la intervención de la naturaleza subjetiva del hombre mediante los procesos de trabajo social, es por lo que el trabajo representa no sólo una categoría antropológicamente fundamentadora sino también, al mismo tiempo, una categoría gnoseológica". El proceso del conocimiento tiene que tener en cuenta el trabajo, porque conocer significa considerar la génesis del mundo objetivo creado por los hombres a través de su trabajo. Y concluye: "El sistema de las actividades objetivas crea las condiciones fácticas de la reproducción posible de la vida social y *simultáneamente* las condiciones trascendentales de la objetividad posible de los objetos del entendimiento".

Es aquí donde se explicita la convergencia del esquema marxiano del trabajo y el esquema kantiano de la constitución de los objetos del conocimiento. Si concebimos al hombre desde la categoría de "un animal que fabrica instrumentos" (la célebre definición del hombre que recoge Marx de Benjamín Franklin, "a tool making animal"), si lo concebimos desde esta perspectiva, entonces estamos significando con ello un esquema conjunto del laborar y del comprender el mundo.

El trabajo como proceso natural es siempre algo más que un simple proceso natural, pues simultáneamente regula el intercambio material y constituye un mundo. Con mucha inteligencia y con oportunidad remite Habermas a otro fragmento de los cuadernos parisinos de 1844, a otro fragmento de ese texto del joven Marx que en español conocemos en una excelente traducción del profesor Francisco Rubio Llorente publicada en Alianza Editorial con el título de *Manuscritos economía y filosofía*: "Pero el hombre no sólo es un ser natural, sino es un ser natural humano, puesto que existe para sí mismo y por tanto a nivel de especie tiene que confirmarse por su propia acción tanto en su ser como en su saber. Ni los objetos humanos son los objetos naturales tal y como se presentan inmediatamente, ni los sentidos humanos son en su realidad directa objetiva sensibilidad humana, objetividad humana. La naturaleza no se halla directamente adecuada al ser humano ni objetiva ni subjetivamente".

Entonces, después de afirmar que el trabajo en el interior del materialismo "tiene el rango de síntesis" —porque, así como en Kant se habla de una síntesis trascendental, sostenida en la apercepción trascendental, en el materialismo histórico se trata de una síntesis material, social, instrumental y tecnológica— concluye Habermas: "Ahora bien, tan pronto concebimos el trabajo social como una síntesis despojada de su sentido idealista, surge el peligro de un posible mal entendido lógico-trascendental. La categoría del trabajo cobra entonces, sin que nos demos cuenta, el sentido de una práctica de la vida

constitutiva del mundo en general". Una clara referencia a los husserlianos, a la idea del "mundo de la vida".

Por lo cual aclara enseguida: "Esta concepción hace acto de presencia en cuanto explicamos los escritos antropológicos de Marx al hilo de los análisis del mundo de la vida y al Husserl de la última época. Una variedad fenomenológica del marxismo resuena a principios de los años treinta en algunos trabajos de Herbert Marcuse todavía vinculados a Heidegger. Después de la guerra esta concepción encuentra seguidores en el círculo de influencia de Sartre. Hoy domina la interpretación de Marx en algunos países socialistas".

Y se remite entonces al filósofo checo Karel Kosik—cuya importante obra de mediados de los sesenta, *Dialéctica de lo concreto*, menciona en una nota de pie de página— y al grupo de filósofos yugoslavos nucleados alrededor de la revista *Praxis*, en particular a Gajo Petrovic, que en su momento también se preocuparon por rescatar el pensamiento original de Marx y desglosarlo de las deformaciones del pasado estalinista, y que también se orientaban en la misma dirección en que trabajaron los marxistas críticos de los países occidentales, con la intención de recuperar la noción de praxis, en la que tanto hemos insistido y que se encuentra a la base, tanto del proceso de la reproducción material de los individuos en la sociedad, como de la teoría que, a partir de la comprensión efectiva de dicho proceso, piensa hacia delante, en dirección a su liberación: el fin de la prehistoria del hombre.

UN ESPACIO PARA EL ESPACIO SOCIAL: DEBATES Y PERSPECTIVAS CONTEMPORÁNEAS

Édgar Novoa¹

Introducción

La categoría de espacio social o espacialidad viene siendo tema de debate teórico y académico en todas las disciplinas de las ciencias sociales (antropología, psicología, sociología, ciencia política, economía), en la mayoría de los casos por fuera de los parámetros y horizontes hasta ahora trazados por la geografía. Así mismo, se ha convertido en un componente y un desafío para las luchas y reivindicaciones sociales, para la acción social organizada en general y sus prácticas económicas, políticas, sociales, culturales o ecológicas. Sin embargo, en la confrontación académica se la ha tendido a oscurecer como una variable independiente y autónoma con leyes y principios propios, o se la ha diluido como un mero reflejo de la antagonica dinámica socio-histórica, desvalorizando la importancia sobre el sentido y alcance que adquiere lo espacial en las actuales transformaciones.

En la interfaz entre lo social y lo espacial se presenta un fructífero debate alrededor de la categoría de espacio social, en donde se trascienden todos los límites y fronteras disciplinarias y se abre un horizonte amplio para el análisis y la interpretación, que la misma acción política y social de los diferentes actores exige para el desarrollo y la puesta en marcha de sus proyectos o estrategias. En este sentido, en los últimos años se ha venido consolidado en el pensamiento crítico un fuerte movimiento de *reafirmación del espacio en las ciencias sociales*.

El monopolio del análisis de la dimensión espacial detentado hasta hace poco por la geografía –al que consideraba su campo exclusivo de estudio–, ha sido objeto de

¹ Profesor asistente, Facultad de Derecho, Ciencias Políticas y Sociales, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá.

escrutinio por otras disciplinas interesadas, y sobre todo necesitadas, de la comprensión de la variable espacial al abordar el análisis socio-histórico. Al mismo tiempo, la geografía ha tenido que reconocer sus limitaciones a la hora de explicar la dinámica actual de las transformaciones de los grupos y sociedades humanas, buscando llenar el vacío que la acecha con los aportes de las demás disciplinas sociales. El círculo se cierra por el importante papel que la espacialidad juega hoy en todos los lugares y las escalas geográficas, en donde, además, el lenguaje utilizado para su interpretación o análisis apenas es un pálido reflejo de la dinámica que la subyace: globalización, localización, glocalización, descentralización, deslocalización, impactos territoriales, horizontes, cartografía, mapeo, territorialización, desterritorialización, etc.

Con el propósito de ir llenando el vacío que nos embarga frente a la comprensión y análisis de esa fenomenología espacial actual, el presente documento realiza de manera selectiva un recorrido por las diversas discusiones contemporáneas sobre el concepto de espacio social o espacialidad que en el ámbito de la geografía se han dado en Europa Occidental y Estados Unidos. Es selectiva en tanto no pretende ser una presentación de todas las corrientes geográficas y sus diferentes matices, intereses e inquietudes particulares. De otra parte, como el lector tendrá oportunidad de constatarlo, se enfatiza la relación entre las formas espaciales, las prácticas sociales y las transformaciones socio-históricas, como eje central para el análisis y el estudio de las visiones escogidas como paradigmáticas en ese terreno.

El presente escrito busca hacer la genealogía de la categoría de espacio social alrededor de los elementos ya enunciados, para sopesar su sentido y alcances, comprenderla de la mejor manera y darle un uso más adecuado en el análisis socio-histórico. Se busca valorizar la espacialidad no sólo en la discusión académica sino además proporcionar herramientas para la acción política y social organizada, que cada vez más encuentra que su “localización” material y física hace una diferencia; y que hay diferencias que se producen en ese “lugar”. No se trata de hacer de la espacialidad una categoría omnicomprendensiva y explicativa del desenvolvimiento socio-histórico de las

sociedades, sino de desarrollar las herramientas teóricas más adecuadas para una mejor comprensión de su dinámica, que contribuya a complementarlo y enriquecerlo.

1. La geografía y el espacio social

Las últimas décadas han sido pródigas para la geografía en intensos debates caracterizados por interminables discusiones ontológicas y epistemológicas acerca de cuál debería ser su objeto y método de análisis. Este fenómeno ha sido interpretado como la consecuencia directa de su particular interés disciplinario por explicar las relaciones entre los individuos, o los grupos, con su medio ambiente (entorno, paisaje, territorio o espacio), que la ubican en la borrosa frontera entre las disciplinas naturales y las sociales o humanas; aspecto que ha abonado el terreno para la indefinición y la consecuente búsqueda: una conflictiva y nunca acabada construcción del objeto y método de análisis. Sin embargo, más allá, y a pesar de esas ambigüedades, se ha avanzado un largo trecho en la conceptualización y el desarrollo de categorías, métodos y técnicas de investigación para el análisis y la comprensión de la variable espacial respecto de la dinámica socio-histórica de las sociedades.

Del mismo modo en que la geografía ha buscado en las demás disciplinas sociales elementos básicos para la comprensión de los distintos elementos antro-po-socio-históricos que tipifican el devenir de los grupos sociales, así mismo las demás disciplinas sociales han venido reconociendo la importancia que posee la variable espacial para la comprensión y estudio de la dinámica socio-histórica. En este sentido, nuestro interés particular al efectuar el recorrido crítico de las principales corrientes geográficas que expresan los profundos cambios espaciales ocurridos en los países de Europa Occidental y los Estados Unidos, es el de obtener la cartografía del concepto de espacio social. Sin embargo, como lo veremos a medida que nos internemos en nuestro recorrido, es difícil limitarse exclusivamente a la genealogía reciente del concepto de espacio social (espacialidad), sin adentrarse en los diferentes elementos que componen el análisis socio-geo-histórico de dichas sociedades; elementos tales como el problema

de las escalas geográficas, la profunda y permanente diferenciación espacial, las relaciones sociales antagónicas de poder, elementos todos co-constitutivos y determinantes para la comprensión de la producción de la espacialidad.

1.1. El análisis sistémico espacial

El enfoque espacialista sistémico se consolidó a partir de los años mil novecientos sesenta en los Estados Unidos y en cada una de las tradiciones geográficas nacionales de Europa Occidental, siendo la escuela francesa la que más recientemente ha retomado y profundizado sus principios teóricos y metodológicos, conservando sus rasgos fundamentales: el uso de las técnicas cuantitativas, el manejo de modelos (estadísticos, matemáticos, gráficos), la utilización de conceptos y principios sacados de las ciencias físicas o naturales aplicados a la dinámica espacial de la sociedad, y el interés declarado en la búsqueda de leyes o principios espaciales en la dinámica social. En esta medida, y no obstante los diferentes matices que presentan los autores, no sólo comparten estos principios metodológicos, sino que la concepción de espacio social inmóvil, neutral y eterno –tomada de la física en sus diferentes versiones–, permea todas las propuestas. En Francia, el núcleo duro de la geografía sistémica se encuentra, desde la década de los años ochenta, alrededor de la revista *L'Espace Géographique*, y se ha plasmado especialmente en la obra de Roger Brunet.

El desarrollo del análisis de sistemas y la introducción de modelos cuantitativos en el análisis social contribuyeron de manera decisiva –de acuerdo con los sistémicos– a sentar las bases para que la geografía pudiera ser considerada como una disciplina científica, la cual se encontraba enfrascada en interminables debates acerca de su naturaleza y objeto de análisis. La primera tarea fue la de declarar la unidad irreductible de la geografía: *l'aveuglante unité de la géographie*, una geografía sin adjetivos pura y simple. De una parte, superando las largas discusiones acerca del carácter social o físico de la geografía, y de otra, reafirmando las permanentes interacciones entre lo social y lo espacial. En efecto, gracias al análisis de sistemas, el interaccionismo sistémico permanente cerraba la discusión sobre lo físico o lo humano de la geografía,

la existencia de una geografía física y una geografía humana con objetos específicos de análisis. Lo físico y lo humano se encuentran, entonces, como sistemas separados pero en constante relación en la producción espacial. De la misma manera, no existiría ninguna preeminencia entre el hecho social y el hecho espacial, que también buscaba poner en entredicho la unidad de análisis de la geografía. Sistemas autónomos e independientes, lo espacial y lo social se retroalimentan permanentemente.

El análisis de sistemas se presenta, pues, como la herramienta metodológica mas útil y versátil para proclamar la unidad anhelada. A través del análisis de sistemas se lograba mantener la irreductibilidad esencial del sistema físico-natural y el sistema social, en una unidad dinámica y abierta de interacción sistémica². Por otra parte, la teoría general de sistemas permitía pensar y describir también la interacción permanente de las variables sociedad/espacio, reafirmando el análisis geográfico en esencia sistémico, teniendo en cuenta el precedente de los métodos utilizados por la geografía física para el análisis geomorfológico de la corteza terrestre. En este sentido, para poder valorizar el peso que posee el espacio en la interacción con la sociedad, éste debería ser considerado como un sistema autónomo e independiente –aunque producto social– que posee leyes o principios propios que deben ser estudiados: “La expresión ‘sistema espacial’ no es, entonces, errónea: es preciso reconocer la autonomía del espacio... ‘El espacio y el sistema no se separan’, escribe Roger Brunet. Diríamos más bien que el espacio es un sistema” (Baudelle & Pichemel, 1986, p. 87).

La rigurosidad y la verificabilidad formal de los métodos cuantitativos estadísticos y matemáticos de base empírica, utilizados a gran escala dentro del análisis sistémico, proporcionaron un referente importante para la sistematización de datos y la

² “Sistemas análogos, no sistemas idénticos. Existe toda la libertad contingente y creadora del hombre entre los dos dominios. Pero lo que en los sistemas sociales es proyecto –proyectos y posibilidades múltiples– tiene su contraparte en los sistemas físicos: el retorno al equilibrio. Aquí, ‘todo sucede como si...’ los fenómenos observados tendieran a un *steady state*, y allá, se trata ya sea de sistemas verdaderamente finalizados e intencionales de tipo ‘teleológico’, ya sea de sistemas inconscientes y no intencionales de tipo ‘teleeconómico’. Yo colocaría la unidad de la geografía en esta serie de convergencias sistémicas. Evidentemente, no confunden a nadie” (Piveteau, 1989, p. 102).

formalización de modelos espaciales; punto esencial alrededor del cual se podía abrir el debate y la confrontación académica y disciplinaria, elementos básicos para sentar las bases de una geografía científica, de acuerdo con el análisis sistémico espacial. Al mismo tiempo, los modelos surgidos de los ejercicios estadísticos y matemáticos van a proporcionar un lenguaje que por analogía se aplica al análisis espacial. Posteriormente, a medida que el trabajo se adelantaba y las discusiones producían sus frutos, la conceptualización se enriquece, retomando conceptos de las ciencias físicas y naturales, consolidando la geografía como una disciplina científica³.

El análisis sistémico espacial se centra en una visión empírica del espacio tomada de la física newtoniana:

No defino el tiempo, el espacio, el lugar y el movimiento como si fuesen bien conocidos por todos. Pero debo señalar que las personas corrientes conciben esas cantidades con base en ninguna noción distinta de la relación que guardan con objetos concretos. De allí surgen ciertos prejuicios que, para eliminarlos, conviene diferenciarlos entre absoluto y relativo, verdadero y aparente, matemático y común...

El espacio absoluto en su naturaleza propia, sin relación con nada externo, sigue siendo siempre similar e inamovible. El espacio relativo es alguna dimensión o medición móvil de los espacios absolutos, que nuestros sentidos determinan según la posición de los cuerpos (Newton, en Smith, 1994, p. 68).

Si bien es cierto que la referencia al espacio absoluto newtoniano pre-existente –que permanece igual a sí mismo (por lo tanto, eterno e inmóvil)–, proporciona una base

³ "La geografía aprende las reglas de esos trabajos y esos juegos de territorio. Como en todo juego, los jugadores tienen costumbres, jugadas, esquemas, regularidades y recurrencias. Tienen sus propias racionalidades, que se confunden y se contradicen. Los geógrafos se han esforzado por poner de manifiesto las prácticas fundadoras de la diferenciación y la organización del espacio, e incluso las leyes. Conocen la importancia de un istmo o de un estrecho, los que significan una marca o un límite: hoy en día, en la historia, o en la prospectiva de los territorios. Constatan que la producción del espacio, más allá de la extrema complejidad y de la apariencia aleatoria de sus formas, tiene reglas sencillas que responden a necesidades elementales: habitar, explotar, intercambiar, protegerse, etc. Las implicaciones de las distancias, de la gravitación y de los relevos, los fenómenos de agregación y de segregación, los efectos de interfaz, los lugares de sinapsis, de convergencia y de bifurcación han sido mejor analizados desde que los geógrafos se han familiarizado con el comercio de los lugares. Además, son ámbitos que tienen la ventaja de ofrecer por un lado la riqueza tornasolada de lo real singular, y por el otro las perspectivas de la comparación razonada. Autorizan y exigen la medición, el estudio comparativo, la modelización, alguna teoría, hipótesis de trabajo y verificaciones. La geografía comienza a salir del marasmo de lo irrefutable, quiero pensar que está en camino de 'popperización'" (Brunet, 1995, p. 479).

ontológica que sustenta la idea del espacio como sistema autónomo e independiente de la naturaleza y la sociedad, y dotado de leyes propias; es gracias al desarrollo de la idea de espacio relativo que se abre la posibilidad de pensar un espacio social o geográfico, en el análisis sistémico espacial.

Conservando el referente absoluto espacial, el análisis concreto está centrado en un conjunto de relaciones y procesos que se refieren al movimiento, comportamiento y composición de la materia y los eventos materiales, que no están directamente influenciados o determinados por las leyes físicas, lo que se denomina espacio relativo, dimensión o medida del espacio que nuestros sentidos establecen por la posición, la localización, la ubicación, la inscripción empírica de los cuerpos u objetos en el espacio⁴.

Desde esta perspectiva, para el análisis sistémico el espacio social como sistema tiene una existencia propia como tal y no es el reflejo o la traducción de otros sistemas (económico, político, social). En tanto sistema es “medio ambiente” –en el sentido de la teoría de sistemas– y parte de la sociedad, “entrada” y “salida” del sistema social; no se reduce exclusivamente a la superficie terrestre, al medio ambiente, el territorio o lo visible; y es un producto de la acción humana sobre el medio, una expresión integrada de la superficie o extensión terrestre, los lugares, las relaciones y las estructuras que se crean y sus interrelaciones.

Un espacio es ante todo una extensión, pero provista de un conjunto de elementos (los lugares) y de relaciones entre éstos (los caminos y los ríos). Esto de por sí ya describe una estructura. El espacio se define precisamente por su estructura y por su extensión. La imagen clásica es la comarca, que se expresa originalmente contra (latín: contra), es decir, por su diferencia (Brunet, 1986, p. 303).

⁴ “La separación entre el espacio relativo y el espacio absoluto suministró así el medio por el cual se podía separar un espacio social de un espacio físico, definiéndose este espacio social en relación, no con una primera naturaleza independiente y externa, sino más bien con una segunda naturaleza humanamente producida. Así como el espacio relativo de Newton es una subserie del espacio absoluto, el espacio social surgió como una subserie diferenciada del espacio físico” (Smith, 1991, p. 71).

La extensión es el soporte, pre-existente y no producido (el espacio físico-ambiental), y la estructura es la manifestación espacial, el espacio producido de la interacción entre la sociedad y el medio físico-natural que permite el funcionamiento de la sociedad y su reproducción⁵.

El espacio geográfico sistémico no se puede desligar de su ontología fisicalista. Así, lo que aparece como determinante para el análisis es la inscripción empírica de los objetos, actividades o procesos en el espacio. No es el espacio en sí mismo considerado el objeto de análisis, sino que:

La característica espacial, aquella que resulta más significativa para la geografía, subraya que el objeto se debe expresar en la extensión y materializarse visualmente en los paisajes que se pueden percibir en la superficie de la Tierra. Es preciso no cometer ciertos errores: la geografía no es ni el estudio del espacio ni el estudio de los lugares, sino el de la organización espacial. La dimensión espacial es un atributo y una cualidad indispensable para caracterizar el objeto que tiene una significación geográfica, pero no constituye el objeto de la geografía (Christofolletti, 1989, pp. 228, 229).

La organización espacial es siempre particular y su análisis y observación empírica ha permitido inferir tipos, clases recurrentes, que en algunas oportunidades se encuentran en una pureza relativa y se han podido representar por medio de modelos (los famosos modelos de la economía clásica y neoclásica espacial de Von Thunen, Christaller, Losch, Weber, Alonso).

Se trata, pues, de indagar sobre lo que hay detrás de las formas espaciales, investigar las relaciones que puedan tener con otras formas, establecer su lógica social, en donde

⁵ Es importante delimitar esta noción de estructura en el análisis espacial sistémico: "Una 'estructura geográfica' sería una porción de espacio, con su propia individualidad, que sostiene un sistema, y cuya evolución está regida por un sistema interno o por sistemas vecinos o circundantes... son porciones homogéneas de espacio. Pero esa homogeneidad no siempre es fisionómica, es decir, no siempre aparece debido a una repetición regular de varios elementos que se relacionan unos con otros, sino que está regida por un sistema... tenía su propio escenario territorial, y por ende una localización, tiene un 'sitio' y una 'posición' definidos por las relaciones que mantiene con otras estructuras. Son 'unidades taxonómicas', es decir unidades sistemáticas que se pueden clasificar con respecto a otras" (Dollfus, Durand-Dastes, 1977, p. 85). De esta manera, "la palabra Gestalt significa a la vez forma, estructura y organización... espacial. En general, sería mejor reservar, como la mayor parte de los diccionarios, la idea de forma para la apariencia, para la manifestación exterior de los fenómenos, y la idea de estructura para sus relaciones internas" (Brunet, 1980, p. 254). En esta visión fisicalista la estructura se define por los principios de organización / relación, donde prevalece la idea de objetos o cosas naturalmente separadas e individualmente consideradas, que sumados componen un todo relacionado. Por otro lado, sistema y

el tratamiento de datos, los modelos cuantitativos (estadísticos y matemáticos), de simulación, y los enunciados o principios teóricos propios del análisis espacial se imponen como regla. Se busca despejar lo que es común para establecer principios o leyes, para construir modelos que permitan apreciar la diferencia estableciendo las racionalidades implícitas en la organización del espacio. La modelización (estadística, matemática, gráfica) es un elemento central en el análisis espacial sistémico, pues está siempre presente. La exigencia teórica y la práctica experimental se encuentran en la modelización matemática de la dinámica de los sistemas gracias a la topología que ella facilita (distancia, red, posición relativa, estructura, gravitación); expresiones globales de limitantes espaciales, necesarias para el análisis de la dinámica social (Auriac, 1986, p. 79)⁶.

Por más complejas que puedan ser las formas o estructuras espaciales, estas se derivan de un número reducido de tipos, de la misma manera que corresponden a lógicas sociales igualmente elementales (tales como acciones de identificación, medición, polarización, organización), de las cuales se retienen sus rasgos físicos, lo que permite establecer las leyes o principios espaciales:

las acciones sobre el espacio, por desordenadas que parezcan, no se realizan sin reglas, ya sean deliberadas o involuntarias. El espacio tiene sus leyes que evidentemente no son independientes de la acción humana, sino que tienen, por el contrario, su lógica social. Las más radicales se refieren al espaciamento, la distancia y la gravitación, y están ligadas (Brunet, 1989, p. 96).

estructura son inseparables, solamente que corresponden a escalas temporales diferentes..

⁶ “Un modelo es siempre una simplificación de la realidad, o más exactamente de la visión que uno tiene de esa realidad. Esta simplificación se hace con un fin operativo: la acción, la predicción o la explicación. Un modelo es, pues, un constructo y una representación. Se aplica a ámbitos muy variados” (Brunet, 1980, p. 254)... Respecto de la geografía: “puedo distinguir dos acepciones del concepto de modelo espacial. En un sentido amplio, se referiría a toda representación simplificada –depurada, si se prefiere– de un comportamiento espacial. Es, por ejemplo, el caso del modelo de gravedad,... $F = aD-b$. En un sentido más restringido, incluso más concreto, un modelo espacial es una representación directa del espacio en sí, o más exactamente de los ordenamientos espaciales: formas, organizaciones o estructuras. Todo mapa topográfico o temático es ya un modelo de ese tipo... éste no aparece –en el mejor de los casos– sino mediante una construcción intelectual, de un trabajo a partir del mapa, y, en general, de muchos otros datos” (Brunet, 1980, p. 255).

Los modelos inferidos de la organización del espacio son limitados, puesto que denominan relación a la combinación de ciertas unidades geométricas elementales del análisis espacial, en cuyas formas simples se reencuentra la topología espacial básica de puntos, líneas, superficies y direcciones⁷.

El análisis espacial como la producción del espacio no se limita a la organización, sino que también se refiere a la diferenciación; la superficie terrestre como soporte está sujeta a un proceso permanente de organización/diferenciación, proceso central para la reproducción sistémica. De esta manera se producen lugares, habitados o no, materializados o no, relaciones entre ellos, conjuntos de lugares o espacios que pertenecen a una misma estructura, productos del azar o, en algunos casos, como un proyecto conjunto, un plan de organización espacial⁸.

En un momento determinado puede suceder que un cierto tipo de lugares, caminos y espacios conformen un conjunto dotado de una cierta coherencia, cuya variación interna es inferior a la variación externa, de tal manera que dicho conjunto pueda ser reconocido como una estructura (región) en la que se despliega un sistema particular que amerita ser estudiado aparte; de esta forma se introduce sobre nuevas bases el análisis regional. Existen otro tipo de espacios cuya definición es completamente

⁷ Es posible y necesario establecer dichas formas simplificadas; en este sentido, Roger Brunet ha desarrollado toda una propuesta: “uno observa que existen situaciones y mecanismos elementales –de base, fundamentales– que organizan los ordenamientos espaciales elementales. No se trata, por lo demás, de elementos concretos, sino de abstracciones, de ‘situaciones’: una organización aureolar, un gradiente, una radial, son constructos, no objetos reales. Cuando hablamos aquí de elementos, no se trata de los objetos materiales que componen, por ejemplo, una ciudad o el límite de un municipio. Es por esto que hay que dar un nombre a esas estructuras elementales, que son ‘formas fuertes’ en el sentido gestaltiano; propongo llamarlas coremas” (Brunet, 1980, p. 258).

⁸ “El lugar es asimilable a un punto en el mapa, sea cual fuere la escala. Está circunscrito y es localizable, diferente de los demás. Puede estar habitado o no. Se le ‘dice’ o no... Por consiguiente, cada lugar tiene una posición y unos atributos: sociales, demográficos, económicos, culturales, jurídicos, físicos. De hecho, también tiene posiciones... marca varios subconjuntos del conjunto mundial, varios lugares de lugares.

Los lugares están asociados o separados por líneas, que trazan redes. Los caminos enlazan los lugares. Están materializados o no, pero siempre balizados. Pueden ser o no ser directos. Incluyen relevos, para reactivar la energía consumida... Tienen equipos que forman sinapsis, para asegurar los intercambios al final de la ruta... A veces son estaciones de mando que aseguran la regulación de los flujos... p. 302... Las fronteras separan y a la vez unen los lugares. Pueden ser barreras o riberas e ‘interfaces’ ” (Brunet, 1986, p. 303).

diferente, basados en principios claves como: finalidad (concebidos y delimitados para fines precisos); la completud (cubren la totalidad de la extensión, sin sombra, vacío o indecisión); la centralidad (disponen de un lugar central respecto del sistema englobante); la jerarquía (son organizados de acuerdo con una jerarquía de niveles inferiores y superiores); la equivalencia (todas las mallas se encuentran en un mismo nivel) (Brunet, 1986, pp. 307, 308). De estos espacios se puede afirmar que hacen referencia no sólo a las divisiones político-administrativas, sino que también se refieren a las mallas creadas por las fuerzas del mercado en un momento determinado.

El espacio mundial está recorrido por una multiplicidad de campos, conjuntos de espacios y lugares signados por unas mismas características o estructuras, por unas mismas fuerzas, unos dados otros contruidos socialmente; la mayor parte de ellos poseen un núcleo y ejes, arterias y nervios, centros y periferias⁹. En este sentido, el análisis sistémico espacial es una herramienta metodológica versátil, que se puede aplicar a cualquier objeto geográfico, forma u organización espacial de importancia desde el sistema mundo hasta el análisis de la vida cotidiana de las personas individualmente consideradas, pasando por las demás escalas geográficas de importancia (la nacional, la regional, la local)¹⁰. La escala representa un elemento determinante para la comprensión y análisis geográfico sistémico, cada escala exige una aproximación metodológica diferente, lo importante es encontrar las herramientas más adecuadas para establecer lo esencial de la organización espacial en el nivel o escala que se esté considerando, “la escala es una de las claves de explicación en la

⁹ “El sistema Mundo es un sistema geográfico. Allí se encuentran los elementos de los sistemas geográficos: campos (estados, áreas de mercado, culturas) que se entrelazan y se traslapan, lo que lleva a privilegiar el concepto de ‘jerarquía imbricada’ que rige las relaciones entre el sistema Mundo y los subsistemas que lo constituyen. Esta ‘jerarquía imbricada’ es la base de los fenómenos de auto-organización que marcan su dinámica, de la irreversibilidad de su historia como de su complejificación creciente.

El sistema Mundo ofrece una singularidad mayor: a diferencia de otros sistemas espaciales, puede considerarse como un sistema cerrado” (Dollfus, 1992, p. 690).

¹⁰ “De allí se desprende una cierta cantidad de niveles de organización espacial de los cuales dan cuenta las escalas. La escala no es otra cosa que una relación entre la realidad y su interpretación. Puede ser –según ese doble aspecto que la caracteriza en lo esencial– la transcripción de un espacio en un mapa, o el grado de consideración de un fenómeno, no importa cuál sea pero especialmente geográfico, para presentarlo, representarlo o estudiarlo” (Ferrás, 1992, p. 403).

geografía, y garantiza coherencia mental y restitución física” (Ferrás, p. 407).

La visión sistémica del espacio está íntimamente relacionada con una ontología natural en donde una forma específica de espacio se presenta como dada, el espacio newtoniano estructurado esencialmente a partir de los principios euclidianos (compuesto por dos o tres dimensiones, en donde la principal característica de la materia es ser extensa, ocupar un espacio), un espacio físico pre-existente eterno e independiente en donde los actos, eventos o procesos humanos se inscriben, se ubican y deben ser investigados de acuerdo con los principios de la mecánica que rige dicho espacio, en el marco de sus propiedades físicas. Más aún, a pesar de los esfuerzos por reconocer y comprender otro tipo de física (newtoniana) o de geometría (Riemann), esto no altera la ontología fisicalista racionalista que permea toda la propuesta metodológica sistémica y su terreno específico (el carácter absoluto o relativo del espacio físico y sus propiedades), solamente la reafirma y profundiza, eso sí aumentando el bagaje categorial interpretativo y explicativo de la morfología espacial social¹¹. En este sentido, más que el espacio considerado en sí mismo es la inscripción material, la ubicación, la posición de los objetos, los procesos en el espacio, el objeto de análisis de la visión sistémica.

¹¹ En un reciente intento de re-interpretación del espacio en la época clásica, como relativización y representación, éste se explica como un espacio de trabajo (espacio del método), un espacio del pensamiento físico y matemático que busca imponer el orden en la variedad, establecer lo invariable en el cambio y la identidad en la diferencia; por esto el espacio se re-interpreta como espacio de la puesta en marcha del método: “La noción de dimensión lleva así a la noción de método. El espacio moderno como espacio de la relatividad es el espacio del método... el método es sinónimo de orden. Porque ese orden debe ser comprendido en dos niveles: el orden es ante todo el orden de las cosas; también es el orden de las operaciones del espíritu. Orden objetivo, orden subjetivo. Sin embargo, habría que agregar que el orden de las cosas y el orden de las operaciones del espíritu son simultáneos, o más bien coinciden. Es el mismo orden que debe comprenderse en un doble movimiento. El orden de las cosas, o mejor de los objetos, es el orden de las operaciones del espíritu. Y simétricamente el orden del espíritu se realiza, se efectúa en el ordenamiento de las cosas. No existe un método distinto del ejercicio concreto del pensamiento de las cosas. La racionalidad es simultáneamente una experiencia espiritual que se constituye en una realidad objetiva que se instituye...”

Descartes efectúa una especie de ‘desrealización’ del mundo que es, de hecho, una liberación o un reconocimiento científico del poder que posee el pensamiento teórico para simular lo real, reconfigurarlo, incluso recrearlo...

La ciencia puede dar forma al mundo. Desde el punto de vista de su exigencia metódica, se puede establecer la identidad del Ser y del Pensamiento. Lo que permite esa identidad es el orden. Y el orden es el espacio” (Besse, 1995, p. 301). Permaneciendo en lo relativo del espacio físico, este aparece al mismo tiempo como dimensión-método del orden y representación.

Consecuente con su empirismo, en la aproximación sistémica espacial la “mirada” aparece como determinante puesto que se trata del estudio de la disposición de las cosas o procesos en el espacio, enfatizando al mismo tiempo el carácter racional del análisis:

La importancia acordada a los ‘cuerpos’ y la constante repetición de la palabra hacen pensar forzosamente en el espacio ‘concreto’ que plantean los defensores de la geografía... el interés exclusivo que la demostración cartesiana otorga a lo ‘visual’.. En el caso de la figura de un cuerpo que se torna escurridiza a medida que las manos se acercan, el ‘contacto’ en sí se hace imposible: la vista sola reconoce en él ‘una sustancia que tiene extensión’.. El universo de los geógrafos es también un universo material, sustantivado, poblado de ‘cuerpos’ reales o virtuales (la sustancia espacial que puede ser desplazada para alojar un cuerpo nuevo). Como el de Descartes, se infiere de la vista, es un ‘espacio-paisaje’. Tanto el uno como el otro racionalizan una de las formas de experiencia corriente: explícitamente el uno, implícitamente los otros (Sautter, 1985, p. 195).

El referente del espacio físico (absoluto o relativo), siempre estará presente en la propuesta sistémica como base ontológica, lo que permite erigir al espacio como sistema autónomo regido por principios o leyes propias, independiente del tiempo. Sin embargo, esa misma ontología va a delimitar la propuesta analítica e interpretativa¹². Metodológicamente se parte de las formas espaciales dadas como “datos”, como productos naturales, y se busca establecer las transformaciones ocurridas en un determinado lapso de tiempo, esto es, se lleva a cabo un análisis espacio-causal estático comparativo. Esto quiere decir que se pueden inferir algunos aspectos acerca de los procesos que produjeron los cambios de esas formas espaciales o lugares, basados en el hecho de que las formas consideradas en sí mismas no poseen una historicidad propia y determinante por su dinámica y propiedades internas y sus permanentes determinaciones externas; lo que es lo mismo que decir que son espacios

¹² “Si la organización y la interacción espaciales, geométricamente concebidas, son fundamentales, y si la ontología de la naturaleza material y el espacio newtoniano en la que se predicen no se cuestiona, entonces el modelado de dichos espacios es un ejercicio de física social... Por otra parte, si estas implicaciones se rechazan, es necesario incorporar elementos del comportamiento y el entendimiento humanos –percepción, cognición, preferencia– en el proceso de modelar el comportamiento espacial. Pero cuando esto también tiene lugar sin repensar las afirmaciones iniciales sobre espacio e interacción, inevitablemente surgen problemas epistemológicos” (Pickles, 1985, pp. 30-31).

encerrados en sí mismos que contienen una historicidad pero que no evolucionan históricamente. Los cambios y procesos son vistos, de otro lado, como causalidad temporal estática propia de las interacciones; el permanente flujo circular de los efectos de acción y retroacción (inputs/outputs) entre las cosas o sistemas, lo que reproduce una forma mecánica y causal de pensamiento propia del análisis de las ciencias naturales (Harvey, 1997, p. 49)¹³.

La diferenciación del espacio y el tiempo como dimensiones separadas y autónomas, lleva a una interpretación temporo-causal discontinua y estática de las formas, eventos o hechos espaciales. Se da por sentado, se toman como dadas las formas espaciales, la existencia de los espacios y sus escalas, los cuales no se consideran en proceso permanente de constitución, modificación o transformación, en donde la diferenciación espacial se reduce a una narrativa temporal evolutiva lineal (enunciación de etapas del desarrollo). Así mismo, se tiende también a des-espacio-temporalizar el contenido y propiedades de las relaciones entre los procesos, sistemas o cosas envueltas en las transformaciones, que son co-constitutivas de la permanente producción del espacio¹⁴.

El análisis sistémico espacial conlleva un:

fetichismo espacial en el que el espacio se percibe como atemporal y, por consiguiente, inmune al cambio histórico... *territorialismo metodológico* que analiza todas las formas y escalas espaciales como unidades geográficas autocontenidas y territorialmente limitadas. En su conjunto, estos supuestos producen un modelo internalista de desarrollo social en el que la

¹³ Como en todo problema planteado al análisis sistémico espacial, éste siempre se intenta resolver por el carácter y propiedades relativas del espacio físico: "los modelos dinámicos que formalizan las ciudades como sistemas auto-organizados han utilizado hasta ahora la representación de un espacio absoluto, en el cual los objetos ciudades se localizan y son unidos entre sí por flujos (inmateriales, de personas y de información) para formar un sistema. Para pasar de una teoría dinámica a una teoría evolutiva, es necesario concebir un espacio relativo, que sea definido por estas relaciones y estos flujos. Es entonces cuando hay que distinguir los dos niveles de observación del fenómeno que son la ciudad y los sistemas de ciudades. Por una parte, los dos niveles de observación del hecho urbano corresponden a dos tipos de territorios, cuyas escalas son diferentes, y por otra parte la formación y la historia de los sistemas de ciudades se esclarecen por las transformaciones de este espacio relativo" (Pumain, 1997, p. 28).

¹⁴ La consideración de un espacio relativo no implica la espacialidad de las relaciones y los procesos sociales envueltos en las transformaciones socio-geo-históricas y sigue diferenciando una dimensión histórica de una espacial: "la organización espacial de las relaciones sociales, y la interpretación de esa organización espacial, tienen más efectos que el impacto de los procesos relacionados con la localidad. Los datos de distancia, *betweenness*, desigualdad, nucleación, copresencia, distanciamiento tiempo-espacio, escenarios, movilidad y movilidad diferencial, todos afectan la manera en que funcionan las relaciones sociales especificadas. 'La geografía importa' no significa únicamente 'la localidad importa'; sino que tiene implicaciones mucho más amplias" (Massey, 1994, p. 132).

territorialidad hace las veces de contenedor estático, atemporal del historicismo (Brenner, 1999, pp. 45-46).

Con las características y propiedades del espacio sistémico las relaciones entre naturaleza/espacio son reducidas a un interaccionismo que reifica la autonomía y externalidad de cada uno de los elementos. Existe,

una distinción ateórica entre un espacio 'artificial' (producido) y un espacio 'natural' (no producido). Esta distinción es ateórica porque si la ciudad es un producto material de la formación social, lo mismo ocurre con un bosque ubicado entre las ciudades, una montaña o un mar: elementos 'naturales' que no son transformados, sino que son 'dejados así' por esta formación social específica... Ni la montaña, ni el mar –incluso 'dejados así', es decir no transformados– constituyen un elemento puramente natural, exterior a (y para) la formación social que acondiciona su territorio. Esta formación social produce todo su espacio (Beuningen, p. 265)¹⁵.

Esa diferenciación espacio/naturaleza conlleva también imprecisiones conceptuales en su interpretación. La naturaleza debe diferenciarse del espacio sistémico, que es extensión –naturaleza– y estructura, o forma espacial; ella hace parte del espacio sistémico, es un límite a su proceso de organización/diferenciación que debe ser tenida en cuenta para el análisis, pero no es equivalente al espacio sistémico. De otro lado, el espacio sistémico no obstante de ser un producto social no toca o transforma su referente ontológico, el espacio-abstracto físico (absoluto o relativo) que permanece en esencia puro, siempre igual a sí mismo, inmóvil y eterno, a pesar de la acción humana; y de otro, es externo, autónomo a la naturaleza física. Así, el espacio social sistémico es una representación abstracta del espacio físico (absoluto o relativo); sin embargo, la conceptualización,

ha tenido que afrontar la aparente contradicción entre espacio físico y social, y la diferenciación interna del espacio natural y el espacio físico en general. Cuanto más intentan los geógrafos

¹⁵ Los sistémicos miran la naturaleza como universal y externa a la sociedad. La naturaleza es una cosa, un mundo de objetos extra humanos externo y autónomo a la sociedad, por fuera de ella. Además, es universal, pues en cierta medida los hombres y su comportamiento poseen algo de natural, pues la especie humana se ubica dentro de otras especies en la naturaleza. “Estas dos concepciones de la naturaleza están interrelacionadas y al mismo tiempo son mutuamente contradictorias. De hecho, incluso podríamos sugerir que cada una depende de la otra en el sentido de que sin una naturaleza externa no hay necesidad de enfatizar la universalidad de la naturaleza... este dualismo conceptual de la naturaleza es problemático. ¿Existen efectivamente dos naturalezas en la realidad? De no ser así, ¿el dualismo es simplemente una realidad única? ...El concepto de naturaleza es un producto social... este concepto tiene una función social y política clara” (Smith, 1991, pp. 14, 15).

identificar dentro del espacio natural absoluto los patrones y procesos socialmente relativos y socialmente determinados de la ubicación económica, más problemática se convierte la relación entre el espacio natural y el social, y más ambiguo se vuelve el significado del espacio físico (Smith, Neil, 1991, p. 75).

El isomorfismo que se efectúa entre el espacio físico (absoluto o relativo) y el espacio social sistémico (cada vez más entendido como el espacio relativo y sus propiedades y formas de representación) para el análisis, alimenta la ambigüedad y confusión semántica del concepto de espacio social, y además nos presenta un panorama empobrecido donde se imponen las características y propiedades de la mecánica que lo rige, en el análisis espacial de la acción social. Siempre existe como referente universal un espacio abstracto, continente pre-existente, vacío, neutro, eterno, compuesto de dos o tres dimensiones, que es fijo; y reducido a una topología geométrico-matemática y sus respectivas propiedades. El espesor social se reduce a la relación y convergencia estadística y gráfica de puntos, líneas, áreas y superficies que producen las estructuras espaciales¹⁶. En su batalla por superar el determinismo ambiental o geográfico, el análisis sistémico espacial instaura un nuevo determinismo, el geométrico¹⁷.

Por otra parte, el ejercicio de espacialización se constituye en toda una morfología o física social, en la medida en que detrás del ejercicio geográfico de modelización, la acción humana es considerada como expresión de un número reducido de actos humanos (habitar, organizar, gestionar, negociar, etc.), los cuales recogen y expresan el

¹⁶ Es lo que se denomina "fetichismo espacial", donde las relaciones sociales entre grupos o clases se miran como relaciones entre objetos o estructuras geográficas, no importa la escala o el nivel (local, regional, nacional, mundial). Se presenta una autonomización y substancialización del espacio frente a la dinámica y la materialidad socio-histórica, otorgándole una autonomía y características propias que se expresan en principios o leyes que se pueden modelizar geométrica o gráficamente.

¹⁷ Más aún, "No podemos esperar que el tipo de geometría apropiado para discutir un tipo de proceso sea adecuado para tratar otro proceso. La elección de una geometría apropiada es esencialmente un problema empírico, y tenemos que demostrar (ya sea mediante una aplicación exitosa o por el estudio de isomorfismos estructurales) cómo tipos particulares de experiencia perceptual pueden ser incluidos válidamente en una geometría particular. En general, los filósofos del espacios dicen que no podemos elegir una geometría apropiada independientemente de ningún proceso, porque es el proceso el que define la naturaleza del sistema coordinado que debemos utilizar para su análisis" (Reichenbach, 1958, p. 6, en Harvey, 1973, p. 30).

espesor social que existe detrás de las estructuras espaciales¹⁸, y expresan las regularidades del sistema bajo análisis.

También formulo la hipótesis de que los fundamentos de las acciones humanas son limitados, a semejanza de las formas que producen, lo cual sin embargo basta para producir una infinita variedad de objetos y sujetos particulares; de que es, por lo tanto, interesante establecer algunas relaciones entre unas y otras, pues con un poco de razón se puede ir desenmarañando esta complejidad, de una manera que permite a la vez una cierta adhesión interindividual y un campo de acciones posibles en lo real (Brunet, 1996, p. 26)¹⁹.

Este ejercicio de morfología física, reduce la discontinuidad radical permanente que la acción social comunica constantemente a todo el conjunto relacional social, a ser un elemento previsible más dentro del flujo circular de los efectos de acción y retracción que contribuyen a sostener el equilibrio sistémico. Esto conlleva, por otro lado, a reducir la política a una función sistémica de organización o equilibrio²⁰, o a efectos producidos por las interacciones internas entre sistemas y subsistemas que estructuran los modelos²¹. No sólo se funcionaliza la producción y reproducción antagónica del orden

¹⁸ Consecuente con sus principios básicos, el análisis sistémico espacial se convierte en una morfología social, en una física social: "La física social trata a las personas y sus acciones como análogas al flujo de partículas físicas; como entidades independientes regidas por leyes con el mismo estatus epistemológico que las leyes físicas. La ingeniería social está orientada a metas, en donde las metas proveen la estructura para las acciones, los comportamientos y su evaluación, y en donde el propósito es identificar estrategias instrumentales efectivas" (Pickles, 1985, p. 32).

¹⁹ Evidentemente, resulta más importante la categorización de los "coremas" que la comprensión o interpretación de la acción social: "Siete figuras bastan para describir los modelos que representan los coremas y sus conjuntos: el área, el punto, la línea (que une, que pone en contacto o que separa), el flujo, el pasaje, el más y el menos (variación, polarización, etc.), el gradiente. Una tabla de cuatro veces siete entradas permite cubrir básicamente todos los coremas de base; las cuatro columnas representan los tres signos elementales (punto, línea, superficie) y su composición (red), y las filas representan los siete campos fundamentales de la organización del espacio (mallaje, cuadrícula, gravitación, contacto, tropismo, dinámica, jerarquía)" (Brunet, 1997, p. 202).

²⁰ Se imponen el equilibrio y el consenso como elementos centrales de lo político en el análisis sistémico. "Lo político se desprende entonces como función de regulación global que realiza a escala de la sociedad arbitrajes entre las otras funciones, económicas y sociológicas. Lo político comienza desde que existe legitimidad social, real o virtual, desde que existe la pretensión de organizar las divisiones de la sociedad de tal manera que, en un sistema de finalidades dado, su unidad se encuentre adecuada" (Levy, 1986, p. 225).

²¹ "El predominio de un principio, en el conjunto de estos coremas, es tal que creo que puede fundamentar la organización de ese inventario: es precisamente el del principio... de dominación... Tengo únicamente la intuición de que las estrategias de dominación y de apropiación del espacio (en los dos

social al equilibrio sistémico, sino que al mismo tiempo lo convierte en un objeto de intervención técnica,

los conceptos de la teoría sistémica revelan un interés colectivo en el control técnico;...esta relación extradiscursiva no es una compulsión incidental sino una necesidad estructural; y ...esto tiene unas consecuencias prácticas ineludibles que se presentan como conceptos analíticos abstractos cuya validez está determinada por un llamado a un cálculo lógico correspondientemente abstracto (Gregory, 1980, p. 328).

El análisis sistémico espacial está interesado en asignarle un lugar a la geografía y en legitimar el quehacer geográfico. En este sentido, plantea un elemento esencial para la comprensión y análisis de la variable espacial: la pregunta sobre la localización, la inscripción de las cosas, objetos o relaciones en el espacio. Sin embargo, debido a sus limitaciones ontológicas y epistemológicas, la investigación se reduce a las apariencias empíricas del proceso de localización físico-material; es necesario, entonces, rescatar toda la consistencia socio-geo-histórica que la “localización espacial” posee como presupuesto, medio y producto de múltiples determinaciones. A pesar de sus limitaciones analíticas e interpretativas –en la relación espacio/tiempo– el lugar de la acción social en las transformaciones espaciales, así como el de la política como elemento central en dicho proceso, es imposible soslayar la importancia que dicho cuestionamiento representa frente a la dinámica socio-geo-histórica. Más allá de las apariencias empíricas, es necesario ahondar en el análisis de las relaciones entre las formas espaciales y los procesos sociales de la dinámica socio-histórica. Paradójicamente, las mismas limitaciones del análisis espacial sistémico se han traducido en un altísimo grado de sistematización de los datos espaciales que proporcionan una riquísima base empírica para nuevas lecturas y aproximaciones.

1. 2. Geografía humanística o el sentido del lugar

La primera respuesta a la avanzada espacialista sistémica se presentó a finales de los años mil novecientos sesenta, y se consolidó en los años setenta, alrededor de la

sentidos de la palabra) son esenciales. No cuento con los medios para decidir si son determinantes o... dominantes” (Brunet, 1980, p. 258).

llamada geografía humanística, en donde sobresalieron autores como Anne Buttimer, David Ley, Edward Relph, Marwyn Samuels, Yi-Fu Tuan. Los humanistas buscaban establecer unas nuevas bases filosóficas, ontológicas y epistemológicas para la geografía, más allá del paradigma categorial sistémico que establecía una separación entre los hechos y los valores, el sujeto y el objeto; lo que había conducido, según los humanistas, a una separación entre las formas espaciales y los procesos sociales²².

El positivismo metodológico sistémico enfatizaba el conocimiento objetivo, lo que implicaba concentrarse en los hechos puros dejando de lado aquellos elementos que impidieran u oscurecieran su aprehensión. Se desvalorizaba la acción social y los actores, pues lo subjetivo era mirado como algo metafísico, irracional, imposible de conocimiento, y lo mental era considerado como un psicologismo desprovisto de interés o reducido a la explicación simplista del esquema estímulo/respuesta de la psicología comportamentalista. Se exigía una precisión ajena al mundo cotidiano de la acción humana, caracterizada por múltiples valores y por su ambigüedad de sentido. Estos principios fueron los que llevaron a la geografía, según los humanistas, a una separación entre las formas espaciales y los procesos sociales, reduciendo el análisis de las formas espaciales a una morfología fiscalista, en donde la acción humana era subsumida en la objetividad de los modelos espaciales, en un determinismo geométrico.

La fenomenología²³ y el existencialismo²⁴ sirvieron de base filosófica, ontológica y epistemológica al proyecto humanista, a pesar de las diferencias que se encontraban en

²² Como lo resume David Ley, la propuesta humanística buscaba una refundación de la geografía afianzando un tipo de geografía "social", "cultural", o "humanística", en donde: "El primer paso en una reformulación es una descripción radical de las cosas mismas que reconozca la presencia omnipresente de lo subjetivo, así como de lo objetivo, en todas las áreas del comportamiento: lo informal, lo científico, lo institucional. El segundo es adoptar un soporte filosófico que abarque tanto objeto como sujeto, hecho y valor. La fenomenología les devuelve a estos dualismos perturbadores la unidad que tienen en el mundo cotidiano; de hecho, es exactamente este campo de experiencia que se da por sentado lo que constituye su punto de referencia constante. El tercer paso es el reconocimiento de que el mundo vivido no es un lugar solitario sino un lugar de co-creyentes; la intersubjetividad es la base de un modelo social del hombre. Como cuarto paso, el lugar se debe percibir en cuanto relación, como una amalgama de hecho y valor, que comprende tanto la objetividad del mapa como la subjetividad de la experiencia" (Ley, 1976, p. 509).

²³ Como enfoque filosófico, la fenomenología es una forma radical de examinar los fenómenos de nuestra conciencia o experiencia considerándolos como la fuente de conocimiento más importante; es una forma de pensar que se revela en sí misma como una forma de ser. Es una crítica de las apariencias, a lo que se da por sentado (*taken-for-granted*) como válido. Se trata de una búsqueda para retornar las cosas

la fusión de las dos corrientes²⁵. Mas allá de los diferentes énfasis, los humanistas comparten elementos mínimos que los distinguen en el análisis de lo espacial:

- El antropocentrismo (el hombre como la medida y el centro de todas las cosas), el hombre como producto y productor de su mundo hace que se lleve a un primer plano del análisis la intención humana, los valores, el sentido, la conciencia humana, aplicados al mismo investigador también. Así mismo, la búsqueda se centra no sobre los objetos considerados en sí mismos sino sobre el conocimiento del hombre acerca de dichos objetos y sus relaciones; ningún objeto está libre de un sujeto (*no object is free of a subject*), ya sea en el pensamiento o en la acción todo fenómeno es parte del conocimiento humano.

mismas sin presupuestos de ninguna índole, suspendiendo el conjunto de afirmaciones implicadas en los datos de la vida cotidiana, para lograr captar sus esencias más profundas, por encima o más allá del mundo contingente de la existencia, y para cambiar nuestra propia vida clarificando su sentido y nuestras actitudes. En este sentido, respecto de la fenomenología, el proyecto humanista va a retomar su preocupación por los fundamentos del conocimiento que conducen a la intuición directa del hombre sobre su experiencia vivida, sus acciones que son intencionales y propositivas, que poseen sentido, cuya interpretación requiere el conocimiento de las motivaciones y percepciones del actor y su definición situacional, tanto como del sujeto cognocente o investigador. Así, en tanto cuerpo formal de conocimiento, la geografía posee un fundamento fenomenológico, conceptos como espacio, paisaje, región, ciudad, poseen sentido para nosotros porque los podemos referir a nuestra experiencia directa en el mundo, ese mundo pre-intelectual o mundo vivido lo experimentamos no como un conjunto de objetos aparte de nuestras vidas, sino, por el contrario, como un conjunto de sentido con el cual establecemos interrelaciones dinámicas y que nos preocupa, como parte esencial de nuestro estar en el mundo (Relph, 1981).

²⁴ El existencialismo es una filosofía materialista que busca restaurar la experiencia inmediata sobre el mundo del conocimiento y, por lo tanto, cerrar la brecha que separa lo subjetivo y lo objetivo, el idealismo y el materialismo, la esencia y la existencia, proclamando que la existencia está primero que la esencia. En términos geográficos, el existencialismo propone una ontología espacial del hombre al considerar el lazo fundamental entre el hombre y su situación como una experiencia eminentemente geográfica; ser humano, en términos existencialistas, es crear espacio. Así, todo análisis geográfico debe comenzar por lo subjetivo, es decir, por los autores de las formas geográficas para tratar de establecer las relaciones que éstos, individualmente o en grupos, establecen con sus entornos como objetos de su interés y cuidado; la biografía de los autores es la historia de las formas (Samuels, 1981).

²⁵ “A Husserl le interesa el fundamento *a priori* del conocimiento, mientras que a los existencialistas les interesa la cuestión sobre la naturaleza del ‘ser’ y el entendimiento de la existencia humana. Rechazan la búsqueda de Husserl de esencias *a priori*, argumentando que dichas esencias van más allá del mundo de la existencia humana, al campo de lo trascendental. Por abstraer las contingencias de la existencia, a Husserl se le percibe como idealista, una posición que el existencialismo rechaza... [Los existencialistas] rechazan las filosofías que ignoran hechos básicos de la existencia o la participación humanas, y que ignoran muchas de las formas en que el hombre conoce el mundo, como a través de su presencia física, sus sentimientos o sus emociones” (Entrikin, 1976, p. 621). Esta tensión siempre se expresará en las propuestas de los humanistas.

- El reconocimiento del mundo vivido (*life-world*), la experiencia humana cotidiana como fuente esencial de conocimiento, universo de experiencias dentro del cual el mundo vivido geográfico hace parte y es identificable, la comprensión del hombre en el mundo (*man-in-the-world*)²⁶.
- El holismo epistemológico para mirar las relaciones entre el hombre y su entorno, opuesto a todo análisis que separe artificialmente los fenómenos del contexto; así la síntesis que se plantea no es funcional sino dialéctica, no es abstracta sino contextual. En este mismo sentido, toda construcción social (formas geográficas, conocimiento) debe ser considerada como el producto de los valores de la sociedad y la época en que son gestados (Ley & Samuels, 1978, p. 11).
- La intersubjetividad como elemento central de la síntesis dialéctica. Toda acción humana es intencional y propositiva, cuyo valor y sentido deben ser establecidos. Sin embargo, toda experiencia es de naturaleza social, esencialmente, producto de relaciones intersubjetivas, pues compartimos contextos cargados de sentido que determinan nuestra percepción y conciencia; todo individuo posee una historia y una geografía²⁷.

Sobre la base de dichos principios, un primer elemento que resalta inmediatamente en la propuesta humanista es la consideración de todo espacio como espacio intencional. Sin sentido, valores e intenciones, el espacio se convertiría en una dimensión pura, una mera abstracción del mundo humano²⁸. La conciencia del tiempo y del espacio es

²⁶ “El mundo vivido, en una perspectiva geográfica, se podría considerar como el substrato latente de la experiencia. El comportamiento en el espacio y el tiempo podría equipararse a los movimientos de superficie de un témpano de hielo, cuya profundidad sólo podemos intuir vagamente. Ya sea que se hable de una experiencia individual o colectiva, se pueden dilucidar patrones evidentes de movimiento y actividad consciente al explorar el dinamismo y las tensiones de sus soportes dados” (Buttimer, 1976, p. 287).

²⁷ “Las acciones son intencionales, tienen un significado, pero el acceso a éste requiere conocimiento de los motivos y la percepción del actor, de la definición de su situación. Los significados casi nunca son del todo privados, sino invariablemente se comparten y refuerzan en la acción de grupos de pares... el hombre fenomenológico es declaradamente social. Su mundo vivido es un mundo intersubjetivo de significados compartidos, de congéneres con quienes establece relaciones plurales cara a cara... El grupo social no es, desde luego, autónomo en su toma de decisiones, pues incide en él en diversos grados la sociedad en general. A algunos hombres, la estructura macrosocial no les permite un amplio rango de acción” (Ley, 1976, p. 505).

²⁸ Los existencialistas van a proponer una ontología espacial de la existencia humana: “Lo que la

siempre parcial y se encuentra mediada por los intereses de cada momento, producto de las relaciones intersubjetivas y los constreñimientos propios de la acción humana. El espacio es, pues, un continuum dinámico en donde la experiencia vive, se mueve y busca sentido; es un horizonte vivido a través del cual las cosas y las personas son percibidas y valoradas, y en donde adquieren sentido. El espacio está definido por los afectos, los sentimientos, las intenciones, los fines humanos. El *ser-en-el-mundo* se define como siempre “ahí” o “en un lugar”, donde el lugar es determinado por los lazos emocionales, afectivos del hombre. La distancia del espacio existencial no es cuantificable, medible objetivamente, sino gracias a la importancia del lugar como centro, fuente de sentido.

Para los humanistas, “las ideas de ‘espacio’ y ‘lugar’ se requieren una a la otra para su definición” (Tuan, 1977, p. 6).. En la experiencia el sentido del espacio surge con el del lugar. De esta forma, el lugar se convierte en el fundamento del conocimiento geográfico, por lo tanto, es un elemento central para el análisis de lo espacial saber cómo un simple espacio se convierte en lugar, en un conjunto de características (sentido, valores, intenciones, conciencia) que merecen ser analizadas en sí mismas.

El espacio es un centro de significado construido por la experiencia. El lugar se conoce no sólo a través de los ojos y la mente sino también a través de los modos de experiencia más pasivos y directos, que resisten la objetificación. Conocer un lugar plenamente significa comprenderlo de una manera abstracta y también conocerlo como una persona conoce a otra. En un nivel teórico

distancia necesita (desprendimiento) la relación lo cumple (pertenencia), de modo que ‘la distancia provee la situación humana, (mientras que) la relación hace que el hombre sea en esa situación’ (Buber, 1957). Como consecuencia, (1) por definición no existe la subjetividad pura (relación sin distancia) en una conciencia humana, pero (2) la objetividad pura (distancia sin relación) o carece de significado o es contraria a la historia humana. El hombre es ontológicamente el ser espacial por excelencia, porque está existencialmente ligado al encuentro con distancia. De modo similar, en la medida en que el fenómeno ‘espacio’ es humano en sus orígenes o propagación, así también la espacialidad siempre es un reflejo de la dialéctica de distancia y relación. Por esta razón el significado de espacio es ‘existencial’, es decir una función del encuentro humano con la distancia y su realización en la relación” (Samuels, 1981, p. 119). Las características de dicho espacio son dos: “La primera de éstas es subjetiva en la medida en que pone énfasis en la asignación de lugar. La segunda es objetiva en la medida en que pone énfasis en la situación de asignación... ‘Espacio parcial’ frente a ‘situación de referencia’” (Samuels, 1978, p. 31). Los fenomenólogos también van a plantear una ontología antropocéntrica espacial. “Lo esencial en la existencia humana es habitar (Whnen), es decir vivir en estado de diálogo con todo su entorno” (Buttimer, 1979, p. 247). Más aún, “tanto el espacio como el tiempo son orientados y estructurados por el ser con propósito. Ni la idea de espacio ni la de tiempo necesitan llegar al nivel de la conciencia cuando lo que yo quiero está a la mano, como tomar un lápiz de mi escritorio, es una parte indisoluble de la experiencia del movimiento del brazo” (Tuan, 1974, p. 216).

elevado, los lugares son puntos en un sistema espacial. En el extremo opuesto, son sentimientos viscerales fuertes (Tuan, 1975, p. 152)²⁹.

Sin embargo, no hay que establecer y entender el sentido del lugar sólo a través de la experiencia inconsciente, también es igualmente importante tratar de entender el sentido inconsciente del desarraigo: un entorno que no posee un lugar significativo y la actitud correspondiente que no le reconoce ningún significado al lugar, puesto que, “si un lugar carece de significado sin un sujeto, así también una persona desplazada de su propio lugar es un hombre de identidad incierta” (Lay, 1976, p. 507). El lugar no puede ser entendido completamente desde un punto de vista científico como un conjunto de hechos, objetos y eventos, el conocimiento del lugar debe emprender una tarea de comprensión de los sentimientos, valores y sentido que le otorgan sus moradores.

El espacio vivido no posee fronteras definidas, el lugar puede ser tan pequeño como una esquina o tan grande como la Tierra misma, en todo caso un lugar no es una cosa sino una imagen, una intención, pequeños mundos cargados de valor y de sentido. Cada lugar debe ser visto como un contexto relacional, pues determina de manera dialéctica la acción humana, el lugar actúa sobre el individuo o los grupos. En el lugar ocurre la síntesis dialéctica que une el medio ambiente, las intenciones humanas y los factores intersubjetivos; en el lugar ocurre la síntesis entre forma espacial/proceso social, valor/hecho, sujeto/objeto.

Las herramientas metodológicas utilizadas por los humanistas para el logro de sus objetivos fueron bastante eclécticas:

²⁹ En la ontología existencial espacial, el lugar posee una centralidad determinante, como quedó anotado: “según lo replanteó Sartre en la ontología existencial, ‘la realidad humana es el ser que hace que el lugar se vuelva objetos’.. Esto significa que ‘llegar a existir... es extender mi distancia de las cosas y con esto hacer que las cosas ‘estén allí’”.

Por esta razón el emplazamiento o la asignación de espacio siempre es una referencia a algo que hace alguien. La realidad (existencia) de cosas en su lugar está confirmada por, y depende de, la realidad (existencia) de la proyección de alguien. Esta referencia hacia y desde es el vínculo entre el objeto y el sujeto, entre la distancia y la relación. El ‘lugar’ siempre es un acto de referenciación, y los ‘lugares’ no son ni más ni menos que los puntos de referencia en la proyección de alguien (Samuels, 1978, p. 30).

Ni la fenomenología ni el existencialismo pueden aportar una solución fácil para los problemas epistemológicos que afronta la ciencia en la actualidad, ni ofrecen un procedimiento operacional claro para guiar al investigador empírico. Sin embargo, si se los entiende como perspectivas, que apuntan a la exploración de nuevas facetas de la investigación geográfica, entonces nuestro reconocimiento de ellos podría ser un desarrollo valioso y oportuno” (Buttimer, 1979, p. 278).

Todo lugar posee una biografía que es necesario recuperar, entender, explicar; por lo tanto, todo método que sirva para comprender los fines, propósitos, sentidos y valores que los hombres asignan a su relación con el entorno y al lugar como fuente de sentido se considera válido. Se trata de reconstruir el paisaje a través de los ojos de sus ocupantes, a la luz de las condiciones intersubjetivas e históricas que lo han acompañado.

Los humanistas le critican a la geografía sistémica su concepción reducida del espacio. El espacio vivido producto de la experiencia humana, cargado de valores y sentido, debe ser diferenciado del espacio representado, de esta manera el espacio geométrico aparece como una más de las formas de representación del espacio³⁰. Así, los humanistas, además de plantear la posibilidad de pensar diferentes concepciones del espacio social accesibles al análisis geográfico, enfatizan igualmente su fundamento y naturaleza social sacando la discusión del ontologismo fisicalista sistémico, y proponiendo un nuevo horizonte de búsqueda para el análisis espacial de la dinámica socio-geo-histórica de las sociedades (Buttimer, 1969). El análisis sistémico, al menoscabar el valor y lugar de lo subjetivo, no es el mejor camino para progresar en el análisis de las relaciones entre los hechos espaciales y los procesos sociales, en donde, según los humanistas, se debe pasar de las preguntas sobre la forma a las preguntas sobre el sentido y la intención.

La síntesis dialéctica que busca la propuesta humanística para el análisis espacial se inicia planteando una superación de la visión dualista del tiempo y el espacio como

³⁰ “Es usual suponer que el espacio geométrico es la realidad objetiva, y que los espacios personales y culturales son distorsiones. De hecho, sabemos únicamente que el espacio geométrico es un espacio cultural, un complejo constructo humano cuya adopción nos ha permitido controlar la naturaleza hasta un grado antes imposible” (Tuan, 1976, p. 215).

dimensiones separadas, autónomas e independientes propuesta por el análisis sistémico:

La noción de 'distancia' implica no sólo 'cerca' y 'lejos' sino también las nociones temporales de pasado, presente y futuro. La distancia es una intuición espacio-temporal. 'Aquí' es 'ahora', 'allá' es 'entonces'. Y así como 'aquí' no es únicamente un punto en el espacio, 'ahora' no es únicamente un punto en el tiempo. 'Aquí' implica 'allá', 'ahora' y 'entonces' están tanto en el pasado como en el futuro" (Tuan, 1974, p. 216).

Así, en el mundo vivido de la experiencia humana el tiempo y el espacio se confunden, son inseparables, lo que además no supondría la supremacía de uno sobre el otro. Sin embargo, los humanistas no se pueden desprender de su ontología antropocéntrica.

En las obras clásicas del existencialismo y la fenomenología, esta tensión dialéctica entre la realidad de la alienación y la necesidad de superarla tiende a estar arraigada en el tiempo, en la temporalidad del devenir, y por consiguiente en la 'formación biográfica' y en la construcción de la historia (Soja, 1989, p. 133).

Es la historia, el tiempo, el *becoming* (devenir) se impone sobre el *being-in-the world*. La relación dual se mantiene: espacio = *being*, tiempo = *becoming*, dando necesariamente una singular importancia al *becoming*, con el hombre como centro de la ontología. Su historicidad, su devenir se impone sobre su estar o su ser y, al mismo tiempo, la diferencia entre el espacio y el tiempo se mantiene como intuiciones separadas y diferentes, autónomas³¹.

³¹ Por esta misma vía se introduce la idea kantiana de espacio –otra variante de la concepción absoluta del espacio–, quien consideraba el espacio y el tiempo como tipos de intuición que dan forma a todas las sensaciones. Es través de la intuición espacial del sujeto que la experiencia externa alcanza su forma. El espacio es impuesto por el sujeto que percibe en el acto de percepción, no derivado de la percepción. Kant consideraba los postulados de la geometría euclidiana como *a priori*, es decir, derivados de nuestra experiencia del mundo, así el espacio kantiano es euclidiano y absoluto, aunque no en el sentido de una cosa: "El espacio es sólo la forma de la intuición externa, y no un objeto real que se pueda percibir externamente, ni es una correlación de fenómenos, sino la forma de los fenómenos mismos. El espacio, por lo tanto, no puede existir absolutamente (por sí mismo) como algo que determina la existencia de las cosas, porque no es un objeto sino sólo la forma de los objetos posibles. Por consiguiente, las cosas, como fenomenales, pueden de hecho determinar espacio, es decir, impartir realidad a uno u otro de sus predicados (cantidad y relación); pero el espacio, por otro lado, como algo que existe por sí mismo, no puede determinar la realidad de las cosas en lo que respecta a cantidad o forma, porque no es algo real en sí mismo" (Kant, en Entrikin, 1977, p. 215).

La alienación existencial del hombre frente al mundo y frente a sí mismo, de acuerdo con los humanistas, se materializa primero en la duración, en el paso del tiempo, en él prima la temporalización de la existencia, el hecho de ser y el hecho de situarse; localizarse posiciona al ser en su mundo vivido, proceso en donde se establecen las relaciones sujeto/objeto, ser y naturaleza, historia humana y geografía humana. De esta manera se mantiene la dualidad tiempo/espacio, y el lugar –que se propone como el punto la síntesis– no la realiza tampoco:

una vez tiene lugar el ser, ¿cómo debe entenderse la relación entre lugar y ser? ¿Como esferas separadas? ¿Como interdependencias? ¿Como configuradas completamente por la materialidad del lugar? Sugiero que ésta es la interrogación ontológica de la cual se deriva toda la teoría social (Soja, 1989, p. 135).

En el análisis concreto, esta dualidad se hace mucho más evidente en la relación identidad/lugar. Ambos conceptos están íntimamente ligados. Tanto la identidad de los ocupantes del lugar como el lugar mismo se miran de manera estática, “delimitada”, sustancializada, esencialista. La identidad se reifica, se mira como anclada, encerrada en un lugar, un lugar cargado de sentido y fuente del mismo. La producción de la identidad social como construcción permanente y abierta, producto de relaciones sociales antagónicas, se inmoviliza, se fija, se limita en torno al lugar: “si percibimos el mundo como un proceso de cambio constante, no podremos desarrollar ningún sentido de lugar” (Tuan, 1977, p. 179). De la misma manera, el lugar se mira con una identidad propia *in situ*, cargado de sentido, productor de sentido, soslayando la permanente creación de lugares y su continua interrelación, en donde las múltiples “capas” internas son parte de las relaciones externas. Los humanistas van a dejar planteada, sin desarrollarla, la tensión entre espacio y lugar, sus relaciones y diferencias, lo que actualmente es motivo de largos e intensos debates (Taylor, 1999)³².

³² “No tenemos que escoger entre un enfoque en el espacio o el lugar. El resultado es que no existe un paradigma humano contemporáneo al cual ajustarse, es decir, nadie ha podido definir un nuevo núcleo para la disciplina. Aunque a algunos les inquieta la fragmentación resultante, a mí me gusta ver este asunto desde el ángulo contrario: si no hay núcleo, significa que no hay periferia” (Taylor, 1999, p. 8).

La dialéctica entre el mundo y el pensamiento está siempre presente pero termina por resolverse del lado de la abstracción del pensamiento. Los humanistas mantienen una diferenciación entre naturaleza humana y naturaleza física, una naturaleza interna y otra externa. La naturaleza interna comprende las pasiones de los hombres y la externa el medio ambiente físico natural en donde los hombres viven. Por esta vía, es a partir de la naturaleza interna, más explícitamente del pensamiento, que ese dualismo se puede sobrepasar; sólo en la unidad del pensamiento se puede experimentar dicha unidad.

Es importante entender que la discusión sobre la naturaleza humana se disuelve en la nada si por alguna razón se niega la externalidad de la naturaleza. Para que la 'naturaleza humana' cumpla su función ideológica debe existir una naturaleza separada con sus propios poderes inviolables, pues es en esta naturaleza que se fundamenta la discusión sobre la naturaleza humana. Ahora bien, para mantener este poderoso concepto ideológico en toda su frágil contradicción, existe una curiosa y reveladora omisión en el concepto de naturaleza. Por definición, la naturaleza externa excluye la actividad humana, pero la naturaleza universal también excluye la actividad humana salvo en el sentido más abstracto de que el trabajo es necesario y dignificado... es un exorcismo de la actividad social de la naturaleza universal, para atenuar la contradicción entre naturaleza externa y naturaleza universal (Smith, 1990, p. 16).

Se mantiene la concepción de una naturaleza universal y externa, que ya habíamos anotado para el análisis sistémico espacial, en este caso excluyendo la acción social de la producción social de la naturaleza y resolviendo por la vía idealista la unidad naturaleza/sociedad.

La síntesis dialéctica entre forma espacial/procesos sociales, ubicada en el lugar, tampoco logra sus intenciones. La dinámica socio-geo-histórica, contingente y abierta, se ve empobrecida en el análisis de la intersubjetividad social, la cual se reduce a un relacionismo simbólico subjetivo de interacciones entre los hombres, y de éstos con el paisaje. El proceso de representación subjetiva se pierde en una maraña simbólica cultural o lingüística y la posibilidad de producción relacional de sentido a través de la interpretación del mundo vivido, mistifica la materialidad contextual antagónica que lo acompaña. Así, la producción del lugar se diluye en un cierto aire de idealidad compartida, sin conflicto o antagonismos producto de relaciones intersubjetivas simplificadas, donde el ejercicio del poder o la dominación en la producción y

reproducción de la realidad material desaparece. Se reduce, así, la construcción de sentido de la acción social a un subjetivismo etéreo o a un intersubjetivismo ideal, debido a que la materialidad socio-geo-histórica se limita a unas relaciones sociales empobrecidas y reificadas.

El intento de trascender la dicotomía subjetivo-objetivo es sólo parcialmente exitoso, porque aunque la fenomenología nos puede encantar con recuentos de experiencias individuales y culturales, también nos frustrará debido a su incapacidad para transmitir coherentemente la objetividad brutal de mucha experiencia cotidiana. Dice muy poco sobre la creación social y la manipulación de la realidad" (Smith 1979, p. 367)³³.

En una actitud subjetivista exacerbada, los humanistas, al responder al objetivismo positivista, paradójicamente tratan la subjetividad precariamente, debido a que su interés central está focalizado en la comprensión e interpretación del sentido oculto de la acción social localizada, esto es, en el sentido del sentido. De esta manera, la subjetividad se encara en la naturaleza e interpretación de las relaciones entre el hombre y su mundo vivido, en la comunión de sentido, en lo que sucede entre el individualismo trascendente y la intersubjetividad simbólica, donde el (los) sujeto(s) se convierten en un(os) sujeto(s) constituido(s), ideal(es), neutral(es), ahistórico(s)³⁴. El proceso de subjetivación ubicado en una relación trascendente del hombre con el mundo, se centra en un interaccionismo simbólico (una especie de estructura cultural y/o lingüística a interpretar), donde el sentido no se encuentra en el sujeto o actor, pero tampoco se puede encontrar en la experiencia directa, pues no se revela por la simple reflexión o interpretación, sino que es un producto intersubjetivo reducido a ser un

³³ Por ejemplo, para Tuan lo político se reduce a la demarcación, o delimitación, en cualquier escala del lugar. "La política crea lugar haciéndolo visible. El hogar tiene límites que tienen que ser defendidos contra la intrusión de extraños. El hogar es un lugar porque comprende espacio y por consiguiente crea un 'interior' y un 'exterior' (Tuan, 1975, p. 163). Exactamente lo mismo sucede en cualquier escala del lugar. Se supone que al interior del lugar no existe el antagonismo o el conflicto, sino que se crea en la delimitación, en la confrontación con las amenazas externas, lo que es una visión bastante reducida de lo político y la política, en general, y de una política del lugar.

³⁴ Es a través de las relaciones simbólicas intersubjetivas que se intenta responder el problema de los actores o sujetos sociales. "La intersubjetividad, el compartir contextos de significado, insinúa nuestra naturaleza social: que somos individuos entre otros que piensan de manera similar a quienes atendemos selectivamente y con quienes nos relacionamos selectivamente. La vida social es una consecuencia de distanciarse de ciertas relaciones y establecer relaciones con otros con quienes compartimos aspectos de biografía y de intereses particulares" (Ley, 1978, p. 50).

producto lingüístico o simbólico. Implícitamente se constituye la dicotomía percepción/contexto, enfatizando la interpretación perceptual sobre las condiciones contextuales del sentido, reforzando la dicotomía. La tarea del geógrafo se torna, pues, difícil ya que debe transmitir, o comunicar, ese sentido porque,

si cada conocedor se despoja sucesivamente de los juicios *a priori*, esto significará la suspensión progresiva del lenguaje *a priori*; el conocimiento fenomenológico es incommunicable porque tiene que negar la convención social de la comunicación. El problema se deriva de la dicotomía entre mente interior y comportamiento exterior; el ser interno verdadero está oculto por un mundo social exterior y falso. El fenomenólogo actúan como el arqueólogo, excavando cada vez más hondo en las profundidades internas; pero el arqueo-fenomenólogo nunca puede estar seguro de si encontró el ser verdadero, especialmente porque de por sí es el ser ya enterrado (falso) el que hace la excavación, utilizando herramientas provistas por el mundo vivido (Pile, 1993, p. 124).

Por esta vía, la geografía humanista ayuda a perpetuar la dualidad y separación entre el sujeto y el mundo exterior en las estructuras mentales o simbólicas, dejando de lado los contextos socio-históricos específicos.

La propuesta humanista invierte el orden de prioridades de la relación objeto/sujeto en el análisis espacial, pero perpetúa la dualidad. Es, entonces, la subjetivación del objeto, del lugar, lo que se impone, aspecto que hace que el interés de síntesis objeto/sujeto se haga no del lado del objeto sino del sujeto, pasando de un objeto-problema a un sujeto-problema, a la búsqueda o el rescate de las intenciones y valores que están detrás de las acciones de los sujetos respecto del lugar, tanto de sus ocupantes como del sujeto cognocente³⁵. De la misma manera que la propuesta sistémica se encuentra limitada

³⁵ Como lo recalca la mejor crítica interna del análisis fenomenológico hecha a los humanistas: "En primer lugar, se desconfía o se rechaza la ciencia empírica porque las afirmaciones del positivismo y las propiedades de la ciencia positiva se confunden. En segundo lugar, la relación íntima entre la fenomenología y la ciencia no se ha entendido. Como resultado, el proyecto entero de Husserl se ha tratado sólo de manera caricaturesca y, por consiguiente, para el empírico parece no tener sentido: el método fenomenológico parece no fundamentarse en un propósito; la filosofía, la ciencia fenomenológica y la ciencia empírica no se pueden entender claramente en sus interconexiones necesarias ni distinguirse en sus diferencias esenciales, el mundo vivido no guarda relación con el proyecto para el cual fue la culminación y el fundamento último, aunque problemático. En consecuencia, el desarrollo teórico de esta perspectiva se ha limitado desde el comienzo a una crítica del cientismo, el positivismo o el empirismo naturalista; tampoco se ha buscado una alternativa científica a la ciencia reduccionista. Sólo poniendo énfasis en las humanidades y entendiendo el mundo vivido de una manera cándida puede continuar cualquier investigación formal como tal" (Pickles, 1985, p. 8).

por la ontología fisicalista del espacio, los humanistas también ven limitado su enfoque por el antropocentrismo ontológico, el cual se reduce a un intersubjetivismo simbólico ideal en el análisis y a la interpretación espacial del *ser-en -el-mundo*³⁶.

De hecho, las salidas al *impasse* humanista vistas desde su interior son variadas: el retorno a los fundamentos de la fenomenología clásica para pasar de la fenomenología geográfica a la geografía fenomenológica (Pickles, 1985); una reconstrucción materialista, dejando de lado los principios del idealismo transcendental fenomenológico, que condujo a centrarse en los problemas de la percepción y el sentido, dejando de lado la cuestión de los contextos (Ley, 1981); finalmente, la propuesta de Entrikin (1977) de reconocer el trabajo humanista como un criticismo científico y pasar a una reconstrucción filosófica a través de la propuesta neo-kantiana de Ernst Cassirer.

La propuesta humanista abre terrenos bastante fértiles para la comprensión de lo espacial, más aún de las relaciones entre prácticas sociales/espacio social. La ruptura con la ontología fisicalista sistémica es de una importancia capital en el estudio del espacio social, en la relación de las formas espaciales y los procesos sociales. Más allá de las áridas discusiones sobre la naturaleza absoluta o relativa del espacio social, éste adquiere un estatus propio cuyo fundamento y naturaleza son producto de la dinámica socio-histórica, en donde la relación espacio/tiempo adquiere una connotación completamente distinta. El tema de las representaciones sociales del espacio abre, para la interpretación espacial de la acción social, un horizonte que ha venido siendo trabajado en profundidad como elemento material constitutivo y constituyente en la

³⁶ "Así, aunque muchos rechazan y han rechazado el marco de categorías particular que el mismo Kant expuso, su idea general, según la cual sólo podemos darle sentido al mundo si le imponemos alguna estructura originada en la mente, ha sido ampliamente aceptada. Este énfasis en la estructuración epistémica del mundo por el actor humano, la esencia del legado de Kant, constituye el tema común que, en la práctica, ha sido extraído de la diversidad de filosofías humanísticas a las cuales se han remitido los geógrafos de orientación subjetivista en su intento por trascender la dicotomía inherente a las relaciones sujeto-objeto. Esto simplemente se debe a que, al intentar combinar el realismo empírico y el idealismo transcendental, la filosofía kantiana se basa en la tensión dialéctica entre lo interno y lo externo.

Sin embargo, esta oposición o contraste es a su vez sólo posible cuando un objeto empírico independiente del yo también se postula, porque el yo encuentra posible volverse consciente de sus propios estados cambiantes sólo en la medida en que los refiera a un objeto perdurable en el espacio. Dicho de otra manera, la forma misma de la intuición espacial lleva en sí la referencia necesaria, y la existencia objetiva, a una realidad en el espacio" (Livingstone, 1981, p. 370).

permanente producción del espacio y del sentido de las prácticas espaciales. La influencia de la representación simbólica del espacio social en los individuos o grupos sociales, su sentido, deben hacer parte integrante de las relaciones entre la acción social y la espacialidad. Evidentemente, hay que darle un contenido mucho más materialista a las relaciones intersubjetivas productoras de sentido, en contextos definidos históricamente, y enfatizar la importancia de los contextos socio-históricos. Así mismo, los humanistas van a resaltar en la discusión contemporánea de la geografía el tema del lugar como objeto de análisis, lo que propone al mismo tiempo nuevas bases para el debate sobre la diferenciación del espacio.

2. Lo social y lo espacial: más allá de una síntesis ideal

El reconocimiento de la categoría de espacio social en el ámbito de la geografía no ha sido una tarea fácil. En la propuesta sistémica espacial, el concepto no va mas allá de ser una alusión metafórica que se disuelve en el espesor geométrico de los modelos (matemáticos, gráficos y estadísticos), del espacio absoluto (o relativo), del continente preestablecido, vacío, fijo, autónomo, eterno. El “fiscalismo” establece un estrecho marco para el análisis del espacio social, llevándolo a un determinismo geométrico, a una colección de “objetos”, que reduce la acción social a un agregado de conductas individuales, despolitizando completamente la conflictiva y antagónica producción del espacio social. Paradójicamente es una visión espacial del mundo, pero de un espacio ahistórico en sí mismo, eterno, inmóvil, delimitado por escalas o niveles fijos reducidos a un problema de medida³⁷.

En su crítica a la tradición positivista espacial desarrollada en el análisis sistémico, la geografía humanista apenas entreabre ciertas posibilidades de conceptualización al centrar las relaciones entre formas espaciales/procesos sociales, en el aspecto subjetivo. Como vimos, se presenta como una fractura respecto de la visión fiscalista

³⁷ Soja describe esa mirada sobre la espacialidad social, como una miopía crónica: “una cierta miopía ha distorsionado persistentemente la teorización espacial desde hace siglos, al crear una ilusión de opacidad, una interpretación miope de la espacialidad que se ha concentrado en las apariencias de superficie inmediatas, sin poder ver más allá de éstas. Por consiguiente, la espacialidad se interpreta como una colección de cosas, como apariciones sustantivas que en último término pueden estar ligadas

espacial, pues abre el debate contemporáneo sobre la necesidad de conceptualizar y entender el espacio social enfatizando su naturaleza y fundamento social. Sin embargo, el análisis humanista del espacio representado viene en últimas a complementar en cierta medida el análisis sistémico. Al espacio objetivo geométrico sistémico se suma un espacio subjetivo, inconsistente, etéreo, susceptible de todas las interpretaciones, espacio polisémico que considera el espacio objetivo como una más de las posibilidades de representación. Por otro lado, allí también se diluye el espesor social, la antagónica materialidad socio-histórica, se reduce a un intersubjetivismo simbólico o lingüístico de un mundo vivido ideal³⁸..

La crítica de la economía espacial neoclásica y sus diferentes vertientes, así como del cada vez más importante proceso de modelización urbana y regional, abre otro frente importantísimo para la construcción de la categoría de espacio social. La llamada “geografía radical” desarrolló desde finales de los años mil novecientos sesenta todo un bagaje conceptual, teórico y metodológico para la comprensión y estudio del espacio social. Por esta vía se consolidó el análisis crítico de la economía política de la espacialidad capitalista, sentando las bases de lo que se ha denominado desde entonces el materialismo histórico-geográfico.

La confrontación entre geografía y materialismo histórico, cuando finalmente se produjo, abrió caminos completamente nuevos para entender la geografía histórica de la ocupación humana de la superficie de la Tierra. También puso de relieve lo que Marx llamó ‘los puntos débiles del materialismo abstracto de la ciencia natural, un materialismo que excluye la historia y sus procesos’, y que inevitablemente llevó a quienes percibían la unidad de la geografía como una unidad de método a ‘concepciones abstractas e ideológicas’ del mundo (Harvey, 1989, p. 214).

a la causación social pero que se pueden explicar primordialmente como cosas en sí mismas” (Soja, 1985, p. 100).

³⁸ De la misma manera, Soja encuentra en esa mirada del espacio social otra enfermedad “visual” bastante corriente, la hipermetropía: “Mientras la miopía empirista no puede ver la producción social de espacialidad detrás de la opacidad de las apariencias objetivas, una ilusión de transparencia hipermetrope ve a través de la espacialidad concreta de la vida social al proyectar su producción al idealismo con propósito y al pensamiento reflexivo inmaterializado. La visión se distorsiona no porque el punto focal esté demasiado al frente de la retina, sino porque está demasiado detrás. La producción de espacialidad se representa como cognición y diseño mental, y una subjetividad ideacional ilusoria sustituida por un objetivismo sensorial igualmente ilusorio. La espacialidad se reduce a un constructo mental, una manera de pensar, un proceso ideacional en el que la imagen toma prioridad epistemológica sobre la sustancia tangible o el proceso generativo. El espacio social se funde en el espacio mental, en representaciones de la espacialidad en vez de en su realidad social material” (Soja, 1985, p. 102).

Sin embargo, el frente más sobresaliente que posiciona el espacio social en el debate académico y la propuesta política, es la misma materialidad socio-geo-histórica. Las luchas y conflictos urbanos que desde finales de los años sesenta y durante la década de los setenta emergen tanto en el Sur como en el Norte, y que ponen en evidencia y motivan la necesidad de desarrollar herramientas adecuadas para el análisis de la relación acción social/espacialidad/transformaciones socio-históricas.

Las diferencias conceptuales que enfrentaban a Henri Lefebvre y Manuel Castell a propósito de la cuestión urbana durante los años setenta, abrieron la discusión sobre el lugar que debía ocupar el espacio social en el pensamiento crítico materialista, así como su naturaleza y características³⁹. Se iniciaba así el lento y largo camino por el reconocimiento de la importancia, el valor y la necesidad creciente de lo espacial en la dinámica socio-histórica. De este modo, durante la década de los setenta la geografía radical va a girar alrededor de lo que se denominó el fetichismo espacial en sus múltiples manifestaciones (véase nota 18), la crítica de la economía espacial clásica y neoclásica, así como la introducción de la revolución cuantitativa y la aplicación del análisis de sistemas en el estudio de la dinámica urbana y regional; además del intersubjetivismo simbólico del enfoque humanista fenomenológico⁴⁰.

El argumento central de la geografía radical durante los años setenta criticaba duramente el análisis y la existencia de procesos espaciales puros y, por lo tanto, la

³⁹ La cuestión planteada en la discusión sobre el urbanismo, según Harvey, era “si la organización del espacio (en la discusión sobre el urbanismo) era (1) una estructura separada con sus propias leyes de transformación y construcción internas o (2) la expresión de una serie de relaciones incrustadas en una estructura más amplia (como las relaciones de producción)” (Harvey, 1973, p. 304). Esta interpretación del problema se generalizó durante la década de los setenta, llegando a ser una de las causales de la implantación de cierta ortodoxia que veía en todo análisis espacial de la literatura radical sobre los problemas urbanos y regionales, el fantasma del fetichismo.

⁴⁰ “Un rasgo particularmente llamativo de la geografía, que no obstante es la disciplina que dispone de instrumentos más prosaicos para el estudio del hombre social, ha sido, a nivel explicativo, una incesante fuga hacia una u otra forma de idealismo. La geografía ha descrito masivamente el paisaje. Cuando ha buscado explicar, es a éste, el paisaje, que se aferra. Hecho esto, ha desempeñado su papel: colocar a los hombres y a las relaciones que se establecen entre ellos detrás de ese paisaje” (De Koninck, 1978, p. 127).

posibilidad de hablar de principios o leyes espaciales cuyo contenido y sustancia fueran exclusiva y esencialmente espaciales. En ese sentido, se reconocía que lo espacial era una construcción social. No hay procesos espaciales puros, existen procesos sociales particulares en el espacio; por lo tanto, se niega la importancia dada a la organización espacial de las “cosas” en sí mismas, a la distancia como elemento central del análisis espacial y sobre todo al análisis aislado de las características geográficas específicas de los lugares. El argumento crítico sostenía que las distintas configuraciones espaciales eran causa no de los procesos sociales específicos de cada una de ellas, sino de procesos sociales comunes y generalizables a todos los lugares. Sin embargo, por esta vía el análisis espacial se reducía al estudio de los resultados, a la constatación de las diferentes variaciones y especificidades espaciales producto de esas tendencias homogéneas de los procesos sociales; la espacialidad se veía como un mero producto, como reflejo de las tendencias generales del proceso de acumulación (Massey, 1985, p. 10).

Por otra parte, este argumento también se convirtió en un problema en el campo mismo de la geografía radical y en el desarrollo de una mirada crítica sobre el espacio social, generando interminables debates acerca del fantasma del fetichismo espacial, que se traslucía en todo intento por introducir la variable espacial en el análisis socio-histórico⁴¹.

En un primer momento se intentó instaurar una dialéctica espacial para integrar el espacio al análisis crítico socio-histórico. Se miraban los procesos sociales y las formas espaciales como dos componentes de una misma unidad dialéctica,

⁴¹ Como lo plantea Soja, el anti-espacialismo que encuentra el fantasma del fetichismo espacial en todas partes, no es exclusivo del pensamiento radical, es parte de la profunda historia occidental: “Siguen existiendo barreras poderosas y persistentes que impiden la aceptación de una interpretación materialista de la espacialidad y un materialismo histórico-geográfico asertivo específicamente dirigido a entender y cambiar la espacialización capitalista. La tradición marxista, si no más generalmente postiluminista del historicismo, que reduce la espacialidad ya sea al sitio estable y no problemático de la acción histórica o a la fuente de la falsa conciencia, es una mistificación de las relaciones sociales fundamentales. El historicismo bloquea la visión tanto de la objetividad material del espacio como una fuerza estructuradora en la sociedad como la subjetividad ideacional del espacio como una parte progresivamente activa de la conciencia colectiva... La espacialidad, como la praxis de crear geografía humana, aún tiende a ser relegada a una sombra epifenomenal, como el contenedor que refleja la historia” (Soja, 1989, p. 130).

obviamente la naturaleza y la dirección del cambio en las relaciones espaciales están determinadas sobre todo por los momentos de su proceso social 'originador' y 'receptor'. Sin embargo, perderíamos una dimensión completa del entendimiento si no les concediéramos a las relaciones espaciales una posición relativamente autónoma, una historia en parte propia con una dialéctica en parte propia" (Peet, 1981, p. 108).

Sin embargo, a la hora de mostrar cómo funcionaba esa "dialéctica", de explicar cómo se establecían las relaciones espacio/sociedad, la respuesta permanecía en la ambigüedad del lenguaje: por reflejo, como expresión, como manifestación, como input... Se terminaba por sostener la existencia de una dialéctica específica para cada uno de los elementos (el social y el espacial), para poder legitimar su separación. Se partía de la base de una dualidad espacio/sociedad que le otorgaba al espacio una autonomía relativa, una existencia separada que en realidad no posee y que se busca sintetizar idealmente en la conceptualización⁴².

Otra vía utilizada para integrar la variable espacial al pensamiento crítico fue la consideración del espacio como espacio relativo. Por esta vía el espacio sólo puede existir como relación entre objetos que poseen sustancia. El espacio en sí mismo no tiene, no posee sustancia, por lo tanto, es a través de los objetos que se establecen las relaciones espaciales: sin objetos no hay relación espacial. No hay un espacio absoluto que posea sus propias leyes y produzca sus propios efectos, existe un espacio relativo, existen relaciones espaciales entre los objetos; más específicamente entre los poderes causales que poseen y que entran en juego gracias a la relación establecida. Por esta vía se establece una relación entre lo social y lo espacial, se introduce un estatus causal de los fenómenos sociales en la interpretación espacial,

siguiendo la visión relativista del espacio, las relaciones espaciales sólo pueden ser un efecto contingente. La manera o circunstancia en que funciona un poder causal dependerá contingentemente de cómo interactúa con otros poderes y otros objetos. Las relaciones

⁴² "Lo que nos lleva a esta fragmentación de lo dialéctico, tipificada en la noción de la dialéctica espacial, es la aceptación acrítica del positivismo tradicional y otras categorías filosóficas de la división del mundo: espacio y tiempo, mente y materia, economía y cultura, historia y geografía, etc. De una manera nada dialéctica, estas abstracciones se definen filosóficamente y la realidad se ordena para acomodarlas... El propósito de la dialéctica no es aceptar las diferentes casillas y forzar una dialéctica separada en cada una, sino derruir las paredes artificiales en favor de un entendimiento más sintético e integrado de la realidad" (Smith, 1981, p. 113).

espaciales entre objetos –entre otras cosas– determinarán qué poderes y objetos interactúan. Por consiguiente, las relaciones espaciales tienen un efecto contingente. No causan el cambio pero pueden ser cruciales en cuanto a la ocurrencia del cambio y en la manera en que ocurra. Éste es el tipo de diferencia que plantea el espacio (Duncan, 1989, p. 133).

Así, al espacio social se le otorgaba una capacidad causal contingente (el tiempo es el mundo de la necesidad de lo teórico y el espacio el de la contingencia de lo empírico) en la estructuración material socio-histórica, a pesar de reafirmar la necesidad de introducir el espacio en el análisis socio-histórico.

La teoría social abstracta sólo tiene que considerar el espacio en la medida en que estén implicadas propiedades necesarias de los objetos, y esto no significa una gran cantidad. Debe reconocer que toda la materia tiene una extensión espacial y que, por consiguiente, los procesos no tienen lugar en la cabeza de un alfiler y que dos objetos no pueden ocupar el mismo lugar (relativo) al mismo tiempo... en una discusión abstracta sobre renta podemos observar que incluso si la gente no necesita la tierra por la tierra en sí o sus minerales, sí la necesita como lugar para desarrollar sus actividades espacialmente extendidas, y que quizás también necesiten que sea accesible a ciertos otros objetos si van a hacer ciertas cosas (Sayer, 1985, p. 54).

La causalidad pertenece esencialmente a los objetos del proceso social específico y su poderes que, en cierta medida, son aespaciales (tanto los objetos como el proceso) en sí mismos. El espacio entra como marco contingente dependiendo de las propiedades de los poderes causales de los objetos en donde se desarrolle la acción; se impone una temporo-causalidad teórica y una espacio-causalidad empírica. Es sólo a través de una investigación empírica profunda y, en cada caso, específica, como se van a encontrar las relaciones entre lo espacial y lo social, el espacio y la sociedad; lo que reduce la aseveración de sus relaciones íntimas a ser una mera observación de principios⁴³. Por otra lado, si bien es cierto que se reafirmaba la producción social del espacio, la discusión sobre el carácter absoluto o relativo del espacio contribuyó a exacerbar la

⁴³ “El modelo de pensamiento es, entonces, que los poderes causales o los procesos sociales tendrán diferentes resultados dependiendo de los lugares en donde actúen, y de los otros poderes y objetos que encuentren en esos lugares. El espacio es diferencia... Se reduce a las diferentes condiciones en las que están funcionando los procesos sociales, influyendo en el resultado de los procesos pero por fuera de la dinámica en sí misma” (Simonsen, 1996, pp. 500, 501).

calificación de fetichismo espacial de todo intento de interpretación y análisis socio-espacial.

Un debate que valorizó en gran medida la categoría de espacio social fue la consideración del problema del desarrollo desigual⁴⁴. Después de los intensos debates sobre el subdesarrollo, la dependencia, el intercambio desigual, de los años sesenta y setenta, se inició una tarea de interpretación y análisis de las diferentes realidades nacionales de los países desarrollados, en torno al reacomodamiento de lo urbano y lo regional frente a la crisis. Sobre todo el trabajo empírico contribuyó al reconocimiento de las dinámicas internas, específicas de cada lugar, respecto de la tendencia general de homogeneización, rescatando de esta suerte la variable espacial.

Las discusiones sobre el nuevo despliegue espacial de las actividades productivas, respecto de las diferentes configuraciones intra-nacionales, arrojaba conclusiones interesantes sobre las profundas relaciones espacio/sociedad. Las relaciones no eran unívocas de lo social a lo espacial, sino que lo espacial estaba íntimamente ligado a la lógica social.

Esta nueva distribución de la actividad económica, producida por la evolución de una nueva división del trabajo, se traslapará y combinará con el patrón producido en períodos anteriores por diferentes formas de división espacial. La combinación de capas sucesivas producirá efectos que en sí varían en el espacio, contribuyendo a una nueva forma y distribución geográfica de la desigualdad en las condiciones de producción, como base para la siguiente ronda de inversión. Por lo tanto, una división espacial del trabajo no es equivalente a una 'regionalización'. Por el contrario, se sugiere que la estructura social y económica de una área local dada es un resultado complejo de la combinación de la sucesión de roles de esa área dentro de la división del trabajo espacial, nacional e internacional más amplia... existe probablemente un grado creciente de

⁴⁴ "El desarrollo desigual no es un proceso ajeno que se manifieste en bloques geográficos estáticos, sino que más bien es la lucha continua de fuerzas contrarias en busca de diferenciación e igualación. El equilibrio de estas fuerzas cambia según el ritmo cambiante de la acumulación, lo cual no sólo hace posible sino probable que ciertas áreas subdesarrolladas experimenten desarrollo. El verdadero interrogante es si este desarrollo será permanente o tan sólo temporal, y si la respuesta a esta pregunta será diferente para diferentes escalas espaciales" (Smith, 1986, p. 99).

acuerdo en que el análisis debe partir de la acumulación y no de las regiones (Massey, 1978, pp. 115, 116).

De esta manera, las formas espaciales –en este caso la región– no son explicadas en sí mismas, a través de sus factores estrictamente espaciales, o de su historia interna particular y exclusiva, sino de manera relacional dinámica, gracias a la comprensión de las constantes transformaciones socio-económicas, por medio del continuo proceso de cambio interior/determinaciones exteriores, visto como una superposición de “capas” en permanente cambio e interrelación, y en donde lo espacial posee su parte de determinación. En este sentido material, el espacio es considerado no sólo como una construcción social, sino que además se le otorga una capacidad material estructurante sobre la dinámica socio-histórica: transformaciones espaciales y transformaciones sociales son integrales y determinantes en los dos sentidos.

Poco a poco se va perfilando una respuesta cada vez más clara para posicionar al espacio social respecto de la tradición fisicalista espacial y el subjetivismo humanista, así como también en el ámbito del análisis crítico. En efecto, de un lado se trata de reafirmar la producción social del espacio y, de otro, salir del laberinto del fetichismo espacial.

El espacio contextual reviste un gran interés filosófico en cuanto genera debate en torno a sus propiedades absolutas y relativas, su carácter como ‘contenedor’ de vida humana, su geometría objetificable y su esencia fenomenológica. Sin embargo, es una base inapropiada y engañosa para analizar el significado concreto y subjetivo de la espacialidad humana. Tal vez el espacio en sí se dé primordialmente, pero la organización, el uso y el significado del espacio son un producto de la traducción, transformación y experiencia sociales. El espacio socialmente producido es una estructura creada comparable a otras construcciones sociales que resultan de la transformación de las condiciones determinadas inherentes a la vida en la Tierra, a semejanza de la manera en que la historia humana representa una transformación social del tiempo y la temporalidad (Soja, 1980, p. 210).

La consideración de las relaciones socio-espaciales como constitutivas y constituyentes de la realidad, como elementos co-constitutivos de la materialidad socio-histórica, medios y producto de la acción social, reafirma la necesidad de conceptualizar la

espacialidad social dentro del marco estrictamente socio-histórico, como producto social. Por otro lado, la espacialidad social no se debe considerar como un elemento separado autónomo, con sus propias leyes de transformación, o como un simple reflejo de la estructura de clases, las relaciones sociales o el modo de producción: las relaciones sociales son simultáneamente sociales y espaciales.

La evidencia empírica y las discusiones teórico-metodológicas de la crisis y reestructuración económica, iniciadas a finales de los años sesenta, y sus claras evidencias espaciales durante la década de los ochenta, en parte discutidas alrededor del desarrollo desigual, vienen a completar la afirmación simplista de los años setenta, que consideraba el espacio como producción social,

que lo social también es espacialmente construido, y eso representa una diferencia. En otras palabras, y en su formulación más amplia, la sociedad necesariamente se construye espacialmente, y ese hecho –la organización espacial de la sociedad– representa una diferencia en cuanto a la manera en que funciona (Massey, 1992, p. 70).

La dinámica del proceso de reestructuración económica y de reforma política abrió nuevos horizontes, se hizo evidente, entonces, que no se debía subvalorar el rol que jugaban ciertas características espaciales tales como las *geography matters*⁴⁵.

El espacio social es un presupuesto, un medio y un producto para el proceso de producción y reproducción social, por lo tanto no puede ser entendido como un simple continente pre-existente neutral, eterno e inmóvil. El espacio social es un elemento co-constitutivo, continuamente construido, deconstruido y reconstruido a través de sus

⁴⁵ Puesto en términos más explícitos: “La secuencia ‘cambio de producción-cambio espacial’ ignora el impacto crucial de oportunidades locacionales espacialmente organizadas (o la falta de ellas), y el uso de la distancia y la separación espacial mismas. Cada uno de ellos puede tener un impacto en lo que le sucede a la producción. El uso de los cambios locativos por el capital como parte de una estrategia más amplia para debilitar la resistencia de los trabajadores es bien conocido. También puede (quizás de modo más interesante aunque es más difícil de ‘demostrar’) funcionar en sentido opuesto, de manera que la inmovilización espacial de ciertos elementos del capital sea parte de lo que condiciona la introducción de cambios en la organización de la producción... No es posible pasar simplemente de la producción a la locación. La organización espacial también ejerce impacto en la producción” (Massey, 1985, p. 14).

diferentes escalas o niveles, en los distintos lugares en constante transformación. A través de la producción de una configuración espacial (medio ambiente urbano construido, aglomeraciones industriales, infraestructura vial y de transporte, redes de comunicación, instituciones estatales reguladoras), el capital puede acelerar su proceso y expandir su lógica, *aniquilar el espacio con el tiempo*. Pero, al mismo tiempo, esa misma base físico-material necesaria para la aceleración y expansión capitalista tiene que ser continuamente reconfigurada, diferenciada, transformada y, en algunos casos, destruida generando una incesante tensión.

El capitalismo busca permanentemente crear un paisaje social y físico a su propia imagen y de acuerdo con sus propias necesidades en un momento particular del tiempo, e igualmente menoscaba, perturba e incluso destruye ese mismo paisaje en un momento posterior. Las contradicciones internas del capitalismo se expresan mediante la configuración y desconfiguración incesantes del paisaje geográfico. Ésta es la melodía con la que la geografía histórica del capitalismo debe bailar sin parar (Harvey, 1985, p. 150)..

No obstante las evidencias alcanzadas en el análisis espacial crítico, los logros no son un proceso lineal progresivo, de la misma manera que en la dinámica socio-geo-histórica: avances, retrocesos, rupturas y mutaciones comparten la escena. El despliegue de la lógica homogeneizante del proceso de reestructuración económica y los esfuerzos de reterritorialización de la reforma política van a presentar una expresión socio-espacial multivaria: aumento de la exclusión social, disolución o reafirmaron de la identidad cultural y política; ruptura o creación de nuevos lazos de ayuda, comunicación y solidaridad social; desaparición o despliegue de nuevas estrategias económicas de producción; quiebre o aparición de novedosas formas de expresión social y organización política. A la lógica desterritorialización/reterritorialización que el capital y el Estado agencian, se superpone una lógica de desterritorialización/re-territorialización de la acción social organizada en todas las escalas geográficas.

Las profundas transformaciones que se manifiestan en el debate sobre la crisis, la reestructuración económica, la reforma política y las resistencias sociales, van a consolidar y a fortalecer el análisis y el debate acerca del espacio social en los acercamientos socio-geo-históricos críticos, en cuyo centro se encuentra el actual

proceso de globalización. Se incrementa, así, el estudio empírico, se supera el debate sobre el fetichismo espacial, conduciendo paulatinamente el debate hacia el problema de las relaciones entre las formas espaciales y la acción social de la dinámica socio-histórica, espacio social y subjetividad. En el horizonte se delinean nuevos esfuerzos para enriquecer el análisis socio-histórico –gracias a la consideración del espacio social–, que deben ser tenidos en cuenta no solamente en la discusión académica, prolífica por cierto, sino, además, para la transformación política y social de nuestra realidad.

BIBLIOGRAFÍA

Auriac, Franck, Brunet, Roger, eds. (1986), *Espaces, jeux et enjeux*, Paris, Fondation Diderot, Fayard.

Auriac, Franck (1986), “ Du spatial et du social : de la géographie aujourd’hui ”, en Auriac, Franck, *et al.*, *op. cit.*

Bailly, Antoine, Ferras, Robert, Pumain, Denise (1992), *Encyclopédie de géographie*, Paris, Economica.

Baudelle, Guy, Pinchemel, Philippe (1986), “De l’analyse systemique de l’espace au systeme spatial en geographie ”, en Auriac, *et al.*, *op.cit.*

Besse, Jean-Marc (1995), “L’espace de l’age classique, entre relativite et representation”, en *L’Espace Géographique*, No. 4.

Beuningen, Van Cor (1979), “ Le marxisme et l’espace chez Paul Claval. Quelques reflexions critiques pour une géographie marxiste “, en *L’Espace Géographique*, No. 4.

Brunet, Roger (1997), *Champs & contrechamps. Raisons de géographe*, Paris, Belin.

Brunet, Roger (1996), “Les sentiers de la géographie : un peu d’air dans le coin du bois ”, en *L’Espace Géographique*, No. 1.

Brunet, Roger (1995), “ La géographie, science des territoires et des réseaux ”, en *Cahiers de Géographie du Quebec*, Vol. 39, No. 108.

Brunet, Roger (1989), “ L’aveuglante unité de la géographie ”, en *L’Espace Géographique*, No. 2.

Brunet, Roger (1986), " L'espace, règles du jeu ", en Auriac, Franck, *et al., op. cit.*

Brunet, Roger (1980), " La composition des modèles dans l'analyse spatiale ", en *L'Espace Géographique*, No. 4.

Buttimer, Anne (1979), " Le temps, l'espace et le monde vécu ", en *L'Espace Géographique*, No. 4.

Buttimer, Anne (1976), "Grasping the Dynamism of Lifeworld", en *Annals of the Association of American Geographers*, Vol. 66, No. 2.

Buttimer, Anne (1969), "Social Space in Interdisciplinary Perspective", en *Geographical Review* 59.

Christofoletti, Antonio (1989), " Panorama du concept d'organisation spatiale ", en *L'Espace Géographique*, No. 3.

Duncan, Simon (1989), "Uneven Development and the Difference that Space Makes", en *Geoforum*, Vol. 20, No. 2.

De Koninck, Rodolphe (1978), " Contre l'idéalisme en géographie ", en *Cahiers de Géographie du Québec*, Vol. 22, No. 56.

Dollfus, Olivier, Duran-Dastes (1975), "Some Remarks on the Notions of 'Structure' and 'System' in Geography", en *Geoforum*, Vol. 6, No. 2.

Dollfus, Olivier (1992), "Géopolitique du système monde ", en Bailly, Antoine, *et al., op. cit.*

Entrikin, Nicholas (1977), "Geography Spatial Perspective and the Philosophy of Ernst Cassirer", en *Canadian Geographer*, XXI, 3.

Entrikin, Nicholas (1976), "Contemporary Humanism in Geography", en *Annals of the Association of Human Geography*, Vol. 66, No. 4.

Ferras, Robert (1992), "Niveaux géographiques et échelles spatiales", en Bailly, Antoine, *et al., op. cit.*

Gregory, Derek, Urry, John, eds. (1985), *Social Relations and Spatial Structures*, London, Macmillan.

Gregory, Derek (1980), "The Ideology of Control: System Theory and Geography", en *Social Geografie* 71, No. 6.

Harvey, David (1989), "From Models to Marx: Notes on the Project to 'Remodel' Contemporary Geography", en Macmillan, Bill, *op. cit.*

Harvey, David (1985), "The Geopolitics of Capitalism", en Gregory, Derek, *et al., op. cit.*

Harvey, David (1973), *Social Justice and the City*, Great Britain, Edward Arnold.

Harvey, Milton, E & Holly, Brian, P. (1981), *Themes in Geographic Thought*, London, Croom Helm.

Ley, David (1981), "Cultural/Humanistic Geography", en *Progress in Human Geography*, Vol. 5, No. 2.

Ley, David, Samuels, M., eds. (1978), *Humanistic Geography. Prospects and Problems*, London, Croom Helm.

Ley, David, Samuels, M. (1978), "Introduction: Contexts of Modern Humanism in Geography", en Ley, David, *et al., op. cit.*

Ley, David (1976), "Social Geography and the Taken-for-Granted World", en *Transactions Institute of British Geographers*, Vol. 2, No. 4.

Levy, Jacques (1986), "L'espace et le politique : quelles rencontres ? ", en Auriac, Franck, *et al.*, *op.cit.*

Livingstone, R. T. (1981), "Immanuel Kant, Subjectivism, and Human Geography: A Preliminary Investigation", en *Transactions Institute of British Geograhpy*.

Macmillan, Bill, ed. (1989), *Remodelling Geography*, Oxford, Basil Blackwell.

Massey, Doreen (1994), *Space, Place and Gender*, Cambridge, Polity Press.

Massey, Doreen (1985), "New Directions in Space", en Gregory, Derek, *et al.*, *op. cit.*

Massey, Doreen (1978), "Regionalism, some Current Issues", *Capital and Class* 6.

Peet, Richard (1981), "Spatial Dialectics and Marxist Geography", en *Progress in Human Geography*, Vol. 5, No. 1.

Pickles, John (1985), *Phenomenology, Science and Geography. Spatiality and the Human Sciences*, Great Britain, Cambridge University Press.

Pile, Steve (1993), "Human Agency and Human Geography Revisited: A Critique of 'New Models' of the Self", en *Transactions of the Institute of Brithish Geographers*, Vol. 18, No. 1.

Pivetau, Jean-Luc (1989), "L'espace au coeur des processus et des structures", en *L'Espace Géographique*, No. 2.

Pumain, Denise (1997), "Pour un théorie évolutive des villes", en *L'Espace Géographique*, No. 2.

Relp, Edward (1981), "Phenomenology", en Harvey, Milton, *et al.*, *op. cit.*

Sautter, Gilles (1985), "La géographie comme ideologie ", en *Cahiers de Géographie du Quebec*, Vol. 29, No. 77.

Samuels, Marwyn (1981), "An Existencial Geography", en Harvey, Milton, *et al.*, *op. cit.*

Samuels, Marwyn (1978), "Existentialism and Human Geography", en Ley, David, *et al.*, *op. cit.*

Sayer, Andrew (1985), "The Difference that Space Makes", en Gregory, Derek, *et al.*, *op. cit.*

Sayer, Andrew (1979), "Philosophical Bases of the Critique of Urban Modelling: A Reply to Wilson", en *Environment and Planning*, Vol. 11.

Simonsen, Kirsten (1996), "What Kind of Space in what Kind of Social Theory ?", en *Progress in Human Geography*, Vol. 20, No. 4.

Smith, Neil (1991), *Uneven Development. Nature, Capital and the Production of Space*, Great Britain, Basil Blackwell.

Smith, Neil (1986), "On the Necessity of Uneven Development", en *International Journal of Urban and Regional Reseach*, Vol. 10, No. 1.

Smith, Neil (1981), "Degeneracy in Theory and Practice: Spatial Interactionism and Radical Eclecticism", en *Progress in Human Geography*, Vol. 5, No. 1.

Smith, Neil (1979), "Geography, Science and Post-Positivist Modes of Explanation", en *Progress in Human Geography*, Vol. 3, No. 3.

Soja, Edward (1989), *Postmodern Geographies. The Reassertion of Space in Critical Social Theory*, London, Verso.

Soja, Edward (1985), "The Spatiality of Social Life: Towards a Transformative Retheorisation", en Gregory, Derek, *et al., op. cit.*

Soja, Edward (1980), "The Socio-Spatial Dialectic", en *Annals of American Geographers*, Vol. 70, No. 2.

Tuan, Yi-Fu (1977), *Space and Place*, London, Arnold.

Tuan, Yi-Fu (1976), "Humanistic Geography", en *Annals of the Association of American Geographers*, Vol. 66, No. 2.

Tuan, Yi-Fu (1975), "Place: An Experiential Perspective", en *The Geographical Review*, Vol. LXV, No. 2.

Tuan, Yi-Fu (1974), "Space and Place: Humanist Perspective", en *Progress in Human Geography*, Vol. 6.

CAPITALISMO Y CAMBIOS ESTRUCTURALES EN LA ECONOMÍA COLOMBIANA

Libardo Sarmiento Anzola

El capitalismo es un sistema social en el cual la vida, el trabajo y toda actividad humana, la escala de valores y la sociedad en su conjunto se encuentran dominados por relaciones subordinadas a la racionalidad económica, determinada a su vez por la valoración y la acumulación de capital. El capitalismo en Colombia tiene sus orígenes hacia finales del siglo XIX, pero es en la siguiente centuria cuando se consolida como modo de producción dominante.

El objetivo de este trabajo es explicar, desde la economía política y los fundamentos teóricos del capitalismo, los cambios estructurales de la sociedad colombiana durante el último siglo.

1.. Cuestiones de teoría

Tres son las características institucionales del capitalismo:

- Sociopolítica: el impulso acumulativo. La acumulación de capital es la fuerza imperativa o impulsora más importante de la sociedad.
- Organizativa: el mercado. El individualismo sin ataduras, la competencia y el fundamentalismo de mercado determinan no solamente las lógicas y los valores económicos sino también los sociales, políticos, culturales y ecológicos.
- Administrativa: coexistencia de ámbitos públicos y privados. El dinero es el principio unificador del sistema global. Sujetos, cosas y actividades son reducidas a la lógica del costo-beneficio, esto es, ganancias y riqueza medidas en términos de dinero.

En el capitalismo, el desarrollo económico está condicionado por los determinantes internos del proceso productivo y por las relaciones sociales de la producción: un carácter cada vez más social del capital, que conduce a una mayor división del trabajo y, en consecuencia, a una mayor necesidad del intercambio (ampliación y consolidación del mercado). El valor de cambio (el precio como condicionante de las mercancías, los beneficios y la acumulación) domina sobre el valor de uso (satisfacción de necesidades), por lo que se consolidan las relaciones monetarias y de precios, dando mayor poder al dinero (medio de intercambio, unidad de cuenta y atesoramiento) y, por supuesto, al capital financiero, que se torna hegemónico.

El poder que adquiere el capital financiero permite la dominación sobre todo trabajo y actividad productiva, generándose, en paralelo, un proceso inevitable hacia la concentración y centralización del capital, de una parte, y la exclusión, explotación y desempleo de los ciudadanos trabajadores, al igual que la expoliación indiscriminada de la naturaleza. A la par, el trabajo productivo se ve cada vez más dominado en forma férrea por un aparato estatal, protector de la propiedad privada y propiciador de la acumulación de capital.

Mientras la teoría liberal define al Estado como árbitro, esto es, la neutralidad y el interés general por encima de las clases sociales; los socialdemócratas, por su parte, consideran que el Estado cumple un papel fundamental en el desarrollo económico y social, a la vez que propicia la eliminación de la pobreza, reduce las desigualdades y promueve la justicia. La teoría marxista, por el contrario, considera al Estado como un instrumento al servicio de la clase dominante.

En el estudio de la génesis y desarrollo del modo de producción capitalista, Carlos Marx (1818-1883) describió seis elementos fundamentales de este proceso: i) desposesión violenta a los productores directos de sus medios de producción, ii) concentración y centralización del capital, iii) crecimiento del carácter internacional del régimen capitalista, iv) crisis recurrentes en la sociedad capitalista (ciclo político-económico: períodos de prosperidad seguidos por agudas depresiones), v) conflicto en la relación trabajo asalariado-capital (por la contradicción entre el

carácter social de la producción y su apropiación privada, vi) necesaria intervención del Estado para asegurar las relaciones sociales del capitalismo, proteger la propiedad privada y mantener el orden político y económico.

2. Un siglo de cambios estructurales en la economía colombiana

En Colombia, el territorio y los mercados se unificaron lentamente durante el siglo XX, esto implicó una grave limitación para la modernización de su estructura económica. Las provincias conformaban un país insular, despoblado y unido por una red de caminos que comunicaban los principales centros urbanos. A principios del siglo, la población apenas alcanzaba los cuatro millones de habitantes. La miseria y la desigualdad se extendían a lo largo del territorio: 95% de los habitantes se encontraba en condiciones de pobreza. Así, el bajo nivel de ingreso de la población se sumaba a la fragmentación considerable del mercado para impedir el desarrollo de la economía.

Desde los orígenes de la economía capitalista en Colombia, el agro fue azotado por los vientos huracanados de la ambición de poder y de prestigio, representados por el latifundio, los afanes de acumulación de capital, y la extracción desaforada de los productos de suelo, selva y ríos. El sino de la violencia ha acompañado, como partera, al desarrollo económico y político colombiano. La rapiña se realizó entre las clases señoriales y dominantes, desde arriba. Fue haciéndose más aguda a medida que la tierra adquiría mayor valor de cambio, a partir del siglo XX. Desde muy temprano asumió la forma de desplazamiento humano, llamada desde entonces “éxodo rural”, que fue una manera horrenda de “ordenar” y rehacer la ocupación del territorio según diseños caudillistas¹.

Entre los años 1900-2002, la economía colombiana registra severos y continuos cambios estructurales. En gran parte son inducidos por las transformaciones

¹ Orlando Fals Borda, “Bases para un plan de retorno a la tierra y a la vida”, en *Foro: Dimensiones territoriales de guerra y de paz*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 2002, p. 1 (policopiado).

globales del capital, en sus dinámicas y patrones de acumulación; por las demandas y ciclos de los mercados internacionales, según productos; por los flujos de inversión extranjera, los procesos demográficos y su movilización territorial.

La violencia ha operado como un mecanismo eficaz en la gestión de estos cambios, por ello al país lo caracteriza un estilo de desarrollo forzado (Gráfico 1). Los procesos endógenos han sido abortados abruptamente por la interferencia de factores exógenos, particularmente en defensa de los intereses geopolíticos y económicos de los Estados Unidos, que cuentan con el auspicio de la clase dominante en Colombia, implantando modelos desde arriba para la exclusión, explotación y sufrimiento de los de abajo.

En el último siglo se identifican tres grandes cambios en la estructura económica colombiana: el primero, hasta mediados de los años treinta, construye las bases para el desarrollo de una economía moderna; aunque por la condición periférica del país, el capitalismo dependiente determina este desarrollo. El segundo se prolonga hasta la década del setenta cuando Colombia pasa de ser una sociedad rural y agropecuaria a una urbana y semiindustrializada. Después de más de diez años de fragilidad en el crecimiento económico, en la década de los noventa se inicia la más reciente reestructuración de la economía colombiana, enmarcada por la apertura e internacionalización de la economía, las privatizaciones, la hegemonía del capital financiero, la terciarización del aparato productivo y la sobreexplotación de los recursos naturales (Cuadro 1 y Gráfico 2).

3.. Las bases de la economía moderna

Con la reconstrucción económica y política del país iniciada en 1903, después de la devastadora guerra de los Mil Días (180.000 colombianos murieron y se desplazó toda la población campesina de las zonas azotadas por la guerra), el capitalismo en Colombia tomó un mayor impulso. A principios del siglo XX el país era una economía primario exportadora tradicional (la participación de la agricultura estaba entre el 60 y 65%). El gobierno de Rafael Reyes adoptó un ambicioso plan

de unidad nacional y una política económica sustentada sobre la centralización política y administrativa, la reorganización fiscal, la protección y estímulo de la industria y la promoción de la agricultura de exportación. El impulso a las vías de comunicación articuló las regiones, principalmente hacia el mercado internacional, y dio origen a un incipiente mercado interno.

Durante la década de los veinte la economía colombiana creció a un ritmo acelerado. La prosperidad de la época era impulsada por el auge de las exportaciones (café y banano, este último bajo el control de la United Fruit Company)) y los empréstitos extranjeros para obras públicas (estos recursos, unidos a la indemnización norteamericana por la pérdida de Panamá, marcaron el inicio de una bonanza financiera). Por estos años se fundó el Banco de la República, se organizaron los productores en gremios y se desarrolló el mercado de valores. La crisis internacional que se desencadenó de manera abierta a partir de 1929, generó el colapso del mercado del café y la brusca interrupción de los flujos de capital.

Para finales de los años veinte el sector primario contribuía con más de la mitad del producto nacional: 47,7% la agricultura y 3,1% la minería. El sector secundario aportaba el 11,2%; la manufactura el 7,8% y la construcción el 3,4%. El sector terciario representaba el 37,9%, sobresaliendo los servicios gubernamentales, comunales y personales con el 25,8%. A la industria la dominaban las ramas "tempranas", esto es, alimentos, bebidas, textiles, tabaco, madera y sus productos. Al transporte lo caracterizaba un sistema fragmentado de ferrocarriles, carreteras y navegación de vapor (sólo hasta 1850 se había establecido en forma regular la navegación por el río Magdalena). Hasta 1950, la historia cultural, económica y social de Colombia transcurrió de manera aislada en cinco grandes regiones semiautónomas, más o menos independientes: oriental, antioqueña, caucana, costeña y orinoquia-amazonia.

El movimiento obrero y campesino, junto con las ideas socialistas, mantuvieron un importante activismo durante las tres primeras décadas del siglo XX. A largo de la década de los veinte hubo huelgas y movimientos sociales de gran magnitud. En 1925, la difusión de las ideas socialistas se convirtió en delito y el gobierno presentó al parlamento un proyecto de pena de muerte para quien las divulgara. En 1926 se creó la Confederación Obrera Nacional, que promovió la agitación y las luchas obreras, las que fueron reprimidas, a su vez, con base en la Ley heroica que decretó el gobierno en 1927. La política era dominada por el poder económico de terratenientes, comerciantes, clero católico, militares y políticos profesionales. Los combativos movimientos sindicales, agrarios y populares de la época fueron manejados como problemas de orden público por el régimen conservador en el poder, reprimiendo y encarcelando a los líderes populares.

4.. Despegue y consolidación del desarrollo forzado

La economía colombiana alcanzó un crecimiento del 7,3% en 1928; en los años 1930-31 la recesión internacional generó una caída del PIB colombiano de -0,9 y -1,6%, respectivamente. A partir de 1932 –producto de la política anticíclica– se inició un crecimiento y una transformación estructural sin precedentes, favoreciendo las manufacturas, el transporte, los servicios públicos, las comunicaciones, el comercio y los servicios financieros. Durante 1932-34, el PIB creció en promedio por encima del 6%. Esta dinámica se mantendría hasta mediados de los años setenta.

En 1951 la población colombiana alcanzó la cifra de 11.5 millones de habitantes. A pesar de que la urbanización progresó a un ritmo acelerado, Colombia seguía siendo una sociedad predominantemente rural, pues sólo el 38,7% de la población habitaba en las cabeceras municipales. A su vez, a comienzos de los años cincuenta, el sector primario bajó su participación relativa en el PIB al 36,6% (33,2% agricultura y 3,4% minería); mientras que el secundario representó el 20,9% (17,6% manufactura y 3,3% construcción) y el terciario el 42,5%.

El desarrollo capitalista se consolidó definitivamente en los años que sucedieron a la Segunda Guerra Mundial. El acelerado proceso de modernización, no obstante, evolucionó en un contexto de irracionalidad de la estructura productiva, violencia y ausencia de democracia. Los enfrentamientos políticos y la lucha entre clases sociales, que se mantuvieron a lo largo de la primera mitad del siglo XX, alcanzaron un período álgido entre los años 1946 y 1966. Los terratenientes y, en general, la derecha colombiana, se opuso tenazmente a los cambios democráticos impulsados por la burguesía liberal modernizante y las clases populares, dando lugar a un terrorismo estatal, una matanza generalizada en defensa de la propiedad, la tradición y las familias dominantes.

Durante este conflicto armado interno el número de asesinatos alcanzó la cifra de 300.000 víctimas (2,6% de la población) y ocasionó dos millones de desplazados por la violencia (17% de la población). El país fue escenario, en consecuencia, de una de las más intensas y prolongadas épocas de violencia civil en la historia contemporánea. Las regiones más afectadas por la violencia fueron la oriental, la antioqueña y la caucana.

Al modelo colombiano lo caracteriza el conflicto armado y el desarrollo forzado. El espacio que fue escenario de la “Gran Violencia” se constituyó en la base de sustentación de la acumulación capitalista durante la segunda mitad del siglo XX. El desarrollo financiero, industrial, agroindustrial, el transporte, los servicios, la infraestructura y la urbanización confluyeron principalmente en el área conocida como el “triángulo de oro” de la economía nacional, en cuyos vértices se encuentran

las ciudades de: Bogotá, Medellín y Cali. Este proceso fue impulsado por el Banco Mundial, cuya misión marcó el desarrollo económico de los años siguientes y promovió la concentración urbana de la población, en remplazo de la solución de los conflictos rurales, en particular, la reforma agraria.

Durante el período de la “Gran Violencia” las ganancias y la acumulación de capital se aceleraron considerablemente. La industria, la agricultura, la banca, el comercio, los servicios y la inversión extranjera aumentaron sus ganancias a cifras desconocidas hasta entonces. El ritmo de crecimiento de la economía alcanzó un 4,4% por año entre 1955 y 1967. Esta fase fue sucedida por el período de mayor crecimiento económico del país, que cubre el período 1967-1974, en un contexto de expansión del capitalismo mundial. Durante esta etapa, denominada la “edad de oro de la economía colombiana”, el auge industrial, agrícola y las exportaciones menores permitieron que la economía del país creciera a un ritmo anual del 6,3%. La crisis internacional que empezó con el choque de precios del petróleo en 1973, marcó el fin de este auge. El fin de la bonanza económica mundial de la posguerra y la crisis de mediados de los años setenta, dieron origen a un nuevo régimen de acumulación capitalista.

Al finalizar la década de los setenta, el sector agropecuario participaba en la economía colombiana con el 23,4% y la minería con el 1,4%. Una cuarta parte del PIB era generado por el sector secundario (22,9% manufactura y 3,3% construcción). Para esta época el sector terciario alcanzó un poco menos de la mitad de la producción nacional: 8,9% transporte, comunicaciones y servicios públicos; 13,1% comercio; 6,8% servicios financieros; y 19,2% los servicios gubernamentales, sociales, comunitarios y personales. En 1978, el sector primario participó con el 35,2% de los puestos de trabajo, el secundario con el 22,4% y el terciario con el 42,8%. Los asalariados participaban en el conjunto de la fuerza laboral con el 59,5%. La población total se acercaba a los 25 millones de personas de las cuales el 60% habitaba en zonas urbanas. La pobreza por ingresos afectaba al 52% de la población y el 56% de las familias presentaban necesidades básicas insatisfechas.

5.. Apertura y terciarización de la economía

A partir de los años ochenta, la economía colombiana retornó a una estructura extractiva, rentista y especulativa. En 1985 el sector primario aportaba la cuarta parte del producto económico nacional (21,5% agricultura y 3,8% minería). Otra cuarta parte era generada por el sector secundario (21,2% manufactura y 4% construcción). La mitad del producto interno era suministrado por el sector terciario (9,9% transporte, comunicaciones y servicios públicos; 11,9 comercio; 7,2 servicios financieros; 20,3% servicios gubernamentales, sociales, comunales y personales). En contraste, el sector primario seguía generando el 33,8% de los puestos de trabajo, el secundario el 21,4% y el terciario el 44,8%. En el conjunto de la economía, los asalariados como proporción de la fuerza laboral alcanzaban el 61,8%, es decir que el 38,2% de los trabajadores se encontraba por fuera de las formas del trabajo asalariado, típicas del capitalismo. Para 1985 la población superó los 30 millones de habitantes, 65,4% viviendo en las áreas urbanas. El 49% de los colombianos vivía en condiciones de pobreza, por ingresos, y el 43% presentaba necesidades básicas insatisfechas.

A partir de mediados de los años ochenta, los sectores reales comenzaron a perder participación en la estructura económica, producto de las políticas macroeconómicas, el cambio en el estilo de desarrollo, la situación del conflicto social y el empobrecimiento de la población. La financiarización (hegemonía del capital financiero) y la reprimarización caracterizan la nueva economía, con un alto control por parte de las multinacionales y de la inversión extranjera directa. Entre los años 1993-97, la agricultura presenta el nivel más bajo en la historia colombiana: participa con sólo el 14,9%. La minería mantiene una contribución del 3,9%. La manufactura también cae al 15,2%, mientras la construcción se eleva al 6,9 % (producto de la burbuja financiera especulativa y el auge de los ingresos por narcotráfico). El sector terciario eleva su participación en la economía nacional a casi un 60%; en particular, los servicios financieros alcanzan una contribución sin precedentes en la historia económica colombiana con un 15,7%.

Esta nueva estructura del aparato productivo colombiano es consecuencia de las medidas de estabilización impuestas por el gobierno, en su pretensión de articular las políticas fiscales y monetarias internas a los determinantes de la política económica internacional. Estos programas de estabilización y ajuste fueron impuestos e intermediados por el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial a la mayoría de países, con el fin de crear condiciones para facilitar el pago de su deuda externa y ajustarse a las “reglas del juego” del nuevo paradigma de la acumulación y de las relaciones internacionales.

En general, desde la década de los 70, Colombia ha estado inmersa en estas transformaciones. Las medidas de estabilización se vienen aplicando en el país desde mediados de los años 80, pero es en los 90 cuando se emprende el proceso de ajuste estructural que se supone formulado para el largo plazo, con el propósito de cambiar el marco de funcionamiento de la economía².

La política económica de las tres últimas décadas ha pasado por tres fases que se pueden denominar como liberacionista (1974-1982), proteccionista (1983-1988) y aperturista (1989 en adelante). Los gobiernos de López Michelsen (1974-1978) y Turbay Ayala (1978-1982) estuvieron marcados por reformas que buscaron liberalizar el mercado financiero y aligerar las cargas tributarias. Al gobierno de Belisario Betancur (1982-1986) le correspondió aplicar un programa de estabilización para superar los déficit interno y externo heredados de su antecesor; restringir el gasto público, acelerar la devaluación y cerrar la economía con medidas arancelarias y administrativas. A finales de los años 80, el gobierno de Virgilio Barco (1986-1990) adoptó una estrategia de apertura comercial del país a los flujos internacionales de mercancías y capitales. El gobierno de César Gaviria (1990-1994) profundizó el proceso de ajuste estructural con medidas de política en los campos laboral, financiero, tributario, cambiario y arancelario. En los gobiernos

² Es común entre los analistas confundir estabilización y ajuste estructural, al punto tal que cualquier medida fiscal, cambiaria, monetaria, etc., la denominan “ajuste”; cuando en verdad éste sólo debe referirse a un conjunto de políticas de oferta, cambio en las reglas del mercado y en las relaciones entre Estado y economía, concebidas para el largo plazo.

de Ernesto Samper (1994-1998) y Andrés Pastrana (1998-2002) se aceleró el proceso y se amplió a otros ámbitos como el social, político y territorial. El gobierno de Álvaro Uribe (2002-2006) implementa con mayor ortodoxia el recetario neoliberal (impulsa una fuerte reforma laboral y a la seguridad social), entrega el manejo económico y financiero al FMI, y el político al Departamento de Estado de los Estados Unidos, a la vez que orienta el país a participar sin reserva alguna en el Acuerdo de Libre Comercio de las Américas (Alca), a partir de 2005.

Desde finales de los años ochenta, de manera más sostenida y global, se inicia el proceso de reestructuración y apertura de la economía, fundamentado en: i) apertura indiscriminada, ii) privatización y reducción del papel económico y social del Estado, iii) ajuste fiscal, equilibrios macroeconómicos a ultranza, recorte del gasto público y eliminación de subsidios, iv) establecimiento de condiciones más apropiadas para la inversión extranjera, v) hegemonía del capital financiero, vi) deslaboralización, flexibilización y precarización del mercado de trabajo, vii) expoliación indiscriminada de recursos naturales, viii) predominio del Ejecutivo sobre las demás ramas del poder público, ix) monopolio de la violencia por parte del Estado, y x) represión del descontento social y laboral³.

Estos cambios han generado, desde los años noventa, una profunda inestabilidad y fragilidad, que se reflejan en la volatilidad de la tasa de crecimiento de la economía, en desequilibrios en la balanza de pagos y presupuestales, incertidumbre por la inflación, continuas reformas tributarias y cambios repentinos en las políticas macroeconómicas y la legislación interna. A la vez, incrementó la sensibilidad ante las perturbaciones externas (crisis financiera, endurecimiento en las condiciones de crédito, cambios en los mercados, reorientación de la inversión especulativa extranjera, etc.), condiciones que se agudizan ante el desplome de las instituciones, auge de las privatizaciones, atraso científico y tecnológico, alta dependencia de los recursos naturales, voracidad burocrática y corrupta del Estado, actividades rentistas y especulativas, destrucción del medio ambiente,

desintegración social, exacerbación de la pugna distributiva y el escalamiento de la guerra interna. En medio de la inestabilidad y la fragilidad de la economía, las actividades especulativas desplazan a las productivas. El movimiento de portafolios entre bonos, acciones, certificados a término, divisas y propiedad inmobiliaria es constante y turbulento⁴. Los principales damnificados de este proceso han sido los que viven del trabajo, por el deterioro en el nivel y calidad de vida, precarización del empleo y flexibilización de las condiciones del mercado laboral.

Para el año 2002, la población colombiana supera los 44 millones de personas. El 73% habita en las zonas urbanas. El 68% vive en condiciones de pobreza y el 19% de la fuerza de trabajo padece un desempleo estructural (otro 54% labora en condiciones precarias). La riqueza y el ingreso se concentran en el 3% de las familias colombianas (unas 340). Cerca de tres millones de personas han sido desplazadas por la violencia y los impactos del modelo de desarrollo forzado, desde 1985. Unas 34.000 personas son asesinadas al año y en más del 96 % de los casos reina la impunidad (en el 2001 los sindicalistas asesinados sumaron 170 y en el primer semestre del 2002, la cifra se aproximó al centenar).

En el año 2002, el sector primario sólo contribuye con 19,7% del producto económico nacional (el agropecuario aporta el 15,0% y la minería el 4,7%). El sector secundario sigue perdiendo participación y sólo aporta el 18,5% (14,2% manufactura y 4,3% construcción). El sector terciario representa el 62% del aparato productivo; los transportes, las comunicaciones y los servicios públicos han elevado su participación al 11,6% (producto de las privatizaciones fraudulentas de las empresas de servicios públicos, las tarifas se han vuelto extorsivas, al incrementarse en cerca del 40% anual), el comercio se mantiene en el 11,3% y los servicios gubernamentales y sociales en el 21%; los servicios

³ Libardo Sarmiento Anzola, *Exclusión, conflicto y desarrollo societal*, Bogotá, Ediciones Desde Abajo, 1999, p. 180.

⁴ *Ibid.*, pp. 79-80.

financieros siguen creciendo, participando con el 17,9% en el 2002 (producto de actividades rentistas y especulativas).

El proceso de terciarización de la economía colombiana ha condicionado la distribución de la fuerza laboral, principalmente en el caso de las mujeres. De la fuerza de trabajo femenina articulada al mercado laboral, el 81,3% se encuentra en el sector terciario (42,3% servicios, 30,4% comercio, 6,3% servicios financieros, 2% transporte y 0,3% electricidad, gas y agua); en los sectores reales laborales, entonces, menos de una quinta parte de las mujeres (16,6% industria, 0,9% agricultura, 0,8% construcción, 0,1% minería). Aunque un poco menos, el trabajo de los hombres se concentra igualmente en las actividades terciarias: 69,1% (23,2% servicios, 25,3% comercio, 11,6% transporte, 8,2% servicios financieros, 0,8% electricidad, gas y agua); en los sectores reales la población masculina trabaja el 16,2% en la manufactura, el 4,9% en la agricultura, el 0,7% en la minería y el 8,9% en la construcción. El doble proceso de financiarización y reprimarización de la economía colombiana, en los umbrales del siglo XXI, se caracteriza por la poca generación de empleo, la precarización e inestabilidad del mismo; y como consecuencia de esto, por la baja sindicalización y débil fortaleza del movimiento obrero y popular.

6. Neoliberalismo y Estado autoritario

El cambio en el estilo de desarrollo y la estructura económica basada en la exclusión de las mayorías populares, la explotación del trabajo, la expoliación de los recursos naturales, el rentismo, la especulación financiera y la concentración de la riqueza presuponen, para su funcionamiento, la existencia de un Estado totalitarista.

Después del largo período de expansión del capitalismo a nivel global, entre 1948-1973, las economías nacionales vienen enfrentando continuas y agudas recesiones con posibilidades de transformarse en una depresión a escala mundial.

Las políticas neoliberales implantadas desde finales de los años setenta y con mayor fuerza a partir de los ochenta, se basaron en la hegemonía del capital transnacional y financiero, en el desmonte de las barreras arancelarias, en la desaparición de los derechos laborales y sociales, en la libre circulación de mercancías y capitales, en la abierta disponibilidad sin restricciones de los recursos naturales y la biodiversidad, y en la represión violenta del descontento social y la imposición de regímenes policiales y de control.

Estas políticas se vienen implantando a costa de la concentración de la riqueza y del ingreso, mediante guerras económicas y militares por el control de los mercados y de los recursos naturales a favor de las empresas transnacionales y del capital financiero. El resultado ha sido la exclusión de las mayorías populares, el aumento de la explotación del trabajo y de los índices de desempleo y de empleo precario, la agudización y complejización de las diversas violencias sociales y políticas, la expoliación de las economías y de los recursos naturales de los países dependientes.

Ante este panorama, las instituciones multilaterales –Banco Mundial, FMI, OMC– hacen esfuerzos por hacer funcionales estas economías a la expansión y transformación del capitalismo mundial. Los once informes sobre el desarrollo mundial que ha publicado el Banco Mundial desde 1990, ponen en evidencia los intereses en juego⁵:

- “Pobreza” (1990), aboga por la creación de un proletariado global del cual extraer trabajo de forma eficiente.
- “El desafío del desarrollo” (1991), propugna por la expansión horizontal y vertical de los mercados, y del Estado como sostén fundamental.
- “Desarrollo y medio ambiente” (1992), indica la necesidad de preservar la ecología global en la que se desenvuelve la expansión capitalista.

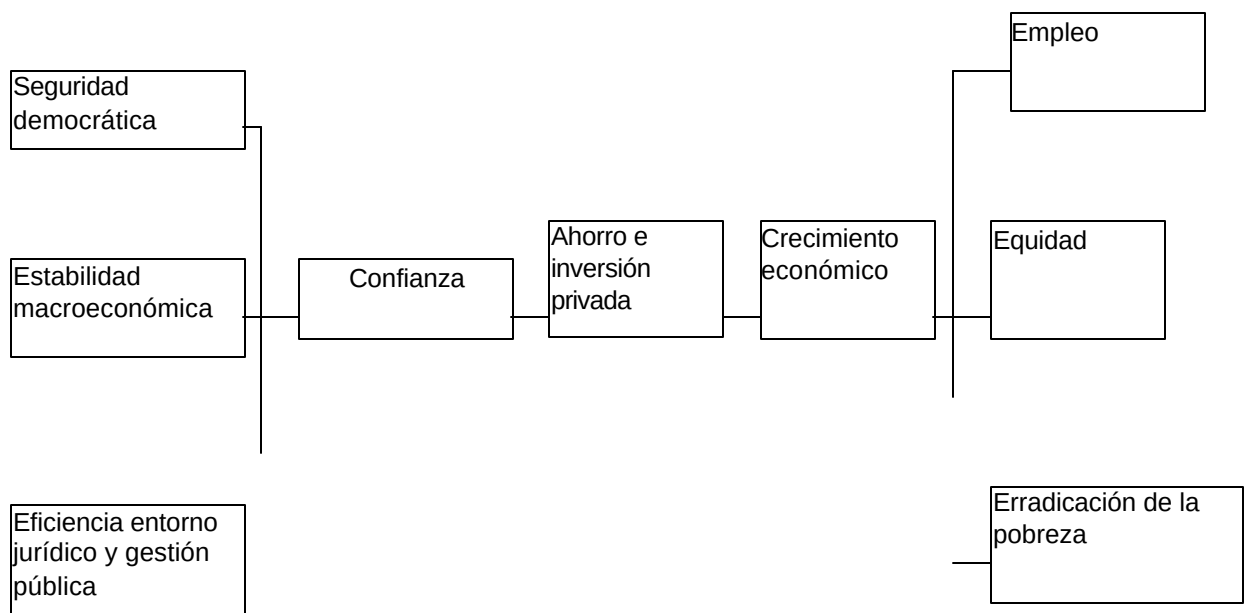
⁵ Este resumen sigue el trabajo de Paul Cammack, “Ataque a los pobres”, aparecido en *New Left Review*, Nº 13, edición en castellano, marzo/abril 2002.

- “Invertir en salud” (1993), propone mecanismos propicios de cara al mercado para proporcionar un proletariado a punto para trabajar.
- “Infraestructura para el desarrollo” (1994), la provisión de infraestructura para satisfacer las necesidades materiales y operativas del capital y como fuente de beneficios privados, con base en la inversión pública.
- “Trabajadores en un mundo integrado” (1995), define las condiciones que facilitan la explotación ilimitada de los trabajadores por parte del capital; desmonte de la legislación sobre salarios; la salud y la seguridad social organizadas bajo los principios del mercado; reformas en la organización del trabajo orientadas a un sindicalismo limitado a mejoras en la eficiencia y la productividad del capital.
- “De la planificación al mercado” (1996), presenta el marco legal que permite la definición e implementación del derecho de propiedad, la disciplina financiera y la competencia entre capitalistas.
- “El Estado en un mundo en transformación” (1997), propone un Estado eficiente y disciplinado; férreo control sobre las finanzas públicas para garantizar la disciplina macroeconómica; desarrollo de estrategias de descentralización y participación de la ciudadanía; impulso a la economía solidaria, a la pequeña y mediana empresa; el objetivo: acercar el gobierno a la clase empresarial, atrapar al resto de la población en la disciplina del mercado, institucionalizar la expansión y consolidación del capitalismo.
- “Conocimiento para el desarrollo” (1998-1999), impulsa las redes de comunicación con el fin de extraer de los propios pobres el conocimiento local necesario para estimular la explotación y la acumulación.
- “Entrando en el siglo XXI” (1999-2000), define la globalización como una fuerza imparable que conduce a los estados y a los pueblos, inexorablemente, hacia el mercado mundial; la localización como una presión desde abajo que obliga a los gobiernos a gestionar la globalización desde los intereses regionales; potenciación del propio poder de la gente (*empowerment*) para gestionar el inevitable cambio; la estabilidad macroeconómica como la llave maestra del crecimiento y el desarrollo.

- “Atacar la pobreza” (2000-2001), destaca la expansión capitalista el como único medio para lograr dicho fin; las estrategias básicas son el “empoderamiento”, la seguridad, la oportunidad, la inversión y la innovación tecnológica como fuerzas impulsoras principales del crecimiento; reducción del riesgo de los inversores privados; en últimas, se busca garantizar la seguridad de la inversión privada (social, política, jurídica, monetaria, fiscal y financiera) y la expansión de los mercados internacionales.

En Colombia, las políticas del gobierno de Alvaro Uribe Vélez siguen al pie de la letra estas lecciones. Máxime cuando la tecnocracia que ha nombrado es fiel expresión de los dictámenes del FMI y del Banco Mundial. En efecto, es la misma tecnocracia neoliberal de derecha, reacia a los principios democráticos, que viene administrando la reestructuración económica, social e institucional de Colombia desde la administración Gaviria (1990-1994) y que circula permanentemente entre la Universidad de los Andes, Fedesarrollo, Planeación Nacional, los ministerios de Hacienda, Salud y Educación, el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional. “insistiré que el país necesita líneas estratégicas de continuidad”, afirma Uribe.

El modelo propuesto por la administración Uribe, es el siguiente:



El elemento clave de la propuesta es la confianza, principalmente la confianza del inversionista privado. Según el programa de gobierno, ésta se logra con “autoridad y orden público, buen manejo macroeconómico, claridad y estabilidad en las reglas de juego”. Si bien los objetivos finales de su programa buscan reducir los problemas de incertidumbre, la miseria y la desigualdad, las causas que las explican tienen que buscarse –según su discurso de posesión– en “la violencia destructora, la politiquería y la corrupción”. En consecuencia, las cuatro estrategias centrales para lograr los objetivos propuestos son: una política de seguridad democrática, medidas para generar empleo productivo, la revolución educativa y la lucha contra la corrupción y la politiquería. Para Uribe, la injusticia y la exclusión social, económica y política, que son la raíz de las distintas violencias, en nada explican la miseria y la desigualdad que campean en la historia nacional.

La seguridad democrática se traduce en un fortalecimiento de la fuerza pública, con más policías y soldados (la meta son 100.000 soldados profesionales), un millón de ciudadanos informantes coordinados por la fuerza pública, cárceles privadas y “un estatuto antiterrorista que facilite la detención, la captura, el allanamiento”. “Hoy la violencia política y el terrorismo son idénticos”, afirma el primer mandatario de los colombianos.

Para Uribe, la desigualdad social que exhibe Colombia no es causada por la concentración de la riqueza y el ingreso, por la explotación laboral y la exclusión social, política y cultural. Su fórmula es elemental: “La educación es la herramienta más eficaz para mejorar la distribución del ingreso”. El fin último de la propuesta educativa es, en el marco de la ideología neoliberal, ponerla al servicio de la acumulación capitalista, en función de “mejorar sustancialmente la productividad de nuestra economía”. Ésta hace parte de un paquete más amplio para elevar la eficiencia y eficacia del capital: “Los logros que nuestros empresarios puedan obtener requieren el compromiso del Estado en distintos frentes: una tasa de cambio real que promueva la competitividad, mayor inversión en educación, ciencia y tecnología, y una disminución sustancial de los costos de transacción que hoy generan los excesivos trámites”.

La política para generar empleo es poco concreta, además de que se basa en sectores anacrónicos y sobre el recorte de los derechos laborales. Las propuestas son: reactivación del sector de la construcción, la caficultura, empleo verde (reforestación y guardabosques), empleo rural (arrendamiento de tierras, crédito, palma africana y algodón), la joyería, la cultura, ley Pymes (Ley 590 de 2000), fortalecimiento de las Zonas Económicas Especiales de Exportación (maquilas,

esto es, zonas donde no operan los derechos laborales ni sociales) y destrabar el mercado laboral (modificaciones a la legislación laboral para flexibilizar y reducir los costos del trabajo).

En lo económico, afirma el Presidente Uribe, “el ajuste fiscal para enderezar las finanzas públicas es ineludible, pero se adelantará en procura de un mayor crecimiento de la economía y el empleo”.. Esto no es cierto; la evidencia empírica también enseña que un ajuste en las finanzas públicas no induce un mayor crecimiento, sino todo lo contrario, en cuanto un recorte en el gasto público o un aumento de impuestos desestimula la actividad económica. El fin del ajuste fiscal –en los intereses de la banca multilateral– es garantizar el pago de la deuda externa y proteger la inversión privada extranjera. Por ello es un propósito del programa de gobierno el compromiso de que “mantendremos el cumplimiento de nuestras obligaciones financieras”; aunque agrega renglón seguido: “y mejoraremos en la impagada deuda social”.

Uribe afirma que “la globalización como integración de la economía es irreversible”. En consecuencia, plantea como vital la integración de Colombia al Alca. Particularmente, resalta la importancia que para el país tienen las relaciones con los Estados Unidos, en términos de principal socio comercial, su influencia en los organismos multilaterales de crédito, la consolidación del Plan Colombia y la colaboración en la lucha antiterrorista. Con el fin de integrar la economía colombiana a los principales mercados del mundo, la estabilidad macroeconómica es puesta como elemento central del modelo: tasa de cambio competitiva, baja inflación, endeudamiento prudente y equilibrio fiscal.

La estrategia del modelo se basa en la expansión y profundización del capitalismo en Colombia, en un contexto de libre comercio, internacionalización del aparato productivo y hegemonía del capital financiero. “Promoveremos la industria como pilar del crecimiento de la economía, a través de políticas macroeconómicas consistentes y estables sin proteccionismos dañinos, que fortalezcan la consolidación y creación de empresas altamente competitivas, generadoras de empleo, tecnológicamente avanzadas, promotoras de conocimiento, con vocación exportadora y, hasta donde sea posible, organizadas en cadenas productivas”. “Habida cuenta de la alta dependencia que la banca tiene de la política fiscal, monetaria y cambiaria, el anhelo de mantener tasas de interés atractivas para los ahorradores y pagables por los prestatarios depende, en buena parte, de un buen manejo macroeconómico”. El mercado de capitales es considerado como el “motor del crecimiento sostenible” en el modelo económico del gobierno.

Por último, pero no menos importante, está la reforma del Estado. El “Estado comunitario” es la nueva visión de la gestión pública en el modelo de la administración Uribe: “Nuestro Estado Comunitario dedicará sus recursos a erradicar la miseria, a construir equidad social y dar seguridad”. El eje del Estado comunitario es la participación ciudadana. “La participación

comunitaria es un mecanismo necesario para el desarrollo del Estado Comunitario y tendrá funciones en tres frentes: definición de tareas públicas y planeación; ejecución de recursos públicos; y supervisión y vigilancia de la gestión estatal". En remplazo del Estado social y democrático de derecho se propone el absolutismo del poder estatal: orden, autoridad e imperio de la ley. La reedición del Estado absolutista hegeliano, el ciudadano existe en tanto el Estado lo reconozca. De la garantía de los derechos se pasa a la primacía de los deberes del ciudadano: "Una Nación de obediencia a las normas"..

En resumen, el proyecto de gobierno es una mezcla de autoritarismo y asistencialismo, probada por todos los regímenes absolutistas. Protección del gran capital y lealtad de los más pobres, tales son las bases de los gobiernos profascistas. Corporativismo y paternalismo, zanahoria y garrote. Este enfoque del gobierno Uribe se expresa en la orientación del gasto público, como puede observarse en el Presupuesto General de la Nación para el año 2003.

Financiarización de la economía: guerra y finanzas públicas

De acuerdo con la distribución funcional del Presupuesto General de Gastos para el año 2003 (Cuadro 2) los recursos del Estado concentran el 30,7% del Producto Interno Bruto. De los \$67 billones de pesos que vale el presupuesto general de la Nación, el principal rubro es el del servicio de la deuda pública nacional que concentra el 37,8% del presupuesto; 11,6% en términos relativos al PIB. En el año 2002 el presupuesto general de la Nación fue de \$63 billones y la participación del servicio de la deuda fue del 36% respecto a los gastos totales. El Estado es ampliamente favorable al modelo de economía rentista, al orientar la mayor parte de los recursos a alimentar la voracidad de los capitalistas financieros, nacionales y extranjeros.

Las funciones de regulación y control estatal se llevan el 8,9% del presupuesto, equivalente al 2,7% del PIB. En el año 2002, estos gastos representaron el 10,3% del presupuesto, lo que muestra el plan de reducción del Estado y su especialización en las funciones de control social, apoyo al apalancamiento del capital y dirección política e ideológica del sistema.

Los aparatos de justicia y represión, como todos los sistemas de control social, están al servicio de la protección de intereses sociales de clase y todas sus instituciones procuran cumplir esa función. En Colombia avanza una estrategia combinada de criminalización de la protesta social, recorte de

los derechos fundamentales y escalonamiento de la guerra civil, como parte de la consolidación del neoliberalismo y el impuso del modelo de desarrollo forzado, internacionalizado y excluyente. El financiamiento de estos aparatos concentran el 16,6% del presupuesto de la Nación en el año 2003 (5,1% en relación con el PIB). En el año 2002 estos gastos participaron del 15,4% del presupuesto. Sobresale en este conjunto de gastos presupuestales el mayor apoyo al aparato militar, al aumentar su participación en el presupuesto del 7% al 10% entre 2002 y 2003, mientras los gastos de la policía descienden del 5 al 4%, lo que refleja el impulso a la guerra interna.

Para el apalancamiento de la formación del capital productivo se destina, en el año 2003, el 4,1% del presupuesto, esto es, el 1,2% del PIB. En el 2002 se destinó el 5,5% de los gastos a estos fines (1,7% del PIB). Descienden principalmente los recursos de apoyo al sector rural y a la construcción de infraestructura.

Por restricciones constitucionales, la participación del gasto social tiende a mantenerse. Para el bienestar de la población, la reproducción de la fuerza laboral y la protección del medio ambiente se orienta el 32,7% del presupuesto (10,0% del PIB) del año 2003; en tanto que en el 2002 se destinó el 32,8%. No obstante, se presenta una reestructuración del gasto social: mientras los programas de salud, educación y vivienda son recortados, las transferencias para pensiones crecen explosivamente.

En consecuencia, menos del 37% del presupuesto se orienta al crecimiento económico, bienestar de la población y cuidado del medio ambiente (12,5% del PIB). El grueso de las finanzas públicas son gastos improductivos: rentismo del capital financiero, tecnocracia, represión y control ciudadano.

De los recursos asignados a gastos de personal, sin tener en cuenta los cargos generados por el Sistema General de Participaciones (Ley 715 de 2001), el 83% de los cargos se concentran en el Ministerio de Defensa, Policía Nacional, Rama Judicial, Fiscalía y otras entidades del sector justicia. En términos de costos de nómina, estas mismas entidades concentran el 70% del total (Cuadro 3).

En resumen, para que el gobierno colombiano pueda gastar más en el aparato represivo, impulso al capital financiero especulativo, pago de la tecnocracia y financiamiento de la corrupción, tiene que aumentar los impuestos, endeudarse más (sacrificio para las generaciones futuras) y vender los pocos activos públicos que quedan; lo cual significa que habrán menos fondos disponibles para el

consumo y la inversión privada. En realidad, a medida que se incrementan los niveles de impuesto para apoyar estos gastos improductivos, la economía opera cada vez menos eficientemente, los trabajadores y la clase media se hunden en la pobreza y, en conjunto, el país va por el camino de la ruina.

El presupuesto de 2003 sigue la tendencia estructural de las finanzas públicas del Estado colombiano: irresponsabilidad del Congreso y el Ejecutivo, intereses mezquinos en contra del interés general, corrupción, tecnocracia voraz, favorecimiento del rentismo financiero especulativo y mayor gasto en el aparato de guerra.

Entre 1991 y 2002 el gobierno aumentó el gasto público en 8 puntos del PIB, al pasar del 11% al 19% del PIB. En paralelo, el déficit primario (ingresos corrientes menos gastos, excluyendo intereses) ha sido creciente: los ingresos corrientes pasaron del 10,5% al 13,3% del PIB, a pesar de las seis reformas tributarias de la última década. La crisis fiscal ha representado un costo adicional que se ha traducido en un imparable aumento de la deuda pública y el consiguiente desangre financiero en el servicio de la misma (amortizaciones e intereses): en 1993 devoraba el 12,8% del presupuesto de la Nación, en 1994 saltó al 20,1%, en el año 2000 alcanzó el 32,6% y en 2003 se aproxima al 40%. En el año 2002 se destinaron al pago del servicio de la deuda \$22.5 billones del Presupuesto General (36,1%) y en el 2003, \$25.3 billones (39,2%). Mientras en el año 2002 la economía crece ligeramente por encima de 1%, el servicio de la deuda aumenta en un 12,3%; en resumen Colombia es un Estado en quiebra, haciendo una guerra al debe e inviable desde el punto de vista financiero.

Cuadro 2
Análisis funcional del Estado
Presupuesto General de Gastos 2002- 2003

Función	2002			2003		
	Total	Participación		Total	Participación	
	(\$ millones)	Presupuesto	PIB	(\$ millones)	Presupuesto	PIB
Servicio de la deuda pública nacional	22.585.485	36,0	11,2	25.291.966	37,8	11,6
Regulación y control estatal						
Congreso de la República	323.516	0,5	0,2	200.822	0,3	0,1
Presidencia de la República	1.202.970	1,9	0,6	690.904	1,1	0,3
Departamento Nacional de Planeación	218.146	0,3	0,1	152.574	0,2	0,1
Ministerio Público, Defensoría, Contraloría y otros	623.873	1,0	0,3	905.510	1,4	0,4
Ministerio de Relaciones Exteriores e Interior	306.472	0,5	0,2	416.346	0,7	0,2
Ministerio de Hacienda, Crédito, Impuestos, Aduanas Nacionales y otros	3.756.261	6,0	1,9	3.565.962	5,7	1,8

Subtotal	6.431.238	10,3	3,2	5.932.118	8,9	2,7
Aparatos de justicia y control ciudadano						
DAS	168.457	0,3	0,1	194.498	0,3	0,1
Ejército	4.388.662	7,0	2,2	6.291.872	10,0	3,1
Policía	3.150.453	5,0	1,6	2.502.012	4,0	1,2
Fiscalía	609.340	1,0	0,3	682.558	1,1	0,3
Ministerio de Justicia, Inpec y otros	1.330.073	2,1	0,7	1.438.082	2,3	0,7
Subtotal	9.646.986	15,4	4,8	11.109.022	16,6	5,1
Apalancamiento formación de capital						
Ministerio de Agricultura y Desarrollo Rural	598.152	1,0	0,3	442.714	0,7	0,2
Desarrollo Económico y Comercio Exterior	215.048	0,3	0,1	223.578	0,4	0,1
Minas y Energía	318.660	0,5	0,2	393.046	0,6	0,2
Transporte, Comunicaciones e Infraestructura Pública	2.328.77	3,7	1,1	1.671.09	2,7	0,8

	0			1		
Subtotal	3.460.630	5,5	1,7	2.730.429	4,1	1,2
Bienestar Social, Formación de la fuerza de trabajo y medio ambiente						
Sistema General de Participaciones (salud, educación, vivienda)	11.483.800	18,3	5,7	12.900.000	20,6	6,4
Red de Solidaridad Social	93.384	0,1	0,0	38.872	0,1	0,0
Ministerio del Trabajo y Seguridad Social	3.087.395	4,9	1,5	3.738.054	6,0	1,8
Servicio Nacional de Aprendizaje, SENA	633.608	1,0	0,3	502.634	0,8	0,2
Educación, ciencia y tecnología	2.651.184	4,2	1,3	2.297.705	3,7	1,1
Salud	1.105.353	1,8	0,5	957.978	1,5	0,5
Instituto Colombiano de Bienestar Familiar	1.050.887	1,7	0,5	1.136.985	1,8	0,6
Vivienda e infraestructura	172.107	0,3	0,1	148.209	0,2	0,1
Medio ambiente, Corporaciones e Ideam	170.340	0,3	0,1	154.165	0,2	0,1
Cultura y otros	111.153	0,2	0,1	51.387	0,1	0,0
Subtotal		32,8	10,2		32,7	10,0

Cuadro 3 CARGOS PÚBLICOS Y COSTO ANUAL SEGÚN FUNCIONES DEL ESTADO, 2003				
	Núme ro de cargo s	%	Costo (\$ millone s)	%
Regulación y control estatal				
Minpúblico-gestión general	3777	0,4	171353	1,0
Contraloría	4179	0,5	138306	0,8
Minhacienda	9511	1,1	329895	2,0
Subtotal	17467	1,9	639554	3,9
Aparatos de justicia y control ciudadano				
Rama judicial	21073	2,3	698580	4,3
Fiscalía	21546	2,4	647741	3,9
Mindefensa	20679	2,3	305710	1,9
Minjusticia	13957	1,5	295591	1,8
Policía Nacional	8185	0,9	129807	0,8
DAS	7195	0,8	122172	0,7
Fuerza pública (militares y soldados)	292309	32,4	3074141	18,7
Subtotal	384944	42,7	5273742	32,2

Apalancamiento formación de capital				
Mintransporte	5236	0,6	158232	1,0
Minagricultura	4243	0,5	107399	0,7
Resto sectores	2139	2,4	668394	4,1
	6			
Subtotal	3087	3,4	934025	5,7
	5			
Bienestar social y formación de la fuerza de trabajo y medio ambiente				
Minsalud	7887	0,9	186553	1,1
Educación	3296	36,6	655376	40,0
	36		2	
Salud	9685	10,7	186773	11,4
	3		9	
Docentes y administración universidades	2988	3,3	845443	5,2
	8			
Minambiente	4257	0,5	100309	0,6
Subtotal	4685	52,0	955380	58,3
	21		6	
TOTAL	9018	100,0	164011	100,0
	07		27	

FUENTE: Cálculos propios con base en la Ley de Presupuesto General de la Nación.